

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

**FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES  
"ACATLAN"**

**HISTORIAS DE DESVENTURAS.  
REPORTAJE SOBRE LOS IDOLOS DEL BOXEO MEXICANO**

**T E S I N A  
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE LICENCIADO EN  
PERIODISMO Y COMUNICACION COLECTIVA  
PRESENTA:**

**CARLOS HERNANDEZ HERNANDEZ**

**ASESOR: URSO MARTIN CAMACHO ROQUE**

**JUNIO 2007**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



## INDICE

### HISTORIAS DE DESVENTURAS REPORTAJE SOBRE LOS IDOLOS DEL BOXEO MEXICANO

	<b>Pág.</b>
<b>Prólogo</b>	V
<b>Introducción</b>	XII
<b>Capítulo I . RODOLFO CHANGO CASANOVA</b>	<b>18</b>
1.1. "Y por eso dejé la escuela".	20
1.1.2. Un ídolo de 17 años.	21
1.1.3. El Síndrome del <i>Jamaicón</i> Villegas.	24
1.2. ¿Cómo vencer a un elevador?	26
1.2.1. "Honda decepción".	29
1.3. De soldado a campeón nacional.	30
1.4. Ante <i>Kid Azteca</i> , con perfiles de héroe	32
1.4.1. Rotos todos los récords del boxeo	34
1.5. La leyenda negra	37
1.6. La Trilogía del boxeo mexicano	38
1.7. Visión dantesca de La Castañeda	40
1.7.1. Algunas monedas de caridad	41
1.8. Una película arrancada a la vida misma	44
1.8.1. "Ya era su destino"	48
1.9. ¿Quién es Rodolfo Casanova?	51
<b>Capítulo II. LUIS VILLANUEVA PÁRAMO, KID AZTECA</b>	<b>55</b>
2.1. De condición humilde y modesta	57
2.1.2. El inicio de la leyenda	60
2.1.3. La pelea del siglo en México	65
2.2. Cambió los danzones por el tango	70
2.3. El Viejo Emperador ante un joven pujante	73
2.3.1. Lo que nunca había ganado	77
2.4. El miedo de perder	79
2.5. El <i>Gordo</i> y el <i>Flaco</i> , aficionados al boxeo	81
2.6. El boxeo en la sangre	82
2.7. En una vecindad de La Lagunilla	85
2.7.1. Y me quedé esperando...	86
2.8. Una leyenda total	89
2.8.1. ¡Se va un gran campeón!	92
2.9. El boxeador más activo en el siglo XX	94
<b>Capítulo III. JOSÉ TOLUCO LÓPEZ</b>	<b>97</b>
3.1. Entre casas de adobe y magueyales	98
3.1.2. En la arenita Tierra y Libertad	100

	<b>Pág.</b>
3.2. "Como si fuera una gallina"	101
3.3. Surge el <i>Toluquismo</i>	103
3.4. El box de la cárcel	105
3.4.1. Los días con el <i>Cuyo</i> Hernández	106
3.5. La noche amarga del <i>Toluquismo</i>	111
3.6. Las últimas peleas por la vida	121
3.7. El héroe vencido	125
3.8. "¡Cierren las cantinas!"	130
<b>Capítulo IV. RAÚL RATÓN MACÍAS</b>	<b>135</b>
4.1. "Si hasta parece un ratón"	136
4.1.2. "Todo se lo debo a mi mánager..."	140
4.1.3. Se paraliza una ciudad	142
4.1.4. Un día de fiesta	145
4.1.5. Más de 50 mil almas apretujadas	149
4.2. Alguien llevó una ratonera	153
4.2.1. "No nos ciega el patriotismo"	156
4.2.2. "Trepó por la azotea para llegar a su casa"	160
4.3. Con la mandíbula fracturada	161
4.3.1. La imagen de la derrota	164
4.4. La noche triste del boxeo mexicano	166
4.4.1. "El <i>Ratón</i> noqueará..."	169
4.4.2. "Los abucheos de mi público"	172
4.4.3. Más triste que nunca estuvo Tepito	175
4.4.4. Una calumniosa versión	177
4.5. Un manicomio gigantesco	179
4.6. El adiós al dinero y a la fama	181
4.6.1. "No me sentí triste, la verdad"	183
4.7. La última batalla del ídolo	184
4.8. "El <i>Ratón</i> paga"	186
4.9. Ni Julio César pudo	188
<b>Capítulo V. RUBÉN PÚAS OLIVARES</b>	<b>193</b>
5.1. La vida en la Bondonjito	195
5.1.2. Doce días en prisión	198
5.1.3. Quiero ser campeón mundial	200
5.1.4. Lo más fácil del mundo	203
5.2. " <i>Púas</i> , ora sí ya chingaste"	205
5.2.1. Una botella de cognac	207
5.2.2. El Himno Nacional en Japón	210
5.2.3. Me derrumbé sin golpe	211
5.2.4. Cien mil dólares por perder	214
5.2.5. Cassius Clay no existiría	215
5.3. El segundo drama nacional	218
5.3.1. Las Glorias del Gran Púas	221
5.3.2. Cuatro días sin comer	224
5.4. Una <i>pachanga</i> a la <i>Púas</i>	226
5.4.1. La pulquería de Salomón	229

	<b>Pág.</b>
5.4.2. Hay que temerle más a los vivos	231
5.4.3. Ellas casi siempre logran su objetivo	235
5.4.4. Me ha tocado vivir como rey	236
5.4.5. La muerte se le dibujó en la cara	238
5.4.6. Mi rincón bohemio	239
5.4.7. Se va lo bueno y nos queda la cosa mala	240
5.4.8. Un <i>carrujito</i> después de la derrota	242
5.5. La última y nos vamos	246
5.5.1. Pelear hasta que muera	248
5.5.2. “El <i>Púas</i> es pueblo”	255
5.6. Así de fácil dejé las drogas	258
5.6.1. Sin saberlo, nací actor	260
5.6.2. Droga pa'tochos y carne pa'l hambriento	262
5.7. La Biblia, mi libro de cabecera	265
5.7.1. Y que me postulan para diputado	268
5.8. Salinas nos quitó todo, menos lo...	272
5.9. El regreso al origen	274
5.9.1. Gentes como yo han hecho las revoluciones	278
<b>Capítulo VI. JULIO CÉSAR CHÁVEZ</b>	<b>284</b>
6.1. Desde el vientre de mi madre	286
6.1.2. Una auténtica máquina de pelear	288
6.1.3. El boxeo en la disco <i>Frankie Oh</i>	294
6.1.4. El primero en ganar tres cetros	296
6.1.5. A dos segundos de la derrota	299
6.2. <i>Macho</i> Camacho: la consagración	302
6.2.1. Ciento treinta mil almas en un estadio viendo televisión	308
6.2.2. Un <i>capo</i> en el Azteca	315
6.2.3. Una agenda con las mujeres más bellas	320
6.2.4. Chávez persiguió a un fantasma	321
6.3. Podría parecer mentira: perdió <i>JC</i>	326
6.3.1. El último acercamiento al poder	333
6.3.2. Bajo silbidos y abucheos	336
6.4. Un edificio de 12 millones de dólares	338
6.4.1. “¡Maldito dinero!”	341
6.4.2. “Salinas me decía que me cuidara mucho”	343
6.4.3. La muerte de un <i>sparring</i>	347
6.4.4. De la Hoya y la ceja herida	350
6.5. <i>JC</i> contra <i>El Financiero</i>	354
6.5.1. Chávez contra el procurador Carpizo	359
6.5.2. “Mi único delito, haber salido desde abajo”	360
6.5.3. <i>JC</i> contra la SHCP	362
6.5.4. “Como si me faltara algo”	365
6.6. La última revancha	369
6.6.1. El ocaso del ídolo	373
6.6.2. La buena vida del <i>Cacho</i>	376
6.7. Chávez ya es leyenda	377
6.7.1. No quiero ser escalón de nadie	380
6.7.2. Ráfagas sobre la casa	383

	<b>Pág.</b>
6.7.3. "Me dijeron que había muerto"	386
6.8. Zedillo, un traidor	391
6.9. "El deportista más chingón: ¡Yo!"	396
6.9.1 Sembró el derecho a soñar	399
<b>Capítulo VII. OTRAS HISTORIAS DEL PUGILISMO Y DE LA VIDA</b>	<b>406</b>
7.1 Juan Zurita, el primer campeón mundial formado en México.	406
7.1.1 Monarca a los 16 años	406
7.2 Joe Conde, un burgués en el deporte de los pobres.	416
7.2.1. Nacido para pelear	416
7.3 Nicolas <i>Chintololo</i> Morán: el compadre de <i>Cantinflas</i> .	421
7.3.1 El ídolo sobrevivía de la caridad	421
7.4 José Becerra: 23 años de una vida borrascosa.	425
7.5 Ricardo <i>Pajarito</i> Moreno y su Cadillac con tapones de oro.	431
7.5.1. El Barretero de Chalchihuites	431
7.6 Ultiminio Ramos y la dicha de botar el dinero.	441
7.6.1. El mar en aguardiente	441
7.6.2. Treinta y tres hermanos y otros más	442
7.6.3 ... Y sin poder salir de Cuba	444
7.6.4. La muerte a los 17 años	445
7.6.5. Una coronación trágica	446
7.7 José Angel <i>Mantequilla</i> Nápoles: Las noches en el Lido de París	451
7.8 Carlos Zárate: dos años en un hotel de La Merced.	459
7.9 Salvador Sánchez: los héroes mueren jóvenes.	467
7.9.1 Una aparición repentina que sorprendió a todos	468
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>480</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>486</b>

## PRÓLOGO

El boxeo, como define Pedro el *Mago* Septián, es toda la vida retacada en tres minutos apenas.

El peleador tiene que enfrentar su destino encerrado en un cuadrilátero, frente a otro en igualdad de condiciones que también lucha por dinero y, aunque muchas veces no se den cuenta, hasta por su vida, y debe hacerlo en tan sólo tres minutos por uno de descanso.

Se dice que el boxeador es un ser tan solitario que al momento de la pelea hasta el banquito le quitan para que no se pueda sentar.

A nivel internacional, el pugilismo tiene orígenes remotos.

Señala el escritor argentino Horacio de Marinis, en su libro *7.000 años de puñetazos*: “Dibujos y relieves realizados 5 mil años antes de Cristo, en las cercanías de Bagdad, certifican que el pugilismo se practicaba en Siria. Gracias a la paciente labor de arqueólogos e investigadores, se comprobó también que hace casi 7 mil años el intercambio de golpes de puño se efectuaba en Egipto y Abisinia. Durante la dinastía de Pei I –4245 a 4191 a. C.— los egipcios grabaron para la posteridad bajo relieves y jeroglíficos que describían tales enfrentamientos en presencia de reyes y numerosos espectadores”.<sup>(1)</sup>

De Marinis menciona el descubrimiento de una estatua encontrada cerca de Bagdad y algunas láminas halladas en la antigua Babilonia. De ahí, su recuento pasa a la antigua Grecia:

“... el esplendor de la civilización griega cuenta en su haber con formidables pugilistas. Milón de Trotona, por ejemplo, que fuera discípulo de Pitágoras, no se conformaba con derribar hombres; a puño limpio derribaba animales incluyendo toros... Pero la historia de los Juegos Olímpicos griegos, que suele mezclarse con la fábula, cuenta que Theagenes de Thasos fue el más formidable pugilista de todos los tiempos: en 16 años sostuvo 2 mil 102 peleas noqueando a todos sus adversarios... El pugilismo perduró en Grecia aproximadamente un milenio. La



primera crónica escrita sobre un combate se debe al célebre Homero, autor de *La Iliada*: ‘se oían crujir las mandíbulas bajo los golpes’...”<sup>(2)</sup>

Este deporte, añade el autor, también se practicó en el Imperio Romano: “discos de plomo o púas de cobre se agregaban a los vendajes entre los nudillos, lo que tornaba mortíferos los combates”.<sup>(3)</sup>

Después prácticamente desapareció hasta resurgir en Inglaterra, “en las postrimerías del siglo XVIII y en compañía de otros deportes. El rey Guillermo III admitió el pugilismo a puño limpio... pero la primera noticia de un encuentro de boxeo la dio el periódico *Mercury* de Londres en 1681. Entonces, se enfrentaron el repostero y el carnicero del duque de Albermade en su presencia”.<sup>(4)</sup>

Fue hasta 1892 cuando el marqués de Queensberry estableció las reglas del boxeo, que, con algunos cambios por supuesto, son las que rigen actualmente esta disciplina. Algunos investigadores mencionan que ese reglamento regía desde 1865 y otros desde 1867.

En México, el boxeo surge a fines del siglo XIX.

En uno de los escasos trabajos publicados al respecto, Marco Maldonado y Rubén Zamora reseñan en el libro *Pasión por los Guantes*:

“El boxeo no cuenta con antecedentes precolombinos ni prehispánicos; representa claramente un impulso de imitación por parte de los caballeros mexicanos de la década final del siglo XIX. Las culturas indígenas tenían una variedad de luchas rituales con diversas armas, pero nunca el pugilato. La tradición medieval española incluía duelos con espadas o mazos y combates de un luchador contra un toro durante los torneos, pero luchar a puñetazos no era parte de las justas.

“En la Nueva España y en el México del siglo XIX, las improvisadas luchas para saldar diferencias implicaban el uso de armas, como cuchillos y más tarde pistolas, pero jamás los puños. De hecho, cuando el gobernador hidalguense Rafael Cravioto estuvo de acuerdo en permitir una contienda de boxeo en Pachuca, en 1895, lo hizo con la esperanza de que los mexicanos, viendo esta exhibición, aprendieran a solucionar sus diferencias sin armas”.<sup>(5)</sup>

Los autores reseñan lo que podría considerarse la primera pelea de boxeo en nuestro país, realizada el 15 de febrero de 1868 en la Academia Militar de Estados Unidos, ubicada en los altos del café Concordia. Se enfrentaron el coronel estadounidense Thomas Hoyer Monstery ante un rival que sólo definen como el señor Valdez.

“No siendo el boxeo un divertimento típicamente mexicano –escribía uno de los periodistas invitados—, el desafío provocó sorpresa y su desempeño admiración”.<sup>(6)</sup>

El periodista Fernando Gómez Arias recordó que los orígenes del boxeo en México son remotos, fue víctima de prohibiciones y persecuciones y ni siquiera llegó a figurar durante la dictadura porfirista a la altura de las otras actividades deportivas favorecidas por la juventud aristócrata.

A los practicantes de esta disciplina, entonces, sólo les quedó el recurso de las peleas clandestinas, sin la protección de las autoridades.

Maldonado y Zamora relatan lo que consideran la primer pelea por un campeonato nacional en nuestro país, en peso ligero, entre Fernando Colín y Salvador Esperón, que dicen fue realizada en absoluto silencio para no delatar el evento.

“El intento anterior había fracasado debido a la prohibición del gobernador del Distrito Federal, don Guillermo de Landa y Escandón, quien alegaba que los espectáculos de boxeo profesional eran ilegales, entre otras razones, por las apuestas que se cruzaban entre los concurrentes. Corría el año de 1905 y la pelea se realizaría finalmente en la clandestinidad, en una casa particular al norte de la ciudad. Los invitados se encontraron con un escenario pugilístico montado en toda forma, y agradecieron parados y en silencio al organizador, Pablito Escandón, hijo del jefe del Estado Mayor del Presidente de la República, Porfirio Díaz”.<sup>(7)</sup>

Colín, quien perdía sin discusión los rounds previos, ganó en el cuarto episodio. “Una simple y discreta inyección de cafeína o estricnina había operado el milagro”.<sup>(8)</sup>

Luego del deslumbramiento inicial, “el nuevo deporte viviría una corta época de olvido. La sociedad mexicana estaba metida en duras tormentas políticas y religiosas que impidieron su arraigo definitivo. Este llegó cuando don Porfirio (Díaz) se volvía eterno en el poder”.<sup>(9)</sup>

A finales del Porfiriato, indican los autores, “surgieron las academias (de boxeo) de manera masiva”. Sin embargo, “después de la revolución (Mexicana) cayeron en desuso; el deporte profesional engullía a los practicantes.

“La llegada de los gimnasios fue el golpe final para las academias. En aquéllos, la enseñanza técnica era de interés secundario; el maestro, que antes se ocupaba de cualquier alumno, pasó a valorar sólo a los que tenían ‘facultades’ para pelear profesionalmente. La divisa *mens sana in corpore sano*, que aparecía a la entrada de las academias, quedó en el olvido”.<sup>(10)</sup>

A fines del Porfiriato, ya en forma legal, se reconoció al primer campeón mexicano de boxeo. Maldonado y Zamora apuntan que fue el 10 de febrero de 1907, en el Teatro Principal, cuando el estadounidense Kid Mitchell ganó al francés Eugéne Spinard, por el título de peso libre.

Poco a poco el boxeo adquirió popularidad y empezó su reglamentación.

Dice Gómez Arias:

“Después de algunos titubeantes ensayos a principio de la década de los veintes, fue en 1925 cuando se funda la primera Comisión de Box del Distrito Federal bajo la presidencia del profesor Salvador Esperón de la Flor, ex pugilista desde finales del siglo XIX. El primer paso para hacer del boxeo un espectáculo de masas, fue traer de los Estados Unidos a Jimmy Fitten. Personaje frío, meticulouso, que conocía el secreto de la compleja labor de promover boxeo, crear figuras, ídolos populares que exciten la imaginación del pueblo.

“En 1929, Fitten empezó su labor. En 1932, México tenía ya a varios de los mejores peleadores del mundo: Rodolfo Casanova, *Baby* Arizmendi, Juan Zurita, Manuel Villa, *Chucho* Cisneros y *Kid* Azteca. ¡Protagonistas de la temporada de oro!”<sup>(11)</sup>

De ellos, considera Gómez Arias, el *Chango* Casanova fue el primero que alentó el culto idólatra en el boxeo mexicano.

Gracias a Fitten, indica el periodista, el pugilismo nacional tuvo las glorias de su década inolvidable: la de los años treinta.

Alejandro Aguilar Reyes, *Fray Nano*, uno de los más reconocidos periodistas mexicanos, lo consignó así:

“El boxeo en México ha tenido un rápido desenvolvimiento. Hace 10 años (1922) que Baldomero Romero regresó a la capital después de larga permanencia en Mexicali, y tuvo la idea de resucitar al entonces muerto deporte de enchuecarse las narices. Por supuesto que entonces los muchachos mexicanos no sabían boxear. Los pleitos se definían de una manera más contundente, aunque también más peligrosa: a puñaladas o tiros. En ambas cosas éramos expertos. Poquísimos eran los que erraban un tiro y menos aún los que no mataban de una cuchillada. Recuerdo, sí, que los preliminares están llenos de voluntad. Los programas los cubría Romero con boxeadores importados del sur de los Estados Unidos para el evento principal. Uno de los boxeadores que vino a México en aquella época fue un californiano, Jimmy Fitten, hijo de norteamericano y mexicana, quien es la persona que a mi juicio ha hecho el actual boxeo mexicano... Al año de 1924 regresó. Sostuvo un encuentro y en él se dio cuenta de que sus pies ya no le ayudaban, y de la noche a la mañana decidió dejar el ring pero no el boxeo. Se hizo manager... Después de Fitten, creo que el hombre al que más le debe el boxeo mexicano es Tommy White, quien aunque hijo de padres norteamericanos es más mexicano que las enchiladas... Y ha sido un maestro para muchos de los mejores peleadores mexicanos”.<sup>(12)</sup>

Añade Gómez Arias:

“Los acontecimientos boxísticos de los primeros seis años de la década de los treinta, circulaban alrededor de las figuras creadas por Fitten y White, a los que alentaba el patrocinio económico del magnate Carlos Lavergne y la publicidad desplegada a toda página en *La Afición*, por Alejandro Aguilar Reyes *Fray Nano*. Pero la figura estelar, sin paralelo, era Rodolfo Casanova. Sus hazañas dieron tema a incontables historias, leyendas, ensayos y hasta análisis de tipo técnico, en las que los viejos cronistas tratan de explicar el singular fenómeno de la “trilogía infernal” (Rodolfo Casanova gana a Juan Zurita, Zurita a Joe Conde y Conde a

Casanova) o las sutilezas boxísticas en las que el legendario *Nevero de La Lagunilla* fincó su triunfo sobre *Kid Azteca*, hecho de relevante emoción en la época que nos ocupa”.<sup>(13)</sup>

Surgieron, entonces, los primeros ídolos.

Iniciaron el triste camino que muchos años después repetirían otros héroes con guantes.

## CITAS

- (1) **De Marinis, Horacio**, 7,000 años a puñetazos, p. 14
- (2) *Ibíd.* p. 15
- (3) *Idem.*
- (4) *Ibíd.* p. 18
- (5) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.**, Pasión por los Guantes, Historia del box mexicano I (1895-1960), p. 12
- (6) *Ibíd.* p. 13
- (7) *Ibíd.* p. 16
- (8) *Ibíd.* p. 17
- (9) *Ibíd.* p. 13
- (10) *Ibíd.* p. 15
- (11) **Gómez Arias, Fernando**, El Siglo del Deporte. Hechos y personajes, p. 187.
- (12) *Ibíd.* p. 171
- (13) *Ibíd.* p. 172

## INTRODUCCIÓN

El boxeo es uno de los deportes más populares del país. Y algunos peleadores han acaparado la atención del público no sólo por sus éxitos arriba del cuadrilátero, sino también por su forma de comportarse abajo de él.

Se trata de los boxeadores que rebasaron los límites de su ámbito deportivo y fueron seguidos atentamente por miles y, a veces, millones de mexicanos.

Son los llamados ídolos del pugilismo mexicano, quienes desde Rodolfo *Chango Casanova* hasta Julio César Chávez han enfrentado una situación similar: surgidos de la clase social baja, tienen un ascenso vertiginoso y, a base de golpes, llegan a la clase media o alta, gozan de fama, fortuna y conocen a personajes de la política y del espectáculo.

Pero al final de sus vidas terminan donde habían empezado, en un círculo cruel, que podría ser definido como el regreso al inicio.

De acuerdo a expertos en el tema, son seis los grandes ídolos del pugilismo mexicano.

Periodistas, mánagers, dirigentes y los propios peleadores ubican al *Chango Casanova*, José *Toluco* López, Luis Villanueva *Páramo Kid Azteca*, Raúl *Ratón* Macías, Rubén *Púas* Olivares y Julio César Chávez como los boxeadores que han gozado de más popularidad no sólo entre los aficionados a este deporte, sino el público en general.

Además de ellos, en menor medida, hubo otros pugilistas que también llamaron la atención de los medios de información y de los aficionados, como Juan Zurita, Joe Conde, Nicolás *Chintololo* Morán, José Becerra, Ricardo *Pajarito* Moreno, Ultiminio Ramos, *Mantequilla* Nápoles, Carlos Zárate y Salvador Sánchez. Su vida, logros y penurias se mencionan en el último capítulo.

A pesar de la importancia de estos personajes, hasta ahora no se cuenta con un trabajo que describa sus hazañas deportivas y sus vivencias.

El objetivo de esta tesina de recopilación es narrar mediante el reportaje la vida de los ídolos del boxeo mexicano; se describirán no sólo sus éxitos

deportivos, sino sobre todo el deslumbramiento que sufren ante el dinero y la fama, que son unos impactos mucho más fuertes de los que reciben sobre el cuadrilátero y por los cuales caen varias veces a la lona y ya no se pueden levantar; se documentará sobre su ingreso a un mundo nuevo y desconocido, al cual quieren pertenecer y tratan de hacerlo al comprarse, por ejemplo, 499 trajes, grandes esclavas de oro y diamantes, casas en zonas residenciales y autos último modelo, algunos hasta con incrustaciones de oro.

El reportaje es “el más vasto de los géneros periodísticos... el género mayor del periodismo, el más completo de todos”, de acuerdo con la definición de Vicente Leñero y Carlos Marín.

“En él caben todos los demás. Es un género complejo que suele tener semejanza no sólo con la noticia, la entrevista o la crónica, sino hasta con el ensayo, la novela corta y el cuento. Los reportajes se elaboran para ampliar, completar, complementar y profundizar en la noticia; para explicar un problema, plantear y argumentar una tesis o narrar un suceso. El reportaje investiga, describe, informa, entretiene, documenta”, escriben en su *Manual de Periodismo*.<sup>(1)</sup>

Leñero y Marín ubican cuatro tipos de reportaje: demostrativo, descriptivo, narrativo, instructivo y de entretenimiento.

De acuerdo con las características de esta tesina, se elaborará un reportaje narrativo, género que “relata un suceso; hace la historia de un acontecimiento. Tiene semejanzas con la crónica, con el ensayo histórico, con el cuento o la novela corta”.<sup>(2)</sup>

En diversos pasajes de esta tesina varios datos parecerán propios de la novela o el cuento.

No lo son.

Fue real, dramáticamente real, que el *Pajarito* Moreno nació en el árido poblado de Chalchihuites, Zacatecas, compró casa en el Pedregal de San Angel, anduvo en un automóvil Cadillac con tapones de oro y ahora sobrevive de la caridad en unos baños públicos en Durango.



Los autores señalan cuatro fases para la elaboración de un reportaje: preparación, realización, examen de datos y redacción.

La idea de efectuar este trabajo surgió durante mi etapa como reportero de la fuente de boxeo en el periódico *La Jornada*.

Las técnicas periodísticas que se utilizaron fueron las entrevistas con algunos de los ídolos boxísticos y con personas que estuvieron cerca de ellos, como ex púgiles, mánagers, aficionados y reporteros que fueron testigos de sus carreras.

Las entrevistas directas fueron hace años con los ya fallecidos *Kid Azteca*, Conde y Zurita. Más recientemente con Becerra, *Ratón Macías*, *Puás Olivares*, *Chávez*, *Zárate*, *Mantequilla Nápoles* y *Ultiminio Ramos*.

Algunas entrevistas fueron publicadas en el periódico *La Jornada* y otras son exclusivas para este trabajo, que fue ordenado en forma cronológica, desde el *Chango Casanova* en 1930 hasta *Julio César Chávez* en 2004.

“El reportaje permite al periodista practicar también el ensayo, recurrir a la archivonomía, a la investigación hemerográfica y a la historia”, añaden Leñero y Marín.<sup>(3)</sup>

En este caso, se recurrirá sobre todo a la recolección de información en periódicos y revistas, ya que el material bibliográfico sobre este tema es prácticamente inexistente, pero escritores como Ricardo Garibay, Carlos Monsiváis y Juan Villoro realizaron entrevistas, crónicas o artículos sobre el boxeo.

No faltaron, por supuesto, algunas visitas a la pulquería *La Hija de los Apaches*, ubicada en la colonia *Doctores* de la ciudad de México, que durante muchos años ha sido lugar de reunión de ex boxeadores.

El reportaje es, en el concepto de Gonzalo Martín Vivaldi, “una narración informativa, de vuelo más o menos literario, concebida y realizada según la personalidad del escritor-periodista”, delimita en *Géneros Periodísticos*.<sup>(4)</sup>

Y aunque la estructura del reportaje permite ese “vuelo más o menos literario” en cuanto a la forma, en lo que se refiere al fondo esta tesina está sujeta a datos reales, tan reales como la vida misma.

Lo explica Carlos Monsiváis:

“Durante la mayor parte del siglo, el box fue puro deporte y pura psicología y pura sociología, el ámbito de los jóvenes pobres con facultades, de los chavos sobrados de coraje a corto plazo y faltos de voluntad a largo plazo. No todos se avecindaban en el arroyo, pero el arroyo era la metáfora predilecta de quienes veían en las afueras de los gimnasios a los seres atrofiados que fueron promesas alucinantes. Nacidos-para-perder: los boxeadores cuya agónica existencia recreó Alejandro Galindo en *Campeón sin corona*, en la secuencia donde *Kid Terranova* (David Silva), el personaje basado en Rodolfo el *Chango Casanova*, el nevero con puños de roca, vacila a un paso de la victoria.

“¿Cómo es posible que él, un mexicano feo, un peladito, le gane a un gringo? Y *Kid Terranova* elige perder porque eso va con el destino de la raza, que nació doliente. Uno recuerda también a Ricardo el *Pajarito* Moreno, Rubén el *Púas* Olivares, José el *Toluco* López, *Mantequilla* Nápoles. ¡Qué historias! ¡Qué de noches en vela y de días sin tregua! ¡Qué puños y qué arremetidas y qué desplomes (psicológicos y de los otros)!

“Tuvieron y gastaron; tuvieron y compartieron; tuvieron y no les quedó nada. Tuvieron y ni quién los salude. Tal vez el problema casi insalvable es la calidad de símbolo. Ellos muy pronto o de inmediato así se consideraron, y quizás por eso no les afectó tanto la caída, porque lo que a fin de cuentas se derrumbaba era el símbolo, no cada uno en particular, pero lo malo —nada es perfecto— es que al venirse abajo el símbolo sus fragmentos se precipitaban sobre sus anfitriones de tiempo completo. El símbolo caía y el símbolo brotaba el año siguiente, porque la explicación aún funciona: ‘Mientras haya jóvenes hambrientos, habrá boxeo’, y *Rocky* Graciano tuvo razón al decir: ‘La vida es la pelea’.

“En otra época, la dimensión racial y la nacional eran definitivas, y la psique de colectividades enteras se la jugaba con un boxeador, por ejemplo en Estados Unidos con el negro enfrentado a *The Great White Hope*, o con el blanco que desafiaba a la raza bárbara, o con el primitivo que peleaba con el pretencioso (Jack Dempsey versus Gene Tunney), o con el negro adversario del teutón (Joe Louis versus Max Schemmeling), o con el negro que se burlaba de su contendiente (Cassius Clay o Muhammad Alí versus Sonny Liston o Joe Frazier),

o con el latino que se enfrentaba al hijo del ghetto (Roberto Durán versus *Sugar* Ray Leonard). Pero eso fue antes del crecimiento del gigante corporativo, y las denuncias sobre el papel de la Mafia. Y luego Mike Tyson fue a la cárcel.

“En el box de los noventas el centro es el negocio, y ya hasta el final vienen los peleadores y las peleas. Se desgastó lo emblemático y sólo representa a su país el boxeador que gana. El que pierde es apátrida. Piénsese en un boxeador legendario: Raúl el *Ratón* Macías. En los cincuenta, él enriqueció al refranero nacional al contestarle al locutor Paco Malgesto, que le preguntaba sobre sus agradecimientos: ‘Todo se lo debo a mi manager y a la Virgencita de Guadalupe’. En ese orden. Hoy debería responder: ‘Todo se lo debo a la corporación, a mi representante, al equipo de promoción, a las cadenas de televisión y a la Virgencita de Guadalupe’.”<sup>(5)</sup>

El boxeo es llamado el deporte de los pobres. Y es cierto. Sólo aquellos que no tienen otra alternativa se suben a un ring, literalmente, a jugarse la vida. El futuro de ellos y de sus familias está encerrado en dos guantes.

Y se abordan historias similares: el niño en un entorno social con casi todo en contra; el adolescente dotado físicamente que logra victorias memorables y se convierte en ídolo del barrio, de la ciudad, del país; el joven con dinero de sobra y todo lo que siempre soñó al alcance de la mano; el hombre que recapacita, que se arrepiente no de lo vivido, sino de lo gastado; y finalmente el anciano solitario que sobrevive tan sólo de recuerdos.

Son historias del boxeo.

Son historias de desventuras.

## CITAS

- (1) **Leñero, Vicente/Marín, Carlos.** Manual de Periodismo, p. 43
- (2) *Ibíd.* p. 189
- (3) *Ibíd.* p. 185
- (4) **Martín Vivaldi, Gonzalo.** Géneros Periodísticos, p. 65
- (5) **Monsiváis, Carlos,** Los rituales del caos, pp. 27, 28 y 29

## CAPITULO I. RODOLFO CHANGO CASANOVA: CAMPEON SIN CORONA

Rodolfo Casanova llegó a la Ciudad de México cuando apenas tenía un año de edad.

Llegó huérfano, en brazos de su madre y tan sólo con lo que llevaba puesto.

Era el México post revolucionario de 1916.

En esos tiempos inciertos, el panorama se había complicado aún más para su numerosa familia con la muerte de su padre, Rafael Casanova.

Así que a Jerónima Méndez Laurel no le quedó otro remedio que emigrar de Guanajuato y con sus cinco hijos se instaló como pudo en la gran ciudad.

Dieciséis años después, aquel infante que anduvo descalzo hasta los 9 años y no conoció la alegría de tener un juguete, sería llamado *Young Casanova*, *Baby Casanova*, el *Nevero de la Lagunilla*, el *Indio de Guanajuato* y al final simplemente como el *Chango*, nombre de resonancia mágica que por sí sólo llenaría las arenas de boxeo y se convertiría no sólo en el primer gran ídolo del pugilismo, sino del deporte mexicano en general.

*El Chango* fue idolatrado por miles en aquellos tiempos remotos en que no había televisión, la radio empezaba y los periódicos apenas circulaban por unas cuantas manos.

Sin embargo, el pueblo lo adoptó y los viejos recuerdan --recordaban-- sus combates épicos ante *Speedy Dado*, *Young Tommy*, *Kid Azteca*, Freddie Miller, Juan Zurita y Henry Armstrong.

Moreno, pobre, musculoso, Casanova logró triunfos memorables en peleas intrascendentes, pero en forma inexplicable fracasó estrepitosamente cuando algún título importante estaba en juego.

Fue la encarnación --define Carlos Monsiváis--, del nacido para perder: "El símbolo y la síntesis del peladito mexicano en su avidez de gloria... En dado caso, lo que cuenta es este terror de un mexicano pobre frente al éxito...

Casanova es importante en nuestro precario mapa de emblemas porque significa la legalización del pesimismo, la canonización del desastre...”<sup>(1)</sup>

Y es que venció en forma contundente, apabullante, sin ninguna sombra de duda, a notables campeones y ex campeones mundiales.

Sin embargo, su nivel disminuía dramáticamente cuando disputaba un título mundial, un logro importante, una hazaña para el recuerdo.

Fue el primer mexicano en pelear por un título mundial.

Y, por supuesto, perdió.

Así que un diario lo bautizó, certera y cruelmente, como *Campeón sin corona* y años después de sus hazañas, en 1945, su vida y obra fue llevada al cine con ese trágico título que había sellado su destino para siempre.

Y si arriba del cuadrilátero dominó hasta fácilmente a sus contrincantes, abajo fue vencido por el alcoholismo.

Su leyenda negra cuenta historias inverosímiles –por ejemplo, que se metía con todo y ropa en un barril lleno de pulque para poder tomar hasta saciarse— y también de su paso por el manicomio de La Castañeda, donde fue recluido cuando empezó a golpear a sus fantasmas.

Esta historia narra también de su vida en la calle, cuando deambulaba en busca de un trozo de pan, pero sobre todo de un trago de alcohol.

Y al final –después de una carrera deportiva en que tocó la gloria, creó con Joe Conde y Juan Zurita el *Triángulo Mágico* del boxeo mexicano, e inspiró al propio Mario Moreno *Cantinflas*--, el gran *Chango* falleció en el camastro de un albergue para indigentes, triste y solitario entre cuatro paredes, sin siquiera poder cumplir su último deseo: morir en la calle y con la vista al cielo.

En esas ironías del boxeo y de la vida, su cuerpo fue rescatado de un anfiteatro donde alguien lo llevó:

*El Chango*, quien fue el primer ídolo del deporte nacional, había fallecido desconocido, ignorado y solo.

### 1.1. “Y por eso dejé la escuela”

Rodolfo Casanova nació en Guanajuato (algunos afirman que en León, otros que en la capital del Estado) el 21 junio de 1915. Su padre murió poco tiempo después, por lo que su madre emigró al Distrito Federal y se refugió por los rumbos de la colonia Martín Carrera.

“A los nueve años andaba yo descalzo, nunca supe lo que era un juguete, mi madrecita con dificultades nos mantenía –confió el peleador al periodista Sergio Lara Mejía--. No sé decirlo, sólo fui un par de años a la escuela, me gustaría poder explicar lo que sentía... era algo así como un dolor aquí (se llevó las manos al pecho) ver que mi madre trabajaba de sirvienta, me prometí sacarla de ahí lo más rápido posible y por eso dejé la escuela y me fui a trabajar”.<sup>(2)</sup>

Rodolfo apenas aprendió a leer y escribir, ya que sólo cursó hasta el segundo año de primaria, y siendo casi un niño empezó a trabajar en los Talleres de la Maestranza, donde se reparaban los camiones recolectores de la basura.

“Me recibieron bien y le hice de todo, de mil usos, pero el sueldo era malo”, dijo de su primer trabajo.

Entusiasmado por sus hermanos Rafael y Carlos, empezó a practicar boxeo y un día fue descubierto por Manuel Tío Canseco:

“Yo trabajaba como chofer en la línea Algarín. Un día vi a Rodolfo en una pelea de aficionados. A mí me gustaba mucho el boxeo, conocía a los peleadores de aquel tiempo, lo mismo iba al gimnasio que a las arenas donde se presentaban peleas. Incluso llegué a organizar funciones entre choferes y cobradores, por eso pude captar que en Rodolfo había un gran peleador. Le ayudé a entrenarse como aficionado, pero llegó el momento en que le recomendé que se fuera al lado de una persona que sabía mucho de esto, me refiero a Rafael Tío Torres. Y no me equivoqué. Casanova era un brillante en bruto que sólo había que pulir”.<sup>(3)</sup>

Así que Rodolfo dejó el gimnasio de Limpia y Transportes y se fue al Islas, en la colonia Guerrero.

“... Pero yo lo que quería era dinero, por eso rápido debuté como boxeador profesional”, recordó el *Chango* sobre esos inicios.

En esas eternas contradicciones de la vida, el boxeo ni le gustaba ni le interesaba.

“Yo nunca había ido a las arenas, no conocía a los boxeadores. Entré al boxeo sólo para ganarme unos centavos. Para mí era sólo un trabajo”, pensó entonces, sin imaginar siquiera la vida de película que iba a protagonizar.

### 1.1.2. Un ídolo de 17 años

Unas cuantas peleas le bastaron al adolescente Rodolfo Casanova para convertirse en el ídolo del pugilismo nacional.

A la edad de 17 años debutó en la Arena Nacional, donde ahora se ubica el cine Palacio Chino, el 9 de abril de 1932.

Y lo hizo como se debe: obtuvo un triunfo, en 4 rounds, sobre *Paco* Villa.

El ascenso fue vertiginoso: se impuso al ex campeón nacional gallo Juan Villegas, al monarca de peso mosca *Chato* Laredo y al primer extranjero que enfrentó, Jack Keleen, lo noqueó en el asalto inicial.

En su décima tercera contienda, ante el entonces primer peso gallo del mundo, el filipino *Speedy Dado*, logró lo que algunos consideran su pelea de consagración.

Demostró, también, que tenía capacidad para enfrentar con éxito a los mejores púgiles del mundo.

22 de octubre de 1932.

Una multitud de 20 mil aficionados se congregó en el Toreo de La Condesa, entonces la catedral del boxeo en México y ahora, 73 años después, una lujosa tienda comercial, el Palacio de Hierro.

Esa noche, *Kid Azteca* empezaría un reinado de leyenda: conquistó el título nacional welter al imponerse a David Velasco y alcanzaría el mítico récord de 17 años como campeón.

El *Chango*, también, daría un paso hacia la gloria.



Los aficionados al boxeo andaban en busca de un ídolo. Y Casanova parecía tener los atributos: contaba apenas con 17 años de edad y unos cuantos meses en el boxeo, pero ya se hablaba de él como un boxeador espectacular, un noqueador que se brindaba por completo, que mantenía de pie a los aficionados.

Esa noche empezó la idolatría: los fanáticos aullaron cuando Casanova tiró a su rival en el primer episodio, pero *Dado* se recuperó y con su mejor boxeo dominó al mexicano, lo hizo sangrar y silenció a la multitud.

En el tercer round, sintiendo que se le escapaba la victoria, el *Chango* se lanzó sobre su rival con ánimo suicida, en un feroz intercambio de golpes. Sorprendido por la agresividad, *Dado* quiso abandonar la pelea, pero tuvo que seguir ante la amenaza de que no le pagarían su sueldo.

Impulsado por los fanáticos, que para entonces gritaban sin control, el *Chango* tumbó por segunda ocasión a su rival, quien ya ni siquiera intentó levantarse.

“El público, en un estado de frenesí contagioso, no solamente prorrumpió en ovaciones atronadoras, sino que las exclamaciones incoherentes y los gritos desarticulados expresaban el gozo que embargaba a todos los concurrentes – reseñó *El Universal*--. Sin ninguna duda, este brillante y rotundo triunfo tendrá gran resonancia en todo el orbe”.<sup>(4)</sup>

El ídolo había nacido.

Como boxeador de 4 rounds, Casanova había empezado cobrando tan sólo 10 pesos. Gracias a la magia de sus puños se fue convirtiendo en un púgil taquillero y su sueldo pasó a 15, 50 y 200 pesos.

Por enfrentar a *Speedy Dado* le pagaron 2 mil pesos. Pero eso fue lo de menos. Lo realmente importante fue que, a partir de entonces, el público lo subió a un pedestal: se convirtió en el primer héroe con guantes.

El pueblo idolatró a uno de los suyos. La leyenda empezó a surgir.

Muchos hablaban extasiados de la manera en que ese modesto vendedor de nieves se transformaba en un portento de peleador con solo ponerse los guantes y subir al ring.

La situación de la familia empezó a mejorar y el boxeador cumplió uno de sus sueños: “Cuando empecé a ganar dinero lo primero que hice fue sacar a mi madre de trabajar... pero fui un loco, porque a cambio de eso le di mil amarguras, yo creía que con sólo mandarle unos centavos todo estaba bien”.<sup>(5)</sup>

El nombre mágico del *Chango* ya causaba tumultos, pero el peleador seguía viviendo igual que antes: moviendo el bote para hacer la nieve, en el barrio de La Lagunilla que selló su destino.

Los periodistas no se sustrajeron al influjo del peleador y escribieron descripciones épicas.

En sus *Memorias*, el prestigiado periodista Antonio Andere define: “Rodolfo Casanova era un sol que achicharraba todo lo que había en su entorno. A la gente sólo le interesaba Rodolfo y todo lo demás palidecía a su vera”.

Más: “Para mucha gente sería una exageración afirmar que Rodolfo Casanova ha sido el máximo ídolo del boxeo mexicano. Si lo digo es porque tengo pleno convencimiento de ello, aunque no descarto la posibilidad de que influya en mi recuerdo el natural entusiasmo de mis años juveniles. Lo comparo con otras grandes figuras del boxeo mexicano y ninguno lo supera ni en su talla profesional, ni en ninguna otra de las características, lo mismo las positivas que las negativas, que hicieron de él una figura verdaderamente idolatrada por los aficionados. Desde sus primeras apariciones cuando dejó de ser un chamaco que vendía nieve en La Lagunilla hasta que decidió ganarse la vida en la azarosa práctica del boxeo, caló hondo en el ánimo de la gente”.<sup>(6)</sup>

El también periodista Fernando Gómez Arias va a más y define al púgil como “el primero que alentó el culto idólatra en el boxeo mexicano”.

Señala: “Fue el primer gran héroe del deporte mexicano. Antes de que las multitudes enloquecieran de entusiasmo y adoración idólatra por los grandes futbolistas, beisbolistas u otros deportistas de gran capacidad de convocatoria, el boxeo mexicano ya tenía un ídolo en Casanova, el neverito, el *Chango*, como otros le apodaban, que al conjuro de su nombre llenaba las arenas. Rodolfo era el personaje popular que el público adoraba y seguía con fe ciega. El primero en la historia del Siglo XX”.<sup>(7)</sup>

Y realiza una apasionada descripción del peleador: “Era tanta la fuerza emotiva que despertaba con su personalidad indiana, su presencia atlética imponente, su imagen caracterizada por el fuero agresivo que despedía su mirada de tigre, el pelo revuelto en rizos que caían agrestes sobre su frente, la peculiaridad de su presencia prepotente en el ring, tímida y hasta rebajada abajo del cuadrilátero, no sólo atraía al público sino que lo condenaba a una adoración idólatra que no había tenido antecedente en el deporte”.<sup>(8)</sup>

Jorge *Sony* Alarcón, otro decano del pugilismo, ilustra: “Es que verlo pelear era un espectáculo impresionante. Rodolfo estrujaba el alma: tenía una movilidad, una entrega y una alegría indescritibles. Su manejador, Luis Morales, tuvo la idea de untarle aceite en el cuerpo, antes de cada pelea, para que Rodolfo brillara bajo la luz de los reflectores. Apenas se quitaba la bata, su piel comenzaba a relucir y uno tenía la impresión de que estaba viendo a un príncipe azteca, a una especie de héroe mitológico”.

Y concluye: “Recuerdo que la imagen resultaba impactante para el público. En el cuadrilátero, Rodolfo se volvía una pantera, una perfecta máquina de boxeo; tenía el don de enardecer a la gente, la iba enloqueciendo hasta que la arena acababa convertida en un manicomio...”<sup>(9)</sup>

Su ascenso –como lo sería también su caída— fue vertiginoso.

### 1.1.3. El Síndrome del *Jamaicón* Villegas

A mediados de 1932 ya era el número uno en su categoría y la figura principal del boxeo en México.

Se impuso también a *Young Tommy*, otro de los mejores de la división, el 12 de agosto de 1933.

Reseñó Alejandro Aguilar Reyes, mejor conocido como *Fray Nano*, en *La Afición*: “Noqueó Casanova a *Young Tommy*. En total tiró cuatro veces al filipino y lo terminó en el quinto. Casanovita, sin un réferi que lo detuviera en sus ataques, demostró ser el campeón del mundo de peso gallo al derrotar decisivamente al filipino *Young Tommy*, cuyo manejador tiró la toalla en el cuarto round, cosa que

no se admite aquí, y al fin fue noqueado en el quinto después de recibir una tunda tremenda... Nuestra querida patria, mi México querido, tiene en Casanovita a un campeón del mundo”.

Y, profético, concluyó: “Oficialmente no le reconocerán el campeonato, pero yo sé que no hay nadie en el mundo que legalmente le pueda ganar al enorme neverito”.<sup>(10)</sup>

Sin embargo, muchos años antes del llamado *Síndrome del Jamaicón* –el jugador de Chivas José Villegas que extrañaba en exceso al país y en la cancha era vencido fácilmente debido a sus añoranzas--, el *Chango* fue el primero en sufrir la lejanía por la tierra.

Invencible en México, cambiaba al combatir en el extranjero.

Así, fue vencido por *Young Tommy* en la contienda de revancha, en Los Angeles.

Pero no sólo fue afectado por ese *Síndrome del Jamaicón Villegas* que años después perjudicaría también a muchos deportistas mexicanos, sino que ya se empezaba a hablar de su vida disipada.

“Constantemente nos llegan noticias de las estruendosas juergas que tiene”, escribió *Fray Nano* respecto a lo que ya se empezaba a saber: el peleador con frecuencia era llevado a las comisarías de policía por sus escándalos en cervecerías y pulquerías.

“Anda en malos pasos, pues ya se está enseñando a empujar el codo y todo lo que con ello va aparejado”, publicó a su vez Ignacio Herrerías, en *Excélsior*.

El *Chango* inauguró entonces esa inexplicable adoración que el público mexicano rinde a sus ídolos boxísticos. Peleaba borracho, o casi, y a pesar de eso se brindaba y los aficionados cada vez lo querían más, lo sentían parte del pueblo, de ellos mismos.

Agresivo arriba del cuadrilátero, el *Chango* se transformaba apenas al bajar. Tímido, renuente a hablar sobre sí mismo, le dijo al periodista Lara Mejía: “No sé por qué empecé a tomar, creo que fueron mis malas amistades y mi mala cabeza lo que me llevó a eso”.

“No sé, la verdad no sé por qué empecé a tomar... sólo sé que me interesaba terminar pronto para irme a emborrachar. Al acabar la pelea pedía un préstamo para poder invitar a mis amigos y otros que ni siquiera conocía. Empezaba con coñac, que no era tan caro, bueno, yo tenía para comprarlo, y terminaba con pulque o lo que fuera. Bastara que raspara un poco la garganta o quemara el estómago para darle el visto bueno...”<sup>(11)</sup>

Para agrandar su leyenda, el *Chango* se impuso en contiendas sin el título de por medio a monarcas y ex monarcas, por ejemplo a Freddie Miller, poseedor del cetro pluma, y también a uno de los más grandes del pugilismo: Henry Armstrong.

## 1.2. ¿Cómo vencer a un elevador?

El *Chango* era el máximo ídolo, pero pocos, casi nadie, creyeron en él cuando se pacto una auténtica misión imposible: vencer al estadounidense Armstrong, uno de los inmortales en la historia del boxeo, y que fue el primer pugilista en lograr la proeza de tener al mismo tiempo tres títulos mundiales en divisiones distintas: pluma, ligero y welter.

Si hubiera peleado en los tiempos modernos del pugilismo –cuando se crearon más categorías para no provocar mucho desgaste en el peleador--, Henry Armstrong hubiera sido monarca en cinco divisiones diferentes: pluma, superpluma, ligero, superligero y welter.

Una hazaña sin par, ya que todos los boxeadores saben lo que significa reducir tan sólo 100 gamos cuando su cuerpo ha sido exprimido al máximo en rigurosos entrenamientos y dietas de hambre.

A un boxeador de esas dimensiones enfrentó el ídolo de La Lagunilla.

“Los doctos del boxeo lo catalogaban una maravilla sin necesidad de metáforas –define Pino Páez--. Henry llevaba un elevador en su organismo, un sube y baja o un balancín que le permitía pelear en distintas divisiones, como si un ascensor agregara o disminuyera el tonelaje ante una báscula que marcaba domeñada al portador de los asombros. Armstrong era una auténtica joya de la

naturaleza... Y ese pugilista de portento arribó a su duelo contra el *Chango* en la desbordante brillantez de su apogeo. Los pocos que podían arriesgar sus billetes en las apostaderas de esa confrontación, como *Cantinflas*, tenían que dar una enorme ventaja a los que se jugaban su guardadito a las manos de Rodolfo Casanova, el gran *Chango*, a quien los momios sólo le otorgaban las cifras de la puritita compasión. *Cantinflas* tenía del lado del *Chango* todo el connacional sentimiento, pero la cintilante luz de la cartera la puso, bien cazadita, a nombre de Henry Arm-strong, el Brazo Fuerte”.<sup>(12)</sup>

Cuenta Pino Páez:

“El primero en meterse al encordado fue la ebanística corporeidad del visitante. Un ¡Ahhh! De interjeccionadores apantallamientos cuajó de azoros el local. Qué presencia tan temible la de Armstrong: hombros que se expandían en avenida, espalda de una fortaleza medieval, juego de piernas... El rugido de una bestia indescriptible se adueñó de todos los parajes en cuanto Rodolfo Casanova se introdujo al cuadro alumbrado del vapuleo. ¿Cómo vencer a un elevador?...”

“*Primer párrafo.* El ascensor suprahumano se abalanza contra el de enfrente con las tenebrosas pretensiones de rápido imponer el infausto deschanguizar...

*Segundo punto y aparte.* El *Chango* se planta cual tule inmarcesible, aguanta en la mitad del ring los embates del maravilloso balancín que busca el filo mandibular del guanajuatense.

*Tercer capítulo.* ¿Cómo vencer a un elevador? El Changuérrimo de todas las pasiones parece que descubrió la fórmula: sus ramales son ya opers y cruzados con destino al plexus solar.

*Cuarto re-cuento sin manguantes ni habitaciones.* ¡Armstrong retrocede!

*Quinto escalabón de los puntos suspensivos.* El afroamericano se bambolea en un danzar de borrachitos.

*Séptima terquedad del punto y guión.* ¿De qué está hecho Henry Armstrong? ¿Qué le permite soportar un castigo tan despiadado?

*Octava octavilla.* ¡Rodolfo se descuida! ¡Contra su quijada derecha se colisiona un bárbaro barbarismo de gancho enganchador! ¡Armstrong se recupera

al atestiguar el daño de su barbárico enganchamiento! ¡Casanova está en el turno de los sacrificados! ¡Lo van a noquear! ¡Están desmoronando al dios con todo y su pedestal!...

*Novena sinfonía de betovianos agarrones.* El ¡gong! salvó al mexicano de tenderse en los acurrucamientos de su propia mortaja, pero, ¿Henry Armstrong dejará que el *Chango* se salve del desuello? ¡Im-po-si-ble! ¡El negro se lanza con todas las toneladas del ascensor... ¿qué pasa? ¡Casanova contesta completitas todas las misivas! ¡El intercambio es sensacionalmente atroz!

*Décima relatoría de los epílogos.* Los dos están exhaustos, pero más agotada está la multitud de tanto proclamar a las excitaciones. Armstrong se siente abatido como un marinero sin barco en altamar. La decisión la tiene perdida... Rodolfo no rehúye la invitación al fragoroso compartir de los toletes. Henry Armstrong vuelve a zozobrar en las crueles aguas del infortunio. Escupe el protector como quien arroja una bestia que a dentelladas le almorzaba los riñones. ¡El réferi se decide a detener la contienda, pero lo frena el ¡toinnng! que ordena el final y lo para en las instantáneas del marasmo! Casanova se lleva la disputa por puntos.

¡Qué bullicio como golpes de machete se enciende en el local! ¡Miles están felices hasta los calentitos escanciamientos de las lágrimas! ¡Qué pandemónium! ¡Sí! ¡Qué pan-de-demonio con azufre por harina! ¡Con llamaradas por aliento! ¡Con brasas por palabras!

¡Los sabelotodo se autoenmarañan de silogismos en el afán de enterarse cómo el *Chango* venció a un elevador!

*Cantinflas* se desfalca con sus pragmáticos apostares. Pero él también está eufórico, aunque el *Chango* no sea su idolazo le conmueve una de las exhibiciones más estrujantes en el boxeo de estos lares.

Casanova era el dios de los días del hartazgo, y también el dios en los días del drama, el trágico tótem que abnegadamente hace cumplir las escrituras, con un corolario de tragedias, de abandonos, de manicomios, de risas rotas, de amnesias que pesan catedrales de brumosisidad, de asilos inatrapables y con cruces de sed y de madera..."<sup>(13)</sup>

### 1.2.1. “Honda decepción”

Vencedor del inmortal Armstrong, el *Chango* sin embargo perdió en la única ocasión que disputó un campeonato del mundo.

La pelea se pactó para el 26 de junio de 1934, en Montreal.

El rival era el puertorriqueño Sixto Escobar y se enfrentarían por el vacante cetro mundial gallo de la National Boxing Association (NBA, lo que actualmente es la Asociación Mundial de Boxeo).

El mexicano se había preparado a conciencia para la batalla más importante de su carrera, pero unos días antes del viaje a Canadá desapareció y nadie podía localizarlo.

Finalmente lo encontraron, ahogado de borracho, en una piquera de La Merced. Así se lo llevaron a Montreal, donde se vivió toda una pesadilla. Rodolfo estaba excedido de peso varios kilos y tuvieron que ‘rostizarlo’ en el vapor. Además, Casanova se daba sus mañas para beber cerveza.

El naciente público boxístico siguió la contienda por radio.

Los aficionados se entusiasmaron durante los primeros rounds, cuando el mexicano dio muestras de su pundonor boxístico... hasta que se le acabó la precaria condición física.

Al día siguiente, *El Universal* publicó: “En el séptimo round, cuando parecía que no aguantaría de pie los 15 asaltos, el *Chango* comenzó a reaccionar y se tiró al frente deseoso de recuperar los puntos perdidos... Casanova abrió el hueco necesario y mandó su golpe de manera puntual, pero a diferencia de otros, Sixto Escobar lo resistió. Y entonces vino el derrumbe”.

La crónica termina: “Escobar lo persiguió, lo tuvo contra las cuerdas y allí le dio un brutal cruzado derecho a la barba; Casanova se dobló; Escobar lo enderezó entonces con la izquierda asestándole un fuerte gancho, que hizo al mexicano bajar los brazos y hacer un gesto de dolor. El puertorriqueño aprovechó ese instante para darle dos derechos cargados de dinamita, cogiéndolo de lleno... Casanova se desplomó en el acto sobre la espalda, y su mismo impulso, pues se



hallaba inconsciente, le hizo rodar hasta quedar el peso de su cuerpo cargado sobre su estómago. Tardó más de dos minutos en recuperar el sentido”.<sup>(14)</sup>

Y el título fue elocuente: “Honda decepción”.

La derrota afectó notablemente al peleador y agudizó su alcoholismo.

Sin embargo, *Kid Azteca* ofreció otra versión: que al regreso de la contienda, el púgil ya no encontró a la novia con la que se había comprometido en matrimonio.

“Nunca se repuso –recordó *Kid Azteca*, un participante directo en esta historia--. Jamás volvió a ser el mismo. Siempre he pensado que fue ahí donde perdió la fe. Se metió a los cabarets y anduvo emborrachándose durante semanas”.

Carlos Montes, el inseparable compañero del *Kid*, coincide en la versión de su amigo. “Sí, el *Chango* tuvo una *chamacona* que le jugó rudo. Se llamaba Margarita y se fue con otro. Eso sí le afectó... aunque la verdad ya le gustaba el chupe”.

*La Afición* puntualizó: “Fue el principio del fin”.

### 1.3. De soldado a campeón nacional

Sin embargo, el ídolo fue rescatado por un general y recluido en un cuartel militar para alejarlo del vicio y prepararlo para lo que todos consideraban una hazaña: conquistar el cetro nacional pluma ante Juan Zurita, un brillante campeón de apenas 16 años.

*Sony Alarcón* y *Lara Mejía* mencionan que fue reclutado por un general de apellido Palma, quien le dio trabajo como soldado raso para que pudiera estar en la disciplina del cuartel.

Por su parte, *Pino Páez*, en su libro *A solas en el altar*, le atribuye el hecho al general Núñez, el entonces propietario del Atlante.

“A Rodolfo lo secuestró un militar... Entrenó duro en ese par de meses de confinamiento. Y al final de las sesiones el general Núñez lo invitaba a descansar escuchando por la radio los pormenores del juego entre el Atlante y el Asturias,

para luego, al igual que los soldados, hacer la meme en cuanto el sol se diluyera entre los laberintos de las piedras”.<sup>(15)</sup>

El diario *La Afición* menciona al militar Palma: “El general Guillermo Palma, oficial mayor de la Secretaría de Guerra, lo metió a un cuartel. El *Chango* sale escoltado por ocho soldados y un teniente cada que va al gimnasio”.

Sin las brumas del alcohol, con la disciplina militar que tendría por única vez en su vida, el *Chango* consiguió sus máximos logros.

Venció a Juan Zurita el 15 de septiembre de 1934, en la arena Nacional, y conquistó el campeonato pluma. Al mismo tiempo fue monarca ligero, ya que un año después, el 23 de noviembre de 1935, derrotó a Manuel Villa.

Y luego el cuerpo le dio para seguir formando su leyenda, al enfrentar a otro campeón mundial: Freddie Miller, quien era uno de los mejores boxeadores de la época.

No sólo era el monarca mundial de peso pluma, sino que tenía un récord impresionante: 170 peleas sin derrota.

Enero de 1936.

25 mil fanáticos se dan cita en el Toreo de la Condesa y observan caer al ídolo en el inicio de la batalla.

Muchos recordaron entonces el enfrentamiento previo entre ambos. Dos años antes, en Los Angeles, Miller había vencido sin problemas al púgil nacional.

“Todos los semblantes se ven contrariados. El Toreo parece un cementerio”, inicia la nota de *El Universal*, que relata después la forma en que el mexicano se empieza a reponer, ataca y en el noveno round da una auténtica golpiza al campeón.

El Toreo se convierte “en un campamento de apaches que gritan desaforadamente”, señala el diario y --en el clímax de otro triunfo del héroe con guantes--, cuenta que el ex presidente de México, Abelardo Rodríguez, se pone de pie como cualquier fanático, las mujeres lloran y *Fray Nano* inmortalizó al *Chango* con el epígrafe de su vida y su destino:

“Un campeón sin corona”.<sup>(16)</sup>

Y es que el título, por supuesto, no había estado en disputa.

#### 1.4. Ante *Kid Azteca*, con perfiles de héroe

“La mejor exhibición de su vida”, dice Fernando Gómez Arias sobre un triunfo que parecía imposible: el *Chango*, campeón pluma y ligero, ante el monarca welter.

16 de mayo de 1936.

Gran diferencia en pesos y tamaños. Lo que en aquellos tiempos era una distancia de tres divisiones, en la actualidad serían cinco: pluma, superpluma, ligero, superligero y welter.

La crónica de aquella contienda fue un recuento de elogios:

Testigo presencial, al periodista de *La Afición* Carlos Vera se le acabaron los elogios:

“Pasaran los años, muchos años, y si el boxeo sigue viviendo todavía se recordará como ahora al pugilista Rodolfo Casanova, campeón pluma y ligero de la República Mexicana y también vencedor del campeón welter de su época. El tiempo, el olvido, en fin todo lo que mata el recuerdo, no bastará para borrar la gloria indeleble del campeonísimo Casanova. Mejores puños, mejor ciencia boxística y en fin, todo lo que pueda tener un gran peleador no lo habrá tenido nadie y siempre la figura de Rodolfo Casanova, con perfiles de héroe, seguirá viviendo en el ánimo de la afición mexicana de todos los tiempos.

“Cualquier cosa que se diga de la pelea de anoche en la arena Nacional en la que Rodolfo venció en toda la línea al campeón welter *Kid Azteca* es poco. Cualquier elogio a favor del muchacho que antaño fue nevero es pálido. Rodolfo ganó 8 de los 10 rounds, perdió uno y el primero lo empató. Esto es como vieron nuestros ojos la pelea.

“El lector se dará cuenta por ello que el *match* fue ladeado en extremo y que si fue interesante se debió a que hasta el último momento muchos aficionados pensaron que podía suceder lo que ocurrió en la batalla de Manuel Villa con *Kid Azteca* y en la que el roñoso dominó nueve rounds al *Kid* para luego caer noqueado con repentino como inesperado *opercut*.

“Pero ayer pasaron los rounds primeros, vinieron los demás y llegó el final sin que el *Chango* midiera la lona. Hubo un round en que un gancho izquierdo del campeón welter lo tocó en la mandíbula, el nevero se estremeció, se vio lastimado, pero no cayó. Cuando el público gritaba emocionado y muchos esperaban el nocaut, Casanovita se defendió en forma inteligente, vino el *gongo* y el peligro pasó.

“Fuera de ese instante del quinto episodio que hemos relatado en forma rápida, la pelea se puede describir de esta forma: Rodolfo Casanova con un mejor *footwork*, con mejor boxeo, con una superior velocidad y en fin con un dominio del ring fenomenal fue un verdadero fantasma para el campeón welter que sólo rebajó hasta 64 kilos. Esto nos hace pensar que si ha bajado hasta 63 quizá hubiera caído noqueado a manos de su contrario.

“Muchas veces los aficionados gritaron enloquecidos cuando el *Kid* completamente descontrolado tiró sus mejores cartuchos y los dio en el vacío. *Azteca* siempre ha perdido los primeros rounds de todas sus peleas, es de los púgiles que van estudiando al contrincante y poco a poco se van imponiendo con un castigo como látigo.

“Ayer a nosotros nos emocionó en alto grado la victoria, pero la verdad era que hasta el quinto round, a pesar de que Casanova iba dominando, todavía no creíamos en su triunfo. Vino el quinto round en que el *Chango* se vio mal, creímos que ahí se había acabado, pero en el sexto volvimos a ver al Casanova de antes, fuerte, con espléndido juego de piernas, se puso a boxear y volvió a ser el fantasma de antes. Los dirigentes de *Azteca* pensaron, muy cuerdamente, que el doble campeón ahí se había acabado. Mandaron a su peleador a que apretara y fue cuando nos dimos cuenta de esos mejores cartuchos mal gastados: golpes de izquierda, de hígado, con la misma mano, derechos cortos al mentón, en fin, todo el repertorio sobre el campeón welter.

“*Azteca* en los rounds finales tenía la cara deforme, un ojo completamente inflamado, la boca sangrante y deforme y de la nariz algunos hilillos de sangre le corrían. Era en realidad un aspecto triste el que daba el campeón welter. Luis Morales, que había subido al ring con no mucha confianza, dado que *Azteca* no

había hecho el peso estipulado, trabajaba como héroe. En estas líneas, al tratar de hablar de esa hazaña épica del *Chango*, no podemos más que dar un voto más de confianza a ese modesto mánager de peleadores, seguramente el mejor del momento.

“Morales, cuando el nevero perdió la cabeza y se puso a cambiar de golpes al gran *Azteca*, hizo que Rodolfo modificara esa táctica y fue así que después del quinto round sólo en algunas oportunidades el nevero se atrevió a cambiar golpe por golpe y era lógico que *Azteca* en los rounds finales no tuviera la misma fibra de los primeros y como también es razonable, la misma velocidad que podía haber desarrollado en los asaltos iniciales. Se veía lento, torpe, y los golpes al hígado poco a poco le iban minando más y más.

“Cuando llegó el octavo round supimos que sólo un milagro podría repetir lo de la pelea *Villa-Azteca*. El *Chango* estaba más inteligente que nunca. Vino el noveno que fue una exacta repetición de los otros y luego llegó el décimo en que volvimos a ver lo que antes habíamos aplaudido con calor. Cuando sonó el campanillazo, Casanova seguía pegando casi impunemente al campeón welter y el público estaba loco. Aquello era apoteósico... Estábamos comprendiendo que no es muy seguro que un buen hombre grande le gane siempre a un buen hombre chico y mientras que el *Chango* glorioso caminaba sobre los hombros de los aficionados, su mánager, el hábil y astuto Luis Morales marchaba a su lado”.<sup>(17)</sup>

Fue uno de sus últimos triunfos memorables.

Fue de los momentos postreros en que provocó admiración.

#### **1.4.1. Rotos todos los récords del boxeo**

Su destino se empezó a oscurecer en 1937.

Sin embargo, nadie pensaba en una derrota a inicio de año, cuando el ídolo fue enfrentado otra vez al gran Armstrong.

Era una búsqueda desesperada de la gloria perdida.

Era, pensaban todos, la gran oportunidad para que el Ave Fénix remontara el vuelo otra vez.

Así que miles de fanáticos se dejaron llevar por la ilusión y abarrotaron el Toreo de la colonia Condesa ese fatídico sábado 2 de enero.

Las fotos muestran al inmueble como un enorme hormiguero: “Se supone que fueron rotos todos los récords de entradas del boxeo”.

Miles de aficionados fueron atraídos por ese imán reservado tan sólo para los elegidos.

La descripción, de *Fray Nano* en *La Afición*:

“A las 7 de la noche de ayer, las pletóricas graderías del coso taurino de La Condesa rebosaban animación y entusiasmo, animaban al gladiador de gladiadores, al pugilista mexicano que desde 1932 a la fecha más ha ocupado el corazón de los fans.

“A las 7 y 10 minutos un profundo silencio se extendía sobre esas mismas graderías. Los aficionados, hacía 10 minutos llenos de animación, desfilaban silenciosamente hacia las oscuras puertas. Era un velorio, habíamos asistido a una muerte.

“Casanova había sido noqueado a los dos minutos del tercer round por Henry Armstrong quien así dio un paso más hacia el total reconocimiento como campeón del mundo de peso pluma, título que ahora sólo le concede la Comisión de California a pesar de que ha vencido a Mike Belloise en *match* en que se puso en disputa el cetro, el cual esta reconocido como campeón por los solones neoyorquinos.

“Cuando Casanova cayó en aquel rincón neutral y el réferi Carriles empezó a contarle los segundos, supimos que estaba noqueado. Es decir, que no se levantaría antes del décimo segundo y que si lo hacia sería sólo para volver a caer o para que detuvieran la pelea para evitar un asesinato.

“Nos dijimos entonces que la esperanza de que México conquistara un campeonato del mundo estaba más lejos que nunca.

“Casi dos años han pasado de que Casanova y Armstrong se enfrentaron. Para Casanova, desgraciadamente, han sido dos años más de paseos, digámoslo claro, de ingerir alcohol. Para Armstrong han sido dos años más de experiencia y

ahora bajo unos directores muy diferentes en todos sentidos de los que tuvo antaño.

“Fue en el tercer round cuando el telón cayó para Casanova tal vez poniendo fin a su carrera como boxeador de primer orden.

“Pero fue en el mismísimo primer episodio cuando supimos que Casanova iba a ser noqueado. Una de dos: o el *punch* de Henry Armstrong ha subido un ciento por ciento o la resistencia de Casanova ha bajado en la misma proporción, o, como dicen los rancheros, *mita y mita*.

“Podimos darnos cuenta desde el primer momento que se tiraron los primeros golpes que la condición física de Casanova no era ni con mucho la que necesitaba para un *macht* de la importancia que para él tenía éste. Estaba rápido de manos, sí, pero pésimo de pies. Cuando no hay piernas no hay nada y Casanova no tuvo piernas ni fibra ni nada, todo se había quedado quien sabe en donde.

“Por desgracia bien puede ser que se trate de un finalizamiento de carrera, que Casanova no ha llevado una vida fuera del ring para durar mucho. En una forma u otra, de todas maneras hay que lamentarse. Si algún peleador mexicano ha tenido probabilidades de poder obtener un campeonato del mundo ese fue Rodolfo Casanova. Por desgracia la natura, que tan bondadosamente se mostró con él al entregarle a raudales condiciones físicas, le negó la cerebral de donde nacen sus gustos y errores por su profesión a que se dedicó y la del concepto de responsabilidad”.<sup>(18)</sup>

Era el final.

El 26 de marzo de ese año perdió el cetro ligero ante su principal fantasma, Joe Conde, el púgil que dicen lo dominaba tan sólo con hablarle en inglés.

Así que un año después, en 1938, el *Chango* prefirió evadir su realidad y fue desconocido como monarca pluma al negarse a pelear con el propio Conde.

### 1.5. La leyenda negra

Testigo directo de esos años, don Antonio Andere narra el lado oscuro del ídolo y aclara que nadie se lo contó, sino que a él le tocó vivirlo.

Relata las veces que, en compañía de su entonces mánager Luis Morales, lo recogían de la banqueta en completo estado de ebriedad y así lo llevaban a entrenar o pelear y que para curarse la cruda a veces dormía en un ataúd, en la funeraria de un familiar.

Ilustra: “Cuando se le antojaba beber pulque, iba a Puente de Vigas y con pantalones, zapatos, etc... se metía en la tinaja de modo que el nautle le quedara a la altura de la boca y así empezaba a libar hasta saciarse”.

Y concluye: “Pero, sobre todo, hay que tomar en cuenta sus conductas escandalosas y negativas, pese a las cuales siguió teniendo una fuerza de atracción incomparable. Los aficionados le perdonaron todo, absolutamente todo, así se tratara de hechos verdaderamente abominables como el de haber golpeado a su propia madre. Todo fue consecuencia de sus hábitos alcohólicos, un vicio atávico, es decir heredado de sus antecesores, especialmente de su padre de quien se decía que había muerto mientras tomaba tequila a pico de botella”.<sup>(19)</sup>

Pero al *Chango* lo que le encantaba era el pulque.

Muchas veces, dice Lara Mejía, lo sacaban casi arrastrando de la pulquería y lo metían en una tina con hielo para que se reanimara y subiera a pelear.

Y surge entonces la anécdota mil veces contada en los gimnasios:

Después de varios días de andarlo buscando, el *Chango* fue localizado el mismo día de la contienda. Estaba en una pulquería cercana al Peñón de los Baños, donde incluso le daban permiso para que se quedara a dormir. Horas antes de subir al ring le bajaron la borrachera con el recurso infalible del agua helada y quedó listo para el combate.

Reseña Pino Páez:

“Rodolfo *Chango* Casanova se derrumbó en cámara lenta, hasta quedar en cucullas; una hemorragia imparable le empezó a sacar la vida por los esteros de la



boca... Aquel changuístico fluido no cesaba, y tampoco se interrumpía la angustia del respetable que incrédulo se pasmaba con la sangre desperdiciada de un dios, de un tótem al que querían humanizar con los enterrados demonios del guamazo. El *Chango*, trabajosamente pero sin ayuda, se puso de pie, se dirigió luego hacia un micrófono... Casanova, con una tosecita impertinente, soltó al aire que contuvo en una bocanada para limpiar a los decires... Y de sopetón, con aquella sonrisa ya recuperada, dijo a los aterrorizados parroquianos:

“--*Toy* bien. No hay tos (y por segunda vez aquella tosecilla lo desmintió). Ese chango (el de las minúsculas, el nietzchiano Anticristo) no'más me chifló todo el *aigre* y me hizo descomer mi curadito de pitaya.

“Una ovación inundó la arena. Qué contento se arremolinó el tumulto. ¿Acaso cuentan los resultados con un dios?”<sup>(20)</sup>

Completa Lara Mejía: “Sin proponérselo, el *Chango* legó una frase para el pueblo mexicano, la cual aún persiste: ‘te pusiste un cuete de nevero’, expresión dada cuando a alguien se le pasaron considerablemente las *cucharadas*”.

## 1.6. La Trilogía del boxeo mexicano

Fue la llamada época de oro del boxeo mexicano. Y si el *Chango* era “el sol radiante de aquellos años inolvidables”, según definición de Gómez Arias, Juan Zurita y Joe Conde eran los otros puntos del triángulo del que muchos años después aún se sigue hablando.

En la memoria colectiva se da como un hecho que el refinado Joe Conde le hablaba en inglés al modesto Casanova y ahí lo empezaba a vencer.

“¡Indio!”, le espetaba con odio el mazatleco que siempre vistió de traje y con una flor en el ojal.

Y el *Chango* se rendía, bajaba el ánimo y los brazos.

Más allá del aspecto psicológico, Gómez Arias señala el boxístico: “Ya se ha dicho hasta la saciedad cómo Conde derrotaba a Casanova, éste a Zurita y Juan a Conde. Cosa de estilos. Conde era alto, con gran alcance y manejaba el uno-dos magistralmente. La combinación era mortal para Casanova. La resistencia de éste

no era mucha y Conde era, a pesar de su estilo ventajoso, un pegador muy peligroso. Zurita, en cambio, era un gran púgil defensivo, que sabía eludir los mejores golpes del mazatleco; en cambio, no competía con la fortaleza de Casanova, que solía imponerse sobre el buen estilo de Juan”.<sup>(21)</sup>

Un golpe más, el definitivo, terminó con las aspiraciones del peleador. Fue un impacto del que ya no se levantaría.

En 1938 falleció Luis Morales, quien no sólo era su mánager, sino que se había convertido en el padre que nunca conoció.

“El único que me pudo controlar fue el señor Morales –aceptaba el *Chango-*, pero cuando él se murió yo volví al agua... la verdad es muy feo no tener voluntad”.

Y la caída ya no tuvo freno.

“El *Chango*, desmoralizado, se dedicó a vagar, a emborracharse, no había nadie que lo pudiera salvar. Sólo lograban mantenerlo sobrio unas horas antes de que subiera a pelear; al bajar regresaba de nuevo a las andadas. Sus seguidores lo vigilaban religiosamente: le velaban el sueño, lo mimaban sabedores del dolor que estaba viviendo”, evocan Marco Maldonado y Rubén Zamora en *Pasión por los Guantes*.<sup>(22)</sup>

Siguió en el boxeo, ahora con Arturo *Cuyo* Hernández, quien había sido auxiliar de Morales y muchos años después sería considerado el mejor mánager en la historia del pugilismo en México.

Entrenaba entonces en el gimnasio Las Trancas de Guerrero, ubicado por Nonoalco, al aire libre, y el público pagaba su boleto para verlo entrenar.

O para verlo, tan sólo para verlo.

Evoca Andere: “En una de tantas veces, los *fans* acudieron como siempre y el tiempo pasaba y pasaba y Rodolfo no aparecía, sin embargo, nadie se desesperaba. Hasta que llegó el momento en que el *Cuyo* Hernández tuvo que informar a la gente que Casanova no iba a entrenar porque estaba ‘enfermo’ y que podían pasar a recoger el dinero que habían pagado en la taquilla. La respuesta del público fue decirle al *Cuyo* que, aunque no entrenara, ellos sólo querían verlo. Que se los enseñara y con eso quedaban conformes.

“Por supuesto, no estaba enfermo, sino que estaba pagando las consecuencias de una tremenda parranda. Como pudo, el *Cuyo* lo sacó para que lo viera la gente, le dieron una ovación y todos se fueron felices y contentos... sin reclamar un solo centavo. Invariablemente una larga cola de gente del pueblo lo acompañaba hasta el restaurante en el que le encantaba comer, Las Cazuelas. La verdad es que, ni antes ni después, se vio cosa igual. Pues bien, a pesar de todo el daño que se hacía con esa clase de vida pudo Rodolfo trascender como un peleador excepcional”.<sup>(23)</sup>

### 1.7. Visión dantesca de La Castañeda

Los primeros efectos del alcoholismo –indica Andere— se presentaron cuando viajaba en un camión rumbo a Monterrey.

“Se manifestó el *delirium tremens* en la impresión de que cuantos estaban a su lado pretendían agredirlo. Su reacción fue angustiosa, desesperación con pánico indescriptible, síntoma claro de que había perdido la razón”, señala el periodista.<sup>(24)</sup>

Fue un derrumbe, define Gómez Arias.

Fue “la caída por un tobogán de bajas pasiones, días sin huella, olvido de todas sus responsabilidades no sólo deportivas sino familiares y sociales. Sencillamente, Rodolfo se hundió en un buhadar de molicie y depravación que lo llevó hasta el manicomio, que entonces estaba en un viejo edificio que se llamaba La Castañeda, por el rumbo de Plateros, en Mixcoac”.

El púgil ingresó a La Castañeda en 1940.

El periodista Gilbert Torre describió el lugar: “En un recorrido por varios de los pabellones de La Castañeda, inaugurada en 1905, manicomio construido con sujeción a técnicas desusadas y repudiadas actualmente (en 1940) y que es terrible, desastroso, horrible, visión dantesca que apenas puede creerse existe en pleno siglo XX, a ciencia y paciencia de las autoridades que tienen a su cargo velar por la atención de los débiles sociales que por unas u otras razones no pueden bastarse a sí mismos”.

Algunas fotografías de aquella época muestran al peleador con la mirada perdida, fija quizá en sus fantasmas.

El manicomio, por supuesto, no lo rehabilitó.

Los pabellones, construidos para 100 pacientes, albergaban a más de 250 enfermos, quienes por cierto tenían que ingerir la escasa comida con las manos, ya que no les daban cucharas para que no se hicieran daño ellos mismos.

Varias veces el peleador visitó el pabellón llamado “de los agitados”, a donde fue llevado como castigo luego de dirimir sus diferencias de la única forma que sabía hacerlo: a golpes.

El reportero Sergio Lara Mejía, aprovechando los contactos de un conocido, pudo ingresar a La Castañeda, pero sólo fue para observar una imagen deprimente:

“Rodolfo verdaderamente causaba lástima, con un raído pantalón y camisola azul de mezclilla, cuando este textil aún era parte de la vestimenta del pueblo, de la gente de escasos recursos, sin zapatos y con pelo y barba ya casi blancos, el rostro ajado...”

No pudo hablar con el *Chango*, quien para entonces ya andaba en otras batallas.

Al verlo, sin embargo, Lara Mejía recordó algunas pláticas que tuvo con él, cuando todavía pertenecía a este mundo.

“Por el maldito vicio ya hasta veía al diablo... y hasta platicaba con él”, le había contado el ídolo antes de que fuera ingresado en el nosocomio.

“El vicio no me deja –decía, impotente--. Yo pienso no beber nunca más, pero dentro de mí hay la necesidad de hacerlo, quiero algo que me raspe la garganta, algo que me queme el estómago, con eso me tranquilizo”.

### **1.7.1. Algunas monedas de caridad**

La mayor parte del resto de su vida la pasó en ese lugar, aunque algunas veces se le permitía salir y “donde quiera que la gente lo identificaba, le profesaba el mismo cariño, la misma adoración de sus momentos gloriosos”.

En una de esas salidas, intentó ganarse otra vez la vida de la única forma que sabía hacerlo.

“El *Chango* volverá a calzarse los guantes”, informó la revista *Ring Deportivo* en febrero de 1942, en esos años caóticos de guerra mundial: “Esta noticia, así de golpe, puede causar más (impacto) que una bomba nazi en el frente ruso. Casanova, paseando su pobre humanidad en un ring, es cosa propia de una casa de locos”.

Dos meses después la comisión le negó la licencia, pero le permitieron realizar una pelea de exhibición, de despedida, el 9 de mayo de 1942.

“Estamos como rifle”, le dijo el *Chango* a *Cantinflas*, con quien aparece en una foto de *Ring Deportivo*.

Casanova ganó por nocaut en 3 asaltos a Alfonso Malacara, pero ya sólo era una sombra de su propia grandeza y los aplausos de antes quedaron reducidos a miradas de pena.

“Casanova subió al ring para ganarse unos cuantos pesos, sirviendo de gancho a quienes sin pizca de moral todavía ven en él a un filón productivo”, señaló *El Universal* y reseñó que después de vencer a un desconocido, el *Chango* recogió sobre el ring de la arena Coliseo algunas monedas que le lanzaron por caridad.<sup>(25)</sup>

Otro golpe de la vida contra el ya decaído Casanova fue el asesinato de su hijo mayor, sucedido el 25 de febrero de 1960 en la cervecería Mi Morena, ubicada en la populosa colonia Morelos.

Rodolfo Casanova hijo, de 24 años, estaba festejando su despedida de soltero, ya que planeaba casarse al siguiente mes, marzo. Pero sus planes terminaron cuando fue balaceado por el prestamista Odilón Valencia Rosas, luego de una discusión –como se dice— al calor de las copas.

Para entonces, el *Chango* estaba recluido en una clínica del Seguro Social “sujeto a un tratamiento contra el alcoholismo y la locura”, informó *Excélsior*.

Describió el diario: “El *Chango* Casanova es ahora un despojo humano. Lleva en el rostro las huellas de los golpes que recibió en el ring y los que en plena decadencia física y moral le propinaron en cantinas de barriada”.

Jerónima Méndez viuda de Casanova lo visitaba cada domingo: “Prefiero que mi hijo esté internado en la clínica a verlo tirado en la calle por la ebriedad. En la clínica lo atienden bien y le tienen muchas consideraciones. No me permiten que le lleve alimentos, pero sí ropa limpia”.

Luego de una pausa, la anciana de 80 años añadió: “No crea usted, es triste ver en ese estado a quien uno formó con mucho esfuerzo”.<sup>(26)</sup>

La madre del ídolo vivía en una modesta vecindad en la calle Vicente Villada número 95. Pobre y enferma, sobrevivía con los 600 pesos que le daban por el alquiler de unas placas de un ruletero, la única herencia que le dejó su hijo luego de su paso fulgurante por la fama.

Era ya el final, pero todavía algunos intentaron ayudarlo y le dieron trabajos para que pudiera sobrevivir: un puesto de jugos, uno de tortas, sus placas de ruletero, alguna ayuda mensual para el ídolo que llenó arenas pero que estuvo lejos de los tiempos boxísticos en los que por pelea se pagan miles de dólares.

Carlos Montes, boxeador de esos años, recuerda que el *Chango* empezó con sueldos de 10 pesos por pelea, que después se incrementaron a 15 y 50 y por un combate estelar le dieron 200 pesos. En su primera contienda internacional la bolsa fue de 500 y contra *Speedy Dado* obtuvo 2 mil. “Se calcula que en toda su carrera llegó a ganar 300 mil pesos. Su bolsa más grande fue de 14 mil 500 pesos, cantidad que le fue pagada por enfrentar a Henry Armstrong, otra leyenda del boxeo mundial”.

Poco se sabe después de él.

Que entraba y salía a La Castañeda.

Que se rehabilitaba.

Que volvía a caer.

Que lo encontraban –a veces inconsciente, otras borracho, siempre lastimoso-- en Garibaldi, en San Juan de Letrán, en la colonia Guerrero, en todo el Centro y sus alrededores.

Reseñó *Excélsior* en diciembre de 1972:

“El ex boxeador Rodolfo *Chango* Casanova fue hospitalizado en la madrugada en el Hospital Rubén Leñero para ser atendido de lesiones en la cara

que se produjo tras haber asistido a una posada la noche del viernes pasado en la colonia Guerrero. Una ambulancia de la Cruz Verde lo recogió de las calles de Magnolia en donde yacía golpeado de la cara y en estado de embriaguez... Los golpes que presenta se los causó con las múltiples caídas al piso y recargadas que se daba en las paredes, según dijeron algunos transeúntes que lo auxiliaron una vez que lo reconocieron...”

En el hospital Fray Bernardino Alvarez, donde entonces estaba internado, aclararon que el púgil no se había escapado, sino que había recibido permiso para pasar la Navidad con sus familiares y para ir al entierro de José *Toluco* López, otro ídolo en desgracia.

El *Chango*, sin embargo, había regresado otra vez a las calles...

Quienes lo vieron así, andrajoso, con la mirada perdida y pidiendo unas monedas para tomar y a veces para mal comer, no darían crédito que ese personaje fue el primer héroe deportivo y que en sus años de gloria anduvo del brazo y por la calle con Mae West, una de las estrellas de Hollywood.

La West y Casanova se vincularían en Los Angeles, durante un fiestón organizado por el estupendo comediante W.C. Fiels. El romance está detallado en el *Un Unquenchabe Life*, el libro de Dwight B Ray.<sup>(27)</sup>

### **1.8. Una película arrancada a la vida misma**

Tampoco se creería que ese teporocho ninguneado inspiró a Alejandro Galindo para filmar en 1945 la recordada *Campeón sin Corona*, “una película deportiva llena de interés porque está arrancada a la vida misma”, de acuerdo con el cartel publicitario, y cuyo papel principal fue interpretado por David Silva en el personaje de Roberto *Kid* Terranova, que en la vida real se llamó Rodolfo *Chango* Casanova.

En la cinta, la madre de *Kid* Terranova se lamenta: “Ese dichoso box no te va a dejar nada. De milagro que hoy no te rompieron las narices. No sé qué gusto le pueden encontrar en andarse trompeando. ¡Ay Señor! Si cuando menos lo hiciera que dejara el box”.

El *Kid* se defendía: “¿Acaso va a ser siempre uno un mendigo?”

Y encontraba apoyo en su manager, llamado *Tío Rosas*: “Por lana no te fijas, conmigo vas a ganar para ahogarte en pesos. De estos vas a ver a montones. Si sigues así, vas a ganar más lana de la que habías soñado”.

En esos primeros triunfos, el *Kid* empezó a vestir de traje y sombrero elegante y llegaba a su vecindad con muchos regalos para su madre: “Y usted que decía que el box no me iba a dejar nada bueno. Tome, que lo mío siempre será suyo”.

La madre, sin embargo, seguía temerosa: “Perdóname Dios mío que el gusto de mi hijo se convierta en una pena para mí, pero no sé por qué no me acaba de gustar el box”.

El *Chango* es mostrado como acomplejado cuando enfrentó a Joe Conde – llamado *Joe Ronda* en la película--, quien lo impresionó por su vestimenta elegante, su flor en la solapa, su novia sofisticada y su hablar en inglés.

En forma inexplicable, *Kid Terranova* se dejó vencer por *Joe Ronda* sin tirar golpes.

--Es sorprendente la actitud de Terranova, decía el locutor *Mago Septién*.

--¿Qué tiene ese hombre?, se preguntaba el *Tío Rosas*, mientras en la esquina contraria *Joe Ronda* era aleccionado por su manejador: “No dejes que pierda el miedo, háblale en inglés, eso lo asusta”.

Luego de la decepcionante derrota ante *Ronda*, el *Kid Terranova* renegó del pugilismo: “Usted sabe bien que yo no sirvo para esto. El box ya no me gusta, nunca me ha gustado. Yo nací para nevero y ni modo”.

Y su madre completaba el panorama trágico: “Tal vez le esperen mayores amarguras. En la nevería estaba tan bien”.

*Kid Terranova* fue convencido para regresar a pelear y consiguió “triunfos extraordinarios ante los mejores clasificados del mundo”, pero luego quedó deslumbrado por una artista, quien al final también lo decepcionó.

Y la caída del ídolo fue total.

La película termina con un andrajoso peleador, que es echado sin misericordia de las cantinas: “¡A dormir la *mona* a la calle, cochino!”<sup>(28)</sup>



Los que vieron al *Chango Casanova* en aquellos días amargos cuentan que el peleador lloraba dramáticamente al ver la película de su vida, de la que por cierto no le dieron ninguna regalía.

Para obtener algunas monedas por la utilización de su vida en esa película —que sería considerada entre las mejores en la historia del cine mexicano—, el boxeador recurrió a los juzgados, pero la ley no estuvo de su lado con el argumento de que el personaje principal se llamaba Terranova y no Casanova.

Escribió Javier Zea Salas en *La Afición*: “El fallo del juez quinto de lo civil fue desfavorable para el que fuera ídolo en relación a la demanda por medio millón de pesos por haber utilizado Raúl de Anda algunos pasajes en la cinta *Campeón sin corona* que tienen similitud con ciertos hechos acontecidos durante la turbulenta carrera boxística del muchacho de León”.

Raúl de Anda, uno de los directores de la película, aseguró: “Yo sí quiero ayudar a Rodolfo, pero no voy a permitir que los que llevaron la demanda fuera de los senderos de la decencia, con insultos y desplantes groseros, se aprovechen de ello. Quiero integrar un patronato y lo que yo le dé a él, quiero que sea para él y para su madre, que dicen está en la miseria”.

“Fernando Girón McGregor lo sacó con argucias del manicomio —escribió Zea Salas— y con el doctor Leopoldo Salazar Viniegra obligaron a Rodolfo a estacionarse en el Zócalo con un trapo pintado pidiendo justicia al presidente de la República. En diciembre del año pasado (1947) Casanova fue sacado de La Castañeda, fue olvidado por mucho tiempo, pudiéndosele ver en las peores cantinas del que fue su barrio: La Lagunilla. Ahí, en el callejón de La Vaquita, Rodolfo permanecía horas enteras tirado en el suelo durmiendo la *mona* de la borrachera”.

“Acepté demandar a De Anda solamente por estar libre —expresó el *Chango*, según Zea Salas—. ¡Que se queden con el dinero! Yo solamente quiero que me dejen vivir y tomar, que es mi gusto”.<sup>(29)</sup>

Lo único que consiguió Casanova de ese pleito fueron miradas de lástima.

Y participó después en el filme *Guantes de Oro* (1961), donde –en una ironía más de la vida-- tuvo un papel secundario ya que el estelar fue para una de sus víctimas en el boxeo, *Kid Azteca*.

Además del *Chango* y el *Kid*, el director *Chano Urueta* reunió a otros ex peleadores: *Rielero* Ramírez, Carlos Malacara, Luis Castillo, *Chintololo* Morán y Tomás López *el Conscripto*.

En la cinta, el *Kid* va a buscar a Casanova a una clínica del IMSS, donde el *Chango* está internado por sus problemas de alcoholismo.

*Kid Azteca* le pide su ayuda para entrenar a un joven peleador, pero un avejentado Casanova responde con amargura:

“No, yo ya no soy nadie ni cuento para nada... Yo estoy tratando de ganar mi última pelea contra el enemigo más duro y el que más moquetes me ha dado en la vida: el maldito trago. Ya no tomo ni una, porque el trabajo es empezar. Además, ya le agarré miedo a la tomada... y esa pelea la tengo que ganar”.

Urueta presenta el lado triste del pugilismo.

Un peleador dice: “El boxeo me dejó puros recuerdos”.

Otro complementa: “El triunfo dura poco y el público se olvida de uno. Es fácil terminar en la miseria, enfermo o ciego, como yo”.

Sin embargo, la película finaliza con grandes elogios para los ídolos.

A Luis Villanueva lo llama “una de las más grandes glorias, el eterno, el inconmensurable y único *Kid Azteca*”.

Y a Casanova lo define: “Una de las páginas gloriosas más grandes del boxeo, una propiedad nacional, el auténtico *Campeón Mundial sin Corona*, el extraordinario *Chango*...”

Entonces el público se pone de pie y le brinda una ovación interminable y sonora, mientras al *Chango* se le nublan los ojos y sólo atina a levantar el brazo y agradecer el cariño de su pueblo.<sup>(30)</sup>

Por eso los que vieron a ese vagabundo de la Lagunilla ni siquiera imaginaron que ese hombre atribulado por los golpes del boxeo y de la vida no sólo se había codeado con un ídolo del pueblo, Mario Moreno, sino que supuestamente lo inspiró a crear su gran personaje.

Cuenta Pino Páez: “El *Cantinflas*... era un gran admirador de Rodolfo Casanova, hasta las lenguas de alfiler musitan a picotazos que Mario Moreno confiscó al peleador la *changuística* terminología en el cine y en los teatros, sin pagar ni el pringuito de una regalía. En los *sketches* de *Cantinflas* había un número en el cual Casanova, convertido ya en el totémico receptor de la idolatría, era el fundamentalísimo destinatario. Y es que por lo menos en un par de ocasiones Rodolfo Chango Casanova estuvo entre el público procantinflasco... Casanova no se irritó porque en ese *sketch* se comentaba su alcoholismo”.<sup>(31)</sup>

Su última intervención en el cine fue en *Que Viva Tepito*, protagonizada por Rubén Púas Olivares, en la que Casanova tiene una breve intervención:

Durante un sepelio en una populosa vecindad del barrio bravo, el *Chango* realizó el papel que en ese tiempo era su realidad: interpretó a un *teporocho*.

No tuvo dialogo, no actuó más. Tan sólo fue un borrachín que asistió al sepelio para obtener licor gratis y pasar la noche.

Era, sin embargo, la historia de su vida.

### 1.8.1. “Ya era su destino”

Después, en forma sorpresiva, el púgil tuvo una gran recuperación y los doctores de La Castañeda le regresaron su libertad.

Tuvo entonces un refugio momentáneo en una vulcanizadora, por los rumbos de Mixcoac, donde atraía a los clientes y acostumbraba mostrar su fuerza al alzar las pesadas llantas de tráiler.

“Luis Rivera, quien fue chofer del ex regente Ernesto Uruchurtu, le dio casa y comida y el boxeador trabajaba en su vulcanizadora. Ese señor le ayudaba a muchos ex boxeadores”, rememora Carlos Montes, quien vivió esos días de gloria del boxeo mexicano.

Sin embargo, el *Chango* sólo había salido del manicomio para regresar a su barrio.

“Yo me lo llegué a encontrar muchas veces por aquí –dice Montes, mientras observa la plaza Garibaldi--. Donde quiera lo veías en La Lagunilla. Se quedaba

tirado en una callecita de por aquí atrás. Acabó como cualquier *teporocho* y a veces lo llevaba a mi casa para que se bañara y comiera, pero siempre regresaba a estas calles. Aquí se crió, aquí se hizo famoso y aquí quedó. Creo que ya era su destino”.

Dice Pino Páez de esos últimos días: “Bebía las avernosas graduaciones del 96 o los residuos de loción barata que hurgaba en los montículos del desperdicio. El idolazo más querido de todo un pueblo, devenía en la deidad desoladora que no captura en las culminaciones del vía crucis ni una miradita de compasión”.<sup>(32)</sup>

Después se perdió en las calles y banquetas de la ciudad a la que había llegado de un año de edad, huérfano y en brazos de su madre.

Una noche, alguien lo rescató del frío de la intemperie en la plaza Garibaldi y lo llevó a un albergue para indigentes, donde estuvo postrado y solo durante dos meses, hasta que el 23 de noviembre de 1980 le vio la cara a la muerte.

Rodolfo Casanova tenía 65 años de edad.

Pasó sus últimos días en la Casa de Protección Social número 2 del entonces llamado Departamento del Distrito Federal.

Falleció mientras platicaba con dos menesterosos, sentado en su catre y cuando se disponía a dormir.

Murió mientras añoraba tantas y tantas noches de gloria: “Me acuerdo cuando me gritaban, me aplaudían. ¡Yo era el rey...! ahora no soy nada, sólo un borrachito que trata de no tomar...”

Y casi siempre –en esas pláticas de nostalgia cuando evocaba su gloria boxística--, un sentimiento le corroía el alma:

“Me hubiera gustado ser boxeador en esta época (decía, en 1979), para ganar lo que ganan ahora. Creo que nuestra tragedia fue habernos adelantado una época. Ahora seríamos millonarios muchos de nosotros que peleábamos más por amor al boxeo que por aquellos sueldos que recibíamos. Los boxeadores actuales no hubieran podido sobrevivir en aquellos tiempos y no porque yo me crea mucho, pero cómo me hubiera gustado un *tirito* con Olivares, con Medel, con

el *Ratón* o con Alfonso Zamora, con cualquiera de los actuales...”, expresó en una de sus últimas entrevistas.

--Hubiera sido un buen combate, exclamó, presente en la plática, el *Ratón* Macías, otro de los héroes enguantados.

--Pos yo creo que ni tanto, atajó el *Chango* y completó: “Sin tanta técnica, sin tanta figurita como ustedes, a lo mejor me los hubiera echado luego luego...”

El ídolo de multitudes, el primer héroe con guantes, falleció sin siquiera cumplir su última voluntad: morir viendo las estrellas, como muchas veces lo hizo tirado en las banquetas

“Infarto al miocardio”, fue el reporte oficial sobre la muerte de ese desconocido, cuyo cuerpo fue llevado a la Escuela de Medicina del Instituto Politécnico Nacional (IPN) para que sirviera en una de las prácticas de los estudiantes.

Sin embargo, alguien reconoció al gran ídolo y “su cuerpo fue rescatado por el licenciado Sergio Alvarez Castro (de la Comisión de Box del DF). Fue llevado a una agencia de inhumaciones donde fue velado”, apunta Rafael Barradas.<sup>(33)</sup>

La Comisión de Box pagó los gastos del velorio y el funeral.

Al final, el *Chango* Casanova fue enterrado como merecía: con aplausos de una multitud que asistió al panteón Guadalupe Mixcoac, donde había sido sepultada su madre, doña Jerónima.

“Gente del pueblo acompañó al ídolo”, publicó *Excélsior* el 26 de noviembre de 1980.

“Quien fue verdadero ídolo del boxeo mexicano –escribió Lara Mejía-- mostraba un rictus de tranquilidad, de paz, de esa paz que de hecho nunca tuvo en su azarosa vida... Sin tener los medios de comunicación actuales y sin la publicidad que hoy se da a los boxeadores, Casanova llegó a tener reconocido prestigio en el país y buena parte de la Unión Americana. Sus contemporáneos coinciden en que ha sido el boxeador más espectacular que ha existido. Ningún otro ha conquistado a la afición en la medida del *Chango*... Dotado de un imán especial, llenó todas las arenas. Ahora descansa en paz, después de casi medio siglo de ingerir alcohol y de autodestruirse...”<sup>(34)</sup>

El Instituto Nacional del Deporte declaró tres días de luto nacional en honor del boxeador a quien siete años antes le habían entregado un trofeo que muchos consideran era apenas el justo reconocimiento a lo que fue: el Idolo de Todos los Tiempos.

“¡Muerte de Casanova!”, tituló *Alarma* en su portada del 10 de diciembre de 1980 (la contraportada fue para informar de otro fallecimiento, el de Sara García) y en los subtítulos reseñó: “Idolo máximo de todos los tiempos. Fue rey de los rings; el vicio lo atrapó y al fin lo acabó. Envejecido, pobre, casi era una sombra”.

### 1.9. ¿Quién es Rodolfo Casanova?

Fue, define Gómez Arias, una de las cuatro “deidades míticas del boxeo mexicano”.

Y complementa: “Rodolfo fue constancia de la inestabilidad de los héroes. Hay en el héroe —y no sólo en héroes como Casanova— algo de atroz, excesivo, de huracanado, el trepidar vibrante de una voluntad dispuesta a afirmarse sin concesiones... Sucede con el gran deportista que llega a la cima, que conquista corazones y ánimos de la gente. Sucedió con Rodolfo Casanova y el suceso marcó para siempre al público aficionado a los deportes que, a falta de héroes de la historia civil, finca sus orgullos, sus afanes y su hambre de gloria y reconocimiento, en los hazañosos hombres del deporte. Esta es la verdad que cuesta aceptar, pero que es tan real como la mayor verdad que aliente nuestras almas. Casanovita, pues, ¡superhéroe! ¡Y fue el primero!”<sup>(35)</sup>

En su libro *Días de Guardar*, Carlos Monsiváis pregunta:

“¿Quién es Rodolfo Casanova?”

Responde: “Un boxeador de su momento, un efímero, inmensas facultades que se desperdiciaron, de campeón a vendedor de aguas frescas a interno del Manicomio, un derrotado, un símbolo: el *happening* del triunfo, la constancia en el fracaso. El símbolo y la síntesis del peladito mexicano en su avidez de gloria... El *Chango Casanova* triunfó, se encumbró y cayó, cayó para abismarse, dejó de ser a causa de lo que ustedes quieran: el alcoholismo o los cuates del barrio o una

pasión funesta o la impreparación. ¿De qué sirven los motivos si aquí todo sigue igual?”

Y lo define: “En dado caso, lo que cuenta es este terror de un mexicano pobre frente al éxito... Rey por un día, ilustración amarga de todas las prédicas moralizantes, Casanova es importante en nuestro precario mapa de emblemas porque significa la legalización del pesimismo, la canonización del desastre; el héroe mexicano es vulnerable, puede ser derribado, puede conocer, a partir del lúcido esclarecedor contacto con la lona, todas las graduaciones de la impotencia. Casanova encarna hasta lo definitivo un concepto: el *born loser*, el nacido para perder, el coleccionista del desastre; el mexicano típico, manito, ese merodio... en un pueblo donde el éxito se vincula con la explotación y la perdurabilidad con la traición, hacía falta alguien que no conociera más sentido final que la continuidad en la derrota”.<sup>(36)</sup>

## CITAS

- (1) **Monsiváis, Carlos.** Días de Guardar, p. 280
- (2) Excélsior, 27 de febrero de 1979
- (3) *Ibíd.* 26 de noviembre de 1998
- (4) El Universal, 23 de octubre de 1932
- (5) Excélsior, 27 de febrero de 1979
- (6) **Andere, Antonio.** Memorias de Antonio Andere. 60 años de boxeo en México, pp. 31, 98, 99
- (7) **Gómez Arias, Fernando.** El Siglo del Deporte. Hechos y personajes, p. 169
- (8) *Ibíd.* p. 170
- (9) El Universal, 13 de julio de 1995
- (10) La Afición, 13 de agosto de 1933.
- (11) Excélsior, 27 de febrero de 1979
- (12) **Páez, Pino.** A solas en el altar. pp 62 y 64
- (13) *Ibíd.* pp 64-65-67-68-69-70-71-72 y 73
- (14) El Universal, 27 de junio de 1934
- (15) **Páez, Pino.** op. cit. pp. 102 y 105
- (16) El Universal, 15 de julio de 1995
- (17) La Afición, 17 de mayo de 1936
- (18) *Ibíd.* 3 de enero de 1937
- (19) **Andere, Antonio.** Op. cit. pp. 102 y 104
- (20) **Páez, Pino.** op. cit. pp 86 y 87
- (21) **Gómez Arias, Fernando.** Op. cit. p. 131
- (22) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.** Pasión por los Guantes. p. 52
- (23) **Andere, Antonio.** Op. cit. pp. 105 y 106
- (24) *Ibíd.* p. 109



- (25) El Universal, 15 de julio de 1995
- (26) Excélsior, 27 de febrero de 1960
- (27) **Páez, Pino.** op. cit. pp. 107 y 126
- (28) **Campeón sin Corona.** Película mexicana. Alejandro Galindo, director. David Silva y Amanda del Llano, protagonistas. México, 1945. 100 minutos
- (29) La Afición, 23 de enero de 1948
- (30) **Guantes de Oro.** Película mexicana. Chano Urueta, director. Alvaro Ortiz y Marina Camacho, protagonistas. Producciones Mátouk S.A.
- (31) **Páez, Pino.** op. cit. pp 49, 50, 55 y 58
- (32) *Ibíd.* pp. 140 y 141
- (33) **Barradas, Rafael.** El Box fuera del ring, p. 197
- (34) Excélsior, 26 de noviembre de 1980
- (35) **Gómez Arias, Fernando.** Op. cit. p.177
- (36) **Monsiváis, Carlos.** Op. cit. pp. 280 y 281

## CAPITULO II. *KID AZTECA*: UN GRAN CAMPEON DURANTE 17 AÑOS

A los 15 años de edad, en la frontera México-Estados Unidos, el destino le definió la vida al joven Luis Villanueva Páramo.

Muchos años después –cuando ya era considerado una leyenda del boxeo mexicano y pasaba sus últimos años recorriendo solitario las calles del Centro Histórico de la Ciudad de México--, aún le gustaba recordar la anécdota mil veces platicada de cuando conoció por primera vez ese deporte en el que sería inmortalizado con un auténtico nombre de guerra: *Kid Azteca*.

“Cierta domingo salimos rumbo al Río Bravo a bañarnos mi amigo y yo, regresando por la tarde por el rumbo donde había una pequeña plaza de gallos; dándonos cuenta de que se ofrecía una función de box y entusiasmados nos detuvimos a divertirnos. En esa función faltó un preliminar y alguien gritó: ‘¡aquí hay uno de la capirucha!’ Entonces mi amigo me entusiasmó a que peleara, haciéndome notar que algo me pagarían; sin embargo, yo le hacía ver que no entendía nada de box, que mi oficio eran los trajes, la sastrería, pero a tanta insistencia subí a fajarme. Fueron cuatro angustiosos rounds por serme desconocido el arte de la defensa personal y además cargué con la derrota por vía de la decisión. Sin embargo, el premio fueron cuatro fabulosos pesos habiéndose hecho mi presentación como Luis Villanueva de México, pero recuerdo que los aficionados se entusiasmaron durante la pelea haciéndolo con el mote de *Chino*, obedeciendo esto a mi pelo y también a mis ojos un poco rasgados”.<sup>(1)</sup>

Ese fue el inicio de una de las trayectorias más importantes del pugilismo nacional, narrado por el peleador en su autobiografía impresa en 1963 y uno de cuyos 5 mil ejemplares fue encontrado 40 años después en una librería de viejo de la calle Donceles.

A los 15 años su destino ya estaba marcado.

Su mayor logro en esas cruentas batallas del boxeo fue un récord que parece imposible de superar: ser campeón nacional durante 17 largos años, una hazaña que ni en sueños imaginó que lograría aquella remota ocasión en que subió a un ring.

La primera vez que el adolescente conoció la magia de ponerse unos guantes fue esa tarde dominical de 1928, año en que su familia viajó al norte del país en busca del sueño americano, pero tuvo que radicar en Nuevo Laredo ya que no tenía papeles para cruzar la frontera.

Sus facultades boxísticas le alcanzaron para realizar “casi 300 peleas”, implantar el récord del siglo XX de combatir más tiempo que nadie --durante 33 años--, retirarse siendo un respetable veterano de 44 años de edad y, sobre todo, ser un ejemplo de cómo utilizar el gancho de izquierda.

*Kid Azteca* fue un maestro en el arte de ejecutar ese golpe y esa magia le sirvió para ser monarca nacional welter en el México de octubre de 1932 a mayo de 1949, para un total de 16 años y 7 meses, que la leyenda se encargó después de redondear a la cifra mítica de 17 años.

Y el título lo dejó cuando tuvo miedo de perderlo y prefirió decir adiós para irse como lo que fue: un gran campeón.

Pero su andar por el ring ya había dejado huella y en ese trayecto conoció al novelista Julio Cortázar, fue un descamisado de Evita Perón y le aplaudieron artistas como *Cantinflas*, Pedro Infante, Jorge Negrete, *Resortes*, *Palillo*, Pedro Armendáriz, María Félix y Agustín Lara. El embrujo de sus puños atrajo también a los toreros Silverio Pérez, Lorenzo Garza y *Armillita*, además del entonces presidente Adolfo López Mateos y el llamado *Regente de Hierro*, Ernesto P. Uruchurtu.

Aficionado al dominó, al billar y al baile, alguien le compuso el danzón *Kid Azteca* y tuvo hasta su propio cabaret, ubicado en la calle Cozumel.

Adquirió también un restaurante y compró casas para su mamá, para sus hermanos y para él, propiedades que nadie de la familia pudo conservar y después tuvieron que ir a rentar al Callejón de la Amargura, nombre que al final resultaría profético.

Su mejor ganancia fue de 37 mil pesos --cuando enfrentó a otro grande en desgracia, Nicolás *Chintololo* Morán-- en aquellos años “cuando un auto se podría comprar con 300 pesos y una casa con 4 mil”, según cálculos de su inseparable amigo Carlos Montes.

Dicen que ganó esa misma cifra al filmar *El Gran Campeón*, película que reseña su vida.

Sin embargo –al igual que los otros ídolos con guantes--, lo venció el gusto por la vida bohemia, pero sin sucumbir al influjo del alcohol como el *Chango Casanova* y sus días postreros los vivió en una humilde vecindad ubicada en pleno Garibaldi, con unos cuantos pesos en el bolsillo y apenas con el traje que tenía puesto.

Pero hasta en esos días aciagos mantuvo el porte de Quijote erguido que siempre lo caracterizó.

“Honestamente me lo chupé todo”, dijo en una entrevista durante sus últimos años, cuando lograba sobrevivir con el escaso dinero que le daban las autoridades del boxeo.

“El destino me da para frijolitos. No tengo cuenta en el banco, no puedo ahorrar”, decía sin sombra de queja, tan sólo con el afán de platicar su vida.

Pero más allá de las penurias, el *Kid* al final de su vida era una persona alegre, bromista que se reflejaba perfectamente en su propia definición:

“Vivo al día... pero yo fui una persona feliz... y sobre todo, feliz de haber sido boxeador”.

## **2.1. De condición humilde y modesta**

“Nací en el barrio de Tepito de México, Distrito Federal, el día 21 de junio de 1913, de padres mexicanos de nombres Carlos Villanueva y Luisa Páramo, siendo la condición de la numerosa familia Villanueva humilde y modesta”, relata el púgil al iniciar su autobiografía.<sup>(2)</sup>

Luis Villanueva Páramo, primogénito de una familia integrada por 15 hermanos, fue el primer boxeador en darle fama a Tepito, conocido tiempo después como cuna de campeones, ya que de ahí surgieron grandes monarcas como Raúl *Ratón* Macías, José Medel, *Panchito* Uribe, *Mike* Cruz, *Chebo* de la Torre y Octavio y Cuauhtémoc Gómez.

Después de cursar la primaria en la escuela La Paz “y viendo la necesidad de mis padres, me vi obligado a buscar la manera de aligerar algunos compromisos y entonces me inicié como aprendiz de sastre”, profesión que definiría para siempre su forma de vestir: de traje y corbata, aún en las épocas más precarias.

El *Kid* ya no regresó a la escuela. El resto de su aprendizaje fue en la calle.

En 1927, su familia buscó trasladarse a Estados Unidos, motivada porque allá “se ganaba mucho dinero”.

Sin documentos migratorios para cruzar la frontera, los Villanueva Páramo se quedaron a radicar en Nuevo Laredo, donde el adolescente consiguió trabajo como planchador de trajes. “Aunque el sueldo era muy bajo, ya que apenas ganaba dos pesos diarios, esto era un alivio a la situación por la que atravesaba la familia”.

Un año después la vida le marcó el camino, en esa tarde de domingo en el Río Bravo, y a partir de entonces decidió ganarse el pan con los guantes puestos:

“Continué mi vida normal trabajando como planchador de trajes, pero ya con aquel gusanillo de continuar haciendo peleas, viniendo a mi memoria el gran peleador de Tepito, Julián Villegas, gran peso gallo muy popular en el boxeo mexicano. Así fue como decidí después de mis labores ir a entrenar y a los 15 días que volvieron a hacer función de box, me presenté nuevamente para ver si me daban oportunidad de volver a pelear. Esto no fue difícil, pues la gente estaba entusiasmada de volver a ver boxear al *Chino* y para esta pelea ya me bautizaron con el mote de *Kid Chino*. Esta pelea fue también a cuatro rounds, pero esta vez gané por decisión y me pagaron seis pesos; así es que más contento que en la anterior ocasión, tanto por la victoria como por el fruto obtenido, regresé a casa a cumplir el deseo que se anidaba en mi mente: que era el de ganar mucho dinero para ayudar a mis padres y con el tiempo ser un gran peleador”.<sup>(3)</sup>

Su destino ya estaba marcado.

Dejó su oficio y se dedicó por completo a entrenar. Sostuvo algunas peleas intrascendentes hasta que conoció a un promotor de San Antonio, Julio Montes,

quien le cambió el apodo y, con ello, la vida: pelearía con el nombre de *Kid Azteca*.

“Mi presentación en distinta arena, en otra ciudad y con otro público, además de llevar la pelea estrella a diez rounds, me hacían sentir una emoción indescriptible. La pelea se anunció entre mi adversario Eddie López (estadunidense) y yo como *Kid Azteca*. El resultado me fue adverso pues el triunfo por decisión fue dado a favor de mi contrario. Siendo el único consuelo que me acompañaba el haber gustado mucho al público y eso fue más que suficiente para que me dieran tres peleas más; continuando en las carteleras como peleador estrella y ganando las tres peleas por decisión. Y así seguí peleando, como *Kid Azteca*. El nombre me gustaba más: tenía más categoría, sonaba más bonito”.<sup>(4)</sup>

En su regreso al país conservó ese apodo de guerra.

Y empezó a darse a conocer en Nuevo Laredo, Monterrey, Saltillo y San Luis Potosí, hasta que su fama llegó a la Ciudad de México y fue contratado por el promotor más importante de aquellos años, Jimmy Fitten.

El *Kid* siempre recordó con mucho cariño su primera contienda en el Distrito Federal:

“Tuvo como escenario la Arena Nacional de las calles de Iturbide siendo actualmente el sitio que ocupa el cine Palacio Chino. Llevaba como rival al conocido boxeador Luis Arizona, *El Hombre de la Macana*, quien había puesto KO al esteta del ring Bert Colima en la propia Arena Nacional. Esta pelea la gané por foul en el octavo raund y dejé a los aficionados satisfechos de mi presentación”.<sup>(5)</sup>

Y apenas en su segunda contienda, el púgil dio muestras de su calidad: se impuso por decisión en 10 rounds a José Pérez Flores, mejor conocido como *Battling Shaw*, quien al año siguiente se convertiría en el primer campeón mundial mexicano.

Sin embargo, fue su tercera contienda en la capital del país la que definió su estilo como boxeador. Enfrentó al estadunidense Tommy White, considerado un experto en el manejo del gancho al hígado.

“Yo recibí este golpe en el transcurso de la pelea y al sentir sus efectos, comprendí que acababa con la resistencia del contrario en el ring. Decidí después de la pelea practicar y perfeccionar este golpe tan decisivo”.<sup>(6)</sup>

El *Kid* perdió por nocaut en 8 episodios, pero la lección le duró para siempre: con ese golpe ganó la mayoría de sus contiendas y al final de su prolongada trayectoria se le consideró todo un maestro en el arte de ejecutar el gancho al hígado.

Enfrentó dos veces más a Tommy White y gozó en ambas el sabor de la revancha: lo venció por decisión en 10 rounds y por nocaut en ocho.

Con el dinero obtenido con base en los golpes, trajo de regreso a su familia a la capital del país. “Los Villanueva estábamos juntos otra vez”, recordó, orgulloso de que el dinero ganado arriba del ring sirvió para ayudar a sus allegados.

Y su carrera ya no se detendría.

Venció a Alfredo Gaona (conocido como *Gaonita* y quien había enfrentado al campeón mundial welter Tommy Freeman), al español Luis Portela y también, con los pronósticos en contra, al ponchador Manuel Luna, con lo que *Kid Azteca* obtuvo el derecho de disputar el título nacional welter al campeón David Velasco.

### **2.1.2. El inicio de la leyenda**

La fecha, el 23 de octubre de 1932.

La sede, la plaza de toros El Toreo de la colonia Condesa. Los boletos más baratos, en zona general, costaron 2 pesos, mientras que los más caros, en ring numerado, fueron de 4 a 12 pesos, en una función dominical que inició a las 3:45 horas de la tarde.

“¡Magno acontecimiento!”, fue el anuncio de la función, cuya contienda estelar era entre Rodolfo Casanova y *Speedy Dado*, el primer peso gallo del mundo.

Al día siguiente, *La Afición* –que costaba cinco centavos y tenía un tiraje de 55 mil 20 ejemplares-- destacó el triunfo del *Chango*, el ídolo del momento: “Nuestro gran Casanovita noqueó en el cuarto round a *Speedy Dado*”.

Al *Kid* apenas le dejó la cabeza secundaria y, además, los cronistas pensaban que era originario de Nuevo Laredo y no de la capital del país: “Ganando nueve de los 12 rounds del *match* gracias a su rapidez, el laredense obtuvo el veredicto sobre el bravo Velasco y el título welter de la República Mexicana”.

La mayoría de los elogios fueron para el *Chango*, mientras que el naciente campeón mereció pocos adjetivos.

La crónica, de *Fray Nano*: “Luis Villanueva, natural de Nuevo Laredo y que tiene por nombre de combate *Kid Azteca*, es desde ayer a las 6 de la tarde el campeón de peso welter de la República Mexicana. Según mi anotación, obtuvo 9 de los 12 rounds de que se compuso el *match*. Muy buena fue la actuación de *Azteca*. Su boxeo no es clásico, no es agradable, pero sus golpes, pueden ustedes apostar, hacen daño, mucho daño, y le ganó al campeón Velasco por dos razones: la primera, porque es más rápido que él; la segunda, porque sus golpes hacen más estragos. Sin embargo, pese a estar destronado, Velasco mantiene un buen cartel.

“David empezó muy bien, movía su mano izquierda con mucha rapidez y dio algunos golpes a *Azteca*, ganando el primer round, pero *Azteca* aprendió a cabecear aquel jab y gancho izquierdo y a taparse abajo, pues anteriormente le dio en ambas partes. Segundo, tercero y cuarto fueron para el de Laredo, aunque también con poco margen. Dominaba con base en golpes rápidos del lado que Velasco no podía quitarse, aunque a veces hacía contraataques brillantes que eran coreados por el público, entre los cuales David tenía muchos partidarios.

“En el quinto, *Azteca* brilló a gran altura. Fue probablemente en el que mejor boxeó, tiraba golpes desde cualquier punto y con ambas manos dando la mayor parte de ellos. En el sexto, Velasco hizo un contraataque brillantísimo, feroz, en ese episodio creíamos que iba a conservar su corona, pues su experiencia se impuso a las facultades de *Azteca*, quien indudablemente tiene



más que él. Todavía en el siguiente, Velasco empezó muy bien, hasta que *Kid* le acertó un gancho al hígado que le hizo mucho daño. Lo bajó mucho. Lo anotamos empatado. David había dejado ir la oportunidad de ganar.

“Ya el siguiente, se lo ganó *Azteca* con más margen y en el noveno fue en el que más le pegó. Hubo instantes en que creímos que David iba a dar a la lona, pero tiene una resistencia y un corazón enormes y se mantuvo de pie. Décimo y décimo primero fueron para *Azteca* también, pero por poco margen.

“En el último, David atacó desesperadamente, a brazo partido, echando a un lado las reglas del boxeo se puso a tirar sus dos manos con la esperanza de dar un golpe sólido que tirara a su adversario y conservar para él la corona que por tantos años retuvo, pero se cansó y entonces contraatacó *Azteca* desquitando el terreno perdido y al final David estaba a la defensiva. Sabíamos bien que ya había nuevo campeón, sin embargo, el público le aplaudió con calor a *Azteca* cuando le levantaron la mano y más aún cuando el juez don Manuel Muñoz le ciñó el cinturón emblemático de su supremacía.

“Tenemos un nuevo rey, pero el monarca destronado no es un rey muerto, todavía quedan en David muchas cosas buenas”.<sup>(7)</sup>

Unos 20 mil aficionados observaron la coronación de *Kid Azteca*, que se impuso por decisión. Tenía 19 años, 1.73 metros de estatura, 65 kilos y 500 gramos, ganó más de 500 pesos y empezó así el reinado más largo de la historia del boxeo mexicano.

“Esa fue la pelea más importante de mi carrera”, seguiría diciendo 60 años después, ya con el peso de la edad y de los golpes, pero siempre risueño y amable.

--Después de tantos años, ¿cuál es el principal recuerdo que le queda? --le preguntó este reportero en una plática en una vieja vecindad de la calle Perú, muy cerca de la arena Coliseo donde tuvo sus noches de gloria. El *Kid* nunca quiso que se le entrevistara en su departamento de la calle Honduras. “Es muy pequeño – decía--. Ahí no podemos platicar bien”.

*Kid Azteca* –la voz baja pero los recuerdos vivos-- no dudaba en responder:

“Lo mejor de mi carrera fue cuando me hice campeón en 1932, contra el *Chato* David Velasco, en la antigua plaza de toros El Toreo... también me acuerdo de mis 17 años como campeón, que fue mucho tiempo de estarme cuidando”.

Ganó el título nacional y ya nunca lo perdió arriba del cuadrilátero: dominó durante 16 años y 7 meses el pugilismo nacional, al superar a peleadores como Eddie Cerda, Manuel Villa, *Kid* Hermosillo, Rodolfo Ramírez y Nicolás Morán.

--¿Cómo se explica que haya durado tanto tiempo?

--Así lo quiso el destino. Hay que cuidarse, entrenar, quitarse de la mala vida. No, no fui un santo, también me descarrilé...

--Tuvo usted mucho pegue --le dijo el reportero.

--¡Ah ja, ja, ja! Bueno, tenía mis admiradoras que me invitaban a bailar y yo aceptaba, porque a la mujer no hay que despreciarla. En mi tiempo de estrella tenía amiguitas, amistades que me invitaban a tomar café, a bailar, pero eso es todo y hay que tener medida. Si se desboca uno se va a la ruina, sobre todo tratándose de un boxeador que recibe muchos golpes. Hay que cuidar la carrera. Cuando se está en el juego se arrima toda clase de gente. Yo tuve la precaución y cuidé mucho mi persona. Y aún ahora ya estoy viejononón, pero afortunadamente camino bien.

Después, con un poco más de confianza, el púgil aceptaba: “Bailé, bebí y derroché, pues en aquel tiempo tenía amigos. No me arrepiento de mi vida, porque se es joven y uno era conocido, todo mundo lo saludaba y uno quedaba a gusto y sin problemas. Y eso no me afectó en el ring, porque fui calmadito, bruto no”.

En efecto, sus pasiones fueron el baile, el dominó y el billar. Bohemio y bailador, era muy conocido en los cabarets de la época, el México, Astoria, Montparnasse, Filadelfia, Waikiki, El Intimo y el Sans Souci, lugares donde se escuchaba el danzón compuesto en su honor.

La vida le sonreía al *Kid* arriba y abajo del ring.

Después de pelear en Mérida y Puebla, regresó a Estados Unidos. A sus 18 años, el enjuto adolescente se enfrentó en Los Angeles a un gran boxeador,

Ceferino García, quien había vencido a varios púgiles mexicanos, entre ellos Luis Arizona, Alfredo Gaona y David Velasco.

La Comisión de Box del Distrito Federal no le daba el permiso de salida, ya que consideraban que sería una contienda muy desnivelada ante el filipino García, quien era uno de los candidatos a disputar el título mundial welter.

Además, el *Kid* había descuidado sus entrenamientos y se veía a sí mismo sin muchas posibilidades: “Estaba muy flaco y excesivamente joven”.

“En esa pelea estuvo la inolvidable artista Lupe Vélez, gran aficionada al box. Recuerdo que me alentaba con sus fuertes gritos para obtener la victoria”, decía el *Kid*, quien ganó por decisión y por primera vez fue clasificado entre los mejores del mundo.

Tan sólo 15 días después, el mexicano despejó cualquier duda: se impuso otra vez, ahora por nocaut en 8 rounds, al experimentado García, quien tiempo después se coronaría monarca mundial en peso medio.

Luego de varias contiendas en México derrotó por decisión al estadounidense *Young Peter Jackson*, con lo que quedó ubicado como retador del campeón Jimmy McLarnin.

En la actualidad los monarcas realizan defensas obligatorias cada año, con lo que no pueden evadir a los mejores de su categoría. Sin embargo, en aquellos remotos tiempos los campeones mundiales podían rehuir a los rivales que consideraban más peligrosos.

Y el *Kid* era uno de ellos.

“Estuve clasificado como primer peso welter del mundo por largo tiempo, pero no llegué a disputar el título. Fui retador durante dos o tres años, ya ni me acuerdo quién era el campeón”, seguía recordando con amargura medio siglo después.

--¿No buscó esa oportunidad?

--Sí la busqué y desde luego que me hubiera gustado ser campeón mundial. Pero no hubo oportunidad, no me la dieron.

--¿Por miedo?

--No, no... La verdad no encuentro el motivo por el que no me dieron la oportunidad. Todavía me lo pregunto, porque yo era un peleador común y corriente.

Intervino entonces en la plática su inseparable amigo Carlos Montes: "Se andaba haciendo la pelea con *Sugar Ray Robinson*, quien para muchos ha sido el mejor boxeador de todos los tiempos".

Completa el *Kid*: "En aquel entonces había muchos retadores, americanos y filipinos, y todos ellos de muy buena calidad. Pero nunca llegó a darse esa pelea, nunca llegó mi turno"

Mientras aguardaba la contienda por el cetro del mundo –en una espera que se hizo eterna--, el *Kid* realizó sin problemas la primera defensa de su título nacional.

Pero si *Kid Azteca* fue perjudicado ya que nunca le dieron la oportunidad de disputar el cetro mundial, él se benefició en México de esa misma costumbre: durante los casi 17 años de su reinado, defendió su título sólo siete veces, de acuerdo con el récord del CMB.

Sin embargo, la revista *The Ring* asegura que realizó "más de 20 defensas" de su campeonato, sin precisar fechas ni rivales.

La primera de ellas fue el 14 de marzo de 1936, en la capital del país, al imponerse por decisión en 12 episodios a Eddie Cerda.

"Me parece que siete defensas son muy pocas para 17 años como campeón –observa Carlos Montes--, pero puede ser un dato correcto, ya que los tiempos eran distintos. Si ahora hay pocos pesos welters, entonces eran menos. Y el *Kid* tronaba a los mejores".

### **2.1.3. La pelea del siglo en México**

*Kid Azteca* estaba ya considerado como uno de los mejores púgiles mexicanos en esos años. Y entonces empezó a hablarse de una contienda que parecía imposible de realizar: el campeón nacional welter ante el ídolo del pueblo, Rodolfo

Casanova. El *Kid* combatía en la categoría de los 66.680 kilos, mientras el *Chango* lo hacía en los pesos pluma (57) y ligero (61).

Unos 6 kilos de diferencia. Por ello, el manager de Casanova, Luis Morales, exigió que *Kid Azteca* bajara a 63, para que no hubiera mucha ventaja sobre el *Chango*.

Contrario a lo que se esperaba, Casanova aceptó la desigual contienda y acaparó la atención del pugilismo nacional.

En los primeros días de mayo de 1936, los diarios informaban de los problemas de *Azteca* para bajar de peso.

El viernes 8, escribió René Chambón en *La Afición*: “Con gran ahínco está trabajando *Kid Azteca*, campeón welter de la República, con objeto de hacer los 63 kilos que establece Luis Morales, el manager del campeón ligero y pluma Rodolfo Casanova para que éste se le enfrente”.

Después de entrenar, el tepiteño fue a la báscula “y el tío Torres nos dijo que había pesado 100 gramos menos que la víspera. Aunque lentamente, va bajando... nos damos cuenta del inmenso sacrificio que se está imponiendo: bajar a 63 kilos, un hombre que pesa 66... se está esforzando hasta lo imposible y merece por esto el aplauso unánime de la afición mexicana”.<sup>(8)</sup>

El 12 de mayo se firmó la contienda, una vez que el *Kid* dijo estar seguro de bajar a los 63 kilos.

“¡Hecho el tiro!”, escribió entusiasmado *Fray Nano*.

“Los dos ases frente a frente. El sábado será la gran pelea entre los dos ases más grandes de la baraja pugilística mexicana... y el resultado final es que *Azteca* se comprometió a hacer 63 kilos y no solamente a las 2 de la tarde conforme se estila, sino a las 8 de la noche, lo cual es más duro aún”.

Entrevistado por *La Afición*, el *Kid* tuvo palabras proféticas: “Es un mal *match* para mí, porque mi prestigio internacional sufrirá muchísimo en caso de que Casanova me gane. El está clasificado pluma y yo en welter. No se informará allá si yo bajé de peso o no, pero creo que a pesar de que me he bajado de peso, podré vencer a Casanova.”.

Sin embargo, su manejador *Tío Torres* se atrevió a declarar: “*Azteca* sólo podrá ser vencido por *Casanova* si se corta un brazo y una pierna”.<sup>(9)</sup>

Todo mundo hablaba de la contienda y nadie se extrañó del título que le encontraron: “La pelea del siglo en México”.

Para ver a “los mejores campeones frente a frente”, se incrementó el costo de los boletos de la Arena Nacional: 20 pesos en primera fila, 5 en ring general y 3.50 en gradas.

Gran platicador, al *Kid* sin embargo se le escapaban las palabras para hablar de esa batalla, por la que le pagaron una bolsa de 7 mil pesos.

En su autobiografía, escribió apenas: “Fue una pelea sumamente dura, por razón de que *Rodolfo* estaba en sus días de gloria y porque para esa pelea yo era un peso welter y él un peso ligero, razón por la cual tuve que bajar unos dos o tres kilos y él subió un poco de peso, pero desde luego él peleó como nunca lo había hecho y en una pelea de locura, por estar las opiniones divididas entre el público, al fin ganó el que estuvo mejor”.<sup>(10)</sup>

Años después, a pesar de la insistencia de los reporteros, tampoco le gustaba explayarse: “El *Chango* se preparó bien para la pelea, dejó de lado sus cosas ajenas al boxeo y esa fue toda su gracia”.

Era obvio: ese recuerdo quería borrarlo de su memoria.

El sábado 16 de mayo, *La Afición* vaticinó: “Es factible que *Casanova* pueda ganar a *Kid Azteca*”.

Y al día siguiente, el encabezado fue elocuente. “*Casanova* dio una tunda al welter *Azteca*, sólo un round pudo ganar el campeón welter al pluma-ligero”.

El diario presumió que ese domingo, ante tanto interés de los aficionados, “rompimos un récord de circulación, más del doble de lo que ordinariamente echamos a la calle”. Su tiraje normal era de unos 50 mil ejemplares.

La pelea correspondió a la expectativa.

*Kid Azteca*, tal vez premeditadamente, no dio el peso estipulado, ya que sólo bajó a 64 kilos, pero el asunto se arregló al entregar a su rival el 25 por ciento de su bolsa.

El manager del *Chango*, Luis Morales, dijo enfadado: “No tienen palabra, me han jugado una triquiñuela. Yo no quería el dinero del 25 por ciento, sino que bajara para que le pudiéramos ganar”.

El ambiente en el vestidor de Casanova era de funeral, pero Rodolfo resolvió el entuerto con una sola frase: “No se preocupen, yo le doy a ese changuito”.

Y lo cumplió.

De acuerdo con la reseña de la pelea –citada en el capítulo del *Chango Casanova*--, *Kid Azteca* fue superado ampliamente: empató el primer episodio y ganó el quinto, pero perdió los ocho restantes, aunque aventajaba en peso y en tamaño a su adversario.

Los ánimos siguieron calientes luego de la formidable contienda y los golpes se extendieron a los vestidores, donde hubo una batalla campal. El saldo fue de un ayudante de Casanova y un periodista a la Cruz Roja y muchos de los implicados a la delegación.

Reseñó *Don Chón*: “Un zafarrancho provocado por imprudentes palabras hizo que un periodista compañero de labores saliese lesionado en la cara por golpes y un *second* en las partes nobles. *Azteca*, que entraba acompañado de su manager, vio que entraba Casanova en el suyo y la emprendió a golpes, pero fue contenido, reflexionó y se metió a su vestidor mientras que la tormenta arreciaba fuera de los vestidores. Los otros rijosos, entre ellos los mánagers Morales y Torres, fueron llevados a la sexta delegación de policía, donde previa declaración y visto que entre ellos la sangre no había pasado al río y nadie sabía quién le había pegado a quién, fueron dejados en libertad”.<sup>(11)</sup>

En los días siguientes la polémica siguió. Los diarios de la época hicieron eco de un rumor: *Kid Azteca* se había vendido.

Las apuestas habían sido en grande. Los perdedores aseguraron que *Azteca* no quiso vencer a su menudo contrincante. Y los comisionados retuvieron el sueldo de los peleadores para iniciar una investigación.

“Cuando está uno de malas, hasta los perros lo tantean”, expresó un triste *Kid*, quien todavía no podía explicarse su derrota.

--¿A qué achacas haber perdido? --le preguntaron.

--No sé... me cansé mucho, no podía moverme, no sentía las pies y manos, como si fueran de plomo.

“Nunca me había sentido tan mal –añadió, acongojado--. Cuando pensaba dar un golpe era que Casanova ya me había pegado el suyo, trataba todavía de hacerlo y me daba otro. Quería pelear y pegaba al vacío, mientras él me daba. Tal vez influyó bajar de peso. Creí que no me duraría más de 4 rounds y que lo iba a noquear. No puedo creer que me haya ganado. Me parece que todo ha sido una pesadilla. Creo que no habíamos catalogado a Casanova en lo que verdaderamente vale: es muy rápido, pega fuerte y se mueve mucho arriba del ring”.

El *Chango* fue, a partir de ahí, su rencor vivo, que mucho tiempo después todavía le seguiría doliendo.

Esa sería también una de las últimas peleas épicas en la Arena Nacional. Al año siguiente, el 6 de febrero de 1937, en sólo una hora se incendió el inmueble.

Era, hasta esa fecha, la Catedral del Boxeo Mexicano.

En busca de la gloria perdida, *Azteca* regresó a Los Angeles para enfrentar otra vez a Ceferino García. Pero esta vez el filipino lo venció en forma contundente: por nocaut en 5 episodios.

Con las dos derrotas a cuestas, el *Kid* preparó su segunda defensa del campeonato. En su división no tenía quien le hiciera sombra.

Y así lo ratificó el 7 de noviembre de 1936, cuando se impuso por puntos en 12 asaltos a su retador Manuel Villa.

“Después de esta pelea me fui a la América del Sur, precisamente a Buenos Aires, Argentina, corriendo el año de 1943”, narra el *Kid*.

Nadie sabe por qué, ni su inseparable amigo Carlos Montes, pero el *Kid* se saltó seis años de su vida y su carrera.

Consciente o no, dejó sin mención alguna los años de 1937 a 1942.

De acuerdo con el récord del Consejo Mundial de Boxeo, el organismo de mayor prestigio en la actualidad, en 1937 el púgil mexicano realizó 11 contiendas sin perder. Al año siguiente tuvo tres derrotas en 14 batallas. En 1939 sumó



también tres caídas, pero uno de sus diez triunfos fue muy importante: defendió por tercera vez su cetro nacional, al imponerse por decisión en 12 asaltos a *Kid Hermosillo*, en la Ciudad de México.

En 1940 subió once veces al ring, con dos reveses.

Su peor año fue 1941. Sólo realizó cinco peleas y perdió por decisión ante Rodolfo Ramírez y fue noqueado por Jackie Wilson, en Hollywood. Además se registró su única batalla con resultado de *no contest*, que en términos boxísticos significa que los púgiles son bajados del ring por no querer combatir. Se trata, en resumen, de la mayor afrenta que puede sufrir un boxeador.

Tuvo más actividad en 1942, con 11 contiendas, pero perdió cinco de ellas, una ante el campeón de Cuba, Joe Legón.

Su carrera parecía ir en declive.

El año 1943 inició con malos augurios. Tenía que defender su cetro ante uno de sus verdugos, el *Rielero* Ramírez, un púgil de pegada fuerte. Sin embargo, el *Kid* demostró que todavía tenía poder en sus puños: el 16 de enero se impuso por decisión en 12 rounds y refrendó por cuarta ocasión el campeonato del país.

Después viajó a Buenos Aires. Y le fue bien, ya que obtuvo una victoria en su presentación, pero lo que más le gustó fueron el buen vino y la comida, el tango, la vida nocturna y, por supuesto, las mujeres.

## **2.2. Cambió los danzones por el tango**

“Antes ir a pelear a Argentina era como ir a la luna. El viaje se tenía que hacer durante dos meses en barco”, recordaba de su aventura sudamericana en ese año del 43.

Cuentan que en el trayecto conoció al escritor Julio Cortázar, quien era un aficionado al boxeo. Entablaron amistad y el argentino fue a verlo a pelear a Buenos Aires. A Cortázar le gustó el fino estilo del mexicano y le dedicó unas líneas en su libro *La vuelta al día en ochenta mundos*.

En *El Perseguidor y otros relatos*, Cortázar publicó un cuento titulado *Torito*, “a la memoria de don Jacinto Cúcaro, que en las clases de pedagogía del Normal Mariano Acosta, allá por el año 30, nos contaba las peleas de Suárez”.

“Que le vas a hacer, ñato, cuando estás abajo todos te fajan. Todos, che, hasta el más maula. Te sacuden contra las sogas, te encajan la biaba”, inicia a contar el púgil, quien confiesa que el boxeo “no me gustaba, pero cuando me metí la primera vez me di cuenta que era lindo”.

Ahí, en la tierra de Cortázar, el *Kid* combinó el boxeo con la bohemia.

“Mi presentación fue contra un boxeador de origen italiano de apellido Romano a quien le gané por nocaut en el octavo round y gustando mucho en esa capital de Buenos Aires. A la semana siguiente volví a pelear y a los quince días hice mi tercera pelea de la contratación, quedándome otras tres contiendas más y peleando también en las provincias de Buenos Aires”, recordaba.

Arriba del ring sólo obtuvo victorias.

Abajo, sin embargo, le ganó el gusto por la vida nocturna.

El mexicano había sido contratado por tres duelos, pero en total realizó seis. Y *Kid Azteca* se quedó todo un año en Argentina: se dejó llevar por la vorágine de un amor.

Dice el periodista Fernando Gómez Arias: “Se dedicó al tango y a la bohemia. En Argentina se quedó a vivir un largo año, se convirtió en un descamisado de Evita y regresó luego a dedicarse con ahínco a la parranda y al amor”.<sup>(12)</sup>

El dinero ganado en seis contiendas se le esfumó en sus noches de fiesta. El *Kid* era abstemio, pero su estancia en Argentina le sirvió para degustar los mejores vinos de mesa, acompañados de las famosas carnes y ensaladas del país. Buen bailarín, aprendió rápidamente el tango y constantemente se le veía en los lugares de moda: Viejo Almacén y Caminito.

“El *Kid* era demasiado callado con sus cosas –dice Carlos Montes–, si no le preguntabas algo, él se lo guardaba. De su viaje a Argentina sólo me dijo alguna vez que anduvo con dos o tres muchachonas de allá. Y era natural que le gustara la buena vida, estaba chamacón”.

Estuvo tentado a quedarse para siempre, pero lo despertó la realidad: ya no tenía dinero ni para el boleto de regreso a México.

Le habló a sus conocidos para pedir prestado. Y sufrió otra decepción: a sus 31 años lo consideraban un púgil acabado, sin futuro.

Nadie se apiadó de él.

“Por razones imprevistas como el público conoce, tuve problemas para regresar a mi patria”, apunta someramente en su autobiografía, sin entrar en detalles.<sup>(13)</sup>

Como pudo, juntó dinero y regresó a México en busca de una segunda oportunidad. “Nadie creía en mí, pero como el viaje era tan largo, yo me vine entrenando esos dos meses y regresé con gran condición física”.

En efecto, en 1944 resurgió de sus cenizas.

Se impuso a púgiles prestigiados como Joe Legón, Carlos Malacara y Tony Mar. Pero cayó ante Ceferino García y Fritzie Zivic y 1945 lo inició con malos augurios, ya que en los primeros días tuvo que enfrentar otra vez a Rodolfo Ramírez, en la quinta defensa de su cinturón.

“Esa contienda me resultaba difícil porque cuando regresé de la Argentina en mi reaparición tuve una pelea poco aceptable y los aficionados ya no creían en mí y desde luego que todas las opiniones las tenía en mi contra, solamente pocos aficionados estaban de mi parte. Pero al fin pude darles lo que esperaban todos, una batalla que los dejó satisfechos y a la vez retuve mi campeonato venciendo por nocaut en una pelea que hasta la fecha recuerdan los aficionados”.<sup>(14)</sup>

El *Kid* estaba de regreso.

En 1945 realizó 9 contiendas y en 1946 sumó 14, las más importantes, un triunfo y una derrota ante el cubano Legón.

Ese año, le sucedió un hecho insólito en la arena Coliseo.

El 13 de julio enfrentó a alguien llamado Joe Keys, un tipo que fue subido al ring como pugilista, pero que cayó a la lona cuando lanzó su primer golpe. El tongo duró dos rounds, con el *Kid* tratando de pelear a alguien que no tenía los mínimos conocimientos boxísticos.

Antes de iniciar el tercer episodio, enfadados por el engaño, los aficionados lanzaron proyectiles al cuadrilátero, prendieron varias fogatas en las gradas y empezaron a destrozarse las sillas.

Así que el *Kid* y su remedo de rival salieron corriendo rumbo a los vestidores. Keys confesó después que nunca había sido boxeador.

En 1947 *Azteca* tuvo 8 contiendas, tres de ellas ante Vicente Villavicencio, a quien venció en dos ocasiones, pero perdió la más trascendente, cuando subió de categoría a tratar de conquistar el título medio, el 19 de marzo.

### **2.3. El Viejo Emperador ante un joven pujante**

México de 1948.

La Coca-Cola, a un precio de 25 centavos, se anunciaba como “pura, saludable, deliciosa y refrescante”, mientras que los Cigarros Elegantes eran “para el hombre que sabe”.

El viaje a Acapulco, ida y vuelta, costaba 30 pesos en primera clase de Estrella de Oro, mientras los diarios anunciaban a una bailarina que causaba furor: *Tongolele*.

“Fiesta para sus ojos”, era la definición para presentar a la “exótica” *Tongolele* en el nuevo centro nocturno Macao, ubicado en Bolívar y Mesones.

A fines de enero, sin embargo, lo que acaparaba la atención de los aficionados al boxeo era “la grandiosa” pelea entre *Kid Azteca* y Nicolás Morán: “Es el combate de más interés que se haya ofrecido aquí en los últimos años”.

El duelo estaba programado para el sábado 31 en la arena Coliseo, con boletos desde 5 a 35 pesos. La atractiva contienda era entre el que entonces llamaban “viejo emperador de Tepito” y *Nick Morán*, “un joven pujante, ambicioso, decidido a poner punto final al matusalénico reinado de más de 15 años”.

El día de la batalla, Antonio Andere dio como favorito al *Kid* para retener su corona: “*Azteca*, que después de ser durante largos años un peleador sin mayor arrastre se convirtió en la atracción máxima del deporte de los puños, sólo perdió una pelea en la que Vicente Villavicencio le ganó por nocaut técnico en la cual

disputaron la corona de peso medio que estaba vacante. Nuestro pronóstico es favorable a *Kid Azteca*. El viejo campeón es un zorro del ring. Claro está que *Nick Morán* tiene 10 años menos”.<sup>(15)</sup>

Como se esperaba, el duelo fue trepidante.

Aun en el mismo diario hubo opiniones encontradas: Antonio Andere, el cronista de la contienda, dio vencedor al *Chintololo*, mientras que *Fray Nano* consideró que el *Kid* ganó una merecida decisión.

“*Kid Azteca* sigue siendo campeón”, tituló *La Afición* el domingo 1 de febrero.

Escribió Andere: “Favorecido con un discutible veredicto, el viejo emperador de Tepito, don Luis Villanueva, a quien ustedes mejor conocen como *Kid Azteca*, bajó anoche del ring de la Coliseo luciendo el cinturón emblemático de la supremacía nacional de peso welter después de una interesantísima pelea que se proyectó a través de los 12 episodios reglamentarios en los cuales el joven Nicolás Morán le opuso una resistencia formidable, teniendo una actuación según la cual a nuestro juicio merecía el veredicto y, en consecuencia, el campeonato que había estado en juego.

“Según nuestras cuentas, Nicolás Morán llegó al final del encuentro con 61 puntos acumulados, mientras *Kid Azteca* había tenido 59. Ese margen de dos puntos era suficiente para acreditarle a Morán la victoria, pero uno de los jueces y el réferi opinaron de distinto modo y Picoro después de hacer el cómputo, izó el brazo del *Kid Azteca*, que estaba muerto. La gran mayoría del público produjo una pita estruendosa y se dedicó a vomitar lindezas contra los solones.

“Dijimos que un juez, Miguel Vargas Cacho y el réferi García Mata sacaron su puntuación a favor de *Azteca*. Ambos coincidieron en otorgarle 61 puntos al campeón y 59 al retador, pero el otro juez, don Salvador Esperón, sacó 62 puntos para Nicolás Morán y 58 para *Kid Azteca*. En nuestro concepto, Esperón estuvo más de acuerdo con la realidad del encuentro que sus otros dos colegas y estuvo también más de acuerdo con la inmensa mayoría del público que salió de la Arena Coliseo y en cuyas taquillas había dejado 79 mil 697 pesos convencido de que Nicolás había sido víctima de un despojo.

“Quien esto escribe había marcado favorito a *Kid Azteca*, pero fuimos los primeros en sorprendernos ante la gran resistencia opuesta por Morán que, en términos generales, llevó una táctica inteligente amén de que en las postrimerías del encuentro fue su juventud la que le permitió superar al veterano de Tepito habiendo ganado el *Chintololo* en forma consecutiva los tres últimos episodios”.

El último, reseñó, fue de apología:

“... Y *Azteca*, que estaba totalmente agotado, que se mantenía en pie más por instinto que por otra cosa, salió a dar todo lo que le quedaba, si todavía algo le quedaba. En una esquina neutral se desarrolló ese momento sensacional: Morán de espaldas a las cuerdas y *Azteca* acorralándolo. Salieron en un cambio de golpes que duró por lo bajo dos minutos mientras la multitud rugía ensordecedoramente.

“Aquello era un manicomio y ahí en ese cambio de golpes se decidió la pelea. Y se decidió a favor de Morán, pese a lo que los jueces hayan opinado, porque si en esos dos minutos *Azteca* tiró 200 golpes podemos asegurar a ustedes, por la salud de nuestros hijos, que falló por lo menos 150 y los que dio fueron totalmente sin fuerza. Los movimientos del *Kid* eran casi reflejos, parecía un autómatas, extenuado, campaneando los brazos que apenas podía sostener en alto.

“En cambio, si Morán tiró en esos dos minutos 200 golpes, acertó sólidamente, por lo bajo, 150... *Kid Azteca* mostró su veteranía en dos sentidos: primero, en su serenidad y en su dominio del ring y, segundo, en sus condiciones físicas que naturalmente ya no son las que pueden permitirle el lucimiento que en otras épocas constituía el sello de su indiscutible grandeza.

“Tuvo ayer *Azteca* momentos en los que se vio que los años han hecho su efecto, se dedicó a querer cazar la quijada de Morán y nunca lo consiguió pero en algunos episodios *Kid Azteca* abanicó el aire, pero lo abanicó como cualquier campanero miserable, ¡haciendo el ridículo!

“Tuvo el *Kid* tres rounds grandiosos: el sexto, el octavo y el noveno. Especialmente el sexto. Ahí creímos que el campeón iba a hacer pedazos a su joven retador y que la historia iba a ser la de siempre: Morán, que había estado

girando en torno del viejo, tirando golpes y saliéndose, es decir, poniéndose fuera de la dinamita, cometió el error de aceptar el cambio de golpes que *Azteca*, como un perro, había estado buscando. Ahí, en ese momento, la gente ardió en locura, pero del cambio de golpes Morán salió con el pómulo derecho partido, por toda la mejilla le corría un hilillo de sangre. El de Tepito se puso entonces en plan furioso. Trató de acabar ahí mismo y acertó varios golpes durísimos que pusieron a Nicolás en situación verdaderamente comprometida. El fantasma del nocaut rondó en esos momentos, con pasos siniestros, en torno a Morán, pero terminó el episodio y el *Kid*, ya muy cansado, se fue a su esquina mientras Morán, entero, tomaba el camino de la suya.

“Pero del décimo para adelante cambió la decoración. *Azteca* estaba ya muy agotado, respiraba trabajosamente por la boca y sus movimientos eran torpes. Y mitad por el cansancio y mitad por la excesiva fuerza que trataba de poner en sus golpes, los fallaba lastimosamente y de las graderías venía rodando, como un alud en estrépito, el coro de la multitud: ¡Morán, Morán, Morán!”.<sup>(16)</sup>

Dura la crítica del entonces juvenil reportero Andere, quien con el tiempo se convertiría en uno de los más prestigiados cronistas boxísticos.

En cambio, el ya experimentado *Fray Nano*, entonces director de *La Afición*, analizó tres días después la épica contienda que reunió a unos 6 mil aficionados y dejó afuera a otro tanto.

“Si *Azteca* no se hubiera fajado en el último round, como lo hizo, es muy probable que estaríamos comentando ahora el término de su larga monarquía. Pensamos que ahí, en ese minuto final, que se nos hizo eterno, retuvo el cetro. Viejo lobo de ring, supo dominar el terreno a esa hora... toda esa fase final, así como varios otros lapsos de la pelea, los vio el público de pie...

“El *match*, en nuestra idea, se resolvió por un pelito o menos, si ustedes desean. Vaya, para andar de moda, por un átomo. Si el asunto fuera por cantidad de golpes, indudablemente habría ganado Morán. Y francamente, los golpes de Morán fueron, en su inmensa mayoría, simples alfilerazos.

“Morán terminó con la cara hinchada y desde el sexto round sufrió una cortada en el pómulo y en el octavo otra sobre la ceja derecha producto ambas de

ganchos izquierdos. Nadie podrá sostener que *Azteca* sufrió más daño en el *match* que el jalisciense, de ahí nuestra idea que el veredicto rendido fue justo. Ciertamente, no logró dar *Azteca* ninguna de sus peculiares puñaladas profundas, que en tal caso no estaríamos escribiendo esto, sino algo muy diferente, pero que los golpes que propinó fueron más dañinos que los de Morán, no tiene duda.

“Varias veces se levantaban de sus asientos los clientes tras de que *Azteca* había dado un golpe, pensando que ahí terminaría el *match*, ¿alguna ocasión se levantó la clientela pensando que *Azteca* podría caer?... Sí, Morán le ha dado la pelea más dura que welter nacional alguno le haya dado desde que es campeón, pero el joven rubio nativo de La Barca no lo derrotó, según es nuestra opinión. Dieron una magnífica pelea, que desquitó con creces lo pagado en taquilla y no pensamos estar muy equivocados si decimos que antes de mucho, un año o dos, Morán estará sentado en el trono que *Azteca* logró retener el sábado”.<sup>(17)</sup>

### **2.3.1. Lo que nunca había ganado**

Volverían a enfrentarse en septiembre del mismo año, en la séptima y última defensa que el *Kid* haría de su cetro.

Antes de su segunda contienda ante el *Chintololo*, el púgil de Tepito realizó otra pelea y las críticas volvieron a ser duras: “Despojo para *Kid Filipino*, a quien le dieron empate pero superó ampliamente a un *Kid Azteca* lento y fallón, acusando ya la plenitud de su decadencia”.

El duelo de revancha *Azteca*-Morán fue polémico desde antes de que los púgiles subieran al ring. La pelea sería parte de la campaña de la SEP pro construcción de escuelas, pero se criticó el sueldo de los contendientes: 37 mil 500 pesos para el *Kid* y 25 mil a Morán.

“Salarios fabulosos”, criticó la prensa.

Fueron, en efecto, de las mejores ganancias en las carreras de ambos púgiles, en una época en la que “elegantes trajes” del Palacio de Hierro costaban de 149 a 199 pesos, en el almacén cuyo lema era entonces: “Ante todo calidad”.



Los zapatos Cadillac costaban de 50 a 60 pesos, según el modelo, e ir a Puebla en viaje redondo en los modernos Pullman costaba 6.70.

“¿Cooperará *Kid Azteca*, ganando lo que nunca había ganado por una pelea? ¿Cooperará Nicolás Morán cobrando más, muchísimo más de lo que ha percibido en cualquier otra de sus peleas en México?”, censuró en *La Afición* el periodista D. Vara, quien además observó que el manager del campeón, *Chilero Carrillo*, había estado atendiendo en algunas peleas al *Chintololo* e, irónico, observó que cuando se enfrentaran iba a estar un round en la esquina de uno y al siguiente con el otro.

El domingo 19 de septiembre la portada de *La Afición* —que se ostentaba como el único diario deportivo del mundo y costaba ya 20 centavos— fue contundente: “Despojaron a Nicolás Morán”.

Andere realizó otra vez la crónica y sus críticas contra el veterano fueron similares: “Igual que en la pelea anterior, Morán superó a *Kid Azteca*, pero éste conservó el título. Una vez más, los jueces fueron benévoloos con el viejo de Tepito. La pelea de anoche fue una copia al carbón de la primera que tuvieron”.

La recaudación total fue de 108 mil pesos, menos los sueldos de los dos púgiles (62 mil 500) y otros gastos, lo que dejó “una miserable limosna” para el fondo pro-construcción de escuelas. “Fue un pésimo negocio que hizo el gobierno con la función de marras que sirvió únicamente para que unos cuantos se hincharan de dinero”, criticó Andere.<sup>(18)</sup>

Fue ese el mejor sueldo del *Kid*. Con él, pudo cumplir uno de sus anhelados sueños: comprar casas para su familia.

“Lo que ganó en esa pelea fue una auténtica fortuna —evoca Carlos Montes—. El dinero entonces sí valía y el que tenía mil pesos ya era rico. Un carro del año se compraba en 300 pesos y una casa en 4 mil. De ese dinero él compró dos casas: una para su mamá, en la colonia Guadalupe Tepeyac, y otra para sus hermanos, en la calle Pedro Moreno, de la colonia Guerrero. Después vendieron esas casas y se fueron a vivir a Garibaldi, al callejón de la Amargura, donde rentaron una casa...”

Ahí, en el callejón con el profético nombre, el *Kid* tuvo su postrera relación formal: “Vivió cinco años con Lina Montes, hermana de Amparo Montes. Ella fue la última mujer con la que tuvo una relación estrecha”.

#### 2.4. El miedo de perder

Eran ya los últimos tiempos arriba del ring.

En 1949 se le ordenó realizar una defensa obligatoria, ante *Babe Zavala*, pero el boxeador de 36 años prefirió abdicar.

Apunta en su autobiografía: “Defendí mi campeonato contra Nicolás Morán en dos ocasiones, habiendo triunfando en ambas conservando así mi cetro. Entonces pensé en dejar el título y así lo hice, dejando el campeonato vacante. El campeonato lo conservé en mi poder desde 1932 hasta el año de 1949, en que como repito renuncié al título retirándome invicto”.<sup>(19)</sup>

El 3 de mayo de 1949 –mientras en la lucha libre destacaban *El Santo*, Gori Guerrero, Enrique Llanes y el *Murciélagu* Velázquez, y en el fútbol Horacio Casarín tomaba la determinación de irse a España al no encontrar acomodo en México— inició el torneo para encontrar al sucesor del *Kid*.

Las peleas serían Zavala-Luis Argüelles y Morán-Tomás López *El Conscripto*. “El vencedor de las series será reconocido como monarca de una división que durante casi 17 años estuvo gobernada por el veterano y ya retirado *Kid Azteca*”, decían los diarios a manera de epitafio.

El título lo conquistó otro ídolo marcado también por un destino aciago: Nicolás Morán, quien se impuso por nocaut en 10 a Zavala. Lo conservó del 13 de agosto de 1949 hasta el 29 de marzo del 52, cuando fue vencido por *El Conscripto*.

Era lógico: con el retiro del *Kid*, los reinados eternos se habían terminado para siempre.

Era el México de mediados del siglo XX, en el que *Tin Tan* triunfaba en el cine con *El Vizconde de Montecristo*, Mexicana de Aviación cobraba 150 dólares a Los Angeles “en aviones de super lujo super DC-6 de cuatro motores” y la *Pepsi*

disfrutaba sus primeros años en el país, de 1943 a 1955: “Nuestro reconocimiento y gratitud al público por su preferencia, que lo ha llevado en 12 años al primer lugar de las plantas embotelladoras de refrescos en América Latina”.

Y el adiós del *Kid*, por supuesto, fue por la puerta grande.

Tenía 36 años de edad y dejó una marca imposible de igualar: fue campeón nacional welter durante 16 años y 7 meses.

--¿Por qué se retiró, señor?

Un breve silencio es el prelude de una franca respuesta:

--¡Por miedo...! --exclamó con sinceridad.

Después, un poco más sereno, explicaba: “Sí, tenía miedo de perder mi título, de que alguien me ganara... de tanto tenerlo, me encariñé mucho con él. Pero lo dejé porque ya me estaba haciendo viejo y hubiera sido muy triste que me lo ganaran”.

Se le organizó una pelea de despedida, el sábado 20 de mayo de 1949.

La plaza México resultó insuficiente para decirle adiós y, por supuesto, se fue con una victoria, sobre Art Hardy.

“Lo acompañaron figuras del espectáculo como *Cantinflas* y Agustín Lara, que lo habían seguido por varios años, ya que eran grandes aficionados al boxeo”, señala Gómez Arias<sup>(20)</sup>

El diario *La Afición* dedicó unas cuantas líneas a su retiro.

“El público, como era de esperarse, gustó de la forma como triunfó *Kid Azteca*, que propinó el nocaut con uno de sus peculiares ganchos izquierdos a la quijada. Art Hardy cayó de espaldas y fue mera ceremonia que le contaran los 10 segundos.

“El encuentro fue una repetición de la mayor parte de los que ha tenido *Azteca* en los últimos tiempos, con dominio aparente del adversario hasta producirse el desenlace, con *Azteca* concretándose a esquivar golpes en los primeros episodios, buscando una apertura para enviar un golpe productor del nocaut. Hardy impresionó al público por su estampa: hombre muy fuerte y su agresividad, que a nada lo condujo pues sus golpes se perdían en el vacío. Cuando recibió el gancho izquierdo al mentón que finalizó el encuentro mientras el

réferi contaba los 10 segundos, Hardy rodaba por el suelo y hubiese caído fuera del ring de no haberlo detenido las personas sobre las que iba a caer”.<sup>(21)</sup>

## **2.5. El Gordo y el Flaco, aficionados al boxeo**

Pero su fama ya había traspasado las fronteras del boxeo.

Dirigido por *Chano* Urueta, fue el protagonista de la película *El Gran Campeón*, que fue un relato sobre su vida. Participó después en *Kid Tabaco*, *Guantes de Oro* y *En Busca de un Campeón*. Según la agencia Notimex, por el primer largometraje cobró 35 mil pesos y por las otras entre 12 mil y 10 mil pesos.

Para entonces, el *Kid* ya se codeaba con las grandes figuras del espectáculo en el México de esos años: *Cantinflas*, Agustín Lara, María Félix, *Resortes*, *Palillo*, Pedro Armendáriz, Arturo de Córdoba y Jorge Negrete.

Asistía con frecuencia a la cafetería del hotel Regis, derrumbado en el sismo de 1985.

--¿Qué recuerdos tiene del café Regis?

--Bueno, la costumbre de ir ahí a tomar café, nieve y pasteles comenzó en los años 40 y se acabó hasta que vino el terremoto de 1985 y destruyó todo lo que estaba en esa esquina, restaurantes, hotel, centros nocturnos. A esa cafetería, que no era muy elegante pero sí muy popular, acudía mucha gente conocida. Ahí trabé amistad con personas como *Cantinflas*, Jorge Negrete, Manuel Medel, *Resortes*, *Palillo* y Pedro Infante, entre otros.

--¿Cómo era Pedro Infante?

--Me acuerdo que Pedro no era muy alto y acostumbraba usar zapatos de gran tacón para elevar su estatura. Era muy sencillo y muy agradable, y cada vez que iba al Regis, afuera del café se instalaba un gran grupo de gente para verlo. Los dueños del restaurante tenían que pedir el apoyo de un par de policías para impedir que la gente se metiera. Pedro en ocasiones iba de traje, pero la mayoría de las ocasiones vestía informal. Más bien le gustaba ponerse playeras de rayas, de manga corta para lucir sus bíceps, que eran su orgullo, ya que era muy fuerte y hacía pesas. Pedro me hacía bromas, pero siempre resaltaba que los dos

coincidiámos en una cosa: no nos gustaba el alcohol. El no bebía pero ¡qué buenas películas hizo en las que aparecía de borracho! Varias veces lo visité en las reuniones de amigos que hacía en su casa de la calle Sierra Vista, en la colonia Lindavista.

Políticos como Adolfo López Mateos y Ernesto P. Uruchurtu no faltaban a las contiendas del *Kid*.

Y su paso por Estados Unidos le hizo conocer a algunas estrellas de Hollywood, ya que una arena en la que combatió estaba cerca de los estudios de cine.

“Edward G. Robinson y *El Gordo* y *El Flaco* (Stan Laurel y Oliver Hardy) eran aficionados al boxeo, asistieron a algunas de mis peleas y me fueron a saludar. Con el señor Robinson platicaba un poco, pero *El Gordo* y *El Flaco* eran muy serios. Sí, muy distinto a sus películas”, evocaba el púgil mexicano.

## 2.6. El boxeo en la sangre

Sin embargo, como la mayoría de los boxeadores, el *Kid* se retiró sólo para regresar al poco tiempo.

“Se me escasearon los centavos”, dice someramente en su autobiografía, sin entrar en detalles sobre el dinero que se le fue en sus noches de bohemia, baile y apuestas.<sup>(22)</sup>

Instaló un restaurante en la colonia Roma y un bar en la Santa María, propiedades que perdió. Tuvo también su propio cabaret, llamado *Kid Azteca*, por supuesto, que estaba ubicado en la calle Cozumel.

“Ardiente jugador de dominó, ganó y perdió un par de fortunas en el juego, incluyendo un bar que instaló en la ciudad de México con el dinero que cobró como actor estelar de la película que se llamó *El Gran Campeón*, relatando su vida”, señaló la más prestigiada revista de boxeo de aquellos años, *The Ring*.

“Honestamente me lo chupé todo”, confió a este reportero en una entrevista.

Así que regresó apenas al año siguiente.

En 1950 realizó cuatro peleas, dos en 1951 y una en 1952.

A los 40 años, en 1953, pareció tomar un segundo aire. Realizó seis pleitos, cinco de ellos en Durango, sin sufrir una derrota.

El de 1954 también fue de triunfos: 12 en total. Y el cuerpo le siguió respondiendo al año siguiente, en el que acumuló 9 victorias sin caídas.

Una de esas contiendas fue en El Toreo, el 10 de marzo, en función a beneficio de la Institución Protectora de la Infancia en el Estado de México.

*Kid Azteca* tenía ya 42 años, pero las fotos lo muestran delgado y fuerte y los periódicos lo llamaban “el viejo ídolo”.

Si lo criticaron en su etapa final como campeón, en sus últimas batallas le rindieron pleitesía.

El domingo 6 de marzo de 1955, en un suplemento dominical de *La Afición*, recibió elogios:

“Cuando se habla de *Kid Azteca*, el viejo ídolo, las opiniones se dividen. Unos creen que el *Kid* ya no tiene nada que buscar en los rings y otros que aún tiene lo suficiente para acabar con todos los peleadores locales de peso welter y medio... Es un asombroso caso de longevidad pugilística del más largo reinado de que se tenga memoria en el boxeo de México”.

“¡En una noche acabaría con todos esos chamaquitos que pelean ahora!”, expresó el veterano cuando fue entrevistado para la pelea que sostendría ante el joven negro estadounidense Sandy Baxter.<sup>(23)</sup>

El duelo se realizó el viernes 11 de marzo.

Y el Toreo de Cuatro Caminos resultó insuficiente para aclamar a dos ídolos: el *Toluco* López se impuso por nocaut en uno a Laverne Hackman, mientras que el *Kid* doblegó en nueve a Baxter.

Publicó *La Afición*: “El viejo ídolo recibió la ovación más fuerte cuando subió al ring y cuando bajó. Y después de golpearlo a placer durante 8 rounds, en el 9 encendieron los foquillos rojos y el réferi César Arroyo se interpuso. El moreno sangraba de la boca y la nariz y tenía el ojo izquierdo casi cerrado y andaba *groggy* cuando detuvieron el combate. *Kid* se vio bastante bien, sobre todo cuando enfrente no tenía un rival de categoría”.

El triunfo le dio al *Kid* el entusiasmo para añorar glorias pasadas: “Creo que aún puedo volver a ostentar el título welter. No es cosa del otro mundo, pues hace poco derroté al actual monarca Tomás López. Físicamente estoy bien”.

Sobre el porqué seguía peleando ya cuarentón, tenía una explicación simple: “Llevo el boxeo en la sangre y dejaré de pelear hasta que me falle el motor”.<sup>(24)</sup>

Le falló poco tiempo después.

El CMB registra su última contienda el 18 de marzo de 1956, al perder por nocaut en 5 episodios ante Joe Borrell.

Pero su autobiografía menciona su retiro hasta 1957. Como en las historias con final feliz, se fue con un triunfo: venció por nocaut a Willie Risko, en Monterrey.

El *Kid* tenía ya 44 años y había combatido durante tres décadas. Y en todo este tiempo –en algo que le da más tintes de leyenda a su carrera--, lo hizo en la categoría welter.

“Fue un milagro de longevidad. Era un peso welter natural y debe ser considerado como uno de los cinco grandes de nuestro pugilismo de todos los tiempos”, apunta Gómez Arias.

Sin embargo, otros registros ubican su último duelo el 14 de julio de 1960, en Puebla, donde venció por puntos a Adrián Mendieta y se retiró definitivamente.

Y –para darle más forma a la leyenda--, otros llegaron a decir que dijo adiós hasta 1961.

Pero algo sí tenía claro el *Kid*: “El secreto de mi larga carrera es que siempre subí al ring en buenas condiciones y fuera de él llevé y llevo una vida ordenada. Otra de las razones por las que hice tan larga carrera es que siempre me dediqué en los tres o cuatro primeros rounds de mis peleas a estudiar a mis contrarios para saber en qué forma me sería más fácil derrotarlos. Es por eso que siempre comenzaba a pelear más fuerte después del cuarto o quinto rounds pues para entonces sabía ya cómo manejar y derrotar al contrario. Por eso mis peleas comenzaban frías y terminaban sensacionalmente”.

## 2.7. En una vecindad de La Lagunilla

A fines del siglo XX, en los últimos años de su vida, *Kid Azteca* realizaba largas caminatas por las calles del Centro Histórico.

Los viejos lo reconocían y le contaban a sus nietos que había sido un gran campeón. Los niños lo veían con admiración, sin comprender en realidad quién era ese abuelo alto y espigado que conservaba la figura esbelta y el porte de Quijote con traje y corbata.

Amable con todos, al *Kid* le gustaba platicar de su paso por el boxeo. Sobre todo de dos temas: de la forma casual en que descubrió al pugilismo y de su mítico récord de ser campeón nacional durante 17 años.

Eso fue lo que le quedó: el recuerdo.

Todo eso.

Sólo eso.

Como única pertenencia terrenal, después de tantos años de fama y fortuna, el gran *Kid* sobrevivió con su hermana Alicia en un cuarto de cuatro por cuatro metros en el barrio de La Lagunilla.

“El y su hermana rentaban ahí, pero yo lo convencí de que lo comprara. Fue hace como 20 años y le costó 8 mil 500 pesos. Eso fue lo único que tenía al final de su vida. Y su hermana puso como herederas a dos sobrinas que sólo visitaron la casa para reclamar la herencia”, recuerda Carlos Montes.

El *Kid* no quiso jamás que se le entrevistara ahí y las charlas se tenían que realizar en una vecindad de su amigo Montes, en la calle Perú, cerca del lugar donde vivió sus noches de gloria: la arena Coliseo.

Pese a todo, *Kid Azteca* nunca se quejó de nada.

“No tengo cuenta en el banco, no puedo ahorrar, vivo al día... pero el destino me da para frijolitos”, decía.

--¿Y cómo se siente ahora, después de tantos años de haber sido boxeador?



El *Kid* se agachaba un poco para escuchar bien la pregunta y entonces respondía: “Pienso que estaba chabacano y ya estoy viejononón. Pero afortunadamente sigo caminando. No me duele nada, no sufro. Sólo sufro porque ya estoy viejo”.

--¿Qué hay del dinero de aquellos años?

--En aquel tiempo era poco el dinero que se ganaba y uno no podía tirarlo. Yo lo que hacía era atender a mi familia y comprarme de vez en cuando un par de zapatos.

--Ahora los boxeadores destacados se compran casas, terrenos y autos.

--No, antes no. ¿Con qué me los compraba? A mí sólo me alcanzaba para un trajecito y unos zapatitos más o menos baratones. El dinero que se ganaba antes no alcanzaba para hacerse un traje inglés --respondía entre risas.

--¿Le hubiera gustado mejor pelear en estos tempos?

Seguro, serio, respondió: “En mi vida boxística no ambicioné nada de lo que hay en la actualidad. Mi tiempo fue mi tiempo y he sido muy feliz”.

--Pero hubiera ganado más --le indicó el reportero.

--Quién sabe. No se crea. Pero yo gané dinero. No puedo tener queja de ninguna especie... ¡estoy feliz de cabo a rabo!

--Obviamente hoy se gana más, ¿pero son mejores los campeones de hoy a los de antes?

--Hoy son buenos campeones. Están en una racha que deberían aprovechar en conservarse ellos y lo que ganan, que no anden de borrachones, que conserven su fibra para el ring.

--¿Hay alguno que le llame la atención?

--Veo poco el box, pero la verdad es que sin hacerlo menos, creo que los boxeadores de antes eran mejores.

### **2.7.1. Y me quedé esperando...**

Sus últimos años los pasó en invitaciones, en homenajes, en engalanar algunas funciones de boxeo donde los organizadores le daban unos 300 pesos. Además,

el Consejo Mundial de Boxeo le entregaba una pensión mensual de 200 dólares (unos 2 mil pesos), que completaba con los 400 pesos que tenía como pensión en la Comisión de Box Profesional del Distrito Federal.

Eso era todo.

De esos ingresos sobrevivió sus últimos años.

Sin embargo, él mismo se consolaba: “Hoy gano más que cuando era boxeador, porque con mis presentaciones en arenas de provincia me la llevo tranquilo, sin preocupaciones”.

Decía que nunca se casó, aunque sí tuvo oportunidades de hacerlo.

“Hubo de todo –recordaba, con sonrisa pícara y juvenil--. Me enamoré, me desenamoré. Sigo soltero... el box me dejó soltero”.

--¿En serio fue por culpa del boxeo?

Reía el *Kid*. Reía fuerte después de la broma: “No, no. Hubo oportunidad, pero me quedé esperando”.

--¿Entonces se quedó esperando a la mujer así como se quedó esperando el título mundial?

Breve silencio. *Kid Azteca* meditaba: “Así es, así es. Me quedé esperando al título mundial y a la mujer con la cual casarme... y eso es una cosa bonita para el leyente...”

--¿La vida lo ha tratado bien?

--Per-fec-ta-men-te

Su terapia era caminar alrededor de una hora por las calles del Centro Histórico, donde los transeúntes lo seguían reconociendo y le pedían autógrafos, que él daba con gusto y letra temblorosa.

--¿Y en qué piensa mientras camina?

--Ahora que ya estoy rucaílón recuerdo esas cosas de antaño. Me acuerdo cuando era joven e iba para arriba y para abajo y me acuerdo que la juventud se fue.

--¿Qué se siente ser famoso?

--La fama es bonita, pero uno tiene que sacrificar muchas cosas para seguir siendo famoso.

--¿Qué cosas?

--Trasnocharse, meterse a la pulquería y a la cantina, conseguirse amigos en lugar de conseguirse amistades.

--¿Cuál es la diferencia?

--Un amigo tiene que ser de verdad. Una amistad, para platicar anécdotas, chistes, cuentos. Yo la verdad soy serio, soy seco y poco amiguero. Unos cuates y nada más.

--¿Le quedó alguna lesión de su paso por el ring?

--No tengo ninguna desgracia ni ningún accidente, gracias a Dios.

--En alguna de sus tantas peleas, ¿tuvo miedo alguna vez?

--Sólo el temor a una lesión, pero eso es una costumbre general. Además, yo siempre tuve fe en el destino.

--¿Nunca pensó en la muerte en el ring?

Por única vez, el *Kid* se exaltó durante las charlas sostenidas: “¡No, ni lo quiera Dios! No piensa uno en esas tonterías. En lo que piensa uno es que el destino me dé fuerzas para pelear y tratar de ganar, no que se va uno a quedar ahí. ¡Quiere uno ganar para juntarse con la palomilla, echar un brindis y que siga la cosa igual de bonita!

--Ya es justo que se le haga un homenaje, ¿no?

--Pues es muy raro que esas cosas pasen, ya se acuerdan de uno cuando está en el hoyo --respondía el *Kid*.

--¿Qué opina del busto que construirán en su honor?

Los ojos del *Kid* brillaban ante la promesa: “¡Caray! Me da mucho gusto que después de viejo se acuerden de mí y que me hagan un recuerdo sumamente bonito”.

Tras un breve silencio, añadió: “Pero me gustaría que fuera en Tepito”.

Intervino presuroso Carlos Montes para decirle que está cerca de Tepito y que, entonces, es como si estuviera ahí.

--Bueno, con tal de que se acuerden de mí --aceptó finalmente el *Kid*.

--¿Y qué se siente?

--Una satisfacción, un gusto que después de viejo, de hace muchos años, se acuerden de mí. ¿Quién se acuerda de mí? Tengo 82 años... Ha corrido el tiempo.

--Pero usted tuvo una gran carrera y fue muy famoso --le dio ánimos el reportero.

--Fue, ya no es, y por eso muchos podrán decir 'háganlo a un lado'. Pero eso es lo bonito, que después de tantos años no me han hecho a un lado y por eso le doy las gracias a los organizadores de ese busto y a toda la gente del boxeo.

Siete años después de esta plática, el *Kid* falleció.

Nunca se realizó la construcción del busto en su honor, que le prometieron lo ubicarían a un lado del Monumento al Boxeador, en Reforma y Jaime Nuno.

El *Kid* se quedó esperando su busto, de la misma forma en que siempre aguardó la oportunidad de disputar el título mundial.

## **2.8. Una leyenda total**

Las caminatas, sin embargo, cada vez se volvieron menos frecuentes. Su salud empezó a decaer, aunque nunca perdió el porte de Quijote vestido de traje.

En octubre de 1998 tuvo el primer aviso.

A principios de mes fue internado porque se le detectó una anemia de segundo grado, deshidratación en primero y segundo grados, infección en las vías renales y problemas de la próstata muy crecida.

Y el jueves 22 fue operado de la próstata en el hospital México. Le extrajeron 150 gramos de un tumor benigno, no canceroso.

Lo acompañó su hermana Alicia, de 80 años y enferma, y al salir de la intervención expresó con optimismo: "Aquí estamos en otra pelea".

El costo de la operación, 35 mil pesos, fue cubierto por las autoridades del pugilismo: Consejo Mundial de Boxeo, Comisión de Box Profesional del Distrito Federal y el empresario Salvador Lutteroth.

“Se levantará, como lo hizo en tantas noches de gloria en el boxeo”, vaticinó Carlos Montes.

En efecto, el *Kid* se recuperó.

Y regresó a su principal pasión de entonces: el dominó y las cartas, que jugaba casi a diario en un club ubicado en el Centro Histórico.

Un año después el *Kid* sufrió otro golpe: falleció su hermana Alicia, con quien había vivido los últimos años, y su estado de ánimo decayó.

“Ahora sigo yo”, le dijo a Carlos Montes.

Sin embargo, su fortaleza le dio para vivir tres años más, entre sus caminatas inacabables, sus juegos de azar y el ser llevado y traído a las funciones de boxeo “para que me conozca la nueva generación”.

El *Kid* fue internado el 9 de marzo de 2002, afectado por una parálisis de riñones.

Y la madrugada del día 16, el *Kid* dejó de ser una leyenda viviente para convertirse en una leyenda total del boxeo mexicano.

A los 88 años, después de ocho días de estar peleando por la vida, falleció de un paro cardíaco a las 3:45 horas en el hospital Juárez, al norte de la capital.

Carlos Montes —definido por José Sulaimán como “el amigo que todos quisiéramos tener”— estuvo cerca de él en sus últimos momentos.

Compañeros desde 1939, cuando ambos eran entrenados por Luis Morales y el *Cuyo* Hernández, Montes habló con él por última vez el lunes 11: “Yo le dije: ‘no te achicopales, también vas a ganar esta pelea, estás en buenas manos’. El sólo me insistía en que quería irse del hospital. Fue todo, después ya no se podía hablar con él, pues caía en la inconsciencia”.

El CMB decretó Día de Luto Mundial y exaltó el legado del púgil.

“El *Kid* perdió la última batalla ante la muerte. Es una irreparable pérdida de uno de los mejores peleadores que ha dado México. Fue un grande del boxeo, era el rey del gancho al hígado”, destacó.

Las agencias internacionales de noticias tampoco escatimaron elogios.

“Murió *Kid Azteca*, gloria del boxeo mexicano”, apuntó la agencia francesa Afp.

“Fallece el mítico *Kid Azteca*”, tituló Efe. La agencia española resaltó la carrera del peleador:

“El boxeo mexicano perdió hoy a su mayor referencia del siglo XX con la muerte del legendario *Kid Azteca*, un púgil que se labró a golpes una carrera y una fama ejemplar para las siguientes generaciones de boxeadores. De figura quiijotesca, cabello blanco y crespo y un tono de voz que año con año perdía volumen, *Kid* vivió sus últimos años entre los algodones de la fama aunque en la intimidad murió solo porque nunca se casó. La trayectoria de Villanueva es la historia de la época en la que el boxeo no tenía el pago por evento ni televisión, cuando el público se volcaba a las arenas para aplaudir a sus ídolos”.

“Muere *Kid Azteca*, leyenda del boxeo mexicano”, estableció a su vez la agencia alemana Dpa.

“Solo, *Kid Azteca* perdió su última pelea”, tituló *La Jornada*.

La crónica del diario destacó: “*Kid Azteca*, último sobreviviente de la época de oro del boxeo nacional, cayó en el round más importante de su vida tras casi una semana de intensa pelea con la muerte. A partir de hoy su destino final será el panteón Jardín.

“A la agencia funeraria García López fue llevado el cuerpo del ex monarca nacional welter, que yacía tranquilo en el féretro color cobre, ataviado –como siempre lució— de traje gris, camisa azul y corbata del mismo color. Atuendo que hasta en ese último momento fue escogido por su inseparable amigo Carlos Montes.

“Entre boxeadores, mánagers y vecinos de la calle Honduras, el legendario peleador fue visitado por José Sulaimán: ‘*Kid Azteca* nunca perdió la línea. Muchos peleadores al terminar su carrera no saben qué hacer en la vida y él sí supo. Fue un representante del boxeo, un caballero, una persona decente, limpia y siempre cerca de todos. Después se convirtió en un icono, en una leyenda de su propio tiempo’.

“El titular del CMB, quien se hizo cargo de los gastos del funeral, reconoció públicamente el compañerismo de Montes de Oca ‘porque un ser humano que

cuenta con un amigo como él está salvado. Carlitos nunca lo dejó y me parece que en él seguirá viviendo *Kid Azteca*'.

“Aunque era pública la vida de Villanueva y se sabía que vivía solo en su humilde departamento del Centro Histórico, su historia cambió al aparecer en la agencia funeraria dos nietos, Víctor y José Luis, quienes comentaban que su padre –hijo del *Kid Azteca*— vive en Celaya. Además, sostuvieron que existe una esposa del ex boxeador que no podía estar presente debido a problemas de salud.

--¿Por qué nunca se supo que tenía nietos?

--Porque eso es parte de una leyenda --aseveró un parco Víctor Villanueva.

“Previamente había ido a despedir al *Kid* el ex campeón gallo Raúl *Ratón* Macías, quien se retiró de inmediato porque está recién operado de la próstata.

“También llamaron la atención los arreglos florales depositados por los políticos priístas Roberto Madrazo y Carlos Padilla Becerra”.

Ante la sorpresiva aparición de descendientes del *Kid*, Carlos Montes aclaró: “El *Kid* siempre dijo que no tuvo hijos y eso fue cierto”.

Recordó: “Hace muchos años, poco antes de que se fuera a pelear a Argentina, se juntó con una señora que tenía un niño de uno o dos años. Luis se encariñó con él y lo registró a su nombre. Aquel niño tuvo dos hijos, que fueron los que vinieron al velorio. Por cierto, cuando el *Kid* se fue a Argentina, la señora se quedó encargada del bar y de un coche ruletero. Pero cuando el *Kid* regresó, ya no había ningún negocio: la señora se había ido...”<sup>(25)</sup>

### **2.8.1. ¡Se va un gran campeón!**

El domingo 17 de marzo de 2002, a la 1:30 de la tarde, el *Kid* fue sepultado.

“Emotivo adiós a *Kid Azteca*”, tituló el diario *Esto*.

Ernesto Castellanos escribió: “Ayer por la tarde, alrededor de 200 personas se congregaron en el panteón Jardín para darle el último adiós a don Luis Villanueva Páramo, *Kid Azteca*, quien fue sepultado y ya hace el viaje eterno, ya entró a la leyenda.

“Fue su amigo de toda la vida, el ex boxeador Carlos Montes, quien lloroso echó un puñado de tierra sobre el féretro, cuando éste descendía lentamente en la fosa número 135 de la fila 36, sección Prado D, y de esa manera realizó el acto de despedida a una gloria del boxeo mexicano.

“Casi 10 minutos después del mediodía, el cortejo fúnebre con los restos mortales de don Luis Villanueva emprendió el camino al camposanto. La carroza era seguida de dos autobuses y una larga fila de dolientes en automóviles. Alrededor de las 13 horas el cortejo llegó al panteón. Casi hora y media después, todo había terminado.

“Carlos Montes se sorprendió un poco cuando el político Roberto Madrazo se acercó para darle el pésame. Se presentó como un aficionado más al boxeo y admirador de *Azteca*.

“Don Luis Villanueva quedó sepultado en la fosa familiar en la que descansan para siempre también sus padres Carlos y María Luisa. Bajo el sol abrasador, la columna de dolientes siguió a paso lento la marcha del féretro hasta la fosa, localizada al fondo del panteón.

“Se rezó por el *Kid*, pero también se le tributó además de varios discursos, un sonoro aplauso.

“*Kid Azteca* recorría todos los días el camino de su casa en la calle Honduras, en pleno Garibaldi, a la esquina de Venustiano Carranza y Gante, en donde está un club de billar y dominó, y ahí permanecía las horas jugando dominó, su distracción favorita. Se le recuerda como un hombre tranquilo, decente, elegante, que vivió en un México y en una época que ya no volverán. Durante 88 años transitó por esta vida, de junio de 1913 hasta el sábado pasado, cuando su vida se extinguió”.<sup>(26)</sup>

Entre los asistentes al sepelio estuvo Raúl *Ratón* Macías.

“Cuando peleaba *Kid Azteca* se llenaban la arena Coliseo y las plazas donde se presentaba. Era mi ídolo y siempre traté de imitar la contundencia de su gancho al hígado –dijo el *Ratón* antes de ser vencido por las lágrimas--. Sólo Dios sabe por qué se lo llevó, a lo mejor iba a sufrir más por sus años. Ahora estará acompañado de sus rivales Joe Conde, Pedro Ortega y *Chango* Casanova y harán



buenas peleas allá arriba. Fue un hombre ejemplar y caballeroso que nunca se metió con nadie”.

“¡Se va un gran campeón!, ¡Allá nos vemos, *Kid*! ¡Viva *Kid Azteca*!”, fueron los gritos de despedida para el que durante muchos años recibió un nombre certero: *La Leyenda Viviente del Boxeo Mexicano*.

Las operaciones, el velorio y el sepelio fueron pagados por dirigentes boxísticos, ya que el *Kid* prácticamente sobrevivía tan sólo con el saco y la corbata que se había acostumbrado a vestir desde que era un adolescente.

## **2.9. El boxeador más activo en el siglo XX**

Para Fernando Gómez Arias, *Kid Azteca* fue el peleador que tuvo mayor actividad en el siglo XX.

“El historial de *Azteca* se prolongó tres décadas. Boxeó profesionalmente de 1929 hasta 1961. Esto es, estuvo en activo 33 años, más que cualquier otro pugilista de este siglo. Bob Fitzsimmons, que fue campeón mundial pesado, semipesado y medio, también estuvo 33 años: de 1882 a 1914. Jack Johnson, campeón mundial de peso completo, inició en 1897 y se retiró en 1928, es decir, 32 años. Y más años que ellos duraron tres peleadores de pasados siglos: Jem Mace, 34 años (de 1855 a 1890), Daniel Mendoza, 35 años (de 1786 a 1820) y Tom Faulkner, 34 (de 1758 a 1791)”.<sup>(27)</sup>

*Kid Azteca* peleó en los tiempos en que era prácticamente imposible llevar una cuenta exacta de sus combates, ya que se organizaban de un día para otro, ante cualquier rival y en donde fuera. Su récord inicia en 1930, pero se sabe que peleó desde un año antes. Sus cálculos personales eran de “casi 300 peleas”.

Oficialmente sumó 243 contiendas, con 200 victorias, 105 por nocaut, 39 derrotas y 4 empates. Su primera batalla fue el 25 de julio de 1930 y la última el 18 de marzo de 1956.

De esos 26 años sobre los encordados, 17 fueron como campeón nacional welter, hazaña que lo consagró como una auténtica leyenda del pugilismo.

Pero a él, más allá de sus récords, le gustaba destacar su andar por este mundo: “Tuve casi 300 peleas, pero el boxeo no me afectó mucho la calabaza. Yo lo que le digo a los jóvenes de hoy es que uno tiene que echarle fibra a la vida, porque la vida es bonita y hay que echarle mucho cariño. Hay que seguir y seguir, caminando y caminando, siempre...”

## CITAS

- (1) **Kid Azteca**. 30 años en el ring. Autobiografía. p. 11
- (2) *Ibíd.* p. 9
- (3) *Ibíd.* pp. 12 y 13
- (4) *Ibíd.* p. 13
- (5) *Ibíd.* p. 15
- (6) *Ibíd.* p. 16
- (7) *La Afición*. 24 de octubre de 1932
- (8) *Ibíd.* 8 de mayo de 1936
- (9) *Ibíd.* 12 de mayo de 1936
- (10) **Kid Azteca**. Op. cit. p. 23
- (11) *La Afición*. 17 de mayo de 1936.
- (12) **Gómez Arias, Fernando**. El Siglo del Deporte. Hechos y personajes. p. 51
- (13) **Kid Azteca**. Op. cit. p. 23
- (14) *Idem*.
- (15) *La Afición*. 31 de enero de 1948
- (16) *Ibíd.* 1 de febrero de 1948
- (17) *Ibíd.* 4 de febrero de 1948
- (18) *Ibíd.* 19 de septiembre de 1948
- (19) **Kid Azteca**. Op. cit. p. 25
- (20) **Gómez Arias, Fernando**. Op. cit. p. 73
- (21) *La Afición*. 21 de mayo de 1949
- (22) **Kid Azteca**. Op. cit. p. 25
- (23) *La Afición*. 6 de marzo de 1955
- (24) *Ibíd.* 12 de marzo de 1955
- (25) *La Jornada*. 17 de marzo de 2002
- (26) *Esto*, 18 de marzo de 2002
- (27) **Gómez Arias, Fernando**. Op. cit. p. 135

### CAPITULO III. JOSÉ *TOLUCO* LÓPEZ: EL REY DEL BARRIO

“Cuando me entierren quiero que me lleven mariachis, que haya música, vino y mujeres, que sea una gran fiesta y que no me llore nadie...”

Y es que el *Toluco* López deseaba que lo recordaran como había vivido: en parrandas interminables de alcohol, mujeres y baile; en medio de la algarabía popular y recordando sus días de la gloria boxística cuando lo llevaban casi arrastrando de las cantinas al cuadrilátero y aún así se comportaba como lo que era: un ídolo con guantes.

El *Toluco* fue la continuación del *Chango Casanova*.

A mediados de 1932 --precisamente cuando Rodolfo Casanova debutaba en el boxeo--, en el pueblo minero de El Oro, Estado de México, José López Hernández nació en el seno de una familia que le marcaría el destino: sería albañil o boxeador, al igual que sus hermanos.

Al principio de su carrera lo llamaban simplemente *Pepe* López, después se le conoció como *El Indio de Oro*, *El Rey del Barrio*, *Ave Tempestuosa* y hasta fue apodado *El Niño de la Botella*.<sup>(1)</sup>

Sin embargo, el pueblo lo inmortalizó con un nombre de batalla: *Toluco* López.

Infancia difícil (sobrevivió de niño en el barrio bravo La Retama, en Toluca) y huérfano de padre desde los 6 años, sus peleas callejeras lo llevaron a los pleitos reglamentados, donde destacó por el poder de sus puños, pero pasó más tiempo en las cantinas que en los gimnasios y a pesar de eso --o quizá por eso--, los aficionados lo ubicaron en el pedestal de héroe.

Empezó a beber siendo apenas un niño. “Allá, en El Oro, era más fácil encontrar pulque que agua”, escribió alguna vez, en un intento por explicar su debilidad por el alcohol.

Sus hazañas boxísticas fueron en el México de los años 50 y 60. Y no le dieron el sobrenombre de campeón sin corona, como al *Chango Casanova*, pero también le hubiera quedado a la perfección: le ganó a los mejores púgiles de su

época, pero no disputó un título mundial debido a que su mánager no pudo encontrarlo cuando le ofrecieron la oportunidad soñada.

“Le buscaron por todas las piqueras, por todos los hoteles de paso. Cuando lo encontraron, ya era tarde”, recuerda Fernando Gómez Arias, quien de plano lo califica como el *Juan Charrasqueado* del boxeo: borracho, mujeriego y jugador.<sup>(2)</sup>

El *Toluco*, a diferencia del *Chango*, sí tuvo ganancias económicas. Sin embargo, el dinero que le dieron sus facultades físicas (algunos calculan que ganó hasta 8 millones de pesos) lo dejó en pulquerías y cantinas.

Se codeó también con personajes de la política como el ex presidente Adolfo López Mateos y con los ídolos de entonces, Pedro Infante y Javier Solís.

Al final de su vida, víctima del alcoholismo y enfermo de tuberculosis, la pasó en hospitales para indigentes, de donde salía tan sólo para regresar casi de inmediato. Falleció cuando sólo tenía 40 años, pero quienes lo vieron entonces lo definieron con certeza: “Un anciano del doble de su edad”.

Raúl *Ratón* Macías, quien sería su sucesor como ídolo con guantes, cuenta sus últimos momentos, cuando lo llegó a visitar en la Cruz Verde de Balbuena: “Estaba postrado en la cama, sangrante, y aullaba como un toro por el dolor....”

Y murió tal como había nacido: sin dinero en el bolsillo, pero cobijado por el cariño del pueblo y –como lo había pedido-- bajo las notas del mariachi que tanto disfrutó en sus francachelas eternas.

### **3.1. Entre casas de adobe y magueyales**

Fue el sexto de siete hermanos. Nació el 21 de noviembre de 1932 en el estado de México, en una zona de ricos minerales como La Estrella, La Esperanza, El Tiro México y El Oro, lugar donde el futuro ídolo boxístico creció en un pueblo de casas de adobe, polvo y magueyales.

La riqueza del subsuelo no era para campesinos como sus padres, Casimiro López y Esther Hernández, quienes procrearon a Casimiro, Víctor, Matilde, Luisa, María Isabel, José y María Ester.

“Yo nací entre los pobres, pobre soy y he sufrido como ellos, por eso los quiero tanto”, diría años después, en la cúspide de su fama, al recordar sus primeros años de vida en aquel pueblo olvidado de El Oro.

Reseñó el periodista José Luis Valero, amigo íntimo del peleador:

“Por el día se iba al monte, a abrirlo con sus manos, para ayudarle a su padre en el trabajo del campo, cuando el sol caía perpendicularmente y quemaba... era todavía un escuincle cuando papá Casimiro cerró los ojos para siempre... entonces sus manos comenzaron a rascar la tierra para sacarlo... el lodo se mezclaba con la sangre de sus manos, de sus uñas despedazadas... hasta que el velador lo levantó de ahí, no sin antes hacer esfuerzos inauditos por levantarlo... y esa herida jamás se le cerró... la llevó siempre consigo”.<sup>(3)</sup>

José sólo tenía seis años cuando su padre murió.

Y la vida, como la tierra, se endureció aún más.

Por eso su madre consiguió otro trabajo para mantener a la numerosa familia. Decidió irse a vivir al barrio La Retama, en Toluca, para vender tortas y refrescos en la terminal de autobuses.

A los once años de edad decidió ayudar a sus hermanos Casimiro y Víctor, quienes laboraban como albañiles, pero un año después la vida le marcó el destino: consiguió trabajo como ayudante en una cervecería.

A partir de entonces, desde sus tempranos 12 años, se acostumbró a festejar con alcohol sus triunfos y también sus fracasos.

“Ahí empezó a beber el refino con el que premiaban sus triunfos en pleitos callejeros. Después fue peón de albañil y ahí se fue acostumbrando a tomar el pulque para calmar las enchiladas que se ponía con las gorditas de frijoles y chile, que eran todo su alimento”, evoca Valero.

El alcohol, el pulque y el refino (aguardiente) no los dejaría jamás. Lo que sí dejó fue la escuela: sólo terminó la primaria.

Su camino ya estaba muy lejos de El Oro.

Sólo regresaría algunas veces a su pueblo de malos recuerdos para visitar la tumba de su madre.

### 3.1.2. En la arenita Tierra y Libertad

Sus incontables peleas callejeras le dieron una bien ganada fama de pugilista en potencia, hasta que su amigo Marcelo Reyes lo convenció de ir a entrenar con el señor Molina, encargado del boxeo en el gimnasio y arena Tierra y Libertad.

Y debutó por casualidad, cuando faltó un peleador y el señor Molina lo convenció de que subiera al ring. Enfrentó a un tipo llamado *El Sotaco*, a quien venció sin mayores problemas y ese fue el inicio de una de las trayectorias más importantes en la historia del boxeo mexicano.

Empezó su carrera en 1948, en el campeonato municipal de aficionados, y sumó triunfos durante los cuatro años siguientes.

Entre pelea y pelea, o mejor dicho entre triunfo y triunfo, José siguió trabajando como albañil.

Y —en esas ironías de la vida— ayudó a construir la plaza de toros El Toreo de Cuatro Caminos, que años después se convertiría en un templo boxístico donde sus admiradores le rendirían pleitesía y que se cimbraría bajo los estruendosos gritos de “¡Toluco-Toluco-Toluco!”.

Toluca y sus alrededores le quedaron pequeños al peleador. Por eso su entrenador Molina decidió mandarlo a entrenar al Distrito Federal, con uno de los mánagers de moda, *Lupe Sánchez*. Pero ni él ni su auxiliar *Lupe Serrano* le prestaron atención. Sánchez, que tenía a *Babe Ortiz*, el púgil más taquillero de entonces, y Serrano, quien había descubierto a Mauro Vázquez, decidieron que era una pérdida de tiempo atender a ese joven moreno y tímido.

La desilusión, pero también el amor, lo hicieron regresar a Toluca. Siguió tumbando rivales en la arenita y además contrajo matrimonio con Guadalupe Flores, con quien se casó en La Retama y compartió con ella la fama pero no el dinero.

Recuerda la señora Flores en entrevista: “Nos conocimos en Toluca, yo soy de allá. Nos casamos cuando yo tenía 15 años y él 18. Tuvimos siete hijos, pero una niña murió. A su lado viví muchas angustias y sobresaltos, me ponía muy

nerviosa cuando peleaba. Solamente en dos ocasiones lo vi pelear, cuando nacieron mis hijos ya no asistí. Era muy cariñoso con sus hijos y conmigo, pero lo echaron a perder sus dizque amigos. Tenía un montón, lo seguían porque después de cada pelea los invitaba a tomar. José pagaba, pero fuera de eso era muy bueno, llevaba a mis hijos a pasear, al cine. La fama lo hizo vanidoso y como todos los boxeadores se echó a perder”.

### **3.2. “Como si fuera una gallina”**

Ante el desaire sufrido en la capital del país, el joven peleador regresó a su terruño, a lo conocido. Era tímido, pero muy tenaz, y se mantuvo firme en el camino que la vida le había señalado.

Su próxima contienda fue ante un tal Doroteo Luna, un púgil capitalino que era entrenado por otro de los mánagers de moda, *Pepe Hernández*, quien tenía al ídolo del momento en el pugilismo nacional: Raúl Macías, mejor conocido como el *Ratón*.

Y el triunfo del modesto mexiquense fue tan contundente, que *Pepe Hernández* se interesó por él y lo invitó a entrenar a su gimnasio.

“En México estuve en el establo de *Lupe Sánchez*”, le aclaró, con la voz queda, al mánager.

Concedor del medio, Hernández dialogó con Sánchez y éste, sin mayor interés por el desconocido provinciano, le dijo que sólo le pagara las cinco tarjetas mensuales de a 20 pesos cada una que le había comprado al peleador. Y así, por tan sólo 100 pesos, el *Toluco* pasó a ser “propiedad” de otro mánager.

“Me compró como si hubiera sido una gallina o cualquier otro animal”, definiría certeramente años después, pero en ese momento sólo tuvo palabras de agradecimiento para su mentor.

*Pepe Hernández* poco tuvo que pulir. El *Toluco*, un boxeador nato, tenía la magia en los puños y los triunfos llegaron por consecuencia.

El apodo, el nombre de guerra que cimbraría hasta sus cimientos todas las arenas de aquellos tiempos, le llegó por casualidad. Al ir a solicitar su licencia



como profesional a la Comisión de Box del Distrito Federal, el doctor Gilberto Bolaños Cacho gritó cuando le tocó el turno a un peleador desconocido: “¡Que pase ese *toluco!*”.<sup>(4)</sup>

Sin quererlo, el prestigiado médico había encontrado el apodo con el que años después el público cimbraría las principales arenas boxísticas del país.

En 1953 se marchó definitivamente a la capital de la República.

Debutó en la Arena Coliseo el 22 de julio. Su presentación ante el exigente público capitalino fue triunfal: se impuso por decisión en 10 rounds a Ángel Iglesias.

Rivales como Emilio de la Rosa, Aurelio Rivero y Lino Botello caen uno tras otro.

Es de ensueño 1953 y sus triunfos lo conducen al año siguiente ante Luis Castillo, entonces uno de los mejores del mundo en la categoría gallo y cuyo apodo reflejaba su fortaleza: *Acorazado*.

Recuerda José Luis Valero, testigo de aquellos tiempos: “Fue un encuentro brutal, tremendo, las gargantas enloquecieron, las manos quedaron fatigadas y el triunfo fue para el *Toluco*”.

Castillo era también llamado *El Gnomo Sagrado de La Merced*. Y vendió cara la derrota por puntos en 10 episodios: de un derechazo brutal le tiró un diente al púgil del estado de México. El *Toluco* López aprovechó la ocasión al vuelo e hizo realidad algo que siempre había deseado: tener un diente de oro, ese codiciado mineral que sólo admiró de lejos durante su infancia.

Los aficionados estaban ya embelesados por ese gladiador explosivo, que salía a combatir como si la vida le fuera de por medio, siempre al ataque y nunca a la defensa. Era lo que se conoce como un púgil taquillero y todos, también los conocedores, le veían madera de campeón mundial.

Nada parecía detener ese ascenso fulgurante, hasta que el *Toluco* conoció el lado oscuro del boxeo. De Estados Unidos le trajeron a un púgil llamado *Babe Face* Gutiérrez.

“Fue una pelea que no olvidaremos jamás –evoca Valero-. El *Costeñito* se llevó la victoria tirando a la lona al *Indio de Oro*, que había sufrido la fractura de la mano izquierda en el tercer round”.

Valero, periodista, mantuvo también lazos de amistad con el pugilista y presencié las consecuencias de esa primera derrota: “Fue un descalabro tremendo para él y, para apagar el recuerdo de la noche triste, la ahogó en una borrachera de quince días”.

Fueron dos semanas de alcohol y bohemia, en las que ni su familia sabía dónde andaba. Sin embargo, el cuerpo todavía le daba para eso y para más.

Tuvo un regreso triunfal, el 27 de noviembre de 1954, en la Arena México. Se impuso sin discusión a un púgil técnico llamado *Memo Diez*, el campeón nacional de peso mosca.

1955 podría llamarse el año del *Toluco*. Su camino al título nacional lo inició al vencer al *Zapatero Flores*, vapulear a Raúl Solís y superar en apenas un episodio al francés Laverne Hackman. Fue una demostración de contundencia, ya que Hackman era considerado uno de los mejores boxeadores del mundo.

El Toreo de Cuatro Caminos, ese gran coso que él ayudó a construir, se le entregó por completo.

### **3.3. Surge el *Toluquismo***

En busca de logros mayores, el *Ratón Macías* había renunciado al título nacional gallo. Nadie mejor que el espectacular *Toluco* y el técnico *Fili Nava* para ceñirse una de las coronas más codiciadas del pugilismo nacional.

El 7 de mayo de 1955 se realizó en la Coliseo la clásica batalla entre el estilista y el fajador.

*Fili Nava* era conocido como *El Fantasma de Humo* por su gran habilidad para quitarse los golpes. Era, por supuesto, el gran favorito.

“Fue una de sus obras maestras en el ring”, define Valero.

Periodista y admirador, escribió con alborozo: “*Fili* empezó haciendo su pelea elusiva, pero cuando José se asentó y comenzó a disparar sus manos a los

bajos, *Fili* se fue quedando parado y surgió entonces un gancho de izquierda de maravilla que depositó al de Tacuba en la lona. Al terminar el *match*, todos sabíamos que el ganador había sido José. ¡La ovación para el *Indio Grande* del Estado de México fue imponente, ensordecedora! ¡Nacía el *toluquismo!*”.<sup>(5)</sup>

Luego de la contienda –escuchando todavía los aplausos de sus, a partir de entonces, incondicionales aficionados--, el *Toluco* mostró la dualidad de su vida: a medianoche, hincado, agradecía en la Basílica de Guadalupe y, tan sólo momentos después, le daba libertad al cuerpo en el cabaret Bajo el Cielo de Jalisco.

Fueron, otra vez, días y noches interminables de vino y bohemia.

Dos meses después, el cuerpo le dio el primer aviso. Tuvo que ser internado para tratarle un problema de cirrosis.

Joven, fuerte, olvidó de inmediato ese problema. Sus facultades boxísticas le dieron para siete victorias más, mientras los aficionados lo tenían ya en la cúspide.

En febrero del año siguiente, 1956, fue obligado a realizar la primera defensa de su título. Emilio de la Rosa, su retador oficial, cayó noqueado en el duodécimo round.

La victoria, por supuesto, era el mejor pretexto para celebrar.

Y el *Toluco* se perdió en otra de sus clásicas parrandas de 15 días.

“Se gastó mil pesos diarios –reveló Valero--. Cuando el dinero se le escaseó, regresó al gimnasio... pero a pedir dinero prestado”.

Entre los aficionados que llegaron a felicitarlo por conservar el prestigiado título nacional, estuvo el empresario Pablo Ochoa, quien además lo invitó a pelear en su empresa recién creada.

Fácil de convencer y necesitado de dinero, el *Toluco* firmó la contienda sin autorización de su mánager, que por su parte ya se había comprometido a una de las contiendas más esperadas en ese momento, un duelo ante el también temible golpeador Ricardo *Pajarito* Moreno, otro de los púgiles que de las cantinas era llevado al gimnasio o a las arenas.

*Pepe* Hernández regañó por enésima vez a su indisciplinado pupilo. Y el *Toluco*, cansado de tantos reproches, cumplió con la pelea que se había comprometido y regresó a combatir al Toreo.

Otra vez su presentación fue contundente: ganó en un round. Ahora la víctima fue el estadounidense Joey Benson y nuevamente fue idolatrado en ese gran coso.

Sin embargo, sus problemas fueron abajo del cuadrilátero. La Comisión de Box del Distrito Federal lo suspendió por seis meses.

### **3.4. El box de la cárcel**

Inactivo por la suspensión y porque la empresa del señor Ochoa fracasó, el *Toluco* tuvo mucho tiempo libre.

Y se metió en líos.

Junto con el también boxeador Nephtalí *Babe* Ortiz protagonizó una riña de borrachos. “Ortiz y el *Toluco*, igualmente hasta las manitas, habían golpeado a un borrachín en una cantina mandándolo a la lona para la cuenta de cien. Los dos peleadores fueron a dar con sus huesos a una delegación donde habían dormido la *mona*”, reseña Rafael Barradas.<sup>(6)</sup>

“Y cosa curiosa, en vez de salir triste y acongojado –contó un cronista boxístico-- el *Toluco* abandonó su retiro feliz de la vida, despidiéndose de mano de todos los demás encerrados y sus carceleros. Dijo que todo el mundo lo había tratado muy bien, que ahí estuvo entrenando y jugando frontón. Para agradecer las atenciones, regaló a los presos una pera, un costal y un juego de guantes”.

Después, fue involucrado en la muerte de una mujer.

Dice Valero: “El *Toluco* había tenido un desliz con una joven llamada Celia y el esposo de ésta, que era dentista, al saberlo, mató a la muchacha en un hotel, le echaron la culpa al *Toluco* y fue a la penitenciaría donde, gracias a la intervención de Carlos Arruza, el ya fenecido gran matador de toros, pudo salir de ahí, no sin antes haber salvado la vida a uno de los reos, que le juró amistad y fidelidad eternas...”.

Gruesos y fríos los muros de la penitenciaría de Lecumberri, bien llamado el Palacio Negro. Medio siglo después de su construcción, ahí fue a parar el peleador, también conocido como *El Ave de las Tempestades*.

Ahí, en el ahora Archivo General de la Nación, el *Toluco* tuvo como compañero de celda a alguien de quien olvidó el nombre, pero que le basta su apodo: *El Charro Negro*.

Con la llegada del ilustre personaje, y para mantener entretenidos a los presos que estaban reclusos ahí en espera de su sentencia, las autoridades del penal organizaron una función de box.

Y Valero cuenta la versión de primera mano que le narró el propio ídolo.

“Aquella noche en el penal de Lecumberri se hicieron unas peleas de box entre los presos. *El Charro Negro* perdió con *El Minero* y eso conducía a un castigo que ellos conocen como *El Toro de Lidia*, que consiste en que el vencedor persiga a su enemigo con un puñal y lo va picando donde lo encuentre. Pero *El Minero* no había ganado a ley, a puros cabezazos le había partido la cara y el *Toluco*, que era el réferi, se amuinó por ello. El *Toluco* decidió tomar el lugar de *El Charro* y *El Minero* le dio un piquete a José, pero éste con sus puños de oro lo envió a dormir...”

Tirado y sangrante en el piso frío del penal, todavía tuvo fuerzas para sonreír y decirle a *El Charro Negro*: “Ya ves, para limpiar la basura nada más tengo este par de puños, no necesito de escobas”.

Y *El Charro* le respondió: “*Toluco*, me has salvado la vida y cuenta conmigo para cualquier cosa, hasta para matar”.

#### **3.4.1. Los días con el Cuyo Hernández**

Fastidiado por los constantes regaños de *Pepe Hernández*, el *Toluco* decidió cambiar de mánager. Y buscó al mejor.

Asustado, temblando como no lo hacía ni siquiera para subir al ring, llegó con su voz queda a pedirle al *Cuyo Hernández* que lo entrenara.

Hábil como ninguno, el manejador pulió a un boxeador que era espectacular, pero rústico, de escasa técnica. Además, también se dedicó a mejorarle sus relaciones personales. El *Toluco* era un prodigio con los puños, pero la lengua se le enredaba hasta para saludar.

“Yo llegué con él muy espantado –recordaba el púgil--, era un provinciano que antes había sido peón y luego albañil, no me gustaba hablar con la gente, yo mismo me decía: ‘Mejor quédate callado, si hablas, pues la riegas, y si no hablas, pues también; mejor me quedo callado’. Y el *Cuyo* me decía: ‘No sea tonto, no se quede callado, diga esto, diga aquello, responda a los periodistas, a la gente que se le acerca y, sobre todo, sea sencillo siempre’. Yo le estoy muy agradecido porque él me decía cómo conducirme ante la gente”.

El *Cuyo* invirtió 25 mil pesos en comprar su contrato. Algunas versiones dicen que durante su estancia con el llamado *Tormentoso* obtuvo 11 millones de pesos, otros mencionan ocho y su esposa Guadalupe Flores dice que la cantidad es menor, pero nunca se supo cuánto fue en realidad lo que el *Toluco* ganó.

De lo que no tenía ninguna duda la señora Flores fue del dinero dilapidado:

“Lo que sí es cierto es que lo estafaron mucho. Por ejemplo, el *Cuyo* Hernández le prestaba equis cantidad de dinero antes de alguna pelea. Posteriormente, cuando la empresa le liquidaba su bolsa, le cobraba mucho más de lo que le había prestado. Es decir, a mi esposo, de 50 o 60 mil pesos que le pagaban por pelea, le venían quedando unos 20 mil pesos, porque se le descontaba el tanto por ciento del manager, además de lo que decían que le había prestado que siempre era mucho más de lo real”.

El *Toluco*, sin embargo, siempre se refirió en buenos términos de su manager. “El viejo era muy bueno conmigo. Es mentira que me haya explotado. Con él gané más de 5 millones de pesos”.

Si *Pepe* Hernández le había enseñado las bases del boxeo, el *Cuyo* lo modeló.

El periodista Alberto Reyes asegura que el *Cuyo* prácticamente lo raptó mientras negociaba los términos de su contrato.

Recuerda el reportero: “Lo tuvo escondido durante meses, entrenándolo en secreto y cuando el escondido apareció, se notó en él una total transformación. Ahora boxeaba con más soltura, parecía tener más colorido. Se fue puliendo hasta en su manera de expresarse. El indio mustio y callado había despertado. El *Cuyo* con ningún otro se esmeró tanto como con el *Toluco*. Éste ha sido su obra maestra”.

Y describe la forma en que lo presentaba ante el público:

“El *Cuyo* lo hacía subir al ring con batas de sarape, lo vestía de indio o tan solo le ponía un grueso suéter que hacía las veces de bata. La cosa era sorprender, explotar el sentimentalismo de los clientes. Luego, cuando unía los brazos y se paraba en el centro del ring a saludar a la multitud con la cabeza gacha, representando la imagen de la humildad, ¡locura colectiva! El local parecía venirse abajo, los cimientos parecían cimbrarse”.

Además, el *Cuyo* “se las arregló muy bien para que su peleador representara el papel de víctima, de púgil menospreciado. Primero cuando el *Ratón* Macías, en su calidad de campeón mundial WBA, le negó una y otra vez, cuantas veces lo retó, la gran oportunidad. Más tarde se repitió la escena con José Becerra, otro campeón mundial que, al igual que Macías, siempre lo miró con olímpico desprecio”.

En 1957 fue el resurgimiento del ídolo.

Con la sabiduría del *Cuyo* Hernández y el apoyo del promotor George Parnassus, quien controlaba el boxeo en California y contrataba a los mejores púgiles mexicanos, el *Toluco* tuvo 15 triunfos por sólo una derrota.

En marzo del siguiente año realizó otra defensa del cetro gallo: en una contundente exhibición, noqueó en cinco asaltos a *Memo* Diez.

Un mes después, el uno de abril, realizó la que algunos consideran la mejor contienda de su carrera.

“Quizás la mejor pelea que le vi a José –rememora Valero-- fue aquella contra Billy Peacock en Los Angeles, en una estelar que completaba el cartel encabezado por el *Pajarito* Moreno contra Hogan *Kid* Bassey por el cetro mundial pluma. José lo noqueó en el onceavo round y lo retiró de los rings”.

Ese duelo contra Peacock, quien era conocido como el *Pavorreal Negro*, lo acercaba al anhelado título mundial. Así se lo habían prometido.

La leyenda negra del *Toluco* cuenta que cuando le consiguieron el pleito por el cetro mundial, el *Cuyo* no lo pudo encontrar para meterlo al gimnasio.

Surgieron entonces varias versiones, todas basadas en su conocida indisciplina: unos dijeron que se había ido de parranda por semanas; otros aseguraron que estaba encerrado de tiempo completo en un hotel; los más, afirmaban que se la pasaba en cantinas y pulquerías.

Lo cierto fue que cuando lo encontraron, ya era muy tarde.

Así que la oportunidad se la dieron a José Becerra, quien se coronó al derrotar a Alphonse Halimi, el francés que un año antes había vencido al *Ratón Macías*.

Becerra –quien se convirtió así en el primer campeón mundial mexicano en peso gallo-- después le negó reiteradamente la oportunidad al *Toluco*.

Años después, muy lejos esos turbulentos días, el mexiquense ofreció su versión al periodista Ernesto Castellanos.

Sin dinero, amargado, prestando su nombre para atraer clientes en un negocio de sastres ubicado en el centro de la capital del país, el *Toluco* preguntó: “¿Sabes por qué yo no fui campeón mundial?”.

Breve pausa del ídolo.

Consciente de que el público le achacaba a su irresponsabilidad el no haber sido campeón, dijo por fin: “Yo no quise ser peleador de Parnassus toda la vida”.

Vivos los recuerdos de ese momento que marcó su destino, añadió: “Fui a Los Angeles dizque a pelear con Billy Peacock en eliminatoria para que el ganador disputara el título mundial. Ese Billy era durísimo. Me tiró en el segundo round, pero yo me levanté a darle, y duro. Lo tiré en el tercero, le di con todo, creo que en esa pelea se acabó. Creí que la riña la iban a parar pronto, pero no, fue hasta el decimoprimer cuando se apiadaron, le di una paliza que lo dejé prácticamente fuera del boxeo, después ya no fue el mismo, ¡ah cómo me dolieron las manos de tanto pegarle!”.



Después de la victoria –cuando ya sentía muy cerca del anhelado cetro--, el empresario le informó que ahora tendría que enfrentar al italiano Mario D’Agata, y ya después al campeón mundial gallo Alphonse Halimi. Y no sólo eso, sino que Parnassus le advirtió que tendría que firmar un contrato “de por vida” con él.

“¿Pelear por siempre para Parnassus? ¡Eso nunca! Pensé que ganaría buen dinero, pero ¿dinero? En México también lo ganaba y, total, para que un día lo bote en una borrachera, mejor me voy a mi país. Y que me regreso”, agregó a manera de sencilla explicación.

Otra breve pausa y completó con una frase amarga: “Por eso no llegué al título del mundo”.

El propio *Toluco*, sin embargo, le había dicho previamente a Valero una versión distinta de los hechos:

“Cuando me presenté al gimnasio –me platicaba José— el *Cuyo* me dijo que la pelea ya estaba concertada, pero que si yo ganaba tenía que darle a Mario D’Agata el 10 por ciento de mi sueldo mientras yo durara como campeón... ¡Italiano hijo de la...! ¿Pos a título de qué? Me enmuiné y abandoné a Arturo, por eso no *peleé* ya con él”.

Lo cierto fue que no pudo ya jamás disputar el título mundial y se le conoció, al igual que al *Chango Casanova*, como un “campeón sin corona”.

Resentido, no quiso saber nada de Parnassus ni del *Cuyo*. Por algunos días se fue a entrenar con su compadre, *Babe González*, quien encerraba toda su sabiduría pugilística en una frase lapidaria: “Para ser un buen peleador, hay que ser un buen bebedor”.

Y realizó algunas contiendas, pero el dinero, nuevamente, fue a parar a otros bolsillos.

Además de caer en sus tentaciones eternas, tenía otra característica: “Siempre fue muy generoso. De cada pelea, el *Toluco* se quedaba con muy poco dinero, lo despilfarraba, lo regalaba a los pobres, a los que se acercaban a él pidiendo una ayuda”, cuenta Valero.

Coincide su esposa: “Era muy generoso con los limosneros, con los boleros, hasta su ropa regalaba, sus camisas que me esmeraba en almidonarle,

porque eso sí, le gustaba verse elegante, se las obsequiaba a los borrachitos. Si cargaba 5 o 10 pesos también se los daba, aunque se quedara sin dinero. Nunca le gustaron las joyas, solamente cargaba una esclava chiquita con su nombre y un anillo, además de un reloj, éstos dos últimos obsequios del presidente Adolfo López Mateos luego de una pelea que le dedicó. Ganó bastante dinero, pero lo derrochó”.

Y regresó con el *Cuyo* porque tenía que hacerlo, pero le quedó por siempre ese resentimiento vivo de que pudo haber sido campeón mundial y no lo dejaron.

El mánager trató de imponerle un régimen militar, pero eso no fue suficiente obstáculo para que el *Toluco* siguiera con sus gustos de toda la vida.

Al retomar sus entrenamientos en el viejo gimnasio Jordán, después de sus parrandas, lo primero con que se topaba era con el gesto serio del *Cuyo*: “Cuando regresaba de mis escapadas, qué friegas me ponía. Si tenía que correr dos kilómetros, me hacía que corriera cinco”.

Señalan los cronistas que sólo una vez el *Toluco* decepcionó a su público.

“En provincia sus actuaciones no fueron del todo satisfactorias. Hubo ocasiones en que había que ir por él a la cantina para que fuera a entrenar o a la pelea. Pero aquí, que recordemos, sólo una vez en su larga carrera vimos a la multitud darle la espalda –recuerda Alberto Reyes--. Aquella vez que peleó con *Juanito* Ramírez. Fue una refriega horripilante y llovieron cojines contra los gladiadores. Mas eso se olvidó pronto. Volvieron a programarlo, volvió a llenarse la arena y la gente se le entregó como siempre”.

Coincide Ernesto Castellanos: “Cuando Adolfo López Mateos lo vio pelear con Juan Ramírez, en la única pelea mala que dio a tal grado que los aficionados aventaron cojines sobre el cuadrilátero, pero no a él, sino a Juan por su medrosidad, dijo: ‘Voy a llevarme este cojín, para que mi *Toluco* se siente cuando vaya a verme, estará más cómodo conmigo que ante este Juan Ramírez... yo no voy a correrle, al fin somos toluco”.

### 3.5. La noche amarga del *Toluquismo*

El año de sus desgracias, 1959, inició con vientos de triunfo.

Sobre todo durante su presentación en Hollywood, cuando ratificó su grandeza de campeón al imponerse por nocaut en dos asaltos a Boots Monroe, uno de los púgiles más grandes de ese tiempo y clasificado como el primer peso gallo del planeta.

Consiguió varios triunfos más, y muchos creyeron que ahora sí se enfilaba al título mundial.

Sin embargo, el uno de agosto se enfrentó a su destino.

Atraídos por la magia del ídolo, más de 15 mil aficionados se congregaron en la Arena México. En el frío y oscuro inmueble de la colonia Doctores, las apuestas no eran para determinar al ganador, sino para adivinar en qué round el *Toluco* alzaría los puños.

Así que José Medel –peinado a la *brosh*, bigotito bien recortado y apodado *Huitlacoche*— subió con oídos sordos para no escuchar las rechiflas interminables para él y, en cambio, el griterío ensordecedor para el bienamado campeón.

Medel era un buen boxeador y, todo lo contrario del *Toluco*, apegado al gimnasio con un entrenamiento espartano.

Sólo en los primeros rounds el *Toluco* logró conectar algunos golpes que entusiasmaron a su pueblo. Sin inmutarse, apoyado en su gran condición física, Medel se mantuvo estoico, como lo había hecho al soportar los insultos. Y poco a poco empezó a atacar. Sabedor como todos de las noches interminables del campeón, lo empezó a golpear abajo, para quitarle su escasa condición física.

El ambiente de fiesta se fue diluyendo paulatinamente, hasta que un silencio sepulcral recorrió todas las butacas. El ídolo, que había sido masacrado sin piedad y cayó dos veces a la lona, fue vencido nítidamente por decisión en 12 asaltos.

Y el único consuelo amargo que les quedó a los fieles toluquistas fue odiar con toda el alma y para siempre a Medel.

Narra Valero: “Todo había acabado unos minutos antes, en el ring de la Arena México, repleta hasta los topes, cuando el réferi García Mata había levantado la diestra a José Medel para declararlo el nuevo campeón nacional de peso gallo, ante la tristeza de miles de almas que habían salido de la arena como una procesión de frailes ante un cadáver”.

Presente en el vestuario del ídolo, el periodista describe la escena: “Estaba en el vestidor acostado, medio dormido, fuera de sí por el castigo recibido, agotado, pareciendo que se le iba a escapar la vida y el alma en una sola palabra... no decía nada... su cara tumefacta era evidente prueba de su derrota. Aquella noche, José era un desarticulado títere sin vida, un peleador sin alma en el cuerpo. Nadie le hablaba; latía en el ambiente un aire a tragedia, a lágrimas, a cirios y a gardenias. Y él ahí, tendido, magullado, sangrante...”

Uno de sus ayudantes describiría con crudeza ese momento, quizá el peor en la historia del *Toluco*: “En esa ocasión tuvimos que ayudarlo a ponerse los pantalones. No podía caminar. El hígado estaba del tamaño de un globo de feria y su rostro convertido en hamburguesa”.

A pesar de la derrota, a pesar de todo, el *Toluco* no podía sustraerse del embrujo del alcohol.

Recuerda Valero: “Aquella noche, al abandonar la arena, sólo unos cuantos íbamos con él”.

El pequeño grupo se encaminó por la calle Tolnáhuac –“donde José solía ir en visitas nocturnas en busca de una amiga y permanecía encerrado durante días”--, pero esa vez prefirió refugiarse en una pulquería de Cuitláhuac, donde su hermano Casimiro ya lo esperaba para consolar sus penas de la única forma que sabía hacerlo.

Fue el inicio de la tragedia.

Su cuerpo de atleta –que le había dado para soportar numerosas contiendas pero sobre todo su vida sin freno--, empezaba a decaer.

Ya jamás regresaría a combatir a California.

Pero daba lo mismo: dólares o pesos se esfumaban por igual.

Intentó resurgir de sus cenizas en 1960. Ganó algunas batallas, pero él mismo ya había elegido su destino: las victorias, al igual que las derrotas, debían celebrarse con la botella a todo lo alto.

En esta etapa de su carrera, y aunque era el gran ídolo del pugilismo, nada tenía en los bolsillos.

Vivía, sobrevivía, al día.

Tuvo un repunte basado en sus grandes aptitudes boxísticas, por lo que se programó la revancha ante su verdugo Medel.

Con una fidelidad que sólo se le tiene a las deidades –y también a los amores no correspondidos--, miles de fanáticos acudieron otra vez ante la atracción irresistible del ídolo. El templo pagano fue otra vez la arena México, donde los fieles clamaban por la venganza.

Fue el 19 de noviembre.

Fue, afirmaron, una fecha triste en los anales del boxeo mexicano.

La historia se repitió: durante los primeros asaltos el *Toluco* golpeó fácilmente a Medel. Calculador, el *Huitlacoche* lo dejó atacar, aguantó sus mejores impactos y a partir del quinto round se lanzó al frente. Agotado, víctima de sus excesos, el *Toluco* ya ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza.

En el séptimo asalto fue la caída sin retorno: el ídolo fue noqueado.

“*Toluco* López –quien a principios de ese año parecía que entraba en su segundo aire— recibió la paliza de su vida. Desde el quinto round el *Toluco* ya ni levantaba la cabeza; dos más y el mexiquense cayó a la lona. La grandeza de Medel se originó en la decadencia del gran ídolo de El Oro”.<sup>(7)</sup>

Medel, el odiado *Huitlacoche*, diría años después: “Yo lo admiraba. Cuando iniciaba mi carrera, le vi peleas tremendas contra Billy Peacock, *Ventarrón* Reyes, en fin, y gocé mucho con sus actuaciones; me emocionaba francamente. Por eso sentí tristeza al destronarlo, pero sobre todo en la revancha, pues lo vi muy flojo. Fue cuando el público sintió más aversión hacia mí, pero eso no me preocupaba, sino sinceramente él ya iba en franco declive”.

Era, en efecto, el fin de la gloria.

Buscando resabios de aquella grandeza, se mantuvo activo en 1961 y 1962, al realizar algunas contiendas sólo para distraer al fantasma del retiro.

Pero llegó 1963 y el cuerpo ya no le dio para más.

El doctor Bolaños Cacho, quien lo había bautizado en su ingreso al boxeo, también le dio su epitafio: pidió que se le retirara la licencia.

Cuenta Rafael Barradas: “El *Toluco* López, el *Pájaro* Moreno y otros boxeadores retirados, acabados ya para el deporte de los guantes, sin la menor condición física, enfermos alcoholizados, arrastrando su miseria, seguían siendo carne de cañón, eran llevados irresponsablemente a sostener peleas desde todo punto de vista desventajosas en plazas donde no existían comisiones de box. Estas peleas eran arregladas al parecer por *seconds* improvisados como *mánagers* o que a lo mejor hasta actuaban como hombres de paja de algunos manejadores a quienes no les convenía dar la cara”.

Más: “El *Toluco* López peleó en un gimnasio de Taxco contra Patricio Petatán y esto fue lo que derramó el vaso, pues el doctor Bolaños Cacho, al enterarse, informó que el boxeador presentaba síntomas de tuberculosis. Explicó el eminente galeno —escribía Antonio Hernández— que hace aproximadamente un mes lo visitó el *Toluco* para que lo examinara, pues sufría dolores de espalda, tos, fiebre y sudores profusos por la noche, y estaba perdiendo mucho peso. Ante este cuadro el doctor ordenó estudios. Le sacaron radiografías, pero no terminó de pasar las pruebas y como no volvió a presentarse, el doctor temía por su salud, ya que sospecha que padece esa grave enfermedad”.<sup>(8)</sup>

La Comisión de Box atendió la advertencia del jefe de los servicios médicos del organismo y le quitó al *Toluco* la única forma que tenía de luchar por la vida.

Como un reconocimiento a su carrera y un agradecimiento por las tantas veces que llenó las arenas, el empresario Miguel de la Colina informó que le daría 12 mil pesos. Pero no todos juntos, ya que los habría derrochado en una de sus clásicas juergas, sino mil pesos cada mes, durante un año.

“Triste recompensa final de quien ganó dinero a manos llenas y no supo cuidarlo”, lamentó Barradas.

Ya sin la magia de los guantes, el *Toluco* tuvo que sobrevivir como cualquier mortal.

Pidió ayuda a las autoridades del Departamento del Distrito Federal, quienes le obsequiaron un taxi. De ese ingreso dependía el sustento diario para su familia, compuesta por su esposa y seis pequeños hijos.

En la época de esplendor, en sus ratos lúcidos, el púgil invirtió su dinero en negocios. Algunos diarios de la época lo mostraron muy sonriente, al posar para las cámaras frente al restaurante El Mariachi, que vendió en una etapa de escasez.

Eran, ya, los días postreros.

Pasaba más tiempo en cantinas y pulquerías que en su casa o en los trabajos que conseguía para tratar de engañar a la vida: cuidaba coches, vendía jugos, lavaba barricas de pulque, trabajaba de todo y en cualquier parte.

Y siempre, irremediabilmente, sus pasos lo llevaban al lugar de su perdición: “Hace unos meses *Alerta* lo entrevistó. Trabajaba lavando barricas en una pulquería. Recibía a cambio unos cuantos pesos y una ración de pulque. Ahí recordaba los tiempos idos y las horas felices de otros tiempos. No pocas veces al hojear una revista y ver la fotografía de alguna artista de su tiempo, sonriente comentaba: ‘Esta durmió la siesta sobre este hombro’ y hacía un ademán mientras los acompañantes soltaban la carcajada”.<sup>(9)</sup>

La fama lo siguió aún después de retirado, cuando sobrevivía trabajando en lo que fuera y casi por cualquier paga.

Muchos años después, los viejos cronistas aún recordaban otra de sus noches mágicas en la Arena México, pero esta vez ya sin los guantes puestos.

Describió Alberto Reyes: “Imposible olvidar esa impresionante ovación que le dieron cuando lo hicieron subir al ring a saludar. Apenas si podía mantenerse en pie, casi andaba ahogado en alcohol. Mas eso nadie lo criticó, era el *Toluco* y la arena volvió a cimbrarse tan pronto se quedó quieto en el centro del ring, unió los brazos y clavó la quijada en el pecho, como pidiendo perdón”.

Era una función en la que peleaban Octavio *Famoso* Gómez y Rubén *Púas* Olivares, el ídolo naciente.

Como se acostumbraba en los buenos tiempos del boxeo en México, antes de cada contienda se invitaba a subir a los peleadores más famosos para que saludaran, dirían los clásicos, al respetable.

Sobre el cuadrilátero ya estaban *Kid Azteca*, Joe Conde, Vicente Saldívar y Raúl *Ratón* Macías, entre otros grandes del pugilismo nacional.

De pronto, alguien descubrió entre la multitud de 15 mil personas al *Toluco* López. Estaba, por supuesto, brindando con los amigos.

“La verdad es que yo ya traía algunas cervezas encima, estaba mareado y zas, que me hacen subir a saludar al público. Ni modo, me debo a ellos, subí al ring, di cinco vueltas despacio, saludando a todos, sentía que todo se me movía, ¡pedía a Diosito que no diera otra vuelta porque me iba a la lona! Y por fin pude bajar del ring, bajé solo, porque los demás ya se habían cansado y se habían ido del cuadrilátero. Ahí me di cuenta que no me han olvidado”, rememoró el ídolo.

En efecto, lo seguían recordando.

“Fueron más de 15 minutos de porras, gritos, de una entrega total al gran indio”, apuntó Ernesto Castellanos.

Al ver que casi no podía traspasar las cuerdas, el *Ratón* Macías le tendió la mano y, abrazado, lo llevó al centro del ring.

El *Toluco* aprovechó para soltarle, con ironía, todo la amargura que había guardado durante tantos años de espera: “Estoy seguro *Ratoncito* que si hubiéramos peleado, así me hubieras traído siempre, en *clinch...*”.

Los dos, lejos ya de la rivalidad de sus grandes tiempos, soltaron la carcajada que se perdió bajo los gritos estridentes de la nostalgia: “¡*Toluco-Toluco-Toluco!*”

Esa, *Toluco-Ratón*, fue una de las peleas más anheladas por los fanáticos.

Y cada vez más deseada como imposible.

El *Ratón* Macías argumentó que no aceptó combatir porque “no nos daban lo que merecíamos, ya que esa pelea todos la querían ver y hubiéramos llenado el estadio Azteca”.

Sin embargo, recordó que sí llegaron a enfrentarse, en el terreno amateur, y resaltaba cada letra: “Yo le gané”.



El *Toluco*, modesto, sólo comentó: “Quién sabe qué me pasó, nunca sufrí porque no fui campeón. La gente decía que yo era el mero mero, yo me sentía bien. La gente decía que el *Ratón* y que otros me tienen miedo. Yo no sé, pero nunca le tuve miedo a *nadien*”.

La polémica, sin embargo, siguió dando de qué hablar durante mucho tiempo.

“Nunca le soltaron al *Ratón* –apuntó José Luis Valero--. No podemos ocultar la luz del sol con un dedo y si alguna pelea se quedó para la historia fue aquella imaginaria que se hacían los aficionados entre el *Ratón* y el *Toluco*. El *Ratón* fue un ídolo apasionante, pero no alcanzó la idolatría de José. Don *Pancho* Rosales jamás quiso soltárselo. No sé si por temor o por precaución. Pero esa hubiera sido la pelea del siglo entre los dos enormes boxeadores. Raúl fue un boxeador fino, calculador, cerebral... El *Toluco* era el dínamo del ring, el batallador incansable, el peleador coraje, el hombre drama ganando o perdiendo... las peleas de Raúl eran para saborearlas, las del *Toluco* para morir de emoción, beberse la majestuosidad del nocaut salvaje y asesino. ¡Y los asesinos del ring son los que llenan las arenas! El *Ratón* peleando con *Tony* Campo no pudo abarrotar la Arena México, el *Toluco* lo hizo siempre, ha sido el único... y no ha surgido nadie más ni aun teniendo adornos de un cinturón que los acredite como campeones del mundo”.

*Pepe* Hernández, manager de ambos, se mantuvo al margen.

--¿Por qué nunca pelearon el *Toluco* y el *Ratón*?

--Porque no hubo ninguna empresa que realmente quisiera hacer el choque. Además, mientras ellos fueron compañeros de gimnasio yo no hice el menor intento --respondió Hernández.

--¿Y cuál de ellos hubiera ganado?

--Los dos eran formidables y hubiera ganado el que llegara con mejor condición física a la hora del combate. Cada uno en su elemento era estupendo peleador. Cuando Raúl dejó el trono nacional de los gallos para buscar el cinturón mundial, José lo conquistó venciendo al zurdo *Fili* Nava. Y mientras duró de

campeón fue fiero y valiente. No pudo hacerse millonario porque entonces se ganaba poco dinero, pero llegó a tener algunas propiedades que más tarde perdió.

Don *Pepe*, por su parte, pasó sus últimos años sin reconocer a nadie, en un mundo de sombras del que de pronto despertaba sobresaltado para decirle a su familia que tenía que ir rápidamente al gimnasio a entrenar peleadores que habían muerto muchos años antes.

El mánager dejó de asistir al gimnasio Nuevo Jordán cuando tenía 85 años de edad. Su familia ya no le permitía salir de casa porque se perdió varias veces y tuvieron que ir a recogerlo en centros de beneficencia.

Eso sí: naufragaba en el regreso a casa, pero nunca olvidó el camino al gimnasio.

“Me iba caminando lentamente, arrastrando los pies, como si fuera borrachito, deteniéndome de las paredes –recordó en la última entrevista que concedió, a *La Jornada*--. Lo que me da gusto es eso, que estuve en el boxeo hasta que mi cuerpo aguantó”.<sup>(10)</sup>

El mánager murió en 2004, en una humilde vivienda de la colonia Impulsora.

Por su parte el *Cuyo Hernández*, siempre polémico, se mostró totalmente a favor del *Toluco López* en la pelea imaginaria ante *Macías*.

--¿Quién hubiera ganado del *Toluco* y el *Ratón*?

--Tome usted nota. José medio mató a *Billy Peacock*, éste noqueó y le fracturó la quijada al *Ratón*. José destrozó a *Ernesto Parra* en 4 o 5 peleas que sostuvieron. Raúl pasó las de *Caín* para ganarle un fallo a *Ernesto*. El *Toluco* superó ampliamente a *Fili Nava* y a éste le robaron la primera pelea que sostuvo con el *Ratón*. ¿Ya sabe usted quién hubiera noqueado a quién?

--¿Qué representó el *Toluco* como peleador y como individuo?

--Mejores que él fueron *Kid Azteca* y *Rodolfo Casanova*, pero nada más. Como ídolo fue el que llenó las arenas al máximo y en todo momento. Su principal cualidad fue un increíble orgullo y una humildad llevada al extremo. Respetó a todos y en todo momento. Para él la vida no tenía secretos ni problemas y recuerdo cuando en una ocasión me fueron a avisar que estaba repartiendo

billetes de 20 dólares como propinas, después de haber celebrado un importante combate y en el que le liquidaron su sueldo precisamente con billetes de 20 dólares... A los dos días vino a pedirme 500 pesos prestados.<sup>(11)</sup>

Por su parte, el *Ratón* Macías repetía constantemente que él le había ganado.

“Pelemos en el terreno amateur –dice el *Ratón*, que a sus 70 años vive sin lujos pero sin sobresaltos--. Nos enfrentamos en un campeonato nacional, que sirvió para escoger a la selección nacional que competiría en los Juegos Olímpicos de Helsinki, en Finlandia, en 1952. José representaba al Estado de México y yo al DF. Fue en la Arena Coliseo, en peso mosca... y le gané por decisión”.

Después de una breve pausa, recuerda: “En el terreno profesional fueron muchas las veces que trataron de enfrentarnos. Hubiera sido la pelea del siglo, pero no hubo quién la pagara. Un día me encontré al *Toluco* y le dije: ‘Hay rivalidad entre tú y yo, pero el boxeo es nuestro trabajo y no vamos a enfrentarnos para hacer rico al promotor. Si quieren la pelea, que nos paguen bien, o no nos enfrentamos’. Pero la contienda no se dio”.

Confiesa que cuando le pedían firmar, ya tenía lista la respuesta: “Quiero 100 mil pesos y vamos”.

El *Ratón*, que entonces ganaba 25 mil pesos por duelo estelar, nunca encontró un promotor que le cumpliera la exigencia.

Entre las varias actividades que el *Toluco* realizó para sobrevivir después de su paso fulgurante por la fama y el dinero –los millones de pesos se esfumaron, sólo quedó la casa de San Juan de Aragón, donde hasta la fecha viven sus descendientes--, trabajó un breve tiempo en un taller ubicado en los altos del cine Mariscal, en el Centro Histórico.

Ahí, a unas calles de las arenas Coliseo y México, el ídolo fue localizado por Ernesto Castellanos.

Sin pregunta de por medio, el ex peleador se desahogó: “¿Saben por qué entré al boxeo? ¡Por corazón, por amor al deporte, no como ahora que lo hacen por puro interés del dinero! No critico que los muchachos de ahora deseen ganar

plata, están en su derecho, pero sí sería bueno que le pusieran coraje a la profesión... yo quería ganar dinero, claro, pero eso era secundario. Mi ilusión al subir al ring siempre fue dejar contento a todo mundo, ¡qué épocas aquéllas! Ya no hay valientes como *Memo Diez*, ya se cuidan más, ahora todos cobran caro, pero en calidad en todo el mundo el boxeo ha bajado, ha perdido categoría, ya hay menos figuras de clase”.

“Por eso creo que ya no hay ídolos –añadió--, ahora todos son una bola de presumidos, de apretados, se creen la gran cosa, le hacen el feo al humilde que se acerca a saludarlos, sin comprender que los humildes son los que lo elevan. Por eso no hay ídolos, por eso ya no hay como el *Chango Casanova*, ante ese señor sí me quito el sombrero...”

El ex peleador aseguró: “Ya no me llama tomar como lo hacía antes, cuando había mucho dinero y juventud. Claro que tomo, pero de vez en cuando. Ahora el dinero no sobra, ahora hay que pensarlo”.

Un *Toluco* de 38 años fue definido por el reportero: “Es feliz, mira con optimismo el futuro. Hace dos años que prácticamente dejó de tomar”.

### **3.6. Las últimas peleas por la vida**

No era verdad. El *Toluco* nunca había dejado de beber.

Y 1972 fue el año del final.

Sólo dos meses después de esa entrevista, el *Toluco* dejó el trabajo de la sastrería y regresó a las cantinas. Luego de dos años, el ídolo libraría su última batalla.

Castellanos, reportero de boxeo durante cuatro décadas, recordó esos últimos días: “En los albores de 1972 llegó a la redacción de *Esto* el reporte de que José había sido recogido en la calle, víctima del alcoholismo, y estaba internado en un hospital para indigentes, en las calles de El Carmen, el Gregorio Salas”.

Su descripción fue cruel: “Acudimos a verlo. Cuando estuvimos en su cubículo frente a él, nos costó trabajo identificarlo. Era increíble que aquel portento

de atleta estuviera ahí, en tan lamentable estado. Tenía apenas 40 años de edad, pero su aspecto era el de un anciano... fue deprimente verlo con el rostro demacrado, cadavérico, lleno de sondas...”

Con el hígado destrozado, víctima de cirrosis hepática, el final estaba cerca: “El *Toluco* habló como el típico hombre decepcionado de la vida. Nos dijo que estaba en las garras del alcohol y que no podía prometer ni asegurar nada. Y comentó que lo más probable es que al salir de ahí volviera a las andadas, al vicio, frente al que se daba por derrotado de antemano. Nos dijo que nunca iba a dejar de tomar y que si se moría, pues ni modo...”<sup>(12)</sup>

Salió ese enero del hospital Gregorio Salas, pero, como él mismo lo había advertido, sólo fue para regresar al alcohol y a las noches eternas en las calles.

En septiembre fue rescatado otra vez, como un indigente más, y fue llevado a la Cruz Verde de Balbuena.

La revista *Alarma* publicó la siguiente crónica:

“Este relato hay que detallarlo en forma retrospectiva:

Eran las 6:10 horas del viernes 29 de septiembre. El reportero recorría las salas del hospital en busca de noticias. Los doctores Fernando Carvajal y Manuel Reguera indicaron: “Mire”.

Atendían a un hombre de rostro abotagado, rala y crecida barba, moreno, cuya fisonomía nada significaba. Con individuos como ese se topa uno a diario por los barrios bajos de la ciudad. Están tirados en la banqueta.

“Es el *Toluco* López”, indicaron.

Estaba en camilla de ruedas. Ocupaba el cubículo tres, donde se leía “Graves”. Se le hicieron varias preguntas al *Toluco* y contestó: “Bebo desde que tenía 13 años de edad, entonces tomaba pulque. Ahora... pregúntenme qué cosa no he tomado: tequila, alcohol, gasolina, de todo”.

Las palabras parecían poco creíbles, pero como ya existía el antecedente de que José era adicto a las bebidas embriagantes, tuvieron que ser aceptadas.

Todos pensaron que esa misma mañana moría, mas no fue así. Bajo un rígido tratamiento y administración de suero, vitaminas y transfusiones de sangre, le prolongaron la existencia.

Estaba en terapia intensiva y muchas veces entró en coma, pero el *Toluco* venció aquella vez todo vaticinio. Treinta y un días después, el lunes 30 de octubre, como dirían los enterados del boxeo, se levantó de la lona”.

Entrevistada en la cafetería del hospital, la señora Flores declaró: “Como prueba de su fama, ahí están las publicaciones periodísticas. José es conocido en toda América. Cuando se presentaba en las arenas aquello se convertía en un manicomio, le regalaban gallos, sarapes de Saltillo, en las calles era una locura, la gente estaba pegada al radio porque había pocas televisiones y en las cantinas era un escándalo. En verdad lo querían mucho, pero eso no me basta: ahí lo tienen, hecho un despojo...”

Ese 30 de octubre, a las 8:00 de la mañana, iniciaron los trámites para darlo de alta, después de sufrir durante varios días fuertes hemorragias gastrointestinales, reponiéndose de estados comatosos y con un lapidario diagnóstico médico: “Está sentenciado a muerte. Si se porta bien, le quedarán seis meses de vida”.

A su salida, no fue la esposa la que llegó por él, sino Gloria Guzmán Gayosso, con quien el peleador tenía dos hijos.

José López –quien a sus 39 años “estaba más envejecido que un hombre del doble de su edad”--, dijo a manera de saludo a los reporteros: “Aquí me tienen aún”.

Y agregó: “Nunca había sentido la muerte tan de cerca como ahora, de verdad que la vi muy cerquita. Pensé que de ésta no me levantaba, pero tal vez el deseo de querer vivir es lo que me mantiene. Quiero vivir para bien de mis hijos, de mi familia, a quienes no tengo por qué hacer pasar penas. Había jurado no tomar en uno o dos años, pero esta ocasión, aquí en el hospital, ya he jurado que no volveré a tomar una copa por el resto de mi vida. En cuanto me den de alta aquí saldré para ir a jurar ante nuestro Señor de Chalma, la Virgen de San Juan de los Lagos y la Virgen de Guadalupe”.

“Casi nadie supo que sólo llevaba tres pesos en la bolsa –apuntó el reportero de *Alarma*--. Aquel boxeador que enriqueció a muchos y que según sus propias palabras durante su carrera pasaron por sus manos un promedio de siete

u ocho millones de pesos, salía de un hospital de servicio público en las condiciones descritas”.<sup>(13)</sup>

Nadie supo nada del *Toluco* durante varios días.

Pudo festejar su cumpleaños número 40 con la misma promesa: “Estoy muy agradecido con todos. Discúlpeme por ser tan duro de cabeza. Tengo deseos de vivir y juro que ya no volveré a tomar una copa. Ya no quiero darles que decir”.<sup>(14)</sup>

Pero la realidad se impuso a sus deseos.

El alcoholismo, un rival al que no pudo vencer, lo tuvo otra vez contra las cuerdas tan solo un mes y cinco días después de haber sido dado de alta. “Lo recogieron de la calle, donde estaba desangrándose, con vómitos, casi muerto”, recuerda Castellanos.

Al borde del nocaut, el peleador ingresó otra vez al mismo hospital para enfrentar en solitario la batalla por la vida.

La tarde del 5 de diciembre, a las 18:00 horas, fue la última vez que vio la luz del sol.

Se repitió la historia: suero, vitaminas y sangre para su cuerpo agotado.

En algún momento de lucidez, intentó justificarse: “No vayan a suponer que bebí. Lo que sucedió fue que tuve una seria dificultad con un pandillero y eso agravó mi cirrosis”.

Nadie le creyó.

De la cama 24 de terapia intensiva fue trasladado a la cama 11, donde ya había estado la vez anterior.

Ahí perdió la vida.

Con el hígado destrozado, sufrió hemorragias continuas y vómitos de sangre. Recibió varias transfusiones, pero su cuerpo había llegado al límite de tantos días y tantas noches de parrandas interminables.

La madrugada del 17 de diciembre falleció José López Hernández y comenzó la leyenda del *Toluco*.

El parte médico del Hospital de Traumatología de Balbuena fue conciso: “El *Toluco* José López falleció a las 0:25 horas, víctima de un coma hepático,

provocado por la fuerte cirrosis que sufría. Presentaba varices esofágicas sangrantes”.

A los 40 años, encerrado en el cuerpo de un anciano, el ídolo con guantes dijo adiós.

### 3.7. El héroe vencido

Cuando los ricos mueren, el velorio se realiza en una funeraria. Con los pobres es distinto. Ellos le dicen adiós a sus familiares en el cuarto más grande de la casa.

Así que una multitud fue a despedir al ídolo en su domicilio de San Juan de Aragón, lo único que el *Toluco* pudo heredar a sus descendientes, lugar en el que sobrevivió los últimos dos años de su vida y donde su familia sigue viviendo hasta el momento de escribir estas líneas.

Más de dos mil personas hicieron fila para observar por unos instantes a ese peleador al que habían encumbrado.

Aficionados y gente de boxeo se apretujaron en la pequeña casa.

Consternado, el *Chango* Casanova se mantuvo en una esquina, casi sin hablar con nadie. Quizá pensaba en aquella ocasión en que su amigo el *Toluco* intentó sacarlo del manicomio, a escondidas y por petición suya. “Yo le había dicho que no quería morir encerrado, que quería morir libre, por eso él intentó sacarme de ahí”, alcanzó a decir el *Chango*, quien en una muestra de su generosidad sacó un roído billete, el único que traía, y se lo entregó a la viuda, que entonces trabajaba como cocinera en un hospital y que, sin dinero para pagar el funeral, recibió la ayuda del entonces regente capitalino Octavio Sentíes Gómez.

Fue el inicio de la colecta. El *Toluco* había dejado instrucciones precisas para que fuera enterrado con mariachis, en una fiesta con alegría y sin llanto. Así, de peso en peso, se juntaron 630 para contratar a los músicos y despedir al ídolo como era su deseo, como había disfrutado en tantas noches.

El periodista Wilbert Torre describió en *La Prensa*: “José *Toluco* López, el ídolo vencido tal vez por el vicio, el medio en el que vivió o el destino, ha



encontrado por fin la paz que le fue negada en vida. Reposaba en un féretro gris, vestido con su traje café preferido y rodeado del dolor de quienes de veras lo quisieron. Las multitudes, los amigos influyentes, las artistas, los que compartieron los frutos del dinero, no estaban ahí, pero sí acompañaban al ídolo roto, cuyo rostro hinchado se miraba a través de un cristal del catafalco, sus amigos entrañables, los *cuais* del barrio. Los que no olvidan y para quienes la amistad es algo verdadero y permanente. El héroe vencido parecía que dormía tras una de sus encarnizadas batallas en el ring. Su rostro de boxeador clásico —las cejas rotas, la nariz aplastada, los labios cortados— se veía tranquilo”.<sup>(15)</sup>

Los fotógrafos pidieron que sus seis hijos hicieran una guardia de honor. Jorge, Leticia, José, María del Rocío, Silvia y Manuel, de 18 a 8 años, obedecieron y se ubicaron alrededor del ataúd.

“Sus hijos quedan en la orfandad y en la miseria. La gente del box debe ayudarlos”, apuntaron los diarios al día siguiente.

El *Cuyo* Hernández, quien llegó a bordo de su auto Chevelle verde oscuro, realizó una guardia de honor y se mantuvo cerca del ataúd del que consideraba su amigo más que su pupilo.

Sin embargo, los murmullos se convirtieron en una queja amarga contra el mánager cuando un adolorido le soltó sin rodeos: “¿A qué vienes, *Cuyo*? ¿Acaso no te robaste mucho dinero? ¿No dejaste en la miseria al *Toluco*? ¿A qué vienes *Cuyo*?”.

“¡Vámonos!”, le dijo el *Cuyo* a su esposa, salió de la casa y enfiló rumbo al cementerio.<sup>(16)</sup>

La carroza con el cuerpo del *Toluco* fue escoltada por 33 vehículos que llevaban 25 coronas de flores.

El cortejo fúnebre fue congestionando las calles por donde pasaba, hasta que los encargados del tránsito decidieron darle ruta libre al panteón de Dolores.

Fue a las 4 de la tarde con 10 minutos del lunes 18 de diciembre de 1972 cuando el ídolo llegó a su destino final.

Ahí ya lo esperaba otra multitud.

Fue un caos: más de tres mil personas intentaron tocar o por lo menos estar cerca del féretro gris metálico.

“¡*Toluco-Toluco-Toluco!*”, empezaron a gritar los fanáticos, como si fuera uno más de sus tantos días de gloria boxística.

La descripción de los diarios de entonces fue elocuente.

*La Prensa* reseñó: “Se bajó el féretro de la carroza en medio de emocionadas porras que penetraban hasta lo más hondo de las raíces humanas. Todos querían tocar el ataúd. Todos querían cargar el féretro. Todos querían estar cerca del ídolo irremplazable. En hombros, el cuerpo de José *Toluco* López fue llevado a la capilla del panteón, en donde el párroco le dio la bendición. Tardó 7 minutos allí. Después se inició el recorrido a la fosa, bajo el desgarrador llanto de la familia de José, con las melodías –‘México lindo y querido, si muero lejos de ti’— de los mariachis, bajo el dolor del pueblo. En todos los rostros estaba reflejado el dolor. Sería difícil narrar en todas las páginas de *La Prensa* este drama popular”.<sup>(17)</sup>

Mientras el mariachi entonaba las canciones favoritas del peleador –sobre todo las de su amigo Javier Solis--, muchos subieron a los árboles y a las criptas cercanas, en algo más parecido a una fiesta que a un funeral.

*Alarma*, revista sensacionalista que costaba un peso y 20 centavos, tituló con grandes letras: “Rey del barrio, ídolo de las multitudes, tormento de mujeres. Dos viudas dejó el *Toluco* López. Un escándalo fue su vida y otro su funeral de dos tumbas”.

Detalló: “Niños, adolescentes y adultos se encaramaron en árboles, tumbas, toldos de coches y camiones. El párroco encargado de la capilla no podía ocultar su enojo... No faltaron quienes, al ceder las ramas ante su peso, cayeran desde considerable altura... Después siguieron otras melodías hasta convertir aquello no en un respetuoso adiós, no en un duelo, no en el adiós al ídolo, sino en una romería. Sobraron los majaderos que manosearon mujeres y no faltaron los carteristas”.<sup>(18)</sup>

*Las Golondrinas* tuvieron que entonarse dos veces, ya que al *Toluco* lo estaban enterrando en una tumba equivocada, hasta que alguien se dio cuenta del error y lo llevaron al sitio correcto.

“Y se escuchó la primera palada, que taladró todos los corazones –reseñó *La Prensa*--. *Las Golondrinas* eran echadas al viento, las porras y vivas ardientes parecían querer darle nuevamente vida a José, cuyo ataúd fue totalmente cubierto por 58 paladas, de cuatro hombres”.<sup>(19)</sup>

Visiblemente abatido, el *Chango Casanova* aventó a la tumba su pequeño ramo de flores, mientras el *Ratón Macías* se limitó a decir: “Lamentablemente los malos amigos hicieron que José viviera demasiado aprisa”.

Lloroso, el *Cuyo* expresó: “Vine a despedir al amigo, no al peleador. Son pocos los elegidos y muchos los predestinados”. Sobre la ausencia del *Púas Olivares*, comentó: “No tenía por qué venir. Aquí solamente hay personas que sienten la muerte de José. Muchos han sido los boxeadores acabados por el licor”.

A las 5 de la tarde con 30 minutos el ataúd ya estaba bajo tierra.

“Su tumba fue cubierta de flores y bañada con las lágrimas del pueblo, de sus amigos. A las 6 de la tarde, estaba solo. Completamente solo. Su tumba se quedó abandonada, como estaba el alma de José”, describió *La Prensa*.

El *Toluco*, sin embargo, había dejado una profunda huella de su paso por el boxeo.

Presentes en el adiós final, el ídolo fue colmado de elogios.

De Arturo Hernández: “Por una parte así fue mejor (que muriera) pero por otra le hará falta a su familia y a sus verdaderos amigos. Fue para mí, como pugilista, algo muy interesante. Uno de los mejores, aparte de haber sido ídolo del pueblo. Yo lo admiraba más como persona, tenía muchas cualidades de mucho valor moral, un don de gentes extraordinario y muy respetuoso con todo el mundo, pese a su carencia casi absoluta de preparación. Fue el verdadero ídolo. Recuerdo la idolatría hacia Casanova y Macías, pero cuando él peleaba era día de fiesta. Se notaba un movimiento inusitado y la gente se veía alegre antes y después de sus combates. Decían, entre otras cosas, que era un cheque al portador: cuando uno compra su boleto sabe que habrá espectáculo”.

Más: “Llevó una vida licenciosa. Más que boxeador y manejador, fuimos grandes amigos. Nació para dos cosas: para ser un boxeador nato y llegarle al corazón de las multitudes (como aquí puede apreciarse) y para el vino y las mujeres. Cuando se dedicaba a beber y a las faldas, se perdía quién sabe donde. Pero en cuanto se trataba de una pelea, por entero se dedicaba a entrenar. Esto, sumado a su fuerte constitución, le permitió muchos triunfos. Creo que también le permitió sobrevivir mucho tiempo al mal de la bebida. José ha sido el boxeador más honrado que he visto sobre el cuadrilátero, pues no hubo una sola pelea en los años que lo tuve, que no diera el ciento por ciento de su potencia, velocidad o corazón. No fue perfecto ni como hombre ni como boxeador, pero tengo que decir que la única que pudo vencerlo en forma decisiva fue la muerte”.

El más consternado, sin duda, era el *Chango Casanova*. “Fue libertino como todos los mexicanos. Era joven y tenía que vivir la vida. Se convirtió en auténtico ídolo del pueblo”, alcanzó a decir el también héroe enguantado.

De *Pepe Hernández*, todavía resentido por la partida del peleador: “Efectivamente fui manager de José por varios años y puedo asegurar que fue un brillantísimo peleador mientras no llegó a dominarlo el vicio. No puedo decir que mientras estuvo en mis manos no tomaba, pero seguramente que lo hacía con menos intensidad y más discreción que lo hizo más tarde. Era sumamente respetuoso, sencillo y hasta humilde. Siempre me obedeció en mis indicaciones y aunque llegó a estar en el mismo momento que Raúl Macías en el gimnasio, nunca lo oí despotricar o decir cosas inconvenientes”.

--¿Por qué se fue el *Toluco* de su lado?

--Aquí sí puedo decir que no se fue, sino que se lo llevaron. De repente se me desapareció y durante algunas semanas lo busqué hasta encontrarlo en un corralón asqueroso, dizque entrenando frente a una pera toda rota y parchada. Palabra que me dolió hasta el alma y ahí lo dejé. Lo habían ilusionado con coches, mujeres, viajes, dinero, etcétera, y él se lo creyó todo. Ni modo.

De José Medel, quien le quitó el título pero fue odiado por los aficionados: “Fuimos grandes amigos. Siempre comentaba con amargura que ni Macías ni Becerra le hubieran brindado la oportunidad de disputarles el cetro del mundo. Es

una pérdida muy lamentable. Desgraciadamente no tuvo preparación como muchos de nosotros, que entonces preferimos encerrarnos en nuestro círculo del que surgen amigos insinceros, aprovechados. Creo que su recuerdo debe perdurar como un ejemplo de honradez deportiva”.

Y de *Lupe* Sánchez, su primer y efímero manager en el Distrito Federal: “No me duró mucho tiempo, pues mientras salía yo a uno de mis viajes, *Lupe* Serrano, que entonces era mi ayudante, me dijo que en mi ausencia otro manager se había llevado a José a trabajar con él. Como yo no quería disgustos ni polémicas, lo único que le pedí a ese manager fue que me pagara las tarjetas del gimnasio y cuya cantidad ascendía a 100 pesos. Hubo mejores boxeadores que él, como José Medel y *Kid Azteca*. Y como ídolo fue tremendo, pero no más que el *Ratón Macías* o Rodolfo Casanova. Claro que los jóvenes aficionados no vieron a Casanova, pero era algo que encendía las venas y enchinaba el pelo”.

Alejada de todos, observando a la distancia el tumulto de fanáticos y periodistas, Gloria Guzmán Gayosso esperó pacientemente a que la ruidosa multitud se retirara. Había conocido al *Toluco* en 1965, cuando ella fue madrina de los peleadores y él fue invitado como réferi a una función realizada en Cuajimalpa.

Siete años después de aquel encuentro, llevó a sus hijos Galo, de 5 años, y Esther Maura, de dos, a que se despidieran de su padre.

“No busco nada. No quiero que me den nada –expresó la señora Guzmán--. José me daba a la semana los 10, 20 o 30 pesos que me servían de mucho, es verdad. Pero yo tengo trabajo, soy costurera. Bueno... a lo mejor sí quiero que me den algo: sólo pido que me den un trabajo estable. Un empleo donde pueda yo tener a mi lado a mis hijos”.<sup>(20)</sup>

Ya oscuro, cerca de las 8 de la noche de ese lunes infausto, Gloria Guzmán fue la última en salir del panteón llevando a sus hijos en brazos.

### **3.8. “¡Cierren las cantinas!”**

El *Toluco*, quien apenas sabía leer y escribir, fue convencido de realizar algunos apuntes sobre su vida y su carrera.

“Yo no nací para esto de la tecleada, pero mi amigo Fernando Gaytán me dijo: ‘tú escribe lo que sientes, lo que tengas dentro de tu corazón y verás cómo le va a gustar a la gente...’ luego él me dijo que escribiera a mano y todo listo”, aclaró de inicio en el artículo titulado “¡Cierren las cantinas!, clama el *Toluco López*”.

Escribió entonces algunas notas ilustrativas sobre su vida y su carrera.

De su gusto por el alcohol: “Creo que bebo desde que tenía dientes de leche. Me fue mal, porque cuando tuve mucho dinero lo tiré, se me perdió, se fue a la calle. A los 13 años de edad ya bebía pulque, porque era más fácil conseguir pulque que agua, en El Oro, allá en el Estado de México”.

De los amigos que tuvo en sus días de gloria: “El primer consejo que quiero dar a los que todavía no caen, es que se cuiden de sus amigos, que no les crean mucho. Yo les creí, pero me fue mal. Por eso les pido que tengan cuidado. Yo siempre he querido ser alguien y no es cierto que me hayan faltado ambiciones. Lo que pasó es que me faltó una orientación y que siempre tuve algún mal consejero entre algunos que se dijeron mis amigos”.

Su carrera la resumió en un momento, cuando no pudo disputar el título mundial: “¿Quieren que les hable de mis peleas? Ya no me acuerdo de muchas cosas. Le gané a Billy Peacock y el señor Parnassus me dijo que yo estaba cerquita del campeonato mundial, que le siguiera en el gimnasio, pero pasó el tiempo y nada, que no me daban la pelea... y pasaron los meses y no me aguanté. Me fui con los amigos a la cantina y cuando me dijo el señor Hernández que ya estaba la pelea, yo andaba recontento con mi gente. Muy arriba del peso”.

Se acordaba mucho de su retiro, cuando le consiguieron algunas peleas sólo para explotar su popularidad: “Les pegué y me pegaron, luego ya no tenía piernas, ya me cansaba y me pegaron y me pegaron. Yo le dije al señor Hernández que mejor me retiraba. Mi compadre José González me dijo que nos fuéramos a pelear por allí y nos fuimos. *Pelié* con Laredo, con José Luis, con muchos, me pagaban poco, ya no me pagaban mucho y me retiré. Ya estaba mal, me sentía mal. La gente me silbó, me decía: ‘vete *Toluco*, ya estás viejo, te pegan’. Yo quise seguir, pero no me daban peleas. Me fui con mis amigos, me

divertí, me fui a Estados Unidos, a los pueblos. Me pagaban con dólares, pero no alcanzaba. Me hablaron y no entendía. Yo le dije a mi compadre: 'Vámonos a México, aquí no me gusta'..."

Y se lamentó de su difícil situación y el recuerdo del dinero perdido: "Estoy mal. Quiero un trabajo, algo que me dé para la familia. Gané mucho, creo que 3 o 4 millones, pero no me quedó nada. Me gustó divertirme, me gustó. No soy quién para dar consejos, pero a los jóvenes sí les diría: nunca malgastes tu dinero, cuídalo, porque es poco el tiempo que se está en el boxeo. Si ganas bien, aprovéchalo, cuídalo, lo digo por experiencia".

Y, sobre todo, se refirió al motivo que lo llevaría a la tumba con el cuerpo de un anciano a sus 40 años de edad: "Si yo pudiera, cerraría todas las cantinas. No son buenas. Todo da vueltas, es mejor irse a la casa, con los hijos. Es mejor para todos. Yo no pude".

Años después, en la tranquilidad de su casa de San Juan de Aragón, Guadalupe Flores observa los recortes periodísticos que muestran a su esposo como uno de los grandes ídolos del pugilismo mexicano.

--¿Fue mujeriego?, se le pregunta a la mujer que lo conoció más.

--¡Uhh sí, bastante! Desde antes de ser boxeador, cuando lo conocí ya tenía muchas mujeres. En mi familia me regañaban y yo les decía que iba a cambiar cuando nos casáramos, pero fue peor. En un tiempo anduvo hasta con dos hermanas, se lo turnaban. Hasta la fecha vienen a esta casa a visitarnos unos hijos que tuvo con otra señora. También tiene una hija en Los Angeles, California. Sí, la verdad fue muy enamorado.

Guadalupe Flores responde ya sin dolor. Está sentada en la sala de su casa, ubicada en San Juan de Aragón, en la que el ídolo vivió los últimos dos años de su vida.

--¿Todo su dinero se lo acabó en parrandas?

--No. Como le gustaba mucho que le cantaran los mariachis, puso un negocio, un restaurante en Garibaldi, pero una señora se quedó con él utilizando el nombre y el negocio de mi marido; se volvió millonaria. En Toluca tuvo taxis, tenía terrenos y una casa en Metepec, pero todo se esfumó. Yo sabía que era muy

enamorado y que tenía otras mujeres, pero cuando le reclamaba él siempre me decía: “Tú eres la catedral, las otras son capillitas”.

--¿Por qué piensa que se hizo ídolo su marido?

--No lo sé. De niño vendía refrescos y tortas en la terminal de autobuses de Toluca. Su papá, que había sido minero, lo dejó muy chico. Después llegó a tener su coche convertible muy bonito, era rojo y en él se iba de parranda. Cuando estaba lleno de vida noqueaba a sus rivales en tres rounds, ni se despeinaba.

Añade: “José tenía un carisma muy especial, la gente se le amontonaba en donde quiera que se paraba. Su música preferida era de la Sonora Matancera. Fue muy amigo de ellos y también de Luis Alcaraz, María Victoria, Pedro Infante, con quien incluso se ponía los guantes y por supuesto de Javier Solís. Fue amigo del profesor Carlos Hank González.

“Le propusieron hacer cine. Nos hicieron muchos reportajes para los noticieros que pasaban en el cine. Antes de que el *Ratón* Macías filmara su película, se la ofrecieron a mi marido, pero él nunca quiso. El único que lo convenció, y eso porque eran muy amigos, fue Javier Solís, quien lo acompañó al lado de Sonia López, aunque fueron solamente unas escenas”.

Serena después de tantos sobresaltos, la señora Flores utiliza un dicho muy mexicano para referirse a su marido:

“Ya estoy tranquila, porque por primera vez sé dónde se encuentra... Está sepultado en el panteón de Dolores, en la calle Lerdo de Tejada, muy cerca de la Rotonda de los Hombres Ilustres...”



## CITAS

- (1) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.** Cosecha de Campeones. p. 13
- (2) **Gómez Arias, Fernando.** El Siglo del Deporte. p. 143
- (3) Alerta. Diciembre de 1972
- (4) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.** Op. cit. p. 12
- (5) Alerta. Diciembre de 1972
- (6) **Barradas Osorio, Rafael.** El box fuera del ring. p. 17
- (7) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.** Op. cit. p. 17
- (8) **Barradas Osorio, Rafael.** Op. cit. p. 96
- (9) Alerta, Diciembre de 1972
- (10) La Jornada, 23 de julio de 2004
- (11) Excélsior. 18 de diciembre de 1972
- (12) Esto, 1 de septiembre de 1991
- (13) Alarma, 3 de enero de 1973
- (14) Esto, 21 de octubre de 1972
- (15) La Prensa, 18 de diciembre de 1972
- (16) *Ibíd.* 19 de diciembre de 1972
- (17) *Idem*
- (18) Alarma, 3 de enero de 1973
- (19) La Prensa, 19 de diciembre de 1972
- (20) Alarma, 3 de enero de 1973

## CAPITULO IV. RAÚL RATÓN MACÍAS: EL PEDRO INFANTE DEL BOXEO

México de 1954.

En el Distrito Federal sólo había 5 millones de habitantes. En el país, apenas 20.

Los mexicanos rendían culto a iconos como Pedro Infante, María Félix, *Cantinflas*, Agustín Lara y *El Santo*. En el cine se daban los primeros desnudos y los políticos –sexenio de Adolfo Ruiz Cortines— prometían la modernidad.

Y en el deporte, un boxeador se convertía en lo que algunos consideran el primer ídolo del pugilismo a nivel nacional.

Si el *Chango Casanova*, *Kid Azteca* y *Toluco López* habían trascendido en la capital y algunas ciudades de Estados Unidos, el *Ratón Macías* se benefició con lo que tiempo después se definiría como medios masivos de comunicación.

Los periódicos cada vez atraían más lectores, la radio atrapaba la atención sobre todo con novelas y la televisión empezaba a abrirse camino.

En las casas de los ricos, el televisor ocupaba un lugar especial.

Y en los barrios pobres, en las populosas vecindades, una escena se empezó a hacer común: el cine en casa. Los escasos privilegiados que tenían televisor instalaban sillas frente al aparato y cobraban 10 o 20 centavos para que muchos pudieran acercarse a la modernidad.

El *Ratón* le dio la fama total al barrio bravo, Tepito, que sería cuna de campeones mundiales de boxeo y, muchos años después, sinónimo de *fayuca*, drogas y pandillas.

Uno de sus días de gloria fue el 26 de septiembre de 1954, cuando 55 mil aficionados colmaron la Plaza de Toros México tan sólo para verlo pelear, en un récord que hasta hoy se mantiene vigente pese a la llegada de Julio César Chávez.

Nunca un púgil mexicano había atraído a tantos.

Ni en tan poco tiempo, ya que los boletos se agotaron en sólo 48 horas.

El experto Víctor Cota no tiene duda: “El *Ratón* Macías es el más grande ídolo del boxeo mexicano en toda su historia”.

Millones siguieron sus peleas por radio. Congregó multitudes cuando regresaba al país, luego de pelear en el extranjero. No importaba que hubiera perdido: siempre tuvo el respaldo popular, en un asedio incontrolable del que la policía y los bomberos lo libraban a garrotazos y chorros de agua.

Al contrario del *Chango*, el *Toluco* y de los ídolos que vendrían, su sello distintivo fue que tuvo una vida ordenada.

“Creo que por eso me quisieron mucho, por mi forma de boxear y por mi comportamiento abajo del ring, ya que era muy disciplinado y no andaba en francachelas”, dice ahora, cuando se sigue manteniendo cerca del pueblo: viste de guayabera y se traslada en Metro, donde muchos todavía lo reconocen y él no se cansa de repetir su historia, de aquellos tiempos lejanos en que las abuelitas le prendían veladoras.

Su vida también parece tener un final distinto.

Algo guardó de aquel dinero que ganó hace más de 50 años –“yo inicié la época de las grandes bolsa en el boxeo, pedía miles de pesos y me los daban”--, y al *Ratón* no le va mal, ya que vive en un barrio de clase media cercano al aeropuerto, lejos del alcoholismo que venció a los ídolos anteriores y le queda el orgullo de decir:

“La pelea más importante del boxeador es abajo del ring... Y yo la gané. Además, le enseñé a los boxeadores a cobrar y demostré que un peleador bien manejado puede labrarse un verdadero porvenir. El boxeo no sólo produce idiotas, sino que también puede hacer gente bien...”

#### **4.1. “Si hasta parece un ratón”**

Raúl Macías nació y se crió en una vecindad de la calle Héroes de Granaditas, en pleno Tepito, que años después sería llamado el *barrio bravo* del Distrito Federal. Sus padres, originarios de León, Guanajuato, tuvieron 13 hijos. Raúl fue el mediano: nació el 28 de julio de 1934.

Dos de sus hermanos mayores, Gabriel y José, se dedicaron al pugilismo profesional, así que el pequeño sólo les siguió los pasos.

Aseguran los periodistas de la época que Raúl empezó a destacar desde sus primeros pasos en el pugilismo.

“Llenaba de golpes la superficie del costal de prácticas y sacaba ritmos tropicales con el golpeteo de la pera. ¡Todo un espectáculo el chiquillo que tenía un ángel grandote protegiéndole! La gente se arremolinaba para verle. Era una de las atracciones del gimnasio”, indica Fernando Gómez Arias.<sup>(1)</sup>

Y en esos sus primeros días, el niño Raúl fue bautizado con el mote que años después cimbraría a las grandes masas aficionadas al boxeo: *Ratón*.

--Se trata de una anécdota curiosa, señala el ex peleador.

Raúl Macías es ahora un abuelo respetable. Sentado en la sala de su casa, el *Ratón* evoca aquellos sus años maravillosos y, como si los estuviera contando a sus nietos, surgen sus recuerdos:

“Resulta que había un peso completo, Miguel Ambarri, que pesaba 120 kilos y yo tenía que saltar para pegarle porque no le llegaba. El era muy lento y me le metía por debajo de las piernas y le daba sus nalgadas. Mis mánagers decían ‘¡mírenlo, si hasta parece un ratón!’... y así se me quedó”.

El pequeño ya mostraba una simpatía natural y se ganaba algún dinero en las llamadas peleas de *botana*, en la Arena Coliseo. Esto es, niños que realizan contiendas de exhibición para entretener al público.

“Peleaba tres rounds con *Kid* Arizmendi, pero en el vestidor nos poníamos de acuerdo que en el último asalto, aunque sonara la campana, nos seguíamos pegando y eso a la gente le entusiasmaba. Al final nuestros *paleros* tiraban el centavo, el de dos centavos y la *Josefita*, de cinco centavos. Después el público arrojaba sus monedas. Llegábamos a juntar hasta 10 pesos, 5 para él y 5 para mí”.

A partir de ahí, el ascenso fue rápido.

En 1948 compitió en el torneo Guantes de Oro y aunque fue elegido como el más destacado del año, perdió la final en la división mosca ante *Memo* Sánchez.

Participó en los Juegos Centroamericanos de Guatemala, donde ganó la medalla de bronce, metal que repitió en los Panamericanos de Argentina, cuando tuvo contacto con Evita Perón.

“En 1951 fue a los Juegos Panamericanos de Buenos Aires. Perdió con el argentino Alberto Barengui, pero ganó los besos de Evita Perón, a quien cayó en gracia aquel chiquillo mexicano, tan despierto y desparpajado. ¡Un encanto! El instinto maternal de la señora presidenta brotó espontáneo. El mismo de tantas madres mexicanas que eran –fueron— la parte espesa de aquella ola de sentimentalismo que cubrió al ídolo en los mejores años de su carrera”, señala Gómez Arias.<sup>(2)</sup>

Recuerda el peleador: “Evita y Juan Domingo Perón fueron una vez al box. Esa vez yo gané y me mandaron llamar. Bajé y me felicitaron por mi pelea”.

Al año siguiente participó en los Juegos Olímpicos de Helsinki, pero fue eliminado en forma polémica por el ruso Genaddij Garbussov y quedó en sexto lugar.

“Me robaron la pelea –asegura-. Y recuerdo que aquí en México se armó un escándalo, pero después me dieron un recibimiento como si hubiera ganado la medalla”

Algunos seguidores del *Ratón*, encolerizados por la polémica decisión, lanzaron piedras contra la embajada rusa en México.

Todo estaba listo para el gran salto al boxeo de paga.

Lo hizo, como se esperaba, con una victoria.

Su primera pelea profesional fue en Culiacán y ganó por decisión a *Chucho Kid* Tello. Ese 10 de noviembre de 1952 inició su corta pero trascendental carrera.

Desde su debut generó expectación. Su presentación como púgil de paga en el Distrito Federal fue en grande: venció por decisión al cubano Manuel Armenteros y batió récord de entradas en las funciones de los miércoles en la Arena Coliseo.

Su trayectoria iba en ascenso.

Y aquí surge la polémica.

La mayoría habla de sus cualidades boxísticas.

Sin embargo, algunas voces señalan que su trayectoria fue meticulosamente planeada, con rivales elegidos a modo para que pudiera lucirse.

Rafael Barradas, quien durante 20 años fue secretario de la Comisión de Box y Lucha del Distrito Federal y que escribió varios libros sobre el pugilismo, emplea palabras fuertes para definir a Macías, a quien califica de falso ídolo, farsa, fraude...

Dice en *El box fuera del ring*: "Fuimos de los más tenaces opositores a la serie de numerosos y escandalosos fraudes boxísticos cometidos en California y en el interior de la República con Raúl Macías, a quien, mientras tanto, los acomodaticios, los *mercachifles* de la pluma, los que vieron la oportunidad de ganar prestigio y de cobijarse en la preferencia del público, le quemaban incienso sin medida... sin límite... sin rubor alguno".

Más: "Esta oposición nos acarreó constantes y serios disgustos, incluso con personas que llegamos a creer serenas y conecedoras. Nadie entendía razones, mientras la crítica *con\$tructiva enratonaba* a la gente de la manera más vulgar y absurda. Así, lograron hacer de Raúl Macías una figura que atiborraba arenas y provocaba tumultos. No cambiamos jamás nuestra opinión sobre este peleador, que como tal, sólo fue uno más. Llegó el momento en que la verdad se impuso y el falso ídolo se desplomó estrepitosamente. Se fue a la barranca sin oportunidad de salvarse, por lo que, antes de que el descenso acabara por exhibir su mediocridad como peleador, puso pies en polvorosa y se dedica ahora a vivir de la fortuna que ese público engañado le puso en sus manos".<sup>(3)</sup>

Barradas recuerda cuando Macías ganó el título nacional gallo, cetro para el que se realizó una eliminatoria entre dos grupos y los vencedores disputarían el campeonato.

"El encuentro decisivo por el título vacante se programó para la noche del 17 de octubre de 1953 y para muchos, el triunfador lógico era *Beto Couary*, ya que había logrado sobresalir del grupo más fuerte, mientras que el *Ratón* se las había visto con los menos peligrosos... Mucho tiempo después, *Beto Couary* andaba contando aquí y allá que don Luis Andrade, el apoderado del *Ratón*, le había dado 10 mil pesos para que se dejara ganar por Macías".<sup>(4)</sup>

Más allá de la polémica, el *Ratón* se coronó campeón nacional al imponerse por decisión en 12 asaltos a Couary, ante un gran lleno en la arena Coliseo. A fines de año la revista *The Ring* lo ubicó entre los 10 mejores pesos gallo a nivel mundial.

El *Ratón* sólo defendió una vez el cetro. El 10 de abril de 1954 doblegó por decisión al estilista Filiberto Nava, a quien, para no dejar dudas, le dio la revancha tan sólo un mes después y nuevamente lo venció por puntos.

#### 4.1.2. “Todo se lo debo a mi mánager...”

Pero los sueños de Macías ya eran en grande. Buen boxeador, con arrastre entre los aficionados y además bien administrado, el pugilismo nacional le quedaba chico.

Su nombre empezó a sonar fuerte entre los aficionados al boxeo, que se referían cada vez con mayor entusiasmo a ese peleador que tenía un bigotito similar al ídolo de entonces, Pedro Infante.

El *Ratón* era ya el nuevo héroe con guantes.

Las crónicas de aquel tiempo señalan que el pueblo lo seguía a todos lados y que provocaba tumultos en el gimnasio donde entrenaba, el llamado viejo Jordán, ubicado en Arcos de Belén. Al final de sus prácticas, muchos aficionados lo acompañaban de regreso a su casa, en Tepito.

Y la leyenda fue tomando forma.

Recuerda: “En los años 50 gocé del cariño de las viejecitas, las abuelitas, los señores, todos prendían veladoras para que ganara el *Ratón*. Todavía cuando me encuentran en la calle me dicen ‘*Ratoncito*, yo te prendía veladoras para que ganaras’ y yo les respondo ‘ay madrecita, pues el día que no me puso, me rompieron la maraca’...”

Idolo de multitudes, el peleador se jactaba también de ser amigo de las deidades:

“Creo que yo era amigo de Tláloc, porque siempre llovía muy fuerte antes de que yo peleara, pero dejaba de llover cuando subía al ring y después la lluvia

se reanudaba con mayor fuerza. Siempre me sucedía eso. Incluso en Mexicali, donde hacía mucho tiempo que no llovía, pero esa vez que fui a pelear cayó un gran aguacero”.

Y tuvo la ocurrencia de acuñar una frase con la que el pueblo lo identificaría por siempre: “Todos se lo debo a mi mánager y a la virgencita de Guadalupe”.

Al respecto, el *Ratón* admite: “La verdad, eso de ‘todo se lo debo a mi mánager’ es de Tomás Castillo, pero lo de la virgencita sí es mío”.

Y al final, el ídolo modificó el lema: “Ahora todo se lo debo a la virgencita, porque a mi mánager ya le pagué”.

A pesar de la fama y el dinero, siguió frecuentando sus lugares favoritos, sobre todo los clásicos salones de baile.

Cuenta de esas andanzas: “Mi vicio fue el baile. Siempre fui muy bailarín porque en los 50 había seis salones de baile: el lunes en el Fénix, el martes en Los Angeles, para el miércoles era obligatorio el Chamberi, el jueves en el Swing Club, viernes en el Antillano, descansábamos el sábado y el domingo repetíamos alguno. Yo a las 9 los dejaba y me iba a dormir. Nunca tomé alcohol, sólo un refresco para cuidar la dieta, les decía ‘ahí nos vemos’ y me iba a descansar”.

“Fue una época maravillosa”, evoca el peleador y menciona a grandes ídolos de entonces como Pedro Infante, *Cantinflas*, Jorge Negrete, Agustín Lara, María Félix y deportistas de la talla de *El Santo*, Silverio Pérez, Horacio Casarín, Joaquín Capilla, *Tarzán* López, *Gori* Guerrero, Enrique Llanes.

“Pedro Infante vivía en el kilómetro 16 de la carretera a Toluca. Yo me quedaba a dormir en una casa de Lomas de Chapultepec que era de mi apoderado y me levantaba temprano para ir a correr al Desierto de los Leones”.

--¿Le gustaba que lo compararan con él, que dijeran que usted era como el Pedro Infante del Boxeo?

--A él la gente lo quería mucho y a mi también, por eso cuando Pedro tenía un evento de beneficencia me llamaba para que lo acompañara. Una vez hicimos una *cooperacha* para que le hicieran arreglos a la Basílica, que estaba muy deteriorada. Y cuando filmó la película de *Pepe el Toro* me pidió algunos consejos y yo le recomendé a una persona para que lo asesorara en cómo boxear.



También recuerda con agrado que a sus contiendas asistía el entonces mandatario Adolfo López Mateos, a quien califica como “el presidente más querido de México, a quien le encantaba el box. A mis peleas tampoco fallaban *Cantinflas*, Jorge Negrete, Agustín Lara y María Félix”.

#### 4.1.3. Se paraliza una ciudad

México de 1954.

Juan Rulfo publica *El llano en llamas*.

*Cantinflas* causaba carcajadas con *Caballero a la medida*, en el cine Robles, cuya entrada costaba 4 pesos.

Los diarios destacaban las vías de comunicación: “¿Cómo está hoy la carretera de Acapulco?... ¡El tiempo actual de recorrido es en sólo 7 horas!”

A las casas empezaba a llegar la modernidad de la televisión. “La maravilla de la tv sigue a su alcance”, se ufanaba la General Electric, que vendía un televisor Ultravisión de 21 pulgadas (53 centímetros) “en más de dos años para pagar”.

En el beisbol, *Beto Avila* destacaba en las Grandes Ligas y en la lucha libre *El Santo* realizaba combates encarnizados con el *Cavernario* Galindo.

Y en el deporte de los pobres, el *Ratón* paralizó a la ciudad y al país.

*La Afición*, que tenía un costo de 25 centavos, informaba ampliamente sobre “uno de los combates más apasionantes que se hayan ofrecido en toda la historia del boxeo mexicano”.

El 18 de septiembre, el diario tituló: “Gran expectación produjo la llegada de Nate Brooks”.

“Un verdadero ambiente de expectación hubo ayer tarde en el formidable Aeropuerto Central, orgullo de México, a la hora de que de la gigantesca panza del tetramotor de American Airlines procedente de Chicago salió y luego pisó suelo azteca el notable boxeador norteamericano Nate Brooks”, escribió Antonio Andere.

Originario de Cleveland, Ohio, el púgil negro de 21 años de edad y 1.70 metros de estatura mostró su incredulidad cuando se le informó que el duelo se

iba a realizar en el imponente coso taurino: “Me parece que no hay en estos momentos una sola pelea capaz de congrega a 50 mil aficionados, no importa en qué parte del mundo”.

Sin embargo, la algarabía era enorme.

“El tema del día es la sensacional pelea –reseñó el reportero Manuel Guerrero--. En todas las esferas sociales se comenta con mucho entusiasmo este encuentro, desde el más humilde obrero hasta el funcionario más encopetado discuten animadamente... no hay uno solo de ellos que no desee con el alma el triunfo del *Ratón* Macías, que ha venido a constituirse en ídolo de las multitudes. Porque boxeadores de la calidad del *Ratón* no se dan en maceta. Y que tengan ‘eso’ para ser ídolos, mucho menos, pues desde los tiempos del grandioso *Chango* Rodolfo Casanova, el boxeador mexicano más grande que ha dado México, han pasado muchos años para que surgiera un boxeador a quien se le entregaran las multitudes”.<sup>(5)</sup>

Los entrenamientos de los púgiles fueron un acontecimiento.

Nunca antes se había visto a tantos aficionados seguir las prácticas. Era “una tremenda conmoción” y tuvo que intervenir la policía para alejar a los fanáticos y cerrar las puertas del gimnasio Jordán.

La venta de boletos se anunció para el 23 de septiembre en las taquillas de la plaza, ubicadas en Izazaga. Desde la medianoche anterior ya había más de mil personas.

“Hubo gente que fue a formarse desde el mediodía de ayer –apuntó Jorge Bermejo--. Nunca en la historia del boxeo mexicano habíamos visto tanto entusiasmo por presenciar una pelea. Gente que llevó cobijas e incluso catres para pasar la noche y esperar a que den las 10 de la mañana... un caso inusitado y pensamos que sólo se había visto antes cuando debutó en México *Manolete*, el fenómeno del toreo...”

Ese jueves, el *Ratón* ni siquiera pudo culminar sus entrenamientos. A pesar de los granaderos que lo custodiaban, el peleador sufrió tal agobio que dejó de golpear los aparatos y fue sacado a empujones del gimnasio.

“¡Un tumulto tremendo fue ayer la venta de boletos!”, tituló *La Afición* el viernes 24.

La calle Izazaga vivió una aglomeración sin precedentes, “un verdadero motín, no tienen ustedes idea del desorden que había”.

La crónica, más que elocuente: “Toda la manzana rodeada de una multitud abigarrada que daba la idea de un pueblo mudando de lugar. Gente de todas clases, jóvenes, maduros, viejos, vendedores ambulantes, niños perdidos, gendarmes biliosos, enfurecidos, pericos parlanchines, mujeres que parecían suegras frenéticas, desmayados, apachurrados, por supuesto pleitos e insultos. Como es de suponerse, el tumulto llegó a su clímax al filo de las 3 de la tarde, al desatarse el aguacero que azotó la capital. Aquello fue tremendo. Otro momento terrible fue a las 7 de la noche, hora anunciada para cerrar las taquillas, trataron de impedir que lo hicieran, costando mucho trabajo lograrlo”.<sup>(6)</sup>

A esa hora, ante notario público, se realizó un recuento del boletaje vendido. La demanda había sido superior a los 50 mil boletos, un caso único en el deporte y en el boxeo hasta esos tiempos.

Para el sábado sólo quedaron disponibles 3 mil 944 entradas, que se agotaron a las 13:45 horas. Para evitar el caos del día anterior, las autoridades mandaron a tres compañías de granaderos, pero era tarde: la muchedumbre ya había pasado y los fanáticos arrasaron con los boletos. Los más caros costaron de 60 a 44 pesos en ring numerado, mientras que los más baratos fueron de 6 en sombra general y 4 en sol general.

El ingreso en taquilla también significó un nuevo récord. La recaudación total fue de 581 mil pesos, que superó la marca anterior: los 410 mil de la batalla Juan Zurita-Ike Williams, en El Toreo, por el título mundial de peso ligero.

El *Ratón*, por supuesto, se convirtió en el peleador mexicano mejor pagado para una contienda realizada en el país. Su sueldo bruto fue de 96 mil 203.39 pesos (que incluía derechos televisivos) y que se redujo a 63 mil 167.25 por los descuentos.

Por su parte, a Brooks le quedaron 75 mil 874.49 en su calidad de monarca.

Ante la enorme expectación por la contienda, las autoridades determinaron que sí se realizaría la transmisión televisiva, lo que en principio rechazaron para no afectar la venta de boletos.

El canal 2 se comprometió a colocar “el mayor número de aparatos receptores en los barrios más populosos de la ciudad”, mientras que la mueblería Viana anunció la instalación de 14 televisores en su tienda de Izazaga y Niño Perdido para que todos pudieran ver gratuitamente la pelea.

#### 4.1.4. Un día de fiesta

Lejos de la fiebre boxística que sufrían las multitudes, esa noche el *Ratón* se acostó temprano.

Durmió desde las 9 de la noche hasta las 11 de la mañana de su domingo de gloria: 26 de septiembre de 1954.

Cientos de aficionados se amontonaron en la calle Héroes de Granaditas, afuera de la vecindad marcada con el número 139. En el interior, en la vivienda 19, el peleador esperaba ansioso el momento en que paralizaría todo un país.

El *Ratón* había dado sus primeros pasos en la calle Mecánicos, pero creció en la de Héroes de Granaditas, “una de las clásicas vecindades de los rumbos populosos: una especie de largo callejón con las habitaciones a los lados, en un solo piso, con baldosas, tendederos de ropa, algún perro y muchos chiquillos jugando en el patio”.

La casa del boxeador, por supuesto, era diferente.

En el artículo titulado “Entérese cómo vive el *Ratón* en su barrio de Tepito”, se describe: “Desde luego que Raúl, que es un buen hijo, ha procurado todas las comodidades posibles para su mamá. En la vecindad humilde, en su departamento, tiene muchos accesorios que dan comodidades, como lavadora eléctrica, etcétera. También posee un receptor de televisión, colocado junto a dos vitrinas llenas de trofeos ganados por el *Ratón*”.<sup>(7)</sup>

Las diferencias de la familia Macías con el resto de los habitantes eran notables. Tanto así, que el púgil contemplaba la idea de comprar toda la vecindad para vivir cómodamente sin tener que emigrar de su barrio de toda la vida.

Sin embargo no la pudo adquirir, porque la vecindad constaba de 25 viviendas “y me la vendían muy cara, así que mejor compré unos terrenos en la Jardín Balbuena, donde hice la casa de mis padres y yo me quedé a vivir en Tepito. Cuando ellos fallecieron, en 1958 o 59, me vine para esta casa, donde sigo viviendo”.

Aquel domingo memorable, lo único que le interesaba era salir con el brazo en alto, ya que con el triunfo estaba asegurada la anhelada pelea por el título mundial, en un lapso no mayor a 90 días.

“Fue un día de fiesta”, evoca el púgil 51 años después de aquella batalla épica.

Por la mañana acudió a la ceremonia de pesaje, donde marcó sin problemas el límite de los 53 kilos, mientras su rival registró 500 gramos más. Regresó a su casa, la vieja vecindad de Tepito, donde ya lo esperaban sus padres. “Cada que iba a pelear mi mamá se la pasaba rezando y no había forma de tranquilizarla”.

Admitió la señora Carmen Guevara: “Tres de mis hijos han sido boxeadores, pero nunca vi pelear a ninguno porque, sabe, me pongo muy nerviosa. Yo veo las peleas por televisión hasta el día siguiente”.

Después de desayunar, el *Ratón* quiso dar un paseo “para que se me bajara la comida” y logró caminar un poco en medio de los cientos de fieles que lo acompañaban. Recorrió algunas callejuelas de Tepito, donde recibió muchas muestras de apoyo. Un aficionado de Oaxaca logró saludarlo, pero su largo peregrinar fue en vano: no le pudo cantar la melodía compuesta en honor del ídolo porque le faltó acompañamiento.

Luego del mediodía el púgil regresó a su casa para recibir la bendición de sus padres y en el auto de su apoderado Luis Andrade se trasladó a una residencia de avenida Insurgentes, cerca del lugar donde definiría su destino.

Ahí se recostó nuevamente.

Era una costumbre: el sueño le servía para contrarrestar los nervios de subir al ring.

Se le despertó poco antes de las 3 de la tarde, cuando a bordo de una patrulla, y escoltado por motociclistas, fue llevado a la plaza.

“Fue una cosa fantástica. Si no me hubieran abierto paso los dos motociclistas no hubiera podido llegar a la plaza, que estaba hasta el gorro. En el camino la gente me saludaba, me deseaba suerte”.

Pálido y nervioso, como la mayoría de los púgiles antes de subir al campo de batalla, alcanzó a expresar a sus fanáticos: “¡Voy a ganar por México!”.

Todavía en los vestidores dormitó otro poco. Después fue despertado para iniciar su calentamiento y cuando le ponían los guantes escuchó el rugido de la multitud: “Pensé que era porque ya iba a empezar la pelea, pero no. Era lo de siempre: había empezado a llover. Pero a mí Tláloc siempre me ayudó, ya que cuando subía al ring paraba la lluvia”.

Ya sobre el encordado, sentado en el banquillo y mientras le amarraban los guantes, el *Ratón* se entretuvo observando a dos gallos de pelea que alguien había aventado al ring.

Era el preludio de lo que vendría después.

A las 18:04 de ese domingo lluvioso, el popular presentador conocido como Persa Adams anunció la contienda tan esperada y llamó al centro del cuadrilátero a un Brooks con short blanco y franjas negras y al *Ratón* con pantaloncillo negro y cinturón y franjas rojas.

El público, que desde horas antes había realizado un auténtico carnaval de gritos y porras, guardó un silencio sepulcral cuando sonó el primer campanazo...

La crónica, de *Fray Nano*:

“En un principio, la velocidad relampagueante del campeón estadounidense, especialmente su izquierda en forma de jab, dominó la situación y durante los tres primeros rounds y tal vez dos minutos del cuarto en el repleto ring side y casi llenas graderías se guardó un silencio de duda, quizá temor, que en algunos momentos fue tan profundo que, como se dice vulgarmente, podía escucharse el bólido de una mosca.

“La izquierda de Brooks, larga como una serpiente, con velocidad fantástica, iba hacia la cara del *Ratón*, llegando con mucha frecuencia y ocasionalmente, mejor dicho, una que otra vez, también llegaba con su diestra mostrando también gran velocidad en ella. Sin embargo, este servidor sólo consideró para el visitante el primer episodio, que mientras Brooks lanzaba incesantemente su jab de izquierda llegando con muchos de ellos, el *Ratón* siguiendo su costumbre estuvo en actitud pasiva.

“En los dos siguientes, por cierto casi iguales, Brooks siguió con su relampagueante jabeo de izquierda y uno que otro rechazazo que por cierto pudimos ver éste no tenía potencia suficiente para hacer daño al *Ratón*, que debe decirse es pequeño, pero muy fuerte, más de lo que se supone generalmente. Por cierto que entre los concursantes se contó (Juan) Zurita ocupando un asiento de tercera fila de ring.

“En cambio de esos jabs y uno que otro rechazazo, el *Ratón* logró en esos segundo y tercer episodios tres impactos en cada uno, los cuales compensaron a nuestro juicio la cantidad, así que dimos empatados esos episodios.

“A la mitad de la pelea el público salió de su silencio. El *Ratón* logró dos durísimos y dañinos ganchos izquierdos abajo y después un recto enviado tras haber cabeceado uno de los relampagueantes jabs y Brooks no sólo registró el daño recibido, sino de plano se abrazó y al ser separado puso pies en polvorosa”.

En el séptimo fue la apoteosis.

Continúa la descripción del periodista: “Y de pronto vino lo que estábamos previendo tenía que acontecer y esperábamos ansiosamente: el *Ratón*, de un gancho izquierdo arriba y enseguida un recto de derecha abajo y Brooks se replegó, yéndose a dar muy cerca de su esquina, correteado por Macías, que ahí le lanzó el azote al cuerpo, después arriba y por último un brutal rechazazo. Brooks cayó como fardo, con las piernas cruzándosele y los ojos torcidos en lo absoluto, estaba perfectamente noqueado. El réferi César Arroyo procedió a contar en medio de un rugir indescriptible. Según nosotros, contó tres segundos, algunos piensan que llegó a cinco. Entonces vimos saltar rápidamente de la esquina al *second* Claine. Brooks lo miró estúpidamente con sus ojos turbios y

Claine materialmente lo cargó para sentarlo en la cercana esquina. Mientras tanto, el que esto escribe maldecía la campana”.

“En el siguiente, el octavo round, recibió una tunda tremenda, varias veces se bamboleó pareciendo iba a caer, pero su buena técnica, recursos entre los que se contaron el abrazo y la huida, lo salvaron de caer. En el noveno, sin duda exceso de confianza, el *Ratón* empezó a sangrar de la nariz, pero vengó la afrenta con creces y mucho más aún en el décimo en el cual los abrazos de Brooks fueron mucho más frecuentes y apretados. Fue ese décimo otra paliza brutal, como el octavo. En los dos posteriores siguió en el mismo diapasón el asunto, mas no llegaron al grado de los dos dichos, pero que Brooks había recibido una tunda tremenda era indudable.

“Ahora, que amén de haber demostrado plenamente su calidad también mostró valentía y resistencia. Ocasionalmente durante los últimos episodios, o sea tras su caída, aceptó cambiar golpes. Ahora que absolutamente todas las veces que lo hizo, el lapso terminó con el negrito huyendo o abrazando apretadamente.

“Tras su derribe, ya todo lo que buscó el ahora campeón desposeído fue terminar de pie, no volver a caer... en otras palabras, el *Ratón* había resuelto el problema total y absolutamente y ya también había encontrado que el espigado y alto negrito no sólo se dolía del azote al cuerpo, sino también, y más quizá, de la derecha.

“Era realmente sólo una ceremonia el recoger los votos y anunciar el veredicto. Todos sabíamos que el anunciador, el Persa Adams, gritaría, como fue, que la decisión era unánime para Macías y que era, por tanto, el nuevo campeón norteamericano de peso gallo, recibiendo el cinturón emblemático que había sido mostrado en el ring antes de iniciarse el gran encuentro que, pese al desahogo como lo ganó el *Ratón*, proporcionó emociones a raudales siendo aparte de una gran calidad”.<sup>(8)</sup>

#### **4.1.5. Más de 50 mil almas apretujadas**

Ese lunes 27, *La Afición* fue un recuento de halagos para el púgil mexicano.



El diario tituló a ocho columnas: “Mostrando su grandeza el *Ratón* ganó a Brooks”.

Y detalló: “Ofreció una portentosa demostración de su clase al quitarle a Nate Brooks el campeonato de Norteamérica. Brooks fue derribado en el séptimo y lo salvó la campana. El *Ratón* ganó al hilo del 4 al 12 round usando como base de su grandioso triunfo un brutal golpeo al cuerpo. Locura de 50 mil almas que se apretujaron en la imponente Plaza México”.

Fue una apología total para el boxeador que en esa pelea se consagró como el nuevo héroe con guantes.

*La Afición* también tuvo motivos para festejar: logró un nuevo récord de circulación en 24 años, con 261 mil 122 ejemplares para satisfacer a un público ávido de noticias sobre el ídolo.

Antonio Andere no se guardó ningún calificativo.

Reseñó en el diario deportivo: “Ayer tarde en la Plaza México llena de bote en bote, mientras nuestro maravilloso —¿habrá alguien que todavía le moleste porque le llamemos maravilloso?— *Ratón* Macías imponía plenamente su clase sobre la clase indiscutible de Nate Brooks y lo derrotaba de modo amplio, contundente, irrumpió a nuestra mente otro episodio del boxeo, sólo que de muy diferentes perfiles.

“Recordamos aquella tarde de año nuevo en la vieja plaza del Toreo cuando un peleador hermano de raza de Nate Brooks, Henry Armstrong, golpeó con su piqueta tenaz sobre el pedestal de Rodolfo Casanova y lo derrumbó. Aquella tarde salimos del Toreo con el corazón estrujado y con las lágrimas en los ojos.

“Ayer, también, casi sin sentir las, fluyeron lágrimas a nuestros ojos, pero por cuán diferente causa. Y asociamos los dos episodios, aquel de amargura intensa y el de ayer de venganza sublime y de satisfacción y regocijo indescriptibles para experimentar una sensación como sólo pudieron vivirla, suponemos, quienes vieron a Humberto Mariles conquistando una corona olímpica en Londres en 1948.

“Más de 50 mil almas apretujadas en una Plaza México, que era por sí sola un espectáculo monstruoso, se deshicieron, se derritieron en entusiasmo y en locura por la portentosa exhibición que ofreció el *Ratón* Macías y lo aclamaron como no se ha aclamado a nadie en México. A nadie, entiéndase bien.

“Era una ocasión excepcional. El chamaco que había venido trepando hasta el pedestal de los ídolos estaba situado frente a un momento supremo, frente a una prueba máxima y también frente a una oportunidad que cada corazón mexicano anhelaba: la de un triunfo que lanzara directamente al *Ratón* Macías a un pleito por el campeonato mundial de peso gallo.

“No hace falta repetir aquí las estridencias de todo eso que antecedió a la pelea: histerismo, locura colectiva que hizo explosión cuando se pusieron a la venta los boletos y que dio pábulo a toda clase de comentarios, lamentaciones, etc. Llegó un momento en que todo México no tenía más tema que el de la pelea del *Ratón* Macías y en cada corazón tenía asiento la incógnita, la torturante incertidumbre: ¿podrá ganar el *Ratón*?

“Esa pregunta que la decían todos los labios se fue agigantando conforme se aproximaba el momento de la prueba. El *Ratón* Macías no sólo confirmó plenamente su calidad, no sólo afirmó su condición de ídolo, no sólo dio una demostración más, la más contundente de su capacidad, de su clase, de su inteligencia boxística y de sus increíblemente numerosas cualidades, sino que rompió todos los precedentes en materia de entusiasmo de todo un pueblo al provocar una verdadera locura con su triunfo esplendoroso.

“Estamos ciertos de que no hubo ayer un solo mexicano que no se entusiasmara, que no sintiera un suave y a la vez agudo estremecimiento frente a esta epopeya que la historia del deporte mexicano recogerá en una de sus páginas más brillantes y desde luego para toda la vida.

“Fue una obra maestra, ni más ni menos, desde el primer campanazo hasta el último. El nació para eso y ahí lo tiene usted, ahí lo tenemos todos, como un ídolo de oro macizo, como algo de lo que podemos sentirnos intensamente orgullosos quienes creemos que también las cosas del deporte son capaces de

hacer vibrar los corazones. En buena hora nació este *Ratón* Macías al boxeo mexicano.

“La lluvia, que intermitentemente había estado molestando desde que empezó la función, desapareció por completo en cuanto llegó el momento supremo, el instante en que habría de subir al ring la pelea del *Ratón*.

“La primera reacción del público fue de hostilidad, le silbaron al negrito, pero cuando Brooks subió al ring el público cambió totalmente y le tributaron una cariñosa recepción. Pero luego, luego la locura. Un rato después apareció el *Ratón* Macías enfundado también en una bata blanca con vivos azules. Tranquilo, sereno, como un gran señor siendo sólo un escuincle. Con él, su *mánager* *Pepe* Hernández y sus *seconds*, el alarido de la multitud fue de una pieza, trepidante, en cuanto el *Ratón* estuvo a la vista de todo mundo y los *shiquitibums* y los gritos de *Ratón-Ratón-Ratón* atronaron imponentemente rasgando el fondo gris de esta tarde inolvidable.

“El ídolo estaba ya sobre el cuadrilátero, perdido entre una nube de fotógrafos. Saludó el *Ratón* a su pueblo con sus habituales gestos de simpatía y de modestia. Nada, ni siquiera ese marco monstruoso, había sido capaz de alterar la extraña, increíble serenidad del *Ratón* Macías. Una tranquilidad sólo comparable a la de Rodolfo Casanova a quien tenían que despertar de un sueño profundo cuando llegaba el momento de subir al ring...”<sup>(9)</sup>

Al conjuro del *Ratón*, asistieron a la pelea el entonces presidente Adolfo López Mateos, Agustín Lara, Silverio Pérez y muchos personajes más, mientras miles de mexicanos se mantuvieron expectantes y siguieron la batalla por radio.

Algunos privilegiados se acercaron a la modernidad: vieron la contienda por televisión.

Pero no sólo el pueblo lo seguía. El boxeador también atraía a otro sector de la sociedad.

Dice Gómez Arias: “No es sin embargo el *populacho* el que llena solo ese coso gigantesco y absurdo que es la Plaza México, para ver a Macías, en su más convincente exhibición... También los pudientes, los de ‘familia bien’, los de ‘la alta’, se emocionan con la hazaña que vieron desde las lunetas más caras del

coso. ¡El *Ratón* es un ídolo nacional! La tentación del movimiento, la voluntad de emerger de la pobreza, cualquier impulso vital del ‘pelado’ amerita la condena del fracaso. Pero el *Ratón* rompe con todos los prejuicios... El *Ratón* supera todos los viejos atavismos y resplandece como el púgil diferente, sano de cuerpo y espíritu, capaz de alternar lo mismo con los de su barrio que con otros personajes de los más elevados estratos de la cultura, del pensamiento, de la sociedad privilegiada”.<sup>(10)</sup>

Al final, libre ya de la carga que había soportado, el púgil expresó: “¡Primero me quedaba en la raya que perder! Tenía una gran responsabilidad con el pueblo de México... Brooks es el mejor boxeador al que me he enfrentado. Es muy rápido y muy vivo y su izquierda me molestó un poco en los primeros rounds. Dicen que se quejó de golpes bajos, pero la verdad no creo que se los haya dado. Estuve buscando el gancho al hígado para cansarlo y él nunca llegó a lastimarme”.

De pronto, mientras los fieles *ratoncistas* rendían pleitesía a su dios, apareció el estadounidense para felicitar a su rival.

--Eres un gran campeón --le dijo Brooks.

El *Ratón* agradeció el gesto, pero los rivales no pudieron hablar más porque la gritería los interrumpió.

Sobre todo, un grito en especial: “¡Arriba Tepito!”.

Macías salió de la plaza en la misma patrulla en la que había llegado. Regresó a la residencia de avenida Insurgentes, donde se sintió mal después de la ducha y vomitó. Pero luego se recuperó y se unió al festejo que le habían preparado en la lujosa casa.

Al final, ya tarde, se fue a Tepito, a la fiesta del barrio, a celebrar con los suyos.

#### **4.2. Alguien llevó una ratonera**

Fue, podría decirse, el año del deslumbramiento.

Nadie más popular que el *Ratón* Macías.

Nadie con más prestigio y reconocimiento popular.

Así que su apoderado George Parnassus –el zar del boxeo en California--, le consiguió una pelea por el título mundial de la NBA (National Boxing Association).

La fecha: 9 de marzo de 1955.

El lugar: el Palacio Vaquero, de San Francisco, California.

Y el rival: un tailandés de escaso historial, Chamrern Songkitrat, conocido también como el *Lagarto de Fuego*. Songkitrat, un teniente de policía de Bangkok de 26 años, nunca había visto un televisor hasta días antes de esa pelea, cuando fue hospedado en un hotel de San Francisco.

“Al principio se asustó un poco con la televisión –confió uno de sus auxiliares a la agencia *Ap--*, pero ahora ya hasta le gustan las películas de vaqueros”.

El tailandés tenía récord de sólo 10 peleas (6 triunfos, 3 derrotas y un empate) y ya había disputado dos veces, sin éxito, el título mundial. Así que la Comisión Atlética de California no le dio validez de campeonato al encuentro, determinó que sólo fuera a 12 rounds y no a los 15 oficiales y ordenó que la Asociación Nacional de Boxeo le entregara su título al ganador en los vestidores y no arriba del ring.

La comisión californiana, la de Nueva York, la del Imperio Británico y la de Francia seguían reconociendo como monarca del mundo al francés Robert Cohen, quien se había lesionado el hombro y estaba imposibilitado para defender su cetro. Entonces se buscó al italiano Mario D'Agata como rival de Macías, pero tampoco pudo subir al ring al resultar herido durante un tiroteo.

Así que con sólo dos semanas de anticipación le avisaron a Songkitrat que disputaría el cetro y éste, por supuesto, aceptó.

Nada de esto afectó a la NBA, al *Ratón* ni a los miles de mexicanos que anhelaban tener un campeón mundial.

En los primeros días de marzo el *Ratón* ya entrenaba en San Francisco y levantaba el entusiasmo de sus fieles aficionados y de los apostadores.

“El *Ratón* casi noquea a su *sparring* Tommy English y eso que es un peso ligero”, reseñaban los diarios locales, mientras el mexicano se dedicaba a correr por las mañanas y a entrenar en el gimnasio al mediodía.

“Hoy por la tarde fui por primera vez al cine –escribió Macías el 2 de marzo en su columna de *La Afición*--. Esto me sirve para ahuyentar la natural preocupación que uno siente. Por otra parte, un empresario de un salón de baile en Oakland quería que me presentara en su local bailando mambo... no lo hice porque esto podría haber dado lugar a que se pensara mal de mí si llegaba a México la noticia”.<sup>(11)</sup>

Macías conoció a su rival hasta el jueves 3: “Es un tipo que parece imposible... después de mi entrenamiento los fotógrafos nos reunieron y a uno de ellos se le ocurrió llevar una ratonera y así nos retrataron. Mañana tendré que presentarme para que me tomen las huellas digitales en el Departamento de Policía, como se acostumbra aquí”.

El mexicano se mantuvo arriba en las apuestas, en proporción de 2-1, sobre un púgil que había fracasado dos veces en intentos titulares, aunque en ninguno había sido noqueado. Para Songkitrat era su primera contienda fuera de Oriente.

Aunque el tailandés no parecía un digno rival, el arrastre del ídolo provocaba una gran expectación: la pelea sería transmitida por televisión a todo Estados Unidos y por radio a México y se esperaba la asistencia de 8 mil aficionados, que dejarían una taquilla de 35 mil dólares.

La noche del miércoles 9 de marzo, el Palacio Vaquero de San Francisco fue una sucursal de la Arena Coliseo de la ciudad de México: muchos aficionados llegaron con sombreros de charros, sarapes y algunos hasta con guitarras para entonar el *Cielito Lindo*.

Abajo del ring, otro ídolo se presentó al trascendental duelo: Rodolfo *Chango* Casanova, quien apenas fue descubierto por los fanáticos fue vitoreado y alzado en hombros.

Songkitrat subió al cuadrilátero con una bata carmesí y oro y poco después lo hizo el *Ratón*, cubierto con una bata blanca de seda con vivos azules y sobre los hombros un sarape de Saltillo que alguien le había colocado en su trayecto al

ring. La ovación fue más intensa cuando Macías ondeó una bandera mexicana y otra estadounidense.

Fue la primera batalla que Macías realizó como profesional fuera de México, pero sus fanáticos lo hicieron sentir como en casa.

“No sólo la inmensa mayoría de concurrentes eran mexicanos, sino que ellos actuaron exactamente como el público de México, las mismas porras que escuchamos en la Plaza México el domingo 26 de septiembre las hemos tenido aquí”, escribió Antonio Andere.

“Cuando el *Ratón* entró al ring, estallaron aplausos y los gritos de *shiquitibum a la bio a la bao*, etcétera, que son peculiares en México. Ya hemos dicho que abundaban entre los concurrentes los sombreros de charro y también se veían los vistosos sarapes de Saltillo y de Oaxaca, así como una cantidad enorme de banderas y banderolas mexicanas. En fin, un ambiente precioso”.<sup>(12)</sup>

#### 4.2.1. “No nos ciega el patriotismo”

Esa pelea, seguiría diciendo el *Ratón* muchos años después, es uno de sus mejores recuerdos sobre el ring.

Reseñó Andere: “Suena la campana. Tras el anuncio de los boxeadores y sus pesos (fueron iguales, ambos 117 libras y un cuarto, el límite es 118) y la alharaca magnífica al ser anunciado el *Ratón* podía escucharse el vuelo de una mosca mientras los *boxers* ya solos en sus esquinas y el réferi Apostoli al centro esperaban el sonido del gongo para empezar el combate.

“Mencionaremos que con el *Ratón* subieron *Pancho* Rosales y el griego George Parnassus, mientras su entrenador el *Negro* Pérez se quedó abajo por lo que se ofreciera. Al fin sonó el gongo y a padecer, mas la verdad el padecimiento duró poco. Fuera de las angustias naturales por los golpes aislados que tiraba el tailandés en medio de su desgracia, fuera del primer episodio, en que la cosa fue pareja, no hubo duda alguna sobre quién era ahí el mejor y el que iba a triunfar.

“En cuanto sonó la campana, el tailandés salió muy giro, arrancándose de su esquina cual si fuese un gato para comerse un ratón. Macías lo dejó hacer,

concretándose a enviar de cuando en cuando su izquierda en forma de jab para detenerlo, pero de pronto, cuando más entusiasmado estaba Songkitrat en su feroz ataque, el *Ratón* le dio un gancho izquierdo al cuerpo cuyos daños fueron visibles y el de Siam, en medio de la parsimonia de su asiática faz, pudo denotar que aquello le había disgustado en grado sumo. Tras ese momento ya no fue tan fiero. El *Ratón* lo detuvo con ese golpe y debemos decir que el triunfo se basó en su golpeo abajo.

“Songkitrat salió para el segundo casi con el mismo ánimo que al inicio. Logró un campanazo derecho a la cabeza del *Ratón* y más tarde un gancho izquierdo, pero cuando el tailandés quiso repetir el rechazazo el *Ratón* reaccionó con la diestra en la mitad de la cara. El golpe fue uno de los más brutales, efectivos y dañinos que puedan haberse dado sobre un ring. A este servidor le dio la idea exacta como si el puño de Macías hubiese chocado contra un rojo jitomate. La sangre brotó a borbotones, exactamente como si hubiese sucedido lo dicho y el tailandés quedó un instante como estatua, absolutamente quieto, pero se cubrió inmediatamente retirándose hacia atrás.

“Toda su resistencia, valentía y poder de recuperación, antes de mucho, pese a la abundante hemorragia volvió a atacar y vimos lo que iba a repetirse quién sabe cuántas veces en la noche: que el tailandés lograba un buen golpe aislado, mas lo pagaba carísimo.

“Dada esa superioridad, sin esforzarse mucho, el *Ratón* salió a flojear en el quinto, concretándose a jabs. Pero los mexicanos no habían ido a ver eso, empezaron palmas de tango, algunos ‘bus’ y sirvió el acicate. El *Ratón* empezó a mover ambas manos y de pronto su diestra se puso de nuevo con solidez en la nariz del de Siam y se repitió lo del jitomate reventado. La sangre que había sido restañada volvió a aparecer en abundancia y entonces Songkitrat se puso de plano a la defensiva.

...

“Songkitrat salió para el undécimo cubriéndose y corriendo, materialmente en bicicleta, pero un hombre cansado y agobiado no puede pedalear fuerte. El *Ratón*, viendo al enemigo a su alcance para terminarlo atacó como nunca lo había



hecho, culminando su ataque con otro terrible y devastador gancho izquierdo abajo cuando Songkitrat estaba muy cerca de su esquina y después lo ametralló con ambas manos hasta hacerlo caer. Le contaron ocho. Al levantarse lo persiguió hasta ir a dar a una esquina neutral y culminando con un brutal recto derecho lo envió de nuevo a la lona otra vez para la cuenta de ocho. Se incorporó el tailandés y casi ahí mismo, mientras procuraba taparse, lo volvió a ametrallar hasta que el ex campeón Apostoli intervino para acabar la carnicería. Cuando Songkitrat se quitó los guantes de la cara había tras de ellos un manantial sangriento.

“México había producido otro campeón mundial. No nos ciega el patriotismo pues muchos otros comulgan con nuestra idea: el *Ratón* se vio señorial en este encuentro. Lució su clase, su calidad, su técnica, casi ciencia, sus recursos, sus facultades en forma tal vez como nunca. Dejó a los concurrentes no sólo satisfechos, sino encantados, boquiabiertos, a nuestro alrededor ya no tras el triunfo sino desde los rounds intermedios escuchamos varias opiniones admirativas diciendo en términos generales que no sólo era el *Ratón* lo que pensaban de él y se había dicho, sino muchísimo mejor”.<sup>(13)</sup>

El réferi Fredi Apostoli detuvo la desigual contienda a los 2 minutos y 38 segundos del undécimo round y lo que se vivió entonces “fue indescriptible” de acuerdo con la narración de Andere y de las agencias de noticias:

Los mexicanos “parecían poseídos de locura”, volaron los sombreros de charro sobre el cuadrilátero y cientos de aficionados se amontonaron para estar cerca de su ídolo y levantarlo en hombros, mientras la policía se mostraba incapaz de contener tanto frenesí. “Las palmas, los gritos, el ulular eran imponentes”, apuntó un asombrado reportero.

En la vecindad de Tepito se vivieron escenas semejantes.

“Cuando el *Ratón* derribó por primera vez a Songkitrat –describió *La Afición--*, su mamacita se hincó y oró con devoción. Cuando la pelea terminó, se incorporó maquinalmente, anonadada por la emoción, sin poder articular palabra... y volvió a la realidad cuando su hijo Arturo corrió a echársele en los brazos. Fue entonces cuando estalló la alegría. Los vecinos y la gente del barrio se

desbordaron sobre la casa, lanzando electrizantes porras al *Ratón* y a México que le enchinaron a uno el cuerpo...”

En el Palacio Vaquero, luego de recibir en los vestidores su cinturón de la NBA, el *Ratón* no encontró palabras: “No sé cómo expresar mi alegría por haber conquistado este medio campeonato”, articuló apenas, emocionado.

Y mientras Chamrern se acariciaba la hinchada nariz y el inflamado ojo izquierdo casi cerrado, su mánager Al Silvani se quejó de golpes bajos del mexicano. Songkitrat, acostumbrado al boxeo tailandés, aseguró que eso no le perjudicó, sino el sólo haber entrenado durante dos semanas.

El *Ratón* se convirtió así en el cuarto campeón mundial mexicano, el segundo en peso gallo, división que con los años se convertiría en la más exitosa del pugilismo nacional.

“Macías noqueó a Songkitrat y es campeón del mundo”, tituló *La Afición* en su primera plana del jueves 10 de marzo de 1955.

El diario realizó un tiraje de 200 mil ejemplares, en los que sus lectores pudieron emocionarse desde los encabezados: “Detuvieron la pelea a los 2:38 minutos del onceavo, poco después de que el tailandés se había levantado de su segunda caída en ese round. En el sexto también cayó Songkitrat en dos ocasiones. Además, sufrió cortada en ceja y sangró de la nariz desde el segundo”.

Entre las llamadas de felicitación que recibió el púgil, una fue del popular mimo *Cantinflas*, quien seguía siendo gran aficionado al deporte de los puños.

El sueldo para los púgiles era de 13 mil 300 dólares (ya incluido su porcentaje de transmisión televisiva) y al *Ratón* le quedaron 7 mil dólares libres, mil más de los calculados, ya que su apoderado Luis Morales logró una reducción en los impuestos al argumentar que el púgil mantenía a sus seis hermanos menores.

Esos 7 mil dólares están muy lejos de las grandes cantidades que ahora ganan los campeones mundiales, pero en aquel México de 1955 –mientras Pedro Infante triunfaba con *Escuela de vagabundos*--, un traje en Liverpool costaba 337.50 pesos, un televisor de 43 centímetros 2 mil 995 pesos y un viaje redondo Distrito Federal-Guadalajara, por Mexicana, 240 pesos.

#### 4.2.2. “Trepó por la azotea para llegar a su casa”

El recibimiento al ídolo con guantes fue apoteósico.

Más de 5 mil fanáticos acudieron al aeropuerto desde las 19:30 de la noche para recibir al peleador, cuyo arribo estaba programado a las 23:00 horas.

Apenas iba bajando de la escalinata del avión y miles de aficionados se lanzaron sobre él. Como pudo, el *Ratón* llegó hasta donde lo esperaban sus padres, su abuela y su novia, y la policía formó una valla para que pudiera escabullirse.

Sin embargo, cuando salió al estacionamiento en busca de su automóvil, la multitud lo alzó el hombros para que todos pudieran vitorearlo y finalmente lo subieron al toldo de una camioneta, desde donde pudo escuchar las porras y agradeció, con su clásico gesto de agachar la cabeza, las ensordecedoras muestras de apoyo de sus fieles seguidores.

Ahí estuvo más de 15 minutos, manteniendo difícilmente el equilibrio, mientras sus fanáticos trataban, siquiera, de tocarlo.

Fue necesaria la intervención de granaderos para sacarlo del lugar y de varios motociclistas para escoltarlo y llevarlo a su barrio, donde ya lo aguardaba otra delirante multitud.

Unas 10 mil personas se habían dado cita alrededor de la famosa vecindad de Héroes de Granaditas, en cuyo patio los más allegados bailaban al ritmo de una orquesta. Las calles de Tepito habían sido adornadas por los vecinos y por dos empresas licoreras, que repartieron botellas de ron Potrero y cervezas Caballito.

“Fue, para decirlo en dos palabras, un tumulto –reseñó el periodista Miguel Sánchez--. Tanto, que el *Ratón* Macías una vez que con miles de apuros, casi martirizado y pese al auxilio de la policía, consiguió entrar al patio de la vecindad, a fin de llegar a su habitación, tuvo que trepar por las paredes hacia la azotea para en esa forma llegar a su casa. Y eso le llevó más de una hora. Los policías tuvieron que ir a rescatarlo pues lo esperaban para una entrevista para canal 2.

Llegó al fin extenuado aunque muy alegre y sin zapatos: los había perdido en el tumulto que se extendió por varias cuadras... Había marimbas, orquestas, mariachis, era una fiesta nacional. El *Ratón* para llegar a su casa tardó mucho tiempo y siempre estuvo en los hombros de los aficionados de su barrio que querían cargarlo eternamente. Por varias calles antes de su casa lo llevaron en hombros. Por cierto, también cargaron en hombros a *Fili Nava*, su máximo rival deportivo en México, cuando el tacubense llegó a felicitarlo”.<sup>(14)</sup>

Esa fue la cima de su popularidad.

En sus *Memorias*, Antonio Andere aseguró: “No se recuerda una recepción semejante como aquella de locura en honor al *Ratón* cuando regresó de San Francisco después de haberse coronado campeón de peso gallo reconocido por la Asociación Mundial”.<sup>(15)</sup>

Le pagaban hasta por verlo.

A fines del mes –mientras Songkitrat era internado en un hospital de Nueva York por “depresión nerviosa” a causa de la contienda y se daba por terminada su carrera pugilística--, al mexicano le dieron 40 mil pesos por ser el réferi en funciones de boxeo realizadas en Ciudad Juárez, Torreón, Monterrey y Nuevo Laredo.

#### **4.3. Con la mandíbula fracturada**

Eran los días de gloria.

Un mes después de su coronación, combatió en Mexicali ante *Memo Sánchez*, el mismo que lo había vencido en la final de los Guantes de Oro, y el *Ratón* probó el sabor de la revancha: lo noqueó en seis episodios.

En mayo le consiguieron su segunda pelea en el extranjero. Sin exponer su cetro mundial, enfrentó el 2 de mayo, en San Antonio, a un púgil llamado *Baby Moe Mario* y no tuvo problema para imponerse por nocaut en 5 rounds.

Y cobró como ídolo: 20 mil dólares, en lo que fue la mejor bolsa de su carrera hasta entonces.

Su primera defensa estaba programada ante el escocés Peter Keenan, pero no estuvo disponible y le ofrecieron otro rival: Billy Peacock, a quien ya había vencido en un duelo anterior, el 13 de marzo de 1954.

La pelea se había realizado en el Distrito Federal, con triunfo para el *Ratón* por nocaut en 7 episodios. El estadounidense, ex campeón gallo de Norteamérica, había caído varias veces a la lona, por lo que al mexicano se le hizo fácil aceptar la revancha, que sería sin el título de por medio.

“Espero ganarle como lo hice en el Distrito Federal: por nocaut”, expresó un optimista *Ratón* días antes de la contienda.

Nítidas en la memoria las imágenes de su coronación, los fieles *ratoncistas* acudieron en gran número a la presentación del ídolo en Los Angeles.

No había lugar para el pesimismo: Macías llegaba sin derrota en 17 peleas y no sólo como campeón mundial y monarca de Norteamérica, sino como el nuevo ídolo del pugilismo mexicano a sus escasos 20 años de edad.

La noche del 15 de junio de 1955, los mexicanos radicados en California, más muchos otros que cruzaron la frontera, se congregaron en el Olympic Auditorium para rendirle pleitesía al *Ratón*.

La mayor parte de los 8 mil 519 espectadores –que dejaron en taquilla 37 mil 570 dólares--, empezó la fiesta mexicana desde el primer round, cuando Macías dominó por completo a su rival con base en su gran velocidad y su buen manejo de la mano izquierda.

El segundo round fue una copia del primero: “El *Ratón* brilló intensamente, siguió peleando con rapidez y conectó con suma facilidad a su rival”, definió el cronista de la agencia Ap.

Para el tercer asalto, confiado de la forma en que se realizaba la pelea y de su victoria anterior, Macías aceptó el intercambio de golpes ante el poderoso Peacock.

“Y ahí fue el desastre del mexicano –reseñó el cronista--. Peacock salió para el tercer episodio atacando rudamente y Macías aceptó todos los cambios de golpes, siendo ello su perdición. Apenas al inicio, el mexicano perdió su protector

bucal por un gancho de izquierda de Peacock y cayó por primera vez a la lona con un sólido derechazo”.

La fiesta había terminado. Incrédulos, los mexicanos guardaron un silencio expectante.

Macías se levantó casi de inmediato, pero sólo fue para ser vapuleado otra vez por su enconado rival. En otro feroz intercambio, Peacock sacó un tremendo golpe de zurda que pegó pleno en el lado derecho de la indefensa mandíbula.

El de Tepito se quedó quieto por un instante y se dejó caer hacia el frente. Los miles de mexicanos vieron entonces una de las imágenes más trágicas en la historia del boxeo nacional: el *Ratón* cubriéndose la cara con sus guantes, boca abajo, totalmente inmóvil.

Y ahí se quedó, tendido sobre la lona, mientras el réferi Mushi Callahan terminaba el conteo de 10 segundos y decretaba su derrota. De inmediato sus mánagers *Pancho* Rosales y George Parnassus lo fueron a levantar y prácticamente en vilo fue llevado a su esquina donde comprobaron lo que ya presentían: el *Ratón* tenía rota la mandíbula.

Rápidamente lo llevaron a los vestidores, de donde tan sólo unos minutos después salió en una ambulancia rumbo al hospital George Street.

La agencia Ap relató: “Pocos boxeadores podrán haber sufrido su primera derrota en forma más contundente, trágica e inesperada, de como acaba de acontecer al joven peleador mexicano Raúl *Ratón* Macías... El muchacho que debutaba en Los Angeles fue noqueado espectacular y terriblemente a los 2 minutos y 29 segundos del tercer round por el norteamericano de color Billy Peacock, quien había sido noqueado en la Ciudad de México el sábado 13 de marzo del año pasado... La venganza de Peacock ha sido terrible pues no sólo noqueó a su victimario de hace un año y tres meses, sino le rompió la quijada”.<sup>(16)</sup>

La agencia estadounidense de noticias fue a más y no sólo observó muy difícil que el mexicano enfrentara al francés Cohen, el reconocido monarca por la Comisión de Campeonatos Mundiales para definir la posición única del cetro, sino que lo puso al borde del retiro debido a sus dificultades para marcar el peso gallo.

#### 4.3.1. La imagen de la derrota

Había caído tan sólo tres meses y 6 días después de su noche de gloria.

Sin embargo, en una inexplicable muestra más de la idolatría popular, el boxeador fue vitoreado en el aeropuerto capitalino como si hubiera regresado de una guerra triunfal.

“El *Ratón* fue recibido como en sus victorias”, tituló *La Afición* el viernes 17 de junio.

Si en su retorno como campeón mundial fue alabado por más de 5 mil aficionados en el aeropuerto capitalino, en esta ocasión unos 10 mil fanáticos fueron a aplaudirle al héroe caído: “Una compacta multitud aclamó al pequeño ídolo, al arribar a esta ciudad procedente de Los Angeles en el vuelo 583 de Mexicana de Aviación. Embutido en una gabardina beige y con un vendaje que le sostenía la mandíbula, el *Ratón* Macías esbozó una sonrisa y saludó a la multitud, alrededor de 10 mil almas, que lo aclamaban al descender las escalerillas del tetramotor. Los vendajes no podían ocultar la inflamación de las mejillas producto de la doble fractura que sufrió en el maxilar inferior”.<sup>(17)</sup>

Era “la imagen de la derrota”, apunta Gómez Arias y define como patética la figura del peleador.<sup>(18)</sup>

La señal televisiva, en blanco y negro, muestra al peleador con la cabeza vendada casi en su totalidad.

“Fue la noche que lloró México”, definió el *Ratón* muchos días después. “Peacock me fracturó la mandíbula, pero a mi retorno la gente me recibió como un héroe. Yo traía la cabeza vendada y fui directamente al hospital. Yo no quise operarme en Estados Unidos, así que vine al sanatorio Santa María de Guadalupe. Tuve la mandíbula alambrada durante dos meses y después tenía que hacer ejercicios para fortalecerla”.

Y al *Ratón* le alcanzó el humor para reírse de sí mismo: “El doctor me acostó para inyectarme la anestesia y me dijo que iba a contar hasta 10. Comenzaron las enfermeras, 1... 2... 3... 4... y casi dormido escuché ¡nueve!...

Inmediatamente me levanté de un salto y puse los puños en guardia. Creí que estaba arriba del ring”.

La operación, realizada por el doctor Velasco Zimbrón, duró 35 minutos.

“Se trata de una doble fractura en el maxilar, una en la parte baja y la otra en la ascendente, una abajo del colmillo izquierdo y otra donde nace la muela del juicio al lado derecho, perdió esa muela y otra adjunta”, informó el médico, quien culpó de la desgracia a la muela del juicio que todavía no salía por completo, “estaba totalmente atravesada, lo que hizo que se debilitara el maxilar y con cualquier golpe conectado en ese lugar se hubiera provocado la fractura”.

El *Ratón*, que no había podido hablar, explicó a susurros su derrota: “Yo le estaba metiendo las manos más fácil que en la primera pelea, lo traía todo *turulato* y para el tercer round me disponía a darle la puntilla. De repente vino el golpe quién sabe de dónde. Yo sentí el impacto y se me aflojó la quijada, por lo que instintivamente me llevé los guantes a la cara y me tiré al suelo. Inmediatamente me di cuenta que me había fracturado el maxilar pues lo tenía completamente flojo... después de la pelea lloré de impotencia porque sabía que había defraudado a mis compatriotas. Fue un suertazo, Peacock se sacó la lotería... y si antes pensaba en retirarme, eso ya se me olvidó”.

En la mañana del lunes 20 le quitaron la sonda que lo alimentaba por la nariz y le empezaron a suministrar jugos con un tubo de cristal en la boca. El miércoles, sus fieles fanáticos se presentaron en el hospital y le lanzaron porras. El *Ratón* se levantó de su cama, caminó por los pasillos y agradeció el apoyo.

Y el jueves 23 recibió una visita que lo llenó de alegría: el *Chango* Casanova, que para entonces ya peleaba con sus fantasmas, fue a reanimarlo.

Los ídolos, frente a frente, dialogaron durante una hora.

Cuatro meses estuvo el *Ratón* inactivo por la fractura. Reapareció el 17 de octubre en Corpus Christi y venció por decisión en 10 asaltos a Cecil Schoonmaker.

Su siguiente batalla importante fue en marzo de 1956. Realizó la primera defensa de su cetro mundial ante el filipino Leo Espinosa, a quien ganó por nocaut



en 10 asaltos, y siguió rompiendo marcas: impuso un nuevo récord de recaudación de taquilla en la Plaza de Toros México: 705 mil 910 pesos.

La vida le sonreía sin reservas y exactamente un año después contrajo matrimonio con Yolanda Calderón.

Luego realizó peleas intrascendentes, ante rivales desconocidos, en donde lo más difícil era mantenerse en el límite de los 53 kilos y 500 gramos.

La segunda y última defensa de su cetro mundial fue en San Francisco. El 15 de junio de 1957 se midió con otro filipino, Dommy Ursua, y otra vez volvió a salir con la mano en alto, ahora por nocaut en 11 episodios.

En julio, un hecho causó hilaridad en la prensa deportiva: el *Ratón* fue mordido por un cerdo “en salve sea la parte”, en su granja de la avenida Cuitláhuac.

El 17 de octubre, el joven de 23 años experimentó por primera ocasión la indescriptible sensación de ser padre: nació su primogénito Luis Raúl.

#### **4.4. La noche triste del boxeo mexicano**

Sin embargo, 1957 fue un año de malos recuerdos.

En sólo ocho meses, México pierde a tres símbolos.

El 15 de abril, Pedro Infante murió mientras viajaba como copiloto en un avión carguero de la empresa TAMSA, de la cual era socio.

El 28 de julio, un temblor cimbró la ciudad de México y el Ángel de la Independencia terminó en mil pedazos.

Y el 6 de noviembre, el *Ratón* sufrió la que es considerada la peor derrota en el pugilismo nacional.

Algunos incluso la definen como *La noche triste del boxeo mexicano*.

Otra vez, Los Angeles. Ahora, el estadio de beisbol Wrigley Field.

El rival es el franco-argelino Alphonse Halimi, en duelo unificador del cetro mundial de peso gallo.

Una semana antes, de lo único que se hablaba en México, Los Angeles, Argelia y Francia era de la batalla titular.

“Se trata de la pelea en peso gallo que más ha interesado en la historia del boxeo mundial”, coincidieron algunas agencias informativas sobre el duelo que sería transmitido por televisión en todo el territorio estadounidense y por radio a los países de los contendientes. A México la transmisión radial sería mediante la XEQ, en la voz de Angel Fernández.

El francés, de ascendencia judía, había tenido una infancia similar al *Ratón*. A sus 7 años se ganaba algunas monedas al darse de puñetazos con otro infante en la pista de un cabaret. Alphonse era el decimoséptimo hijo de una humilde familia y las monedas que recogía, como algún tiempo lo hizo Raúl, eran para comprar pan.

Era sin duda el rival más peligroso al que se había enfrentado. Tenía 25 años. Había nacido en Constantina, ciudad de la Argelia Francesa, y como pugilista amateur realizó 189 peleas. De profesional sumaba 20 victorias, con 12 nocauts, y una derrota. Medía 1.60 metros, cuatro centímetros menos que el mexicano, pero su aspecto era de un fisicoculturista y sus movimientos arriba del ring parecían los de una pantera. Era el campeón reconocido por todos los organismos boxísticos existentes entonces, salvo por la NBA, que tenía como monarca a Macías.

Halimi había llegado al título luego de vencer al sordomudo italiano Mario D'Agata, quien a su vez se impuso a Robert Cohen. Además del boxeo, trabajaba como sastre y por enfrentar al *Ratón* tenía una bolsa garantizada de 50 mil dólares.

Sin embargo, por el gran apoyo de los mexicanos residentes en California, Macías era favorito por 2-1 en las apuestas. El *Ratón* entrenaba siempre bajo el aplauso de centenares de aficionados que se entusiasmaban en grande al verlo intercambiar golpes con su *sparring* José Becerra. El tapatío era el mejor peso gallo de México y, años después, vengaría la afrenta que el ídolo estaba por sufrir.

El ambiente de optimismo en los entrenamientos de Raúl se vio fortalecido el domingo 3 de noviembre, cuando María Félix lo visitó en el gimnasio y se confirmó que *Cantinflas* asistiría también a la crucial batalla. El mimo preparaba

entonces el estreno de *La Vuelta al Mundo en 80 Días*, su primera película en inglés.

María Félix aparecía entonces en la pantalla cinematográfica al estelarizar la multipremiada *Tizoc*, con Pedro Infante, y en todos lados era acompañada por el magnate francés Alex Berger, su quinto esposo, quien le había regalado “un fabuloso anillo a un costo de más de un millón y medio de pesos”, según los cronistas de espectáculos.

“Raúl está en la máxima condición física de su vida”, aseguró el mánager *Pancho Rosales*, en un desesperado intento por alejar el fantasma que perseguía al mexicano: sus problemas para dar el peso, luego de cuatro años de seguir en la división gallo.

Macías, a sus 23 años, debía mantenerse en un régimen militar para dar el límite de los 53 kilos y 500 gramos. Así lo había hecho en sus 32 peleas, de las que sólo había perdido una vez, ante Peacock. El estadounidense, que había enfrentado a los dos púgiles, generó más entusiasmo al dar como favorito al *Ratón*.

El lunes 4, Raúl finalizó sus entrenamientos “con una seriedad impresionante”, que contrastaba con el ambiente de fiesta imperante que se estaba generando a su alrededor: autoridades estadounidenses informaban que miles de mexicanos se dirigían a Los Angeles.

“Millares de aficionados mexicanos han cruzado la frontera”, decían los oficiales de las aduanas, que reportaban el paso de cientos de autos y autobuses en Nogales, Arizona, Ciudad Juárez, Tijuana y Mexicali.

Las líneas aéreas tenían el boletaje totalmente vendido, mientras la embajada de Estados Unidos en México informó que en los últimos días había otorgado la cifra récord de 8 mil visas.

Era “el momento cumbre del boxeo mundial contemporáneo”, escribían los periodistas y observaban que, “por primera vez en la historia”, se veían decenas de automóviles con placas del Distrito Federal y de otras ciudades mexicanas transitando en las calles de Los Angeles.

Los promotores Cal Eaton y George Parnassus esperaban la asistencia de 35 mil fanáticos, que dejarían en taquilla un cuarto de millón de dólares.

“Jamás había despertado tanto interés entre los aficionados mexicanos un combate de boxeo”, escribió Antonio Hernández en *La Afición*, mientras el *Ratón* aseguró que había entrenado “como nunca”, pero confesó que su problema principal había sido saludar y atender a los cientos de mexicanos que lo visitaban en el hotel Disneylandia para desearle suerte.<sup>(19)</sup>

#### 4.4.1. “El *Ratón* noqueará...”

No había espacio para el pesimismo.

Entre los miles de mexicanos que viajaron a la ciudad angelina estaban los productores Raúl de Anda y Gregorio Wallerstein, además del diestro Carlos Arruza, el beisbolista *Beto Avila* y Alejo Peralta, director del Instituto Politécnico Nacional.

Recuerda el periodista José Ramón Garmabella: “Apenas al anunciarse el anhelado combate, nadie en México dudó de la victoria de Raúl Macías. La pregunta, en todo caso, era adivinar el asalto en que el boxeador de Tepito acabaría con el europeo. Y no sólo eso, sino que miles de mexicanos, además de aprestarse a viajar a Los Angeles a presenciar la pelea, apostaban todo cuanto tenían a los puños de Raúl, incluidos casa y automóvil. El optimismo era a tal punto desbordado que quien dudara el triunfo del tepiteño, una de dos: o era acusado de casi antipatriota o, en su defecto, corría grave peligro de enfrascarse en reyerta callejera”.

Sin embargo, el reportero alertó de un “negro presentimiento” días antes de la contienda.

“Voces más sensatas que las optimistas a ultranza, aún reconociendo la grandeza boxística del *Ratón* Macías, advirtieron el peligro cuando desde el mismo día de su llegada a Los Angeles, se percataron que Alphonse Halimi, aunque ligeramente más bajo que Macías, era fuerte como un roble y dueño de una musculatura impresionante, esto sin contar que era dirigido por Phillip Phillipi,

catalogado como el mejor estratega boxístico de Europa. Y como anécdota, debe apuntarse igualmente que Halimi tenía como apoderada a Nicole, una rubia francesa quien era lo que se dice un auténtico monumento”.

El pesimismo era compartido por el propio apoderado del *Ratón*, el griego Parnassus, quien sabía de las dificultades del mexicano para dar el límite de la división.

“El mismo Parnassus, acompañado de su único hijo, sacerdote, le dijo durante la cena antes del día del combate a Angel Fernández, encargado de transmitir radiofónicamente la pelea a México: ‘los mexicanos deben rezar porque se consume el milagro. El *Ratón* va a perder no sólo por ser Halimi mucho más fuerte, sino por los problemas que tiene para dar el peso’...”<sup>(20)</sup>

El mánager *Pancho* Rosales terminó por ensombrecer el panorama: “Halimi podría noquear al *Ratón*”.

En efecto, la mañana de aquel fatídico 6 de noviembre el rostro de los púgiles presagiaba lo que sucedería en la noche: el mexicano pálido y exhausto frente al argelino fuerte y sereno.

En la ciudad de México, en cambio, todo era optimismo.

El fanatismo boxístico se mezcló con el religioso y en la Basílica de Guadalupe se anunció que el templo estaría abierto durante toda la noche para aquellos fieles que quisieran rezar por el triunfo de la deidad con guantes.

Y el ritual se cumplió una vez más: miles de veladoras fueron encendidas en los altares con la pagana petición de que Macías le pegara a su rival.

“El *Ratón* noqueará a más tardar en el décimo round”, tituló en grandes letras *La Afición*, luego de que *Fray Nano* entrevistó a 10 expertos boxísticos y siete de ellos dieron como favorito al mexicano.

Con ese mismo ánimo triunfal empezó a llegar la multitud desde las 17:45 horas al estadio Wrigley Field.

Una hora antes de la contienda, pactada a las 19:00 horas tiempo local (21:00 en México), más de 20 mil aficionados ya estaban congregados alrededor del cuadrilátero: “Era un ambiente de carnaval bajo una blanca y enorme luna de otoño. Flotaban globos de todos los colores. Había una multitud de mexicanos

cubiertos con pintorescos sarapes y tocados con los típicos sombreros de alas anchas. Muchos llevaban gallos de pelea”.

A las 18:20 un clamor que se fue haciendo cada vez más grande anunció la llegada de la diva María Félix.

--¡María-María-María! --gritaban los fanáticos entregados totalmente al boxeador y a la bella.

La actriz, acompañada de Alex Berger, fue escoltada por la policía hacia sus lugares de privilegio.

“Estamos con el *Ratón* para que esta noche conquiste el campeonato mundial para México con la ayuda de la Virgen de Guadalupe”, expresó la guapa sonoreense al ser entrevistada por Angel Fernández.

Millones de mexicanos que seguían la pelea por radio tuvieron más motivos para entusiasmarse al escuchar también al músico poeta Agustín Lara: “El *Ratoncito* es un pedazo de México y yo, modestia aparte, creo ser una gotita de su sangre. Entonces tenía que estar presente a como diera lugar”.

El cómico *Palillo* –ataviado con un enorme sombrero charro con la palabra “México” en letras rojas— subió al cuadrilátero para orquestar una porra monumental coreada por los más de 20 mil fieles.

En ese momento, las 18:53 horas, se empezó a escuchar *La Marsellesa*, con lo que el odiado Halimi salió de su vestidor. Ataviado con bata blanca y ribetes azules, un sonoro abucheo lo acompañó hasta el ring, mientras las luces generales se apagaron y sólo quedó iluminado el escenario de la contienda.

De pronto, la rechifla terminó cuando a lo lejos se escuchó un grito: “¡Allá viene el *Ratón!*”.

El ídolo, de bata azul y vivos rojos, fue recibido con una estruendosa ovación y el Himno Nacional Mexicano.

Luego, un charro con sarape soltó un gallo de pelea sobre el cuadrilátero.

Era el punto final de una larga espera.

#### 4.4.2. “Los abuceos de mi público”

La ciudad de México, en tanto, parecía un lugar sin vida.

“Las calles estaban desiertas –describió Antonio Hernández— y cualquiera hubiera jurado que la ciudad había sido desalojada ante una emergencia, de no ser por los sonidos un tanto gangosos de algunos radios a todo volumen. En cantinas, restaurantes, cafés, cervecerías y en sus casas todo el pueblo se agolpaba alrededor de los aparatos”.<sup>(21)</sup>

Todo estaba preparado para la consagración plena del púgil de Tepito.

El gentío no dejó escuchar el campanazo inicial. En las gradas unos aficionados aclamaban al *Ratón* y otros entonaban canciones populares.

Sin embargo, desde los primeros instantes el francés actuó su papel de villano y regresó a todos a la realidad.

“Tenemos que decir que el *Ratón* perdió la pelea de esta noche desde el mismísimo primer episodio –escribió *Fray Nano*--. Casi de salida, y respondiendo ambos al llamado de la primera campanada, Halimi le dio al *Ratón* un sólido derechazo con el que le infló el ojo izquierdo. Fue, como quien dice, un golpe clave. El *Ratón* sintió muy temprano en el combate la dureza de ese impacto. Se dio cuenta de lo duro que pegaba el francés y a partir de entonces, impelido por el único deseo de no volver a recibir otro golpe similar o de no ser noqueado, se dedicó a hacer una pelea de corto. Y en ese terreno su desventaja era grande dada la superioridad física, la fortaleza de Halimi”.

La multitud, pasmada, guardó un silencio de muerte en esos dos primeros rounds. Pero en el siguiente episodio los fanáticos sintieron que el alma les regresó al cuerpo.

“Fue en el tercer round cuando el *Ratón* pareció encontrarse a sí mismo y encontrar el camino indicado. En efecto, en ese round el *Ratón* empezó a pegar abajo, pero dejó de tirar ahí. Inexplicablemente renunció al empleo de su mejor recurso: el golpeo al cuerpo. Después de ese tercer round que nos hizo el efecto

de un chispazo de esperanza, pero un chispazo fugaz, el *Ratón* Macías aflojó en forma desilusionante”.

Había sido, en efecto, una quimera.

“En el cuarto episodio le abrieron (al *Ratón*) la boca y la nariz. El galo conectaba sus jab de izquierda, derechazos volados y ese oper que tanto domina y del que tantos dividendos buscó. Y, según nuestra apreciación, Macías perdió seguiditos los rounds cuarto, quinto y sexto”.

Macías intentó entonces resurgir de sus cenizas.

“En el séptimo hizo un esfuerzo tremendo. Su gran corazón y su casta suplieron en ese momento su carencia de energías y de vigor y lo empujaron a realizar una titánica labor. Puso a funcionar su izquierda y conectó ganchos excelentes y con la derecha realizó ráfagas impresionantes. Volvió a repiquetear con su izquierda sobre la cara de Halimi y la gran multitud enloqueció. Por muchas razones, en incontables ocasiones, hemos sentido admiración por el *Ratón*. Pero pocas veces como en ese séptimo round al verlo realizar el titánico esfuerzo que le permitió ciertamente ganar el episodio, pero a costa de lo último de energía que le quedaba en el cuerpo. Triunfó en el round, pero acabó amoladísimo. Se veía materialmente que ya no podía”.

Estaba, lo sabía, en una guerra sin futuro.

“Entonces perdió los dos asaltos siguientes, octavo y noveno. Es indiscutiblemente grande el *Ratón* y todavía en el décimo produjo otro chispazo de esperanza cuando se acordó de algo importantísimo: pegar al cuerpo. Clavó su gancho de izquierda al hígado y el francés acusó los efectos del golpe, pero de nuevo Macías olvidó el gran secreto. Lo olvidó o, simplemente, no tenía la fuerza suficiente para insistir en el ataque a los bajos. Tras ese décimo round que ganó, Macías acabó totalmente sobre el ring. De ahí en adelante su preocupación fue no perder por nocaut. Aparte, él nunca había ido a una pelea de 15 episodios. Esos últimos rounds del combate de hoy le pesaron como grandes planchas de plomo. De vez en cuando tiraba golpes, pero lo hacía siempre bajo la tesitura psicológica del temor de ser noqueado, soltaba las manos lleno de precaución”.

Al inicio del round once, el *Ratón* era vapuleado arriba y abajo del ring.



Le dolían, claro, los golpes del francés, pero lo que más le lastimaban eran los abucheos, silbidos y burlas de los fanáticos que apenas 30 minutos antes lo habían idolatrado.

“Del undécimo al decimoquinto el *Ratón* perdió los cinco rounds, en fila india. La gran multitud que antes de la pelea lo arropaba con sus porras y su entusiasmo le había volteado la espalda y lo abucheaba. ¡Así es el gigantesco monstruo! Y ante esas manifestaciones de hostilidad de los mismos que momentos antes se le derretían en cariño y entusiasmo, el *Ratón* salió para el último round haciendo otro esfuerzo inaudito. Logró conectar un magnífico gancho izquierdo arriba, pero enseguida el francés le clavó un derechazo durísimo y lo puso quieto. Lo hizo volver a la que venía siendo su actitud, su única preocupación: no exponerse al nocaut. Fue dramático y triste ver cómo en esos últimos rounds del pleito los guantes le pesaban al *Ratón* como si fuesen de plomo”.<sup>(22)</sup>

Cuando terminó el drama los aires de pesadumbre recorrieron el estadio de beisbol y el *Ratón* fue el primero en aceptar su derrota: se dirigió a la esquina del francés y le levantó la mano.

“Yo sabía que había perdido –admitiría después--... pero lo que más me dolió fueron los abucheos de mi público”.

En forma inexplicable, el triunfo para Halimi fue por decisión dividida. El réferi Mushy Callahan favoreció al *Ratón* con puntuaciones de 144-141, pero los dos jueces sí fueron justos y le dieron el triunfo al francés: Frankie Van Carded votó 148-141 y Dynamite Jackson por 147-138.

El calvario del púgil siguió en su descenso del ring. Algunos lo despidieron con palmas piadosas, pero la mayoría lo insultó y le escupió, en español, para que no tuviera dudas: “¡Viva Halimi!”.

Al llegar a su vestidor, el ídolo en desgracia le dio libertad al cuerpo: “Macías no pudo contenerse y rompió en llanto –describió la agencia Ap--. Varios ayudantes y amigos lo llevaron hacia una regadera y trataron de consolar al bravo y pequeño *Ratón*”.

“Halimi fue el mejor esta noche. Nada me dio resultado, no tengo excusa”, alcanzó a decir.

“El vestidor del mexicano era un mar de lágrimas –describió el periodista Jorge Bermejo--. La palidez de muerto del *Ratón* reflejaba las tremendas dietas y los duros entrenamientos. En dos años y medio sólo hizo dos comidas diarias”.

En la otra esquina, el francés saboreaba la victoria de ser el campeón mundial indiscutible de peso gallo: “Sí, ésta ha sido mi pelea más dura... tuve que pelear contra Macías y sus compatriotas”.

Las carcajadas no lo dejaron terminar.

#### 4.4.3. Más triste que nunca estuvo Tepito

Y en México se vivía otra tragedia.

Escribió el reportero José Manuel Zaragoza: “Un drama más intenso y conmovedor que el que se escenificó sobre el ring se vivió anoche en la casa de los padres del ídolo en los rounds postreros y cuando se declaró vencedor al francés. El dolor de la derrota y el temor de que el *Ratón* hubiese salido lastimado del encuentro, desfiguraba los rostros de los padres, la esposa, hermanos y demás familiares del *Ratón*. Un silencio que oprimía los corazones anhelantes se quebró con los sollozos de la mamá del *Ratón*. Se cubrió la cara y el apagado sollozo se convirtió en abierto llanto que no pudo contener, al igual que Yolanda, la joven esposa del ídolo. El padre del *Ratón*, Gabriel Macías, dijo que este es el momento preciso para que su hijo deje el boxeo: ‘toda la familia iba a pedirle que colgara los guantes, ganara o perdiera’...”<sup>(23)</sup>

Los diarios de la época aseguraron que, después de la derrota, “la gente iba triste por las calles de la ciudad de México. En el corazón de Tepito había una tristeza que empujaba a chillar”, según *La Afición*, mientras que *El Universal* apuntó: “Más triste y más oscuro que nunca estuvo Tepito”.

Fue un despertar amargo en la mañana del jueves 7 de noviembre.

“Por su debilidad perdió el *Ratón*”, señaló *La Afición* en su encabezado principal.

Escribió *Fray Nano*: “Tres años de inútil sacrificio para dar el peso gallo hicieron estragos en su organismo y no pudo competir con Halimi, que en contraste lució una gran fortaleza. Un rechazazo del francés en el primer round marcó el derrotero del combate. El *Ratón* se mantuvo forzosamente dentro de la división gallo durante tres años frenando su desarrollo físico precisamente en la edad en que en él tiene que ser natural.

“Para decirlo sin rodeos –añadió el decano del periodismo deportivo en México--: el *Ratón* es un muchacho anémico. Y hoy se vio claramente cuando no pudo soportar el tren de combate frente a un rival entero, de impecable contextura física. Si hubiese tenido un verdadero mánager, desde hace dos años y medio debió olvidarse del peso gallo y darle a su organismo plena libertad para expandirse. Hoy mismo el *Ratón* dio con trabajos el peso gallo y tuvo que despojarse de toda su ropa a la hora de trepar a la báscula y la aguja marcó el límite máximo...”

Al peleador no le habían ayudado ni los altares ni los rezos.

“Era la pelea de su vida, la batalla que el *Ratón* tenía que ganar a toda costa”, consideró Gómez Arias.<sup>(24)</sup>

Arriba del ring, a Macías no le sirvió su gancho al hígado ni su boxeo de estilista.

Abajo del encordado, no le ayudó nada.

Añade el periodista: “De nada valieron los millares de veladoras encendidas frente al altar doméstico, presidido por la virgencita. Ni las oraciones. Ni los clamores. Ni las seguridades de la prensa, las de los expertos. Las ilusiones trigarantes se derrumbaron fatalmente aquella Noche Triste. ¡Hombres y mujeres de mucha, demasiada fe! Nadie los previno. Porque la pasión ‘ratoncista’ fue un sentimiento nacional. La pasión de todo un pueblo”.<sup>(25)</sup>

El héroe con guantes había caído una vez más.

Y con él cayeron las ilusiones de miles.

Raúl Macías conocía ahora el sabor de la derrota, después de tanta idolatría.

Empezó así el ocaso del ídolo.

“No tuvo el deporte mexicano un ídolo igual. Ni parecido. Nadie, como el *Ratón*, convocó al pueblo y éste lo escuchó, lo vio, entregándole el alma, el corazón. Este fenómeno no tiene parangón en el siglo XX del deporte mexicano. Lo que salta a la consideración más realista es la fantasía idólatra que sembró Macías en el alma popular, transformando sus proezas en el caldo de cultivo propicio a la demencia instaurada en el inconsciente de la muchedumbre. La locura ‘ratoncista’ fue una pandemia que arrasó con el buen seso de la gente, en un grado que jamás se vio, ni antes ni después”, concluye Gómez Arias.<sup>(26)</sup>

Ese jueves aciago, pocos le dieron importancia a un anuncio en los periódicos: “Batiendo un nuevo récord, esta noche a las 23:30 horas vea usted por televisión en los canales 4, 7 y 3 la película de la pelea traída por avión especial”.

El combate se volvió a difundir el viernes 8: “Para que nadie la deje de ver. Esta noche a las 20:00 horas será nuevamente transmitida por canal 5”.

Fue su peor derrota, pero obtuvo la mayor bolsa de su corta carrera: unos dicen que ganó 50 mil dólares y otros que hasta 100 mil.

El, después de preguntar si uno trabaja en Hacienda, sólo responde: “Fue una jugosa bolsa”.

Lo cierto es que, mientras Halimi ganó 50 mil dólares, el *Ratón* pidió una garantía de 30 mil dólares, más un porcentaje de la taquilla. Con el ingreso de 20 mil 100 aficionados, las ganancias totales fueron de 209 mil 884 dólares, con lo que el mexicano cobró poco más de 50 mil dólares.

#### **4.4.4. Una calumniosa versión**

La batalla, que había sido considerada como “la pelea más importante en la historia del peso gallo”, siguió generando polémica.

En París, la noticia fue destacada por los diarios *Intransigeant* y *París-Press* (“El francés Halimi, el mejor peso gallo del mundo”, fue el titular), mientras que en Argelia también quisieron compartir créditos por el triunfo: “Millares de argelinos estuvieron levantados hoy antes del amanecer para escuchar la transmisión. La victoria de Halimi fue anunciada justo cuando salía el sol”.

En Los Angeles todo era completamente distinto.

“Un ambiente terrible, de abierta hostilidad, existe en esta ciudad contra el *Ratón*, al correr la calumniosa versión de que se había vendido para lucrar con las apuestas que lo favorecían”, escribió *Fray Nano*.<sup>(27)</sup>

Los rumores decían que Parnassus había apostado más de 250 mil dólares a favor de Halimi y que el mánager Rosales regresó a México días antes de la contienda para conseguir 100 mil dólares y apostarlos contra su propio pupilo.

La Comisión de Box del Distrito Federal hizo eco de los rumores y a petición de su presidente, Demetrio Vallado, solicitó al cónsul general de México en Los Angeles una información detallada sobre “si es verídico que el FBI abrió una investigación para esclarecer si fue legal o no la pelea”.

El diario francés *L'Equipe* publicó la versión de que “un grupo de mexicanos” había ofrecido 20 mil dólares al réferi para que votara a favor del *Ratón*. “Es una broma pesada, es algo demasiado ridículo, mejor me voy a jugar golf”, respondió Mushy Callahan.

Sin embargo, nadie recordó esos rumores la noche del sábado 9, cuando el púgil tuvo una recepción como si hubiera ganado y regresó a su pedestal.

Una multitud de 5 mil aficionados acudió a vitorear a su ídolo. Los fanáticos se congregaron en torno al avión, en plena pista del aeropuerto, y los bomberos tuvieron que alejarlos a manguerazos. Las autoridades decidieron que el *Ratón* bajara de la aeronave para evitar algún percance y después el avión fue remolcado por un vehículo y el resto de los pasajeros pudo descender sin contratiempos en otra sala.

Conmovido, el peleador agradeció las muestras de apoyo y después tuvo que ser rescatado por motociclistas e integrantes de las cruces Roja y Verde, quienes lo llevaron a una entrevista con el locutor de moda, *Paco Malgesto*.

“Yo pensé que nadie me iba a esperar –aclaró el *Ratón*— y eso fue lo que me puso más triste. Me afecta más la derrota por la gran desilusión que les causé a los mexicanos. Durante tres años me he sacrificado mucho y he puesto en riesgo mi salud. Ante Halimi casi no podía ver con el ojo izquierdo, me lastimé la mano izquierda y tuve una hemorragia, pero no es ningún pretexto...”<sup>(28)</sup>

Dicen que la venganza es un plato que sabe mejor frío.

Y los aficionados mexicanos disfrutaron de ese sabor dos años después: el 8 de julio de 1959, Halimi fue vencido por el tapatío José Becerra, quien de esa forma le quitó el título mundial y cobró un poco la afrenta cometida a Macías, quien anunció una decisión sorprendente.

#### 4.5. Un manicomio gigantesco

La dolorosa derrota ante Halimi fue el final de la carrera del *Ratón*.

La decepción le duró todo un año. Volvió a ponerse los guantes exactamente 12 meses después: El 10 de noviembre de 1958 enfrentó a un púgil apodado *Kid Irapuato*, en Tijuana, y se impuso por decisión en 10 rounds.

Era el regreso del ídolo.

Ahora en peso pluma para evitar las dietas de hambre y los problemas del peso gallo.

En enero de 1959 se presentó en León, la ciudad de sus padres, y obtuvo otra victoria, esta vez por nocaut en 8 episodios sobre Luis Trejo.

A inicios de febrero aceptó combatir en Mexicali, donde “hace mucho tiempo no llovía”, y el *Ratón* pareció regresar a sus días de gloria. No sólo venció en forma contundente, nocaut en 2, al italiano Carmen Iacobucci, sino que Tláloc otra vez lo acompañó: cinco mil aficionados soportaron un aguacero antes de su pelea y una lluvia pertinaz después.

Así que su retorno a la capital del país se pactó para el día 28.

Los aficionados no lo habían olvidado: 90 por ciento de los 17 mil boletos se vendió en apenas un día.

En sus entrenamientos el púgil se veía “fuerte y poderoso, muy distinto a aquel *Ratón* debilitado por su obstinado empeño en pelear en peso gallo”, de acuerdo con los reportes de la prensa. Además, el panorama era prometedor: de vencer a Ernesto Parra le garantizaban una contienda eliminatoria para enfrentar al campeón mundial pluma Hogan *Kid* Basey.

Parra era un rival peligroso: en un duelo anterior había mandado a la lona a Basey, pero al final perdió por decisión. “Si al campeón lo derribé, lo mismo puedo hacer con el *Ratón*”, dijo un envalentonado púgil.

La noche del sábado 28 de febrero de 1959 miles de fieles se congregaron en la Arena México para ser testigos de lo que esperaban fuera un regreso con gloria.

Tanta fue la expectación, que se llenaron los 17 mil lugares del inmueble y miles más de fanáticos quedaron fuera y tuvieron que conformarse tan sólo con escuchar los gritos de los afortunados que adentro le rendían otra vez pleitesía al héroe enguantado.

La multitud rugió como en las noches heroicas cuando el *Ratón* apareció en escena enfundado en una bata azul, dos minutos después de que su rival había subido al ring en medio de una indiferencia total.

El primer round, como dicen los clásicos, fue de estudio al rival y tan sólo para liberar la tensión de ver al enemigo enfrente.

Para el segundo aumentó la intensidad de las acciones. Parra se mostró rápido de puños y de reflejos, mientras el *Ratón* no encontraba la distancia adecuada.

En el siguiente episodio Parra le perdió todo el respeto a tan ilustre rival y lo castigó con fuertes andanadas de golpes, mientras en la memoria de todos los presentes empezaba a aparecer el fantasma de la noche triste ante Halimi.

Fue entonces cuando el ídolo regresó por completo. Macías se vio obligado a emplearse a fondo y comenzó a surgir la magia de su mano izquierda, como en los viejos tiempos, mientras su público se le entregaba una vez más en forma incondicional.

“La arena empezaba a ser un manicomio gigantesco”, escribió Antonio Andere, quien describió emocionado los últimos momentos de la contienda:

“El séptimo round merece punto aparte. El *Ratón* estaba materialmente acribillado. A la sangre que le brotaba de la nariz, se le agregó la que empezaba a salirle de la ceja derecha... pero abriéndose de capa fue para adelante como un jabato. Fue su momento grandioso. Brilló esplendoroso el *Ratón* Macías de los

días gloriosos. Hundió sus puños en los bajos de Parra y lo fustigó con tremendas izquierdas y derechazos brutales. Parra estaba noqueado sobre sus pies. Fue un milagro que no cayera. Pero fue también una demostración de que quizá en peso pluma el *Ratón* no podría obtener las contundentes victorias que lograba en peso gallo”.<sup>(29)</sup>

Parra salió precavido para el octavo, pero en el noveno Macías se lanzó sin piedad contra él y lo estaba acribillando contra las cuerdas cuando sonó la campana. El *Ratón* no la escuchó y mientras Parra bajaba la guardia le conectó dos derechas y una izquierda que lo dejaron noqueado de pie. Sus auxiliares fueron por él y prácticamente lo llevaron arrastrando a su esquina.

En el décimo y último asalto el *Ratón* salió desesperado a buscar el nocaut, pero el cuerpo no le dio para tanto y no pudo derribar a su adversario.

Cuando sonó la última campanada las miles de gargantas se unieron para rendirle una merecida ovación al ídolo que había regresado con una victoria.

#### **4.6. El adiós al dinero y a la fama**

El veredicto era simple trámite. Todos sabían que el *Ratón* había ganado. Después de dar la decisión de los jueces, el anunciador Picoro pidió silencio a la multitud delirante.

Pocos le hicieron caso, pero Picoro, consciente de la trascendencia histórica de sus palabras, expresó a todo pulmón: “¡Señoras y señores, con esta pelea se retira del boxeo Raúl *Ratón* Macías!”

Fue un momento de incertidumbre.

Muchos aplaudieron, otros silbaron, algunos sentimentales lloraron y la mayoría no daba crédito a la noticia, mientras el ídolo empezaba a decir adiós con el brazo en alto.

“El *Ratón*, en medio de un remolino humano, dio varias vueltas al cuadrilátero despidiéndose de todo mundo y dejando sobre la brea del ring la constancia de sus lágrimas y de su sangre”, detalló Andere.



Como pudo, se abrió camino rumbo a su vestidor, donde llegó “con el rostro sangrante y con algunas lágrimas pendiendo de sus ojos hinchados”, reseñó Fernando Gómez Arias.

Sentado sobre una banca desvencijada, el ídolo explicó a sus fieles: “No fue una decisión repentina. Estoy triste porque han sido 14 años en el boxeo, pero me voy porque mi madrecita enferma me lo pedía. ¿Cómo iba a negarme a su súplica nacida de la angustia? Ella tiene diabetes muy avanzada que se recrudece cada vez que yo peleo...”

Ante la insistencia de los reporteros, argumentó: “¿El dinero y la gloria justifican el sacrificio de mi ser más querido?”.

Al día siguiente, el *Ratón* fue tentado por el promotor Parnassus: le ofreció 80 mil dólares por dos peleas más.

Y el ídolo se jactó de que él sí aguantaba cañonazos de más de 50 mil pesos –contrario a lo que decía el general Obregón— y presumió irse del pugilismo con dos grandes satisfacciones: “Le enseñé a los boxeadores a cobrar y demostré que un peleador bien manejado puede labrarse un verdadero porvenir. El boxeo no sólo produce idiotas, sino que también puede hacer gente bien. Los que me criticaban, lo hacían porque no soy un asiduo concurrente a las pulquerías...”

El domingo primero de marzo de 1959, *La Afición* publicó en grandes letras la inesperada determinación: “Ganó el *Ratón* y se retira del boxeo”.

“Después de haber vencido a Ernesto Parra en 10 rounds en tórrida pelea, el *Ratón* Macías hizo pública anoche mismo, en la arena México llena de bote en bote, su decisión firme de abandonar para siempre el deporte de los puños. Y así, el anuncio de su victoria y el de su retiro de los cuadriláteros se mezclaron dramáticamente haciendo de su despedida un episodio triunfal ya que se va con la miel a flor de labios de una victoria conseguida a pulso”, escribió Antonio Andere.

El periodista no tuvo reparos en llamarlo el gran ídolo del pugilismo nacional.

“Fue la reaparición de Raúl en su escenario grande, en la capital de su patria después de más de dos años de ausencia y fue al mismo tiempo el punto

final de una carrera que ocupa en la historia del boxeo mexicano un capítulo extraordinario. Se ha ido así el ídolo máximo del boxeo de México. Se ha ido el *Ratón* Macías. Muchos le decían que abandonara su decisión de irse, que se arrepintiera, pero nos parece que esta determinación es firme porque el *Ratón*, afortunadamente, no tiene la menor necesidad de seguir en el box, ha ganado mucho dinero, lo ha invertido, lo ha administrado, es millonario y con dos hijos ya que son su adoración, con un hogar formado y todo un panorama risueño delante de su vida. Hace bien, hace muy bien en dejar este negocio por la paz”.

Y describió emocionado los últimos momentos del ídolo arriba del cuadrilátero: “Cuando el *Ratón* paseado triunfalmente sobre el ring hizo el anuncio de su retiro rompió a llorar y se mezclaron dramáticamente las lágrimas que brotaban de sus ojos y la sangre que en sutil hilillo le brotaba de las cejas, tenía las dos abiertas y sangrante, además, la nariz. Una protuberancia sobre el pómulo izquierdo y una amargura infinita, la del adiós, la de la despedida. En verdad fue un momento a la vez que histórico, emotivo y conmovedor. Esta vez no eran las lágrimas derramadas por el fracaso o la derrota. El acababa de ganar la pelea, la última pelea de su vida, pero se llenaron sus ojos de lágrimas porque yéndose del box se va de lo que fue su vida”.<sup>(30)</sup>

#### 4.6.1. “No me sentí triste, la verdad”

Tenía tan sólo 24 años de edad, pero le quedaron los recuerdos imborrables de que en poco tiempo se convirtió en uno de los grandes ídolos del pugilismo.

--¿Por qué el retiro tan rápido?

--Mi jefecita estaba muy enferma y ella me lo pidió, le di ese gusto de retirarme y tuve la última pelea con Ernesto Parra, el 28 de febrero de 1959... y a los 8 días falleció mi jefecita Carmen.

--¿Qué sintió al irse del boxeo?

El *Ratón* sorprende con su respuesta: “No me sentí triste, la verdad. Al contrario, sentí mucha alegría. La gente en ese momento también estaba muy

feliz, ya después reaccionó y dijeron '¡ah, con que se va!'. Pero mi jefecita ya estaba muy enferma y le di ese gusto de que ya no iba a pelear.

Años después, el *Ratón* se ufanaba: "Tuve la suerte de llenar el Coliseo, la arena México, el Toreo de Cuatro Caminos y la plaza México... y no llené el Azteca porque no estaba. Y recuerdo que la gente quería la pelea entre el *Toluco* y el *Ratón*. Con esa pelea el estadio Azteca se hubiera quedado chico".

Poco más de tres décadas después —con el apoyo de Televisa que regaló miles de boletos—, Julio César Chávez llenaría el dos veces mundialista estadio.

Sin embargo, en su primera pelea de despedida y ya sin la ayuda del emporio televisivo, Chávez apenas reunió a unos 20 mil aficionados en la Plaza de Toros México.

--¿Por qué no han roto su récord?

--Porque no hay ídolos. En mi época había grandes ídolos, como Pedro Infante, Silverio Pérez, *Beto Avila*, Joaquín Capilla, Horacio Casarín, *El Santo*. Era una gama de grandes deportistas y sin embargo la gente me seguía mucho.

-- ¿Quiénes fueron verdaderos ídolos?

-- Bueno, sólo recuerdo que los únicos ídolos que ha tenido nuestro país son el *Pajarito* Moreno y el *Toluco* López. Ellos compartieron conmigo la gloria deportiva de nuestro país.

#### 4.7. La última batalla del ídolo

Tres años después de su pelea ante Ernesto Parra, el *Ratón* subió al cuadrilátero por última vez. Pero fue por una causa noble: una contienda a beneficio del púgil Rodolfo *Rudy* Coronado, quien había estado inconsciente durante varios meses.

Así que Macías volvió a conmover a las masas en octubre de 1962, en Guadalajara, donde le entregaron las llaves de la ciudad y fue nombrado huésped de honor.

La última batalla del ídolo fue el sábado 13 de octubre en la Plaza de Toros El Progreso, donde compartió créditos con el también ex campeón José Becerra, quien se había retirado dos años antes.

El carisma del tepiteño seguía intacto: el pesaje fue transmitido por televisión y 18 mil fieles lo vitorearon por última vez con los guantes puestos.

“El *Ratón* lució inmenso, pero Becerra se vio mal. Ganaron los dos ex campeones”, publicó *La Afición*.

“El *Ratón* se robó la función a beneficio –apuntó René Chambón--. Con su boxeo de poema, eminentemente izquierdista, hasta arrancar continuas ovaciones desde el segundo round, noqueó en 5 al *Chocolate* Zambrano. Se vio grande de verdad el *Ratón*, que al final del combate tuvo que aguantar por varios minutos en el centro del ring saludando con su acostumbrada forma ‘a lo torero’ una tormenta de aclamaciones y también el grito unánime de los aficionados: ¡Vuelve *Ratón*!

“Se vivió intensamente el momento dramático, tremendamente emotivo, especialmente después de saborear el boxeo de antología del señor Raúl *Ratón* Macías, que esta noche volvió a ser un auténtico campeón mundial de boxeo. El *Ratón* derribó tres veces a la lona a Zambrano. Antes de terminar, en la última caída, el réferi ya ni se preocupó por el conteo. En realidad, el *Chocolate* estaba listo para que le contaran mil... El otro ex campeón, José Becerra, se vio mal al vencer por decisión en 6 a Alberto Martínez”.<sup>(31)</sup>

La exhibición entusiasmó a los fanáticos y su mánager, *Pancho* Rosales, se sumó a la petición: “Ustedes deben pedirle que vuelva si así lo quieren”.

El *Ratón*, sin embargo, no tenía dudas: “No, de ninguna manera, por ningún dinero, ¡no regresaré! Yo pelee en beneficio de *Rudy* porque fue uno de los pocos que me visitaron en el hospital cuando Peacock me fracturó la quijada. Claro, también lo ayudé por ser un compañero de profesión... y me emocioné mucho con el público, pero recuerdo también a mis seres queridos, a mi madre, y no volveré”.

--¿Alguna otra razón para que no quiera regresar?

Presente en la entrevista, el torero Jaime Bravo respondió por el peleador: “Cuando Raúl boxeaba tenía muchos amigos. Ahora sólo le quedan los sinceros. Volver significaría la pena de sufrir la compañía de los amigos de ocasión...”

Y el *Ratón* completó: “Además, les sigo demostrando que yo sí aguanto cañonazos de 50 mil pesos, y de mucho más...”

Así fue.

La victoria sobre Arturo Zambrano fue su última contienda.

Su carrera terminó tan sólo con 40 peleas, con 38 triunfos, 22 nocauts y dos derrotas. No conoció los empates y tuvo la dicha inmensa de retirarse por la puerta grande y el brazo en alto, bajo los aplausos y el cariño de todo un pueblo.

#### 4.8. “El *Ratón* paga”

Ya sin los guantes, el *Ratón* se dedicó a varios negocios.

Con algunos amigos instaló en la calle Lafragua el restaurante La Embajada, llamado así porque estaba frente a la sede diplomática de Estados Unidos en México. Años después intentó otra vez el mismo negocio, ahora en un local cercano a su casa, en Francisco del Paso y Troncoso. El restaurante se llamaba El *Ratón* Macías, “y estaba teniendo mucho éxito, pero los dueños me aumentaban la renta cada rato y no me lo quisieron vender”, por lo que cerró en 2002.

Antes había ingresado también al negocio de los refrescos. Prestó su nombre al empresario Rafael Jiménez, dueño de los Pascual y Lulú, para promocionar el refresco Mexi-Cola, que pretendía dar fuerte competencia a las transnacionales Coca-Cola y Pepsi-Cola.

“Era una promoción muy padre –dice el propio púgil--. El lema era ‘El *Ratón* paga’ y se tenía que raspar la corcholata para ganarse otro refresco. La gente, con tal de ganarse otro, pues lo empezó a comprar bastante, pero después lo quitaron porque el señor Jiménez llegó a un arreglo con la Coca y Pepsi. Yo acepté darle publicidad porque era un refresco. Vinos y cerveza nunca me gustó promocionar, porque yo no tomaba y era un ejemplo para los jóvenes”.

En *Tragicomedia Mexicana 1*, el escritor José Agustín apunta: “El *Ratón* Macías resultó un buen muchacho que, cuando se retiró, se volvió empresario y lanzó al mercado el refresco Mexi-Cola, que sabía espantoso, ni siquiera le llegaba al Spur-Cola (para entonces también se bebían los refrescos del Valle, el Delaware Punch, obviamente importado, y los Barrilitos Dr. Brown, porque la población mexicana ya se había echado el clavado definitivo en los refrescos

hasta obtener el dudoso honor de constituirse como el país que más tomaba líquidos embotellados: por supuesto, Coca y Pepsi a la cabeza)".<sup>(32)</sup>

--¿Es cierto que su refresco sabía muy feo?

--No. Era como la Coca y la Pepsi. Frío sabía muy sabroso --asegura el peleador.

Y para aprovechar su popularidad, el PRI lo lanzó como diputado suplente por su natal Tepito. "Yo he estado en las campañas del PRI desde Adolfo López Mateos hasta la de Francisco Labastida. He acompañado a diputados, senadores y presidentes. Soy de una sola palabra y no voy a estar cambiando a esta altura del partido. Soy priísta de nacimiento y por convicción", dijo sin reservas el *Ratón* en plenos tiempos del sexenio foxista.

En algo que refleja su buena imagen, todavía es buscado para intervenir en melodramas de Televisa. "He participado en seis telenovelas, la última *Ando buscando un campeón*".

Antes, había actuado en cinco películas, dos de ellas en 1958: *El Ratón* y *Ama a tu prójimo* y una en 1959, *Señoritas*.

En esta última, del director Fernando Méndez, Macías interpreta a un joven que ingresa al pugilismo atraído por sueños de fortuna: "No estoy por gusto en el boxeo. Estoy porque ahí se gana mucho dinero, ahí tienes al *Ratón* y al *Pajarito*..."

"Ni hablar, voy a hacerme millonario", dice Macías cuando le pagan 500 pesos por una pelea, pero al final deja los guantes a petición de su novia.

Sin embargo, en la vida real sí fue rico y famoso y sus logros lo instalaron en dos Museos de la Fama: El de la ciudad de México, hoy en total abandono, y el de Los Angeles.

El *Ratón* físicamente se encuentra bien. Durante su corta carrera no sufrió cortadas ni lesiones graves, tan sólo cuando le fracturaron la mandíbula.

Su rostro no es el del típico boxeador, de nariz chata y pómulos hinchados. Más bien parece un abuelo bonachón, que pasa sus días conviviendo con sus hijos y cinco nietos, que corre diariamente por las tardes y realiza ejercicios en los baños de vapor a los que acostumbra asistir.

“Sigo haciendo ejercicio, porque si no ya estaría como el *Ratón... Crispín*”, dice con su ánimo jovial y no le gusta hablar de dos hechos trágicos en su vida: la pérdida de dos de sus hijos. Jorge Macías Calderón falleció a inicios de la década de 1990, cuando apenas tenía 28 años, y su primogénito Luis Raúl murió en febrero de 1999, a los 41 años.

#### 4.9. Ni Julio César pudo

Varias veces se intentó, sin éxito, romper su récord de llenar la Plaza México.

En noviembre de 1994 se realizó el tercer combate entre Humberto *La Chiquita* González y Michael Carbajal. Los púgiles habían brindado dos duelos explosivos y sus bolsas fueron del millón de dólares. Sin embargo, lejos de la idolatría popular, las gradas lucieron vacías.

Al año siguiente se efectuó otro duelo interesante: Julio César Chávez frente a Miguel Angel González. En 1995 eran lo mejor del pugilismo nacional: la leyenda ante la joven promesa.

Pero el público también les hizo el desaire.

Y para que no hubiera dudas, tan sólo unos 20 mil aficionados asistieron a la plaza taurina cuando el gran Julio César Chávez anunció su retiro.

“Después de tantos años, de tantos intentos, creo que se agranda más mi récord”, expresa Macías someramente.

Y es que al *Ratón* no le gustan las comparaciones.

Admite que Chávez es el de más logros y mejor récord, pero se rehúsa en reconocerlo como ídolo.

Serio, aclara: “No se puede comparar. Cada quien en su época, cada quien en su momento. Y la verdad sí me gustaría que alguien rompiera mi récord, pero ni Julio César Chávez pudo. El que más se acercó fue el *Maromero* Páez, que metió como 30 mil. Cuando yo llené la plaza México sólo había 5 millones de habitantes en la capital. Ahora hay 20 millones, más medios de comunicación, y ni así se llenó. Además las funciones han sido con varios campeonatos mundiales y

el mío sólo fue por un título de Norteamérica. Eso sí, en los últimos años Chávez fue el mejor boxeador del mundo, de eso no hay duda”.

Tampoco le gusta hablar sobre Rubén Púas Olivares. “Le guardo mucho respeto y reconozco sus méritos arriba del ring... de lo que hicieron abajo, no me corresponde a mí decir nada. No me gusta hablar mal de otros peleadores”.

--¿Y por qué nunca se rompió su récord?

--Porque ya no hay ídolos --responde el *Ratón* desde su pedestal.

Y explica, con la seguridad que le da haber gozado el cariño del pueblo: “La gente es el mejor juez. En el caso de Julio César es triste que no lo hayan acompañado, pero la gente sabe a quién le aplaude y a quién le silba. Mi época era otra, otro México, y cada quien tuvo su momento, pero como decía el comercial de la Corona: 20 millones de mexicanos no pueden estar equivocados”

--¿Qué le agradaba más al público de su forma de pelear?

--El estilo, la figura bien parada sobre el ring, con arte y elegancia. La gente ya me conocía: en los dos primeros asaltos sólo estudiaba al rival, no soltaba golpes, pero en el tercer round mandaba los ganchos al hígado y la gente enloquecía cuando al adversario le dolía... Yo siempre subía al ring con una sonrisa y esa era una forma natural que acostumbré a usar en los 24 combates profesionales que protagonicé.

--¿Y como cuánto dinero ganó?

--Gané bien, me pagaban bien --responde cortante, como acostumbra hacerlo cada que se habla de dinero.

“No estoy millonario, pero vivo tranquilo, sin carencias ni sobresaltos. Tengo un guardadito que invertí y ahí la voy pasando”, responde luego de una pausa.

El *Ratón* sobrevive con sus ahorros, una pensión mensual que le otorga el Consejo Mundial de Boxeo, algún dinero extra cuando lo invitan a eventos en provincia y la venta de terrenos que adquirió en sus años de bonanza.

“A mí siempre me gustaron las bienes raíces. Cuando ganaba dinero compré terrenos y propiedades en la Jardín Balbuena, Lago de Guadalupe, Satélite y Jardines de San Mateo. Entonces las voy vendiendo poco a poco, cuando se necesita, y así la voy pasando”.



A sus 65 años de edad –lejos de la vorágine de la fama pero con el recuerdo vivo de las veladoras prendidas en su honor--, el *Ratón* se muestra orgulloso de su carrera y de su vida y tiene ánimos para decir:

“Lo mejor que me llevo es el cariño de la gente. A donde quiera que voy se llena y en la calle todos me saludan ‘adiós mi *Ratón*’. Lo bueno es que me fui del boxeo en el momento oportuno, con todas mis facultades bien. Porque ahora de qué me serviría tanta lana si estuviera *chafadón*. Y sé que tengo mis facultades perfectas porque cuando voy a misa y tocan la campana, me hincó y no hago sombra...”

## CITAS

- (1) **Gómez Arias, Fernando.** El Siglo del Deporte, p. 73
- (2) *Ibíd.* p. 74
- (3) **Barradas Osorio, Rafael.** El box fuera del ring, p. 68
- (4) *Ibíd.* p. 10
- (5) La Afición, 18 de septiembre de 1954
- (6) *Ibíd.* 24 de septiembre de 1954
- (7) *Ibíd.* 26 de septiembre de 1954
- (8) *Ibíd.* 27 de septiembre de 1954
- (9) *Idem.*
- (10) **Gómez Arias, Fernando.** Op. cit. p. 76
- (11) La Afición, 2 de marzo de 1955
- (12) *Ibíd.* 10 de marzo de 1955
- (13) *Idem.*
- (14) La Afición, 12 de marzo de 1955
- (15) **Andere, Antonio.** Memorias, p. 78
- (16) La Afición, 16 de junio de 1955
- (17) *Ibíd.* 17 de junio de 1955
- (18) **Gómez Arias, Fernando.** Op. cit. p. 77
- (19) La Afición, 6 de noviembre de 1957
- (20) Excélsior, 6 de noviembre de 2002
- (21) La Afición, 7 de noviembre de 1957
- (22) *Idem.*
- (23) *Idem.*
- (24) **Gómez Arias, Fernando.** Op. cit. p. 77
- (25) *Ibíd.* p. 78
- (26) *Ibíd.* p. 73
- (27) La Afición, 8 de noviembre de 1957
- (28) *Ibíd.*, 9 de noviembre de 1957
- (29) *Ibíd.*, 1 de marzo de 1959

<sup>(30)</sup> Idem.

<sup>(31)</sup> La Afición, 14 de octubre de 1962

<sup>(32)</sup> **José Agustín.** Tragicomedia Mexicana 1, La vida en México de 1940 a 1970.  
pp. 141 y 142

## CAPITULO V. RUBEN PUAS OLIVARES: EL REY DE LA BONDOJO

*Estaba recordando solo y triste  
Pugilismo que de gloria me cubriste  
Las peleas que a ganar tantas me diste  
Y cinturones de campeón que me ceñiste  
Tengo mi reino y lo digo con arrojo  
Ya ni le busquen: soy El Rey de la Bondojo  
Puños de hierro traigo yo pa' mis rivales  
Y unos alcoholes para aliviarme de mis males  
Las luchas cruentas no son las del ring arriba  
Las luchas cruentas y sangrientas son abajo  
Con esos cuates que te lavan el cerebro  
Y te empujan como piedra cuesta abajo  
Tengo mi reino y lo digo con arrojo  
Ya ni le busquen: soy El Rey de la Bondojo*

“Yo no fui de los de abajo, sino de los de hasta muy abajo”, decía con mucho orgullo Rubén Olivares, sobre todo en sus tiempos de gloria, cuando fue conocido como *Mister Nocaout* debido a un don que la naturaleza le dio: saber boxear.

Nació en Iguala, Guerrero, pero cuando se habla del *Púas Olivares* la mayoría lo asocia con la Bondojito, esa colonia a la que llegó siendo apenas un niño y que él la recuerda como un auténtico desierto de polvo en tiempos de sol y un enorme lodazal en épocas de lluvia.

Ahí, en ese “ambiente braveno, con broncas a la orden del día, donde la gente por vocación es de cabrona para arriba y con aspiraciones de *jija* de la chingada”, la vida le forjó el destino al que después sería conocido, entre otros apodos memorables, como *El Rey de la Bondojo*.

Y es que vivió rápido y gozó de todo.

A los 12 años conoció la marihuana. “Le tosté las patas al chamuco por primera vez”, sería su jocosa definición.

A los 14 tuvo su primera experiencia sexual y también probó los sinsabores de la cárcel, en una vida azarosa que ya desde entonces quedaría marcada por pasar de inmediato, sin pausas ni sobresaltos, de un extremo a otro: de la pobreza a la opulencia, de una fortuna de más de dos millones de dólares en sus noches de gloria a vivir “de milagro”, forjando figuritas de madera para sobrevivir y, al final, el tener que regresar a esas calles polvosas o lodosas en las que transcurrió su niñez.

Su destino pasó del estómago vacío de La Bondojito a los bolsillos llenos de dólares con los que compró casas en Lindavista, terrenos en Acapulco, un restaurante en Los Angeles, decenas de carros y, no podía faltar, una pulquería.

Disfrutó de todos los placeres de la carne en orgías que, como él mismo presume, envidiarían los mismísimos Calígula y Nerón.

“Droga pa’ tochos y carne pa’l hambriento”, era la fórmula mágica de lo que debía ser “una fiesta del *Púas*”.

En los años de la gloria y del dinero --cuando fue cuatro veces campeón mundial y el pueblo le rendía pleitesía--, “viví como rey, en residencias suntuosísimas, departiendo con gobernadores, embajadores, intelectuales, artistas, políticos y demás”.

Era el nuevo ídolo con guantes, 10 años después de los tiempos del *Ratón Macías*.

Fue artista de cine, teatro y televisión. “Sin saberlo, nací con madera de actor”, dice sin presunción respecto a las más de 20 películas en las que participó. Inspiró uno de los personajes más famosos de *Los Polivoces*. “Por culpa de ellos yo era parrandero, chupador, desobligado, impuntual... ¡y era cierto!, pero eso no se dice”.

En una noche de parranda, José Alfredo Jiménez le compuso el corrido *Con la muerte en los puños*, cuya letra extravió en los sueños del alcohol, pero que después escucharía en la radio e identificaría ahí algunos pasajes de su vida contados por el prestigiado compositor guanajuatense.

En esos caminos de la fama y la fortuna redactó su autobiografía *Del infierno a la gloria*, Ricardo Garibay le escribió *Las Glorias del Gran Púas*, grabó un disco con poesías urbanas, lo nombraron El Boxeador Mexicano del Siglo, compró su propia pulquería y sus hectáreas de maguey, estuvo recluido varias veces en la cárcel y hasta está fichado por la policía.

Y todo –esa vida de vorágine de títulos, fama, dinero, alcohol y drogas-- había empezado aquella ocasión, cuando el niño Rubén Olivares Avila se presentó por primera vez a un gimnasio de boxeo:

“Cuando yo descubrí quién era y qué cosa me iba a justificar en el mundo; o sea, que me encantaban los madrazos y que iba a vivir de ellos, fui directo con el Cuyo Hernández para decirle que yo iba a ser campeón del mundo... y él se cagó de la risa.”

### **5.1. La vida en la Bondojito**

Nació el 14 de enero de 1947 en Iguala, Guerrero, pero su familia “salió corriendo de la pobreza” del lugar y buscó una vida mejor en los alrededores del Distrito Federal.

Al oriente de la ciudad, en unas grandes extensiones de tierra árida, la familia Olivares Avila se instaló en la colonia Tablas de San Agustín, “que es el nombre correcto, pero todos la conocen como la Bondojito”, aclara el propio Rubén, quien llegó al barrio cuando tenía 3 años de edad.

Su padre se llamó Salomón Olivares, por lo que el *Púas* aprovecha para calificarlo como “un rey sabio”, y su madre Esperanza Avila, “o sea que jamás me quedaré huérfano, porque la esperanza muere al último...”.

Fue en la vecindad número 5216 de la calle Norte 58-A donde el *Púas* pasó su infancia, sobrevivió con sus 11 hermanos y se le forjó el destino.

“Me bautizaron, confirmaron y hasta me registraron como capitalino, pero realmente yo soy guerrerense, no *bondojeño*”, aclara.

Rubén fue conocido desde pequeño como el *Púas*, “porque yo tenía los pelos parados; mis papás me mandaban a pelar bien cortito, a la *brush*, aunque

para otros era a la *meshengué*; yo me echaba mucha vaselina sólida para que se me aplacara el pelo, pero de nada me servía. Otra vez se volvían a parar los pelos”.

El apodo se lo puso su amigo “el Ciro” y se le quedó para siempre. Antes, había sido llamado *Bondojo* y *Chivilla*.

Que Rubén Olivares eligiera el camino del boxeo fue una consecuencia lógica de su niñez: desde pequeño para él fue lo más natural del mundo ver y protagonizar peleas.

“Yo viví en el Triángulo de las Bermudas... pero el naco”, expresa, jocosamente como siempre, para calificar a “tres barrios bravos” de la ciudad en la que le tocó vivir: Tepito, Peralvillo y la Bondojo.

Dice: “Ahí es tan brava la raza y tan especial en el aspecto chingativo, que hay que mentar la madre por lo menos 100 veces diarias. La gente por vocación es de cabrona para arriba y con aspiraciones de jija de la chingada... las broncas están a la orden del día y a nadie se le niega una madrina si la quiere. Pues sí, ahí precisamente en ese ambiente braveno y cumplidor yo me hice *bofe*.... eran unos trompos chidos donde todos quedaban contentos, ¡hasta los grandes nos hacían rueda! No es por dárme las de olor, pero siempre ganaba las broncas. Siendo yo de cuarto año, les ponía en la suya a los de quinto y sexto años”.

Muchos años después, siendo ya un abuelo de 58 años, el *Púas* veía nítidamente esos años de la infancia.

“Había chavos tan cabrones –recuerda-- que se iban a mear al cajón del escritorio de la maestra. Había otros que se iban al baño a tejerse una chaqueta y hasta echaban carreritas. Yo nunca competí con ellos... yo me las hacía en privado. Por cierto que la maestra se llamaba Martha Camacho y era casi de mi edad. Bastante joven y simpática. A ella el pinche Ciro y el *Apuchi* le llegaron a poner tachuelas para que se ponchara las pompas. Qué pinches desperdiciados. Esas pompas merecían mejor uso... Una vez nos rompimos la madre cuando estaban tocando el Himno Nacional; entonces nos pasaron al frente como ejemplo de lo que no debe hacerse; *ora sí* que como *Chabelo* en su programa y en lugar

de mandarnos a la fila, nos llevaron a la dirección, donde nos dieron de cinturonzos. Esa vez fuimos el choteo de toda la raza”.

Siendo apenas un niño, el *Púas* conoció las drogas o, como él mismo dice: “le tosté las patas al chamuco”.

Confiesa, en su autobiografía *Del infierno a la gloria*: “La primera vez que le tosté las patas al chamuco, o sea que le hice los honores a la ‘juanita’, fue hace un chingo de tiempo... A los 12 años tuve mi primera experiencia. Eso fue en la escuela primaria. Ese día sentí que daba los pasos bien largos y cuando me fui a la casa creí que toda la gente me juzgaba, que sabían que ya le había llegado a la yerba maléfica. Tenía yo la conciencia de que había hecho algo malo. El *Ciro* y el *Tilín*, mis *cuadernos* de la escuela Mártires de Río Blanco, fueron los que me dieron el primer toque... tuvieron que pasar tres años para que llegara a darle de nuevo su apretujón a la achicalada... Como quien toma una copa socialmente, o sea, ya con conocimiento de causa... y me sentí bien, sin cruda moral, y de entonces hasta la fecha (el libro fue editado en noviembre de 1985) sigo ‘tronándome los dedos’...”<sup>(1)</sup>

Y el gusto le duró por muchos años, aunque aclara de inmediato –en uno de sus raros momentos de seriedad--, que ahora consume la hierba “por prescripción médica, lo mismo que otros medicamentos... al fin a mí no me cuesta, los *pases* son de pura ‘gorrita café’, ya que tengo cuates en todos lados... un *pasecito* no se le niega a nadie y todos me lo ofrecen, hasta sin conocerme”.

“Yo siempre preferí un carrujo de yerba que tres paquetes de cigarros –añade con toda la seriedad posible--, porque la yerba me calmaba la angustia. Era adicto a la marihuana, pero lo hacía por necesidad”.

“Fui un estudiante problema, una vergüenza para mis maestros”, admite un *Púas* otra vez jocoso y, aunque sus sueños eran estudiar para ingeniero petroquímico, sólo estuvo un mes en la secundaria número 57, en la colonia Río Blanco. “¡No me aguantaron, la verdad!”, alcanzar a decir en medio de una carcajada.



Para mantenerlo entretenido, sus padres lo mandaron “con el santero Carlos”, quien vivía en la misma vecindad y le enseñó a trabajar figuras de yeso, y con alguien apodado el *Indio*, de quien aprendió a tallar la madera.

Con sólo 13 años y ya sin regresar nunca a la escuela, el *Púas* tuvo que ayudarlo a su padre a fabricar combustibles para calentadores de baño doméstico. “Hacía como 500 combustibles diarios. Llevaba mi carrito y los repartía en las tiendas, a los conocidos o buscaba nuevos clientes. A veces nomás vendía como 25 en todo el día y toda la feria se la daba a mi jefe, don Salomón Olivares Estrada, mejor conocido como el *Kojoutek*... ¡ah, cuántas mujeres tenía mi papá!”.

La relación con su padre fue profunda.

Lo evoca, sin criticarlo, como mujeriego y “bueno para la bebida”.

Y –algo que jamás olvidará-- se recuerda a sí mismo como un niño que siempre tuvo hambre y para quien nunca hubo juguetes.

“En mi infancia yo carecí de lo más elemental –recuerda con tristeza, pero sin rencor hacia su padre--; en mi casa no había para los Santos Reyes, si acaso para más o menos medio comer y lo peor que a mi jefe también le gustaba el trago; mi papá y mis hermanos trabajamos todos parejos para tener la modesta casa en que me crié. Cuando llegamos era un vil terreno con un simple cuartito. Salomón hasta nos dejaba sin comer para comprar tabiques y luego-luego se ponía a pegarlos”.

### **5.1.2. Doce días en prisión**

El *Púas* tampoco olvidará la primera vez que fue llevado a la cárcel.

“Mis cuates y yo sólo queríamos bailar con las chavas, echar un chupe y cotorrearla bonito –recuerda--, pero los de la fiesta llamaron a una patrulla y nos subieron bajo los cargos dizque de haber roto los cristales de las ventanas, de haber maltratado las flores del jardín... el caso es que a mis 14 años conocí los separos de la jefatura de policía”.

A sus amigos los ubica bien por sus apodos, no por sus nombres. Así que junto con el *Anáhuac*, el *Chimbombín* y el *Chava* pasó doce días en prisión, en Tlaxcoaque.

“Ahí en la cárcel, como yo era el más chavo, me encerraron con otros niños. Sin embargo, ahí había un cabrón traga-años que ya era mayor de edad y que a cada rato le caía un chavito para cogérselo. En un momento dado, se plantó frente a mí y me dijo: ‘A ver pinche chamaco, quítate los pantalones’. Y yo le dije: ‘Quihubole cabrón, qué te pasa’. Entonces me empezó a tirar chingadazos y yo no sabía si le habían gustado mis pantalones (que eran de casimir y con los que salí de la escuela) o de plano quería conmigo. Así que le contesté los madrazos. Para parar la bronca, me quité los pantalones y los cambié por los suyos, que eran unos pinches pantalones jeans todos descoloridos y viejos”.

Sin embargo, el temperamento jovial del *Púas* le ayudó a sobrellevar el encierro.

Bromista, ocurrente, fácil de palabra, Rubén le cayó en gracia al comandante y fue comisionado para repartir la comida entre los presos.

“Ahí vi por primera vez a los delincuentes colombianos que tanta lata dieron con los asaltos a los bancos... el único problema era que nos faltaba la *motivosa*, o sea la *juanita*, ya que todavía no estaba quien podía surtirla: el negrito (Arturo) Durazo”.

Como pudieron, los familiares de los cuatro adolescentes reunieron el dinero para pagar la fianza y el *Púas* regresó a las calles no sólo para seguir con la vida en pandilla, sino también para soñar.

“Muchas, muchísimas veces, aplané con mis zapatos rotos las principales avenidas de mi querida Bondonjo, la Inguarán y la colonia 201. Ahí, cuando iba pateando un bote o esquivando alguna cáscara de plátano, tejí mis sueños y más cuando me ponía a localizar borreguitos entre las nubes... Sí, intuía que yo abandonaría ese ambiente humilde en que me debatía y escalaría alturas promisorias”, dice en uno de esos instantes fugaces en los que pierde la sonrisa.

Su puerta de salida, aunque momentánea, sería el boxeo.

### 5.1.3. Quiero ser campeón mundial

Otro recuerdo imborrable fue la primera vez que, con los sueños en la piel, acudió al gimnasio de los baños Jordán.

Con pena, el adolescente se acercó al ya entonces muy prestigiado manager Arturo *Cuyo* Hernández.

--Señor Arturo, quiero ser campeón del mundo --le dijo con toda la ilusión de sus 13 años.

La respuesta, una sonora carcajada, aún suena en la memoria del *Púas*.

“Se rió con una burla sangrienta y pinchurriente”, recuerda con odio.

--A ver, Manuel, ven a ver a este niño que quiere ser campeón mundial --le dijo con ironía el *Cuyo* a su ayudante, el *Chilero* Carrillo.

“Yo no sabía qué hacer, porque el *Cuyo* siguió carcajeándose mucho rato, hasta que llegó el *Chilero*, me tomó de la espalda y me dijo: ‘Cómprate tus zapatitos, tus guanteletas, tu calzón y todo lo necesario y allá abajo compras una tarjeta de 25 pesos al mes, para que puedas entrenar’...”

El único ingreso del *Púas* dependía de la venta de los combustibles para baño, lo que no le alcanzaría para adquirir su equipo de boxeo ni el pago de la mensualidad.

Así que se fue por la fácil.

“El caso es que un cuate con el que había estado en la cárcel, el *Anáhuac*, al que le decían así por parecerse a *Kid Anáhuac*, una vez se iba a entrenar y Roberto Cornejo, otro cuate mío, le robó su equipo y me lo vendió en 15 pesos y órale carnal, le pagué al chas chas. El equipo del *Anáhuac* era un desastre, todo más viejo que la canica. Unos pinches zapatotes, unas vendas viejas y demás, pero hasta protector tenía”.

Ya sólo le faltaban los 25 pesos para pagar el gimnasio, pero el *Púas* tampoco se la complicó: “Pues que voy y que le robo a mi jefe 50 pesos, 25 para el gimnasio y 25 para lo que se pudiera ofrecer”, dice sin cargo de conciencia.

En esos días su padre Salomón encontró en la calle un costal de lona verde, “de esos que usan los sardos, perdón, los soldados”, y el *Púas* lo llenó de aserrín y lo utilizó para entrenar en su domicilio. “Ahí, en la Bondonjo, en la casa de mi madre, todavía está la trabe donde lo colgaba y lo madreaba”, recuerda.

En el gimnasio, le guarda un agradecimiento especial a su entrenador.

“Realmente en el terreno del box yo no siento deberle ni madre al *Cuyo* Arturo Hernández, sino al *Chilero* Carrillo, quien realmente logró de mí lo que yo soy y lo que significo para el box mexicano... El *Chilero* me decía: ‘suéltate, muévete. Vamos a comenzar por escalafón; o sea, caminar lento, muy lento, con tu expresión corporal bonita, nada de parecerse a un pinche Cuasimodo’. Había que cuidar la elegancia física, ya que el box es un deporte muy ligado al arte”.

Y, en el ámbito de la vida, el *Púas* comprendió, como dice García Márquez, por qué los hombres le tienen miedo a la muerte.

“Allá, en el querido barrio de la Bondonjo, tuve mis primeras experiencias sexuales. Recuerdo que ‘mi maestra’ fue una señorona llamada Isabel que estaba bien buena, ¡cómo me gustaría volver a verla! Ella tenía 25 años de edad. ¡Qué manera de hacer el sexo...! Fueron mis primeras experiencias sexuales. Le decían la *Yaya*. Era casada, vivía con su esposo, tenía un niño y una hermana. Prácticamente me sedujo, pues yo tenía 14 años. Ella fue la que me estrenó”.

Fueron días de aprendizaje en la vida y en el boxeo.

Sobre el cuadrilátero, el *Púas* intentó representar a México en los Juegos Olímpicos de Tokio 1964, y logró vencer a tres rivales, pero fue eliminado en su cuarta contienda. Le ganó un boxeador al que se enfrentaría después como profesional y que finalmente se convertiría en un infaltable compañero de parrandas: Octavio *Famoso* Gómez.

Fue su única derrota como amateur.

Y el *Púas* empezó entonces algo que lo definiría por siempre: sus festejos luego de una pelea.

El triunfo y las derrotas se celebraron de la misma manera, con la alegría o el consuelo del alcohol.

“Decidimos regresar a pie a la Bondonjito –recuerda de esa su primera caída arriba del cuadrilátero--. Estábamos todos tan tristes, que le pegamos el pico a unas *caguamotas* y así llegamos a la colonia, cayéndonos de pedos. Yo llegué a la vecindad donde vivíamos, me senté en la banqueta y me puse a gritar estupidez y media. Entonces tenía dos chavas, una de ellas la que iba a ser mi futura esposa, Graciela Vivanco, y le empecé a gritar de cosas y empecé a llorar, borracho de pura cerveza... *uta* madre, estuvo grueso mi primer pedo. Desde ahí empecé a tomar mis vinitos y a agarrar mis borracheras, no obstante que me había prometido a mí mismo que algún día sería campeón”.

Era 1963, durante el sexenio de Adolfo López Mateos –un presidente a quien le gustaban el box y los toros--, y el *Púas* decidió seguir viviendo frenéticamente: a sus 16 años “me robé” a Graciela Vivanco.

“Ella vivía en la famosa vecindad El Quinto Patio. Estaba de rechupete la condenada: morenita, delgadita, bien bonita me cae, una escuincla deliciosa. ¡Y que me la robo! Mi papá me dio uno de los cuartos de la vecindad, que se llamaban Las Galeras de Salomón y alquilaba por 5 pesos diarios”.

Ante el sueño imposible de ser boxeador olímpico, el *Chilero* Carrillo lo inscribió en el torneo Guantes de Oro de 1964.

“A todos mis contrincantes les gané por nocaut, pero en la semifinal Rafael Reséndiz me fracturó la mandíbula. Le gané y ya no me querían dejar pelear la final, hasta que le prometí al doctor que iba a ganar en el primer round. Me hicieron un protector bucal de carey y a la siguiente semana me convertí en campeón”.

No sólo fue el ganador de la categoría mosca, sino también fue nombrado el mejor peleador del torneo en ese año.

Los sueños empezaban a ser realidad.

Todavía resentido, el *Púas* se acercó al *Cuyo*.

Con su trofeo en el brazo, le dijo lleno de orgullo: “Ahí está, señor, ya soy campeón”.

Pero el *Cuyo* le respondió de la misma manera que la vez anterior, con una carcajada burlona, antes de espetarle al rostro: “Eso no sirve de nada, el único título que vale es el de campeón mundial”.

#### 5.1.4. Lo más fácil del mundo

Formado en los pleitos callejeros, en los barrios bravos donde el primer lenguaje con el que se habla es el de los puños, no tuvo problemas para elegir su camino en la vida.

“Yo siempre vi al boxeo como lo más fácil del mundo –dice, sin aires de presunción--. Es re’fácil ser boxeador, sencillamente fácil, sólo es cuestión de practicar y practicar. Creo que es algo con lo que yo nací, algo innato, no sé de dónde lo traía, pero el box a mí siempre me gustó. Además es un deporte fabuloso, una disciplina *chingona*, bien rica”.

Al ser menor de edad, su padre tuvo que otorgar un permiso para que el *Púas* pudiera ser peleador profesional.

Recuerda el dirigente boxístico Rafael Barradas: “Con fecha 23 de junio, don Salomón Olivares presentó a la Comisión una comunicación en que autorizaba el ingreso al profesionalismo a su hijo Rubén Olivares. Nadie imaginó que con esa autorización iba a surgir para el boxeo mexicano uno de los más grandes boxeadores efectivos de todos los tiempos. Le llamo efectivo porque los ases de antaño, entre ellos Rodolfo *Chango* Casanova, Raúl *Ratón* Macías y José *Toluco* López nunca lograron alcanzar el éxito que Rubén *Púas* Olivares alcanzó en su formidable carrera”.<sup>(2)</sup>

El don que la naturaleza le había dado, su talento innato para boxear, le empezó a cambiar la vida.

En la cúspide de la gloria, recordaba con nostalgia:

“Yo estaba bien enclenque en esos días, pero de todas formas le eché ganas y comencé a medio comer mejor. Al poco tiempo (mi papá) me sacó mi licencia de profesional y comencé a ganar que los 500 que los 700 pesos, hasta que cobré mi primer salario de mil pesos. Mi primer sueldo profesional fue con *EI*

*Torito* Silva, en la arena local de Gómez Palacio, Durango. Le gané en cinco rounds, pero fue bastante dura, ya que mi rival le hacía honor a su apodo, sin embargo yo ya comía mi carnita, mi pechuguita, mis ensaladitas y estaba agarrando muy buena condición física. Yo ya podía hasta firmar en buenos restaurantes y comer mejor”.

Uno tras otro fueron cayendo los rivales del *Púas* y los aficionados y los concedores empezaron a rendir pleitesía al naciente ídolo con guantes.

En una muestra de lo que sería como boxeador, sumó 23 nocauts en forma consecutiva. Fue el inicio de una carrera impresionante.

Al hablar de algunas de sus primeras contiendas, el *Púas* recordaría en su clásico estilo:

“Con Julio Guerrero me medí el 7 de junio del 67 en la arena México del DF, tan fuerte era su pegada que en cuatro rounds lo mandé a la chingada... y perdonen, pero salió en verso sin hacer esfuerzo.

“En marzo 31 del 68 peleé contra el costal de mañas italiano Salvatore Burruni, habiéndose celebrado el encuentro en El Toreo; tan duros eran los madrazos que le llovieron, que se dio la vuelta el muy *putoni*.

“El 8 de junio del 68 en México DF enfrenté a Octavio *Famoso* Gómez y le apliqué unos ganchos al hígado con los que lo convencí de que no se levantara. ¿O qué más comes, Gómez?

“El 25 de junio de 1968 en Jalapa, Veracruz, choqué contra Enrique *Vago* Yepes; era tan bueno el jarocho que por poco y llega al ocho, pero se quebró en el quinto.

“A José Medel me le enfrenté el día 23 de noviembre de 1968; para mí era pelear contra un venerable maestro y por eso le tuve que pelear a conciencia para ganarle en ocho. Por ese encuentro se me designó el mejor peleador del año.

“En mayo 23 del 69 me medí en Los Angeles con Takao Sakurai. Me tiró en el segundo round y al verme en la lona el *Chilero* Carrillo me dijo: ‘Por pendejo’. Entonces que me empadrono y a la voz de ‘¿va en serio?’, que le pongo en la suya en el sexto round, quedándose viendo para las lámparas. Siendo designado el mejor boxeador del mundo, superando a Cassius Clay”.

Con el dinero que le empezaba a llegar cumplió uno de sus grandes anhelos: tener su automóvil propio, del que todavía se acuerda. “Era un Ford Mercury 1954, negro con rojo. Me costó 16 mil pesos... luego tuve carros del año, un Cadillac y muchos más que no supe ni dónde quedaron”.

## 5.2. “Púas, ora sí ya chingaste”

El Cuyo Hernández, de quien Olivares siempre despotricó, lo supo manejar adecuadamente y con el promotor George Parnassus lo encauzó a su destino natural: un título mundial.

Su gran noche fue el 22 de agosto de 1969.

El rival fue Lionel Rose, campeón mundial de peso gallo, pero que presumía, sobre todo, un apodo apabullante: *El Verdugo de los Mexicanos*.

A la sede de la contienda, el Forum de Inglewood, llegaron unos 20 mil fanáticos atraídos por el carisma del Púas y por su récord impresionante: sin derrota en 52 peleas y con 49 nocauts.

“Mister Nocaut”, lo bautizó de inmediato la prensa estadounidense.

El Púas, un día antes de la contienda, cargaba con un gran peso. El peleador estaba agitado, consciente de todo lo que significaría ganar el título del mundo.

“Yo me sentía nervioso –confesó--, con miedo de quedar mal con la afición, conmigo mismo y con el Chilero Carrillo, lo mismo que con el Cuyo, que cuando entré al negocio del boxeo le había dicho que quería ser campeón mundial y se burló de mí”.

De aquella trascendente batalla, que le marcó el destino, relató a su manera:

“Cuando se verificó la pelea, desde el principio supe que podía ganar, no obstante sentí unos golpes finísimos, muy bien colocados, que revelaban que estaba yo frente a un gran maestro... fue en el quinto round cuando llegó el desenlace para el *Canguro de Melbourne*. Logré colocarle una serie de golpes como de veinte segundos, a dos manos y terminó por caerse. Lo sepulté en cuero



antes de derrumbarse, lo cual fue por cuenta de un rechazazo a la punta de la barba. Vi volar la toalla desde su esquina y me dije: ‘Púas, ora sí ya chingaste’ ¡Ya era campeón mundial! El australiano se había regresado a su tierra con la mandíbula fracturada... y con su fama de chinga-mexicanos cumplidamente vengada”.

Era el comienzo de la gloria.

Y también de unos festejos de escándalo, con los amigos de siempre y con los ya para entonces infaltables arribistas de ocasión.

Rubén, todavía muy ligado a “los de abajo”, festejó de la única forma que sabía: con alcohol y en compañía de los amigos.

Se fue al barrio, a pesar de que debió irse a Los Pinos, con el entonces presidente Gustavo Díaz Ordaz, a quien le había dedicado la contienda.

Sus recuerdos son ilustrativos: “Como yo le dediqué esa pelea, tenía la invitación de ir a Los Pinos de inmediato. Sin embargo, agarré el pedo con los cuates, de tal manera que el licenciado Díaz Ordaz mandó a buscarme con sus guaruras y me localizaron en la Bondojo, chupando con la raza. Todos estaban contentos celebrando el triunfo. Cuando llegaron por mí, se abrieron las puertas de un carrazo chingón, manejado por el propio secretario del Presidente, sin embargo, yo me subí a mi carro, un Mustang 1965 y les dije que yo los seguía. La raza quiso seguirme, pero ni modo de llevar a tanto borracho, así que les dije que regresaba pronto”.

Díaz Ordaz lo esperaba ya en su oficina, por lo que el boxeador fue llevado directamente ante el mandatario.

--Pásele mi Púas, bienvenido --le dijo como saludo--. ¿Por qué no habías venido? Aquí te he estado esperando”.

Olivares, todavía con los efectos del alcohol, no supo cómo disculparse.

Divertido, el Presidente le entregó una caja pequeña con un moño rojo y con su tarjeta personal: “Para el Púas, de su amigo el Lic. Gustavo Díaz Ordaz”.

Abrió el paquete y tuvo por primera vez en sus manos un reloj Rolex.

“Cuando regresé a la Bondojo llegué presumiendo mi *wacha* Rolex y todos me decían que cuánto pesaba o cuánto valía y les dije: ‘Ni madre, eso no es lo

que vale, sino el detalle de que me lo haya obsequiado el Presidente de México'. Aunque ahorita costaría ese reloj más del millón de pesos, me sentiría feliz si lo conservara, pero me lo chingó una hermana de mi primera esposa, Hortensia. Me reencabroné por eso y le recomiendo a esa mujer que ya no siga teniendo las uñas tan largas. Pero en ese momento todos nos sentíamos muy chingones, ya que hicimos sonar el nombre de la Bondojo por todo el mundo”.

Esa era una gran satisfacción para el peleador: “Después de ser un estudiante problema, vergüenza de mis maestros, tiempo después fui el orgullo de mi barrio”.

### **5.2.1. Una botella de cognac**

El *Púas*, con su eterna disposición para las fiestas, pero ahora con el poder del dinero, naufragó en un pantano interminable de festejos.

Sin embargo, su calidad boxística lo llevó a sobreponerse a todo y consiguió varios triunfos –entre ellos un duelo de exhibición en el pueblo ferrocarrilero de Acámbaro, Guanajuato--, y su primera batalla ante Jesús Castillo.

“En abril 18 de 1970 peleé contra el guanajuatense *Chucho* Castillo en Los Angeles; tan duro estaba ese pinche indio que nos aventamos los 15 rounds y le gané la decisión. Ni modo, no todo es noquear”.

La vida disipada del campeón era para entonces conocida por todos, hasta que llegó la fecha aciaga del 16 de octubre de 1970, al concederle la revancha a Castillo, cuando sumaba ya 61 peleas sin derrota.

Antonio Andere, quien falleció el 12 de diciembre de 2004, narró en sus *Memorias*:

“Rubén fue derrotado por nocaut en 14 rounds, pero ello obedeció a hechos a los que jamás hubiésemos dado crédito de no ser porque nos lo platicó el doctor Horacio Ramírez Mercado. Resulta que Rubén Olivares y su compadre y compañero de establo Halimi Gutiérrez, en el cuarto del hotel y entre los dos, solitos, se acabaron una botella de cognac Martell. El propio doctor Ramírez Mercado fue llamado de urgencia para asistir a los dos alegres compadres que

estaban 'hasta atrás' y nada menos que en la víspera de la pelea. ¿Se imaginan ustedes las condiciones en que llegó Olivares para esa segunda contienda con Castillo? Sin embargo, dio una pelea tremenda que llegó hasta el decimocuarto y penúltimo round y fue detenida por una herida del *Púas* en la ceja del ojo derecho. Sin duda ese fue el testimonio de la grandeza del hombre de la Bondojito... Su gran popularidad y sus amigotes orillaron a Rubén a una vida de verdadera crápula en la que toda desmesura tenía lugar".<sup>(3)</sup>

"Fue la primera vez que el boxeo me hizo llorar –recuerda el *Púas*, conmovido en verdad--. Ahí estaba, llore y llore en el vestidor. Fue mi noche más amarga: había perdido lo invicto, y por nocaut. El campeonato también se había ido, pero eso era lo que menos me importaba, porque yo sabía que lo iba a recuperar".

Olivares nunca negó su gusto por la bebida, las fiestas y las mujeres. "Las chicas lindas son mi debilidad, especialmente las rubias...", decía en sus francachelas memorables, mientras *Mantequilla* Nápoles completaba: "Sí, güeras aunque nos castigue Dios".

A pesar de que perdió el campeonato por su vida sin freno, el *Púas* tenía un argumento convincente para explicar su conducta.

"Como la esencia del box es el nocaut y el nocaut es un estado muy próximo a la muerte, cada vez que tengo forma de evadirme de esa pinchurriente realidad, lo hago con mucho gusto; por eso me gusta el desmadre, el pedo, la evasión y, sobre todo, las nenas. Muchas veces, después de un encuentro, no se aún con quién va a ser el otro 'encuentro', pero en otro hotel distinto a aquel en que me hospedo, alquilo un cuarto y lo preparo con champaña, whisky o cognac y al fin de la sesión, siempre, invariablemente, cae carne para el hambriento".

El nocaut, ese estado cercano a la muerte y que le valió uno de sus apodos, fue algo que apasionó al boxeador.

El nocaut es "parte de mi vida", dice y le gusta comparar:

"Así como el carpintero tiene su garlopa, el herrero su martillo y el ruletero su tartana, mi instrumento de trabajo han sido mis puños y mi obra, el nocaut. ¡Sí!

Yo he vivido del nocaut porque él me ha dado la gloria deportiva, amistades ¿y por qué no? pachangas y todo lo bueno que uno quiere”.

Su visión de “esa caída sin fondo” cambió por completo cuando fue noqueado por primera vez.

“Mi conciencia hasta antes de recibir el nocaut era que yo estaba dentro de la luz y caía a un pozo de oscuridad, bastante profundo... un pozo del que salía a un mar de gritos, chiflidos, burlas y demás muestras de inhumanidad... Entonces pensaba en todos aquellos a los que yo había privado de la conciencia, por medio de mis puños. A todos aquellos cabrones que puse quietos, aprendí a comprenderlos y considerarlos... al ser noqueado yo, cobré mi conciencia de ser humano... yo comencé mi carrera boxística a base de puros nocauts, tumbando a cuanto cabrón me pusieron enfrente...”

Si algo distingue al *Púas* es su franqueza y por eso usa palabras crudas cuando se refiere al boxeo y a la muerte arriba del ring.

“Cada vez que estoy frente a un contrincante no me importa si su madre está muriéndose, si su esposa está en el hospital o si tiene un drama encima; para mí no hay nombre ni fisonomía... mi interés único es salir con la mano en alto, caiga quien caiga, ¡y ese no voy a ser yo! Algunas veces, como un ser humano que soy, he golpeado a mis rivales bajo el incentivo de la piedad... les he golpeado sintiendo como si a mí mismo me golpeara, pero la gente pagaba para ver un espectáculo sangriento y tuve que darles gusto... pero hubo un peleador europeo, un francés llamado Antoine Porcel, al que me lo tuve que llevar despacio pues se le notaba mucho el miedo que me tenía...”

A Porcel, sin embargo, lo noqueó en el primer round.

Algunos detractores del boxeo han definido al pugilismo como la muerte legalizada, pero el *Púas* asegura que se trata de un deporte que sirve de catarsis social.

“Con algunos rivales sí volqué todos mis instintos agresivos; a ellos sí les di con ganas, como para que no se levantaran jamás; ahí no me importaba si se morían o no, siempre y cuando fuera respetando las reglas deportivas”.

### 5.2.2. El Himno Nacional en Japón

Ya sin el título, el *Púas* decidió concentrarse en la disciplina del gimnasio y el *Cuyo Hernández* le consiguió la revancha ante *Chucho Castillo*. Fue el tercer choque entre ambos, en una trilogía que marcó época en el boxeo mexicano.

Ahora sí el peleador fue controlado y, gracias a su calidad y al entrenamiento, reconquistó el título mundial: “Esa vez sí me preparé en serio. Estuve un mes en el gimnasio, ni una distracción, ni una copa, nada de nada...”

Fueron menos de seis meses los que el *Púas* estuvo sin el cetro de campeón: el 3 de abril de 1971, en su templo pagano de Inglewood, el ídolo regresó a su pedestal.

Eran sin embargo ya sus últimas contiendas en peso gallo: se quedaba “en el vil pellejo” para dar el límite de la división.

“Estaba yo tan seco, que los días previos de las peleas soñaba que tomaba cientos de litros de agua, que estaba yo en un cuarto rodeado por un chingo de garrafrones y yo abría la boca y tomaba de todos”.

“Mexicano por sobre todas las cosas”, Olivares cuenta con orgullo que un pleito lo ganó gracias a su sentimiento nacionalista.

Recuerda: “Una vez en Nagoya estaba peleando contra Kazuyoshi Kanazawa. La verdad me estaba dando una fuerte madrina el nipón y todos sus paisanos estaban muy felices”.

De momento, entre los inentendibles gritos de júbilo de los japoneses, el *Púas* escuchó algo que sí comprendió.

Los mexicanos que lo habían acompañado a Japón --unos 20 que eran conocidos como la Porra Provimex--, se pusieron de pie y empezaron a entonar el Himno Nacional.

Fue, dice, algo mágico:

“Entonces me enardecí, cobré impulso y al siguiente round que era el catorceavo, lo atacé con todo lo que tenía. Me echó unos gritos de karateca pero me valió madre. Le apliqué un derechazo entre quijada, oreja y madre, se apagó

su pinche grito y ¡suelo! Así pude conservar mi cetro mundial gallo, gracias al Himno Nacional. Ese es uno de los mejores recuerdos que tengo de mi carrera”.

Ese 25 de octubre de 1971 Olivares salió con el brazo en alto, pero al llegar al hotel comprendió por qué a su rival le decían el *Tigre Kanazawa*: el *Púas* empezó a vomitar y a orinar sangre. “Estaba muy madreado, tenía el hígado molido. No podía ni moverme...”

Sin embargo, el miedo se le salió del cuerpo cuando los integrantes de la Porra Provimex llegaron a felicitarlo.

“Yo estaba todo jodido, pero ya que me compuse salí a recibirlos. Después le hicimos los honores a la cerveza japonesa y sobre todo al sake, a la voz de ‘no le saque’ en vez de decir salud... y luego ‘¡Vámonos con las geishas!’ Cada quien se metió con la suya a bañarse, el masaje y servicio completo, o sea: sopleteado, lavado y engrasado”.

Después de la pelea, el *Púas* todavía estuvo orinando sangre durante dos días.

Y al regresar a México fue recibido por una mala noticia: una amenaza de secuestro contra su hijo Obed, de un año de edad, y la exigencia de un millón de pesos.

“Entonces empezamos a cortar papeles y arriba de ellos poníamos un billete de a de veras. Fuimos a dejar la caja de cartón a un terreno baldío por la (colonia) Martín Carrera. Alrededor había un chingo de policías disfrazados de pepenadores, pero no se presentó nadie... así que le di unas pistolas a mis cuates y yo me armé con una ametralladora M1 por si había algo y nos la pasábamos vigilando arriba de la azotea de la casa, pero nunca volvimos a saber nada”.

### **5.2.3. Me derrumbé sin golpe**

Llegó así su primera pelea ante Rafael Herrera, el 19 de marzo de 1972.

Días antes, el *Púas* confesó que ya no deseaba pelear en peso gallo. Demacrado por los esfuerzos para dar el límite de la división –aunque todavía

estaba 900 gramos arriba de los 53.500 kilos--, alcanzó a exclamar mientras chupaba con desesperación dos toronjas: “Ya no aguanto este sacrificio”.

El *Púas* andaba para entonces con el pelo ensortijado y las multitudes que lo seguían no lo dejaron ni entrenar. Para el sábado, el ídolo realizó su último entrenamiento embarrado con crema de limón para rebajar los gramos sobrantes y su única comida del día fue un filete de 250 gramos y un poco de verdura.

“Ya no podía dar el límite gallo. Di el peso a toda costa por defender 80 mil dólares y eso que me metí al vapor varios días. El mismo día de la pelea estuve en el vapor”, confesó Olivares, quien ya se había consolidado como el ídolo del boxeo mexicano y el lleno de 20 mil personas en el Toreo estaba asegurado.

La mayoría acudieron con la esperanza de ver al espectacular noqueador, pero el cuerpo le cobró esa noche todas las afrentas recibidas.

La reseña, de Antonio Hernández, en el diario *Esto*:

“El Olivares de anoche no era el Olivares de sus grandes noches. Todo su poderío se había quedado en el sudor del gimnasio, en las dietas rigurosas y en la deshidratación inhumana para hacerlo bajar a peso gallo. Y el final se escribió cuando en el octavo round Olivares lanzó una derecha y Herrera lo recibió con violento contragolpe de derecha en plena barbilla. Olivares se desplomó de bruces, como tocado por un rayo, y a la cuenta de tres se sentó, miró hacia su esquina esbozando una sonrisa que lo mismo podía ser de incredulidad que la de un hombre que no estaba en este mundo”.<sup>(4)</sup>

El pleito fue transmitido en forma diferida, a las 11 de la noche por Canal 2, y entonces muchos televidentes observaron la caída del ídolo... pero no vieron el golpe.

El martes, entrevistado en su residencia de Lindavista que le había costado un millón de pesos, el *Púas* se defendió de las críticas, pero sobre todo de la frase lapidaria del *Cuyo* Hernández. “Tenía que perder, el vicio sólo deja eso”.

“Que digan que bebo, que hablen los hipócritas –retó, descansando con sus amigos en el amplio jardín, tomando pulque y comiendo carne molida--. Yo no me retiro, ni del boxeo ni del vicio... de éste menos, tanto que me ha costado...”

sábado y domingo estuve tres horas en el vapor cada día, sin comer ni beber. Los últimos 200 gramos fueron los más pesados, ya hasta veía manchitas negras”.

--Pero en la televisión no se ve el golpe --le increpó un reportero.

--No se vio, pero ¿qué tal clavadista soy, eh?

--No se vio, la verdad --le insistieron.

--¡Cómo que no! Fue un golpe certero, seco, fue un rechazazo que me colocó en el mentón... Empecé a ver puro negro.<sup>(5)</sup>

Muchos años después, lejos ya de aquel escándalo, el peleador confesó que se dejó caer.

Se justificó, sin embargo, por sus problemas para dar el límite de la categoría: “Como en el cuarto o quinto round conecté a Herrera, sólo que ya no tenía potencia mi pegada y el muy sonso me fue noqueando hasta el octavo. Esta pelea ha causado mucha polémica: yo tenía una herida en la ceja de dos centímetros y rogaba a Dios que me pegara aunque fuera un golpe regular para dejarme caer, pero como el tarado no lo hizo, en el octavo round de plano me derrumbé sin golpe”.

El *Púas* cambió entonces de división.

En la categoría pluma buscó la revancha ante Herrera, pero éste lo volvió a vencer, ahora por decisión en 10 asaltos.

En peso pluma (en ese tiempo no existían los pesos intermedios, en este caso el supergallo) realizó una pelea eliminatoria ante el canadiense Hart Hafey, un rival al que recuerda muy bien por un motivo: “Lo quería matar”.

Y es que Olivares ya se había enfrentado a Hafey, en Monterrey, y el canadiense lo había vencido en 5 episodios.

Sin embargo, por el impacto del nocaut sufrido, no se acordaba de nada.

“Mientras me estaba vistiendo para salir de la arena --cuenta el *Púas*--, le pregunté a mi esposa qué había pasado. Ella me respondió: ‘Terminó la pelea y perdiste’ y yo le dije mientras me ponía la chamarra: ‘¿Así que perdí?, en la madre, ni cuenta me di...’ O sea que yo estaba pisando sobre nubes de algodón”.

Así que cuando enfrentó otra vez a Hafey, seis meses después, pero ahora en Inglewood, el *Púas* mostró sus instintos criminales.



Confiesa: “Entre los que atacé con rabia y coraje estuvo el canadiense Hafey. En esa pelea sí me olvidé que fuera un semejante y quise convertirlo en polvo; mis instintos, lo reconozco, eran asesinos. Nunca he matado a un cabrón, pero estoy seguro que si esa vez lo hubiera hecho, no me hubiera importado... el box da esas ventajas, de poder golpear a placer a un contrincante, sin que nadie se moleste por ello. Es más, la gente va al box a volcar sus instintos criminales, por eso vocifera, grita y se desahoga...”

Quedó listo entonces para disputar al japonés Zensuke Utagawa el vacante título mundial pluma de la AMB, el 7 de julio de 1974.

La sede, el Forum de Inglewood, el lugar de sus grandes noches.

Atraídos por el ídolo, miles de sus seguidores llenaron el inmueble y el *Púas* les correspondió con creces: tuvo una coronación impactante, al ganar con un dramático nocaut en siete episodios.

“El nipón quedó conmocionado –recuerda sin remordimiento el *Púas*--. El estado de inconsciencia en que quedó le duró algo de tiempo. Sus entrenadores y *seconds* estaban ya alarmados, pero así es este negocio de los madrazos. Pudo despertar 10 minutos después de que lo había noqueado”.

#### **5.2.4. Cien mil dólares por perder**

Sin embargo, el gusto sólo le duró cuatro meses. Esta vez dejó de ser campeón debido no sólo a su vida disipada, sino a que se enfrentó a uno de los grandes campeones de la división pluma, Alexis Argüello.

“Fue un combate memorable –apunta Fernando Gómez Arias--. Olivares ganaba, por ciencia y habilidad, por paciencia y astucia, cuando fue alcanzado por uno de los bombazos del nicaragüense, en el asalto número 13”.

Recuerda el *Púas*: “Yo le iba ganando la pelea de punta a punta, pero me vacié y cuando me puse a cambiar golpes, me encontré con un *chingadazo* que me vino de frente y me tiró para la cuenta de ocho. Entonces que me empadrono, que lo cito al centro del ring y entramos a un intercambio de golpes, pero me volví

a encontrar con otro puta-madrazo y entonces la cuenta ya llegó a los 10 fatídicos segundos”.

El réferi se agachó y le preguntó al caído Olivares:

--¿Puedes seguir peleando?

--¡Sí, sí! --respondió un *Púas* muy convencido.

Instantes después, añadió sin hacer intentos por levantarse: “Pero hasta la próxima semana”.

Días antes, el púgil mexicano enfrentó “por única vez” en su carrera un intento de soborno.

Durante su etapa de preparación, en Tijuana, unos apostadores le ofrecieron 100 mil dólares y un anillo de brillantes “que tenía en el centro una piedra bastante grande”.

A cambio, sólo le hicieron una petición: que se dejara caer en el cuarto episodio.

“Yo al oír la proposición los mandé redonditamente a chingar a su madre y les dije:

--¡No me chinguen! Si me van a ganar, que me ganen bien. Tanto que me ha costado llegar hasta este sitio y ustedes quieren chingar mi carrera --recuerda un *Púas* muy serio, pero de inmediato suelta:

“Si he sabido el resultado hubiese aceptado, ya que me ganó Argüello en el treceavo round...”

### **5.2.5. Cassius Clay no existiría**

Imán de taquilla y boxeador extraordinario, sólo esperó siete meses para recibir otra oportunidad por un título mundial.

Esta vez fue por el cetro pluma del CMB, el 20 de junio de 1975, ante *Bobby Chacón*.

Durante la firma de contratos, realizada en el Forum de Inglewood, el *Púas* conoció al que es considerado el mejor boxeador del mundo en la historia: Muhammad Alí.

“Una de mis satisfacciones es esa anécdota con Cassius Clay. Faltando dos días para el pleito, yo estaba muy deshidratado, no me sentía con ganas de nada, así que me tumbé en una butaca, todo desfallecido, con mi séquito de *mojados*. En eso llegó Muhammad Alí con su escolta de negros y negras acharolados y al enterarse de que yo era el retador de su paisano (Chacón es californiano) comenzó a decirme muchas cosas en inglés y empezó a chacotearme, haciendo sombra con su pasito de gallina”.

Molesto, el *Púas* le dijo al *Molacho*, el único de su grupo que hablaba inglés: “Dile a ese señor que le dé gracias a Dios que no me hizo corpulento, si no, no existiría Cassius Clay”.

Realizada la traducción del *Molacho* –otro personaje inmortalizado por *Los Polivoces*--, el estadounidense se molestó.

“El cabrón se enojó, empezó a vociferar madre y media y yo ni lo fumé; eché la cabeza para atrás y lo dejé que me barrierá y regara, como quien ve llover y no se moja...”

Tan sólo dos días después, el *Púas* se cobraría la afrenta.

Y ese recuerdo aún lo sigue disfrutando:

“El día de la pelea Cassius Clay llegó con su séquito de acharolados y ocuparon los asientos de *ring side*. Cuando llegó Bobby Chacón, que era el campeón mundial de peso pluma, él comenzó a aplaudirle”.

La reseña de la contienda es del propio Rubén:

“La pelea empezó normal, nos dimos madrazos bien bonitos. Fue un round de lucha frente a frente, sin *clinchs*, peleamos cabeza con cabeza, golpe por golpe, sin marrullerías, luchando como se debe pelear. Al finalizar el primer round todo el mundo pegó una exclamación. Al comenzar el segundo había ya expectación en el público y comencé a persignarlo con mi izquierda por delante; me lo llevé a las cuerdas y ahí peleamos durante dos minutos y fracción antes de que cayera. Lo tiré con tres golpes: un gancho al hígado, otro a la quijada con la misma izquierda y un cruzado de derecha a la quijada. Ahí recibió la cuenta de los 8 segundos de protección. Al levantarse lo volví a recibir con una andanada de muchos golpes al cuerpo, al hígado y a la quijada. Con esto se acabó. Le di como

150 golpes en dos minutos y 40 segundos que duró la contienda y se quedó noqueado de pie. El réferi paró la pelea”.

Ya con el cinturón de campeón del mundo, el *Púas* buscó a Muhammad Alí y le gritó en español: “Señor, está usted servido”.

Alí, llamado *El Más Grande*, no entendió las palabras pero sí el significado.

“El cabrón negrazo, al ver la calidad de la melcocha, me aplaudió en forma entusiasta”, dice un satisfecho *Púas*.

¡Otra vez campeón!, tituló el *Esto*.

“Esta ha sido una fecha de orgullo para el boxeo mexicano, porque Rubén Olivares ha emergido nuevamente de su discutida decadencia hasta lo más alto, al lograr su cuarto campeonato mundial de box a costa de un nocaut rotundo e indiscutible sobre el californiano *Bobby Chacón* a los 2 minutos y 29 segundos del segundo round”, escribió Antonio Andere.<sup>(6)</sup>

Los 18 mil 770 aficionados que asistieron al duelo, y que dejaron una recaudación de 410 mil dólares, le brindaron una gran ovación al *Púas*, quien fue llevado en hombros al vestidor con el clásico sombrero de charro.

La prensa se refirió someramente al festejo posterior, realizado en la suite 601 del hotel Alejandría: “Fue una fiesta con champaña. Hubo *ñeris* de la Bondojo, chicanos y media docena de bellas jovencitas”.

El *Púas* lo describió a su manera: “Después de la victoria, ¡vámonos al pedo!... el *desempance* estuvo de peluches. Mi amigo Manolo me tenía preparada una fiesta con unas chavas lindísimas, unas de color y otras pochitas. Me ponía de todo: mota, coca, pastillas, chupe, y luego ¡a cogernos cariño! Como la vida es muy cabrona cuando uno se descuida siempre es bueno desquitarnos cuando se puede... y casi siempre se puede... creo que para eso vive uno, para darse sus satisfacciones...”<sup>(7)</sup>

Al día siguiente tuvo un gran recibimiento.

“Una masa enorme de habitantes de la colonia Bondojo se volcó ayer por la tarde al aeropuerto internacional –reseñó el *Esto*–. Fue una ruidosa bienvenida con mariachis, porras y gritos”.

El *Púas*, quien en Los Angeles había brindado con champán, ahora lo hizo con su bebida predilecta.

En su casa de la Bondojito su esposa Graciela colocó en la mesa de la sala una olla rebosante de pulque traída de La Canica, su pulquería favorita.

Entre sorbo y sorbo, el púgil admitió: “Ahora me voy a dedicar a chupar durante varios días. En Acapulco me voy a tirar en la playa con un coco-loco y a seguir chupando. Me lo merezco”.<sup>(8)</sup>

No lo sabía, por supuesto, pero ese sería su último campeonato.

Sin embargo, festejos sí hubo todavía.

Y muchos, muchos más.

### **5.3. El segundo drama nacional**

Tres meses después del triunfo sobre Chacón –con el que Olivares se convirtió en el primer púgil mexicano que sumaba cuatro títulos mundiales--, el *Púas* enfrentó en su primera defensa al ghanés David Kotey.

El 20 de septiembre de 1975 sería, como dicen los cronistas, el principio del fin.

Sin embargo, días antes de la contienda no había lugar para el pesimismo. El dueño del Forum de Inglewood, Jack Kent, le entregó un cinturón chapeado en oro por las 18 peleas, y por supuesto llenos, que ahí había conseguido.

El reconocimiento no era para menos. Cada lleno de 10 mil aficionados en el Forum significaba un ingreso de unos 180 mil dólares. Treinta años después, el *Púas* rechazó que el cinturón tuviera algo de oro: “De haber sido así, lo hubiera fundido o vendido”.

Pero en aquellos tiempos de gloria todo era optimismo y se gastaron miles de dólares para la inminente “fiesta de la victoria”, que sería en Palms Ball Rooms y amenizada “con un conjunto de música moderna y unas cuantas botellas”.

El *Púas* tenía una bolsa garantizada de 80 mil dólares, por sólo 15 mil para su desconocido retador, quien sin muchos méritos apareció de pronto entre los mejores del mundo, aunque tenía récord de 29 nocauts en 35 victorias.

Otra vez, el Forum fue colmado por miles de paisanos que veían en los guantes del ídolo la nostalgia por el México lejano.

El duelo fue transmitido en vivo, en cadena nacional, por el Canal 2. Y lo que vieron los aficionados fue una gran batalla, pero abajo del cuadrilátero.

“Tremenda bronca en el Forum”, fue el encabezado principal del *Esto*.

La información, de Antonio Andere:

“En su camerino, casi en secreto, el ghanés David Kotey fue proclamado campeón de peso pluma, acreditándose una victoria por decisión dividida sobre el mexicano Rubén Olivares, que en esos instantes era izado a hombros por un puñado de fanáticos que habían coadyuvado de una manera decisiva para que el ring del Forum se convirtiera en escenario de una bronca que provocó pánico entre la multitud que corría alocadamente hacia los pasillos para ponerse a salvo de la barbarie desencadenada intempestivamente.

“Todo era confusión alrededor del cuadrilátero, nadie sabía lo que ocurría. El comisionado Joey Olmos contaba y recontaba las puntuaciones de los jueces Dick Young y Chuck Hassett y del réferi Ruddy Jordan. Transcurrían los segundos y los minutos y el hombre no acertaba a anunciar el veredicto.

“Los partidarios de Olivares empezaron a invadir el entarimado pese a un cordón de policías y se inició una salvaje lucha entre esos empecinados fanáticos y los fornidos azules. Hubo bastonazos y respuestas a puñetazos. Se generalizó la gresca entre esa heterogénea y abigarrada multitud. Los representantes de la ley hicieron uso de la fuerza y arrojaron brutalmente a los que estaban arriba del ring.

“Se enardeció la multitud y desde las alturas volaron toda clase de proyectiles y líquidos. Los ocupantes de *ring side* corrían presas del pánico y el motín adquiría caracteres dantescos. Merodeaban los garrotazos, los golpes y los descalabrados y desde la orilla del ring unos exaltados, en el paroxismo de la barbarie, arrojaron las sillas metálicas.

“El grupo de Kotey descendió del cuadrilátero y un salvaje le asestó violento sillazo al entrenador Francis Clotey dejándolo tendido con el cráneo fracturado.

“Por radio, los de la policía solicitaban el auxilio del escuadrón antimotines, pero nada ni nadie era capaz de contener una de las más vergonzosas

demostraciones de salvajismo de que se tenga memoria en el boxeo contemporáneo. No lograban desalojar el ring, no se anunciaba quién había sido el triunfador y muchos se engañaron al ver que algunos chistosos izaban en hombros a Olivares.

“Y aunque usted no lo crea, la policía se batió en retirada y dejó a aquellos exaltados como dueños del improvisado escenario del motín y ahí permanecieron danzando, gesticulando, gritando, alzando puños crispados en señal de triunfo. Y nadie sabía quién había recibido el veredicto de los oficiales porque cuando el gritón intentó dar a conocer el triunfador, una rechifla acalló sus palabras. Y entonces el comisionado Olmos, asesorado por Robert Turley, decidió mantener en secreto temiendo, no sin razón, que el anuncio del triunfo de Kotey diera pábulo a una tragedia de mayores proporciones.

“La comisión había anunciado que usaría perros detectores de pólvora para impedir que el público continuara el peligroso pasatiempo de arrojar cohetones, pero fracasaron, pues los cohetes explotaban ruidosamente en las alturas desde el desarrollo del combate entre el mexicano *Lupe* Pintor y el norteamericano Willy Jensen.

“Desde el primer round Olivares se vio en problemas y se fue a la lona impulsado por un gancho izquierdo que le estalló a la altura del pómulo. También cayó en el segundo, pero el réferi no contó oficialmente el derribe no obstante que hubo golpes limpios y sólidos. Y en el cuarto quedó hincado después de recibir una sucesión de ganchos a la cabeza, pero se sujetó de la cintura del ghanés, quien al calor de la contienda continuaba golpeándole en donde le caían los guantes.

“El réferi tampoco procedió a realizarle conteo. El veredicto, obviamente, dividió opiniones hasta el extremo de dar rienda suelta al salvajismo, pero el único responsable de este resultado fue el propio Olivares que, evidentemente, no alcanzó la debida condición física. Sus piernas le fallaban, resbalaba a menudo, lanzaba sus golpes fuera de distancia porque no se desplazaba con la celeridad necesaria. Y una pelea que debió haber sido fácil, aunque peligrosa porque el *ponch* de Kotey no era cuento publicitario, se convirtió en 35 minutos de dar y

recibir. Kotey es un peleador rudimentario, en ocasiones era un auténtico *tirapiedras* que tomaba impulso para dar el rechazazo, de la misma forma en que adquiere vuelo un lanzador de jabalina. Su defensa era nula pese a que mantenía cerrada la guardia, cubriéndose las mandíbulas con los guantes...”<sup>(9)</sup>

Kotey había sido contratado como un rival a modo, tan sólo para quedar registrado como una víctima más del gran ídolo.

Y eso fue lo primero que le reprochó el *Púas* a su entonces apoderado Ricardo Maldonado: “Andale, compadre, sigue consiguiéndome más pichones de esta clase. Kotey es todo, menos un auténtico boxeador. Es un salvaje que utiliza tácticas ilegales, cabezazos, codazos y piquetes de ojos”.

El malestar, sin embargo, sólo le duró unos momentos.

Por la noche el *Púas* estaba totalmente repuesto y él mismo encabezó la fiesta en el hotel Alejandría.

“¡Aquí no ha pasado nada! –exclamó ante sus más de 200 invitados--. ¡Hay que divertirse, vamos a bailar!... aunque no lo crean sí entrené, pero esta vez me fallaron las piernas”.

Las fotos en los diarios lo mostraron, feliz de la vida, bailando entre tres sonrientes mujeres.

El mánager Arturo Hernández se deslindó: “Yo no entrené a Olivares. Es un buen boxeador, pero ya perdió la vergüenza. Ante Kotey no entrenó”.

Y el *Púas* admitió tiempo después: “El desmadre ya era demasiado. Eran momentos de mis tres señoras, de parrandas de semanas enteras, de malos negocios, de tirar el dinero...”

### **5.3.1. Las Glorias del Gran *Púas***

El *Púas* estaba ya en el ocaso de su carrera.

Después de perder ante el africano Kotey, sufrió lo que nunca le había sucedido: sumó dos derrotas consecutivas. El californiano Danny López lo noqueó en 7 episodios.



A mediados de 1976 el ídolo ya iba en decadencia, pero su popularidad era más grande que nunca.

Conoció entonces a Ricardo Garibay.

“Me dijo que era escritor, que le hacía los discursos al presidente de México, creo que era Miguel de la Madrid (el mandatario en ese tiempo era Luis Echeverría), lo hizo con mucho aspasviento y yo pensé que era presumido. Me dijo que estaba interesado en hacer el libro de mi vida y con tal de que no me estuviera molestando le dije que sí, pero no firmamos papel alguno...”

--¿Le dio usted datos de su vida para el libro?

--No, él pidió vivir conmigo por espacio de 15 días y lo invité a lugares para bailar, tomar y con algunas chavas. Al ver la clase de vida que llevaba, me dijo que el libro sería un éxito y que dejaría mucho dinero...

Narra Garibay en *Las Glorias del Gran Púas*:

--¿El pleito está arreglado, Rubén? ¿Tongazo?

Estábamos en los vestidores, a 15 minutos de la pelea donde el ídolo de la Bondajo destazara en 15 segundos al tailandés Pager Lupikanete, flan de encargo, mucho antes de que las lámparas acabaran de alumbrar completamente el enlonado del drama. El drama era Olivares. Victoria relámpago que no creyó nadie entre los diez mil fanáticos que el imán del *Púas* y el colmillo del promotor gringo embodegaran en las graderías del Sports Arena, en Los Angeles, aquella maliciosa noche del 2 de junio del 76: arranque del derrumbe definitivo de una maciza gloria mexicana, derrumbe que se vaticinara banderazo hacia el quinto campeonato mundial del otrora aclamado *Mister Knock Out* por la prensa deportiva del Imperio.

Sísifo casi de veras, inagotable casi, Rubén Olivares emprendía esa noche una nueva ascensión, a costas su fardo de mujeres, de alcohol, de marihuana, de parásitos, de coca, de vagancia, de tedio, de impaciencia, de desamor, de anarquía, de nota roja, carnitas y totopos y fatalismos y resignaciones y prodigiosas facultades naturales para el arte de desmadrarse entre las 12 cuerdas.

...

--Lo dicho. Tú me cuentas tu vida, tal cual; yo la escribo; el periódico la edita; y vendemos un millón de ejemplares.

--¿Un millón? Dónde fue el trueno ¡ay sí! Y eso qué, a cuánto.

--Chingo de luz.

--Para mirármelo a gusto ¡ay sí! ¿no? Chingo de luz para mirármelo a gusto... Y qué, cómo va a estar la repartición.

--Veinte por ciento de las ventas para ti, 15 para mí, diez para Nacho.

--¿Y el otro sesenta y cinco?

--Papel, edición, talleres, voceadores. El periódico no gana casi nada.

--Ta raro el pedo. Pa qué etons.

--Lanzar un libro que puede ser apasionante. Ganar algún dinero.

--Como cuánto, así en números al chile.

--Pues... para ti... como 600 mil, por ejemplo.

--Aaaaay ora sí me la restiraste, Garibay. Pura pasión y dinero y sin que me rompan el hocico... Bueno, que sea. Si tú también me transas no serás el primero..."

Años después de esa plática, el *Púas* contaba a quien lo quisiera escuchar: "El libro se publicó y después se hizo una película, pero el único que vio lana fue él. A mí no me dio ni un centavo partido por la mitad, ni de la película ni de la venta del libro. De la película cobré únicamente mi sueldo, que fue de medio millón. Para mí el *Garibas*, como le decíamos en la película, no era un intelectual, era un tipo deshonesto. No tenía moral ese sujeto".

De ese duelo ante Lupikanete, reseñó Garibay:

"Ahora, en los vestidores, cuando afuera ruge la bestia con la primera estelar de la noche, vuelvo a preguntarle:

--¿La pelea está arreglada?

Rubén hace un poco de calentamiento. Sombra, sentadillas, abdominales, cuello. Y con tanto, no sé si asiente como respuesta.

--¿En qué round se va a caer el tailandés? --pregunto.

Se acuesta en la banca y hace respiraciones profundas. Levanta un brazo y con el índice señala el techo.

--¿No es mucha bronca, en el primero? --pregunto.

--Hay que regresar a tambor batiente, como dicen tus cuates periodistas. “¡Olivares enrachado y en plenas facultades!” ¿No ves que mi público quiere verme otra vez en el pináculo? (Ríe) ¡Buitres ojetes!

--¿Y de ésta, Rubén?

--Dos más.

--¿“Chambas”?

--Seguro, chambas. Al rey hay que cuidarle el físico.

--Y de ahí al cuarto campeonato...

--¡Tas pendejo! ¡Perdóname, Garibay! Quinto, al quinto campeonato.

--¿Te lo darán?

--A güevo.

--¿Por qué a güevo?

--¡Porque conmigo se hinchan los cabrones! A poco voy a pensar que soy muy bueno o que me quieren mucho...

...

Y aquí llega, el último, como conviene a su categoría, basilisco entre marañas de brazos y gritos. Rubén Olivares, *El Púas*, *El Grande de la Bondajo*, *Mister Knock Out*, *El Alarido de la Raza Allende el Bravo*, *El Monstruo de la Taquilla*, *El Aloque hecho Existencia Diaria...*<sup>(10)</sup>

### 5.3.2. Cuatro días sin comer

Un año después de que había cedido el título a Kotey, en busca de la gloria perdida el *Púas* tomó una medida desesperada: regresó a la categoría supergallo.

Antes de disputar el cetro, tuvo que realizar una pelea eliminatoria ante el colombiano José Cervantes, *Kid Pambelito*, el domingo 21 de noviembre de 1976.

La cita, en el Memorial Sports Arena de Los Angeles, al que acudieron 10 mil 465 incondicionales del ídolo y dejaron en taquilla 125 mil 400 dólares.

Sin embargo, los sueños del *Púas* terminaron en 6 rounds.

“El primer drama nacional de ese año había sido la devaluación echeverrista –recuerda el *Púas*--. El segundo drama para el país fue mi derrota ante el tal *Kid Pambelito*”.

Rodeado siempre de amigos durante sus fiestas interminables, el pugilista sufría su infierno personal durante las noches.

Confesó: “Es tan dramático el box que cuando he tenido contiendas muy fuertes, en la noche, cuando hago mil intentos para poder dormir, no puedo, recordando como en una pesadilla lo fragoroso de la madriza. Recuerdo que cuando me la rifé con *Kid Pambelito* ya no podía ni ver. Cerraba los ojos y decía: ‘¡Agárrenme que me caigo!’”. Creo que se debe a que yo estaba bastante débil cuando subí, o sea, estaba vacío, pues bajé de pluma a supergallo y eso fue un esfuerzo súper encabronado. ¡Ah! pero dije ¿qué tal si le gano a este cabrón? ya hubiera sido yo campeón mundial por quinta vez... pero Dios no cumple caprichos ni endereza jorobados”.

“¡Esto ya se amoló!”, expresó el mánager *Pancho Rosales*, quien confesó que para dar el límite de la categoría, Olivares estuvo sin comer los cuatro días previos a la batalla.

*Pambelito* estuvo consciente de los alcances de su triunfo: “Vencí a un hombre en el ocaso de su carrera”.

“¡Adiós Rubén! Triste final de un coloso”, fue el titular del diario *Ovaciones* que reflejó el sentir de los mexicanos frente al ídolo que se derrumbaba.

Pero los planes del peleador eran otros.

“Es muy pronto para pensar en el retiro –dijo, sentado en el cofre de su Mustang último modelo—. Es muy prematuro pensar que Rubén Olivares está acabado. Seguiré en el boxeo porque no soy como otros, que se retiran y regresan”.

El 23 de julio de 1977, el *Púas* conmocionó a la opinión pública.

“Sí fumo yerba”, publicó *La Prensa* en su contraportada. “Lo hago por necesidad”, reveló.

Entrevistado por Antonio Elizarrarás, admitió: “Sí he fumado la marihuana y me ha creado fama de crapuloso. Veo la yerba como algo natural, algo igual que

el pulque. La fumo por necesidad y el gusto de estar con los amigos. Prefiero un cigarro de la 'buena' que tres paquetes de *Raleigh*. Un cigarro de aquella que te conté calma más la angustia que cualquier cantidad de tabacos".<sup>(11)</sup>

Su manejador *Pancho* Rosales estaba asombrado de la vida disipada que llevaba su pupilo:

"Su caso es especial. Sólo Casanova y el *Toluco* tuvieron una recuperación similar. Cuando Rubén se cuida, es distinto. Cualquier otro, con la mitad de la vida desordenada que ha llevado, estaría liquidado".

"Mi naturaleza es así --respondía, ufano, el *Púas*--. Me gusta andar de desmadroso con mis cuates, pero rápido me recupero".

--Se dice que no tienes nada de la fortuna que ganaste.

--Es un cuento de ustedes los periodistas. Gané 5 o 6 millones de pesos. No los tengo todos, pero quedó lo suficiente para asegurar las carreras de mis hijos... gané mucho, pero el *Cuyo* me trincó bastante. Se hizo una mansión que olvídense.

Sereno, Arturo Hernández respondió a la acusación: "No me molesta que diga que le robé, porque no es cierto. El ganó más de 13 millones de pesos conmigo. Si ahora se duele porque no tiene una casa como la mía, creo que el menos culpable de eso soy yo".

En ese tiempo, Olivares tenía una casa en Lindavista, otra en la Bondojo y varias propiedades en la Impulsora.

#### **5.4. Una pachanga a la Púas**

Ya no estaba en la cúspide, pero le seguía sobrando el dinero y, con él, las fiestas, el alcohol, las drogas y los amigos.

"La verdad en ese tiempo yo estaba muy mal por tanta droga, eso me llegó a afectar demasiado", dice y relata:

"*Paco* Malgesto se murió en junio o julio de 1978. Y yo me andaba muriendo junto con él. Me dio un ataque en mi casa de la colonia Lindavista. Y me llevaron como a las 5 de la mañana a un hospital. Como a las 8:30 me regresaron,

pero yo no quería dormirme porque decía: 'Aquí me voy a morir, me va a dar un ataque'. Tenía la lengua toda mordida, el cuerpo adolorido. Una cosa espantosa”.

Así, recién salido del hospital, en pijamas y pantuflas, el peleador acudió al sepelio del conocido locutor.

“Había muchos artistas: Carlos Lico, Marco Antonio Muñoz, el *Piporro*. Muchísima gente. Nomás me veían. Han de haber pensado que iba borracho. Imagínate, en pijama y pantuflas. Y todavía me lo eché al hombro, le cargué la caja y lo llevamos al hoyo... Yo tenía muy buena amistad con *Paco Malgesto*, fue muy buena persona conmigo, muy buen amigo. Tuvimos algunas parrandas. Cuando lo iba a ver a sus camerinos me invitaba coñaquito, whisquito o ron. Lo que yo quisiera. Tenía de todo”.

En sus fiestas, que más que eso “eran unas orgías”, el *Púas* también disfrutaba de todo.

“Los ingredientes de una pachanga a la *Púas* –dice él mismo-- deben ser: música, amistades, damas (jóvenes de preferencia), amigos... y de ahí saquen lo que quieran. Debe predominar la *cannabis*, el chupe (obviamente), las muchachas (de jalón sin duda alguna) y pases, no precisamente p'al cine... algunos chupan pulque (mismamente) pero mis cuates son de todos los estratos sociales”.

Por eso, siempre trataba de terminar las peleas en el quinto episodio.

La explicación es simple.

“Mi asalto preferido era el quinto porque siempre me llevaba tranquila la pelea y era como un entrenamiento. Para el quinto round la gente desquitaba su paga, se divertían con lo visto y al terminar yo rápido, pues temprano llegaba el reventón con las nenas y los cuates. Sí, casi todos los cabrones daban las nalgas en el quinto round”.

Eran, lo admite, unas parrandas interminables.

“Después de una pelea llegaba yo con los 20 mil, los 40 mil dólares, de aquellos tiempos en los que el dólar costaba 12 pesos con 50 centavos. Yo me jalaba a mis cuates de la Bondonjo, les ponía *tacuche* y corbata, no fueran a decir ‘pinches amigos del *Púas*, puro mendigo fachoso’ y nos metíamos a La Fuente. Llegábamos a cenar, *uta* qué rica tragadera, a ver la variedad y una botella de

coñac por cráneo. Puro coñac invitaba yo. Y a pagar la feria, el chingo de feria y luego pues a seguirle a otro lado, al amanecer en el barrio, echando birra en alguna fonda y después el almuerzo y una cerveza, la botana un pulquito, ¡uy qué rico! Y va de nuez...”

--¿Y cuánto más o menos te gastabas en una buena parranda?

--En una noche los 20 mil, los 30 mil, hasta los 100 mil pesos llegué a gastar.

--Esas son cifras estratosféricas...

-No *pus*, es que me robaban. Sí, todos, los cuates, los de la entrada, los pinches meseros, abusivos los cabrones. Pedía yo unas cubitas y me llevaban otras. Chingue a su madre, mejor tráeme la botella y luego cuando ya me veían bien *cuete* me traían unas cuentotas más largas que la cuaresma, me cae. Pero ya en esa onda pagaba todo: ‘Total, ya luego vuelvo a pelear y recupero todo esto y un chingo más’, decía yo. Cuando llegaba la cruda que era física y nunca moral no más me revisaba los bolsillos. ¿Cuánto gasté anoche? Me llevé tanto y tengo tanto. No hay pedo, ya vendrá más...

Fueron días de desenfreno.

No había límites para el púgil ni para sus acompañantes.

Lo que siempre fue un secreto a voces, el peleador lo confesó en su autobiografía: “Una orgía o bacanal se organiza sin proponérselo uno. Nomás sale y cuando menos se piensa ya está uno en acción; antes de una pelea se programa todo y luego del encuentro ¡a coger y a mamar que el mundo se va a acabar! El caso es que lo que en un principio es una simple reunión amistosa, una cena o un brindis, al rato degenera en un reventón con todas las de la ley. Viejas para todos y entronas en la cama. Ahí hay pastas, motitas, chupe y de *tocho* para todos...”<sup>(12)</sup>

Ya entrado en confidencias, Olivares señala: “Así como yo le tuesto las patas al chamuco, otros púgiles como *Famoso* Gómez, Ultiminio Ramos y Alfonso Zamora hacen lo mismo que yo, son macizos y no lo niegan... y no sólo a la *cannabis*, sino también a otras cositas le hacen”.<sup>(13)</sup>

Y en esa libertad total al cuerpo, el *Púas* habla de lo que llama “condecoraciones en campaña”.

Cuenta:

“Una vez andaba de pinche loco allá en Acapulco, fui a la fabulosa Huerta o sea, la zona de tolerancia de ese puerto, y a meterme con una chava chulísima y bien buena. Le dí cinco mil pesos por sus servicios, sin embargo, que me prende una pinche condecoración de esas. Fue una gonorrea que me hizo ver mi suerte. El dicho mexicano dice que no hay hombre al que no le haya dado gonorrea y a mí me tocó entrar en ese presupuesto. Además, la cantidad que le di fue estratosférica para esos días. El caso es que a cambio de esos cinco mil, ella me hizo millonario ¡Sí! Millonario, pero en unidades de penicilina... Y para colmo de males, que se la transmito a mi *ñora*. Me hice merecedor a una demanda por daños contra la salud, sólo que mi vieja no sabe de esas cosas y no me demandó”.

Confesó, también, una de sus grandes aficiones: ver espectáculos de lesbianas. “He visto a varias actrices en acción cuyos nombres no recuerdo. Incluso mi señora ha estado viendo eso. Y me dice: ‘Ven, ven conmigo, no te vayas que me da miedo’ y yo le digo: ‘¡qué miedo ni qué nada, estás con el *Púas!*’...”

#### **5.4.1. La pulquería de Salomón**

Si el *Púas* era generoso con sus amigos, también lo fue con su padre.

“Mi papá vivió mi época como campeón del mundo. Tiró mucha lana, tomaba mucho y se lanzó a la *milonga*”, relata Rubén y recuerda que era tanto el gusto de su papá por el alcohol, que una vez le llegó con una petición singular.

--Hijo, cómprame una pulquería --le pidió su papá Salomón.

Complaciente --pero cumpliendo también uno de sus sueños, que era ser el dueño de una *pulcata* “para chupar a gusto”--, el *Púas* eligió, por supuesto, un nombre boxístico: El Triunfo.



Rubén compró unos terrenos en la Bondojito, construyó unos cuartos de vecindad e instaló ahí la pulquería, donde su padre le dio gusto al cuerpo.

Pero no sólo se conformó con la *pulcata*, sino que le compró también dos hectáreas de maguey, en Otumba: “Le dije, ‘orale cabrón, para que saque su pulquito’...”

Confiesa que en las parrandas llegó a beber, en una sola sentada, seis litros de pulque, bebida que llama “el néctar de los dioses”.

“Yo libo desde hace mucho, hice famosa a La Canica y ahí deje mucha de la lana que gané en el ring. De La Fuente, el Capri o El Patio a La Canica para mí *nomás* había un paso y a llegarle al *tlachicotón* que es más sano, más autóctono, más sabroso que todas las demás bebidas, pero ya saben cómo es uno de mamón, hay que llegarle a lo de la *high society*. Era tan grande nuestra afición por el néctar de los dioses que hasta le compré su pulquería a mi jefe. Orale papá, que se lo acabe todo...”

Cuenta que “el viejo era bien canijo”.

Un día, su mamá Esperanza se quejó con el *Púas*:

--Tu papá tiene dos meses que no se aparece. Ve y búscalos.

“Yo ya sabía dónde estaba: en su piquera. Arriba tenía su departamento chingón, con puras muchachitas de 16, 18 años. ¡Hijo de su...!”

Su papá nunca dejó de tomar.

Juraba don Salomón que iba a dejar de hacerlo y los que lo escuchaban por primera vez creían en sus elocuentes palabras.

Pero no fue así.

Falleció en una cruda, de cirrosis, con el hígado destrozado.

“Se murió de borracho –define el *Púas*--. El sabía que si seguía inflando se iba a morir y le siguió dando y yo le decía ‘órale Salomón, si te quieres morir así, pues que así sea, es tu vida jefe y son tus gustos, toma lo que quieras’. Y que se nos va, murió a gusto, a toda madre...”

El gusto de la pulquería y las hectáreas de maguey sólo le duró un año. Ambas propiedades las perdió con los anteriores dueños: “Tuve problemas con los

papeles y me las robaron. Se las tuve que vender a ellos mismos, por menos dinero del que les había dado, o si no hubiera perdido todo”.

Rubén había pasado su infancia en la vecindad marcada con el número 5216 de la calle Norte 58-A, de la colonia Tablas de San Agustín, mejor conocida como la Bondojito.

Con el dinero ganado con la magia de sus puños, se dio la satisfacción de comprarla y adquirir después la vecindad de al lado y construir ahí su casa.

Tenía ya varias vecindades y casas, luego de que toda la familia había vivido hacinada en un solo cuarto sin resanar.

Sin embargo, su madre nunca quiso salir de la colonia de toda su vida, colmada de buenos y malos recuerdos.

“Mi papá solito le construyó a mi madre esa vecindad donde yo crecí y en la que ella vivió hasta que se murió. Nunca quiso irse, un día llegué yo, todo orgulloso con las llaves de una casa que le había comprado a mi jefecita por esos rumbos de Lindavista. ‘Orale jefa, ya váyase para allá’, le dije, y ella me contestó ‘no *mi’jo* aquí me quedo, esta casa la hizo tu padre para mí y de aquí nada más muerta saldré’...”

Salió en 1988, cuando tenía 78 años, y fue enterrada en el panteón San Isidro, donde Rubén contempla también “irle a caer”.

#### **5.4.2. Hay que temerle más a los vivos**

El *Púas* vivía ya en una de las mejores zonas de la ciudad en aquel tiempo, la colonia Lindavista.

La casa la compró al promotor de boxeo Ricardo Maldonado. Olivares le soltó el dinero, pero se olvidó pedirle las escrituras de la casa, ya que tenía una relación estrecha con él: era su compadre y lo había ayudado cuando Maldonado estuvo en la cárcel.

“Maldonado fue engañado por su esposa, que era mi comadre –relata el *Púas*--, y para desquitarse mandó matar al *Sanchoclós*, pero se equivocó el güey

y mataron al hermano menor del *Sancho*. Por culpa de Maldonado durante las averiguaciones, hasta fueron a dar conmigo y se me detuvo”.

--A ver, *Púas*, ¿tú conoces a Ricardo Maldonado?

--Claro que sí, hasta es mi compadre --empezaba a contestar Olivares cuando ya lo subían a la patrulla.

Lo llevaron a la Procuraduría, con el argumento de que él sabía dónde estaba el promotor. “Pero la verdad yo ignoraba su paradero, hasta que dieron con él y a mí me soltaron, pero tuve que darles una lana”.<sup>(14)</sup>

Para ayudar al promotor, quien fue recluido en el Palacio Negro de Lecumberri, Olivares y otros púgiles realizaron dos funciones a beneficio, en Ciudad Juárez y Nuevo Laredo. Obtuvieron tres millones de pesos y, descontando los gastos de las funciones, dos millones fueron para Maldonado.

“Después logró salir y se fue a Estados Unidos. Desde allá me mandó un papel exigiéndome que le desocupara la casa que me había vendido. Yo nunca puse los papeles a mi nombre y entonces él amenazó con sacarme o que le recibiera un dinero menor al que yo le había dado. Acepté, no me quedaba de otra”, señala, resignado.

Antes de estos pleitos legales, Maldonado había admitido ante los periodistas: “Entre mi compadre Rubén y yo todas las cosas son de palabra. Yo le he vendido dos casas y nunca me firmó ningún pagaré... Bueno, ya me pagó todo y ni siquiera me ha pedido que las casas se escrituren a su nombre”.

Finalmente la supuesta amistad de nada sirvió y Rubén se tuvo que salir de su casa sin todo el dinero invertido, pero con la tranquilidad de que dormiría sin sobresaltos por las noches.

Cuenta: “Yo creo que esa casa me la vendió con muy mala fe este cabrón, ya que por las noches escuchaba ruidos y sucedían cosas raras. Por ejemplo, se oye que se mueven las puertas, rechinan los muebles y se escuchan sonidos extraños. Sin embargo, yo ya me acostumbré. Antes me asustaba, pero ahora ¡ni madres! Hay que temerle más a los vivos, no a los muertos, ya que aquellos son más cabrones. Yo tenía una mesa de billar a un lado de mi recámara y a propósito dejaba las bolas de billar aproximadas y escuchaba claramente cuando chocaban

sin que nadie las tocara. ¡Ay nanita! Habrá quien diga: ‘¿de cuál fumaste, Púas?’, pero me vale, yo tengo otras bolas más chingonas, con las que juego billar de bolsillo...”

Eso, sus creencias en las cuestiones sobrenaturales, es un sello distintivo de Olivares.

“Yo he sido blanco de muchos ataques brujeriles, de personas que quieren obtener de mí varias cosas”, asegura.

“Cierta vez cuando yo andaba bien pedo, allá en la Bondojo, me enviaron un sope en un plato desechable. Los que me lo enviaron han de haber dicho, ‘ya pedo se lo va a jambar’, pero por lo mismo pedo ni hambre sentía y puse el antojito debajo del asiento de mi carro. Ese día, después de la parranda, me fui a mi casa y me dormí. Al día siguiente, el pinche sope estaba lleno de gusanos. Nunca me interesó averiguar quién me había mandado ese sope, pero mentalmente les eché una mentada de madre, para el de la idea y toda su pinche descendencia... soy guarín pero me fijo... o sea que Dios ayuda a los inocentes”.

A partir de entonces, el Púas siguió el consejo de su padre Salomón: “A nadie le comas nada. Eso de las fotografías, los fetiches, las prendas y demás valen madre, pero lo de la comida sí es delicado, pues ahí sí te pueden dar algo maligno. Una simple untadita de toloache en algo de comer y ya valió uno madre”.

Con Graciela Vivanco, su primera esposa y madre de sus cuatro primeros hijos, tuvo experiencias similares.

“Con ella mi vida marchaba a las mil maravillas, pero permitió que su familia se fuera metiendo poco a poco en nuestro hogar. El problema es que eran cleptómanos y todo lo que les gustaba se lo llevaban. Entre las cosas que se llevaron estuvo el reloj Rolex que me había regalado el presidente Díaz Ordaz. Para que yo no dejara a Graciela, ellos empezaron a hacerme brujería”.

Afirma que en su casa encontró trapos amarrados, veladoras con alguna de sus fotografías, muñecos de cera y “muchas madres más”.

“Entonces yo me encabronaba y rompía todo y lo tiraba a la basura. En ese tiempo también empezaron a darme cosas de comer, pero como mi padre ya me lo había advertido, no les aceptaba nada. Yo dejo sus pinches actitudes a la

justicia de nuestro señor Jesucristo. Con él pagarán todo lo que me quisieron hacer... ya nomás de acordarme me da escalofrío. No tuve más remedio que jubilar a mi esposa, mandarla con todo y raza a su casa... a casa de la meritita chingada”.

Tan sólo unos días después del divorcio, contrajo nupcias otra vez.

“Me casé de inmediato (con Elba Aguilar), pues ya se acercaba diciembre y soy muy friolento. Soy como Lupita D’Alessio: insaciable. Salí ganando en el cambio, pues me encontré una reina y una suegrita chingona, Lupita, a la que quiero como una madre”.

--¿Has tenido muchas mujeres, Rubén?

--Muchas, miles, a las que he hecho felices.

--¿Y por qué tuviste tanta suerte con las muchachas?

--¡Y con los muchachos también! --expresa y ríe con su eterna risa sonora.

Después de unos instantes se controla y explica: “Me porto bien con ellas, les doy lo mejor... y si hay modo de hacerles buenos obsequios, *pus...* Antes, cuando tenía lana, eran regalos de casita para arriba, no menos, porque se enojaban. Una vez a una le compré una casa en Lindavista, en la misma calle en la que yo vivía, para tenerla cerca y andar de una casa a la otra. Yo no cambio a una mujer por nada, son lo más divino del mundo”.

--¿Cómo cuántas, Rubén?

--¡Uhhh...! muchas... muchas y eso que estoy bien pinche feo. Hubo altas, gordas, prietas, chaparras, güeras, de todo, la verdad. Y más cuando era boxeador y estaba en lo más picudo de la fama. ¿Sabes cuál fue mi secreto?

Y el *Púas* forma un círculo con los dedos pulgar e índice –el clásico símbolo del dinero--, lo acerca a los ojos y exclama: “¡Es que tengo ojazos tapatíos!”.

Después de las carcajadas, Olivares añade: “Dicen que nos tocan siete mujeres y un *puñal*. El problema es que con el *puñal* son siete años de salación... ¡y yo ya voy saliendo!”, expresa y se deja llevar otra vez por una de sus risas explosivas.

Recuerda entonces su incursión en el periodismo cuando gozaba de sus tiempos de gloria y su nombre representaba mayores ventas de las publicaciones.

“Mi vida periodística como columnista de la desaparecida revista *Orbita*, de Héctor Pérez Verduzco, fue una reverenda mamada, ya que jamás escribía ahí. Resulta que todo era una puntada del propio Héctor y un día hasta puso que yo soy un macho calado, porque me cogieron y no me gustó. Por esa jalada recibí proposiciones de un chingo de cazagranizos”.

Años después incursionó en radio, pero entonces su salida se debió a motivos distintos.

“Estaba trabajando en un programa de Héctor Martínez Serrano y yo siempre decía que los mexicanos somos una bola de agachones, porque nos hacen lo que quieren y nosotros no hacemos nada. Al contrario, todavía le ponemos estatuas a los políticos y sus nombres a las calles. Después de eso ya no me volvieron a invitar. Creo que los periodistas también tienen culpa y son coadyuvantes de pillos, porque no dicen la verdad”.

#### **5.4.3. Ellas casi siempre logran su objetivo**

En esos tiempos en que era llamado el *Rey de la Bondojo*, Olivares pudo combinar “el box con el box spring”.

Fueron “amorcitos”, dice, que surgieron del inocente saludo “hola campeón, muchas felicidades por tu triunfo”.

“Ellas por lo general son las que llevan la iniciativa y casi siempre logran su objetivo, ya que para esos casos uno nunca está sobre entrenado, especialmente si son bonitas y bien formadas”, dice el *Púas* y menciona que por una de ellas, Kimberly, llegó a pensar en radicar en Estados Unidos, aunque estaba consciente que se exponía a la burla popular: “Miren al *Púas*, ya se nacionalizó gringo y ni siquiera sabe hablar *gabacho*”.

“A Kimberly la conocí de 18 años de edad y en un momento hasta pensé quedarme a vivir allá. Yo le hablaba en mi medio inglés, la llevaba a cenar y a veces nos traducían lo que queríamos decirnos, pero cuando nos dejaban solos, nomás nos veíamos a los ojos y ya sabíamos ‘lo que queríamos’. Nos conocimos

porque su papá era mánager y cierta vez me invitó a comer a su casa. Ahí conocí a Kimberly, la mujer por la que iba a buscar mi radicación en *Gabacholandia*".

Admite que muchas veces, por dejarse llevar "por mis impulsos carnales", se expuso a subir en malas condiciones al cuadrilátero.

"Supe que en Japón, antes de un encuentro, le mandaron al *Alacrán* Torres una linda nipona, que le bajó la compresión y a la hora de la pelea, por esos encuentros fuera de contrato, perdió feamente. Yo por fortuna, cuando me han tocado algunos 'entrenamientos' no computarizados me han favorecido, ya que llego a la pelea bastante ligerito, y más si la chava me está viendo. También he sabido que muchos colegas boxeadores han tenido broncas legales por meterse con admiradoras demasiado jóvenes, pero por fortuna yo jamás tuve una bronca semejante".

#### **5.4.4. Me ha tocado vivir como rey**

Idolo del pueblo, representante genuino de la clase popular, el *Púas* también tenía sus seguidores entre varias personalidades de la política y del ambiente artístico.

Fue, lo reconoce él mismo, "un gran salto social en mi vida".

Dice de sus orígenes: "Para nadie es un secreto, y menos ahora que lo confieso, que mi procedencia es de las más modestas de México. Yo no fui de los de abajo, sino de los de hasta muy abajo. Sin embargo, en nada me molesta reconocerlo. Es más, resulta un orgullo tener dicho origen, si tiempo después me vi rodeado de grandes personajes, en las altas esferas sociales y tratado como todo un señor. Gracias a mi carrera he disfrutado de ambientes suntuosísimos y he vivido a todo lujo. Me he hospedado en los mejores hoteles del mundo y he conocido a grandes personalidades. Me ha tocado vivir como rey y eso justifica mis años difíciles. He estado en residencias suntuosísimas, departiendo con gobernadores, embajadores, funcionarios, intelectuales, artistas, políticos y demás..."

"Llegué a ver en *ring side* –recuerda con orgullo-- a personajes que fueron a verme y pagaron una fortuna para adquirir esos boletos preferenciales. Entre mi

público localicé a grandes como Frank Sinatra, Dean Martin, Sammy Davis Jr, Cassius Clay, Ken Norton, Joe Frazier, Ricardo Montalbán, Anthony Quinn, Ray Sugar Robinson, Emile Griffith, Mario Moreno *Cantinflas*...”

Evoca también que durante algunas prácticas en Los Angeles fue observado detenidamente por Silvester Stallone.

“El entrenaba en La Main, la calle principal, con otros *bofes* de su talla, porque está gigantón el cabrón y muchas veces estudiaba mis movimientos y mi estilo. Durante varios días fui su punto de observación. Según los conocedores, se dice que él se inspiró en mí para filmar su famosa serie de películas de *Rocky*. Y tocante a eso de golpear a las reses en canal, se inspiró en Pipino Cuevas, quien en la vida real así se preparaba”.

Dos, sin embargo, son las anécdotas que más gusta evocar de su cercanía con algunas personalidades.

Una, con la estrella Eddy Williams.

“Recuerdo una anécdota muy erótica-simpática, que me sucedió en el Forum de Inglewood. Sucede que cuando nos estaban presentando a mi contrincante y a mí, subió al ring una güera despampanante del cine hollywoodense, Eddy Williams, quien se desnudó en medio del ring y fue a mi esquina a cachetearme suavemente con sus increíbles glándulas mamarias... ¡qué cosa tan fabulosa!”

Y lo que evoca con mayor satisfacción son sus parrandas con José Alfredo Jiménez.

Entre sus recuerdos más preciados está una foto que se tomó con el compositor guanajuatense y que le hace exclamar: “¿Te imaginas?... ¡qué borracheras...!”

Se conocieron en el bar El Carioca, en la zona este de Los Angeles, luego de que el *Púas* realizó una contienda en el Forum de Inglewood “no recuerdo ni contra quién”.



#### 5.4.5. La muerte se le dibujó en la cara

“Esa vez le conté mi vida y él todo lo iba escribiendo –rememora--. Le conté de mi pelea contra el *Alacrán* Torres, que cayó muy feo, como fulminado. Por eso José Alfredo escribió que ‘la muerte se le dibujó en la cara’...”

La batalla con Efrén Torres fue el 11 de julio de 1971 en Guadalajara, y el apodado *Alacrán* quedó totalmente tendido en la lona.

--¿Qué pasó, Efrén, estás vivo? --le preguntó el *Púas*.

--Sí, sí... --alcanzó a responder el *Alacrán*.

“Yo estaba preocupado no porque se fuera a morir –aclara Olivares--, porque si ese era su destino ¡pues que se muriera!... yo estaba preocupado porque era mi amigo. Afortunadamente el *Alacrán* no murió”.

En esa noche con José Alfredo, en la que se brindó con tequila, el compositor le entregó al *Púas* la canción escrita en una servilleta de cantina.

Dice con algo de pena: “La guardé en mis bolsillos, pero la perdí andando en la borrachera. Ya no volví a saber de la canción hasta mucho tiempo después, cuando la escuché en la radio y exclamé: ¡Es esa, tal como se la platicué!”

José Alfredo, cuyas canciones se siguen escuchando sobre todo en noches de parranda, escribió del ídolo con guantes:

*“Nació cerca del potrero donde no había ni un caballo,  
Recibió la luz del cielo con relámpagos y rayos.  
El no conoció la escuela donde fueron sus hermanos  
Porque él ya tenía la fuerza en el puño de sus manos  
Un hermano de su padre, boxeador ya retirado,  
Le regaló el par de guantes con los que él había ganado  
Y no le quedaron grandes cuando tiró al Diablo Vega, el campeón de todo el  
barrio...  
Llegó a ser campeón del mundo, no había quién se le enfrentara  
Hasta que llegó un valiente y peleó en Guadalajara*

*Salió a ganar como siempre desde la primera campana  
Le pegó hasta que la muerte se le dibujó en la cara  
El lloró con su victoria y maldijo su destino  
Porque conquistó la gloria, pero se sintió asesino  
Después aventó los guantes y se salió de las cuerdas a buscar cualquier camino”*

#### **5.4.6. Mi rincón bohemio**

Los caminos del *Púas*, en esos años de dinero y fama, eran de dispendio. Y alguien lo convenció de adquirir un restaurante en Los Angeles.

“Las cosas me salían muy bien allá, yo tenía un ambientazo con la raza y decidí abrir un restaurante”, relata Olivares, quien invirtió el dinero para adquirir y ambientar el local, que calcula en unos 250 mil dólares. Puso como socio a un mexicano radicado en Los Angeles, que trabajaba en una fábrica de hielo, pero que a partir de ese momento tuvo los bolsillos repletos de dólares.

Se llamaba Joaquín Castillo y era originario de Veracruz. Sus amigos lo llamaban *El Molacho*, y después se hizo muy popular a nivel nacional debido a que *Los Polivoces* lo utilizaron en su programa televisivo como uno de los personajes que sonsacaba al *Púas* y en lugar de conducirlo al gimnasio lo llevaba a las cantinas.

El *Molacho* real, sin embargo, era más explotador que el *Molacho* de televisión.

El nombre del negocio era Bradley’s Restaurant, pero el *Púas* lo cambió: Rubén Olivares Family Restaurant.

Desconocedor por completo del tema, Olivares nunca vio ganancias.

“El negocio del restaurant no fue lo bueno que yo hubiera querido debido a que me venía yo a vivir a México y el *Molacho* se quedaba al frente; él se gastó las ganancias, pues cuando hablaba yo, él no estaba y me decían que se había ido a Las Vegas con una güera. Cuando hablaba con él, le pedía que me mandara una lana y me decía que no había dinero. El caso es que perdí en esa aventura más de 200 mil dólares y el único que la gozó fue él”.

Lo poco que disfrutó Olivares fue contar con un lugar íntimo para “mis agasajos particulares”

Le llamaba “mi cueva, mi rincón bohemio” y en una ocasión hasta invitó a Lionel Rose, el púgil ante quien se coronó campeón mundial por primera vez.

“Lionel estaba conmigo en mi privado, y luego de cenar, mi cuate Manolo tenía el guate de coca y dijo: ‘Orale mi *Púas*’, llevaba una pipa de cristal y ahí le echó su porción; le dije a Lionel si quería y dijo que sí y se dio su *pasesito*... nuestro primer encuentro tenía ya cuatro años más o menos de haberse celebrado”.<sup>(15)</sup>

El restaurante, por supuesto, fue otra de sus malas inversiones y también lo perdió:

“Me lo robaron, falsificaron mi firma y eran los tiempos en que nada me importaba, en que yo ya estaba mal de tanta droga”.

#### **5.4.7. Se va lo bueno y nos queda la cosa mala**

El *Molacho* fue uno de los tantos amigos que llegaron atraídos por la fama y el dinero.

Sin embargo, Olivares afirma que también sus *mánagers* le robaron. Al *Cuyo* Hernández, de plano, lo llama “el hombre más corrupto del boxeo”.

“La verdad, el *Cuyo* nada más servía para robar. A él no tengo que agradecerle nada, a mí el que me enseñó todos los secretos del boxeo fue don Manuel *Chilero* Carrillo, quien desgraciadamente ya murió. Así es la vida, se va lo bueno y nos queda la cosa mala”, expresa Olivares y cuenta algunas anécdotas.

El *Púas* asegura que luego de conquistar el cetro ante Lionel Rose, el *Cuyo* le pidió 10 mil dólares en cada una de sus tres peleas siguientes.

“Sobre Arturo *Cuyo* Hernández yo tengo que decir que es un transa desde aquí hasta la pared de enfrente –afirma-. A mí me quitó 30 mil dólares, 10 mil por cada pelea, además del 33 por ciento del pago total. Esos 30 mil dólares, me decía el *Cuyo* que eran para Lionel Rose por haberme dado la oportunidad. Sin embargo, no era cierto ¡él se quedó con esos 30 mil dólares! Cuando se descubrió

el paquete, lo mandó llamar Parnassus y le echó en cara su latrocinio. El propio Parnassus se lo gritó en su cara: ‘¡Cuya Rateras!’ El nada más agachó la cabeza y reconoció su robo, pero no devolvió nada y así quedó la cosa”.

En otra ocasión, dice Olivares, fue durante el vuelo de regreso a México, luego de una pelea en Managua contra *Yambito* Blanco.

--Hijo, ahí enfrente de donde compré mi terreno, en San Bernabé, venden unos lotes. Si quieres, con 200 mil pesos los agarramos --le dijo el manejador.

Confiado de que haría una buena inversión, el *Púas* sacó los billetes que le habían pagado en Nicaragua. “Ahí mismo en el avión le solté la lana. Y luego, ¿cuáles terrenos, cuál dinero? Todo se esfumó. Yo confiaba porque era mi mánager. Pero me chingó dinero. Aparte lo que me robaba en las peleas. Fue un tipo muy deshonesto”, dice el *Púas* todavía con rencor.

Por eso decidió cambiar de manejador --que cobran 33 por ciento del sueldo por las contiendas en el extranjero y 30 cuando el duelo es nacional-- y se fue con Francisco Rosales, “aunque don *Panchito* también tuvo lo suyo”.

Ganaba miles de dólares, pero el dinero se le escapaba fácilmente de las manos y varias veces el *Púas* tuvo que recurrir, como miles de mexicanos, al Monte de Piedad.

“Una vez fui a empeñar una esclava, un reloj Rolex, aretes, collares y varias joyas de oro. Era más de un kilo de oro y me prestaron medio millón de pesos, pero como no las podía sacar, *Panchito* me dio el dinero y él desempeñó las joyas, que según mis cálculos valen más de cuatro millones de pesos. Durante un tiempo le estuve pagando esa deuda en abonos y ya después las pude recuperar”.

El *Chilero* Carrillo, por cierto, dijo alguna vez que había ganado “más de medio millón de pesos” producto del 5 por ciento de las bolsas de Olivares: “Pero me fue mejor con *Kid Azteca*, cuando nuestra moneda realmente valía”.

Además de las alhajas, otra mala inversión del *Púas* fueron los coches que compró en sus días de bonanza.

“Varios carros *gabachos* me los quitaron los del Registro Federal de Vehículos. Eran tres Cadillacs, uno dorado muy bonito, una camioneta Van, un chevrolito y un Corvette que me regaló el señor Parnassus”, se queja. “En esos

carros yo perdí poco más de 100 mil dólares. Nomás échenle cuentas, ya que todo sucedió antes de las devaluaciones echeverrista y lopezportillista”.

“Los del Registro Federal son unos ladronazos, yo tenía todos los papeles y ni chance me dieron de legalizarlos y ya hasta los han de traer ellos”, repite el *Púas* cada vez que puede, en un desahogo que le ha durado muchos años.

#### **5.4.8. Un carrujito después de la derrota**

Luego del “triumfo contundente” sobre Lupikanete, Olivares tuvo otra fácil victoria.

Sus facultades, sin embargo, se le esfumaban en tantas noches de desenfreno y sufrió dolorosas derrotas ante José Cervantes y frente a *Bobby Chacón*, en Inglewood, pero después logró una prometedora racha de seis victorias.

El anhelado quinto título mundial estaba a la vista: retó al entonces campeón pluma de la AMB, Eusebio Pedroza.

El panameño, de 23 años y uno de los grandes monarcas en la historia de la categoría, fue mucho rival para un Olivares en el ocaso a sus 32 años, aunque él afirmaba todo seriedad: “Dejé el *pomo* porque empecé a escuchar pasos en la azotea”.

“Ya no bebo porque no quiero –aseguró, muy serio--. Un día me puse muy malo y el doctor me dijo que si continuaba bebiendo y boxeando no iba a vivir para contarlo. ¡Y yo no quiero morir! Tenía una solitaria y un montón de animales como para poner mi zoológico particular...”

Intervino entonces *Pancho* Rosales: “Le sacaron una solitaria que enredada tenía el volumen de un melón. Mi esposa pensó que era de alcohol pero yo creo que, si acaso, sería de pulque”.

Los expertos calificaron su intento como una auténtica misión imposible, pero el *Púas* se aferró a la ilusión, dijo haber entrenado durante dos meses y medio y un día antes de la contienda le mandó un telegrama al presidente López Portillo: “Va por usted y mi querido México”.

Nueve mil compatriotas también pensaron que el sueño era posible, pero su fervor inicial ante la aparición del ídolo sobre el ring se transformó en silencio y luego en frustración ante lo sucedido aquella noche del 21 de julio de 1979, en el Coliseo de Houston.

El *Púas* comprendió que sus glorias eran cosa del pasado: Pedroza lo noqueó en 12 rounds.

“Fue un estoico”, tituló el *Esto*. “Ni cenizas quedan de Olivares”, definió el reportero Antonio Hernández.

Reseñó:

“Rubén Olivares quería, pero no podía. Hizo un esfuerzo patético para alcanzar su meta de cinco campeonatos mundiales, pero ya no queda nada de sus facultades. Sus piernas, sin elasticidad ni brillo, no le daban apoyo a sus golpes y aquellos paralizantes ganchos izquierdos de su época dorada eran esta noche un inofensivo manoteo que en ningún momento preocupó al panameño Eusebio Pedroza, quien a partir del tercer round le dio un repaso hasta que en el duodécimo, simultáneamente cuando caía Olivares por una derecha a la quijada, el mánager *Pancho* Rosales se apiadó de él y arrojó la toalla para suspender lo que nunca fue pelea.

“Pedroza hizo la quinta defensa venturosa del título mundial pluma triunfando oficialmente por abandono de Olivares al minuto y 41 segundos del décimo segundo asalto. De aquel Olivares que fue campeón mundial invicto de peso gallo, que hilvanó impresionante cadena de victorias por nocaut, no quedan ni las cenizas. Se portó valiente, pero está totalmente acabado. Dicen que cuando las piernas se van, se va todo. Es un viejo axioma boxístico y lamentablemente se ha confirmado una vez más en la imagen de Olivares. Sus piernas, débiles, titubeantes y sin brío no tenían elasticidad ni agilidad para desplazarlo. En consecuencia, el *Púas* se aventaba grotescamente, en un esfuerzo patético por imponer la pelea cuerpo a cuerpo.

“Pero Pedroza generalmente lo frenaba con *caunters* y en corto Olivares se esforzaba por castigar al cuerpo y a la cara con ganchos que no llevaban fuerza porque los puños no contaban con el apoyo de las piernas. En tales condiciones

fue conmovedor el empeño demostrado por el veterano ex campeón y penosa su impotencia, sobre todo porque nadie puede olvidar que Olivares fue considerado el rey del nocaut en sus días de gloria.

“Del tercer round al duodécimo recibió un repaso, pero no se rindió, se portó como un valiente y en muchos instantes fue estoico, pero sólo logró prolongar su agonía hasta el duodécimo porque se preparó con esmero y alcanzó un buen acondicionamiento físico. Mas sin facultades, sólo fue un voluntarioso del ring al que Pedroza, joven, veloz y certero en muchos momentos, convirtió en un costal con el que jugueteaba a voluntad.

“Un lamentable final. Dio pena que un campeón apenas aceptable manejara a Olivares como a un pelele y se adornara a costa del que ha sido el más grandioso campeón mundial de peso gallo desde la época de Manuel Ortiz.

“El *Púas* fue alentado por una multitud en el Coliseum Sam Houston, pero no ganó ni un round. Si acaso, empató los dos primeros, pero a partir del tercero se escribió su derrota. Pedroza lo manejaba con jabs o lo dejaba entrar para recibirlo con opers de derecha o ganchos izquierdos. Y así se fueron desgranando los asaltos hasta que en el duodécimo Pedroza apabulló totalmente a Olivares para que el mánager Rosales arrojara la toalla justo en el instante en que un gancho de derecha derribaba al *Púas*.

“Olivares no estaba lastimado. Incluso hizo rabieta porque Rosales suspendió el desafío, pero no tenía caso que continuara aquello si ni siquiera cabía esperar que triunfara con un golpe de suerte. Triste final de un grande del ring...”<sup>(16)</sup>

“Me pararon la pelea en doce rounds. No pude ganarle --explicó--. El panameño me tiró dos veces hasta que *Panchito* Rosales aventó la toalla”.

-- Viejo, pa' qué tiró la toalla, debió dejar que este güey me hubiera seguido pegando, para que se me quite --le dijo el *Púas* a su manejador cuando regresó a la esquina, vencido física y emocionalmente.

--¡Ni madre qué, ya está bien, ya está bien! --le respondió Rosales antes de sentarlo, totalmente abatido, en el banquillo.

Sin embargo, la tristeza del *Púas* desapareció apenas al bajar del ring.

“Al concluir el encuentro me eché mi *carrujito* de mota, siquiera para que me cambiaran de color los ojos... pa’ que se me pusieran como semáforo en alto... después de ese segundo intento frustrado por un campeonato mundial, pensé seriamente en hacer peleas segundonas, nomás para ganar una lana, porque se necesita”.

Como acostumbra la mayoría de los púgiles –que realizan varias peleas de despedida con tal de no irse--, Olivares dijo adiós a su público en Chicago, Nuevo Laredo, McAllen y Houston. En las dos primeras ciudades ganó, pero en las siguientes perdió, por lo que se alejó de los cuadriláteros el 24 de noviembre de 1981, al caer en protestada decisión ante el texano Margarito Márquez.

Cinco años después el *Púas* se puso otra vez los guantes con un buen pretexto: ayudar a sus vecinos que se quedaron sin casa luego del terremoto de septiembre de 1985.

“Regresé a la disciplina del boxeo pensando solamente en una cosa: en mis vecinos de la Bondojito que todavía viven en la calle, después de que se cayeron las vecindades que habitaban. Los meses han pasado y aún siguen esperando ayuda, siguen viviendo en la calle, en carpas, en casuchas de madera. Por ellos necesito ganar dinero. Me deprimió mucho luego del temblor, cuando vi en ruinas una gran cantidad de casas y vecindades donde transcurrió mi infancia. También tengo el plan de vender los guantes con los que le gané a Lionel Rose. Quiero por ellos un millón de dólares... ¡y no me veas así!, ya tengo una oferta de Los Angeles”.

El 25 de febrero de 1986 enfrentó a Román Almaguer, en California. Fue su primera pelea en peso ligero. Y fue también la confirmación de que ya nada tenía que hacer en el boxeo, pero el público lo seguía queriendo con una fidelidad inexplicable.

“Olivares causó un gran alboroto en el Forum desde que salió de su camerino rumbo al ring y emocionó a todos al ofrecer chispazos de grandeza con su mano izquierda. Sin embargo, ya paga tributo al padre Cronos y su cuerpo dista mucho de ser el de un atleta, producto de su escaso apego a la disciplina



deportiva y a su dieta en los últimos años”, fue el somero pero contundente resumen para explicar el resultado: empate a cuatro rounds.

### 5.5. La última y nos vamos

Durante dos años el *Púas* se alejó del ring, pero decidió subir al encordado por última vez motivado por dos ideas: ganar un dinero y retirarse con el brazo en alto.

“Quiero irme del boxeo igual que el *Ratón* Macías, en plan triunfador. Yo tenía apenas 12 años cuando Macías se retiró. Espero un lleno en la arena México (el mismo local donde el *Ratón* dijo adiós) y lo digo porque si hay una buena taquilla me irá mejor. Firmé por un sueldo, pero puede aumentar si van más aficionados”, decía el *Púas*, quien para ese tiempo mostraba con presunción una esclava de medio kilo de oro y brillantes, que él valuaba en 100 mil dólares.

Un cuarentón *Púas* tenía como rival a Ignacio Madrid, un comerciante de 25 años que partía de una premisa irrefutable: “Si no le pego, él me pegará a mí. Así que no tengo por qué tenerle el más mínimo respeto”.

“¡Adiós al *Púas*!” fue el encabezado principal del *Esto* ese 12 de marzo de 1988.

En un somero balance de la trayectoria del púgil, Antonio Andere escribió en su columna En Esta Esquina:

“Además de por su excepcional calidad, Rubén Olivares siempre hizo mucho ruido por su, digamos, despampanante manera de vivir la vida, lo mismo cuando ganaba un campeonato del mundo que cuando iba a dar con sus huesos a la cárcel por algún delito menor o mayor. De modo que su anunciada despedida para hoy tenía que llamar la atención y, de una u otra manera, la gente se ha interesado en la pelea que el ínclito e inefable *Púas* de la Bondojo sostendrá esta noche en la arena México frente a Ignacio Madrid, un muchacho que bien podría ser su hijo.

“Llama la atención que al cabo de tanto tiempo alguien haya reparado en que Rubén no haya tenido una despedida formal, como si fuese obligatorio que un boxeador o futbolista, plomero o ingeniero tengan que despedirse, pero cuando la

idea de la despedida lleva aparejada la posibilidad de que el sujeto se embolse una buena cantidad de plata, y que de paso pueda montarse una función muy redituable para todo mundo, lo único que hace falta es poner manos a la obra...

“Con 41 años a cuestas y una prolongada inactividad no se puede esperar de Rubén Olivares sino el testimonio de toda la despiadada erosión, la depredadora acción del paso de los años.

“El hecho es que Rubén Olivares vuelve hoy a pisar un cuadrilátero con música de fondo de *Las Golondrinas* para decirle adiós al boxeo y a los aficionados y lo cierto es que, como decíamos, puede tratarse de una triste y dramática despedida, como lo han sido, para hablar de casos más o menos recientes y a otra escala, las de Muhammad Alí y Larry Holmes.

“Hubo, me consta, quienes lloraron cuando el gran Muhammad Alí se quedó sentado en la esquina sin responder para el undécimo episodio de su pelea contra Larry Holmes en Las Vegas, convertido en una imagen doliente de impotencia, una vaga sombra de su grandeza anterior...

“Al fin y al cabo, el público respondería de todos modos tratándose de quien se trata, de ese ser humano único e irrepetible, brotado de la entraña popular a quien el público se le entregó incondicionalmente a pesar de sus extravagancias –de algún modo habrá que llamarlas— y de toda la interminable, increíble serie de atropellos desalmados y, por quizá, inconscientes comprensible y generosamente disculpables a la moral pública, a las conductas convencionales de la sociedad y al descaro de establecer sus propias reglas del juego y hacerlas valer contra viento y marea.

“Todo eso y mucho más ha sido Rubén Olivares, pero también fue un boxeador fuera de serie. Cuatro veces ganó títulos mundiales y en más de un centenar de peleas electrizó a los aficionados de todas partes, en una capacidad excepcional, una categórica autoridad en el ring y una personalidad irresistible en la que nunca se supo dónde terminaba Rubén y dónde empezaba el *Púas*.

“Y ese singular espécimen se despide hoy. Se irá Rubén Olivares, quedará la leyenda del *Púas*”.<sup>(17)</sup>

No todos opinaban lo mismo.

Todavía con el rencor a flor de piel por las constantes rencillas con su ex pupilo, el *Cuyo* Hernández expresó sobre la despedida: “Como persona diría que fue un hijo de la chingada. Y no era así, pero se alocó. Era un muchacho muy tranquilo, nomás que lo marearon la fama y el dinero. El dice de mí que le robé y mil cosas, pero nunca dice que todo su dinero lo tiró en drogas, alcohol y mujeres. De sus parrandas me enteraba porque no asistía al gimnasio, era muy descarado. Habrá ganado como unos 100 millones de pesos de los de aquellos, de los buenos. A mí lo que tiene que reprocharme y nunca me perdonará, es que lo corrí del gimnasio. Como peleador fue sobresaliente y es de los pocos que sí se merecen un homenaje”.

--¿Fue un fuera de serie?

--No, nomás sobresaliente. Era un boxeador muy querido, pero ídolo sólo el *Ratón*, el *Chango*, el *Toluco*. Esos sí eran adorados y a ellos sí se les perdonaba cualquier cosa...

El *Púas*, por supuesto, tenía una opinión distinta.

Dijo en esos días previos a su retiro: “¿Ídolos ellos? ¡Ni madres! Ni el *Ratón*, ni el *Chango* ni el *Toluco*. ¿Qué hicieron? ¿Cuándo fueron campeones del mundo?”

--¿Y Hugo Sánchez sí es ídolo?

--El sólo tiene trofeos *Pichichi*, pero nomás son premios al mejor goleador de España y yo en cambio tuve cuatro campeonatos ¡del mundo! Eso de Hugo es para la publicidad de la televisión. Ídolo yo mero, el *Púas*, el más fregón...

### **5.5.1. Pelear hasta que muera**

Olivares, después de su último entrenamiento para su batalla de despedida en el gimnasio Tepito, expresó: “Al boxeo le debo todo lo que soy. Cuando comencé mi carrera no tenía prácticamente nada. Pero gracias al boxeo pude construirle su casa a cada uno de mis hermanos, menos a Felipe que es el mayor. A mi madre no le hice casa porque tiene su vecindad y mi padre Salomón murió hace mucho... No soy rico, pero vivo a gusto y contento”.

--¿Por qué peleas?

--Porque me gusta... me da gusto porque volveré a pelear, pero siento tristeza porque va a ser la última. Ya no quieren dejarme pelear.

--Y tú quisieras seguir...

--Sí, hasta que muera.

--¿Buscas la muerte?

--La muerte no se busca, viene solita.

--¿Es el adiós del último ídolo?

El *Púas*, contrario a lo que había dicho días antes, respondió con modestia:

--¡No, qué va! Mira: yo de ídolo nomás tengo la cara. Estoy bien rústico, ¿no?

El *Ratón* Macías se había retirado en 1959.

Casi 30 años después otro héroe boxístico decía adiós a su pueblo.

Unos 10 mil aficionados asistieron a la arena México para rendirle pleitesía al ídolo. Antes de subir al cuadrilátero, el púgil fue visitado por el entonces candidato presidencial del Partido Mexicano Socialista, Heberto Castillo.

--Le admiro. Admiro su trayectoria, su enjundia, su tenacidad --le dijo el político.

--Hay reciprocidad --respondió un *Púas* tímido ante los halagos.

El viejo luchador social explicó: "Vine para despedir a mi amigo. Yo admiro mucho a Rubén como boxeador porque acabó con la idea de que los mexicanos estamos hechos para perder".

Y Olivares enfiló por última vez a ese espacio de 36 metros cuadrados que lo había encumbrado a la fama y al dinero.

"Caminamos por un pasillo lleno de aficionados y al dar vuelta a la izquierda en dirección al ring fue cuando me sorprendí. Había más gente de la que yo esperaba, y el grito de *Púas-Púas* era ensordecedor. Eso me conmovió. La gente desde ese momento se me entregó y yo también me entregué en el ring. Tardé mucho en llegar al cuadrilátero porque era difícil caminar, las porras y los gritos no cesaban, todo mundo me daba ánimos y me acordé de otras noches que fueron

así... Sí, me estremecí. Y aún más cuando subí al ring y saludé al público. El clamor aumentó más, eso fue algo muy bonito que nunca olvidaré”.

Al peleador se le nublaron los ojos ante la estruendosa ovación, por lo que prefirió acelerar el calentamiento al ritmo del mariachi, que para entonces entonaba *El Son de la Negra*, *El Rey* y, por supuesto, *El Muchacho Alegre*.

Eran las 23:15 horas de ese sábado de desventura.

Y el *Púas*, apenas al sentir el primer impacto, supo de inmediato que su vida boxística había terminado desde muchos años antes: una larga derecha a la mandíbula lo mandó a la lona.

“El golpe no fue muy fuerte, pero las piernas no me sostuvieron. Y además me mareó y ya no pude reponerme”.

Era el inicio del drama.

El *Púas* trató de devolver la afrenta y, valiente, se levantó para buscar el intercambio de golpes, mientras sus fieles se negaban a ver la realidad y lo impulsaban a gritos destemplados.

Al inicio del segundo round le fallaron las piernas y se fue otra vez a la lona. El réferi José Medina no le dio la cuenta de protección, pero ni falta hacía. El veterano fue derribado después dos veces más, mientras alguien del público expresó toda su rabia contra Madrid con una frase llena de dolor: “¡Hace 15 años ya te hubiera matado!”.

“En la segunda caída me sentí impotente de no poder ganar, tristeza, rabia, coraje. Estaba yo ahí en la lona pensando en que le había fallado a la gente, pero no me quedé tendido, me levanté porque estaba decidido a seguir hasta donde pudiera”.

Para el tercer episodio el *Púas* sacó su orgullo de guerrero y mostró destellos de la grandeza perdida. Y, ante la algarabía de sus miles de seguidores, no sólo dominó las acciones, sino que mandó a la lona al irreverente joven, pero el réferi redujo todo a un simple resbalón.

En el cuarto episodio Olivares salió decidido a dar el golpe definitivo que le permitiera irse con la mano en alto. Y cuando embestía con el entusiasmo de sus

mejores años, un golpe lo regresó a su realidad: Madrid le encontró la mandíbula con izquierda y derecha.

Fue el final.

Olivares cayó de rodillas, junto a las sogas. Estaba noqueado, pero intentó seguir.

“En la última caída hice esfuerzos por incorporarme, estaba mareado. Me agarré de una cuerda y ahí me dí cuenta que el réferi ya había declarado el nocaut. Ya no podía hacer más”.

Un aire de desencanto recorrió las gradas de la arena México, mientras el ídolo vivía sus últimos 10 segundos arriba del ring, con la rodilla en la lona y el corazón estrujado.

--¡Qué malo, qué malo, ya no puedo! --fue lo primero que dijo el viejo gladiador al levantarse.

Algunos inconscientes levantaron a Ignacio Madrid en hombros y eso transformó el dolor en ira: muchos lo insultaron y le lanzaron objetos, surgieron grescas en tribunas y una auténtica batalla campal en el cuadrilátero.

Varios fanáticos subieron al ring y, eufóricos, se abalanzaron sobre el ídolo derrotado, que desesperado alcanzó a gritar: “¡Sáquenme de aquí!”.

Alguien se apiadó de él y lo rescató del naufragio.

Una multitud lo siguió caminó al vestidor, mientras muchos lo aclamaban, unos intentaban tan sólo tocarlo y algunos no pudieron contener las lágrimas.

“Fueron varios a los que vimos llorar al abrazar al *Púas* –escribió Ernesto Castellanos en el *Esto--*. Su hijo Obed lloraba en un rincón, su hermano Daniel también derramaba lágrimas y por ahí estaba llorosa también su esposa Elba.

“La edad fue lo que propició mi derrota. Me preparé bien pero los años se me vinieron encima. Ha sido la derrota más dolorosa de mi carrera, me siento decepcionado, pero es lógico haber perdido ante un jovencito. Es mi última pelea, hoy digo adiós al boxeo para siempre”, decía Olivares, que por momentos lloraba.

“El mariachi entonaba las notas de *El Rey*, pero el llanto afloró cuando tocaron *Las Golondrinas*. Nos estremecimos en verdad”.

--¿Cuándo sentiste que ya no podías ganar?

--Desde el primer golpe. Me conectó un derechazo a la mandíbula que me mandó a la lona.

--¿Qué destacas de tu despedida?

--El cariño del público. Me conmovió, fue más de lo que yo esperaba.

El domingo 13, el *Esto* no destacó la derrota, sino precisamente la entrega incondicional de los aficionados a su ídolo: “¡Cómo lo quieren!”, fue el encabezado principal.

“El pueblo mexicano nunca olvida a sus consentidos --reseñó Castellanos--. Alrededor de 10 mil aficionados despidieron a Olivares, quien en su postrer pelea fue derribado cuatro veces y perdió por nocaut en cuatro asaltos, en un triste epílogo de una fabulosa carrera. El boxeo mexicano volvió a vibrar como pocas veces puede hacerlo... cuando el *Púas* se iba a la lona, los rostros de los aficionados eran de estupor, de dolor. Rubén es un hombre de 41 años y del grandioso boxeador no queda nada. El muchacho de 20 años subió a hacer lo suyo”.

--Olivares sigue conservando la pegada. En el tercer round me lastimó con sus ganchos, pero estoy satisfecho porque le gané a un gran peleador al que admiré desde chamaco --expresó *Nacho* Madrid cuando fue rescatado de la ira popular y hasta entonces comprendió cabalmente lo que había hecho: “La gente me golpeó con monedas, con lo que pudo... y todo por pegarle al ídolo”

Antonio Andere, quien había seguido de cerca la carrera del ilustre peleador, escribió sobre esa última batalla:

“Aunque parezca paradójico, lo cierto es que la despedida de Rubén Olivares fue grandiosa, imponente, a la vez que triste, inmensamente triste. Grandiosa por el ambiente, difícil de describir, de un público que fue más allá de la euforia y el entusiasmo para entregarle al *Púas* el testimonio enloquecido, absoluto, estridente de su simpatía y su admiración. Fue algo que, sencillamente, rebasó todas las expectativas.

“Se suponía que iba a prevalecer un ambiente de gran simpatía, de vibrante homenaje al inefable *Púas*, a lo muy poco que queda ya de Rubén Olivares, el electrizante boxeador de sus días plenos. Pero lo que se vio anoche en la arena

México fue de verdadero asombro. Sólo habiéndolo vivido se puede calibrar en toda su magnitud. Ese ambiente, por sí solo, valió mucho la pena. Pocas veces se tiene la oportunidad de asistir a una entrega de tal manera intensa, incondicional, impresionante.

“Parece mentira hasta dónde es capaz de llegar la multitud cuando por nada más que su soberana voluntad decide elevar a quien le da su regalada gana hasta el pedestal de los ídolos, simplemente para tener a alguien a quien adorar, en quien apoyarse en sus momentos de debilidad o en sus frustraciones. De modo que, créanos usted, este aspecto fue el que le dio hondura y trascendencia a la tardía despedida del viejo e inefable *Púas*.

“Estamos ciertos de que en gran mayoría la multitud acudió al amplio local de la colonia Doctores a rendirle, con el pretexto de su despedida, el homenaje que le había quedado a deber a quien ha sido uno de los más grandes peleadores de nuestra historia.

“Acudieron al reclamo de una nostalgia reprimida que hallaba, finalmente, una coyuntura para aflorar en toda su intensidad. Jamás olvidaremos el coro unánime de *Púas-Púas-Púas* que resonaba estridentemente con la furia de un volcán en el espasmo gigantesco de una plena erupción. Y todo ese indescriptible bullicio, la incontenible expectación de los momentos que precedieron al combate, en fin, ese ambiente en general que como queda dicho, fue lo que verdaderamente valió la pena de este episodio inolvidable, el lado grandioso en la noche del tremendo contraste.

“Y luego, el drama en toda su intensidad. Con un desenlace absolutamente lógico. Triste estampa de alguien que fue un grande auténtico y que era humillado, reducido a una indignante y también injusta impotencia, vacío de todas sus facultades.

“De pronto, apenas iniciada la acción, Rubén fue enviado a la lona con una larga derecha de Ignacio Madrid al que muchos increparon y sin duda no le perdonarán —aunque ninguna culpa tiene— de haber sido el instrumento del destino para exhibir en todas sus miserias físicas a quien fue un gigante del cuadrilátero.



“La caída de Rubén transformó la algarabía, el bullicio ensordecedor en un pesado silencio, como de muerte. Y por ahí siguió la cosa, con Rubén visitando la lona una y muchas veces ya sin base de sustentación.

“Pero el cisne cantaría antes de morir. En el tercer asalto, sacando fuerzas de flaqueza e impulsado por un público que no quería agotar su fe en él, Rubén reaccionó y hasta dio la impresión de que un milagro podría realizarse. Su gran esfuerzo lo dejó listo para el desenlace que se produjo en el siguiente round cuando, aleccionado por el prudente doctor Horacio Ramírez Mercado a fin de evitarle daños mayores a Olivares, el réferi José Medina le aplicó el conteo fatídico.

“Más que de tristeza, la reacción de la gente fue de indignación por la afrenta inferida al intocable, a quien por su grandeza pasada no merecía semejante humillación. Y luego dicen que no son tristes las despedidas”.<sup>(18)</sup>

El también periodista y experto Fernando Gómez Arias resumió: “Dicen en Estados Unidos que ha sido el mejor gallo de todos los tiempos. Insistimos: lo de mejor suele ser un calificativo aventurado cuando no caprichoso y hasta arbitrario. Pero Olivares sí ha sido uno de los campeones más populares. Pugilista de clase soberbia. Izquierda formidable. Derecha fulminante. Estilo pulcro, de gran púgil. Técnica extraordinaria. Y personalidad exultante, avasalladora. El cuarto de los ídolos, que cierra el ciclo iniciado por Casanova y seguido por el *Ratón* y el *Toluco*”.<sup>(19)</sup>

Los cerca de 10 mil aficionados en ese adiós final dejaron en taquilla 109 millones 900 mil pesos. El *Púas* recibió un cheque de 50 millones de pesos. De haberse llenado la arena su última bolsa boxística hubiera sido mayor.

Y, aunque estaba necesitado de dinero, destacó: “Lo mejor que me llevo es el cariño del público. No pensé que me quisieran tanto”.

Para sorpresa de muchos, el púgil resaltó también el hecho de que fue golpeado en su despedida: “Medel me decía ‘ya paro la pelea, ¿no?, mira cómo estás’. Y yo le contestaba ‘no, no la pares, deja que el muchacho me ponga bien en la madre’. Y lo hizo. Bien por él, bien por mí, bien por el boxeo... porque mucha gente pensaba que la pelea estaba arreglada y que yo iba a ganar. Con esta

madriza tapo muchas bocas, porque no permito ni permitiré que hagan eso conmigo”.

En la madrugada de la última contienda de su vida, muchos se quedaron esperando al ídolo en el cabaret Bacarat, donde se había preparado una de sus clásicas fiestas de baile, alcohol y mujeres.

Pero el *Púas* enfiló a su casa: “Ahora no hay nada que festejar. Yo fallé y todo acabó”.

Ahí lo esperaba su familia y la actriz Mar Castro, quien se hizo famosa por un comercial de cerveza en el Mundial México 86.

Con emoción “y buena voz”, describieron los periodistas presentes, Mar Castro declamó un poema que le compuso al *Púas*: “A un campeón”.

Al final todo mundo aplaudió y Elba Aguilar, la esposa de Olivares, completó con sentimiento: “Para mí como para toda la gente seguirás siendo un ídolo así hayas perdido esta última pelea. ¡Serás el rey aquí y en China...!”

--Gracias, reina --alcanzó a decir el gladiador, quien no pudo aguantar más, bajó la mirada y empezó a sollozar.

Era ya de madrugada.

El *Púas*, diría después, había muerto en ese momento.

### **5.5.2. “El *Púas* es pueblo”**

La despedida de Rubén Olivares fue, se puede decir, un acontecimiento nacional. Los periodistas Carlos Rivero y César Romero le hicieron una extensa entrevista para el diario *Unomásuno* en la que el boxeador mostró la dualidad de su vida: Por un lado el desenfrenado *Púas* y por el otro, el centrado Rubén Olivares.

“Yo soy yo mero, ¡el *Púas*! El pobre de Rubén, tan buen cuate el cabrón, fue muriendo poco a poco. Y se quedó en el olvido. Sólo vive el *Púas*. Ya en el final de su carrera, pero nomás el *Púas*. El *Púas* nació conmigo. Ya lo traía yo bien adentro desde aquellos tiempos de la infancia”.

Y surgió incontenible, retador, mal hablado y bohemio, aquella vez de su coronación ante Lionel Rose, cuando Rubén iba radiante por el título mundial, con un ojo morado, una herida en la nariz, pero con 30 mil dólares en el bolsillo.

“No me arrepiento que el *Púas* haya surgido en ese momento, porque al que la gente quiere tanto es al *Púas*, porque es el amigo, el pachanguero, el tomador, el viejero, el trasnochador... El *Púas* es pueblo, la gente se identifica con él.

--¿Qué se dicen Rubén y el *Púas*?

--Rubén es la persona centrada, la que dice ‘no tomes *Púas*, no tomes’ y el *Púas* ‘nomás una, no’. Le gana el *Púas* a Rubén porque dice: ‘yo soy el mero campeón del mundo, tengo lana y deseos de divertirme, o a poco todo en la vida van a ser puros fregadazos’. Y Rubén ‘ora pues, tomate una’. Pero el *Púas* es cabrón y se va de largo y no se toma una, sino dos y tres y todas.

--¿Y Rubén no llama la atención al *Púas*?

--Sí, ¡cómo no!, pero el *Púas* es un hijo de su pinche madre que no hace caso. Luego los dos se regañan: ‘como eres güey y desperdiciado pinche *Púas*’, o ‘no seas tan maricón Rubén, no le saques, avientate a resolver este problema’. El *Púas* es el que siempre se impone, por cabrón desmadroso. Rubén ya nomás presta su nombre. Y sin embargo...

--¿Y sin embargo qué, Rubén?

--Y sin embargo míralo: es un cabrón a toda madre, qué sería del *Púas* y los suyos si Rubén no hubiese guardado un poco de la lana que se ganó en el ring. Mientras el *Púas* andaba en el pedo y botándose el billete, Rubén hacía inversiones, compraba terrenitos, casitas, metía dinero al banco, formaba un patrimonio para sus hijos. Está cabrón hijo, gracias a eso vivimos y más o menos bien. Pinche Rubén, ya desde chiquito tan trabajador, que haciendo sus combustibles, que tallando la madera. Si no hubiera existido él, *uta* madre...

--Como que merecía mejor suerte, ¿no?

--Pero volverá el cabrón, como el ave fénix. Ay ojete, este es el adiós del *Púas*, ya lo dije, su última pelea, ya Rubén lo reformó, ya no toma el *Púas*, o sea, ya no se empeda así como así. Será para Rubén la lana de esta última función y

será él quien la administre, el que funde la Academia de Boxeo y también el instructor. Pinche Rubén, ya lo veo: mánager de campeones mundiales, un mánager honesto, que comprenda a los chavales, que les dé de comer, que les ayude, que les dé el cariño de padres que ellos necesitan en este mundo tan cabrón... Otra vez a ganar la dolariza, otra vez a viajar por todo el mundo, *uta* madre, la parejita buena onda, ¿o no?

--Alguna vez se corrió el rumor de que el *Púas* estuvo involucrado en el tráfico de coca, que ese era el motivo de sus constantes viajes a Los Angeles --le cuestionaron los reporteros.

Rubén contrae el rostro en un gesto de aflicción.

“La pura verdad *pus* sí, pero yo nunca me di cuenta de nada... Cuando los descubrí los mandé a *shingar* a su madre. Sucede que algunos a quienes yo creía mis cuates la pasaban en las maletas. Cuando íbamos a salir para Los Angeles llegaban con sus maletas y las ponían junto a las mías. Hijos de la *shingada*, y nunca supe nada. Llegaban al aeropuerto y qué, sobre peso, ‘órale, ahí esta la lana’, decía yo de tarugo. Y llegando allá cada quien agarraba sus maletas y ‘ahí nos vemos mi *Púas*’. Y yo, ‘adiós cabrones, diviértanse...’

--¿Así de ingenuo, Rubén?

--Me cae. Por estas, como dijo Gestas. Si lo que tengo de inteligente en el ring lo tengo de pendejo fuera de él.

--No nos digas que nunca pasaste nada, ¿ni siquiera para el consumo personal?

Ríe con todo cinismo cuando responde: “Y *pa*’ qué, cabrón, si allá había de todo. Allá fue mi primer contacto, aquí nada. Allá me la regalaban porque yo nunca he comprado, como tampoco tengo que comprar la yerba maléfica, siempre surge un cuaderno y me invita el *toquecito*. Allá me regalaban una onza (27 gramos) de carbonato y le entraba a una poquita y lo demás lo compartía con los cuates”.

--¿Y qué efectos produce la coca en un atleta, en un boxeador?

--Mira hijo, te lo digo a mi manera, así como yo lo siento: digamos que estoy tomando, bien pedo, y pruebo un poquito de carbonato y luego-luego me

compongo, ya ya, como si nada, luego-luego me siento re bien, listo para pelear o lo que sea. ‘*entons* sí, qué onda, o qué, qué plan’.

--¿Llegó a pelear el *Púas* estando marihuano?

--¡Pero ni madres! Ya dije que la mota me tranquiliza, me pone lento, su efecto en mí es amodorrante, me quita ligereza y arriba del ring, carnal, hay que estar muy vivo. No, yo jamás he subido al ring habiéndole tostado las patas al chamuco.<sup>(20)</sup>

## 5.6. Así de fácil dejé las drogas

Años después del retiro, Olivares admitió: “Yo hubiera durado mucho tiempo como campeón mundial, pero le entraba demasiado a las drogas, desde el barrio, con los cuates. Sí, duré un poco como campeón, pero de no haber sido vicioso habría durado más de 10 años... pero ya lo que se hizo ahí quedó, se hizo y ni modo”.

“Yo siempre le di ventaja a mis rivales. Entrenaba apenas 10 o 15 días para una pelea de campeonato del mundo. A veces me pregunto por qué no dejé de tomar, de llegarle sabroso a la *acicalada*... pero no, hubiera sido una vida muy monótona, muy aburrida, sin chiste. Me la pasé bien, tuve lo que quise, gané mucho dinero, lo gasté, guardé un poquito. Qué bueno que pude combinar mis debilidades de ser humano con mi amor por el boxeo. Viví a mi manera y pocos son los cabrones que pueden decir eso. Se vivió, se gozó y eso es lo que cuenta... chingón, ¿no?...”

--¿Por la droga perdiste todo el dinero?

--Sí... Y además me encontré con gente muy ratera. Los dizque amigos, *hijoelachin*... Cuando era campeón, la mayoría de las veces los *toquecitos* a los que les llegué o los polvitos a los que de vez en cuando les hago los honores eran de gorrión. Me di mis *pases* con un toque social, entre puros cuates, con gente de criterio...

Y aclara de inmediato: “Ahora, respecto a la forma en que llega eso a mi poder, no pregunto, yo nomás acepto: ‘que fúmesese eso’, ‘que lléguele a eso otro’; ‘sí señor, lo que usted diga’. El caso es que jamás le pregunto al que me lo dio,

cómo lo obtuvo, pues venido a ver ni me dice y yo nomás le estoy haciendo al pendejo. El caso es que sí, le llegaba a lo macizo, y vieja el que se raje.

--¿Le entrabas a todo?

--Sí, inhalaba coca, fumaba mota, tomaba, tenía mujeres... pero nada de inyectarme porque eso es malo para la sangre.

--¿Y cómo pudiste dejarla?

--Pues así, tal como me subí a pelear.

--¿De un día para otro?

--Sí, así de fácil. Yo me despertaba llorando: 'Dios mío, ¿qué hago? Ya no quiero tomar, ya no quiero inhalar, ya no quiero fumar. Ya no quiero nada, ¿qué hago Señor para dejar esto?'... Y Dios me escuchó y me dijo: 'Así como subes a pelear al cuadrilátero, así deja de tomar y todo eso...' Y dejé de beber y de inhalar. Eso fue hace unos 15 o 20 años (decía en 2002). ¡Estoy vivo de milagro! Andaba yo muy mal...

Y confiesa que ahora que ya dejó las drogas, ya puede hablar abiertamente de uno de sus temas favoritos: los ovnis, que define como Objetos Vaciladores No Identificados.

"No fue por culpa de la acicalada –ataja sin que se le pregunte--, pero dos veces los vi en Tuxtla Gutiérrez".

Emocionado, mucho más que si estuviera hablando de una de sus peleas, describe:

"Vi una nube triangular bastante grande, con rayas atravesadas, que volaba tras los cerros; su vuelo era vertical y de lado. Se detenía un rato en el aire, luego se desaparecía. Era algo parecido a un cohete que se lanza al aire, sólo que el humo del cohete queda flotando. En tanto que en este caso el humo desaparecía. En otra ocasión estaba oscureciendo y mientras desatascábamos el carro en el que íbamos, al atravesar un riachuelo, vimos que volaba en dirección nuestra un ovni y hasta nos iluminó con unas luces muy bonitas. Pasó a velocidad lenta, pero al apagarse de inmediato desapareció, tal parecía que iba a chocar con el cerro, pero ¡ni madre! Desapareció sin dejar huellas..."

Dice también que los observó en la carretera vieja que va hacia Tecate, Mexicali, y que pasa por La Rumorosa.

“Los he visto ya entrada la noche –dice mientras con la palma de la mano dibuja un objeto volador y señala hacia el cielo--. Pasan los ovnis así, ¡fiuuuuu! Y se van por atrás del cerro. Qué bonitos. He visto varios. Es en serio, pero la gente que me oiga va a decir:

--¡Púas, ya volviste a fumar de esa porquería...!

### 5.6.1. Sin saberlo, nací actor

Retirado ya, libre de los entrenamientos, Olivares pudo dedicar la mayor parte de su tiempo a lo que considera su vocación: ser actor de teatro, televisión y cine.

“Tengo una disposición natural para la actuación, se me facilita mucho memorizar parlamentos y sé dar intención a mis personajes”, define sin presunción.

Añade: “Eso lo descubrieron quienes han sido mis directores, como Héctor Suárez, *El Mil Usos*, que es uno de mis maestros”.

La convivencia con Suárez no se limitó al terreno de la actuación.

“El y yo jamás fumamos motita –aclara--. Yo le daba sus cigarritos y él se los llevaba, a la voz de: ‘voy a ver a mi negra’ ¡Mi negra!, me agradecía que le preparara yo sus carrujitos antes de sus compromisos encamables. O sea que cada quien fumábamos por nuestro lado”.<sup>(21)</sup>

Si Manuel *El Loco Valdés* fue su padrino en la televisión –“donde me vestían de *bell boy* y tenía apariciones muy cortas”--, su primera intervención en teatro fue, ni más ni menos, en la calle Broadway, en Los Angeles.

“El *Famoso Gómez* y yo llegamos al Million Dollar para ver a Manolo Muñoz. De inmediato nos dijo que nos iba a presentar en público, pero nosotros ya llevábamos preparado un *sketchito* y además cantamos la canción de *El Boxeador*, que compusimos entre los dos”.

La canción, recita el *Púas* con poca voz y mucho sentimiento, dice:

*“Va el jovencito al gimnasio, todo flaco y descolorido,  
porque en la vida jamás ha comido  
pero ya quiere ser boxeador.  
Entre peras y costales ya lo agarraron de sparring.  
Pobre muchacho, qué chinga le dieron,  
Y lo consuela su entrenador”*

Una obra que le trae buenos recuerdos es la de *Picardía Mexicana*, basada en el libro de Armando Jiménez.

“El reparto estaba fenomenal, precioso. Estaban Héctor Suárez, Ana Di Pardo, Wanda Seux, Betty Rouss, Charlie Valentino, Raúl Padilla *Chóforo*, Elena Ballesteros, Manuel *Flaco* Ibáñez, Ausencio Cruz y otros más. De tal forma, no me quedó más que aceptar y fue todo un éxito. La puesta en escena fue de lo más ambicioso y duramos varios meses, incluso salimos a provincia. En principio, mi contrato para esa obra había sido temporal y cuando concluyó el periodo por el que me contrataron la gente dejó de ir a la obra. Cierta vez que fui a ver a Wanda, me agarró Lili del Valle y me preguntó si deseaba volver a la obra y me dijo que si quería, retornaba al día siguiente. Entonces me estuve hasta el final de la temporada. Esta fue mi primer obra teatral”.

Estuvo después en *Las Ficheras de Tepito*, alternando con Olga Ríos –“a ésta no me la pude refinar, porque es de un amigo y soy muy respetuoso con los cuates, sé respetar sus cosas”--, y participó también en una obra de teatro infantil, *Vamos a cazar un león*, en la que actuó con su hija Mirna.

Al teatro, como al boxeo, el *Púas* le encuentra un sentido social: “El ambiente teatral también es de mucha evasión para la gente, ya que ahí va a olvidarse de los problemas de su casa, de los saqueos que cometen los políticos ratas contra el país, de los constantes aumentos a la gasolina, del IVA, de las transas, de los que sacan el dinero del país y se lo llevan a Suiza. En el teatro la gente va a convertir en carcajadas sus problemas y tribulaciones, por eso mismo es que yo me he identificado con esta grata actividad, donde predomina el oropel, pero también las buenas amistades”.



### 5.6.2. Droga pa'tochos y carne pa'l hambriento

Y, sobre todo, en ese ambiente encontró de nuevo lo que había gozado en el boxeo.

Fue otra vez perderse en los placeres de la carne, pero en esta ocasión sin recibir golpes.

Confiesa en su libro autobiográfico:

“En el medio del cine y la televisión he tenido grandes convivencias que a veces han degenerado en orgías en toda forma; ahí hay droga *pa' tochos* y carne *pa'l hambriento*. Hay artistas que vemos en televisión como unas chicas de casa, cuando que en esas fiestas enseñan la tenencia y se acuestan con quien sea. Con tal de que el tipo resulte importante para su carrera. Es increíble la cantidad de droga que circula en esos pachangones. Esos reventones encelarían a los mismísimos Calígula y Nerón. Entre los personajes que son ‘el alma de la fiesta’ y que se dan sus *pasones* y a veces hasta se cruzan, están cantantes de fama internacional, cómicos fabulosos, bailarinas de cuerpos fabulosos, ejecutivos importantísimos y hasta modestos tramoyistas, iluminadores, camarógrafos y demás. En este caso, puedo decir el pecado pero no los pecadores, ya que dice el dicho que ‘perro no come carne de perro’. ¡Sí! Yo le he llegado a todo eso y no me espanto de nada”.<sup>(22)</sup>

Narra también que en el ambiente artístico suceden “casos de extrema jotería en actores que cuando actúan revelan machismo u hombría”.<sup>(23)</sup>

Cierta ocasión, en Los Angeles, se encontró a varios artistas y cantantes mexicanos, entre ellos a Juan Gabriel:

“Al darse cuenta Juan Gabriel de mi presencia, atipló más su voz y dijo en forma cantadita:

--¡Ay, a mí me gustaría pelear con Rubén... pero en la cama...! --dijo y todos soltaron la carcajada.

Enrique Muñoz me dijo en plan de choteo: “¡Orale Rubén, ya ligaste!”.

Ocurrente, el *Púas* termina con la anécdota: “Ora que ando jodido quiero que Juan Gabriel me sostenga lo de esa ‘pelea’, pero sobre una módica *cortina* para no discutir... ¡Es más! Que me haga mi canción y lo pensaré... ¡No, no es cierto! ...”

Para aprovechar su popularidad, el *Púas* ha sido invitado a trabajar en películas como *Llanto risas y nocaut*, *Nosotros los feos*, *Máscara contra bikini*, *Ni Chana ni Juana*, *Los fayuqueros de Tepito*, *Nosotros los pelados*, *Que viva Tepito*, *Las pulquerías I y II* y la que le gusta más: *Las glorias del gran Púas*.

“El mejor papel que siento haber dado en mi vida es el de *Las glorias del gran Púas*, ya que me representé a mí mismo. Siento que hice un papel decoroso, basado en mi vida y estelarizado por mí”, señala, aunque aquí también tiene un motivo de queja: el productor de la cinta, Roberto Rivera, no le pagó por esa película.

“Cada vez que llegaba a su oficina, me invitaba un traguito, me alcoholizaba y me envolvía en un mar de palabras: el caso es que no vi claro en el asunto de mis centavos”, dijo y recordó que otra vez que fue a buscarlo —“para variar yo iba pedo”— intentó llevarse unas cintas, “para venderlas y cobrarme a lo chino”, pero fue detenido por un policía.

El *Púas*, sin embargo, tiene muchos motivos para sentirse satisfecho de su faceta de actor: “Considero que nací para la farándula, al menos para la clase de filmes que se estila en nuestro días en el cine mexicano; ninguno de mis personajes me ha sido difícil protagonizar; considero que tengo una disposición nata para la artístada, ya que jamás estudié ni en la escuela de la ANDA, ni en Bellas Artes o cosa parecida; para esto, como en todo, mi colegio ha sido la escuela de la vida”.

De lo que sí se queja es de la parodia que realizaban de él *Los Polivoces*.

“Durante un tiempo me botanearon y la gente se reía a mis costillas. Ellos sabían que se les quería, pero abusaban. A veces me iban a ver nomás para recortar mis actitudes y seguirme choteando. Eso, dicho en lenguaje mexicano, son mamadas, ¡que jalen pero que no se cuelguen! Por culpa de ellos yo era un parrandero, chupador, desobligado, impuntual ¡y era cierto! Pero eso no se dice...”

En su autobiografía *Del infierno a la gloria* recuerda: “En todas las películas en las que he intervenido, la cotorreé padre e hice grandes amistades; me agarré algunas buenas nalguitas y tomé parte en buenos reventones. O sea, en lo más *chido* de los entretelones del cine”.

Y menciona, con lujo de detalles, “tres *clinch*es inolvidables” con tres artistas con quienes compartió créditos en sus películas.

Con una de ellas, dice: “Sucede que estábamos los dos trabajando en *Picardía mexicana* y ella fue a mi camerino a pedirme un toquecito de mota y le dije ¡cómo estás! Nos lo fumamos en mi camerino... al desnudarse, vi que tenía los senos muy chirris... dicen que la mujer de senos pequeños es demasiado inteligente... lástima que a mí me gusten las mujeres pendejas-pendejas...”

De otro “encuentro de ombligo”, menciona: “Fue excepcional, es una gran mujer, ya que mide cerca de dos metros. Así que después de haber cenado, nos fuimos a mi hotel y al baño, a la perfumadita para oler sabroso y, al verla desnuda, dije: ‘Qué señora, vive Dios’. Estaba tremenda: mucho más alta que yo. Así que me dijo: ‘¿querías conmigo, cabrón?’ y le dije: ‘pues sí, señora’; y ¡a la cama! A la hora de sentir su calor de mujer y de besarla, me sentí pequeñito, pero luego ya se nivelaron las cosas. Ya en la cama ¡nada de que era grandota! El *Púas* estaba en su elemento...”

Y de su tercer *clinch*, evoca: “Es una niña preciosa y ¡qué buena es pa’ quemar mota! Nos conocimos durante el rodaje de la cinta *Nosotros los feos*; y, como todo, la invité a comer y luego de estar ahí, diciéndole lo bonita que era, y prodigándole las atenciones de dama que merecía (ella trabajaba por cierto en El Catacumbas) tuve la oportunidad de disfrutar de su juventud durante varios días, ya que la llevaba de la filmación al cabaret y viceversa. Por cierto que a ella le tocó mi época del Cadillac e incluso muchas veces se lo presté para que cumpliera sus compromisos. Es una chava bien profesionalota pues cumplía en todo y por todo; asimismo, en la cama también sabía cumplir ¡y en qué forma! Nunca me digan que deje de amar. Con ella se hacía todo lo mejor del mundo: lavado, engrasado y sopleteado; o sea, para abreviar ¡de puro lujo! Hacíamos el amor normal, no degenerado”.<sup>(24)</sup>

Todo eso lo disfrutó, asegura, “por la ventaja de ser Rubén Olivares”.

No hay remordimientos.

Ni para las artistas: “Si leyendo esto ellas dicen ‘Pinche *Púas, pa*’ qué lo dijiste’, yo responderé: ‘Ni madre. Es mi vida y además es cierto’. Ultimadamente, para qué se quitan los *chones*”.

Ni para su entonces esposa: “Con estos tres forros, tengo ya para divorciarme, pero espero que como ella ya sabe la clase de *Púas* que tiene, no creo que a estas alturas se ponga de fijada. Ella sabe que la amo y las cosas que pasé estaban ya escritas en mi destino. Espero que mi *ñora* perdone el que Dios haya sido generoso conmigo. Lo que he vivido muchas veces me ha pasado, no lo he buscado; además, decir no a una dama es una falta de educación. Si en cierto momento digo ‘no puedo’, capaz que mi mamá me manda a capar”.

Encarrerado, aprovecha para dar consejos: “¡Hay que saber hacer el amor! Y eso lo agarra uno con la experiencia. Si hay que hacer el amor como cerdo, ni sabe. El amor tiene que ser bonito. Hay que hacer el amor a fuego lento, no le hace que se acaben los cerillos”.

De su paso por el cine, dice, sólo tuvo momentos gratos.

“Me gusta el cine que hice, el que hicieron mis amigos artistas. Jamás hubiera aspirado a hacer un *Hamlet* de Shakespeare, ya que incluso mis seguidores dirían. ‘No mames *Púas*’. Me gustan mis películas y también las de Isela Vega, las de Sasha Montenegro y donde se vean las chavas en cueros”.

### **5.7. La Biblia, mi libro de cabecera**

Personaje irrepitible, el *Púas* es impredecible en muchos aspectos.

Como lo fue su vida, Olivares pasaba en las entrevistas de un extremo a otro. En un momento estaba en la broma, el albur y los chistes, y de pronto trataba temas serios, y hablaba, con cara de palo, de religión, de Dios y de que –sorprendentemente— es un asiduo lector de la Biblia, que incluso llama su libro de cabecera.

--¿Qué piensas de la muerte, Rubén?

--Ahí es cuando ya se chingó todo, ya nada de nada. Ni madrazos, ni chamacas, ni alcohol, ni vicio, ni cuates... Y al cielo van los que se portan bien. Los cabrones, los que obramos mal, vamos derechito al infierno, al abismo de fuego, al pozo que arde día y noche.

--¿Crees en Dios?

--A huevo

--¿Eres practicante?

--*Ps...* así como de ir a misa y confesarme no, ni madres. A veces voy a la Basílica, pero lo que se dice cumplir con los mandamientos, *ps* ni madres. Pero platico con Dios yo solito, en mi casa, a veces cuando termino de leer la Biblia.

--¿Lees la Biblia?

--¡Claro, hijo, es mi libro de cabecera! Fíjate: ahí está toda la verdad del mundo. Está todo lo que ha pasado, lo que está pasando y lo que va a pasar: guerras, plagas, debilidad humana, todo está en ese libro que nos enseña la grandeza de Dios...

Y entonces el *Púas* se explaya.

"Me gusta todo y le entro a todo, aunque leo con bastante frecuencia el *Génesis* y me gustan los *Números*. Bueno, y el *Apocalipsis*, esa onda me pone la carne chinita, me deja pensando en lo superficial que somos los seres humanos. De todos los evangelistas, dicho sea con todo respeto, San Lucas es el más *chingueta*. La vida de Cristo es un ejemplo para todos, hay que leerla y meditar sobre ella. Ese hombre murió por salvarnos a todos. Es como si a mí me dijeran ahorita que me muriera para que se salvaran los demás... pues yo diría que ni madres, ¿no? Que cada quien se las arregle como pueda. Y Cristo no, porque él era hijo de Dios y esa era su misión en la tierra. En todas las palabras y en todas las páginas de la Biblia está reflejada la mano de Dios, su mano guió a los profetas y a los apóstoles cuando escribían.

"¿Te acuerdas por ejemplo del pasaje de Ezequiel, cuando se lo llevan en una nube y lo rodea un resplandor divino y todos son rodeados por llamas de fuego y se quedan petrificados, espantados por el poder del Señor? *Uta* madre hijo, está gruesísimo...

“O cuando Moisés subió a la cima del monte Sinaí a buscar las tablas de la ley... ¿Tú has leído los 10 mandamientos? Fíjate que son, cómo te diré, un mensaje de moralidad, unas reglas de conducta bien precisas, bien exactas que si todo mundo las siguiera, pues el mundo sería otra cosa. Y entonces con las tablas destruyó el becerro de oro y enseñó la verdad al pueblo. ¡Ay carajo! ya hasta pienso que nos está haciendo falta otro Moisés.

--¿No te parece contradictoria esa admiración por la palabra de Dios y tu conducta habitual?

--Claro que sí, pero *pus*, qué *chingaos* va uno a hacer. Yo sé que soy un pecador, que todos somos pecadores y bueno, que algún día me tendré que componer, o a lo mejor no. Lo único que sé es que el Señor sabe nuestros pensamientos, que sabe lo que pasa en nuestro corazón, que El es grande y generoso y que sufre por lo que nosotros hacemos y porque no respetamos su palabra. El Señor es el dueño de nuestras vidas, el sabe lo que hace con cada uno de nosotros, a cada quien le ha dado una verdad y un destino.

--Así que ahora eres un *Púas* teológico. ¿Dónde quedó aquel *Púas* irreverente, que quería cumplir el anhelo de estar en la misma cama con sus tres esposas y que dijo además que cuando muriera sus restos deberían descansar en la Rotonda de los Hombres Ilustres y situados entre los de Siqueiros y de Agustín Lara?

--¡No *pus* está cabrón! Dicen que es de sabios cambiar de opinión... y entonces yo me retracto. La verdad, la mera verdad, la pura *neta*, es que mi sueño de ahora es estar en la misma cama... pero con seis esposas...

Confiesa entonces sus dos grandes miedos: la soledad y la oscuridad.

“Le tengo pavor a la oscuridad. Prefiero morirme mil veces en un ring, delante de mucha gente, que pelarme solo, en algún sitio oscuro... también le tengo miedo a la oscuridad. Hasta la fecha duermo con la luz o la televisión prendida”.

Después, a sus 56 años, el *Púas* se bautizó en un templo evangélico administrado por uno de sus hermanos y desde entonces dejó finalmente las drogas y el alcohol.

“Voy al templo cada que puedo. Ahí no creemos en imágenes, porque ni oyen ni ven ni hablan. Nosotros le pedimos directamente a Dios que nos bendiga, que nos dé sabiduría, salud y esté con nosotros”.

### 5.7.1. Y que me postulan para diputado

Para aprovecharse de su popularidad, el *Púas* también incursionó en la política.

Rafael Aguilar Talamantes, entonces presidente del Partido Socialista de los Trabajadores, y otros miembros de la organización fueron a visitarlo a su domicilio.

“Me soltaron todo el rollo, de que los trabajadores, que los obreros, que los campesinos y toda la clase sometida por el capitalismo; el caso es que me tocaron la fibra sentimental y me dije: ‘pues yo también he sido trabajador’ y que me postulan para diputado. Así que me dejaron un *madral* de papeles, entre los que estaba la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, instructivos electorales, comunicados de orden cívico y muchas madres de esas. De tal forma que me puse a leer esos papeles y nunca acabé de estudiarlos todos, pero ahí iba la cosa”.

Recuerda que en los mítines muchos se acercaban y esperaban que les diera un kilo de frijol, de arroz, un litro de leche o de aceite, pero el *Púas* les respondía:

--Ni madres, yo no vengo a regalarles nada, sino a invitarlos a que todos luchemos para mejorar a la clase trabajadora y a los ciudadanos en general.

Así anduvo durante su campaña para diputado, tratando de “crear conciencia social” en colonias populares como La Malinche, Gertrudis Sánchez, la Bondojo, Tres Estrellas, Emiliano Zapata, Río Blanco, La Joya y La Faja de Oro y estaba muy seguro de su triunfo, pero un día antes de las elecciones “me hicieron una chicanada y perdí”:

“Los del PRI repartieron una propaganda gacha, que fue hacer grande un problema que yo tuve con la jovencita Leticia de la Torre, lo cual fue un auténtico golpe bajo; ese *faul* no fue de política buena. Decían que la gente no debía votar

por mí porque era un violador, un borracho, un marihuano, una persona ignorante...”

--Se dijo que en plena borrachera todos tus amigos abusaron de esa menor.

--¡Ni madres! --exclama un *Púas* encolerizado, pero después se calma y responde.

“Esa fue una jugarreta que me quisieron hacer para sacarme la lana. La *chava* esa llegó un día a la Bondonjo, acompañada del *Zapatero* Hernández, un promotor del norte que ya murió y que era prestanombres del *Cuyo*. Yo estaba tomándome unas *chelas* con los cuates y la escuincla de plano se nos ofreció. Les dijo a los otros, pero cuando se dio cuenta de que el que traía billetes era yo, se lanzó conmigo, pero ni madres, ‘no quiero’, decía yo y se fue toda encabronada. Luego dijo que la habíamos drogado, que la habíamos golpeado entre todos, que la habíamos violado. ¡Mentira!, ya luego se aclaró todo, que fue una treta y salí absuelto, sin cargos. Me *chingué* unos días tras las rejas, pero carnal... son los gajes del oficio”.

Además de su estancia en la cárcel, el *Púas* asegura que también perdió dinero en su lucha por ser diputado: “Ahí fui de pendejo, tratando de componer este país que está muy jodido y que sí, y que ja-ja-ja y que me chingo parte del patrimonio de mis hijos. Cinco millones de pesos que tenía depositados a plazo fijo en el banco”.

Eso fue lo que más le dolió.

El haber estado preso, otra vez, fue lo de menos.

Admite: “Sí, estoy fichado, pero me vale... si estoy en el Salón de la Fama de Nueva York en Estados Unidos, me vale madre que aquí me tengan fichado”.

Lo han encerrado “unas cinco, seis o a lo mejor 10 veces”.

“La mayoría ha sido por problemas menores: por choquécitos, porque me agarraban al salir de un cabaret o de un burdel y como nunca dejo que abusen los pinches policías, pues al bote cabrón. Me han detenido por borracho, o por darme un *toque*...”

--En serio, Rubén, ¿jamás has sido detenido por riñas?



--No, porque soy borracho pero no pendejo. Cuando ando cuete me provocan para meterme en un buen lío, pero yo jamás he caído en el jueguito, ni madres, para que luego me saquen la lanísima.

Dos de las ocasiones que ha estado en prisión han sido a causa de problemas legales por los dos libros sobre su vida.

“Garibay me engañó, es un pillo. Me prometió el huevo y quien lo puso. Me siguió como una sombra y luego escribió un pinche libro por el que nunca recibí un centavo”, dijo Olivares.

En 1985 se publicó su autobiografía *Del infierno a la gloria* –un título “medio trilladón, pero yo mismo lo sugerí porque es la historia de mi vida: Salí de la nada y me fui a la gloria”--, en cuya contra portada se lee: “Un elegido de los dioses, Rubén Olivares el *Púas* lo estremecerá con sus impactantes revelaciones...”

El libro termina con la frase: “si alguna imagen torcida tenían de mí, en esas páginas tienen al auténtico Rubén Olivares. Por lo demás, agradezco su lectura y el que hayamos tenido esta bonita charla. Su cuaderno y seguro servilleta. Rubén Olivares Avila, el *Púas*”.

Años después, sin embargo, intentó rectificar: “Yo dije unas cosas y ellos publicaron otras. Yo sé que soy un cabrón, pero el que aparece en ese libro es un hijo de la chingada. Sólo reconozco un 50 por ciento de lo ahí publicado”.

Pero el problema principal fue que tampoco le dieron el dinero prometido.

“Como nomás me estaban viendo la cara de pendejo, un día que me encabrono y dije ‘ora sí a huevo voy a cobrar mi lana’, pero el tipo de la editorial ya me tenía ahí a dos cabrones bien armados, yo creo que para darme en la madre y robarme la lana, que era como 10 millones de pesos, en ese tiempo muy buen billete. Nomás que llego con cuates y cuando vieron a esos cabrones les quitaron las pistolas y les dieron un buen sustito. Total, que ni cobré mi lana, pegué otro coraje y fui a dar a la cárcel. Ni hablar, me sacaron un chingo de dinero porque tuve que caerle para salir”.

--La situación debe ser difícil en la cárcel...

--No, ni tanto, responde un *Púas* sereno y explica: “Lo cabrón es por los malos olores y por los ojetes que se aprovechan de los que se dejan. Pero agarra

la onda, ahí también hay gente que me quiere. Esa vez de lo del libro me tocó pasar mi cumpleaños en el bote. Imagínate: los demás presos me llevaron un pastel y café y entre todos me cantaron *Las mañanitas*, me echaban porras, yo les llevaba pastel a sus celdas, bien bonito, me la pasaba re' bien. Por las tardes me ponía a ver películas en la televisión”.

Y esa es otra anécdota del *Púas*: festejar un cumpleaños en el mismísimo Reclusorio Oriente, algo que, dice, deberían pasar muchos políticos y los del PRI que lo acusaron de todo para quitarle la oportunidad de ser diputado.

Por ello, define al PRI como Partido de Rateros Inmorales y advierte: “Cualquier otro significado que quieran encontrarle a esas iniciales es falso. Lo cierto es que si el PRI controlara los concursos de Miss Universo, nuestras muchachas nunca dejarían de ganar ese título”.

Propone entonces la creación del Partido Unico Auténtico Socialista: el PUAS.

“Es un socialismo en el que no habría pobres, puros ricos. Porque yo le quitaría la lana a los millonarios para nivelar la situación. Yo estaría al frente del partido y me lanzaría como candidato a la Presidencia”.

--¿Qué puntos serían los básicos en tu campaña?

--Fáciles hijo: trabajo para todos, escuelas, universidades para todos, repartición de tierras, más respeto para el campesino y estar con tu gente hijo, con tu gente...

El *Púas* mantiene un grato recuerdo del ex presidente Díaz Ordaz, pero asegura que después de él ya no tuvo contacto con otros mandatarios.

Explica: “Al único que me tocó saludar fue al licenciado Gustavo Díaz Ordaz. A los demás nunca quise. Cómo iba a pensar en ir a ver a un Salinas de Gortari, un pillo. O a Echeverría o a López Portillo. ¡No, nada de eso! Nunca fui de la idea de ir a verlos. Está uno viendo que están robando al pueblo y que nos tienen todos jodidos y así uno no puede ir a saludarlos. Yo quisiera que mi pueblo estuviera bien, pero ¿así como son de ladrones...?”

Recuerda que una vez estuvo con el ex presidente Ernesto Zedillo, quien le entregó el premio como El Boxeador Mexicano del Siglo.

“Le dije al doctor Zedillo: ‘¿y no viene acompañado por un cheque por un millón de dólares?’. Me contestó: ‘Je, je, je, es usted muy bromista *Púas*’. ¿Yo para qué quiero eso...? Porque cuando mis hijos me pidan de comer no les voy a decir: muérdanle al trofeo...”

Una vez también tuvo contacto con Miguel de la Madrid, cuando ingresó al Salón de la Fama del Boxeo del Distrito Federal.

“Me dieron un trofeo en 1987, cuando estaba el mono ese de De la Madrid. Y estaba tan feo, que me daban ganas de dejarlo caer para que se rompiera y decir ¡ay, se me rompió!”

### **5.8. Salinas nos quitó todo, menos lo...**

Al que sí recuerda con afecto es a Luis Donald Colosio. “Lo conocí en el Zócalo, afuera del Metro. Le pedí su autógrafo y me lo dio, bien chingón. Pero él me dijo ‘campeón, yo soy quien se lo debería pedir’. Nos abrazamos y nos despedimos. Nunca lo volví a ver con vida...”

Años después, cuando radicó unos meses en Tijuana atendiendo el restaurante La Cabaña del Púas –en el que laboraba con un compadre del que tampoco quiere acordarse--, visitó Lomas Taurinas, el lugar donde mataron al entonces candidato presidencial priísta.

Ahí, el *Púas* observó un letrero: “Primero los pobres”.

Segundos después, expresó: “Pero no dice primero qué... ¡primero jodidos!”

En una de sus andanzas por Estados Unidos, el *Púas* tuvo la oportunidad de conocer a Ronald Reagan.

Francisco Ortiz Velázquez, en *El Universal*, reseñó: “Conduce Rubén por la orilla de la línea fronteriza entre México y Estados Unidos. Recuerda que hace tiempo le renovaron la visa de turista con una tarjeta personal que le dio el entonces presidente Ronald Reagan, al final de su mandato, hacia 1989:

“Estuvo de telenovela, de película. Fui al estadio de los Dodgers a ver a Fernando Valenzuela pero llegué tarde al partido porque me estuvieron entrevistando para la televisión. Me fui corriendo a uno de los elevadores y, en

eso, que salen unos señores trajeados, de seguridad, y en medio de ellos la señora Nancy Reagan y él, que venía de lanzar la primera pelota del juego... “Entonces Víctor Muñoz *el Barrancas*, uno de mis carnales que vive en Los Angeles, le gritó: ‘¡Señor *Rigan*, señor *Rigan*, el *Púas* quiere saludarlo!’ Y que volteo. Iba a entrar al otro elevador pero me vio y se regresó con todo y guaruras para saludarme. Le dije en español: ‘Señor, ¿cuándo puedo verlo para regalarle unos guantes de cuando gané mi primer campeonato del mundo ante Lionel Rose?’ Me dijo que me conocía porque me había visto pelear. Y no recuerdo qué más cosas en inglés. Luego, volteó para que su asistente le diera una tarjeta de presentación y me la entregó: ‘Vaya a verme a Washington...’ También saludé a la señora Nancy.

“Años después esa tarjeta de presentación del presidente de los Estados Unidos lo ayudó para renovar su visa aquí en Tijuana. ‘Se la entregué a los agentes de Migración y la traían de un lado para otro, admirados. Y luego luego que me dan la visa, por 10 años. Se me vence en 2006... estuvo re’suave”.

Olivares, que estaba entusiasmado al contar la anécdota, de pronto se pone serio y cuenta un chiste que le dijeron en Estados Unidos: “Allá andan diciendo que Salinas de Gortari nos quitó todo a los mexicanos... todo, menos lo pendejos”.<sup>(25)</sup>

Ahí, en La Cabaña del Púas, vivió también experiencias paranormales.

“Yo me levantaba al baño a las cinco o seis de la mañana y sentía que los pelos se me erizaban. Era como una presencia maligna. Y yo le decía ‘quién eres, manifiéstate’ y hacía sombras y tiraba de chingadazos. Así ya se me calmaban los nervios, pero nunca se manifestó. Después me dijeron que ahí habían matado al dueño y donde yo dormía destazaron a una muchacha. Había algo malo, por eso yo me encomendaba a Dios y a nuestro Señor Jesucristo”.

## 5.9. El regreso al origen

Lejos ya de sus años de gloria y fortuna, el *Púas* camina como cualquier mortal por las populosas calles de la colonia Impulsora y la Bondonjo, donde sigue teniendo propiedades.

Sus vecinos lo saludan con afecto y él corresponde de la misma manera.

No le incomoda haber regresado al origen, luego de tanto dinero y tanta fama.

“A pesar de que me desarrollé en las altas esferas sociales de México, que viví entre lujos y grandes comodidades y que conozco grandes personajes, jamás me olvidé de los míos, de mis amigos de la infancia, aquellos a los que conocí en mis años mozos. Siempre seguí siendo el mismo”, explicó, mientras recorríamos las calles antes polvorientas que caminé de niño, cuando soñaba con ser alguien en la vida.

Recuerda que muchos le hicieron creer que era “un hombre legendario”, pero aseguró que él se veía a sí mismo –pese al dinero y a las alabanzas— como alguien normal.

“Muchas personas me han compuesto mis corridos, cumbias y demás melodías, como en el caso de José Alfredo Jiménez. Muchos me alabaron, pero yo sabía que era un hombre como todos”.

Es un *Púas* de 58 años, pero aparenta menos edad.

Sin embargo, las huellas de la profesión que practicó durante 25 años también están ahí: las cejas maltratadas, los pómulos inflados, la nariz ancha, la voz lenta y a veces inentendible.

Abuelo de 15 nietos, el mayor ya de 20 años, asegura que tuvo sólo seis hijos, pero sus allegados afirman que tiene más de doce.

“Tuve seis hijos con distinta mujer pero con la misma pinga”, expresa jocosamente el *Púas*, quien suma dos matrimonios y algunas uniones libres de las que prefiere no hablar “porque me mata mi mujer”.

Recuerda que hace 25 años la familia Olivares fue una de las primeras en radicar en esa zona. “Llegamos aquí cuando había un chingo de lodo. Y así, entre los hoyos y las piedras, me tenía que ir a entrenar al gimnasio Jordán”.

La colonia ya tiene pavimento y todos los servicios públicos, pero las carencias son visibles en las casas sin resanar, en los menesterosos que deambulan por las calles, en los perros que pelean por la comida, en la sencillez en el vestir de los habitantes.

Después de una prolífica carrera –que le dio a ganar tanto dinero que ni recuerda cuánto fue, pero que se calcula en más de dos millones de dólares--, Olivares cuenta con tres casas en esta colonia: una donde habita con su familia, otra que acondiciona como gimnasio y taller de grabados de madera y una tercera que puso en venta.

Dice tener también unos departamentos en la Bondojito y un terreno cerca de Acapulco.

“Muchos dicen que no tengo nada y prefiero que digan eso, pero yo no me dedico a robar ni espero que me regalen nada. Tengo algunas propiedades para irla pasando...”

Los negocios que intentó sólo le dejaron pérdidas. Sus lujosos autos último modelo son tan sólo un recuerdo y en un tiempo se conformó con manejar un LTD “que cómo estaba de viejo, que tenía más golpes que yo”.

Sólo eso.

Y sobrevive como puede. Por las cerca de 20 películas que filmó, recibe entre dos mil y cinco mil pesos mensuales. A veces lo llaman para alguna telenovela, como en 2005, cuando intervino en *Contra viento y marea*.

“Vivo de milagro”, dice y ríe sonoramente, como si hubiera contado un chiste.

Explica: “De los boxeadores de antes, raro es el que tiene lana, porque no somos buenos administradores. Yo me declaro un malísimo administrador. A mí me robaron, regalé el dinero, me lo gasté. Nunca me dolió el codo para el dinero, por eso no tengo nada. Como dice José Alfredo Jiménez: ‘Gané tanto dinero que

no supe ni por dónde lo tiré, pero los aplausos no me los quita nadie, se van conmigo hasta la muerte'...”

Del dinero gastado, “una fortuna”, dice no arrepentirse porque la gozó en serio y todo lo que disfrutó fue producto de su trabajo.

--¡A nadie le robé nada! --exclama en un raro momento de seriedad.

Sin embargo, de inmediato recobra su ánimo jovial: “Lo que me importa es la salud y en eso estoy bien. Y eso lo sé porque hago el sexo diario... ¡y con eso demuestro que está bien el cabrón *Púas!* Es más, creo que hasta clases de sexo voy a tener que dar para sacar una lana”.

--¿De verdad no te arrepientes de nada?

El *Púas* baja la vista.

Después de unos segundos de meditar, responde: “Bueno sí, la verdad me arrepiento de muchas cosas, sobre todo de haber tomado tanto. El alcohol es sabroso, pero sólo dos o tres copitas, no eso de andar tres o cuatro días de borracho, porque te lastiman y te roban. Gracias a Dios tengo algunas propiedades, pero lo más importante que tengo es la salud”.

--¿Entonces los golpes y el alcohol no te hicieron daño?

--Sí. Ve cómo hablo, luego no me entienden. Pero ya tengo sin chupar más de 10 años. A veces me tomo dos coñaquitos, pero en las noches me pongo mis tres litros de suero, para que se me limpie el hígado.

Después de más de 16 años sobre el ring, Olivares casi salió limpio de lesiones graves.

Sólo al principio de su carrera sufrió una fractura de mandíbula –pese a lo cual se coronó en los Guantes de Oro--, “pero ya después me puse buzo, ya que sólo se lesionan los muy pendejos”.

Sabe que se dedicó a una profesión riesgosa, pero encuentra argumentos para defender al boxeo:

“Es un deporte violento y como tal tiene sus riesgos, pero yo creo que no estaría bien que lo prohibieran: cada pelea está sujeta a reglamentos y a una supervisión médica. Estamos en la época de los adelantos científicos y esta actividad tiene sus parámetros humanizados. El márques de Queensberry nos dio

las reglas que han hecho al box una actividad para seres humanos. El pugilismo de antes del siglo pasado era inhumano: sin guantes, sin límite de rounds, sin asistencia médica... en esos encuentros los rivales salían al hospital, al manicomio o al panteón, ¡qué gacho! ¿no? El boxeo ahora es a toda madre, hay reglas, protección, asistencia médica para antes, durante y después de las madrizas. Hay médicos muy capaces para todo. Sin embargo, como es natural en todo deporte violento ¡hecho para hombres! suele haber sus percances, como fracturas y demás... pero más accidentes hay al atravesar un eje vial que en una pelea”.

Define: “El box siempre debe existir para canalizar la violencia que el ser humano trae consigo”.

Sabe de “bofes que han quedado tocados, de cuates que con oír la campana de la basura se ponen a tirar golpes, que les gusta andar hablando solos y que se creen Hitler o Napoleón”.

Y pregunta: “¿Qué, acaso yo no estaré tocados como ellos? Quién sabe, por lo pronto, no me da por correr a cazar moscas a batazos”.

A finales de su carrera sufrió “una serie de convulsiones que los médicos no supieron desentrañar, pero que consiste en ataques de tipo epiléptico”.

Recuerda: “Una vez llegué al hospital Mig en estado inconsciente y con la lengua mordida, ya mero me la comía”.

El doctor, nada más al verlo, soltó el dictamen:

--¡Lo que pasa es que el *Púas* trae una borrachera de pronóstico reservado!

--No doctor --atajó la esposa del peleador: “Huele a alcohol porque le echamos bastante en la cabeza para que se repusiera”.

Completa Rubén: “Ni hablar, esa fama de pedote se la debo a *Los Polivoces*. Si bien dice el dicho: crea fama y échate a roncar”.

El doctor le recetó entonces unas pastillas y el *Púas* no volvió a sufrir esos ataques.

“Creo que eso se debió a una anemia que yo padecí desde chamaco, desde cuando me trajeron de Iguala al Distrito Federal. También creo que fue por



los putazos que me dieron en mi carrera de bofe, así como las mal pasadas para dar el peso...”

Ha sido, en muchos aspectos, el regreso al origen.

Después de esos años de vorágine, en los que le faltaban horas al día para gozar en los festejos, el *Púas* ya tiene tiempo libre.

Y ahora, solo y sin dinero, dedica varias horas a realizar una especie de pasatiempo: tallar sus figuras de madera.

Las manos del *Púas*, que tantos rivales tiraron y copas empuñaron, ahora muestran su destreza en el manejo de sus herramientas y crean una infinidad de dibujos: Reyes Magos, Jesucristo y sus apóstoles, la Última Cena... Algunos de frente, otros de perfil y también de tres cuartos.

Uno es el que más le gusta, el de la Última Cena, donde los 12 apóstoles están con guantes de boxeo: “¿Qué están haciendo los apóstoles? Están peleando por traernos la buena nueva. En eso me inspiré, por eso les puse guantes”.

--¿Y por qué a Jesucristo no le pusiste guantes?

--No... Ese es el jefe...

Olivares vende esos cuadros y eso le permite sostener a su familia. “Yo los envío a Estados Unidos... pero mejor no te digo cuánto cuestan, porque los pobres siempre se espantan cuando les digo los precios”.

### **5.9.1. Gentes como yo han hecho las revoluciones**

Mientras trabaja en sus dibujos, le dice al reportero: “Fíjate lo que son las cosas. Antes de ser boxeador ya tallaba estas figuras y ahora que ya no tengo dinero, que se acabó todo, retorno a mis herramientas y a chingarle...”

En esa habitación que hace las veces de taller-oficina-gimnasio, Olivares colgó en las paredes algunas pinturas, charolas, fotos y muchos reconocimientos por su destacada trayectoria.

Un lugar especial es un cuadro donde muestra orgulloso su primer cinturón mundial, en peso gallo, que le ganó en 1969 a Lionel Rose. El cinto luce viejo y al

*Púas* le trae los mejores recuerdos de su carrera. Los otros campeonatos no los conserva: los regaló y de las fechas en que los conquistó ya ni se acuerda.

El *Púas* observa los reconocimientos. Se le ve nostalgia en la mirada.

Resume: “Son recuerdos bonitos, agradables, de muchos lugares del mundo, de gente a toda madre, lindísima conmigo. Siempre vi al boxeo como lo más fácil del mundo, pero jamás pensé que sería campeón cuatro veces. Yo me inicié desde los 13 años y todavía no se me quitan las ganas de tirar madrazos, ya que todavía cuando puedo me subo a dar algunas exhibiciones”.

Sus campeonatos, trofeos y reconocimientos, son el recuento de toda una vida que, dice, repetiría casi igual.

“Si muriera y volviera a nacer, volvería a ser boxeador, pues ya tengo el camino andado y son deliciosas las mieles del triunfo –explica-. Si volviera a nacer, volvería a ser el *Púas*, el cuatro veces campeón mundial... porque si el box no existiera, ¿se imaginan qué sería de mi vida? Con la agresividad que tengo, si el pugilismo no existiera, yo hubiera canalizado mi combatividad, por ejemplo, en un liderazgo gremial, en la política, en una curul y en la propia vida real, para no dejar que se atropellen mis derechos, ni los de los míos. Esa agresividad, en lugares donde abunda la injusticia, siempre hay forma de canalizarla. Gentes como yo han hecho las revoluciones. Si los caudillos no hubieran tenido un campo de batalla, hubieran escogido el ring para canalizar sus energías”.

Olivares ha ingresado a tres Salones de la Fama del Boxeo: al del Distrito Federal, que ya ni existe; al de Los Angeles y al de Nueva York, el más prestigiado y de donde lo invitan cada año “y me dan un trato de rey”: lo trasladan en limusina, viste de *smoking*, lo hospedan en buenos hoteles y come y bebe todo lo que desea.

“Me tratan con respeto, Mister Olivares para acá, Mister Olivares para allá...”

Por eso dice no pedir mucho cuando habla de que los pugilistas retirados deberían recibir un trato digno.

Habla entonces de su gran sueño: La Casa Hogar del Boxeador.

Es, dice, el lugar ideal: construida sobre un cerro, con mucho espacio alrededor, con casino, aeropuerto, campo de golf, con ex peleadores labrando la tierra y cuidando la granja, con su centro médico (“no Seguro Social, porque nos matan”), hasta con un zoológico, en algún lugar como Acapulco, Puerto Vallarta o Colima, donde sean autosuficientes y no tengan que mendigar nada a nadie.

--¿Y no crees que es un proyecto muy ambicioso?

--Sí, pero nos lo merecemos... y *pus* más se roban esos cabrones políticos...

“Si yo estoy necesitado, mis compañeros están más jodidos”, agrega el *Púas* e ilustra: “Los ex boxeadores no tenemos dinero, ningún ingreso, ninguna pensión, nada. Carecemos de servicios médicos... es más, no sabemos ni dónde le vamos a caer, porque ni para el panteón tenemos”.

Después de mucho buscarle por varios lados, el peleador logró, a fines de 2004, los permisos para crear la Fundación Rubén el *Púas* Olivares Asociación Civil.

Y entonces le cambió el mundo.

El día se le hace corto para buscar apoyo, en efectivo o en especie, para los ex boxeadores mexicanos.

“Ya tenía más de un año con esta idea de la fundación –recuerda--. Y estoy muy contento de que me la hayan dado, porque sólo se la dan a gente honesta. A mí podrán señalarme de todo. Ustedes (los periodistas) dicen que soy borracho y drogadicto, pero nadie podrá decirme que soy ratero. Muchos llevan más de 10 años pidiendo una fundación. A mí me la dieron fácil, sólo preguntaron tres veces si en realidad era para mí, para Rubén Olivares, para el *Púas*.”

Completa: “Está mal que yo lo diga, pero tengo el carisma para echarme a la bolsa a la gente. ¿Por qué? Porque soy un buen cabrón y no soy rata”.

A sus casi 60 años, el *Púas* se muestra más entusiasta y jovial que nunca.

--¡Necesito hacer muchas cosas! --expresa.

Además de construir un panteón exclusivo para ex peleadores, el *Púas* desea casarse otra vez para comercializar su boda y tener padrinos de todo: de viaje, de muebles, de carro...

Insiste, también, en la idea de vender su funeral.

“Imagínate: ¡cómo! ¿Ya se murió el *Púas*?, ¿a dónde le va a caer? Si quieren que le caiga con esta funeraria o con este panteón, ¿cuánto va a haber para el *Púas*?...”

Y es que dice que ya está harto, que ya se cansó de recibir sólo trofeos y diplomas.

Ahora, primero, “que le entren con una feria”.

Se queja: “Muchos han utilizado mi nombre y se paran el cuello, quedan bien con todos y además ganan una lana. Se dan su pose y dicen que ayudan al peleador, pero a mí nada más me dan trofeos y diplomas. Por eso a partir de ahora los homenajes sólo me interesan si le entran con un billete. Yo no como de homenajes”.

--¿Y no te asusta imaginarte ya en un ataúd?

--Quiero morirme porque quiero comercializarlo, porque después van a venir muchos abusivos, a ver qué estación de televisión quiere comercializar todo. Si no, no habrá permiso para que metan sus cámaras cuando yo me muera... que paguen el oro para el *Púas*, para sus deudos, para mis nietos, igual que a mis hijos, tengo que dejarles algo. Ahí ya tienen algunas cosas, como propiedades que he cambiado a sus nombres, pero que haya más.

--¿Cómo vislumbras tu ceremonia?

--Ya se murió el *Púas*... ¡eso va a ser un desmadre!

--¿No temes que crean que estás zafado?

--Van a decir que estoy loco, pero no, estoy pensando en la feria. No quiero homenaje, quiero la feria para gozarla, el dinero para poder morir tranquilo, a gusto. Si no, lo voy a hacer apurado. Sí tengo donde caerle por parte de la familia, pero no quiero ir a molestarlos.

Espera también dejar a su familia las regalías por la venta de su comic ‘Historietas del *Púas*: vida, peripecias y andanzas de Rubén Olivares’, que lo anda ofreciendo en varias editoriales, y por su disco con poesías urbanas, entre las que se encuentran El Merolico de la Bondonjo, el Lanzafuegos, Mi tierra Garibaldi y, la que más le gusta, El rey de la Bondonjo.

--¿Quién las compuso?

--Si te digo ni me vas a creer: me las dio Sergio Andrade hace muchos años, cuando tenía su oficina en Puente de Alvarado frente a la tienda Viana. Un día llegué como a las 10 de la mañana y ahí estaba Gloria Trevi con un abrigo de esos feos. Flaquita, bonita, güera. Eso fue hace como 15 años. Cada una tiene su autor. El las tenía y yo las memoricé.

--Años después, ¿cómo te sientes de tu carrera?

--Uhhh, me siento bien chingón. Hice una carrera recta y honesta. Es más, hasta creo que mi nombre le pusieron a una calle, allá en Naucalpan.

--¿Y las transas?

--La gente que se acerca al boxeador no sabe ni madres, pero ahí está, sólo para chingar.

--¿Los golpes son más duros arriba o abajo del ring?

--Abajo son más duros --responde y aprovecha para hablar de *El Rey de la Bondojo*, “una poesía que me compuso un cuate, que se llama C. Luis”.

Entonces el *Púas* jala aire, se entona y con solemnidad empieza a recitar:

“Y dice: estaba recordando solo y triste...”

## CITAS

- (1) **Olivares, Rubén.** Del infierno a la gloria, p. 14
- (2) **Barradas Osorio, Rafael.** El box fuera del ring, p. 96
- (3) **Andere, Antonio.** Memorias, p. 92
- (4) Esto, 20 de marzo de 1972
- (5) *Ibíd.*, 21 de marzo de 1972
- (6) *Ibíd.*, 21 de junio de 1975.
- (7) **Olivares, Rubén.** Op. cit. p. 13
- (8) Esto, 23 de junio de 1975
- (9) *Ibíd.*, 21 de septiembre de 1975
- (10) **Monsiváis, Carlos.** A ustedes les consta. p. 242-247
- (11) La Prensa, 23 de julio de 1977
- (12) **Olivares, Rubén.** Ob.cit. p. 116
- (13) *Ibíd.* p. 115
- (14) *Ibíd.* p. 74
- (15) *Ibíd.* p. 101 y 102
- (16) Esto, 22 de julio de 1979
- (17) *Ibíd.*, 12 de marzo de 1988.
- (18) *Ibíd.*, 13 de marzo de 1988
- (19) **Gómez Arias, Fernando.** El Siglo del Deporte, p. 146
- (20) Unomásuno, Del 22 de febrero al 5 de marzo de 1988
- (21) **Olivares, Rubén.** Ob.cit. p. 116
- (22) *Ibíd.* p. 85
- (23) *Ibíd.* p. 86
- (24) *Ibíd.* pp. 122-124
- (25) El Universal, 22 de febrero de 2002

## CAPITULO VI. JULIO CESAR CHAVEZ: EL DIOS DEL BOXEO

Le llamaron de todo: El *Matador* de Culiacán, El *Santo Patrón* de México, *Mister Nocaut*, El *Supremo*, El *César del Boxeo*, *Doctor Chávez*, El mejor libra por libra y algunos hasta lo calificaron, en sus días de esplendor, como El *dios* del boxeo.

Y es que Julio César Chávez no sólo ha sido el púgil mexicano con más éxito a nivel mundial, sino que con él todo fue a lo grande:

Sumó una fortuna calculada en casi 90 millones de dólares; fue el peleador consentido en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari; el primer mexicano en conquistar tres títulos mundiales en tres divisiones distintas; seis veces fue nombrado el mejor a nivel mundial, con lo que superó al inmortal Muhammad Alí; rompió el récord de asistencia para una pelea de box al ingresar a 136 mil 274 fanáticos al estadio Azteca; en varias de sus contiendas paralizó al país y fue vitoreado no sólo por los pobres que tanto siguieron a los ídolos boxísticos previos, sino también se ganó un lugar en la clase media y los ricos, los artistas y los políticos y, para su infortunio, entre los narcos...

Idolo creado por la televisión, criticaron algunos.

Mejores púgiles que él hubo varios, afirmaron otros.

Pero lo cierto es que nadie lo igualó en logros boxísticos, ni en ganancias, ni en movilizar a las masas que vieron en él al prototipo del mexicano triunfador, todo lo contrario de lo que había representado aquel primer gran símbolo del pugilismo, el *Chango Casanova*, “un campeón sin corona, un nacido para perder”.

Definió el escritor Juan Villoro: “Chávez no es un ídolo como el *Púas Olivares* o el *Ratón Macías*. Es el mejor boxeador que ha dado México pero carece de la picardía de los héroes populares. Algunos lo ven como un peleador oficioso que peregrina con demasiada fe a Los Pinos o a Televisa San Angel... sin embargo, lo que está fuera de duda es que se trata del único boxeador mexicano capaz de llenar el estadio Azteca”.<sup>(1)</sup>

Julio César tuvo una vida de novela:

Desde su nacimiento en un vagón de ferrocarril donde estaba hacinada su familia, hasta su vida de lujos en los que disfrutó de mansiones con decenas de coches a la puerta. Fue el publicista perfecto para todo tipo de productos, se dio el lujo de comercializar su propio sudor para crear un perfume y se le relacionó con las mujeres más hermosas de México, incluida la actual estrella del país en Hollywood, Salma Hayek.

Chávez tuvo mucho y de todo.

Así que su leyenda negra también fue enorme:

Enfrentó más demandas que peleas sobre el ring; su misma esposa lo acusó de alcohólico, drogadicto y golpeador; el ex procurador Jorge Carpizo lo interrogó varias veces porque presumía que estaba relacionado con el narcotráfico; confesó ser amigo de Francisco Arellano Félix, quien un tiempo fue promotor de boxeo y que inclusive lo acompañó al ring del estadio Azteca cuando era uno de los hombres más buscados en México y Estados Unidos; fue demandado por la Secretaría de Hacienda de fraude fiscal, por lo que los sueldos de sus últimas peleas –casi 7 millones de dólares— fueron utilizados para saldar su deuda.

Su estrella se apagó al finalizar el sexenio de Carlos Salinas de Gortari. Después pidió infructuosamente audiencias con Ernesto Zedillo y Vicente Fox, pero la magia de sus puños se había agotado.

Era un ídolo del pasado...

Ya en el retiro, fue acusado de traficar con visas a Estados Unidos y hasta de dar 500 mil dólares para el asesinato de Luis Donaldo Colosio, por lo que desesperado, soltó:

“Todo mundo piensa que estoy loco, que soy alcohólico, que soy drogadicto, que soy matón, que soy narcotraficante... Ya no aguanto, la neta. ¿Sabes qué voy a hacer mañana? Me voy a poner un balazo en la cabeza, la neta, al chile, dentro de la televisión y decirles miren cómo son injustos, son unos méndigos desgraciados...”<sup>(2)</sup>

“¡Maldito dinero!”, exclamó varias veces al atribuir sus males a los millones de dólares que ganó con base en los golpes, por lo que mejor le gustaba recordar



aquellos tiempos lejanos cuando jugaba en las vías del tren, cerca del vagón de ferrocarril donde nació, o cuando lavaba coches y vendía periódicos, o en los días en que vendía tacos de caguama en las playas de Culiacán y tenía 16 años y ni siquiera soñaba con ser, como lo llamaron algunos, el *dios* del boxeo.

### **6.1. Desde el vientre de mi madre**

Aun en sus tiempos de rico –cuando vivía en las lujosas residencias de Colinas de San Miguel, en Culiacán--, Julio César Chávez nunca ocultó su origen humilde.

Pero su pobreza, su nacimiento el 12 de julio de 1962 en un vagón de ferrocarril, fue utilizado después por Televisa y el Consejo Mundial de Boxeo para crear un auténtico melodrama en un video sobre su vida.

Las primeras imágenes de la película muestran a un Chávez triunfador caminando de la mano con sus hijos Julio César y Omar Alonso, en medio de unas vías de ferrocarril. Los dos siguieron la carrera de su padre y ahora los promotores y organismos sueñan: “la leyenda continúa”.

“Empecé a boxear desde que estaba en el vientre de mi madre –les cuenta Chávez a sus hijos--. Dicen que le reventé la fuente de una patada o de un golpe”.

--Será boxeador o futbolista --anticipó su padre Rodolfo Chávez Lizárraga, un ferrocarrilero retirado quien al no tener recursos para rentar una casa vivía con toda su prole en un vagón de tren, estacionado en las cercanías de Ciudad Obregón, Sonora.<sup>(3)</sup>

A Julio César no le fue difícil elegir la profesión: sus hermanos mayores, Rodolfo y Rafael, eran boxeadores. Además, a él desde pequeño le gustaron los golpes:

“Siempre he sido muy corajudo porque nunca me ha gustado perder. Desde chiquito siempre fui muy peleonero, la verdad, y a mí me nació el gusto por el boxeo cuando veía a mis hermanos”.

En busca de una casa donde vivir, Rodolfo Chávez e Isabel González decidieron emigrar con su familia a Culiacán y se establecieron en un barrio de pobres.

“Tuve una infancia con muchas carencias económicas –recuerda Chávez--. De niño trabajé vendiendo periódicos, lavaba carros, pintaba casas, levantaba cueros de res, hacía mandados... en fin, hice muchas cosas modestas para ganarme un centavo y ayudar a mi padre”.

A los 16 años, al iniciar la preparatoria, Julio César le pidió permiso a su mamá para probar suerte en el boxeo: “Le dije que me diera chance de un año y si me iba mal, regresaba a estudiar... y ya ven, ella sigue esperando que regrese a la escuela”.

Julio César fue llevado por sus hermanos al gimnasio de Ramón Félix, donde desde los primeros días empezó a destacar por sus notables cualidades boxísticas.

Su primera contienda, cosas del destino, fue ante una mujer.

“Formalmente, la primera vez que se puso unos guantes, relata el peleador, fue para intercambiar golpes con una niña, María del Pilar López, hermana de Juan Antonio, aspirante a peleador y amigo de Rodolfo Chávez. Todos iban al gimnasio Culiche, donde JC encontró su primer entrenador, Ramón Félix. Pero no peleaba en el gimnasio de este mánager, sino en la calle: ella, de 14 años y Julio de 11. Generalmente ganaba ella...”<sup>(4)</sup>

--¿Desde cuándo supiste que ibas a ser campeón?

--Desde que estaba chiquillo. Yo provengo de una familia muy humilde y cuando entré al box le dije a mi mamá que iba a ser campeón del mundo y que le iba a hacer su casa. Afortunadamente sí le pude cumplir esa promesa.

En 1979, Julio César ganó el torneo Los Guantes de Oro, de Culiacán, y un año después empezó en el profesionalismo.

“Casi no tuve adolescencia, porque tenía que dedicarme a pelear”, recordaría años después como el precio que tuvo pagar para empezar a abrirse paso en la vida con base en puros golpes.

Pero su destino ya estaba marcado.

El 5 de febrero de 1980 debutó como boxeador profesional Julio César Chávez González, un nombre que tan sólo cuatro años después empezaría a ser conocido por los aficionados.

*JC*, como le llamaría la prensa especializada en sus tiempos de grandeza, se presentó con el sello de la casa: noqueó en seis asaltos a Andrés Félix, en Culiacán, en el inicio de una carrera deslumbrante.

Su primer sueldo fue de 2 mil 500 pesos, mucho dinero para el todavía adolescente, que siguió peleando en el norte del país: Guamúchil, Culiacán, Tijuana, Mazatlán y Hermosillo, y en algunas ciudades de Estados Unidos: Sacramento y Los Angeles.

En una de esas contiendas, la número 12, se presentó una situación polémica que lo perseguiría durante muchos años. Algunos registros boxísticos indican que sufrió su primera derrota el 4 de marzo de 1981, al ser descalificado en el primer round. *JC* noqueó a Miguel Ruiz cuando sonó la campana de ese asalto y el réferi consideró que el golpe se había producido después, por lo que declaró ganador a Ruiz.

El mánager Ramón Félix protestó la decisión con el argumento de que iban a perjudicar la prometedor carrera de su joven pupilo. Al día siguiente, la Comisión de Box de Culiacán anuló el fallo del réferi y declaró a *JC* ganador del combate.

Con el dinero ganado en esas primeras batallas, todavía muy lejos de los miles de dólares que le llegarían después, Julio César pudo cumplir el que podría definirse como el máximo sueño de los boxeadores: comprar una casa para su mamá.

### **6.1.2. Una auténtica máquina de pelear**

A los cuatro años de haber debutado, cuando sumaba 43 batallas sin derrota (40 nocauts y 3 triunfos por puntos), *JC* recibió la oportunidad de disputar un título mundial.

Además de su récord triunfal, poco se sabía de ese joven sonoreense de 22 años.

Así que el jalisciense Mario Martínez era el favorito para retener su campeonato superpluma del CMB.

“Fue una pelea muy dura –evoca Chávez al hablar de aquel momento--. Nadie creía en mí, nadie me conocía. El *Azabache* era el campeón, el conocido, el favorito”.

Pero ese 13 de septiembre de 1984, en Los Angeles, Julio César ofreció una de sus mejores exhibiciones.

Aquella noche, Chávez maravilló a los aficionados y a los expertos.

“Julio César es un boxeador certero, que sabe medir las distancias, que maneja las manos con perfecta sincronía –relató Jorge *Sony* Alarcón durante la transmisión, cuando sus combates todavía se podían ver en televisión abierta y no en Pago Por Evento--. Está realizando un bombardeo terrible, un cañoneo salvaje e implacable y ya le tiene destrozado el rostro al *Azabache*. Julio César es una auténtica máquina de pelear”.<sup>(5)</sup>

Chávez, en efecto, se reveló entonces como un gran boxeador, certero al ataque y con buena defensa. Después de 8 vibrantes episodios, en los que vapuleó sin piedad a su rival, conquistó su primer cetro.

Un gran campeón había nacido.

Y se le abrió el mundo del boxeo.

También, el de la vida: unos días antes de su duelo ante el *Azabache*, Julio César se había casado con Amalia Carrasco, quien le daría tres hijos varones. “Pero en la luna de miel no hubo nada de nada porque no me dieron tiempo... me estaban localizando para la pelea contra el *Azabache*”, recuerda sonriente.

Conoció a su esposa en la playa, vendiendo tacos de caguama: “Ella vendía en una carreta y yo en otra. Yo tenía 16 años y ella 14, pero yo dejé de verla después porque me fui tres años a radicar a Tijuana. Entonces, cuando volví, fue cuando le tiré los perros”.

Como campeón, Chávez conoció entonces las ciudades más deslumbrantes del mundo: Las Vegas, París, Nueva York, Montecarlo, Nimes...

Pero lo más importante para él, todavía, era el deporte.

Con disciplina, juventud y su gran potencial boxístico, realizó nueve defensas de su campeonato.

Nueve retadores cayeron ante el poder de sus puños.

La descripción de las contiendas es del propio Chávez.

Rubén Castillo “era un boxeador muy experimentado, pero le pude ganar en seis”.

Ante Roger Mayweather vio por primera vez el fantasma de la derrota. “En el primer round me pegó un derechazo que me borró el casete por completo y sentí que estaba en Culiacán y no en Las Vegas. Ahí sentí que podía perder, por eso cuando lo tuve ya no lo solté”.

Chávez –definido entonces como “una fiera al acecho”-- se lanzó con todo sobre Mayweather, un negro estadounidense que lo superaba en alcance y estatura, y lo noqueó en dos episodios.

Contra Dwight Pratchett tuvo que llegar a los 12 rounds, pero el retador pagó el precio: “Quedó bastante golpeado. Ahí se acabó su carrera”.

Combatió por primera vez en Europa el 15 de mayo de 1986. “El argentino Faustino Barrios no representó un mayor problema, pero esa pelea me sirvió para conocer París, una ciudad hermosa”.

Ante Refugio Rojas realizó su presentación en el Madison Square Garden de Nueva York, considerada la catedral del boxeo mundial. “Ya empezaba yo a batallar mucho con el peso, me daba mucho trabajo dar los 59 kilos. La pelea no fue muy dura, ya que lo vencí en 7 rounds”.

Sus problemas para dar el límite de la división superpluma aumentaron en su sexta defensa.

“Ya era algo horroroso dar el peso. Recuerdo que duré dos días sin comer ni tomar agua”, así que no disfrutó los lujos de Montecarlo y se fue a los 12 rounds para imponerse a Rocky Lockridge.

Al enfrentar a Juan Laporte, el 12 de diciembre de 1986, Chávez se convirtió en el primer púgil mexicano en presentarse dos veces en el Madison Square Garden. Otra vez *JC* necesitó la ruta larga para retener su corona. “Fue una batalla soberbia”, resumió el comentarista *Sony Alarcón*.

Su fama atrajo todo tipo de personajes, entre los cuales llegó Angel Gutiérrez, a quien se le vinculaba con el tráfico de drogas.

“En abril de 1987, antes de la octava defensa de su corona mundial pluma celebrada el día 7 en Nimes, Francia, ante el brasileño Francisco Da Cruz, Julio César pagó 50 millones de pesos a su mánager Ramón Félix para recuperar su contrato y nombrar como apoderado a Angel Gutiérrez... el 7 de mayo siguiente se esparció la noticia de que Gutiérrez había sido detenido en California por ‘importación ilegal de sustancias controladas’: marihuana, concretamente. Incluso el campeón lo visitó durante su breve estancia en prisión”.<sup>(6)</sup>

El nuevo apoderado boxístico de *JC* compró también el contrato de 25 púgiles, con lo que “continuaron las sospechas de que se trataba de un ardid de Gutiérrez, una maniobra para *lavar dinero* que obtenía de la venta de la ‘mercancía’ que enviaba a California”.<sup>(7)</sup>

Aconsejado por José Sulaimán y Don King –quien finalmente se quedaría con el contrato--, *JC* rompió relaciones con Gutiérrez y éste después se quejaría amargamente del púgil.

“Chávez ha sido el capítulo más caro de mi vida. Yo le enseñé a vestir como gente decente, le compré trajes. En su vida se había puesto un *smoking*, lo hospedé en los mejores hoteles; lo saqué del mugrero al que llegaba al Distrito Federal (refiriéndose a que Chávez se alojaba en el antiquísimo Hotel Virreyes), le enseñé a comer manjares y no fritangas; le regalé oro y le pagué un contrato millonario y ¿todo para qué? Mírame, ahora estoy tronado, a la espera de que se digne aceptar firmar para una pelea bajo mi promoción”. Angel Gutiérrez era entonces prófugo de la justicia estadounidense, tras obtener su libertad condicionada (en San Diego) cosa que no respetó.<sup>(8)</sup>

Chávez se liberaría de su apoderado incómodo el 25 de mayo de 1993: Angel Gutiérrez fue acribillado a tiros, en la avenida Kukulkán de Cancún, en un hecho que la policía atribuyó a un ajuste de cuentas del narcotráfico.

El reconocido periodista Jesús Blancornelas publicó: “Angel Gutiérrez García, ex karateca muerto en Cancún, Quintana Roo. Se dice que la muerte de Gutiérrez García fue ordenada por el CAF (Cartel de los Arellano Félix) al abandonar la organización y aliarse con Ismael *El Mayo* Zambada García, del

cártel de Juárez. La ejecución fue planeada y realizada por el narcojunior Gustavo Miranda Santacruz, el *Tavo Tortas*".<sup>(9)</sup>

En el aspecto boxístico, luego de vencer fácilmente a Da Cruz en tres rounds, Chávez realizó en Tijuana su novena y última defensa del cetro superpluma y comprendió por qué en el boxeo no existe la palabra piedad.

“Esa vez rompí récord, ya que asistieron más de 20 mil aficionados al Hipódromo de Tijuana. A Danilo Cabrera lo pude noquear en el primer round, pero lo perdoné. Después me lastimé la mano y ya casi no podía pelear. Ahí me di cuenta que el peleador que perdona se le va la liebre”.

Fueron tres años de exprimir al cuerpo, pero Chávez todavía tenía un espíritu de guerrero.

“Fue bastante difícil mantenerme como campeón, porque debe uno concentrarse para entrenar y alejarse de la familia durante dos meses. Los sacrificios son levantarte a las 5 de la mañana para correr y luego boxear por la tarde. Es entrenar unas tres horas todos los días, pero los sacrificios sí valen la pena”.

Chávez era ya un gran campeón, pero sus sueldos todavía eran de un boxeador modesto.

El periodista Armando Zenteno, quien vivió de cerca esa época de Chávez, calculó en unos 60 mil dólares sus ganancias promedio por cada duelo titular.

Así, *JC* sumaba en total un beneficio cercano a los 600 mil dólares. Nada mal para un joven de 25 años, pero poco para un monarca de nivel mundial.

Las bolsas grandes llegaron al subir al peso ligero.

Y una figura empezó a destacar cada vez más cerca del ascendente campeón.

Pelos parados –“Dios así me los puso una mañana que me levanté”--, relucientes joyas sobre los finos trajes, dientes blancos que resaltan en la piel negra, carcajadas estridentes y una voz como de micrófono, Don King le ofreció 800 mil dólares por enfrentar al puertorriqueño Edwin Rosario, apodado *Chapo*.

Rosario era el campeón de peso ligero de la AMB. Veloz de piernas y manos, certero en el golpeo, hablantín, era el rival ideal para que *JC* ratificara sus cualidades.

Y el mexicano brindó otra gran contienda.

“La agresividad de Julio César ha llevado contra las cuerdas al *Chapo* Rosario –reseñó un emocionado *Sony Alarcón*--. Es implacable, incontenible la ofensiva de Julio César, lo ha penetrado por todos los ángulos y ha lacerado el rostro y la zona blanda del *Chapo*, quien no encuentra una cuerda por donde escapar. El *Chapo* ha tratado de oponer resistencia con un corazón enorme, pero Chávez está empecinado, encelado... el *Chapo* tiene el pómulo izquierdo inflamado y los ojos casi cerrados. Es una pelea tremenda y Julio César ha tenido que sacar todo lo grande que tiene como boxeador, como esgrimista, como fajador ante un adversario tremendo. ¡La situación del *Chapo* es dramática, es increíble que todavía esté de pie...!”<sup>(10)</sup>

Chávez, admitiría después, lo golpeó con odio.

“Por primera vez sentí coraje contra un peleador –aceptó--. El se había portado muy grosero, muy hablador y por eso le dí una paliza. Me dijeron que tenía una foto mía en una cubeta con hielo, supuestamente para que subiera yo engarrotado. Y aquí empecé a usar una cinta roja para ahuyentar los malos espíritus, además de que me dijeron que el *Chapo* se iba a espantar cuando viera la cinta. Yo soy muy católico, no creo en esas cosas, pero me puse la cinta y el *Chapo* sí se espantó”.

Chávez ganó por nocaut en once asaltos, consiguió su segundo campeonato mundial y empezó a usar esa cinta roja que después le daría a ganar dinero.

Y la señora Isabel González –quien presume ser hija de una princesa del grupo indígena seri— recuerda que esa batalla ante el *Chapo* la observó por televisión, en Culiacán, en compañía del entonces precandidato presidencial priísta Carlos Salinas.



### 6.1.3. El boxeo en la disco *Frankie Oh*

JC triunfaba sin problemas arriba del cuadrilátero, pero abajo se le relacionó otra vez con un ambiente muy distinto al deportivo.

Cuenta Armando Zenteno en su libro *Grandezas y miserias*: “A mediados del mes de mayo de 1988, apareció en los gimnasios de México un personaje cuyo nombre iba a dar la vuelta al mundo, pero no por sus actividades de promoción boxística, sino por su vinculación con el narcotráfico y con la muerte del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. Nos referimos a Francisco Arellano.

“Arellano se presentó en el gimnasio Nuevo Jordán de la ciudad de México, al lado de Julio César Chávez, para anunciar y de hecho promocionar una pelea a 10 episodios entre el púgil nacido en Cócori, Sonora, y el ex campeón mundial superpluma Rafael *Bazooka* Limón. El pleito, se dijo, tendría efecto en la discoteca *Frankie Oh*, localizada en el puerto de Mazatlán, Sinaloa”.

No sería la única vez que combatiría en esa disco.

“Al año siguiente —añade Zenteno— Arellano volvió a presentar a Chávez, ahora contra Ramón Aramburu y todavía hubo otra más en noviembre de 1990, llevando como rival a Jaime Balboa. Esta es la famosa relación que Julio César siempre ha negado y que asegura no ha ido más allá de realizar negocios boxísticos y tomarse unas fotografías”.

Zenteno cita un reportaje de la revista *Cómo*, de enero de 1991. “En febrero de 1990, Chávez recibió en su casa ubicada en las calles Tlaxcala y Churubusco, en la colonia Morelos de Culiacán, al narcotraficante Francisco Arellano, quien le propuso sumarse a un grupo de promotores turísticos y de centros de diversión de Mazatlán, Sinaloa, quienes entre otros de sus eventos celebraban el conocido como ‘Señorita Bikini Internacional’, y que servía para elegir a las mujeres más bellas de la entidad, que posteriormente seleccionadas formaban parte del clan de Arellano y Chávez en sus fiestas particulares”.

“En la negociación —añade la revista— se habló de la construcción de un hotel en Mazatlán, así como de un conjunto de villas para huéspedes distinguidos

con una inversión inicial de 10 millones de dólares, negocio en el que participaban Francisco Arellano y Julio César Chávez como socios. Tiempo después ambos personajes adquirieron cinco hectáreas, incluyendo unos 300 metros de playa en la Avenida del Mar conocida como el Malecón. El contrato de compra-venta y la protocolización de la sociedad anónima se realizaron en secreto ante una notaría pública que no corresponde a la jurisdicción del estado de Sinaloa”.

Más: “El 20 de enero de 1990, Julio César Chávez acudió a Mazatlán para colocar la primera piedra del que sería el majestuoso hotel denominado JC Palace y que estaba diseñado para competir con los de mayor lujo de Las Vegas; incluso se pensaba montar peleas de corte internacional con el financiamiento de Don King. Observadores y analistas, sin embargo, consideraron que con estas inversiones sólo se trataría de aparentar el comienzo de un negocio multimillonario en donde sería difícil comprobar los verdaderos ingresos y egresos para *lavar dinero* proveniente de los estupefacientes. Y para sustentar su tesis se realizó una búsqueda”.

“La investigación llevada a cabo destaca de manera muy significativa que tres semanas antes de su pelea ante Ramón Aramburu, que tuvo lugar el 27 de octubre de 1989 en la discoteca *Frankie Oh*, Chávez se reunió hasta en seis oportunidades con el capo del narcotráfico conocido como Manuel Salcido, el *Cochiloco*, quien fue muerto tiempo después. Las reuniones tuvieron lugar en la discoteca *Frankie Oh*, propiedad de Francisco Arellano, bajo las más estrictas medidas de seguridad otorgadas por una veintena de hombres bien armados. El reportaje revela que Chávez entró en negocios con Félix Gallardo y con Manuel Salcido por la vía de Francisco Arellano”.

“La Procuraduría General de la República tuvo conocimiento de todas estas acciones y sin embargo no realizó acción alguna de investigación y para la gente le era difícil explicarse cómo Chávez gozaba de una total protección y por lo mismo de impunidad a toda prueba”.<sup>(11)</sup>

La “protección e impunidad” que tenía Chávez, consideró Zenteno, se explicaría tres años después, cuando *JC* y la magia de la televisión hicieron

ingresar a más de 136 mil fanáticos al estadio Azteca: su cercanía con Joseph Córdoba Montoya, el poderoso asesor del presidente Salinas.

#### **6.1.4. El primero en ganar tres cetros**

Su siguiente duelo importante después de vencer al *Chapo* Rosario fue ante su amigo de gimnasio José Luis Ramírez, para unificar los títulos ligeros AMB y CMB, el 29 de octubre de 1988.

*JC* pudo ganar en los primeros rounds, pero otra vez se apiadó de su rival.

“Es de las peleas donde me he sentido mal, porque iba a enfrentar a un compañero de muchos años. José Luis tenía mayor experiencia, era muy valiente y aguantaba muchos golpes. En el round 11 hubo un choque de cabezas accidental, él ya no pudo seguir por la cortada y gané porque iba adelante en las tarjetas de los jueces, pero ninguno quedó conforme, hubo mucha controversia por ese cabezazo”.

De cualquier manera, más allá de la polémica, Chávez se embolsó un millón de dólares.

De inmediato, sin realizar ninguna defensa de sus títulos, Chávez ascendió de categoría.

En busca de su tercer título mundial en divisiones distintas, retó a su viejo conocido Roger Mayweather, monarca superligero del CMB.

“Ese no era mi peso real, pero yo quería ser el primer mexicano en ganar tres títulos mundiales, quería realizar algo histórico. Además, se decía que él era el verdugo de los mexicanos, porque les había ganado a ocho seguidos”, expresó *JC*, quien enfrentó a un contrincante que lo superaba en estatura y alcance.

El mexicano ya lo había vencido en dos rounds, pero esa vez necesitó de once para derrotarlo. Sin embargo, su superioridad fue manifiesta y Mayweather se quedó sentado en su banquillo, con un tajo de casi tres centímetros en el párpado izquierdo y el espíritu doblegado.

“A través de los rounds me le fui acomodando y ya no pudo salir a pelear porque estaba muy lastimado”, recordó *JC*, quien todavía fue a la esquina del estadounidense y lo retaba a que siguiera combatiendo.

Como festejo, Chávez alzó el brazo y, en un ademán significativo de por qué había ganado, se tocó la entrepierna.

“Chávez está diciendo: lo vencí a base de pantalones”, expresó el comentarista Alfonso Morales.

Fue un triunfo total.

No sólo conquistó su tercer título, sino aprovechó la oportunidad para acercarse al poder: le regaló al presidente Salinas su cinturón de campeón y los guantes que utilizó ante Mayweather.

Eran mediados de 1989.

El boxeador empezaba a probar el sabor del triunfo y el dinero.

*JC* realizó después una defensa de su cinturón, en Las Vegas, al imponerse a Sammy Fuentes el 18 de noviembre.

Dos días después, participó en el desfile deportivo y se le relacionó otra vez con Francisco Arellano Félix.

Narró el periodista Jesús Blancornelas:

“El presidente de la República debió alzar los brazos para saludar a su campeón. Estaba en el balcón principal de Palacio Nacional, trajeado, sonriente. Me lo imagino emocionado. Ya tenía buen rato viendo el desfile del 20 de noviembre; era 1989. Abajo, rodando en un hermoso convertible, sentado atrás y en medio el monarca Julio César Chávez. Seguramente saludó con mucho entusiasmo a su presidente, a su amigo, a su apoyo.

“El presidente Salinas de Gortari estaba encantado con las victorias de Julio César; por eso el monarca era recibido en Los Pinos tantas veces y como nunca antes deportista alguno. Julio César debió alzar su mano derecha para saludar al presidente con el mismo regocijo con que la levantaba en el centro del cuadrilátero en señal de victoria. Casi nadie se fijo quién acompañaba al campeón; me imagino que a pocos debió interesarle...

“Pero uno de sus acompañantes era de los más buscados por la policía en el país y el extranjero: Francisco Rafael Arellano Félix, dueño de discotecas en Mazatlán, dinero de sobra por obra y gracia del narcotráfico, hermano de los hombres más crueles de los últimos años.

“El otro acompañante de Chávez era muy conocido en Tijuana: Angel Gutiérrez, excelente karateca, apuesto, con tipo de artista. Aparecía oficialmente como representante del monarca; es más, varias veces estuvo atendiendo en la esquina del cuadrilátero. No era de adorno; sabía bien qué y cómo hacer. Pero era de los hombres fuertes también del cártel Arellano Félix. Allí estaba al lado de Julio César, tan tranquilo; quién lo viera. Agentes federales le capturaron tratando de cruzar a Estados Unidos con varios kilos de cocaína. Y en ese noviembre de 1989, apenas meses atrás se escurrió de la chirona gringa. Se regresó a territorio mexicano. Allí estaba, al lado del campeón.

“Gozaron el momento. Imagínese, lo máximo, ni siquiera se lo esperaban; son momentos que jamás volverán. Julio César perdió fuerza y fama, Francisco está prisionero y Angel fue ejecutado en Cancún.

“Con datos tomados de la declaración de Alejandro Hodoyán Palacios ante el Ministerio Público Federal en 1997”.<sup>(12)</sup>

En le terreno boxístico, después de 67 contiendas profesionales, Chávez finalmente debutó en la capital del país.

“Me sentí muy contento de pelear en la ciudad de México”, expresó sobre su victoria ante el argentino Alberto Cortés.

Su presentación en el DF, sin embargo, no era el único motivo de felicidad para el sonoreense.

El periodista Armando Zenteno cuenta una “anécdota inédita” sobre esa contienda:

“Días antes del pleito, Chávez recibió una llamada telefónica presidencial. La mamá del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari quería conocerlo personalmente. Tanto ella como su esposo, Raúl Salinas Lozano, eran devotos del boxeo. Sus hijos siendo adolescentes fueron entrenados por Luis Villanueva

Páramo, *Kid Azteca*. Al efecto, Chávez acudió a la casa de la señora, ahora ya fallecida.

“Cuando se dio el encuentro, la madre del ex presidente tras darle sus felicitaciones y mostrar su admiración por el campeón mundial, le comentó:

--¿Para cuántos rounds te gusta este argentino Alberto Cortés, Julio?

--Todas las peleas son difíciles, señora, pero le prometo que lo voy a noquear --comentó Chávez en medio de una risa nerviosa.

--Julio, me gusta para que le ganes en tres rounds.

Chávez se limitó a sonreír.

“Como se recuerda, Julio César tuvo la posibilidad de noquear en el segundo asalto a Alberto Cortés, luego de que lo depositó en la lona. Sin embargo, recordando las palabras de la madre de Carlos Salinas, lo dejó vivir a propósito, pero ya en el tercer episodio lo noqueó, complaciendo así el pronóstico de la anciana, lo que le redituó un sinnúmero de favores en el futuro por parte del ex presidente”.<sup>(13)</sup>

Entre esos favores, Zenteno detalla: “De acuerdo con los registros, fueron más de veinte las ocasiones en que se reunió con el presidente de la República... fue Carlos Salinas de Gortari, quien girando instrucciones al entonces secretario de Petróleos Mexicanos, Francisco Rojas, ordenó se le otorgaran varias concesiones para el establecimiento de estaciones de gasolina... el avión presidencial (Chávez) lo tuvo prácticamente a su disposición las veces que lo requirió y la puerta de la residencia oficial de Los Pinos se abría a su paso en cuanta ocasión así lo quiso. Justo Ceja, el secretario privado de Carlos Salinas, estaba a sus órdenes para solucionarle cualquier problema de la índole que éste fuera”.<sup>(14)</sup>

#### **6.1.5. A dos segundos de la derrota**

El mexicano enfrentó entonces la que puede considerarse como su contienda más dramática, el 17 de marzo de 1990.

El Trueno contra El Relámpago se le llamó a su duelo frente a Meldrick Taylor, campeón superligero de la FIB. Más allá de las acostumbradas exageraciones publicitarias, el título sí era el reflejo de una batalla entre dos púgiles invictos: la contundencia de Chávez ante la velocidad de Taylor, ganador de medalla de oro en los Juegos Olímpicos de Los Angeles 1984.

El mexicano propuso la pelea, pero sus golpes se perdían ante la rapidez de su rival. Taylor, con técnica y velocidad, golpeaba a placer el rostro de Chávez.

Los comentaristas televisivos no daban crédito a lo que sucedía en el ring del hotel Hilton de Las Vegas: “Es una pelea tremenda para Julio César. Taylor se ve poderoso, en plenitud de facultades, con una enorme velocidad de puños, además tiene unos dorsales impresionantes, casi parece un peso welter”.

Para el noveno episodio, los periodistas estadounidenses tenían a Taylor con una ventaja de 4 puntos, mientras los analistas mexicanos lo veían más dramático: Meldrick ganaba por 6 o 7 puntos.

“Es una pelea de intenso dramatismo para Julio –reseñó *Sony Alarcón*--. Jamás se había enfrentado a un rival de la potencia, talla y calidad de Taylor. Julio se siente abajo en las puntuaciones y está haciendo un esfuerzo enorme por ir al frente. Es el round número 10 y se está diluyendo la calidad de invicto de Julio César, nunca se había visto como le metían las manos. Taylor parece una ametralladora y la gente lo impulsa”.

Antes de iniciar el último asalto, en la esquina del mexicano imperaba la desesperanza.

--¡Julio, estás muy parado, tienes que moverte más, tienes que pelear por tus hijos, por tu madre, por tu familia! --le decía el entrenador español José *Búfalo* Martín.

--¿Y por mí por qué no? --soltó un también desesperado Julio César al escuchar la doceava campanada.

“Es el round número 12 y Julio César sólo noqueando puede ganar”, advirtió la voz nerviosa de *Sony Alarcón*. “Meldrick está boxeando a la distancia, confiado en su ventaja en las tres tarjetas de los jueces, tiene el ojo izquierdo casi cerrado, pero ya empezó a hacer un poquito de payasadas”.

Chávez atacó con lo que le quedaba, arrinconó al estadounidense y, cuando faltaban escasos segundos para que terminara la pelea, lo tumbó con un sólido derechazo a la quijada.

Taylor se levantó tambaleante a la cuenta de cinco, el réferi Richard Steele siguió dándole la cuenta de protección y --cuando sólo quedaban dos segundos en el cronómetro oficial y cinco en la transmisión televisiva--, determinó que el estadounidense ya no podía seguir peleando.

Sony Alarcón gritó: “¡Qué pelea tan dramática! ¡Qué triunfo casi-casi de película de espanto!”.<sup>(15)</sup>

Victoria agónica. Victoria polémica.

Taylor y su equipo consideraron que el réferi debió dejar que terminara la pelea, para irse a las puntuaciones de los jueces, donde el estadounidense tenía amplia ventaja en dos tarjetas, 108-101 y 107-102, mientras que sólo uno le daba la victoria al mexicano, por apretado 105-104.

Richard Steele se defendió: “Le pregunté a Taylor si estaba bien y no obtuve respuesta. Yo no estaba al pendiente del reloj, yo miraba sólo a un hombre que no podía seguir peleando”.

“¿Quién no se acuerda de esa pelea?” --preguntó Chávez.

“El era un gran boxeador, había sido olímpico y me estaba ganando con su velocidad, pero realmente me concentré mucho en el último round. Después a mí me dio pena por Meldrick, porque estuvo hospitalizado luego de la pelea y durante 4 días estuvo orinando sangre, además de que tenía una fractura”.

Taylor, en efecto, fue llevado al hospital, donde lo atendieron de una fractura en el hueso de la cavidad ocular izquierda, un labio reventado y una severa deshidratación.

Chávez, además de defender su cetro CMB y conseguir el título superligero de la FIB, se embolsó dos millones de dólares. El beisbolista Fernando Valenzuela y Juan Gabriel asistieron a la contienda, mientras que *JC* festejó el triunfo con Manuel Mijares, quien había cantado el Himno Nacional.

A pesar de los títulos mundiales, el récord invicto y el dramatismo de la batalla ante Taylor, *JC* seguía sin entrar totalmente en el ánimo popular.



También realizó duelos sin mayor trascendencia.

Ante al coreano Kyungduk Ahn, al que le ganó en tres rounds, “no hay mucho que decir”.

Contra el estadounidense John Duplessis, “un muchacho que iba invicto, que se decía que me iba a ganar porque era bastante hábil y se movía muy bien, pero realmente fue una pelea fácil” y lo noqueó en 4 asaltos.

Después enfrentó a Lonnie Smith, al que califica de “bastante bocón y correlón”, y estuvo a punto de suspender la contienda por una lesión en el tobillo derecho “y creo que por eso me llegó hasta los 12 rounds”.

Llenó el Toreo de Cuatro Caminos para su pleito ante el puertorriqueño Angel Hernández, a quien venció sin mayores complicaciones en 4 episodios. “Era un peleador invicto, zurdo, muy mañoso, pero poco a poquito me fui acomodando y lo pude noquear”.

Y el estadounidense Frankie Mitchell “no resultó tan león como se esperaba y lo noqueé también en cuatro”.

Eran mediados de 1992 y Chávez tenía ya un récord de 81 peleas sin derrota. Los aficionados reconocían su calidad, pero estaba muy lejos del arrastre que había distinguido a los ídolos de antaño.

La gran oportunidad le llegaría en el mes patrio.

## **6.2. *Macho* Camacho: la consagración**

Después de mucho tiempo de duelo verbal –“lo estuve buscando durante seis años”, afirmó *JC--*, finalmente se pactó la confrontación ante el hablantín Héctor Camacho.

El puertorriqueño hacía honor a su apodo de *Macho*: bravucón, estrafalario, retador, él mismo creó una gran expectación. Para él, no sólo era un choque entre dos boxeadores, sino una cuestión nacional.

El *Macho* buscó vender la contienda no como un desafío Chávez-Camacho, sino como un enfrentamiento México-Puerto Rico.

El nacionalismo en dos guantes de boxeo.

Y lo logró.

Semanas previas el encuentro la expectación era enorme.

En pocos días se agotaron los 19 mil 100 lugares del Thomas and Mack Center, de Las Vegas, y en Estados Unidos la señal del combate fue contratada en unos 800 mil hogares, una cifra sólo alcanzada en el peso completo.

El 26 de agosto, Chávez visitó en Los Pinos a su “amigo” Carlos Salinas de Gortari: “La pelea contra el *Macho* es la más importante de mi carrera y por eso vine a dedicársela personalmente. Creo que le caigo bien al presidente, además de que es un gran deportista y le gusta el boxeo”.<sup>(16)</sup>

En México esta contienda marcó el inicio de una nueva modalidad: el pago por evento.

Hasta antes de este combate, el boxeo se transmitía por televisión abierta. Sin embargo, *JC* llevó el deporte de los pobres a un nivel más exclusivo: no sólo se tenía que contar con sistema de televisión de cable, sino pagar una cantidad extra.

Así, cientos de bares y restaurantes fueron lugares obligados de reunión para ver el duelo. Los auténticos aficionados, que cada sábado asistían a las modestas arenas capitalinas, encontraron refugio en la México.

Quince mil aficionados, que gustaban del boxeo pero no tenían para viajar a Las Vegas, se reunieron en el viejo inmueble de la colonia Doctores y vivieron la pelea como si estuvieran en la ciudad del juego: abuchearon al odiado rival y aplaudieron al mexicano.

Diría Chávez: “Esa fue la culminación de mi carrera. El *Macho* fue bastante bocón, yo ya tenía seis años buscándolo. Donde quiera que iba, él me insultaba. Había mucha controversia por saber quién era el mejor. Todo México, todos los mexicanos, querían esa pelea y que le diera una paliza...”

Chávez, basado en sus cualidades y en una gran condición física, llegó al momento cumbre de su carrera: 12 de septiembre de 1992.

Una vez que Vicente Fernández mal entonó el Himno Nacional, al *Macho* se le quitó lo retador: se dedicó a correr, con la única consigna de terminar de pie la contienda.

La narración de *Sony Alarcón* fue elocuente: “Héctor Camacho confía en su velocidad de piernas y en su boxeo a la distancia para mantenerse lejos de los cañones de Julio César. La presión del mexicano es intensa, consciente de que es la única arma para detener la constante fuga del *Macho*”.

La superioridad de *JC* era abismal y para los asaltos finales no había ninguna duda de quién sería el ganador.

“El *Macho* tiene ya la cara tumefacta por los golpes de Julio César – apuntaba el cronista--. Ya está destrozado anímicamente y va hacia atrás, sabiendo que es imposible detener a esa máquina de pelear que es Julio César. Debido al castigo a la zona blanda, el *Macho* ya no tiene piernas para salir y bastante hace con permanecer de pie todavía. Julio César le está haciendo hoy tragar palabra por palabra a este hablantín todo lo que dijo y que no está comprobando”.

En los últimos rounds, el rostro magullado del *Macho*, quien tenía el ojo izquierdo casi cerrado, era una muestra clara de lo que había sucedido.

El locutor televisivo transmitía su emoción a millones de mexicanos: “El *Macho* tiene el mérito de mantenerse en pie frente a una máquina demoledora, ya no tiene más defensa que esa resistencia increíble y se abraza desesperado en los últimos momentos de la pelea. Julio César está ratificándose como el mejor peleador del mundo kilo por kilo”.<sup>(17)</sup>

Las puntuaciones de los jueces tampoco dejaron lugar a dudas: 120-107, 117-111 y 119-110 a favor del sonorense.

“Hice una gran preparación porque no le podía fallar a México –expresó Julio César--. Y debo reconocer que fue más *Macho* en la derrota que antes”.

Y es que el puertorriqueño declaró: “Nadie me había pegado tanto. Su fuerte físico lo convierte en un boxeador invencible”.

El periodista Carlos Rivero, quien ingresó a la fiesta privada del triunfo, narró en el diario *Unomásuno*:

“Cantina abierta, comida por kilos y música para festejar.

“Es ya la madrugada y la alegría se desborda en uno de los grandes salones del Hilton.

“Es presagio de *reventón*, de dar rienda suelta a lo prohibido y quitarse las ataduras que obligaban a un buen comportamiento.

“Hoy, Julio César y Héctor *Macho* Camacho comparten... es el *Macho* quien primero ha dado rienda suelta a su diversión. Baila con lentitud, pero sensualmente, una pieza de música disco...

“Chávez será el último en entrar a la gran fiesta, al gran reventón. Ha bajado de su suite, la 851, acompañado de todo su grupo y gente que siempre rodea a un campeón, a un ganador, como las rémoras a los tiburones...

“Es el momento del festejo, como tanto le gusta hacerlo a Julio César. Sin inhibición. Hará lo que quiera y mande, al fin que ya cumplió.

“Momentos antes, en su suite, ha recibido la llamada del presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, a quien dedicó la pelea. Ha sido una llamada de unos 20 minutos, según confía su mánager Cristóbal Rosas...

“La música sigue y sigue como la canción compuesta a Julio César a ritmo de rock que dice así: ‘Un caballero sí señor. Representando una nación: México, México, tu gran campeón. Pau-pau-pam. Número uno. Jota, u, ele, i, o... Julio Céeesar Cháaavez un gran campeón...’

“Bebe y bebe Julio. Es el brindis del triunfo. Son casi las dos de la madrugada... (Entonces) se marcha a seguir el festejo, seguido de sus rémoras y de aquellos que quieren algo de Chávez. Allá va un grupito compacto a seguir la fiesta, a dar rienda suelta a lo que el mexicano desee pagar y consumir.

“Un avión presidencial le espera ya en el aeropuerto...”<sup>(18)</sup>

Fue, indica Rivero, un festejo para mil 500 personas allegadas a los púgiles. Ya en la madrugada, cada peleador disfrutó su celebración particular.

Tres años después, en junio de 1995, en Estados Unidos se publicó el libro *El Guardaespaldas*, escrito por Ruddy González, quien había sido guardia de Mike Tyson y chofer del *Macho* Camacho.

En un programa de televisión, González acusó a Chávez y al *Macho* de ser adictos a la cocaína y aseguró que él y un asistente del promotor Don King les daban la droga. Afirmó también que, para convencer al puertorriqueño de

enfrentar al mexicano, Don King aumentó su ofrecimiento inicial: le añadió 100 mil dólares y 10 gramos de cocaína.<sup>(19)</sup>

Muy lejos estaba Julio César de imaginar todo lo que seguiría.

En ese septiembre de 1992, las puertas de la fama y del dinero se le abrieron en su totalidad.

Con su victoria, *JC* no sólo había ganado el reconocimiento popular, sino también la mejor bolsa de su carrera.

Cada gladiador tenía asegurado un sueldo de 3 millones de dólares, más un porcentaje de las ventas por televisión, que ascendió a 20 millones de dólares, con lo que el salario de cada uno fue de 5 millones de dólares, aproximadamente.

Y, en una apuesta directa entre ambos, el *Macho* le jugó una cantidad extra a sus puños.

En una conferencia de prensa, le apostó a Chávez –exactamente, casualmente--, la misma cantidad por la que después sería acusado por Ruddy González: 100 mil dólares.

Chávez aceptó.

Y, en reunión con periodistas después de la contienda, *JC* exhibió su ganancia en grandes fajos de billetes.

La foto que se publicó en los diarios mostró a un Chávez sonriente, radiante y alzando con ambas manos los dólares ganados directamente al *Macho*.

Al día siguiente, el lunes 14 de septiembre, *JC* pudo comprobar qué tanto había entrado en el ánimo popular.

El púgil llegó en el jet presidencial –que le había facilitado directamente Salinas de Gortari-- al aeropuerto internacional Benito Juárez y subió a un automóvil descubierto en el que se trasladó a Los Pinos.

Prácticamente durante todo el trayecto una multitud saludó al campeón mundial: en las banquetas, en camellones, en puentes, algunos ondearon la bandera nacional, otros gritaron porras y todos lo vitorearon.

El recorrido provocó un caos en las avenidas transitadas, para asombro del propio sonoreense: “En verdad no me esperaba este recibimiento. Estoy contento porque demostré que ¡México puede cuando quiere!”.

Debido al congestionamiento, Chávez llegó una hora tarde a la residencia oficial, donde el mandatario lo recibió efusivamente: “Fue una gran demostración de fuerza, talento, preparación y corazón”.

Al enterarse de que se lesionó el puño derecho durante la contienda, el mandatario expresó: “Pero también hubiera ganado con la mano amarrada atrás”.<sup>(20)</sup>

Y mientras Rubén Olivares alertó que ahora el problema para Chávez será cuidarse “de los rivales que le surgirán abajo del ring”, *Chucho* Castillo expresó el sentir de los ex campeones mundiales que fueron llevados a Los Pinos: “Fue una pelea fácil. Cuando Camacho se dio cuenta de que no iba a poder hacer nada, se espantó y corrió. Esta pelea no debe estar entre las mejores de la historia, pues fue de un solo lado y una revancha no interesaría a nadie”.

Adentro, en la residencia oficial, *JC* y el presidente Salinas dialogaron durante una hora.

Chávez había llegado a la cima.

Finalmente los aficionados al boxeo tenían a un nuevo dios en su pedestal, luego del personaje pintoresco que había sido Rubén Olivares.

“Cuando entré al boxeo el *Púas* era mi ídolo”, admitió el sucesor.

Con el apoyo absoluto de la televisión, *JC* se había convertido no sólo en el nuevo ídolo del boxeo mexicano, sino en la nueva figura del deporte nacional.

Dos semanas después de su triunfo, fue invitado a un popular programa nocturno conducido por Verónica Castro. Fueron tres horas “para apapachar muy de cerca a nuestro gran campeón”.

--¿Y qué haces después de cada pelea? --le preguntó Castro.

--La verdad, me desquito, le doy vuelo a la hilacha --respondió un sincero peleador.

--¿Y a qué le tienes miedo?

--A los aviones, porque ahí no te puedes defender...

Por asistir al programa, Chávez no pudo estar con su esposa en el nacimiento de su tercer hijo, Christian Eduardo.

Chávez aparecía en todos lados.

Y, como cualquier producto mercantil, la televisión se encargó de explotarlo al máximo.

Su siguiente reto sería el mejor ejemplo de ello.

### **6.2.1. Ciento treinta mil almas en un estadio viendo televisión**

Luego de la gran popularidad obtenida al vencer al *Macho* –“Ya es un ídolo”, tituló la revista *Línea Deportiva*--, JC realizó dos duelos de trámite, sin el título de por medio, y después se planteó algo que parecía imposible: llenar el estadio Azteca.

De acuerdo a algunos registros, la mayor asistencia para una contienda de box se registró el 18 de agosto de 1941, en el estadio Fraternidad de las Águilas, Wisconsin, entre Tony Zale y Billy Prior, que reunieron a 135 mil 132 aficionados, quienes pagaron a dólar cada boleto.

Otra versión, citada por el periodista Antonio Hernández, indica que en Africa se habían reunido más de 135 mil fanáticos, el 5 de noviembre de 1976, en Accra, cuando Danny *Coloradito* López arrebató el cetro pluma CMB al ghanés David Kotey.

Le seguía la batalla entre Jack Dempsey y Gene Tunney, en el parque de Filadelfia Sequiscentenario, quienes reunieron a una multitud de 120 mil 757 aficionados el 23 de septiembre del lejano 1926.

El Azteca tiene un cupo para 110 mil espectadores en las gradas, que aumentó a 136 mil 274 con las sillas en la cancha.

Eran los primeros días de 1993.

La publicidad sobre la pelea colmaba los medios masivos de comunicación.

Había que apoyar a Chávez.

Había que llenar el Azteca.

Las taquillas, sin embargo, lucían vacías.

El rival, el estadounidense Greg Haugen, no daba para calentar el ambiente. Sus principales logros eran haber derrotado por primera vez al *Macho* Camacho y sumar dos títulos mundiales en organismos con escasa credibilidad, pero los apostadores de Las Vegas sabían muy bien quién era: lo tenían abajo 40-1.

Haugen, además, había sido desconocido como monarca de la OMB al dar positivo de marihuana en un examen antidopaje.

Entonces a los organizadores se les ocurrió una idea: afirmaron que Haugen “habló mal” de México y, en el colmo de la provocación, expresó que Chávez era un púgil inflado, que sólo había vencido a “puros taxistas”.

El gringo, dijeron, atacaba directamente los valores nacionales.

Pero ni así las mayorías se disputaban los boletos.

Para apoyar al campeón, el propio Carlos Salinas dejó a un lado la agenda presidencial y visitó a Julio César durante uno de sus entrenamientos.

“Observa atento, sin perder un detalle y comenta: ‘es que es natural, ¿verdad? Tiene un movimiento... ¡mira nada más!, cómo mete el gancho... Qué bonito.

“Es el presidente Carlos Salinas de Gortari que narra, describe, acompañado del regente capitalino Manuel Camacho Solís el entrenamiento de Julio César Chávez en la explanada del estadio Azteca.

“Salinas interrumpió su agenda privada en Los Pinos para trasladarse en helicóptero hasta el Coloso de Santa Ursula. Estuvo unos minutos, sólo aguantó un round. Se regresó a trabajar”.<sup>(21)</sup>

Salinas, quien había recibido clases boxísticas de otro ídolo, *Kid Azteca*, admiraba ahora –desde el pedestal del poder-- a Chávez, el último héroe con guantes de México.

Nueve días antes de la contienda ante Haugen, Chávez anunció que regalaría boletos a los niños que asistieran a verlo entrenar en la explanada del estadio Azteca.

El campeón –que oficialmente tenía una bolsa de un millón de dólares pero de forma extraoficial se decía que ascendía a dos millones y medio--, iba con la intención de adquirir los boletos más baratos: de 5 nuevos pesos, como entonces se llamaba la moneda. Sin embargo, estaban agotados “y tuve que comprar tres mil boletos de la zona de 10 nuevos pesos”.

Las entradas más caras eran de 2 millones 700 mil pesos viejos.



Cerca de Chávez, durante ese entrenamiento en el que fue ovacionado por los asistentes, apareció otra vez su ex apoderado Angel Gutiérrez, quien sería asesinado tan sólo tres meses después, al salir de una disco en Cancún.

JC, concentrado en lo que parecía la misión imposible de llenar el Azteca, no se preocupó de momento por las críticas que recibía su acompañante.

Surgieron entonces versiones de que varias empresas (sobre todo Televisa, pero también se mencionó al PRI capitalino) estaban regalando gran cantidad de boletos. El propio JC increpó al reportero Francisco Ortiz Velázquez, de *El Universal*, por informar al respecto: “¿Por qué eres mala leche? Dices que llenaré el Azteca de tantos boletos que he obsequiado, pero eso es mentira. En cada pelea regalo boletos a personas de escasos recursos”.<sup>(22)</sup>

El miércoles 17, tres días antes de la contienda, *El Universal* publicó: “En realidad nada más se han vendido 20 mil boletos, aunque Chávez aseguró que ya hay 70 mil agotados. La semana pasada JC regaló 20 mil y ayer dio más a empleados del DDF. De los 70 mil que se dice se han vendido, 30 mil son palcos y plateas que no se pusieron a la venta”.

Presente en las conferencias promocionales, el *Ratón* Macías recordó con orgullo su lleno en la plaza México: “En menos de 8 horas se vendieron más de 50 mil localidades. Y eso que era una pelea por un cetro de Norteamérica y no con cuatro títulos mundiales, como ahora. Si en mis tiempos hubiera existido el estadio Azteca, yo sí lo hubiera llenado”.

Sin embargo, al conjuro de Televisa y también, por supuesto, a la atracción que representaba JC, la noche del 20 de febrero de 1993 millones de mexicanos estuvieron atentos a lo que sucedía en el Azteca, convertido esa vez en templo boxístico del último dios enguantado.

Varios minutos tardó Chávez en subir al ring. Casi el mismo tiempo que necesitó para vencer a Haugen, un rival que resultaría todo lo que él mismo había criticado: parecía más taxista que peleador profesional.

“Esa fue la emoción más grande de toda mi vida –evocó JC--: al salir de los vestidores y ver el estadio Azteca lleno con más de 130 mil personas. Mucha

gente negativa no creía que se iba a llenar, pero sí, estaba llenísimo de puros mexicanos”.

Los aficionados se hicieron sentir desde los himnos nacionales, cuando miles entonaron el de México y abuchearon el de Estados Unidos.

Pero no hubo pelea.

Chávez era infinitamente superior y pudo terminarlo desde el primer episodio. Sin embargo, lo dejó llegar hasta el quinto tan sólo para brindar más “espectáculo” a la multitud que quería ser parte del nuevo récord, aunque sólo fuera para observar –desde las tribunas del Azteca— a un par de pequeñas figuras moviéndose sobre 36 metros cuadrados.

Haugen ni parecía ni era boxeador: no tiró un solo golpe contra su oponente, que lo derribó en el primer asalto y lo volvió a tumbar en el quinto, cuando finalmente se decidió a terminar la contienda. El réferi Joe Cortez se apiadó del estadounidense cuando era vapuleado y ni siquiera atinaba a defenderse.

Chávez le conectó 25 golpes sin respuesta: en esos momentos era, más que un taxista, un costal de gimnasio.

La crónica, del escritor Juan Villoro:

“En la noche del 20 de febrero, lejos de las tentaciones sentimentales del Día de los Enamorados y antes de los idus de marzo –tan fatales para la estirpe de los Césares--, comenzaría la pelea que nadie se atrevía a llamar ‘del siglo’ por la sencilla razón de que el siglo ha visto demasiadas promociones cometidas en su nombre y porque el atractivo era otro: la segura destrucción de Greg Haugen.

“Derribar al retador era una causa nacional, y nadie dudaba que se vendría abajo entre vítores y cohetes... La pasión había inflado al enemigo, pero en Las Vegas las apuestas estaban 40 a 1 a favor de Chávez. A las seis de la tarde, el encabezado de un periódico vespertino era tan triunfalista que pedía piedad: ‘Julio, no lo mates’.

“A las 6:30 de la tarde en los alrededores del estadio había suficientes coches para satisfacer la demanda automotriz de Costa Rica...

“Para quien haya ido al Azteca muchas veces, estar en el centro de la cancha es un cambio radical; sólo entonces puede saberse esta sencilla verdad: la acústica viaja hacia dentro, los gritos de la tribu se concentran justo donde Pelé inició la final de la Copa del Mundo en 1970 y donde ahora estaba el ring.

“Como corresponde a los excesos mexicanos, el verdadero récord del 20 de febrero fue demográfico. Nunca tanta gente había visto una pelea de box. La razón es sencilla: en la parte superior de un estadio se necesita visión infrarroja para distinguir un jab de un gancho.

“¿Es posible atestiguar un duelo de uno a uno desde la fila 29 del tercer piso de un estadio? Por supuesto que no. En el caso del Azteca, el problema se solventó en parte gracias a cuatro pantallas gigantes. A algunos les puede parecer curioso ir a un coliseo para ver televisión, pero no a esas 130 mil almas dispuestas a usar más las gargantas que las pupilas: “¡Mé-xi-co, Mé-xi-co, Chá-vez, Chá-vez!”, una redonda Ciudad del Ruido.

“El público se entretuvo por su cuenta. Un sinfín de cerillos y encendedores crearon una constelación rápida. Luego vino la Ola. Los reflectores sólo iluminaban el cuadrilátero y la gente se movía como una marea oscura, imprecisa, a punto de arrasar la precaria isla en la que se había convertido el ring... El Azteca estaba tan enfebrecido que dos rusos solemnes hubieran podido jugar ajedrez en pleno ring sin que decayera el entusiasmo.

“... Un odio profundo acompañó la llegada de Greg Haugen al ring... la comparecencia de Greg Haugen tenía un aire de sacrificio. Las apuestas de Las Vegas eran una profecía. Así lo entendió el público que empezó con el “¡Que-lo-mate! ¡Que-lo-mate!”

“Julio César se despojó de la bata y mostró un calzoncillo espantoso, lleno de anuncios del Banco del Atlántico y la cerveza Tecate. Haugen y Chávez fueron llamados al centro del ring y no se insultaron porque los protectores bucales les frenaban la voluntad. El campeón se negó a saludar al retador y fue amonestado por el réferi.

“Haugen cayó a la lona en el primer round y dio la impresión de que Julio César lo dejó vivir para evitar que el alboroto de meses acabara en dos minutos.

En el quinto asalto, a las 10:47 de la noche, el campeón se dio el lujo de bajar la guardia. Haugen ya no era una amenaza. Tres minutos después el retador tenía la mirada perdida y el rostro cubierto de sangre...

“Don King elogió a Dios, a su socio Televisa y a los mexicanos (en ese orden):

“--Ha sido el mejor espectáculo en la historia del boxeo.

“Luego (JC) tomó el micrófono para pedirle a Don King que, ahora sí, le pagara la apuesta.

“Don sonrió mucho, como si se tratara de una broma recurrente. En forma distraída, sacó un fajo de billetes. Cien mil dólares. Por esa morralla no se iba a molestar en firmar un cheque.

“El campeón sonreía y contestaba con entusiasmo maquinal: “Después de todo es valiente, pero le demostré que el taxista es él”.<sup>(23)</sup>

Carlos Monsiváis fue también uno de los miles que colaboró para ese récord boxístico.

“Si algo le queda al nacionalismo es su condición pop. No popular, algo ya más bien anacrónico a fuerza de lo sentimental, sino *pop*, con el acento en el perfil publicitario, en los mensajes subliminales, en ese ‘barullo de las estaciones’ que es la moda. Así por lo menos lo percibo hoy, en el estadio Azteca, recinto de la pelea entre el campeón Julio César Chávez y el retador Greg Haugen”, escribe bajo el título La hora del consumo de orgullos.

Más: “Dentro y fuera del estadio todo es obligatoriamente tricolor... todo es tricolor en la venta y en la contemplación: los carteles, las cuerdas del ring, la psicología a flor de piel de los asistentes. Y aunque uno, por falta de oído cívico, no lo intuya, deben existir las porras tricolores. No en balde el presidente Carlos Salinas de Gortari asistió al entrenamiento de Julio César, a transmitirle no el estímulo deportivo sino el saludo del gobierno al enviado del gobierno en el ring”.

“Abundan los jóvenes con bandas rojas en la cabeza –describe Monsiváis--. Ondeán las banderas nacionales. La Ola es interminable y precisa, la maravilla disciplinaria. En el ring-side (la zona dorada) conversan con los ojos iluminados los que vendieron todo para comprar un boleto (900 dólares, dos mil 800 nuevos

pesos). Es la EXPERIENCIA UNICA, y aquí la vehemencia se anula a sí misma, ¡MÉXICO! ¡MÉXICO! Y sólo gritando uno puede resentir el fragor de los vocablos. La tele capta al público en su delirio y el público delira en exclusivo beneficio de la tele”.

“Al cabo de dos horas ya nada significó lo que significa, ni las rechiflas, ni los aplausos (inaudibles) ni la Ola (calistenia de masas), ni el boxeo. Aquí no se viene a encumbrar al Famoso, ya lo está y en exceso, se viene a reconocerse en algún nivel del éxito. Muy probablemente por eso han pagado lo que han pagado los de Tepito y la Lagunilla y la Merced. En este momento el peinado de Don King parece la insurrección del Himalaya, y los palcos son los cuartos de vecindad más caros del mundo”.

“Una manta instruye: CHAVEZ, WE WANT NOCAUT. El láser es la corona sobre el rey. Se presentan las dos banderas, y todos (*todos*) cantan ‘México lindo y querido’. Persiste el teponaxtle. El cantante Mijares, sin duda asesorado por todos los profesores de música de secundaria, entona el Himno Nacional. Ahora se canta el norteamericano. La rechifla es portentosa. Nunca falta quien se acuerde de la pérdida de Texas y California y Nuevo México.

--Mátalo/Pártele la madre. Que lo mate.

--Róm-pe-le-la-ma-dre (rumbeado). Róm-pe-le-la-ma-dre

--Quiere llorar.

--Duro con el gringo.

La pelea no tiene mucho interés, al decir de los expertos. Pero el país goza uno de esos ratos de esparcimiento en los cuales vuelve a ser, por un instante, la Nación”.<sup>(24)</sup>

“Sí, resultó un bulto”, tituló *El Universal*, que además denunció que el periodista Francisco Ortiz había sido agredido por Rafael Chávez, hermano de JC, en represalia por las informaciones publicadas: “Dos guardaespaldas interceptaron al reportero cuando iba a la conferencia de prensa al término de la función. Rafael Chávez lo insultó y le dio un puñetazo. Bertha Servín, de *El Sol de México*, recibió una patada en el estómago que iba destinada al reportero de *El Universal*”.<sup>(25)</sup>

El diario presentó una demanda legal contra Rafael y Rodolfo Chávez, pero después llegó a un acuerdo y retiró la denuncia.

### 6.2.2. Un *capo* en el Azteca

Entre la multitud, un personaje pasó inadvertido.

Sin embargo, tiempo después se le observó claramente en videos y fotografías: formó parte del equipo del campeón, con todo y su cinta roja en la frente.

“La osadía de Chávez-Arellano Félix no tuvo límites al hacer pública su relación en el Azteca. Arellano es el bigotudo atrás de Chávez”, indica un pie de foto en la que se observa claramente al peleador y a su acompañante en el libro *Grandezas y miserias*.<sup>(26)</sup>

Apunta Zenteno: “Julio César Chávez de plano no se midió al subir al ring acompañado de un personaje que en ese momento ya era buscado por las autoridades judiciales, ya que se le relacionaba por la masacre ocurrida en una discoteca de Puerto Vallarta, Jalisco, denominada *Christine*. El sujeto en cuestión era nada menos que Francisco Arellano Félix, uno de los capos del narco en Tijuana”.<sup>(27)</sup>

Sin embargo, añade el periodista, Chávez estaba más preocupado en buscar a otro personaje entre los privilegiados que lograron un asiento cercano al encordado.

“En medio del griterío y los juegos de las luces multicolores que cruzaban el espacio, Chávez recorría las cuatro esquinas del cuadrilátero escudriñando con la mirada la zona de ring side, principalmente en aquellos lugares que le habían sido cedidos en cortesía como campeón. Chávez buscaba a alguien en forma desesperada, aunque con la seguridad de que ahí se encontraba.

“Finalmente una sonrisa afloró en el rostro del boxeador y con el guante del boxeo en alto hizo una reverencia inclinando la cabeza al tiempo que dedicaba a su modo, una vez más, la pelea a su invitado especialísimo. Julio César públicamente había dedicado con anterioridad su pleito ante Greg Haugen al

pueblo de México, también había hecho lo propio a Emilio Azcárraga en privado y ahora el supuesto honor correspondía nada menos que a Joseph Marie Córdoba Montoya, por ese tiempo, después del presidente Carlos Salinas de Gortari, el todopoderoso número dos en el gobierno... Chávez, por esa dedicatoria, obtuvo enormes beneficios del hombre de calva prematura, mirada maligna y bajo de estatura que se movió siempre entre las penumbras, José María Córdoba Montoya”.<sup>(28)</sup>

Zenteno retoma entonces lo sucedido en la disco de Mazatlán *Frankie Oh*, de la que el boxeador se anunciaba como propietario en algunas tarjetas de presentación.

“El 20 de agosto de 1993, agentes de la Policía Judicial Federal que llegaron procedentes de la ciudad de México, intervinieron la discoteca *Frankie Oh*, así como la casa de Francisco Arellano. Ahí se descubrió que la sala musical, de hecho, era un museo en honor de Julio César Chávez y que el auto deportivo de superlujo marca Zimmer, que le regaló Don King a Chávez tras derrotar a José Luis Ramírez, ahora era propiedad de Arellano por obsequio del propio campeón”.

“Un duro golpe a las finanzas del campeón del mundo fue precisamente la frustración del hotel proyectado JC Palace, que le costó una buena parte de su fortuna. Chávez fue víctima de la guerra desatada entre las familias de narcotraficantes; una masacre ocurrida en la discoteca *Christine* de Puerto Vallarta, ejecutada por los hermanos Arellano Félix, afectó de manera definitiva los ambiciosos planes en los cuales ya estaba involucrado Julio César Chávez y de rebote le sacudió sus finanzas por el dinero que ya había invertido. Tras los asesinatos, Francisco Arellano y sus cómplices huyeron.

“Sin embargo, y a pesar de camuflarse el rostro con barba y bigote, su figura fue reconocida por varios periodistas cuando acudió a la ciudad de Toluca el 6 de febrero de 1993 a entrevistarse con Chávez, días antes de que éste viajara a promover su pelea del 20 de ese mes ante el estadounidense Greg Haugen. Arellano estaba hospedado en el mismo hotel que el campeón, acompañado de su esposa y un hijo, y convivieron en una fiesta privada que le fue ofrecida con la participación de cinco artistas.

“La lujosísima discoteca *Frankie Oh*, que contaba con varias salas privadas, poco tiempo después de haber sido incautada por la Procuraduría General de la República, ‘misteriosamente’ y a pesar de la presencia de los custodios de la Procuraduría, se incendió desapareciendo junto con ella todos los rastros y huellas que por cientos ahí se encontraban y que daban prueba de infinidad de hechos y revelaba nombres de personajes importantes involucrados en el narcotráfico”.<sup>(29)</sup>

El diario *El Financiero* recogió un testimonio del periodista Isidro Cisneros Castillo “jamás desmentido por el boxeador”: el jueves 25 de enero de 1990, Chávez presentó a Francisco Arellano como su socio.

“Ese día ofreció una fiesta para celebrar la colocación de la primera piedra del hotel de cinco estrellas llamado J. César Palace, en Mazatlán, Sinaloa –apunta el diario--. Dice Cisneros Castillo, del *Occidental* de Guadalajara: en su domicilio particular *Frankie Arellano* nos dijo: ‘yo debo salir pero aquí pueden esperarlo, no tardará en llegar. Sólo díganle por favor que puede disponer de la habitación de abajo o de la de arriba, que es en la que normalmente se hospeda cuando viene.

“Antes, Francisco Arenas, apoderado del púgil, la hizo de anfitrión ante los invitados de *JC* y presentó a *Frankie Arellano*, dueño en ese entonces de la discoteca de Mazatlán, *Frankie Oh*, asiduamente frecuentada por el pugilista. ¿El motivo? Siempre de acuerdo con Cisneros Castillo, ‘*Frankie Arellano*, un joven y dinámico promotor de box, amigo y socio de *JC* en la construcción de un hotel de cinco estrellas’ de nombre J. César Palace. ‘Precisamente la visita del campeón – enero de 1990— tuvo como finalidad colocar la primera piedra del edificio’...”

*El Financiero* publicó una foto en la que se observa a unos sonrientes “Francisco Arellano y Julio César Chávez en la inauguración de su hotel en Mazatlán, Sinaloa, enero de 1990”.

El diario afirma, también, de unos favores para el peleador:

“Quizá *JC* Chávez no lo recuerde, pero en septiembre de 1992 utilizaba armas sólo para uso exclusivo del ejército y fuerzas armadas mexicanas. El director de Seguridad Pública Municipal de Culiacán, Antonio Figueroa Lee, le reclamó el proceder del boxeador, por los escándalos que realizaba su hermano



en la ciudad. Y le recuerda el ‘favor que pide Julio César’. ¿Qué favor? Portar una pistola calibre 45 matrícula 1967995, con seis cartuchos útiles en la recámara”.<sup>(30)</sup>

El periodista Francisco Ponce también trató el tema y ubicó desde la infancia la relación *JC-Arellano*:

“A principios de 1987 era normal en Culiacán ver juntos y retratados con frecuencia en diarios y revistas a Francisco Arellano Félix y Julio César Chávez. Amigos desde chamacos, concretaron a fin de año un negocio en común: la disco *Frankie Oh* en Mazatlán. Y también era normal ver a ambos lucir un escorpión de oro puro con el nombre de la disco, logotipo de ese inmueble ambientado como safari, emblema de los Arellano Félix.

“La *Frankie Oh...* era un establecimiento en el que había animales para darle el *african look* decorativo: tres venados, un par de leones, una llama y cuatro caballos, entre otros. Ah, y además un auto Jaguar de *JC*, que ese día se encontraba en la disco.

“De acuerdo con el Registro Público de la Propiedad, el negocio fue instalado oficialmente el 31 de diciembre de 1987. Como propietarios aparecían José Alberto y Rafael Barrera Rodríguez, José Antonio Bargeño y Gabriel Elías García. Se decía, sin embargo, que la disco era propiedad de *JC*. Y aunque tenía participación en acciones la Operadora de Empresas del Pacífico, propiedad de Chávez, la administradora legal era la señora Alicia Isabel Félix viuda de Arellano.

“Allí en la *Frankie Oh* actuaron, según menciones de la época, cantantes mexicanos de moda, entre ellos Gloria Trevi, Emmanuel, Luis Miguel...

“El anuncio en los periódicos para invitar a los eventos de la *Frankie Oh* decía así: ‘La disco propiedad de Julio César Chávez... de cinco estrellas, la más grande del mundo en su estilo safari’... Y, claro, no podía faltar el logotipo del escorpión, de significación especial para Arellano Félix.

“Ambos comenzaron el 20 de enero de 1990 otra copropiedad: la construcción de un hotel cinco estrellas en la Zona Dorada de Mazatlán, en la bella avenida Camarón Sabalo.

“Sin embargo, cuando *JC* se vio más involucrado en asuntos de narcotraficantes fue a raíz del asesinato de la abogada sinaloense Norma Corona, defensora de los derechos humanos, en 1991.

“Según declaraciones del presunto narcotraficante Miguel Angel Rico Urrea, uno de los autores materiales del crimen, Santos Arellano Bazán, alias el *Santillos*, se escondió en una casa que supuestamente pertenecía a *JC*, en Tijuana.

“Chávez negó ser propietario de casa o departamento en aquella ciudad fronteriza. Tuvo uno, sí, pero manifestó que lo había vendido hacía tres años.

“El diario independiente coliche, *El Noroeste*, publicó dicha nota, y naturalmente provocó la indignación del pugilista. *JC* pagó un desplegado en el mismo diario, en el que denuncia que dicha información ‘denigra mi imagen como deportista, como hijo, como padre y esposo’.

...

“Según la versión del diario (*El Norte de Monterrey*), una vez que el *Santillos* huyó de Culiacán a Tijuana después de haber dado muerte a Norma Corona, se escondió en la casa del campeón y éste, ‘al saber la bronca en Culiacán, lo delató al comandante de la Policía Judicial Federal, Mario Alberto González Treviño.

“Continúa el diario: ‘El comandante viajó luego de Tijuana junto con otros elementos de la Policía Judicial Federal para aprehenderlo, pero después apareció muerto a balazos junto con un oficial del Ejército Mexicano.

“El comandante González Treviño ‘negó conocer personalmente a el *Santillos*’. Según el periódico, González Treviño reconoció, sin embargo, que viajó a Tijuana en dos ocasiones, a bordo de mini jets de la Procuraduría General de la República (PGR) para aprehenderlo por encontrarlo involucrado en el asesinato de Corona. También rechazó que Julio César Chávez estuviera inmiscuido en el asunto, y aseguró que son amigos personales. Además, ‘Julio César no me comentó que tuviera relaciones con él’...

“Así, en tanto que *JC* aceptó que González Treviño le obsequió un cinturón de monarca con piedras preciosas, ‘porque es mi admirador’, el periodista (Silvino Silva Lozano, director de *El Noroeste*) comentó que eso iba más allá de la

‘admiración’, porque ‘un cinturón de campeonato mundial no se le regala a un desconocido’...

“Un cinturón de los cuatro que adornaban entonces una vitrina de su casa, como mencioné, costaba más de 40 mil dólares”.

“Y entonces sus amigos (de *JC*), que instrumentaron un plan emergente, salieron en su defensa... Así comenzó a lavarse la imagen del monarca...

“El 19 de noviembre de 1991, el procurador Ignacio Morales Lechuga visitó al gobernador Labastida Ochoa y afirmó que las autoridades nunca encontraron argumentos para enjuiciar al campeón... Julio César, de cero en conducta, se convirtió en un ciudadano libre de toda sospecha”.<sup>(31)</sup>

### **6.2.3. Una agenda con las mujeres más bellas**

Después de Haugen, Chávez realizó una contienda intrascendente, sin título de por medio, ante Silvio Rojas.

Fue como un entrenamiento pagado que liquidó en tres rounds.

Armando Zenteno asegura que *JC* estuvo más preocupado por otro encuentro, pero este abajo del ring.

“Una aventura especial le significó, aunque usted no lo crea, la Toya Jackson, hermana del famosísimo cantante Michael Jackson. El asunto tuvo como escenario la ciudad de Guadalajara, Jalisco, cuando Chávez se presentó en esa ciudad a combatir ante el malísimo rival argentino Silvio Rojas. Fue el 10 de abril de 1993 y resultó un total fracaso para el promotor Angel García, ya que realizó el pleito en plena Semana Santa y la gente no acudió... El consuelo para el sonoreense fue haberse engullido ese pescadito de apellido sino ilustre, por lo menos famoso, la Toya Jackson, quien le costó dos mil dólares”.

Y Zenteno revela algunas intimidades del ídolo:

“Mujeres bellas y famosas han pasado por la vida de esta estrella como lo ha sido por la generalidad de aquellos que sobresalieron en su momento en el boxeo. Los casos son incontables, muchos trágicos. Julio César, a diferencia de sus compañeros de oficio, en su nivel gusta principalmente de las jovencitas y, por

ejemplo, fue muy publicitado el intenso romance que vivió con la estrella de cine y la televisión Salma Hayek, a quien incluso llevó en varias ocasiones a pasear por la ciudad de Nueva York para comprarle ropa selecta que la estrella lució más adelante en las producciones cinematográficas.

“Esa relación fue muy tormentosa y de ello dieron cuenta las revistas especializadas en los espectáculos. Chávez paseaba a Salma Hayek en uno de los aviones que tenía a su disposición por parte de la línea aérea Taesa, a la cual publicitaba en sus combates luciendo su logotipo en sus calzoncillos y batas.

“Otro idilio que vivió el campeón superligero fue con la actriz de televisión sinaloense Yolanda Andrade, quien se pasaba horas y días completos en las concentraciones de Chávez, ya sea en el Centro Ceremonial Otomí o en Toluca, así como en el departamento que habita en la capital mexicana el monarca.

“Aquí lo anecdótico es que Salma Hayek y Yolanda Andrade eran íntimas amigas y cuando Chávez terminó con Salma Hayek, por intervención de José Sulaimán, luego de que el padre de Hayek le solicitó ordenara al campeón que dejara en paz a su hija, Yolanda Andrade entró al quite a consolar al monarca.

“Esta relación tampoco le fue imposible a Chávez ocultarla y los medios de comunicación del mundo del espectáculo narraron prácticamente todo el idilio. Cabe citar que Yolanda Andrade en un principio lo aceptó, pero posteriormente dijo que sólo se trataba de una bonita amistad, lo cual es falso. Yolanda fue amada por Julio César con toda intensidad.

“La agenda telefónica de Chávez es impresionante en cuanto a nombres de las mujeres más bellas de México”.<sup>(32)</sup>

#### **6.2.4. Chávez persiguió a un fantasma**

Un año después de su consagración ante el *Macho* Camacho, Julio César intentó una proeza: convertirse en campeón mundial en la división welter.

El duelo contra el monarca de la categoría, el estadounidense Pernell Whitaker, se pactó para el 10 de septiembre de 1993, en San Antonio, Texas.

Debido a la calidad de los contendientes se le llamó, certeramente, *La Pelea*.

Whitaker, medallista de oro en los Juegos Olímpicos de Los Angeles 84, también había conseguido tres títulos mundiales: ligero, superligero y welter y en 33 peleas sólo había sufrido una derrota, precisamente ante el sonoreño José Luis Ramírez.

Al Alamodome asistieron 63 mil espectadores, en su mayoría mexicanos atraídos por la calidad de invencible de JC, quienes dejaron una taquilla de 60 millones de dólares. El ingreso en pago por evento se calculó también en 60 millones de dólares, superior a lo obtenido en el duelo Chávez-Camacho.

Los diarios informaron que el sueldo de JC era casi de 6 millones de dólares.

José Sulaimán estaba impresionado: “Chávez es un fenómeno social casi inexplicable. ¿Qué boxeador en el mundo reúne a más de 200 mil personas en dos peleas? Es algo increíble, algo fuera de lo normal, con todo y la televisión”.

La crónica de la contienda, publicada en *La Jornada*, es de este reportero:

“Hoy Julio César Chávez fue una sombra que persiguió a un fantasma, fue un coraje sin rumbo, un peleador que no pudo conectar más que un par de golpes precisos... Pero el mexicano no perdió para los jueces. Decidieron que empató y así se quedará en los fríos números. Pero aquí, dentro de uno, cómo se quita ese amargo sabor de boca y, simplemente, cómo explicar estos ojos vidriosos de los mexicanos aquí presentes, que se observan tan desamparados.

“El estadounidense Pernell Whitaker mostró esta noche la forma de detener a un peleador que había ganado 87 combates en forma consecutiva, con 75 nocauts. Whitaker fue un púgil certero en sus golpes, veloz en sus desplazamientos, tan mañoso como eficaz en su defensa y que nulificó por completo a un mexicano que vivió los 36 minutos más largos de su vida, que lo llevaron de la desesperación a la impotencia.

“Chávez fue superado en la defensa y en el ataque; no tuvo los recursos necesarios para quitarse los golpes de Whitaker y no encontró nunca a un rival que se le pegaba como estampilla, que lo abrazó como si lo quisiera y que en un

alarde de elasticidad unía su pecho con sus rodillas, se enconchaba como caracol y llevaba su boxeo más allá de lo permitido.

“El mexicano no pudo culminar esta noche 13 años de una carrera impresionante. Buscaba su cuarta corona, pero hoy fue todo lo contrario, ya que no se mostró como ese boxeador brillante e imponente de todas sus peleas anteriores.

“Los aires de tragedia iniciaron desde el mismo primer episodio cuando Whitaker se le escabullía al mexicano, prácticamente corría por todo el ring y cuando le convenía, sólo cuando le convenía, aceptaba el intercambio de golpes. Los gritos todavía eran muy fuertes. Sólo por breves instantes Chávez acorraló a su rival, pero la batalla era muy nivelada.

“A partir del tercer episodio se inició la debacle. El estadounidense encontró la distancia, controló a su rival con precisos y potentes jabs y no sólo hizo fallar sus golpes al mexicano, sino que lo golpeó casi a placer con impactos de uno-dos al rostro. Las porras cesaron, los gritos se convirtieron en un tímido murmullo.

...

“Los rounds parecen ser una calca del anterior. Whitaker lo domina por completo, mientras que Chávez sólo logra conectarle durante los segundos finales de cada asalto. El mexicano no tiene potencia ni puntería y la desesperación con la que se mueve en el cuadrilátero contagia a los asistentes.

“Al noveno episodio ya no queda ninguna duda. Whitaker domina y es festejado por un pequeño grupo de compatriotas que se ubicaron en *ring side*.

“El silencio es casi total.

“Para el último episodio Chávez muestra tanto coraje como impotencia y segundos antes de que suene la última campanada todos están de pie, al momento que un aficionado resume: ‘está cabrón’.

“Y cuando todos pensaban que la victoria sería para Whitaker, sólo un juez pareció justo al darle el triunfo por 115-113, el texano Jack Woodruff. Los otros dos, el inglés Mike Vann y el suizo Franz Marti, vieron otra pelea y dan un ilógico empate en 115 puntos.

En la conferencia de prensa, “Chávez mostró una imagen que millones de personas pensaron que no le verían: ojos rojos, mirada vidriosa, con heridas en el puente de la nariz, en el ojo izquierdo y en su pómulos del mismo lado. El tricampeón mundial mexicano ha llorado, al igual que muchos de su numeroso equipo de acompañantes”.

--Tú perdiste --le increpó un reportero estadounidense.

Chávez lo mira con odio. Le escupe:

--Mi récord es perfecto, yo no perdí. Sigo siendo campeón --respondió y aseguró que él iba ganando hasta que “me golpeó allá abajo y ya no me pude reponer”.<sup>(33)</sup>

Luego de la contienda, el presidente Salinas se comunicó con el boxeador. La conversación duró 14 minutos, durante los cuales a JC se le escuchó decir: “Sí, licenciado, claro que sí gané, se lo juro licenciado...”

Después de colgar, expresó a los reporteros presentes: “El presidente está muy contento. Yo también estoy muy contento”.

Pero su voz reflejaba lo contrario.

En México las multitudes se congregaron en bares y centros nocturnos que transmitieron la contienda, muchos jóvenes fueron al Ángel de la Independencia para festejar que Chávez no perdió, sino que “nos robaron los pinches gringos” y se informó del asesinato de Jaime Olvera, de 28 años, victimado a golpes y puñaladas por sus primos ya que tuvo la osadía de “defender” a Julio César.

*The New York Times* realizó fuertes críticas: “Chávez obtuvo un empate porque los dos jueces reciben beneficios de José Sulaimán y Don King. Para muchos asistentes a la pelea, Whitaker fue el ganador y Chávez debe estar contento de mantener su calidad de invicto. El resultado sólo hace recordar una acusación común: el CMB selecciona a los jueces para proteger al ídolo mexicano”.

Sin embargo, la polémica se olvidó pronto.

Sobre todo para Julio César, quien para entonces ya tenía una vida de ensueño: 25 coches, entre ellos tres limusinas, un Rolls Royce blindado, Corvette, Jaguar, Lamborghini, dos Lincoln, dos Suburban, Cougar, Mustang, además de

autos antiguos de colección; bienes raíces en Culiacán, Los Angeles y San Diego; salón de fiestas, terrenos, una constructora, tres modernas gasolineras, joyas y, afirmó Zenteno, hasta un león en su lujosa mansión de Colinas de San Miguel.

--¿Te consideras una persona privilegiada? --le preguntó este reportero en uno de esos momentos raros en los que estaba solo, sin su numeroso séquito de aduladores.

--Bueno... creo que sí. Dios me ha dado mucho, me ha dado demasiado --respondió el peleador, quien de inmediato fue acaparado otra vez por sus incondicionales.

Eran finales de 1993 y el mundo no tenía límites.

Chávez firmó un contrato de exclusividad con Don King y la empresa Metro Goldwyn Mayer (MGM).

“Ganaré 20 millones de dólares por cinco peleas --dijo un ufano monarca--. Logré firmar un contrato similar a la cantidad de dólares que he ganado durante los casi 10 años que tengo como campeón del mundo”.

La revista *Forbes* lo ubicó entre los 25 deportistas profesionales del mundo mejor pagados del año. Quedó en el sitio 23, con ganancias de 8 millones de dólares.

En una rápida visita a México, Don King confirmó la información de *Forbes*, pero corrigió los números de *JC*: “Durante estos 10 años le he dado a ganar a mi hijo Chávez más de 50 millones de dólares”.

Y, para su ego personal, el púgil mexicano fue elegido por la empresa Nintendo como protagonista del primer juego de video totalmente en español.

“Desde hace tiempo tenía el gusanito de tener uno. Sinceramente me siento muy orgulloso de ser el primer latino y el primer mexicano en lograrlo. Así que espero que compren el juego para que se diviertan un poco y tengan el privilegio de noquearme”, expresó *JC* entre carcajadas.

Sus palabras serían proféticas, pero no en el video, sino en la vida real.



### 6.3. Podría parecer mentira: perdió JC

El 18 de diciembre, Chávez realizó su último pleito de 1993. Enfrentó en Puebla al británico Andy Holligan, al que no tuvo problemas para vencer por nocaut en 6 rounds.

La contienda resultó fácil, pero le ayudó a romper un añejo récord. Joe Louis había realizado, 43 años antes, la hazaña de 26 peleas de título mundial sin derrota. Ante Holligan, Chávez llegó a 27.

En ese año, JC congregó a más de 270 mil espectadores, una multitud que nadie le podría igualar.

Así, el sonoreense le dio libertad al cuerpo en las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

Chávez –lo admitiría después— se sentía invencible.

Además de sus victorias, la ciencia también parecía estar de su lado: una tomografía computarizada, que le practicaban cada mes para verificar que los golpes del boxeo no le dejaran secuelas, reveló que su cráneo es más grueso que el de una persona normal.

Así que se repuso de las fiestas hasta mediados de enero de 1994 y sólo entonces empezó a prepararse para lo que pensaba era una contienda fácil: defender su título ante Frankie Randall, un negro estadounidense de 34 años, que tenía más de 8 meses sin pelear y que había estado en prisión durante 20 meses por tráfico de drogas.

Quince días de entrenamiento, pensó JC, eran suficientes para vencer a ese desconocido apodado *Cirujano*.

Los números también estaban con él: era favorito por categórico 14-1.

Para sorpresa de todos –menos, por supuesto, para Don King, cuyo hijo Carl poseía el contrato de Randall--, el mexicano sufrió su primera caída el 29 de enero de 1994, luego de 90 peleas invicto.

“¡Cayó JC!”, tituló el *Esto* y la calificó como “histórica derrota”, mientras que *Unomásuno* fue elocuente: “Podría parecer mentira: ¡Perdió JC Chávez!”.

*Unomásuno* detalló:

“Se acabó.

“Julio César Chávez está en la lona, sufre la amarga pesadilla de la derrota. Vive la noche triste jamás esperada, Frankie Randall terminó con la leyenda del invicto, puso el alto...

“Fue una pesadilla que comenzó justo en el octavo asalto, cuando la mano derecha del estadounidense estremeció el rostro del mexicano con potentes cruzados de derecha, de gancho. La cara de Julio César lucía pálida, sin ánimo, sin alientos y en sus gestos se notaba el rostro de la derrota.

“Pero sólo fue un aviso de un desenlace doloroso, inesperado, ante unos 15 mil espectadores reunidos en el hotel MGM que se miraban con desconcierto al ver caer por primera vez al gran ídolo mexicano...

“Fue una pesadilla con un dominio llamado Frankie Randall, que pleno de facultades despertó violentamente los sueños de grandeza de Julio César, quien a 20 segundos de terminar el onceavo asalto se vio impotente, parado, sin los reflejos suficientes para alzar sus manos y cubrir su rostro, para mover la cabeza hacia un lado como tantas veces lo hizo para esquivar los golpes. Está exhausto, cansado, sin ánimo.

“Y la poderosa derecha cruzada del estadounidense que surcaba el aire como relámpago y que entraba en el mentón del mexicano como un proyectil expansivo, que destruye todo, hasta el grito de ‘¡México, México!’ en apoyo a su ídolo.

“Chávez cae por primera vez a la lona luego de que ningún rival lo había derrumbado a lo largo de 91 combates. El golpe seco, con excelente trayectoria de Randall hacía caer de nalgas al hasta entonces campeón de peso superligero del CMB y sus pies quedan en el aire.

“Fue un onceavo asalto de tragedia para Chávez, el orgullo de México, el gran campeón mexicano, porque desde el inicio del round el árbitro Richard Steele le descontaría un punto por supuesto golpe bajo. Este mismo réferi que anteriormente había hecho cosas raras para ayudar al mexicano, también contribuyó en la derrota de *JC*.

“Chávez se levantó tras la cuenta de protección ante un gran ¡Ahhh! de un público que no podía creer lo sucedido. El mexicano se levantó muy lastimado, pues aunque el golpe fue potente, evidenció una mala condición física, el exceso a lo prohibido...

“En el decimosegundo asalto, Chávez trató de ligar un nocaut como aquel del 13 de marzo en esta ciudad, pero de 1990 ante Meldrick Taylor. Hoy no tenía ya nada en sus puños y Randall boxeo en reversa, sólo marcando sus golpes. Al final, las calificaciones de los jueces fueron 116-111 (desproporcionada), 114-113 para Randall y 114-113 para Chávez, para una decisión dividida que marcó la primera derrota del mexicano...”<sup>(34)</sup>

Chávez había durado 13 años, 11 meses y 14 días sin perder, marca que lo ubica como el segundo mejor peleador de la historia, superando a inmortales como Joe Louis, Muhammad Alí y Rocky Marciano.

Arriba de Chávez se ubicaría después Ricardo *Finito* López, quien dejó el récord en 16 años, 10 meses y 4 días.

El periodista Armando Zenteno –quien para entonces seguía siendo uno de los allegados de Julio César-- relató dos años después “el famoso secreto” que Chávez dijo nunca iba a revelar sobre su derrota ante Randall.

“La historia es muy interesante porque tiene varias facetas –apuntó en su libro *Grandezas y miserias*--. Chávez se había vuelto un peligro para Don King, ya que era un tipo muy exigente en las bolsas de sus peleas y siendo en ese instante su máxima figura, tenía que darle una lección. De tal forma se le preparó a Randall de manera metódica para derrotar a Chávez.

“En primer lugar y como punto esencial ‘se descuidó’ a propósito a Julio César para que cometiera toda clase de excesos, como acostumbraba. King tenía contratada a la puertorriqueña Gladys Rosa como intérprete y relaciones públicas de Chávez... esta señora era a la vez la supervisora de Chávez y la encargada de transmitirle a King toda acción que el mexicano realizara en su etapa de entrenamiento previa a una pelea. Si Julio César se salía de los cauces normales, ella le hablaba al espigado promotor de color para que en caso necesario éste

viajara adonde se encontrara el campeón para corregirlo en su conducta. Para este pleito ante Randall no sucedió así.

“La dama, por el contrario, dio la información de todo cuanto hizo Chávez pero sin intentar corregir su conducta. Randall, en tanto, contó con toda la filmoteca de las peleas de *JC*. Estuvo enterado de sus más recientes males físicos y por supuesto de cuantas borracheras llevó a efecto en las semanas previas al pleito campeonil. En contraste, Julio César fue enterado de que su rival era un oscuro peleador, muy gris, sin clase y sin pegada y que sería un bulto a quien noquearía fácilmente...”

“Chávez ante este panorama y a pesar de que ya había tenido un grave aviso cuando empató con Pernell Whitaker, volvió a las andadas con sus amigotes y ¿sabe usted cuánto tiempo se preparó para la disputa de la corona? ¡Quince días! Nadie lo creería. Este es un tiempo insuficiente siquiera para lograr una desintoxicación ya no digamos total, sino medianamente del cuerpo.

“El colmo de la irresponsabilidad, que le toca compartir a todo su equipo, es que tres días antes del combate, Chávez se encerró con tres mujeres en la suite de su habitación. Lo dejaron como es de suponerse: un guiñapo, sin fuerza en las piernas, elemento básico para un buen desempeño arriba del ring. Ese es el famoso secreto que dijo Chávez que nunca revelaría y que sólo él sabía por qué perdió lo invicto. El, por supuesto, dio otra versión”.<sup>(35)</sup>

El argumento de Chávez sería, simplemente, que alguien le estaba haciendo brujería.

Después de la derrota, *JC* se mantuvo alejado de todos. Sin embargo, con intermediación de su madre Isabel González, aceptó una entrevista con Sergio Lara Mejía.

“Me siento solo, ahora he podido comprobar quiénes son las personas que realmente me estiman. Otras se han ensañado conmigo, me han pegado más de lo que me pegó Frankie Randall. Da la impresión de que hice algo malo, que cometí un crimen... sólo perdí una pelea... pero quiero que tomen en cuenta que lo hice combatiendo, rindiendo mi máximo esfuerzo, di lo que tenía, poco o mucho,

pero no escatimé mis energías”, y su voz se quebraba por momentos y su rostro mostraba tristeza.

La entrevista se realizó en la casa de JC, “una verdadera mansión donde hay plantas por todas partes” y con varios carros que reflejan el gusto del púgil: “Un corvette amarillo, un Viper RT y una limusina gris, todos de modelo reciente, además de un Ford blanco de colección, modelo 40, que se sumaban a otros tres vehículos que estaban en la calle, entre ellos un Mercedes Benz”.

JC llevó al experimentado periodista a la casa donde había vivido su niñez y adolescencia:

“Mira mi viejo, esa era la casa en la que viví con mis (once) hermanos. Ahí crecí, y ahí empecé a soñar con ser alguien algún día. Vengo seguido aquí para no olvidar mi origen, para darle gracias a Dios por todo lo que me ha dado... Por eso deseo que todo mundo sepa que, dentro de mis errores, nunca ha estado el sentirme más que nadie. Tú ves esa casa, pero antes yo había vivido en un vagón de ferrocarril. No olvido tampoco que lavé carros, hice mandados, vendí periódicos, en fin, hice muchas cosas modestas para ganarme un centavo. He ganado dinero, mucho dinero, pero de ninguna manera eso me cambió. Sería ofender a Dios el portarme soberbio”.<sup>(36)</sup>

Chávez dijo haber recibido llamadas de aliento del entonces presidente Carlos Salinas y de los cantantes Luis Miguel y Pedro Fernández.

Hasta antes de la sorpresiva derrota ante Frankie Randall, Julio César representaba la imagen del triunfador, el deportista perfecto, el boxeador invencible, y su imagen fue utilizada para anunciar todo tipo de productos: bancos, aviones, chicles, perfumes, comida *chatarra*, relojes, petacas, cervezas, libros y ya hasta se le anunciaba en una telenovela con *Lucerito* llamada *Sueños de un campeón*.

Incluso, Sylvester Stallone le había propuesto que interviniera en algunas de sus películas, pero el mexicano rechazó la invitación al no dominar el inglés y no sentirse a gusto en la actuación.

Tenía, también, su propio perfume.

El doctor Alfonso Morales narró la forma en que se creó el llamado “Autógrafo aromático de Chávez”:

“Días antes de la batalla de El Alamo, efectuada en San Antonio, los químicos de la firma con sede en Nueva York utilizaron toallas y camisetas especiales para absorber el sudor de Julio, prendas que de inmediato fueron congeladas para preservarlas y así purificar el sudor y producir un líquido con marca corporal de Chávez, el cual es conocido como *Pheroessence*. El líquido fue mezclado con aceites exóticos, por lo que en el mercado existe una edición limitada, así que los fabricantes recomiendan usarla de manera racional. La fórmula química incluye hierbas, cítricos endulzados con ámbar y musgo sobre una base de maderas preciosas, así que este es un hecho inusitado en los anales de un peleador mexicano. Al vender la colonia se entrega un certificado de autenticidad firmado por Chávez, mismo que confirma que el sudor de la camiseta y la toalla es suyo y la mezcla arriba anotada para crear el aroma. La esencia se llama *Fight Sweet*”.

Pese a la caída, *JC* seguía siendo una de las principales figuras boxísticas a nivel mundial, así que le concedieron la revancha directa ante Randall tan sólo cuatro meses después de su primer duelo.

Chávez inició sus entrenamientos en Toluca, donde fue entrevistado por este reportero:

“Es difícil reconocerlo.

Ya no es aquel *JC* risueño, contento y siempre dispuesto a la broma.

Es otro.

Es un Chávez triste en verdad, con los ojos pequeños y vidriosos, con la mirada pérdida, con el semblante gris, con los gestos ablandados.

Es otro *JC*.

También es un *JC* solitario: su numeroso equipo, que antes se calculaba en unas 50 personas, ahora esta reducido a lo mínimo...

Chávez ha cambiado desde aquella noche del 27 de enero, cuando Frankie Randall lo mandó por primera vez a la lona y le hizo conocer la derrota, un sabor que todavía no olvida.

--¿Qué ha cambiado, Julio?

--Ha cambiado todo. A veces me siento bien, a veces me siento tristón y solo, aunque siempre estoy rodeado de mucha gente... pero no sé qué pasa en mí, los problemas no dejan de seguirme... no sé qué me pasa, pienso bastante. Estoy aquí y no estoy aquí, estoy en otro lado. La verdad me siento desubicado.

--Tú eras el deportista ideal, la persona que viene desde abajo, que se va forjando y va conquistando fama y dinero. ¿Has pensado lo qué representas para los mexicanos?

--Bueno, sí. Y por eso trato de ser un ejemplo para niños y jóvenes, porque donde quiera que voy me siguen mucho.

--Muchos pensaron que nunca perderías, que no ibas a caer en el ring. ¿Pensaste tú lo mismo?

--Sinceramente yo también lo pensé, pero pues ya ves... yo creo que vale uno más cuando cae y se levanta y sobresale. Así que voy a seguir.”<sup>(37)</sup>

Y siguió, en efecto, pero acompañado de su compañera eterna: la polémica.

El 7 de mayo de 1994 volvió a enfrentarse con Randall. Esa vez el mexicano sí llevaba una buena preparación, pero el apodado *Cirujano* se estaba imponiendo nuevamente.

Cuestión de estilos, dijeron los expertos: Frankie contaba con una poderosa y certera mano derecha ante la que el mexicano no tenía defensa.

“Cuando *JC* se lanzaba por el todo o nada, con el alma y el cuerpo por delante; cuando el mexicano pagaba tributo a sus más de 14 años en el boxeo y no cayó a la lona otra vez y siguió adelante sólo por su inquebrantable espíritu de guerrero; y cuando Chávez parecía estar más cerca de la derrota que de la victoria, el milagro le llegó en la frente:

“Un cabezazo sin intención de su rival le abrió más de 3 centímetros en la frente después de 8 reñidos y dramáticos rounds, el réferi Mills Lane le quitó un punto a Randall y fue ahí donde el mexicano encontró la victoria: el médico de ring decidió que la pelea no podía continuar y Chávez fue favorecido en las tarjetas de los jueces con un triunfo por una decisión técnica tan dividida como polémica y recuperó así el título mundial superligero del CMB”.<sup>(38)</sup>

A pesar del triunfo, Julio César ya no era el mismo.

David Faitelson, reportero de *TV Azteca*, fue a la residencia de Chávez en Culiacán y mostró a nivel nacional una triste imagen del campeón: *JC* empezó a romper las paredes de sus lujosas habitaciones en busca de objetos de hechicería.

“En mis últimas dos peleas con Frankie Randall ha sucedido algo muy raro en mi estado físico. Es una historia larga de contarles. Yo no sé si ustedes creen en la brujería, yo no creía, pero ahora sí creo”.

### **6.3.1. El último acercamiento al poder**

Para levantar la imagen del sonorenses –que seguía llenando las arenas y vendía miles de señales de Pago Por Evento en México y Estados Unidos--, el astuto Don King le consiguió la revancha ante Meldrick Taylor.

Pero el estadounidense ya no era ni su sombra.

Taylor había sido despojado de su título welter de la AMB y recibió una golpiza de su compatriota Terry Norris, quien lo noqueó en 4 episodios.

Ya estaba listo para el retiro, pero Don King, como un gran negociante del pugilismo, le dio una gran publicidad a la pelea y la anunció como una sensacional revancha, luego del vibrante duelo entre ambos realizado cuatro años antes.

Ante un regordete Taylor, el mexicano no tuvo ningún problema para imponerse por nocaut en 8 episodios, en Las Vegas.

Chávez, sin embargo, le siguió sacando provecho a su carrera y tres días después del duelo, el 20 de septiembre de 1994, fue recibido otra vez por Salinas de Gortari, a quien le había dedicado la contienda.

La Presidencia de la República, mediante un boletín de prensa, informó: “Durante el encuentro cordial, efectuado en el salón Vicente Guerrero, el jefe del Ejecutivo felicitó ampliamente a Chávez por su triunfo del sábado pasado. ‘Sólo quería expresarle a Julio César el entusiasmo que tenemos por su victoria. El ha mostrado que tiene la fuerza, la inteligencia, la preparación y la capacidad para haber regresado como un verdadero campeón’, le dijo el presidente al boxeador”.



Fue el último acercamiento al poder.

Y casi de inmediato, el 21 de octubre, empezó a comprender que sus épocas de gloria habían terminado.

“Un mes después de haber sido recibido por Salinas en Los Pinos, el periodista Felipe Victoria Zepeda lo vincula con el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, pues según él, el boxeador estuvo con Guillermo González Calderoni en una fiesta en Las Vegas, donde pudo planearse el asesinato. No se comprueba nada”.

Felipe Victoria, autor de los libros *Testigo a la fuerza* y *El imperio de la impunidad*, señaló que es necesario que la PGR investigue quiénes se reunieron el pasado 17 de septiembre (1994) en Las Vegas, Nevada, y si estuvo el boxeador Julio César Chávez. Ese día fue, precisamente, su combate ante Taylor.

“La PGR tendrá que investigar si Julio César Chávez se reunió con González Calderoni y otras personas en la fiestecita ofrecida en su honor en un lujoso hotel de Las Vegas, durante las fiestas patrias, pues fue ahí donde se ultimaron detalles respecto al asesinato de Ruiz Massieu”, subrayó.<sup>(39)</sup>

No fue esta la única vez que se relacionó al boxeador con la familia Ruiz Massieu.

*El Financiero* publicó el sábado 12 de octubre de 1996: “Según (Armando) Zenteno, un policía bajo las órdenes de Mario Ruiz Massieu cuando éste era subprocurador, coordinó a un grupo que investigaba a Chávez y, como parte de las indagaciones, Federico Martínez y otros cuatro agentes ‘acudieron a Las Vegas, Nevada, para vigilar al campeón y a los jefes del narcotráfico que acudieron a verlo pelear en una función en el hotel Mirage...”

“Martínez, testigo de descargo de Ruiz Massieu en el juicio que se le siguió en Newark, confesó lo anterior al comparecer en diciembre de 1995 ante las autoridades de Estados Unidos y reveló que la llamada Investigación Especial del Caso Chávez tuvo un costo de 16 mil dólares y, además de información recopilada por la Procuraduría General de la República (PGR), el gobierno mexicano recibió informes de la policía estadounidense antinarcóticos...”<sup>(40)</sup>

Carlos Salinas terminó su mandato el primero de diciembre de 1994 y el boxeador ya no sería recibido jamás en Los Pinos, a pesar de que constantemente buscó acercarse con el sucesor, Ernesto Zedillo.

Chávez terminó el año con otra defensa exitosa de su campeonato, al imponerse en 10 episodios al estadounidense Tony López, en Monterrey. No hubo el lleno esperado en el Parque de Beisbol y sí pérdidas para los organizadores locales.

Las escasas ganancias fueron, por supuesto, para Don King.

La revista *Forbes* lo ubicó en el sitio 16 de los deportistas mejor pagados en el año a nivel mundial, con ganancias estimadas en 8.5 millones de dólares.

Sin embargo, *JC* dijo estar muy enojado con esa cifra: “¡Se fueron abajo, muy abajo! Además, Hacienda me devuelve dinero. Yo no le pago. Me devuelve dinero”.

La declaración sorprendió en ese momento, pero dos años después, el púgil se vería inmiscuido en un grave problema con la SHCP.

La revista *Business Week*, por su parte, le acreditó ganancias superiores a los 20 millones de dólares: 10 mdd por su primera pelea ante Randall, 5 por la revancha, 3 ante Taylor y 2 por aspectos publicitarios y la contienda ante Tony López.

Entre sus invitados al festejo triunfal sobre el *Tigre* López, en una suite de un lujoso hotel regiomontano estuvieron Carlos Emiliano Salinas, hijo del ex presidente Salinas, y Manuel Bartlett, vástago del político del mismo nombre.

*JC* confesó a varios reporteros, entre ellos a quien esto escribe: “Últimamente he estado muy cerca de Dios, ha bajado, me ha bendecido y me ha dicho muchas cosas...”

--¿Cómo cuáles, Julio?

--Varias, pero sobre todo me ha dicho que hay que dejar que los perros ladren, porque cuando ladran uno está vivo.

--¿Fuiste el boxeador del sexenio?

--No. Simplemente el presidente Salinas de Gortari y yo tuvimos una relación muy estable, de amigos. Le gustaba el deporte como ahora también le gusta al presidente Zedillo y creo que va a seguir por la misma secuencia.”<sup>(41)</sup>

No fue así.

En 1995 su vida fue un tobogán cuesta abajo.

### **6.3.2. Bajo silbidos y abucheos**

En 1995 los mexicanos empezaron a sufrir las consecuencias del llamado error de diciembre, en el inicio del sexenio de Ernesto Zedillo.

Julio César, millonario en dólares, aseguró que también estaba siendo perjudicado por la crisis.

“Toda esta situación me ha afectado mucho, porque yo también le debo a los bancos. Para mis edificios, gasolineras y otros negocios tuve que pedir prestado y los intereses están muy altos”, se quejó y consideró que el país era un desastre en los aspectos económico y político: “El problema de México no es la pobreza, sino el hambre. Lo único que quiere la gente ahorita es comer”.

Dijo estar en comunicación con Mike Tyson, quien había sido encarcelado acusado de violación. “Va a estar en mi pelea ante Parisi y estaremos juntos en una función. Tyson me da muchos consejos porque anda muy metido con la religión y me dice que me deje de... de hacer las cosas que hago”.

--¿Qué cosas, Julio?

--No, para qué te cuento --respondió Chávez entre carcajadas.

No fue muy difícil deducir “las cosas” que no quiso mencionar, luego de observar su rendimiento ante Giovanni Parisi.

La noche del 8 de abril, en Las Vegas, *JC* se impuso por decisión en 12 episodios al italiano, pero descendió del ring del lujoso hotel Caesars Palace bajo silbidos y abucheos ante su pobre exhibición.

Dos días después, denunció “hostigamiento fiscal” de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público: “Varias de mis propiedades fueron cateadas en mi

ausencia... todo mi dinero es limpio, ya estoy harto de que me investiguen constantemente”.

No sería el único frente que el púgil tendría abierto en sus guerras interminables fuera del ring.

Pero esta vez fue donde más le dolía: su esposa Amalia Carrasco lo demandó por el delito de lesiones el 20 de junio. Cuatro meses después –como la abnegada esposa que fue a pesar de todo--, la sinaloense desistió de la querrela.

Sin embargo, para la familia Chávez Carrasco ya nada sería igual.

Tan sólo al mes siguiente, los problemas de *JC* subirían al ring.

El 29 de julio el mexicano realizó un duelo intrascendente en Chicago, sin el título en juego, programada únicamente para ganar algunos miles de dólares.

Su récord indica un triunfo en el primer round, sobre el estadounidense Craig Houk, pero Armando Zenteno lo llama “el gran fraude”.

El promotor, José Venzor, demandó por fraude a Don King, Julio César Chávez, Al Braverman, Craig Houk y Don King Productions.

Don King, dueño del contrato de *JC*, le pidió 250 mil dólares a Venzor para que pudiera presentar a Chávez ante la numerosa colonia mexicana radicada en Chicago.

Narra Zenteno: “Faltando 14 días para el pleito, la publicirrelacionista de Don King, Gladys Rosa, alejó al campeón (Chávez) de entre la gente y de manera discreta le comunicó que no se preocupara mucho, que ya estaba todo arreglado con Craig Houk. Esto lo confirman la conducta adoptada por Chávez en su estancia en Chicago en donde cuando mucho entrenó a medio gas unos cuatro días y sostuvo por lo menos una pelea de barra, es decir, de cantina”.<sup>(42)</sup>

Añade que Craig aceptó “dejarse caer” a cambio de 10 mil dólares, pero Don King se quedó con 40 mil que le correspondían al púgil, ya que el contrato estipulaba 50 mil dólares.

“El asunto estaba tan planeado que precisamente por ello es que Don King no permitió bajo ninguna circunstancia que la pelea fuera transmitida ni siquiera de forma diferida ni para México ni para ninguna otra parte. La gente de su equipo que estuvo presente en el United Center decomisó las grabaciones realizadas por

el equipo de televisión de la casa de los Bulls y además ordenó que las cámaras de los noticiarios de televisión de varias cadenas estadounidenses no grabaran. Sin embargo, una cadena de televisión hispana logró dejar encendida su cámara y captó el minuto y 38 segundos de la farsa, documento que se anexó a la demanda como prueba irrefutable de que Craig Houk se dejó caer sin golpe de por medio, situación con la cual no contaba Don King. De la grabación obtenida se sacaron fotografías cuadro por cuadro y en ningún momento se advierte que Houk haya sido lastimado por Chávez.”<sup>(43)</sup>

Don King, acostumbrado a moverse de los cuadriláteros a las cortes, salió triunfante otra vez.

La demanda, en la que Zenteno estuvo involucrado, no prosperó.

Por esa causa, el periodista terminó su relación personal con el púgil, a quien acusó de haberlo amenazado: “Armando Zenteno... se había visto obligado a demandar penalmente a JC Chávez, tras recibir amenazas de muerte, luego que fue enterado Chávez... de que Zenteno había comparecido en las cortes de Illinois, como testigo en el juicio que se le sigue por fraude deportivo, aunado a la futura aparición de este libro”.<sup>(44)</sup>

#### **6.4. Un edificio de 12 millones de dólares**

Septiembre ha sido el mes más exitoso para Chávez.

Pero el de 1995 es de malos recuerdos.

El día 7 del mes patrio, Arrendadora Bancomer le embargó ocho propiedades para cubrir un adeudo de 10 millones de pesos. El banco amenazó con rematar su residencia del lujoso fraccionamiento Colinas de San Miguel, una moderna estación de gasolina, un edificio, tres lotes y dos terrenos urbanos.

Explicó JC: “Esos funcionarios actuaron de mala fe. Me retrasé dos meses en los pagos, les dejé de pagar 500 millones de pesos, se me olvidó pagar y me hicieron un juicio a mis espaldas. Pretendieron cobrarme mil 200 millones de pesos viejos para calmar la situación y los mandé a volar. Yo les debo 7 mil millones de pesos viejos y se los quería pagar en efectivo, pero ellos querían 12

mil millones de viejos pesos y no me dejé. Mis bienes garantizan 15 veces más de lo que yo les debo. Hicieron un avalúo como quisieron. Imagínate, mi casa de 2.5 millones de dólares fue valuada por ellos en 2 mil millones de pesos viejos. El edificio de 12 millones de dólares está siendo rematado en mil 500 millones de pesos viejos. La gasolinería que me salió en 4.5 mdd fue valuada en 5 mil millones de pesos viejos. O sea, todo a su conveniencia”.

Chávez y el banco llegaron a un acuerdo al mes siguiente –el púgil renegoció su deuda, liquidó un millón de dólares, acordó pagos mensuales y la orden de embargo fue suspendida--, pero el conflicto reflejó sus malas inversiones.

“¿A quién se le ocurrió aconsejarle que construyera un edificio con un elevadísimo costo, cercano a los cinco millones de dólares (Chávez había confesado que fueron 12 mdd) para rentarlo como oficinas? –apuntó Zenteno--... Cuántos años tendrían que pasar simplemente para recuperar la inversión. Es increíble que no haya una sola de sus inversiones que sea redituable. Lo mismo estaciones de gasolina que más fueron proyectadas con todo el lujo del mundo para impresionar a la gente, que para cumplir con la función de dar servicio y punto. Salones de fiestas y gimnasios en quiebra, abandonados, compras y más compras de terrenos, adquisición de casas y residencias, yates de lujo y lo que es un insulto a la pobreza, la impresionante colección de vehículos de marcas extranjeras que se duda tenga siquiera un emir, porque no es de gente pensante amontonar por doquier en Culiacán autos y más autos sin causa alguna, más que la vanidad. Y luego el mismo Chávez se pregunta: ¿estoy en la bancarrota?”.<sup>(45)</sup>

Las malas noticias continuaron en su siguiente defensa de título mundial.

En ese mismo septiembre de malos recuerdos, intentó seguir siendo el deportista consentido de Los Pinos.

Recurrió al viejo truco de todos los boxeadores: dedicarle la contienda al político con el que quieren congraciarse.

Acostumbrado al poder, se fue a lo más alto: ofreció la pelea ante el keniano David Kamau al presidente Zedillo, pero las puertas de la política se le habían cerrado para siempre.

“Con toda seguridad, el presidente Ernesto Zedillo trató de evitar a toda costa esa cita y las consabidas fotografías para la historia al lado de Chávez, que lo mismo se retrata con Caro Quintero que con Salinas de Gortari. Tal vez piensa que no hay mucha diferencia entre uno y otro”, señaló un puntilloso Zenteno.<sup>(46)</sup>

JC retuvo su cetro al imponerse en 12 asaltos al africano, pero sus batallas más fuertes ya estaban abajo del ring.

“Júrenlo que me iría de México debido al hostigamiento de que soy objeto en este país”, expresó al informar que llegó a un arreglo con Arrendadora Bancomer. Renegoció su deuda, acordó realizar varios pagos y expresó: “Ya no quiero saber nada de bancos”.

De lo que tampoco quería saber era del gobierno: “Todas las autoridades de México me han investigado y no me han encontrado nada. Soy priísta por convicción, he ayudado y apoyado mucho al PRI y ahora resulta que me andan investigando...”

Apuntó el diario *Esto*: “Chávez denunció que la PGR lo investiga por supuesto *lavado* de dinero, por dizque narcotraficante: ‘Yo soy boxeador, todo lo que gano lo he invertido en México. No tengo ninguna inversión fuera de México, vivo en Culiacán, pero de continuar con todo esto, en verdad que me dan ganas de irme a vivir a Estados Unidos’...”<sup>(47)</sup>

Pero Chávez ya sólo iba de un problema a otro.

Ese mismo octubre, su promotor Don King fue enjuiciado por un tribunal federal de Nueva York por una reclamación fraudulenta de un seguro tras la cancelación del duelo de título mundial entre Chávez y Harold Blazier en 1991.

La acusación señalaba que King presentó a los aseguradores londinenses de Lloyds un falso contrato y documentación apócrifa de gastos en relación con esa contienda, que fue cancelada.

Don King obtuvo 350 mil dólares de la aseguradora al entregar un falso contrato en el que estaba estipulado que el mexicano tendría una compensación económica por concepto de gastos de entrenamiento en caso de suspensión del combate. Según la acusación, JC no recibió ni un centavo de esos 350 mil dólares.

El mexicano testificó en Nueva York el 17 de octubre y aseguró que nunca firmó el contrato con el que el poderoso promotor solicitó el pago del seguro. Sin embargo, admitió que varias veces signó contratos en blanco que estaban en posesión de King.

“Lo más increíble de la declaración de Chávez –señaló la agencia española Efe-- es que después de 98 combates, 33 de ellos por un título mundial en juego, y tras ser considerado el mejor boxeador del mundo, resulta que ahora le debe a King un millón y medio de dólares en adelantos. El argumento de Chávez sobre el déficit de su administración fue que en México, donde vive, tiene que alimentar a 20 familias”.

#### **6.4.1. “¡Maldito dinero!”**

El 24 de octubre, el *Diario de Culiacán* publicó en primera plana que la esposa del peleador, Amalia Carrasco, acudió a la Procuraduría General de Justicia del Estado para presentar una demanda por riña y lesiones. Chávez desmintió las versiones de que había golpeado a su mujer y que lo habían aprehendido, pero admitió que tramitaba su divorcio.

*JC* vivía uno de los peores momentos de su vida.

El mediodía del jueves 26, en un programa de radio, mostró una imagen patética de su situación: vivía encerrado en su casa, resentido, en la ruina económica, y sin querer saber de nadie.

En el programa *De Revista*, conducido por Martha Susana y Enrique Álvarez Félix, el boxeador exitoso se mostró como un ser humano destrozado.

--¿Cómo siguen tus problemas? --le preguntó la conductora.

Chávez ni siquiera preguntó si estaban o no al aire.

Lloroso, respondió: “¡Me he quedado solo!... estoy en bancarrota, toda mi familia me ha explotado... Le he dado dinero hasta a mis cuñados para que pongan negocios y gasolineras, pero entre mis familiares hubo una serie de envidias porque creen que a unos les di más que a otros. También firmé



documentos en blanco para que algunos familiares y amigos me llevaran cuentas y negocios, pero se aprovecharon de mí e hicieron malas inversiones...”

--¡Maldito dinero! No quiero saber nada de nadie --repitió entre sollozos que a veces hacían inentendibles sus respuestas.

“Llevo varios días encerrado. No quiero ver a nadie... ni de mi madre quiero saber nada, ni de la prensa, ni de Sulaimán ni de Don King... mucho menos de ellos”.

Habló de “los narcos de Sinaloa”, quienes continuamente le pedían tomarse fotos con él: “A todos los conozco perfectamente, nunca me pude negar a convivir con ellos pues temía que mandaran matarme a mí o a mis hijos. Soy amigo de Francisco Arellano Félix, pero eso no quiere decir que yo sea narcotraficante. Si eso creen, que la PGR me ponga gente para que me cuide y verifique lo que hago”.

Dijo estar “harto” del gobierno y confesó que sus relaciones con políticos del sexenio de Salinas le dejaron muchos problemas: “Me han fregado mucho”.

Con frases entrecortadas, a veces gimiendo, expresó amargamente: “A mí nunca me han noqueado en el ring, pero mis promotores y mis familiares sí me han derrotado... No entiendo a mi esposa. ¿Cómo creen que voy a golpearla? Comprendan que si la golpeará, la mataría de un puñetazo... Yo soy joven, tengo dinero, se me acercan las muchachas y me gustan, ¿qué puedo hacer? Lo que más me duele es que me dejen mi esposa y mis hijos a quienes tanto quiero. Ellos son todo mi amor y toda mi vida; si los pierdo, si no regresan conmigo, no sé qué voy a hacer...”

Martha Susana, alarmada, lo interrumpe: “Por favor, no vayas a cometer una locura”.

Y Enrique Alvarez Félix añade: “Este hombre necesita ayuda urgente, ayuda de un profesional, de un sicólogo, de alguien que tenga conocimientos, pero inmediatamente”.

Al final, después de unos 30 minutos de amargo desahogo, los comentaristas mandan a una pausa comercial mientras Chávez llora desconsoladamente.<sup>(48)</sup>

En entrevista, el experto boxístico Eduardo Lamazón definió: “Chávez es el prototipo del boxeador que tocó el cielo con sus manos y ahora ha perdido tierra para ubicar sus pies. Apenas está empezando a sufrir, viene su decadencia, se va a empezar a quedar solo, olvidado por esos amigos que lo han acompañado por tantos años. Ha sido un boxeador exitoso y el éxito no se perdona porque crea envidias, rencores y enemistades. En este momento está profundamente desorientado, perdido y sin control. Y ya lo único que está buscando es una puerta por la cual salir, pero no la encuentra”.

--¿Cuál es el origen de los conflictos del peleador?

--La ignorancia de Chávez. Sí, es muy doloroso decirlo, pero así es. Creo que alguien que hubiera ido a la escuela habría solucionado todo eso en 24 horas... No acepta el consejo de alguien que no le va a pedir algo. Creo que no sabe dónde están los buenos consejos y prefiere huir con esos amigos de las copas, las fiestas y las trasnochadas.

En noviembre, el profesor Daniel Castro Ugalde, preparador físico del sonoreense, informó que había concluido el divorcio de *JC*, aunque después el púgil lo desmintió.

“Julio tiene un fideicomiso donde asegura de por vida la educación de sus tres hijos. Amalia, conforme a los registros de propiedades y cuentas bancarias, tampoco tendrá ningún problema, ni presente ni futuro. Julio está demostrando con papeles y estados bancarios que siempre confió y le dio todo a ella. Todos los hermanos de su esposa y sus propios consanguíneos tienen a su nombre casas, carros y cuentas de banco”, confió.

“Espero que a Julio no le afecte demasiado su divorcio. Ojalá que no sea débil y se vaya a dedicar sólo a tomar”, expresó su mánager Cristóbal Rosas.

#### **6.4.2. “Salinas me decía que me cuidara mucho”**

El año todavía le traería un problema más a *JC*: rompió su relación con Don King para firmar contrato con el más feroz opositor del promotor de los cabellos erizados, Bob Arum, un abogado egresado de Harvard que le prometió la batalla

ante la figura naciente del boxeo en ese tiempo: el mexicano-estadunidense Oscar de la Hoya.

Don King, acostumbrado a la polémica, viajó a la ciudad de México para estar en el festejo con motivo de los 20 años de José Sulaimán al frente del CMB.

“A mí nadie me quita a mis boxeadores —exclamó el sagaz promotor—. Julio tiene contrato conmigo. Si actuó en mi contra en el juicio de Nueva York, es otro problema. A Julio lo he llevado desde que no era nadie hasta hacerle ganar 40 millones de dólares y todavía me debe dos millones... pero yo lo quiero como mi hijo, espero que se comunique conmigo y que no tome muchas cervezas frías”.

En diciembre de ese aciago año, *JC* reveló al semanario *Proceso*: “Carlos Salinas supo de mi relación con los narcotraficantes y me recomendó que me cuidara”.

Fue entrevistado en la sala de trofeos de su residencia —“tras varias semanas de insistencia y luego de una espera de casi cinco horas a las puertas de su casa”— y se mostró insistente: “No soy narcotraficante, ni adicto a la cocaína, ni *lavo* dinero. La gente que me conoce sabe muy bien que digo la verdad”.

Agregó: “Sí, la he pasado bastante dura en estos últimos meses; hay mucha gente negativa que ha tratado de perjudicarme diciendo que soy esto o que hago esto otro. Luego se me vinieron los problemas con Hacienda, con Bancomer, con Don King y, finalmente, lo de mi divorcio... Todo se me juntó, fueron golpes muy duros. La verdad es que reventé como nunca lo había hecho en mi vida... es muy lenta la recuperación, como la de los enfermos de males graves...”

--¿Recuerda la entrevista que dio por radio hace un mes en la que se mostró desconsolado, destruido? ¿Qué piensa ahora de eso?

--Pues no sé, yo dije lo que sentía, estaba muy deprimido en ese momento...

--Se temió, inclusive, que su desesperación lo llevara a “hacer una locura”.

--Pues sí, la verdad sí, hay veces que hasta ganas de matarse le dan a uno. Ahorita me están ayudando unos amigos y me he recuperado mucho. Yo siempre he sido una persona muy sensible, muy sentimental, entonces pues se me juntó todo, y lo último (su divorcio) fue como el tiro de gracia.

--Ultimamente se ha quejado de quienes lo relacionan con los principales jefes del narcotráfico...

--Son amigos míos y lo van a ser toda la vida, mientras no se metan conmigo y no me inmiscuyan en sus cosas.

--¿Quiénes son ellos? ¿Puede decir sus nombres?

--No. Vivo en Culiacán; acuérdate quiénes son los narcotraficantes de aquí, son todos, y todos ellos tienen hijos chiquitos y cuando tienen un bautizo o un cumpleaños o algo y los niños quieren conocerme, a veces me mandan llamar y si no voy me los echo de enemigos, me matan un hijo o me matan a mí; ¿por qué no voy a ir? Yo no tengo nada que ver. Es por eso. Nombres no te los voy a dar.

--Usted tuvo mucho contacto el sexenio pasado con el presidente Salinas de Gortari ¿Alguna vez habló de esto con él?

--Claro que sí, muchas veces, y él entendía y me decía que solamente me cuidara mucho. El licenciado Salinas supo apreciar mis logros y siempre me dio muy buenos consejos. Le tengo un gran aprecio y agradecimiento.

--¿Con quién platicó en la Procuraduría para que lo dejaran en paz?

--No te voy a dar nombres, ellos saben que yo no tengo nada que ver, me han investigado de los pies a la cabeza.

--¿Y los narcos lo han dejado tranquilo o lo siguen buscando?

--No, gracias a Dios ya no he tenido contacto; ellos entienden que lo que quiero es estar tranquilo. Ahora, si yo tomo, tomo solo... pero ¿ya conoces la casa? ¿Quieres conocerla? Ven, te la voy a mostrar.<sup>(49)</sup>

Para iniciar con éxito 1996, a JC le consiguieron un cómodo rival, Scott Walker, a quien noqueó en dos rounds, en Las Vegas.

Enviado a la llamada ciudad del juego, el periodista José Luis Camarillo escribió en el diario *Esto*:

“Para nadie es un secreto que JC, el más grande boxeador que ha dado México, mantuvo una fortuita pero prolongada relación con Francisco Arellano Félix, actualmente recluso en la cárcel de alta seguridad de Almoloya y quien es hermano de dos de los más buscados narcotraficantes de México, a los que se atribuye ser jefes del llamado cártel de Tijuana.

“También muchos de los representantes de medios de comunicación llegamos a convivir con Francisco Arellano, porque era el promotor de boxeo de la discoteca *Frankie Oh* de Mazatlán, donde presentó las peleas de *JC* contra *Bazooka* Limón y Javier *Rocky* Balboa.

“Francisco Arellano Félix, a quien la gente del equipo de Julio conocía como *La Pancha*, aparece en distintas fotografías de los entrenamientos del púgil sonoreense e incluso arriba del cuadrilátero, en algunas de sus peleas de campeonato del mundo.

“Cuando *JC* ha sido presionado por los medios informativos de Culiacán, donde radica desde niño, respecto a su supuesta relación con gente ligada al tráfico de enervantes, ha respondido con firmeza: ‘no puedo andar preguntando por su actividad a toda la gente que se me acerca’.

“Rodolfo Chávez González, ex boxeador y el mayor de los 9 hermanos que tiene *JC*, accedió a hablar con *Esto* sobre el difícil tema de las drogas: ‘La única persona que he conocido que según era narcotraficante es Francisco Arellano. Lo conocimos hace muchos años en Mazatlán. Se dedicaba a promover peleas de box, incluso trabajé con él en sociedad promoviendo box... Julio peleó en dos o tres ocasiones en la *Frankie Oh*, la discoteca que tenía él, entonces hicimos una buena amistad, pero, la realidad, fue en cuestión de negocios. Nunca nos dimos cuenta que él anduviera en otra cosa, nosotros sabemos que su familia era la que se dedicaba, no él. A Francisco Arellano nunca lo vimos que anduviera en cosas del narcotráfico. A mí me tocó convivir con él y siempre era una persona que corría todos los días, que hace mucho ejercicio y nunca lo vi en algo sospechoso. Rara vez lo vi tomarse una cerveza”.

Más: “La relación (con Francisco Arellano) siempre fue de boxeo. Ustedes saben, a tí te consta, que él hizo muchas peleas de box en la *Frankie Oh*, entonces esa fue la relación que tuvimos con él, de boxeo. Era una persona que nunca andaba armada, nunca lo vimos armado, ni con gente armada. Pero no puede pelearse uno con la gente, a veces convive uno con ellos, entonces eso lo pueden malinterpretar muchas veces. Pero no puede pelearse uno con la gente, mandarlos por un tubo o hacerles mala cara o algo así... pero te recalco, debo

admitir que nosotros hemos tenido la culpa en dejar que se nos acerque mucha gente negativa que nos ha perjudicado, que nos ha llevado entre las patas a Julio, a mis hermanos y a mí, porque hemos convivido con mucha gente de esa. Esa es la verdad”.<sup>(50)</sup>

#### 6.4.3. La muerte de un *sparring*

La pelea ante Walker fue el preámbulo para lo que sería el duelo más grande en la carrera del mexicano: ante Oscar de la Hoya, el único medallista de oro en boxeo para Estados Unidos en los Juegos Olímpicos de 1992.

De la Hoya era, es, el símbolo del sueño americano: joven, exitoso, millonario, querido por hispanos y sajones, asediado por bellas mujeres y alguna vez hasta cantante, mostró las banderas mexicana y estadounidense cuando alcanzó la gloria olímpica en Barcelona.

Sin embargo, al llegar a la contienda con Chávez, De la Hoya parecía más un producto publicitario que un gran boxeador. Su promotor, Bob Arum, le había facilitado el camino para que ganara dos títulos mundiales en superpluma y ligero en tan sólo 14 duelos profesionales y en organismos de escaso prestigio.

Además de la juventud y mayor alcance que *JC*, Oscar tenía otro punto a su favor: había sido entrenado por el yucateco Jesús *Choláin* Rivero, todo un maestro en el arte de la técnica boxística y cuyo mejor pupilo fue el campeón Miguel Canto.

De la Hoya era un auténtico tira-piedras, como se les dice a los púgiles que lanzan golpes sin sentido, pero *Choláin* le hizo ver videos de Willie Pepp, Joe Louis y *Mantequilla* Nápoles. Y no sólo le enseñó a boxear, sino que también trató de encauzarlo por la lectura y le habló de Shakespeare y Nietzsche, de historia y filosofía.

Ex estudiante de Filosofía y Letras por la UNAM, *Choláin* tenía muy clara la imagen de *JC*: “Chávez ha puesto su prestigio al servicio de unos gobernantes corruptos. Ha dedicado peleas a un sistema económico y político cuyos representantes han traicionado los intereses de México, han vendido, saqueado al país. Siempre he criticado a boxeadores como Chávez, Olivares, Pipino Cuevas,

pues han tenido que dedicar peleas al jefe de la policía, al gobernante o al presidente de la República, ¿para qué? Piensan sacar ventajas sociales. Eso le ha creado una mala imagen a Chávez”.<sup>(51)</sup>

Y mientras el joven De la Hoya se dedicaba por completo a su entrenamiento, a Julio César lo perseguían los problemas: durante su concentración en Metepec fue asesinado su *sparring* Jesús *Bebé* Gallardo, así como un funcionario mexiquense, Jesús Sánchez Angulo, a las puertas del hotel Holiday Inn, el 9 de abril.

Surgieron otra vez las versiones del narcotráfico alrededor del campeón mundial.

Chávez se defendió: “Yo pido a las autoridades que se esclarezca el caso de Jesús Gallardo por bien de Toluca, del boxeo, de nosotros y de todos, que se acabe esto ya. Haré todo lo que esté a mi alcance. No tengo miedo de nada, el que nada debe, nada teme. Todo lo que se ha dicho de mi persona y mi *sparring* son puras especulaciones, por lo que estoy en la mejor disposición de entrevistarme con el procurador general de justicia del estado de México. Muchos están manejando el narcotráfico, de esto o del otro... Es cierto, él tuvo un problema que yo no sé en lo particular, él vivía en Tijuana y yo en Culiacán; éramos amigos, pero yo no sabía nada de sus cosas... él hace un año y medio que salió de la cárcel allá en Tijuana, si hubiera tenido un ajuste de cuentas o algo del narcotráfico desde cuándo lo hubieran matado, ¿no?”.

Sin embargo, Jesús Blancornelas mostró una imagen distinta del *sparring*: “Jesús Gallardo era un excelente muchacho; cuando creció tenía buena pinta: bien parecido, pero de imagen inocente. Me imagino que por eso le apodaron el *Bebé*... Desde que estaba en la escuela le gustaba el box; tanto así que terminó siendo profesional y de los buenos... Estudiando con hijos de familias pudientes, y éstos relacionándose con los Arellano, fue la forma como entró en el cártel.

“La popularidad provino de su carisma en el boxeo; pero a eso se sumó la fama de narcotraficante; era un secreto a voces. Lo conocí cuando estaba en la escuela de maristas, alguna vez lo vi peleando profesionalmente... me caía bien, igual que a muchos fronterizos; llegó a colocarse en el pedestal de los ídolos.

“Por eso me dio tristeza saber de su nueva asociación. Pudo más el poder de la mafia que el de sus puños... Las derrotas brotaron una tras otra; y ante la desilusión de sus partidarios apareció lo más penoso: El *Bebé* se mudó de las páginas deportivas a las de nota roja; fue detenido por narcotráfico, tristemente apareció tras las rejas.

“De vez en cuando lo visitaba Julio César Chávez, montaban un ring en el penal; eran buenas las exhibiciones. El campeón mundial estaba en su mejor condición, procuró no lastimar a su amigo.

“... todo mundo pensaba que el *Bebé* navegaba con la bandera de los Arellano, pero en realidad antes de caer en prisión fue engatusado por el *Chapo* Guzmán, manejando su marihuana e introduciéndola en Estados Unidos sin permiso de los Arellano. Perverso, Joaquín ‘dio el pitazo’ al entonces comandante federal Fulvio Jiménez Turengano y capturó facilito a Jesús Gallardo; pero éste a su vez se cobró el golpe bajo: cuando declaró ante el Ministerio Público dijo que la droga era de los Arellano. Así fue como salió otra orden de aprehensión para Ramón Benjamín, de allí su terquedad para matarlo.

“Pero como todas las cosas de la mafia, los Arellano esperaron hora y lugar apropiados; cuando el *Bebé* salió libre, se fue de inmediato con Julio César Chávez a Toluca, donde estaba entrenando. Así, de repente apareció como parte de su equipo. La noche del 9 de abril de 1996, después de una recia jornada de entrenamiento, el campeón y sus colaboradores fueron a cenar al restaurante del hotel Holiday Inn en Toluca. Había más alegría que comelitona, pero todavía más ilusión en la próxima victoria del monarca mexicano. De pronto el *Bebé* se paró para ir al baño sin saber que allí le esperaba la muerte. Conocedor de muchas ejecuciones, tal vez no recordaba que los mingitorios son lugar ideal para las matanzas.

“Indudablemente Gallardo se sorprendió al salir y tomar el pasillo rumbo al restaurante; vio a sus antiguos camaradas Emilio Valdés Mainero y Fabián Martínez el *Tiburón*. Merardo León el *Adulón* y Fabián Reyes Partida el *Calaco* los reforzaron. Todos dispararon a el *Bebé* y de paso se llevaron a un funcionario



estatal cuando se atravesó; en el mingitorio estaba el *Capitán*; salió detrás de Gallardo por si se regresaba; de todos modos le disparó ya estando en el suelo.

“Merardo León el *Adulón* y Alfredo Miguel Hodoyan se encargaron de seguir los pasos del ex boxeador desde Tijuana hasta ubicarlo e informar a Benjamín dónde se encontraba. Por eso los matones llegaron con exactitud.

“Federico Sánchez Valdés fue otro de los pistoleros participantes; se quedó afuera del hotel en un volkswagen blanco para esperar y huir. Lo hicieron fácilmente después de matar a el *Bebé*”.<sup>(52)</sup>

Respecto a las batallas en el ring, desde que se anunció el enfrentamiento De la Hoya ante Chávez –con bolsas garantizadas de 9 millones de dólares para cada gladiador, aunque algunos llegaron a calcular hasta 20 millones--, el sonorenses estuvo abajo en las apuestas.

Chávez, el campeón mundial superligero, llegó con el peso de sus 33 años, sus 98 combates y seis títulos mundiales en tres divisiones.

Once años menor, el retador *Golden Boy*, quien apenas había realizado 21 contiendas pero ya tenía dos títulos mundiales.

A la batalla se le llamó *La Gloria Máxima*, a realizarse en la arena al aire libre del majestuoso hotel Caesars Palace con capacidad para 16 mil aficionados. La transmisión televisiva, en pago por evento, para Estados Unidos, México, Japón, Europa y hasta la misma China.

“Es la primera vez que realmente me preparo tan bien. Voy a ganar por nocaut”, dijo *JC*, a quien se veía radiante, acompañado por primera vez en una pelea por su esposa Amalia Carrasco, con quien al parecer había superado sus problemas.

#### **6.4.4. De la Hoya y la ceja herida**

Pero no todo eran sonrisas para Chávez.

Tres días antes de ese trascendental viernes 7 de junio, el mexicano había sido demandado. Don King le exigía un millón 300 mil dólares por un supuesto préstamo.

Y el resultado del duelo fue decepcionante.

La crónica, de este reportero:

“Terminó hoy la leyenda con el rostro sangrante y el alma partida.

“Esta noche en el Caesars Palace se cumplió una vieja tradición boxística: el sacrificio y la caída del viejo ante el joven que hoy dejó de ser promesa y es una auténtica realidad.

“Perdió Julio César Chávez sobre todo por una herida que sufrió en la ceja izquierda cuando ni siquiera había transcurrido un minuto de pelea, lo que le cubrió el rostro de sangre y lo dejó sin vista, naufragando a la deriva. Y entonces Oscar de la Hoya no tuvo piedad y con velocidad y puntería le quitó el título mundial superligero del CMB, le arrebató la gloria y le lastimó el orgullo... en un final decepcionante para el ilustre nombre de *La Gloria Máxima*.

“Y en el epílogo, la imagen victoriosa de Oscar alzando los brazos y el rostro en sangre de Chávez, que hace pensar en el ocaso del peleador más exitoso en toda la historia del boxeo mexicano, que además de todo sufrió su primera derrota por nocaut.

...

“Espectáculo tipo Hollywood en la arena al aire libre del Caesars Palace. Desfile de estrellas y figuras, en una lista interminable y un total de 16 mil aficionados.

“Expectación, ambiente tenso. Son mayoría los fanáticos de Chávez, que reciben al medallista olímpico con más abucheos que palmas. Para el César, sólo aplausos y porras.

“Sube Oscar con un short con las banderas estadounidense y mexicana. Sube Julio con canzoncillo blanco y vivos verdes y rojos. Por fin, frente a frente después de tantas palabras.

“Pero antes del minuto empezó la caída del César. Eran los primeros segundos de estudio cuando De la Hoya lanzó un recto de derecha que apenas, apenas, resbaló por la ceja izquierda del mexicano y le abrió una herida profunda, de tres centímetros por donde se le fue el título y la victoria...”<sup>(53)</sup>

Todavía sobre el ring, con el rostro cubierto de sangre, Chávez explicó su derrota al afirmar que había subido con una herida en la ceja: “Estando yo en buen estado él no me gana, porque no me lastimó ni sentí su pegada. Tenía lesionada la ceja cinco días antes de la pelea, pero no cancelé por la promoción, porque ya estaba todo listo”.

En su afán por explicar la caída, Chávez estaba admitiendo que había combatido en desventaja en la ciudad del juego, donde se había implantado un nuevo récord de recaudación de apuestas: 30 millones de dólares.

Al día siguiente, entrevistado a la orilla de la alberca en su casa rentada en Spanish Hill, negó sus propias palabras.

“No hice fraude ni hice ningún robo –alcanza a decir mientras respira profundo y se seca la sangre de la nariz--. ¿Cómo voy a engañar a todo México, cómo voy a engañar a la gente que siempre me ha apoyado? Subí a pelear porque la herida había sanado, porque no era de peligro, porque estaba bien y no iba a arriesgar todo por nada. Si hubiera estado mal, si los doctores me lo hubieran dicho, yo no hubiera peleado, pero desgraciadamente no hubo el tiempo suficiente para que mi cortadura sanara bien”.

Y aclaró que no dijo que estaba cortado, sino que estuvo cortado...

--Julio, había mucho dinero en juego y...

--¡Yo no me vendo! --respondió el César y su rostro sereno se transformó.

Sin embargo, *La Jornada* publicó una versión ofrecida por uno de sus colaboradores cercanos:

“Escena momentos después de la pelea de este viernes: en los pasillos del majestuoso Caesars Palace, en medio del ruido incesante de las maquinitas de ilusiones, un allegado a Julio César ha tomado de más. Se tambalea, se acerca y confía: ‘Pinche Julio, es un p...’

Nada se le pregunta. No hace falta.

Sigue: “No debió pelear”.

Habla entonces del origen de la herida de Julio César.

Dice lo que es oficial: que 25 días antes, durante el entrenamiento en Lake Tahoe, el *sparring* Eduardo Mendoza le cortó a Chávez la ceja izquierda. Lo

operaron, descansó una semana de golpes y la herida ya no se abrió. Pero apenas el martes, durante el programa televisivo *La Hora Lunática*, su hijo Christian, jugando, le dio un tope en esa misma zona y otra vez brotó la sangre.

Preocupación general.

Y el confidente da la otra versión, la no oficial:

Chávez le habló a Bob Arum y le dijo de la herida. Pero el promotor de la contienda es tajante: la pelea no se suspende por ningún motivo.

Lógico: hay mucho en juego. Lo convence entonces –según el allegado de Chávez--, al ofrecerle más dinero.

Y el personaje cercano a Julio se va, trastabillando, y se pierde entre los cientos de jugadores.

La información oficial de Arum es que no supo de la cortada y que por tanto nunca se analizó suspender este gran negocio.

Pero el promotor –oficialmente—informa de la cifra de ganancias: 150 millones de dólares.

Mucho dinero para dejarlo ir”.<sup>(54)</sup>

Además de los dólares en juego, Chávez tenía algo que agradecer a Bob Arum: el promotor lo había ayudado a resolver un problema de evasión de impuestos con el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, precisamente días antes de la contienda ante De la Hoya.

Pero más allá de los agradecimientos, lo que sobró en el desafío Chávez-De la Hoya fue mucho dinero para todos los involucrados.

Víctor Cota, vocero del CMB, publicó en *La Afición*: “Todavía el promotor Bob Arum no recolecta todo el dinero que produjo la batalla que el pasado viernes protagonizaron JC y Oscar de la Hoya, pero los cálculos hacen pensar que el encuentro será registrado como uno de los más ricos en la historia del negocio de los puños.

“Desde luego los dos combatientes, con bolsas cercanas a 20 millones de dólares cada uno, son los hombres mejor pagados de que se tenga memoria. Con las cantidades producidas por la venta total del boletaje para la arena del Caesars Palace de Las Vegas, los derechos de circuito cerrado de televisión y otras

entradas consideradas normales en el boxeo moderno, tenemos que *JC-De la Hoya* ocupa en este momento el sexto lugar entre los combates que más dinero produjeron”.<sup>(55)</sup>

Chávez vio crecer su cuenta bancaria, pero también sus problemas.

Golpeado por De la Hoya, sin el título de campeón, con la sombra de la duda sobre su rendimiento arriba del ring, al sonoreense se le vino el mundo encima con otra demanda de su esposa.

El 13 de junio, Amalia Carrasco volvió a denunciarlo por lesiones. Declaró que tuvieron una discusión y que el boxeador, en forma violenta, la tomó del cabello y la golpeó en rostro, cuello y brazos.

Chávez, en estado de ebriedad, la amenazó con un cuchillo de cocina, afirmó la señora Carrasco, quien era ya asesorada por la abogada Lucila Ayala.

En el acta quedó asentado que se trataba de un problema recurrente: Chávez también arreglaba a golpes los conflictos familiares.

### **6.5. *JC* contra *El Financiero***

Era apenas mediados de año.

El 12 de julio, Chávez tuvo pocos motivos para festejar su cumpleaños 34 y tan sólo nueve días después apareció su nombre en la primera plana de *El Financiero*, pero por motivos muy diferentes a los deportivos.

“*JC* Chávez, ídolo de multitudes y de narcos. El *Güero* Palma y los Arellano Félix, unidos por el box”, tituló el diario el 21 de julio.

La información, firmada por Araceli Muñoz Valencia:

“Uno de los más grandes boxeadores de todos los tiempos, *JC* Chávez, a sus 34 años está en el ocaso de su carrera y podría dar con sus huesos en la cárcel, igual que varios de sus más fervientes admiradores y amigos: el clan Arellano Félix y Héctor Luis el *Güero* Palma.

“Por su popularidad, Julio César Chávez está ‘inevitablemente’ cercano a incómodas personalidades, como los capos de la droga más perseguidos de México y Estados Unidos.

“Oriundo de Culiacán (sic) –tierra fértil para la agricultura que cobró fama por sus narcotraficantes--, Chávez se involucró desde hace muchos años con los barones de la droga más notables: los hermanos Arellano Félix (Benjamín, Ramón y Francisco) del cártel de Tijuana y Héctor Luis el *Güero* Palma del cártel de Sinaloa.

“Además enfrenta un drama familiar y tiene pendientes dos demandas, una mercantil y otra civil. Y participa en un juicio penal.

“Su mujer, Amalia Carrasco, lo acusa de lesiones (la noqueó la semana posterior a la paliza que recibió él mismo de manos de Oscar de la Hoya) y demanda el divorcio.

“Con Don King, su promotor, tiene un diferendo por varios millones de dólares y el juicio se ventila en Estados Unidos.

“En el estado de México ha sido llamado a declarar en torno al asesinato contra el *Bebé* Gallardo, un antiguo *sparring* suyo, vinculado al tráfico de estupefacientes.

“Y si baja la guardia en uno de estos juicios podría tener problemas con la justicia.

“Llegaron de Culiacán, con rumbo a Tijuana

“La amistad de Julio y destacados norteros relacionados con el narco es vieja y fue un tiempo discreta. Pero era tanta la fama y la impunidad que una de las cabezas del cártel de Tijuana osó aparecer ante miles de espectadores y millones de televidentes.

“El 20 de febrero de 1993 en el estadio Azteca, en una de sus más sonadas defensas del título superpluma del CMB, venció por nocaut en el quinto asalto al estadounidense Greg Haugen, Julio no estaba solo.

“En aquella ocasión subió al ring del Azteca rodeado con un gran séquito, a la usanza de Muhammad Alí, con una banda roja –con su nombre y el de su nuevo patrocinador-- en la cabeza (foto uno). Uno de sus guaruras era ni más ni menos que Francisco Arellano Félix, quien festejaba con anticipación el triunfo.

“*La Pancha*, como apodan a Francisco, compartía en ese entonces la conducción del cártel de Tijuana con sus hermanos Benjamín y Ramón. En el ring todo era un caos ordenado. Estaban los que tenían que estar.

...

“Todos compartían el anticipado triunfalismo del pugilista, hasta Francisco Arellano Félix, quien parecía un niño haciendo realidad su sueño. Olvidó que las autoridades mexicanas lo buscaban y se arriesgó a aparecer públicamente.

“Dos meses después, al cártel de Tijuana –máximo abastecedor de cocaína en California hasta 1989— se le culpaba de ser el responsable del asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, el 23 de mayo de 1993 en el aeropuerto internacional de Guadalajara...

“En el Azteca, ante más de 130 mil espectadores, tres cadenas de televisión con varias cámaras cada una y los continuos flashazos, Francisco pasó inadvertido (foto dos), pese a las órdenes de aprehensión en su contra giradas por la Procuraduría General de la República.

“Subió al ring como parte del *Chávez Team*; bajó y observó la pelea en los lugares de honor y después festejó ‘La masacre del estadio Azteca’, según cronicó el diario deportivo *Esto* la mañana siguiente.

“Pese a que estuvo a la vista de todo mundo, incluso en la transmisión televisiva transcontinental, Francisco tuvo suerte –o la compró— y en ninguno de los 21 diarios apareció una foto de él. Nadie lo identificó porque nadie lo conocía. Sólo las autoridades antinarcóticos. Esta es la primera vez que con fotografías se documenta su cercanía con el pugilista.

“Pero la suerte, que ese día estaba con Julio César y Francisco, le dio la espalda a éste meses más tarde. Fue detenido a finales de diciembre de ese año y enviado al penal de máxima seguridad de Almoloya de Juárez (después conocido como La Palma).

“Amigo de los enemigos

“Julio César quizá no lo sabía pero era, paradójicamente, amigo de uno de los más acérrimos rivales de los Arellano Félix: el *Güero* Palma, socio de *El Chapo*

Guzmán, a quien los primeros planearon asesinar en la supuesta confusión donde murió Posadas Ocampo.

...

“El vínculo entre los narcotraficantes y el pugilista nació desde la juventud, y la enemistad entre los Arellano Félix y el Güero Palma no impidió que Chávez fuera amigo de los dos bandos, pues para ellos es ‘el máximo exponente’ del deporte en México.

...

“Pero en Sinaloa es común que la gente famosa tenga de alguna forma nexos con los narcotraficantes, por la vecindad y por las relaciones públicas de los capos. Chávez a fin de cuentas fortaleció los vínculos con ellos, mediante dádivas, favores y hasta peleas dedicadas discretamente en su honor.

“Era común encontrarlo en fiestas y establecimientos propiedad de los capos, como la discoteca *Frankie Oh*, en Mazatlán, Sinaloa, propiedad del cártel de Tijuana y expropiada por la Procuraduría General de la República.

...

“Por esta razón Chávez ha mencionado en reiteradas ocasiones que si los capos quieren fotografiarse con él, ‘por qué no hacerlo’, pues esto no significa complicidad o involucramiento directo en negocios ilícitos.

“En Sinaloa todos conocemos a los narcotraficantes. Yo los conozco; es muy difícil que no te hagas su amigo si los tienes como vecinos”, confesó Chávez en 1993 a *El Financiero*.

...

“En 16 años cinco meses después de ganar su primer combate, Chávez ha cobrado casi 100 millones de dólares, 68 millones 520 mil dólares sólo por las peleas.

“Ante esa bonanza económica, Chávez logró en Culiacán lo que muchos capos consiguieron en ese mismo periodo: enriquecerse y hacerse de propiedades. El ascenso fue casi paralelo.



“La historia oculta de Julio César deja en claro que el narcotráfico ha penetrado, como un gancho al hígado, en todas las esferas de la sociedad mexicana...”<sup>(56)</sup>

De inmediato, el primero de agosto, el boxeador demandó por la vía civil al diario y a la reportera.

Argumentó daño moral –“he sido lesionado en mis derechos de la personalidad, he sido agredido en mi honor y reputación”-- y solicitó una indemnización no menor de 25 millones de dólares con el argumento de que “tengo pendiente en 1996 contratos y publicidad” por esa cantidad.

Planteó en su defensa: “Del análisis de la publicación periodística se descubre el dolo, la intención de causar daño, falsedades, calumnias, difamaciones, noticia sensacionalista y amarillista que tiene un fin subliminal de establecer una relación entre Julio César Chávez y los narcotraficantes, entre Julio César Chávez y la comisión de delitos derivados por el tráfico, comercialización y distribución de drogas o estupefacientes en sus diferentes modalidades... es evidente el afán publicitario de confundir a Julio César Chávez como un narcotraficante más de este país, cosa que es indigna y de la más baja ralea periodística, ya que no existe ninguna prueba, ninguna sentencia, ningún juicio que acredite que Julio César Chávez es un narcotraficante.

“... que desde ahora sepan los codemandados que mi actividad profesional, mi vida personal, mis negocios, mi contabilidad están abiertas para cualquier investigación hasta sus últimas consecuencias tope con quien tope, estoy verdaderamente cansado de ser víctima de infundios, de agravios, de falsedades, de complots, de acusaciones dolosas, de calumnias, ya que al parecer mi mayor delito es haber tenido una carrera ejemplar en el boxeo mundial. ¿Qué nunca se han preguntado mis atacantes que si yo fuera un delincuente, narcotraficante o *lavador* de dinero, desde cuándo ya estaría en la cárcel? ¿Qué nunca se han preguntado mis atacantes que si yo fuera un delincuente o un vicioso simplemente no podría tener una carrera boxística? Pero no, es obvio: lo que se quiere es perjudicarme con fines que desconozco, pero ya estuvo bien y haré valer mis derechos y por primera vez después de tanto ataque, ahora me voy a defender y

no como siempre por respeto y no alimentar morbos guardar silencio, sino que voy a atacar porque creo que es justo y no es moral la conducta de los codemandados”.

### **6.5.1. Chávez contra el procurador Carpizo**

Al defenderse de su supuesta relación con los hermanos Arellano Félix, el boxeador reveló en su demanda que había sido investigado por el procurador del sexenio de Salinas, Jorge Carpizo, quien le abrió un expediente judicial:

“El procurador general de la República en esa época, Jorge Carpizo, insistió ante el presidente de la República, Carlos Salinas, de señalarme como un narcotraficante más de la banda Arellano Félix, por lo que se dio luz verde y se inició una averiguación, este procurador me acusó y hostigó obligándome a comparecer para una declaración ministerial en una casa de la colonia Del Valle a la altura del hoy World Trade Center, este mismo procurador que supo y tuvo en su poder a los Arellano Félix en la anunciatura (sic) apostólica y nunca los tocó, ordenó someterme a un interrogatorio de casi nueve horas, se me imputó además que tenía propiedades en Mazatlán y en Tijuana, se me exhibieron escrituras y contratos de arrendamiento donde aparecía mi nombre y una firma, casualmente la Procuraduría General de la República nunca tuvo el cuidado de verificar cuál era mi firma y cotejarla, todas las firmas eran falsas, y obviamente no tengo ni he tenido nada que ver con los Arellano Félix, a Francisco Arellano lo conozco desde hace muchos años pero no es mi socio ni realizo las mismas actividades a las que se dedica y nunca a (sic) formado parte de mi equipo de boxeo, tal y como lo declaré ante la Procuraduría General de la República, repito, lo conozco, como también conozco a ex presidentes, periodistas, empresarios, artistas, pero esto no implica que yo sea un socio o esté involucrado con ellos, además que no es posible que a cada persona que salude o me tome una fotografía con él le pida una carta de no antecedentes penales, y solicité al procurador Carpizo que ante la prensa nacional e internacional se me imputara y se me probara que yo tuviera

algo que ver con el narcotráfico, ante el ridículo y falta de pruebas no tuvieron el valor de hacerlo y dejé las cosas por la paz...”

Chávez, sin embargo, ya no tendría un momento de tranquilidad.

### **6.5.2. “Mi único delito, haber salido desde abajo”**

Chávez se sentía perjudicado por muchos frentes: su esposa y familia, sus amigos y compadres, sus abogados y contadores, funcionarios...

Así que el 8 de agosto mandó publicar en la mayoría de los diarios capitalinos un desplegado dirigido al presidente Zedillo y a la opinión pública:

“Por este conducto quiero hacer del conocimiento de la opinión pública, los siguientes hechos que causan agravio a mi persona, a mi familia, a mis bienes, con el desprestigio de una trayectoria profesional que me ha costado muchos sacrificios y esfuerzos, y por lo tanto no me siento obligado a soportar dichos ataques sin fundamentos morales y jurídicos.

“Como ciudadano mexicano en uso de mis derechos y ante la gravedad de las dolosas e infundadas acusaciones, solicité audiencia al C. Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a la fecha no he recibido respuesta para que se aclare mi situación y se deslinde todo tipo de responsabilidades, mi petición no se fundó en un privilegio, se trata de amenazas a mi persona y mi familia, todo por mentiras y falsedades sobre mi persona, que al parecer han tenido eco en las más altas autoridades de nuestro país.

“Con todo respeto le digo al presidente de la República y a las autoridades, que tengo el derecho de ser escuchado antes de ser juzgado y si realmente como dicen existen delitos se me aplique todo el rigor de la ley...

“... en el sexenio pasado el procurador Carpizo me acusó, me investigó, me hostigó y me imputó que era narcotraficante y *lavador* de dinero, revisó todos mis expedientes y nunca encontró algo, porque todo era falso... no tengo nada que temer y mis expedientes están abiertos, el único dinero que tengo lo he ganado como boxeador profesional...”

“También debe saber la opinión pública que a la fecha soy motivo de auditorías y revisiones fiscales, llevan más de un año revisando papel por papel...

“En el estado de Sinaloa soy víctima de un complot, a partir de una denuncia que está llena de falsedades, tal como mi esposa Amalia Carrasco declaró está fabricada por una abogada inmoral y chantajista de nombre Lucila Ayala de Moreschi... estoy ante un complot que busca beneficios económicos y se me chantajea con la idea de decirle al pueblo que soy golpeador de mujeres. El expediente judicial lo aclara todo, no es la primera demanda que presenta mi esposa, la cual siempre ha retirado o desistido después de una compensación económica que obviamente negocia la abogada. En este asunto también llegaré hasta las últimas consecuencias, porque no es justo que a mis hijos los utilicen como rehenes cuando está acreditado que todo lo que puedo darles para su desarrollo, educación y crecimiento se los he dado y el día de hoy es lo que más importa en mi vida...

“...mi forma de vida puede ser la que me trajo problemas. Desgraciadamente, la gente en que yo confiaba, amigos, compadres, me han traicionado, no todos, queda gente sincera, ojalá mi esposa recapacite y por el bien de nuestros hijos busque gente positiva como yo la estoy buscando, ya que debe entender, como yo ya entendí, es un complot no por nosotros o por nuestros hijos, sino por dinero...

“Durante más de 14 años he vivido entre gimnasios, entrenamientos y peleas de box. No soy un santo, soy humano, tengo mis errores y mis derrotas, pero por mi nombre, nunca he matado, nunca he robado, nunca he sido un delincuente, por qué se me persigue y se me acusa sin fundamento. Mi esposa, mis contadores, mis abogados me han traicionado e incluso me han robado; toda la familia de mi esposa, por ejemplo, anda en carros y vive en casas producto de mis peleas, ese es su pago y agradecimiento.

“... y no es justo que sin derecho tenga que soportar todas las consecuencias indeseables en todos los ámbitos de mi vida privada, familiar y pública, exijo que se investigue y repito como lo he dicho a los cuatro vientos si se me acusa, que se me pruebe, mi conciencia está tranquila, estoy cansado del

linchamiento ante la opinión pública y que se me fabriquen delitos, ¿qué no se preguntan mis atacantes que si fuera un delincuente o un vicioso desde cuándo estaría en la cárcel y nunca hubiera tenido una carrera boxística? Parece que mi único delito es haber salido desde abajo y haber logrado la trayectoria boxística ya conocida, que incluso hasta eso quieren manchar, pero a estas alturas es mucho más importante mi familia y mi dignidad, por lo cual no tengo duda en defender sin reparo.

Respetuosamente

Julio César Chávez González (Firma)<sup>(57)</sup>

Más rápida que los rivales de Chávez arriba del cuadrilátero, la abogada Lucila Ayala lo demandó por injurias, difamación y calumnias.

En la denuncia, Ayala incluyó una entrevista a Amalia Carrasco realizada por un diario de Culiacán, donde ella califica a su esposo como un “artista de la mentira” y niega cualquier complot en su contra, aunque acepta que la petición de divorcio es real: “Julio tiene todo para ser feliz, pero no quiere. Está enfermo y su principal problema es el alcoholismo”.

En medio del conflicto, *JC* le envió a su esposa una carta titulada “¿Tú también, Amalia?”, donde le reprochó no haber estado con él en las buenas y en las malas y haber destruido su hogar. Le pidió además tenerle la misma dedicación a sus hijos como a su “afán de acumular riqueza”.

### 6.5.3. *JC* contra la SHCP

Las auditorías y revisiones a las que se refería el peleador quedaron especificadas un mes después.

El 2 de septiembre, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público solicitó a la PGR una orden de aprehensión contra Julio César, acusado de defraudación fiscal por más de 40 millones de pesos.

Informó el diario *Unomásuno*: “La SHCP determinó que la defraudación cometida por el boxeador supera los 10.5 millones de pesos. Adicionalmente, se detectaron créditos fiscales –derivados de multas y recargos por incumplimiento–,

por lo que el adeudo con el fisco asciende a más de 40 millones de pesos. La defraudación del fisco ocurrió durante el ejercicio fiscal de 1993, principalmente por lograr la devolución del impuesto al valor agregado (IVA) sin tener derecho a ésta”.<sup>(58)</sup>

Chávez lo había dicho en 1994: “Hacienda me devuelve dinero. No le pago, me devuelve dinero...”

Sólo que, desconocedor absoluto de cuestiones fiscales, hasta entonces se enteró que sus contadores le habían dado un golpe bajo.

El púgil fue demandado en su carácter de presidente del consejo de administración de la empresa Chávez Carrasco SC, dueña de dos gasolineras, un restaurante y otros bienes inmuebles como un edificio, dos residencias, una casa y varios lotes.

*El Financiero* detalló sobre la residencia ubicada en la calle Cerro de la Campana número 360 del fraccionamiento Colinas de San Miguel con valor calculado en dos millones 613 mil 800 pesos: “En esa residencia se registró, el 30 de mayo de 1993, una balacera en donde murieron dos personas. De acuerdo con informes de la Policía Judicial de Sinaloa, esa residencia era propiedad de Ismael Mayo Zambada, presunto narcotraficante”.<sup>(59)</sup>

Sobre el conflicto con Hacienda, Rafael Chávez González afirmó: “El culpable de la difícil situación que vive mi hermano es su contador Daniel Viesca Monsiváis quien no pagó los impuestos correspondientes. Con engaños se quedó con el dinero de Julio, eso es lo que pasó”.

La sanción por el delito era de 3 a 9 años de prisión, así que los familiares del púgil se trasladaron de inmediato a la ciudad de México para llegar a un arreglo con Hacienda.

“Mi hijo fue víctima de malos manejos de sus contadores –expresó la señora Isabel González de Chávez--. Nos confiamos y nuestros contadores nos fallaron. Yo les pido que no traten a mi hijo como un delincuente”.

JC, quien entonces estaba entrenando en Los Angeles para una pelea ante el desconocido Joey Gamache, dijo mediante su promotor Bob Arum estar

dispuesto a pagar su deuda. “En la mañana hablé con él. Está tranquilo y dijo que lo que se tenga que pagar se paga y punto”, expresó Arum.

Su abogado Guillermo Hamdan calificó de “totalmente falso” que Chávez estuviera prófugo e interpuso un recurso de amparo para evitar la aprehensión.

Se calculó que Chávez ganaría 1.5 millones de dólares por su duelo ante Gamache, cantidad que utilizaría para pagarle a la SHCP.

Chávez estaba ya sin los privilegios del poder.

El diario *Reforma* publicó una información con el título “Cuando Julio era el César”.

“Julio César Chávez, durante el sexenio salinista coincidente con sus glorias de campeón, fue recibido seis veces por el primer mandatario, el doble que la Selección Mexicana de futbol. Ahora está en la lona, a un paso de la cárcel y lejos de la protección gubernamental.

“Como presidente, Salinas nunca dejó de seguir la carrera del pugilista, además de que siempre estuvo al tanto de los acontecimientos que se suscitaban en las peleas”.

El periódico detalló los encuentros entre ambos personajes y recordó que el púgil formó parte del Frente Nacional del Deporte, creado por el PRI para ganar votantes.<sup>(60)</sup>

En noviembre *JC* logró un respiro.

El juez primero de distrito con sede en Cuernavaca, Roberto Caletti, le concedió la suspensión definitiva contra la orden de aprehensión por la defraudación fiscal. “No hay ninguna firma, ningún documento que demuestre que Chávez actuó con dolo. Todo lo hicieron sus contadores”, apuntó su abogado Salvador Ochoa, quien informó que ese mes *JC* haría el primer pago a la SHCP por un millón y medio de dólares y el segundo lo haría a mediados de diciembre.

--¿Hay amistad o no con los hermanos Arellano Félix? --se le preguntó a Ochoa.

--La única verdad es que él (*JC*) conoce a *Pancho* Arellano Félix, el cual está preso en Almoloya; es su amigo, no lo ha negado, pero no tiene ningún negocio. Hay una demanda de Julio, en el juzgado 37 de lo civil, donde pide un

informe a la PGR para que determine si hay alguna consignación por *lavado* de dinero por narcotráfico o por cualquier relación con narcotraficantes --informó Ochoa.

*JC* se impuso sin problemas a Gamache, por nocaut en ocho episodios, pero siguió con sus conflictos abajo del cuadrilátero: su esposa Amalia Carrasco obtuvo una orden de aprehensión contra Chávez, a quien acusó de privación de la libertad de sus hijos Julio César, Omar y Christian, quienes después de acompañar a su papá a la pelea de Anaheim debieron retornar a casa de su madre, pero no lo hicieron.

Además, un hermano de Amalia Carrasco, Jesús Antonio Jacobo, lo acusó de secuestro.

“Pese a que se manejó con la mayor discreción, se confirmó que dos elementos de la Secretaría de Protección Ciudadana, que participaron en el secuestro de Antonio Jacobo, fueron aprehendidos por supuesta portación de arma ilegal. Los detenidos formaban parte de la protección personal de Julio César Chávez, pero el gobierno incluso retirará ese servicio al boxeador a pesar de que lo pagaba con sus propios recursos”.<sup>(61)</sup>

#### **6.5.4. “Como si me faltara algo”**

Abrumado por todos lados, *JC* se tomó un receso en 1997 y sólo realizó dos peleas ante púgiles medianos como Tony Martin y Larry Daniel La Coursiere, a quienes sólo pudo vencer por puntos luego de 10 rounds de incertidumbre y en contiendas realizadas dos divisiones arriba de la suya, superwelter.

Para 1998 buscó el regreso a la gloria, al enfrentar a su compatriota Miguel Angel González por el vacante cetro superligero del CMB.

El duelo se programó para el 7 de marzo en la Plaza México, con los objetivos de que *JC* regresara a la cima y romper el añejo récord de Raúl Macías.

Nada de eso fue posible.

La crónica, de este reportero en *La Jornada*:



“La lluvia de cojinazos sobre el cuadrilátero de la Plaza México fue el resultado lógico de una decisión increíble: sólo a los jueces se les ocurrió dar empate a Julio César Chávez y Miguel Angel González, luego que el viejo guerrero había realizado los méritos suficientes para ganar.

“Así que los casi 40 mil aficionados que asistieron a la Plaza México (no se rompió el récord del *Ratón Macías*) reprobaron con silbidos, abucheos y baños de cerveza la decisión...

“Fue otra noche negra para el boxeo, con esas decisiones absurdas que le restan credibilidad... cuando la mayoría de los fanáticos ya festejaban el regreso al trono del mejor boxeador mexicano de todos los tiempos, el duelo terminó con gritos de “¡rateros, rateros!”... Y si ante Pernell Whitaker *JC* Chávez había sido favorecido por la alquimia de los jueces, ahora le tocó el otro lado de la moneda.

...

“Con el público a su favor, Chávez impuso condiciones desde el principio. Sus movimientos fueron lentos, a sus 35 años, pero sus impactos más sólidos, y tuvo a su rival al borde del nocaut en los rounds cuarto, quinto, octavo, décimo y undécimo, pero no lo pudo rematar.

“Miguel Angel terminó de pie gracias a su juventud y a su concentración de seis semanas. Contra lo que se esperaba, no pudo imponer su rapidez, ni su mayor alcance, ni la movilidad de sus 8 años menos. Se limitó a pelear en corto, donde fue dominado.

“Observador de primera fila, Oscar de la Hoya dijo que el resultado fue injusto porque Chávez había ganado ‘por uno o dos puntos’. Y de la posible revancha a *JC* dijo que sí se la concederá, ‘pero mejor yo le aconsejo que se retire’...”<sup>(62)</sup>

Entrevistado horas después de la contienda, el sonorenses ni siquiera pensaba en abandonar el pugilismo:

“Julio César Chávez está irreconocible:

“El ojo izquierdo casi cerrado, con una bolsa de sangre producto del derrame que sufrió durante la pelea; su ya clásica herida en el puente de la nariz; la oreja izquierda toda roja y más grande que la derecha; moretones en los

pómulos y en la frente; los labios hinchados por los golpes; la mano izquierda vendada; el codo izquierdo con heridas...

“Pero Chávez ríe de buena gana: ‘Don King no me ha pagado, pero vean cómo me voy de golpeado’.

“Se le ve, en efecto, como un viejo guerrero derrotado.

“Madrugada del domingo en la suite presidencial de un hotel de la Zona Rosa. Han transcurrido unas tres horas desde que Chávez derrotó a Miguel Angel González, pero los jueces le negaron el triunfo y, sobre todo, su séptimo título en el boxeo y el tercero en la división superligero.

...

“Esta noche no es de festejos. Las cerca de 100 personas que lo rodean tienen la certeza de que les robaron el triunfo, pero nadie parece con ganas de celebrar. El propio Chávez luce muy tranquilo y relajado, se recuesta en la cama para dialogar y se define a sí mismo: ‘Soy una persona muy preocupada y muy llorona’.

--¿Piensas en el retiro?

--Ahorita no puedo retirarme. Económicamente estoy bien, gracias a Dios, pero quiero salir del problema de Hacienda --responde JC, quien del sueldo que le quedó a deber Don King seguirá pagando la defraudación fiscal cometida por sus contadores, pero tardará en liquidar con una o dos peleas más.

--¿De todo lo que has ganado en el boxeo, qué tanto tienes de porcentaje?

--Increíble, pero cierto: como 60 por ciento, porque cuando ganaba mi dinero construía mis edificios, mis gasolineras, compraba mis casas. El problema fue el contador Viesca Monsiváis, que me robó más de 10 millones de dólares, pero ya tiene orden de aprehensión a nivel mundial. Fíjense: me hizo que pidiera 10 mil 500 millones a Bancomer y tuve que pagar dos veces; 3 millones 500 mil a Banoro y también le pagué dos veces; 5 millones a Serfín y le pagué dos veces.

--¿Te sientes un campeón sin corona?

--No. Estoy satisfecho conmigo mismo, porque me di cuenta que puedo dar mucho más y que los tiempos de Julio César no han pasado todavía... pero además sentí como si me faltara algo...

“Chávez no termina la frase, pero después de una pausa señala: ‘Me falta un poquito más de motivación. Por momentos siento que no me interesa si pierdo o gano...’

--¿Estás cansado del boxeo?

--No, porque el boxeo me gusta... pero me falta estar en paz conmigo mismo. Traigo algo muy dentro que es muy difícil que lo pueda explicar...

--¿Te falta tu esposa, te afecta el divorcio?

--Sí, la verdad me hace falta... y hay cosas que uno tiene guardadas... que dan hasta asco, la verdad... y también me enfado de la gente. ¿Saben cuántos boletos regalé? 170, que me costaron 30 mil dólares. Desgraciadamente vivo en un Estado cabrón, conflictivo y es difícil decir que no porque luego agarras enemigos.

“JC ha confesado que su principal error fue divorciarse de su esposa Amalia Carrasco, con la que ahora se enfrenta a más batallas de las que libra arriba del cuadrilátero.

“No la entiendo, me tiene demanda tras demanda. ¿Pero saben una cosa? Yo no he perdido ni una sola demanda. ¿Se acuerdan cuando dijo que era drogadicto y alcohólico? ¡La acabo de ganar!...

--En este momento, ¿qué le pedirías a la vida?

--Sinceramente, que mi familia esté bien, que se acaben los problemas, que pueda retirarme dignamente y que me dejen en paz... es difícil contar las cosas que traigo dentro de mí... Ustedes no creen en la brujería, pero eso sí es cierto, porque existen el bien y el mal y esas personas (cercanas a su ex esposa) sabían por dónde atacarme, pero eso es algo que ya superé. Eso es algo que tienes que ver para creer, aunque mucha gente cree que uno está (se lleva la mano a la cabeza)...

“La verdad yo lo que necesito es paz espiritual para ganarle a Miguel Angel y a De la Hoya. Pero en este momento me falta algo, me falta algo, me falta algo...”<sup>(63)</sup>

## 6.6. La última revancha

Chávez estaba ya en la etapa final de su carrera, pero su nombre seguía atrayendo a miles de aficionados que, como él, pensaban que la derrota ante De la Hoya había sido casual.

Los promotores, por supuesto, sólo pensaban en lo que ganarían con otro enfrentamiento entre ambos.

Para asegurar el negocio millonario que representaba la revancha, a Chávez le consiguieron una pelea a modo, noqueó en junio a un tal Ken Sigurani, y quedó listo para el gran duelo:

*La Última Revancha*, pactada para septiembre en Las Vegas, que para Chávez representaría un sueldo de 10 millones de dólares y de 20 para De la Hoya, según la propia promotora Top Rank.

Pero esta vez sólo JC confiaba en su triunfo: los apostadores lo tenían abajo con un categórico margen de 9-1.

Y De la Hoya le advirtió: “Lo voy a noquear en menos de siete rounds”.

--¿Qué significaría para tí retirar a una leyenda como Chávez?

--Yo siempre he hablado de la salud de Chávez porque el boxeo es un deporte difícil y él está muy golpeado, además a su edad. Le he dicho que mejor se retire porque lo pueden lastimar.

JC, por su parte, se aferraba a su pasado de esplendor: “Ahora me he preparado muy bien y si piensa que va a agarrar un pichoncito está equivocado. No importa lo que se dijo de la batalla anterior, porque eso no fue pelea”.

Habían pasado dos largos años de su primera contienda.

Roberto Alcázar, manager del *Golden Boy*, definió sin piedad: “Chávez es un peleador gordo, lento, acabado. Oscar le va a pegar como si fuera una bomba llena de agua. Aceptamos la pelea porque Oscar se obsesionó con Chávez, ya que se sintió ofendido de todo lo que dijo, de que no le había ganado y desde entonces le guarda un gran rencor, le tiene mucho odio y lo ha estado guardando para desquitarse este viernes. Chávez fue nuestro ídolo, fue todo, pero ahora lo

vemos como un boxeador del montón. La pelea será 50 por ciento más fácil que la anterior. Julio ha perdido los dos últimos años y De la Hoya los ha ganado en aprendizaje de todo tipo. Sólo Dios y Chávez saben si subió cortado a la primera pelea, pero si en realidad subió cortado, eso es una traición a toda su afición”.

Chávez ahora sí se dedicó por completo a su preparación, pero la noche del viernes 18 de septiembre comprendió que sus días de gloria eran cosa del pasado.

La crónica, de este reportero publicada en *La Jornada*:

“No se pudo y no se podrá nunca jamás.

“Julio César Chávez peleó con el alma, en efecto, pero el cuerpo ya no le dio para tanto. En una dramática pelea, y una de las mejores que se recuerden, JC perdió otra vez ante Oscar de la Hoya, campeón mundial de peso welter del CMB...

“Chávez ofreció una pelea digna, con su valor de guerrero y su espíritu indomable que lo llevaron a ocupar el sitio del mejor púgil mexicano de todos los tiempos. Sin embargo, tuvo que sucumbir ante la juventud, velocidad y potencia de un *Golden Boy* que obtuvo el mejor triunfo de su carrera, en un emotivo combate que mantuvo de pie y con aplausos a los 19 mil aficionados presentes en el Thomas and Mack Center.

“Fue la última revancha. No habrá ya más oportunidad para el abuelo de 36 años, quien ya no salió de su esquina para el noveno round (oficialmente se informó que el réferi Richard Steele detuvo la contienda) y entonces se generó una polémica: al parecer Chávez expresó con la cabeza que ya no quería continuar, pero en entrevista posterior el mexicano se molestó cuando le dijeron que perdió porque ya no quiso seguir.

“Mierda, mierda, yo nunca me rajé. En la esquina ya no me dejaron seguir porque las cortadas en los labios son muy aparatosas”, espetó, antes de calificar a De la Hoya como ‘un gran boxeador que merece mis respetos y me ganó en buena ley, pero creo que le demostré a él y a mucha gente que no estoy acabado. El tiene una pegada regular, pero no muy contundente porque no me tumbó’.

“Aunque no cayó, Chávez estuvo a punto de hacerlo en varias ocasiones y rindió tributo al tiempo. Y a pesar de que trató de resurgir de las cenizas de su gloria, fue regresado a la realidad por un joven once años menor, diez centímetros más alto, de una impresionante rapidez y potencia y que iba arriba de las puntuaciones de los tres jueces (79-73, 78-75 y 78-75)

“En el primer episodio ambos se mostraron respeto. Pero a partir del segundo Oscar contragolpeó con potentes ráfagas al rostro y le abrió la ceja izquierda a Chávez.

“En el tercero *JC* golpeó abajo del cinturón a Oscar y ofreció disculpas, que fueron aceptadas, y al final con un gancho de izquierda al rostro le dobló las piernas a De la Hoya.

“En el quinto round hubo un emotivo intercambio de golpes que puso de pie al público. Surgieron los gritos de ¡Sí se puede!, los cuales animaron al mexicano.

“Chávez forzó la pelea en corto, pero Oscar sacó ventaja al final del sexto episodio al conectar dos opers de izquierda a la mandíbula que pusieron a tambalear al valiente retador. A partir de ese momento De la Hoya supo que tenía ganado el encuentro.

“Oscar siguió dominando con combinaciones veloces al rostro, aunque Chávez no dejaba de avanzar. No se iba a rendir. Peleó como león herido, como el gran guerrero que es.

“El octavo fue un round agotador, en el que los dos se dieron con todo. Se golpearon con odio y rencor. Sin retroceder. Ambos terminaron agotadísimos, mientras el público se deleitaba con el espectáculo.

“De la Hoya, con el ojo izquierdo inflamado, aguantó los mejores golpes de Chávez y éste a su vez resistió los poderosos envíos de Oscar. Pero fue demasiado para Julio. De la Hoya salió con todo a buscar el nocaut, pero no pudo doblegar a Chávez ni siquiera cuando lo siguió golpeando después de que sonó la campana.

“Sangrante y adolorido de las costillas *JC* fue a su esquina, de donde ya no salió. Oscar festejó y Julio, con impotencia, sólo atinó a patear las cuerdas.

“Al final, el abrazo y el reconocimiento de Julio al nuevo César, al joven que tomó su lugar entre los grandes.

“Para consuelo del mexicano, el *Golden Boy* terminó con el rostro de artista inflamado, en una función que pareció un desfile de vanidades, con llegadas en limusina, bellas damas de vestidos pegadísimos y escotes generosos y varones de impecable esmoquin, la asistencia de personajes como Silvester Stallone, Leonardo di Caprio y la voluptuosa Olga Breeskyn”.<sup>(64)</sup>

Después de la contienda, *JC* confesó que se reunió a cenar “con un personaje importante de la política mexicana” y trató de definir su sueldo con el promotor Bob Arum, ya que se rompió el récord de audiencia en Pago Por Evento en Estados Unidos, a excepción de los pesos completos, que pertenecía a De la Hoya-Whitaker.

Al día siguiente, aceptó: “Desgraciadamente los años no pasan en balde”.

Pese a la derrota, se mostró contento por la batalla que ofreció ante un rival 11 años menor. “Dije que la primera pelea no había sido pelea y en esta demostré que me sobran muchos... muchos de esos que ustedes ya saben. El no me tumbó y no me noqueó y yo sí le pegué y lo corté por primera vez en su vida. En el último round le metí muchos pantalones y estuve a punto de noquearlo”.

--¿De la Hoya será tu sucesor?

--No, porque él no es mexicano --comentó el sonoreense y se despidió con su ya clásico: “I love you... I love you much... I love you un chingo”.

Los años de gloria habían quedado atrás.

La mayoría empezó a pedirle que se retirara.

José Sulaimán, presidente del CMB, señaló: “Julio ya debería estar retirado desde hace tiempo, porque ahora ya sólo pelea con el corazón, empuje y valor. Su ciclo ya se cumplió y ya son demasiados sus 37 combates de título mundial y sus 10 años como campeón”.

Chávez dijo que sí, que pensaba en el retiro, pero no dijo cuándo.

### 6.6.1. El ocaso del ídolo

El año siguiente empezó mal para *JC* desde el 5 de enero, al perder la demanda contra *El Financiero*.

La juez María del Rocío Martínez determinó: “La parte actora no justificó que en el derecho de opinión, comentario o de la difusión de noticias se haya cometido expresiones despectivas, injuriosas o denostando la imagen del actor... asimismo NO SE ESTA OBLIGADO A LA REPARACION DEL DAÑO MORAL CUANDO SE EJERCEN LOS DERECHOS DE OPINION, CRITICA Y EXPRESION DE LAS IDEAS A QUE ALUDE AL ARTICULO 6º. CONSTITUCIONAL... ya que se desprende que la parte demandada únicamente cumplió con la opinión, expresión de ideas y crítica contemplada en el artículo sexto constitucional y la cual no se justificó durante el procedimiento que fuera falsa o errónea o al menos se encontrara en duda indubitada por lo que no se considera que sea conducta ilícita la cometida por la parte demandada... no puede existir daño moral en el supuesto agresión hacia la persona del actor desprestigio o difamación alguna, ya que quedara a criterio del público precisamente la emisión de críticas o de formarse un criterio en relación a la personalidad de la parte actora y la información emitida sólo es uno de los tantos parámetros que tienen todos los lectores... por lo que se absuelve a la parte demandada de todas y cada una de las prestaciones exigidas por la parte actora, dejándole a salvo sus derechos para que en la vía y forma correspondientes haga valer los derechos que considere pertinentes en términos del artículo 264 del Código de Procedimientos Civiles”.

Por último, el púgil fue condenado a pagar “las costas ocasionadas por el presente juicio”.

Pero Chávez estaba ya acostumbrado a pelear más en las cortes que en los cuadriláteros.

Y en febrero entabló una demanda más. Ahora contra el promotor Bob Arum.



José Luis Camarillo, en ese tiempo el periodista más cercano al ídolo boxístico, publicó en el periódico *Esto*:

“El abogado Salvador Ochoa Olvera, del despacho Hamdam, Ochoa y Cruz, presentó ayer ante el procurador general de Justicia del Distrito Federal una denuncia penal contra el promotor Bob Arum y la empresa Top Rank, por presuntamente haber engañado al boxeador Julio César Chávez y utilizarlo para obtener fuertes ganancias por su segundo combate contra Oscar de la Hoya, sin cumplir al púgil mexicano con los pagos especificados en contratos.

“Dentro de los hechos denunciados por Ochoa Olvera ante la PGJDF, se indica que Chávez firmó dos contratos: uno el 15 de abril de 1998 y otro el 16 de abril del mismo año (‘Contrato por dos peleas’) con el señor Robert Arum, titulado ‘contrato de compra de derechos accesorios’, por sus combates contra Ken Sigurani (25 de junio) y Oscar de la Hoya.

“El segundo documento señala que por el combate contra Sigurani, Julio César obtendría 350 mil dólares más un bono de 250 mil por ganar por nocaut. Por la pelea contra De la Hoya, recibiría la suma garantizada de 4 millones de dólares pagaderos al término de la contienda. Entre los ingresos adicionales de Julio se observa que por la pelea por el campeonato (recibiría) 4.50 dólares por cada compra de transmisión televisada de pago por evento en Estados Unidos una vez que superaran las 650 mil compras, más 50 por ciento de las ganancias brutas que Top Rank recibiera al superar un millón de dólares los derechos de exhibición en televisión y los derechos relacionados a la pelea por el campeonato en México”.

Salvador Ochoa aseguró que el 11 de septiembre Arum le informó que las ventas del Pago por Evento superarían las 800 mil compras y que los boletos para el duelo ante De la Hoya estaban agotados, lo que “daría como resultado una compensación adicional para Julio César Chávez”.<sup>(65)</sup>

Chávez se quejó de que, sin su consentimiento, Arum vendió a Televisa los derechos de la transmisión televisiva por un millón 450 mil dólares “sin que hasta la fecha se le haya pagado cantidad alguna”.

Sólo para mantenerse activo, Chávez realizó dos contiendas ante púgiles desconocidos: Verdell Smith y Marty Jakubowski, a quienes venció sin problemas en cuatro rounds, en peleas realizadas en abril y julio.

El 2 de octubre le consiguieron otra fácil batalla ante un contrincante de bajo nivel, pero las imágenes mostraron la realidad: Willy Wise apabulló al mexicano, cuya cabeza rebotaba como pera de gimnasio ante los golpes del negro estadounidense.

Chávez perdió por decisión en 10 asaltos, lo que confirmaba el ocaso del último ídolo del pugilismo nacional.

Sin embargo, lo que más le dolía eran las publicaciones en su contra: “Dicen que soy drogadicto, que soy alcohólico, que soy matón, que soy narcotraficante, ya nada más falta que digan que soy joto”.

--¿Qué respondes a las acusaciones en tu contra que mencionaste? --le preguntó Camarillo.

--¿Qué respondo? (Alza la voz) Pues lo que siempre he respondido: que es mentira. He tenido 37 peleas de campeonato mundial, ¿cuándo he salido positivo? ¿Tú crees que un alcohólico, un drogadicto, sería campeón mundial o lograría lo que yo?... ¿tú crees que yo compraría a todos los doctores en Estados Unidos? He peleado en México, Estados Unidos, en Europa, en todas partes ¿y cuándo he salido positivo? Una cosa es que a uno le guste... la cerveza, que uno sea a veces parrandero y todo eso, que le guste a uno una mujer, pero otra cosa es otra cosa”.

--¿Qué opinas de que el narcotráfico...? (la pregunta es interrumpida, con enfado, por JC)

--Ohhh, yo no sé nada, de eso no me preguntes a mí porque todo mundo lo sabe, y no quiero meterme en problemas, ni meterme en controversia ni nada de eso. Sinaloa es un estado desgraciadamente muy conflictivo pero a la vez es muy afortunado porque aquí se ha dado lo mejor que hay en todo México, pésele a quien le pese.

--Julio, ¿acaso hablas de ti?

--¿Quién ha sido el hombre más querido de todo México? No señor, no hablo de mí, es Pedro Infante.”<sup>(66)</sup>

Pese a todo, el CMB lo seguía manteniendo entre los mejores del peso superligero y, para justificar el duelo por el título mundial de su organismo, lo enfrentaron a un tal Buck Smith, a quien noqueó sin problemas en tres rounds en Culiacán, en diciembre.

### 6.6.2. La buena vida del *Cacho*

El año 2000 se presentaba trascendental en la carrera del ya veterano *JC*.

En abril, el nombre de los hermanos Arellano Félix estuvo otra vez en el ámbito del sonoreense, al darse a conocer el castigo del asesino de su *ex sparring* *Bebé* Gallardo.

“El juzgado cuarto penal de primera instancia del distrito judicial de Toluca, estado de México, sentenció a 25 años de cárcel y mil días de multa a Gerardo Cruz Pacheco, alias *El Capitán*, gatillero de los hermanos Arellano Félix. La Procuraduría General de la República (PGR) informó en un comunicado que dicha sentencia es por la comisión del delito de homicidio en agravio de Jesús Gallardo Vigil, alias *Bebé* Gallardo (en esa época *sparring* de Julio César Chávez) y Jesús Sánchez Angulo, ocurrido el 9 de abril de 1996”.<sup>(67)</sup>

Para entonces, Chávez estaba dedicado a prepararse para la que sería su última pelea grande, ante el ruso australiano Konstantin Tszyu, pactada para el 29 de julio en Phoenix, Arizona.

Entrevistado en mayo, al iniciar su preparación en Toluca, aseguró que esta vez no sería dominado por el *Cacho*, como le dicen de cariño sus familiares, así como el *Púas* controlaba a Rubén Olivares:

“No, al *Cacho* ya lo mandé a la chingada. Por eso me vine a entrenar hasta acá. La verdad, el *Cacho* sí tiene sus debilidades, que las paga Chávez el boxeador. Pero esta pelea será diferente”.

--¿Y cuáles son las principales debilidades del *Cacho*?

--Pues, que le gusta mucho la buena vida... y eso quiere decir las mujeres y las cervezas, eso es la buena vida para el *Cacho*.

Chávez estaba decepcionado, ya que la Comisión Atlética de Nevada le prohibió enfrentar en Las Vegas a Tszyu porque consideraba que la pelea era muy dispareja y lo iban a lastimar. Es más, los casinos ni siquiera pusieron en sus pantallas la contienda para que los aficionados apostaran.

No tenía caso.

La pelea, decían, era de un solo lado.

--¿Serán críticas por racismo hacia un mexicano? --se le preguntó al ahora ninguneado *JC*.

--No lo sé. Tal vez sea por la mala actuación que tuve ante Willy Wise, que sólo entrené un día y le falté el respeto al público, pero a fin de cuentas eso fue una buena experiencia y aprendí mucho.

Y, en un acto de automotivación, añadió: "Me va a tener que matar para ganarme..."

Pero el que empezó a cavar su tumba fue el propio *JC*.

En forma insólita, un día antes de lo que sería su última gran guerra, jugó volibol durante 40 minutos bajo el inclemente sol del desierto de Arizona.

Jadeante, sudando copiosamente por el esfuerzo bajo 40 grados centígrados, exclamó: "Pelearé con mucho orgullo, dignidad y pundonor. Ganando o perdiendo el pueblo de México se va a sentir orgulloso de mí".

--¿Qué pelea no debió haber aceptado en su carrera?

Y *JC* se liberó del peso que había cargado durante los últimos cuatro años: "Cometí el error de pelear cortado con Oscar de la Hoya. Y Dios me castigó, porque el pueblo de México no se merecía mi derrota y él ahí creció..."

### **6.7. Chávez ya es leyenda**

A la contienda ante Tszyu, que sería su última batalla por un cetro mundial, se le llamó *Cuestión de orgullo*.

Pero fue ahí precisamente donde el veterano de 38 años quedó lastimado ante un rival 8 años menor.

“El rey ha muerto”, tituló el diario *Unomásuno* en su contraportada del 30 de julio de 2000 con una foto elocuente: Chávez en la lona, los ojos perdidos, tratando de sujetarse de las cuerdas para levantarse.

La crónica, de Carlos Rivero, uno de los pocos enviados de la prensa mexicana:

“JC es historia.

“Se estremece el corazón y uno recuerda las grandes batallas que protagonizó, los gratos momentos que escribió, las grandes noches de *glamur*. Las enormes marquesinas de Las Vegas, de París y de la ciudad de México donde se presentó hoy apagaron sus luces para la leyenda mexicana.

“Konstantin Tszyu firmó el epitafio: nocaut técnico en 6 rounds para cerrar la última página del más grande peleador que ha dado México.

“Sexto asalto: allá va el César del Boxeo tras una proeza, tras una hazaña, pero ya los miembros inferiores no le responden. Allá va con esas piernas flácidas, sin fuerza ni poder en los puños. Hay presagio de tragedia, el padre tiempo empieza a cobrar factura.

“Sale a sorprender con un golpe bajo y el réferi le penaliza con un punto menos y en la mirada de Julio César se refleja el dolor, la tristeza, la última luz de esperanza está por apagarse. Enfrente Tszyu le espera desafiante con su mirada de león hambriento que desea acabar con lo que queda de Julio César, con la sombra de aquel grande entre los grandes que éste fue.

“El ruso parece jugar al tiro al blanco. Jabea con su mano izquierda una y otra vez al rostro del aspirante a la corona de los superligeros que está ahí parado, pecando de valiente.

“En una esquina neutral viene el golpe con toda la potencia de un hombre de 30 años. Su mano derecha cruza el espacio veloz y relampagueante para encontrarse un rostro desguarnecido y estalla como dinamita en plena mandíbula, otrora a prueba de cañones.

“Se le doblan las piernas a Chávez y el público que no se ha cansado de abuchear a Tszyu y a gritar el ‘sí se puede, sí se puede’, no comprende que ha sido la noche triste de Julio César. Chávez cae lentamente mirando hacia la

tribuna y dando la espalda a un verdugo impaciente, que esboza una sonrisa irónica y sádica, de placer.

“La cuenta de protección del réferi se desgrana. Julio parece no querer levantarse. Finalmente al octavo segundo lo hace pero es lastimoso verlo con el alma y el cuerpo hecho pedazos. En la esquina ya sus hermanos Rafael y Rodolfo, el mánager Rómulo Quirarte, desean detener el combate, un combate finalmente desigual.

“El réferi pregunta a Chávez si puede seguir y éste dice que sí. Vendrá el final.

“Los años pesan. Chávez está ahí sólo por orgullo, por su grande corazón de gladiador, pero sin la fuerza, sin el brío y sin el poder con que tantas victorias alcanzó.

“Konstantin juega con él. En su mirada hay una expresión maquiavélica. Chávez trata de dar un golpe de gran suerte, pero su cabeza recibe toda clase de impactos. Lo mismo jabs de izquierda, opers con la misma mano y finalmente una derecha cruzada que rompe el corazón, el alma, no sólo de Julio, sino de los 14 mil 100 espectadores que lo han apoyado aquí, en el Coliseo de los Veteranos, que es su sepultura boxística.

“En la esquina de Chávez ya están sus hermanos. El réferi detiene la pelea. Es el minuto y 30 segundos del sexto asalto. Chávez es leyenda...

“Está en el banquillo de su esquina, la cabeza gacha, se la levantan sus *seconds*. El sonorenses llora. El rey ha muerto.

...

“El ruido es estremecedor. Cala hasta el corazón. Chávez sube al ring con una bata verde con vivos blancos y rojos. Ya lo espera el mariachi con las notas del *Cielito Lindo* y también una tambora.

“Allá viene Tszyu, vestido todo de negro, en medio de un abucheo que no lo impacta, sino le hace crecerse.

“La primera campanada y de inmediato se ve quién será el mandón en el ring. Chávez no tiene ágil movimiento de piernas, no logra ligar combinaciones

mientras que Tszyu una y otra vez encaja su mano izquierda de gancho y oper en la mandíbula del contrario.

“Y así vendrán cinco angustiosos rounds en que se ve caer a una leyenda que escribió grandes páginas en la historia del boxeo mundial. Hoy ha llegado a su fin.

“Tszyu está entero, poderoso. Los golpes de Julio César no lo dañan, por el contrario, al César del Boxeo le aplican el gancho al hígado, esa puñalada que tantas veces él dio y que hoy nunca llegó a su favor...”<sup>(68)</sup>

### **6.7.1. No quiero ser escalón de nadie**

Fue, definió Carlos Rivero, “la noche triste del *César del boxeo*”.

Reseñó al día siguiente:

“El penthouse con el número 1660 y 1661 del hotel Pint Hilton parece el sitio de un velorio, sólo cuchicheos, aquí y allá. Caras largas, adustas, tristes.

“En la intimidad de la habitación Julio César Chávez ‘se refresca’ —dicen— y sólo su gente cercana traspasa el umbral, mientras en la terraza el bufete espera; las cervezas y los refrescos permanecen sin abrirse.

“Moralmente me siento triste”, dice Julio César Chávez cuando se asoma y pide unos minutos para atender a los pocos enviados de la prensa mexicana a atestiguar lo que fue la última página del *César del boxeo*.

“No quiero ser escalón de nadie. Di lo mejor que tuve y tengo que reconocer que mi cuerpo ya no respondió. La próxima semana anuncio mi retiro”, dice y con un pedazo de papel seca todavía algunos pequeños hilos de sangre en la frente, maquillada por los golpes del ruso Konstantin Tszyu, y un alma ya sin el guerrero que siempre llevó dentro:

“Tszyu es un gran campeón, pero no un gran peleador. Si no hubieran pasado tantos problemas que tuve nunca me habría ganado, pero debo reconocer que todo tiene un principio y un fin; me voy a retirar para nunca volver.

“Con voz pausada, añade: ‘tengo que ordenar mi vida. Voy a descansar, saber qué voy a hacer’.

“Esta madrugada sólo le acompañan unas 30 personas de su equipo; se muestra humilde y pide disculpas ‘si alguna vez les ofendí, pues tuvimos muchas controversias. Dí lo mejor que tenía. Se me involucró en muchas cosas pero soy una persona limpia, sí con defectos. Nunca se me comprobó nada del cochinerito que se ha hablado. Tengo defectos, pero deben respetar mi vida privada. Le doy gracias a Dios y al público por todo el apoyo que me brindó. El ver gente llorando, sufriendo, a mi madre, a mi familia, me conmueve. Es hora de decir adiós al boxeo que tanto me ha dado’.

“Emocionado, casi a punto del llanto, Chávez respira profundo: ‘Lo que me acabó fueron los problemas morales, emocionales, extra boxísticos. Peleaba sólo para pagarle al gobierno una deuda injusta. Confié en gente que me traicionó’.

--¿De qué se arrepiente?

--De pelear sin ambición, sin el ansia de un ganador; ahora que veo a mi gente sufrir, y más a mis hijos, por ellos, por mi madre, me retiro. Me arrepiento de haber seguido peleando sin ambición.

--¿Qué va hacer Julio César a partir de mañana?

“En el balcón a media luz, responde: ‘Voy a pensar bien en mi futuro a pesar de los problemas que tuve en el sexenio que está por terminar. Fueron muy injustos conmigo, pero en su conciencia lo van a llevar pues siempre pagué mis impuestos. Se llevaron más de 7 millones de dólares que eran el futuro de mis hijos. Demostré que soy una persona honesta, limpia; no pedí chiche a nadie a pesar de tener tantos amigos en la política; nada tuve que ver con tanta cochinerito (narcotráfico) como se dijo.

--¿Esperas vivir bien?

--Sí, estoy bien físicamente. Mi futuro y el de mis hijos está garantizado, pues supe invertir mi dinero. Nada tuve que ver con los impuestos que me cobraron, yo siempre pagué. Lo único que pido es que ya me dejen en paz.

“Chávez fue perseguido por las autoridades hacendarias porque supuestamente no pagó impuestos, y lo peor: pidió le devolvieran el impuesto al valor agregado, esto con el asesoramiento de su contador Viesca, quien fue el que cometió el fraude.



“Julio César también vivió el drama del divorcio, acusado por su ex mujer Amalia Carrasco de golpearla y hasta alguna vez consumir drogas; todo esto tuvo al guerrero del ring en una pena emocional, tanto que estuvo al borde del suicidio. Pues aunque a Chávez se le ve como un valiente arriba del cuadrilátero, abajo es un ser humano, que él mismo se reconoce como un romántico sentimental.

“Se muestra sincero cuando dice que no hará campaña de despedida. ‘Para qué engañar a la gente, prefiero hacer presentaciones, dar autógrafos, saludar en vez de ganar dinero injustamente. Los promotores no van a querer que me retire, pero no voy a engañar a nadie. Me retiro para no volver’.

--Los hombres también lloran, ¿tú por qué lloraste?

Los ojos de Julio se enrojecen:

--A nadie le gusta ver sufrir a su mamá, a sus hijos, a sus hermanos, a quien le quiere y le rodea. Ellos tenían una gran ilusión en mí y mi cuerpo no respondió. Mi tiempo en el boxeo ya se acabó. No quiero ser escalón de nadie, ni que me golpeen más.

“Con la sinceridad que antes no tuvo, pero que hoy lo hace más grande y humilde, Chávez niega ser una leyenda del boxeo mundial: ‘Nunca me he creído ni voy a ser el mejor peleador mexicano de todos los tiempos. Respeto a todos los campeones que en su época fueron grandes’.

“Y confirma: ‘Cuando ya no hay deseo de triunfar, simplemente se acaba todo. Mentalmente estoy mal de mi cabeza, porque ya no tengo ambición’.

“En el combate de este sábado, Chávez cayó dos veces a la lona sin golpe de por medio. Una en el cuarto asalto y otra más en el quinto. No tenía poder en sus piernas y dos veces grotescamente visitó la lona por empujones de un hombre que le supera en fuerza.

--¿Te vas satisfecho?

--No. Quería retirarme con más ganas, como campeón del mundo, pero no se pudo. Uno pone y Dios dispone, y Dios dispuso.

“Las luces del penthouse 1660 y 1661 empiezan a apagarse, como la estrella de Julio.

--¿Estás preparado para la vida después del retiro?

--¡Claro! Me voy para no volver. Tengo que ordenar bien mi vida, ser otro Julio César Chávez y tener más prudencia conmigo mismo.

“Chávez, el mejor boxeador mexicano en la historia del pugilismo abandona el balcón de su penthouse llevado por la actriz Yolanda Andrade y su compañera Montserrat Oliver al quinto piso, donde descansa ya el monarca.

“Hoy ni el mariachi ni la tambora sonaron”.<sup>(69)</sup>

Surgieron, otra vez, voces pidiendo su retiro.

El mánager Ignacio Beristáin, quien estuvo en la esquina de *JC* en el duelo ante el *Mago* González, observó: “Debió haberse retirado hace tiempo, después de la primera derrota con Oscar de la Hoya, pero él es dueño de su propio destino y deberá hacer un examen de conciencia antes de tomar una decisión”.

--¿Por qué cree que ha postergado tanto su retiro?

--Simplemente se acostumbró a las grandes bolsas, a gastar dinero a manos llenas. Llega un momento en que no puede dar marcha atrás con ese ritmo de vida y aunque en la actualidad no le haga falta el dinero, extraña al público, la idolatría que le profesaban a su persona, el medio que lo envolvió por muchos años, la prensa, la publicidad. Y cuando las facultades escasean el boxeador es el último en aceptarlo.

### **6.7.2. Ráfagas sobre la casa**

Chávez ya no tendría actividad boxística el resto del año.

Sin embargo, su nombre siguió apareciendo en los diarios, pero por motivos distintos a los deportivos.

“Balearon la casa de *JC*”, publicó el *Sol de Sinaloa* el 5 de septiembre.

Informó el reportero Javier Sital: “Hoy por la mañana al menos dos pistoleros atentaron contra el triple ex campeón mundial de boxeo Julio César Chávez González. Desde una camioneta en movimiento y con pistolas de grueso calibre *rafaguearon* su residencia de Colinas de San Miguel, con al menos nueve impactos de bala que hicieron blanco en cristales de la ventana frontal de una

recámara, las puertas de las cocheras y el área de acceso principal, aunque no se reportaron personas lesionadas en el inmueble.

“Al reportarse la balacera, se derivó un intenso operativo policíaco de elementos de la Dirección de Seguridad Pública Municipal, Policía Ministerial del Estado y de Protección Civil, en búsqueda de los autores del atentado, sin resultados positivos.

“Se logró conocer que los agresores fueron dos sujetos presuntamente de aspecto ‘ranchero’, quienes viajaban a bordo de una camioneta tipo doble rodada, color dorado con franja en café.

“La versión indica que los desconocidos accionaron armas de calibre 38 súper en al menos diez ocasiones, para luego huir con rumbo desconocido.

“Del frente de la casa se recogieron tres casquillos de calibre 38 súper, aunque se apreciaron al menos nueve impactos que hicieron blanco en la casa tiroteada. Cuatro balas penetraron a una recámara, ya que se observaron igual número de huecos en una ventana, dos más en los portones de cocheras y otros tres en la fachada del acceso principal”.<sup>(70)</sup>

Por la noche, José Luis Camarillo entrevistó por teléfono al peleador, quien expresó: “Son mentiras. Ni cuenta me di, estaba dormido con mis hijos Julito y Omarcito... lo que pasa está cabrón, la violencia por acá... aquí vive gente muy importante. Ha habido muchas balaceras últimamente, al parecer los que dispararon eran personas que creo soy su ídolo. Me dicen que gritaban ‘campeón, estamos contigo aunque pierdas’.

--Julio, ¿estás tranquilo?

--Claro, pues no estoy peleado con nadie... ¿Crees que si anduviera haciendo cosas malas estuviera aquí?

--Julio, ¿sientes algún deseo de volver a pelear?

--Al box no vuelvo nunca más, así Dios me ponga obstáculos y todas las pruebas, no vuelvo. Desafortunadamente muchos boxeadores han caído por malos manejos, pero pienso ser un ejemplo para los jóvenes...

*JC* sobrellevó como pudo el resto del año, pero 2001 también empezó mal: su padre Rodolfo Chávez Lizárraga falleció el 31 de enero y fue sepultado al día siguiente en el panteón civil de Culiacán.

“Mejor conocido como el *Güero* Chávez, don Rodolfo laboró como ferrocarrilero muchos años y falleció a los 67 de edad, luego de once días en agonía en la clínica Santa María de esta ciudad (Culiacán) y en el Hospital Regional del IMSS, donde permaneció hospitalizado cinco días por un padecimiento de diabetes que se le complicó a raíz de una neumonía”.<sup>(71)</sup>

Todavía no se reponía de la muerte de su progenitor, cuando *JC* recibió otra mala noticia.

El 21 de febrero, el Servicio de Recaudación Fiscal de Estados Unidos (IRS) entabló una demanda contra él, al acusarlo de evasión de impuestos por 6 millones de dólares.

Los documentos de la demanda indican que *JC* fue notificado por el IRS sobre el adeudo tras declarar mucho menos dinero del que en realidad percibió entre 1993 y 1996.

El IRS aseguró que Chávez ganó 14.5 millones de dólares por peleas celebradas en Estados Unidos en esos años y por las cuales debió pagar 6 millones al fisco de ese país.

Luego de hablar con sus abogados, *JC* aseguró estar tranquilo: “No hay ningún problema. Ellos me dicen que alguien inventó esa información, que de ninguna manera tengo un problema en Estados Unidos”.

--¿A los boxeadores siempre se les descuentan los impuestos de las bolsas?

--Claro que sí. En Estados Unidos es muy difícil evadir impuestos. A mí, en cada pelea, si ganaba 100 pesos o dólares, antes de pagarme me descontaban 30 pesos o 30 dólares. El problema aquí parece es que el pago es por derechos internacionales, pero ahí en realidad yo no tuve la culpa. Don King vende las peleas a más de 100 países en el mundo, yo cómo voy a saber de eso. En todo caso el problema es para Don King, no para mí.

Recordó: en México “se me acusó de lo mismo, pero afortunadamente ya me absolvieron de todo cargo, pero alguien de ahí me quería fregar y fueron 6 años de presión para mí”.

--Entonces ya que te dejen descansar con tranquilidad, en paz...

--Es lo que yo quiero. Lo poquito que me quedó del boxeo, o lo mucho, pues es para el bienestar y futuro de mis hijos y me lo quieren quitar.

Su hermano Roberto Chávez aseguró que el peleador ya recibió la absolución de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público por la evasión fiscal en la que incurrió en 1996.

Y el abogado Salvador Ochoa habló de “las mentiras de las grandes bolsas que se ganan en el boxeo”:

“Julio reclamaba que le habían prometido una cosa y al final le pagaban otra. Pero eso es publicitario. Lo que ponen en el contrato es una cantidad y al final de cuentas el boxeador recibe otra. Cuando Don King Productions o Bob Arum le entregaban los cheques, Julio preguntaba ‘qué es lo que está pasando aquí’ y le respondían: ‘estos son derechos, esto es propaganda, esto es publicidad, esto es representación, estos son impuestos, esto de los abogados, de los contadores...’ incluso recuerdo con claridad que le decían que guardara bien esos documentos porque ahí se comprobaba el impuesto para que no hubiera un doble pago”.

Más: “Yo fui varias veces corrido de las habitaciones cuando llegaban a firmar el contrato y los pagos. Don King gritaba ‘¡solo, fuera!’ y Julio decía ‘que esté el licenciado’... pero no, él solo arreglaba el contrato, solo firmaba los papeles. Pero a final de cuentas a mí sí me tocó ver todos esos descuentos del dinero y verdaderamente ahí sí estaban los impuestos...”

### **6.7.3. “Me dijeron que había muerto”**

“Al box nunca vuelvo”, había dicho el gran *JC*, pero no pudo sustraerse a la sirena que encanta a todos los boxeadores: el regreso.

Después de haber perdido el 29 de julio de 2000 ante Tszyu, ocho meses después contempló la posibilidad de ponerse otra vez los guantes.

En entrevista con Diego Martínez, dijo que lo haría en memoria de su padre y aseguró que le dieron algo de beber antes del duelo ante el ruso y que lo afectó.

Se quejó también que tuvo que pagar 7 millones de dólares por sus problemas con Hacienda: “Te juro que cuando no me llueve, me llovizna y yo sin deberla ni temerla”.

--¿Cómo te sientes?

--... me dan ganas de volver otra vez al pinche boxeo. Me gustaría morir en México y a la chingada... Me gustaría otra vez volver a pelear con el ruso aquí en México, porque a mí lo que me hicieron fue una chingadera, a mí me dieron una cochinado, yo por eso me retiré, porque a mí me hicieron una cochinado y porque yo luego hasta borracho peleo y peleo cuatro o cinco rounds duro... aquel ruso me pegó en las costillas cuando me aventó, luego cuando me tumbó no me pegó en la quijada, me pegó en la cabeza.

Desesperado, dijo que solicitaría una entrevista con el presidente Vicente Fox: “Se ve que es bueno, que no se anda con chingaderas políticas ni nada de eso. Yo quiero tener una cita con él para que ya me dejen en paz con los impuestos. No es posible, mano, me quieren dejar en la calle. Todo lo que he ganado y todo lo que me he chingado durante 20 años... que me lo quite el gobierno, pues que no chinguen, por favor”.

--¿Qué le dirías al Presidente?

--Que injustamente me han quitado el dinero que he ganado limpiamente.<sup>(72)</sup>

Chávez regresó al cuadrilátero el 24 de noviembre de 2001. Con el pretexto de despedirse de los aficionados de Ciudad Juárez, enfrentó al desconocido Terry Thomas, al que venció fácilmente en dos rounds.

Sin embargo, lejos de sus años de gloria boxística, aparecía más en los periódicos por otros motivos.

El 20 de febrero de 2002 corrió el rumor de que *JC* había muerto.

Publicó el diario *Reforma*: “A mí fue la primera que me hablaron, y que era un comandante de la policía y se escuchaba que de donde estaba hablando se

escuchaban radios y sí se escuchaba como que estaba hablando de una patrulla... sí, aquí de Tijuana, y me dijo que había habido un atentado en una casa y que Julio César estaba en esa casa y que había testigos que lo habían sacado muy mal herido. Y que me estaba hablando ahí de las oficinas para que me trasladara porque había muerto”, narró Míriam, quien vive con Julio.

“Julio César Chávez llegó a su casa de Tijuana a las 22:52 horas del sábado. Su hija, la pequeña Nicole y Míriam (ex esposa del *Bebé* Gallardo) lo esperaban con ansiedad, pues los rumores de un posible atentado en su contra se escucharon a lo largo y ancho del país; incluso hasta rebasaron fronteras desde el pasado miércoles.

“Papi, papi”, gritó Nicole cuando vio a Julio, antes de que éste contestara la llamada de *Reforma*.

...

“(El rumor) se me hizo una ofensa de Televisa, porque no acepté (las condiciones de una contienda de despedida), porque no me conviene; conmigo ganaron mucho dinero y no pueden hacer leña del árbol caído”, afirmaba sin pedir mayores detalles sobre el incidente.

--¿Rompiste tu relación de tus peleas con Televisa?

--Sinceramente sí... Televisa me ha estado hablando para acá (Tijuana) y yo no quiero contestar a nadie. No sé como consiguieron esa noticia...

“Chávez comentó que en estos momentos directivos de esa empresa televisiva no lo han valorado y recuerda que con Emilio Azcárraga Milmo todo era distinto. ‘Llevo una buena relación con Emilio’ (Azcárraga Jean)”

--¿Entonces no te están valorando?

--El sí (Azcárraga Jean), simplemente la gente de abajo no... entonces quiero una cita con Emilio Azcárraga y decirle que he hablado con su gente y que me están ofreciendo una mier...

--¿Cuánto te están ofreciendo?

--Me están ofreciendo 100 mil dólares y el 50 por ciento del Pay Per View (Pago Por Evento). Están jodidos, porque se me hace una cochizada lo que me están ofreciendo.

“La paciencia de Julio se está agotando, pues comenta que todos piensan lo peor de su vida.

“Todo mundo piensa que estoy loco, que soy alcohólico, que soy drogadicto, que soy matón, que soy un narcotraficante. Todo mundo piensa lo peor, ¿por qué? No me meto con nadie”.

...

--¿Entonces aún te sigue molestando Hacienda?

--Todavía. Me siento perseguido, no entiendo. Son chin... sinceramente me han quitado un chin... de dinero. Prefiero quedarme sin nada, pero que me dejen en paz.

--¿Te sientes perseguido?

--Piensan que yo *lavo* dinero porque soy amigo de estos... de todo mundo, soy amigo de todos y yo nunca he recibido atentados de nadie. Toda la gente me quiere un chin... los únicos atentados que he recibido son de... mejor luego hablamos...

--¿De qué tienes temor?

--¿Sabes de qué?... de la injusticia.

--¿De quién o de quiénes?

--De quien nada me valora, piensan que soy pendejo. Ya no aguanto, la neta. ¿Sabes qué voy a hacer mañana? Me voy a poner un balazo en la cabeza, la neta, al chile, dentro de la televisión y decirles ‘miren como son injustos, son unos méndigos desgraciados’.

“Julio sólo pide justicia e implora que la persecución finalice.

“Por qué a mí, por qué a mí, por qué a mí, a mí, a mí, y más en mí. Ese pin... Ortiz, ese pin... Tomás Ruiz, toda esa bola de mier... Los odio con toda mi alma”.<sup>(73)</sup>

Sus problemas parecían no tener fin.

Tres meses después, José Luis Camarillo le preguntó acerca de una nueva acusación: que traficaba con visas para Estados Unidos y –confesó el propio JC--, también lo habían involucrado en el asesinato de Luis Donald Colosio.

“La risa que escuchamos de labios de JC no era de gusto ni de sarcasmo.



“Más bien era una mezcla de impotencia e incredulidad.

“De lo último que lo acusan es, según está publicado, de supuestamente ‘traficar visas solapadas para entrar a Estados Unidos’.

...

“Una vez que escuchó la nueva versión por la cual es acusado, soltó esa risa que refleja una especie de desesperanza y coraje.

“¡Ah, también eso!”

“Enseguida, con un tono de voz que fue creciendo, expresó: ‘¿Cuándo van a dejarme en paz? Yo paso a Estados Unidos sin pasaporte. Mira, por mí todo lo que digan se lo pueden meter por el cu... ya me enfadé. Mañana salgo otra vez a Estados Unidos. Acabo de regresar, todos los gringos me tratan muy bien, porque saben la clase de persona que soy. Me piden autógrafos los norteamericanos, los soldados, ¿por qué hablan tanta mierda para hacerme daño? Pero por más que me quieran hacer, no pueden ni van a poder ¿okey? Porque el que obra mal... gracias a Dios no tengo nada, ya no hallan qué sacar’...

“Antes de una nueva pregunta, Julio clamó:

“Sacaron también que yo entregué 500 mil a quién sabe quien para el asesinato de Colosio, qué clase de personas son esas, pero qué es esa mierda, dime, con qué saña dicen las cosas. Pinche gente, ojalá se les pudra el fondillo, sabes qué, yo también me voy a hacer periodista para tirarle a toda esa gente jija, negativa. Dicen que hay libre expresión, con eso ya pueden escribir lo que quieran de mí, ¡joye!, debe haber una ley que aquel periodista que difame a alguien sin fundamentos se le castigue también con la ley. Son chingaderas, ya agarren a otro pendejo. Tú y mucha gente se han dado cuenta de que yo estoy al margen de todo, incluso he estado en un centro de capacitación, claro, espiritual, moral y física. ¿Cuándo *chingaos* se me ha comprobado algo?...”

“No tardó Chávez en recordar otra información escandalosa, generada en enero anterior, que pretende involucrarlo.

“Está como aquí, lo de la *Güera*, que yo maté a la *Güera*, oye, chinguen su madre. Con toda esa basura, la gente me quiere más, me quiere donde quiera que voy, gracias a Dios”.

Aseguró también que llevaba sin tomar “dos meses y cinco días” y rechazó tener problemas económicos ante la venta de una parte de sus carros de colección:

“Estoy vendiendo lo que quiero, lo que no me sirva para qué lo tengo ocupando espacio. Sabes qué, como me he alejado de todos, piensan que estoy jodido, pero a nadie le pido prestado...”

Y sobre una nueva contienda, planteó:

“Voy a ver si me conviene. He recibido ofertas de todas partes del mundo. Si estuviera jodido, ya hubiera peleado desde cuando”.<sup>(74)</sup>

### **6.8. Zedillo, un traidor**

Su siguiente pelea –ahora para despedirse de los aficionados de Tijuana-- fue exactamente dos años después: el 22 de noviembre de 2003 se enfrentó otra vez a Willy Wise, quien lo había vapuleado en 1999.

Cuatro años después, Wise no fue ni su sombra y Chávez lo noqueó apenas en dos rounds.

Y entonces se empezó a planear lo que sería –aseguró mil veces— su duelo de despedida.

Enfrentaría a Frankie Randall, quien lo derrotó por primera vez, en la monumental Plaza México y con el apoyo de Televisa, el CMB y Don King.

Se montó un gran aparato publicitario alrededor de la función, que llamaron *Adiós México, gracias. La última revancha*.

Y JC volvió a aparecer en los medios.

Entrevistado por la revista *Día Siete*, el púgil habló de su carrera, de las mujeres, de la fama y el dinero y empleó palabras fuertes para hablar del ex presidente Zedillo, a quien llamó traidor.

--¿Cómo ha sido su relación con el poder político?

--No, yo nunca tuve poder político. Yo fui amigo de Carlos Salinas de Gortari, pero él nunca me protegió en nada; simplemente me daba muy buenos consejos. El valoró mi carrera, no como Ernesto Zedillo...

--¿Qué pasó con Zedillo?

--Es un traidor. Me alzó la mano durante su campaña electoral y después, cuando fue Presidente, ordenó una persecución en mi contra por 100 mil dólares que nunca recibí en mi vida; al contrario, me quitaron 7 millones de dólares. Eso no fue justo.

--Fue una persecución implacable, ¿por qué?

--Claro. Era un... lo odio al desgraciado. El día que lo vea de frente...

--Dicen que sus peleas más fuertes han sido abajo del ring.

--Sí. La verdad es que fue un crimen lo que hicieron conmigo. Fue algo injusto, no se vale lo que me hizo Zedillo. ¿Yo qué le hice al señor? Tal vez le gustaba yo y nunca le di pie a nada.

--¿Qué han significado en su vida las mujeres?

--Pues ya ni sé dónde las dejé. Afortunadamente, siempre me han seguido mucho las mujeres.

--¿Es usted mujeriego?

--No soy mujeriego, pero tengo pegue. Otra cosa es que me sigan las mujeres.

--Lo siguen mucho las mujeres y le gustan mucho...

--Pues sí, porque a mí no me gustan los machos.

--¿Ha sido un hombre fiel?

--No, no soy fiel... soy hombre.

--¿Ser hombre significa ser infiel?

--No, pero entiéndeme. A veces una canita al aire no le hace daño a nadie. No muchas, yo quisiera muchas, pero... No me gusta hablar de eso. Tuve aventuras con muchas artistas, pero no voy a decir nombres por respeto. Los hombres no tenemos memoria.

--¿Le causaron problemas las mujeres?

--Poquito, pero fueron necesarias en mi vida. Actualmente sigo casado todavía con Amalia Carrasco, la madre de Julio y Omar; no me he divorciado, tengo buena relación con ella...

--Pero tuvo muchos problemas con ella...

--Sí, porque estuvo muy mal aconsejada. Desafortunadamente, por dinero agarró una abogada que era la más corrupta que podía haber en Culiacán.

--¿Le costó mucho dinero?

--No, yo le dejé mucho dinero para mis hijos, gracias a Dios. Me dolió mucho lo que habló, pero un día, llorando, me dijo que ella no había dicho eso, que había sido la abogada la que la aconsejó. Pero ella ya no es una niña, ¿me entiendes? Tanta cochinidad me hizo irme para abajo. Fue cuando vino mi declive como boxeador. Me deprimí mucho, me lastimó... y nunca pude recuperarme.

--Y ahora, ¿cómo está?

--Estoy bien, pero siempre... no sé... me queda algo. Tengo una hija con otra señora, pero no estoy casado con ella ni nada de eso. No vivo con ella. Tengo mi niña, sí voy a verla, pero yo tengo mi casa en Tijuana, en Culiacán, en la ciudad de México, en San Diego, en Toluca. Me la vivo viajando porque tengo muchos compromisos, me llaman de muchas partes del mundo para que vaya a presentarme, a hacer comerciales. Me pagan bien.

--Dice Mike Tyson que Don King no es humano, sino un cerdo. ¿Usted qué piensa?

--Esa es su opinión. A mí Don King me ayudó mucho, estoy agradecido por eso, pero la verdad es que también se aprovechó de mí. Me dio a ganar mucho dinero, pero él ganó mucho más que yo.

--Haciendo un análisis, ¿qué errores cometió en su trayectoria boxística?

--Es que yo no sé hablar inglés, entonces firmé muchos contratos sin saber inglés. Yo qué iba a saber lo que estaba firmando. Don King fue un abusivo... Tenía a mi alrededor a mucha gente que me robó, como Alberto González; yo tenía un restaurante en Los Angeles y todo me vendió, incluidos los carros. Se aprovecharon de mí porque yo no sabía hablar inglés. Pero allá está Dios, y el dinero va y viene. Lo importante es la salud.

--¿Cómo modificó la fama su vida?

--La fama a mí nunca me mareó. Yo siempre tuve los pies bien puestos sobre la tierra; además, es efímera. La gente que no está preparada, cuando sale en la televisión ya se cree mucho. Se vuelve loca.

--¿Y el dinero?

--El dinero va y viene. Hace mucha falta, pero a veces uno no está preparado para ganar tanto; yo he ganado millones y millones de dólares y sigo siendo el mismo. Me robaron mucho y tiré mucho dinero, pero también invertí mucho, gracias a Dios.

--¿Quiénes le robaron?

--No voy a decirlo, ni tampoco voy a decir dónde perdí dinero.

--¿Cuál es el futuro de Julio César Chávez?

--Es algo triste y bonito, porque voy a decir adiós para siempre. Bonito si gano y triste si pierdo. ¿Qué planes tengo? Como vengo diciendo, mucha gente piensa que económicamente estoy mal, ¿me entiendes? Pero no, gracias a Dios no. Yo invito a todos aquellos que dicen que estoy mal a que vayan a Culiacán, que conozcan mis propiedades, mis gasolineras, mis edificios. Simplemente me alejé un poco del box porque estaba cansado, sinceramente.

--¿Cuáles son sus planes?

--Aparte de dedicarle todo mi tiempo a mis negocios, tengo muchos planes; uno de ellos es hacer una corporación Julio César Chávez para promover el boxeo. Ya la tengo en Estados Unidos, pero ahora la quiero aquí en México. Y quiero también administrar la carrera de mi hijo (Julio César), porque tampoco se los voy a dejar a los lobos para que se lo coman vivo.

--Dice que no es por dinero, entonces ¿por qué la despedida?

--Porque creo que me la merezco, ¿no?

--¿Es nostalgia, dinero o las dos cosas?

--No, no es nostalgia, nada de eso. Yo no me he subido al ring hace mucho tiempo; si lo que menos quiero es pelear. Pero acuérdate de que ya tenía un compromiso con la televisión y con Don King, y la verdad es que ya no quiero más demandas. La pelea me la fueron posponiendo y yo en realidad ya no quería pelear, pero tengo que cumplir. Además, creo que soy el único mexicano que vende mucho.<sup>(75)</sup>

No fue así.

A pesar de la gran promoción en los medios, el público del Distrito Federal desairó al último ídolo.

El 22 de mayo de 2004, la plaza México lució a menos de la mitad de su capacidad: apenas 20 mil aficionados asistieron para decirle adiós a *JC*.

Fue su tercera pelea ante Frankie Randall, quien había sido su primer verdugo.

La crónica, de este reportero:

“Julio César Chávez tuvo anoche un retiro digno. Si muchas veces se excedió en los festejos, en la plaza de toros México el sonorense dijo adiós con un triunfo, como lo merecía la trayectoria del considerado mejor boxeador mexicano en la historia.

“A las 00:25 horas, el anunciador informó la victoria número 106 en 113 peleas en una brillante carrera de 24 años en los que fue el primer peleador mexicano que ganó tres títulos en tres divisiones diferentes y en los que se convirtió en el reciente ídolo del boxeo.

“Cincuenta años después del 26 de septiembre de 1954, cuando el *Ratón* Macías llenó las 50 mil butacas de la Plaza México, Chávez ahora sólo pudo cubrir la mitad, pero los que acudieron lo despidieron de pie y con aplausos.

“Chávez dominó la mayor parte de los 10 episodios y así lo reflejaron las puntuaciones de los jueces. Dos de ellos lo vieron ganar con idénticos números de 98-92, mientras que el tercero le otorgó un categórico 99-91.

“Julio César, impulsado con gritos de ¡México-México! y ¡Chávez-Chávez!, se mostró por supuesto ya sin la velocidad de antaño, pero hizo alarde de un excelente manejo de la mano izquierda que impactó sobre el cuerpo y el rostro del primer boxeador que lo había mandado a la lona y que le impuso su primera derrota hace 10 años.

“El mexicano, de 41 años, y el estadounidense, de 42, ofrecieron una pelea honesta, después de tantos fraudes que se han observado en el pugilismo.

“Chávez tuvo mejor condición física y estuvo cerca de noquear a su rival en los rounds cinco y ocho, pero Randall aguantó y terminó de pie. El último asalto

fue de feroz intercambio y el *César del boxeo* escuchó la última campanada como había pasado la mayor parte de su carrera: hacia el frente y tirando golpes.

“Al final, Julio César pidió un aplauso para su contrincante y le dijo al público: ‘Esta noche me retiro definitivamente del boxeo y gracias a todos ustedes esta noche siempre la voy a recordar en mi mente y en mi corazón’.

“Y el público le devolvió: ‘Gracias a tí, campeón’.

“El sonorenses pidió a los aficionados paciencia para sus hijos que anoche compartieron con él el cuadrilátero: Julio César Chávez junior obtuvo la victoria en el primer round, mientras Omar ofreció una buena contienda amateur”.<sup>(76)</sup>

### **6.9. “El deportista más chingón: ¡Yo!”**

Chávez se alejó un tiempo del ring, pero no de los problemas.

El viernes 26 de noviembre –luego de un triunfo de su hijo Julio César Chávez Carrasco en Ciudad Juárez-- fue acusado de agredir a un reportero.

Detalló el cronista deportivo Jesús Felipe Orozco. “Yo iba subiendo al ring cuando Julio César (padre) iba bajando, sólo lo toqué y le dije ‘Julio’ para entrevistarle, pero él se volteó y me dio un derechazo. Al parecer Julio venía enojado porque otra persona le tocó las pompas, pero se le notaba que andaba ebrio”.

“Cabe señalar –apuntó el diario *Esto* el 30 de noviembre— que una vez concluida la pelea entre Chávez y *Tigre* Mosley, Julio César Chávez subió al cuadrilátero donde fue alzado en hombros por varios de sus seguidores y según un video difundido por la televisora paseña *Noticias 26*, alguien le tocó el trasero al afamado ex monarca universal, quien visiblemente molesto se soltó tirando golpes a diestro y siniestro, retando a pelear a todo el que se le ponía enfrente”.<sup>(77)</sup>

Orozco Reyes demandó penalmente a JC por agresiones físicas y lesiones y también denunció los hechos ante la Comisión Nacional de Derechos Humanos ya que fue golpeado cuando desarrollaba su labor como periodista.

Pero Chávez, como la mayoría de los púgiles, añoraba los golpes legalizados.

En marzo de 2005 anunció que pelearía en Los Angeles como “un homenaje” para todos los mexicanos radicados en esa área.

El promotor de la contienda, Bob Arum, informó que *JC* tendría una bolsa garantizada de 200 mil dólares, que aumentaría con el ingreso en taquilla y los derechos de televisión.

Arum también reveló: “Julio ha estado sobrio por un tiempo, tanto del consumo de alcohol como de otras sustancias malas. Ha cambiado su vida porque no deseaba ser la imagen negativa para su hijo, del que quiere conseguir su amor y respeto”.

Una multitud de 17 mil 692 aficionados acudió el 28 de mayo al Staples Center de Los Angeles atraída por el viejo ídolo.

Y el sagaz promotor Arum le consiguió un rival a modo: Ivan Robinson, de 34 años, y con 9 derrotas en 43 combates.

En la función llamada *Adiós*, *JC* tuvo una despedida triunfal al vencer en 10 asaltos con amplias puntuaciones: dos de 99-89 y una de 100-88.

Chávez, quien se lastimó la mano derecha “en el cuarto o quinto round”, se entusiasmó con su victoria y anunció más despedidas en Estados Unidos: “Este público es el que me hizo, ¿por qué no llevarles una pelea que ellos han pedido con insistencia? Todo México me quiere ver pelear, también en Estados Unidos”.

Y sus planes eran en grande: Phoenix, San Antonio, Houston, San José, San Diego, Chicago...

“No me voy a ir del boxeo mientras el boxeo no me abandone a mí. Soy feliz por ser quien soy y por tener la familia que tengo. Y por vivir en Culiacán, que muchos dicen que es un estado (sic) muy conflictivo, pero, ojo, ha dado al artista más querido del país: Pedro Infante... y al deportista más chingón: ¡yo!”.

La siguiente batalla –de lo que llamó *La Gira del Adiós*– fue el 17 de septiembre.

Con la carga de sus 43 años, *JC* regresó a Phoenix, una ciudad de amargos recuerdos.



Cinco años después de su decepcionante caída ante Tszyu, Chávez tuvo otra penosa presentación ante los aficionados de Arizona, en una función en la que su hijo Julio César consiguió su triunfo número 20.

JC volvió a perder, ahora por abandono luego de cinco episodios al argumentar una fractura en la mano derecha.

El estadounidense Grover Wiley, de 30 años y 7 derrotas en 30 peleas, afirmó que Chávez ya no quiso pelear porque estaba recibiendo una paliza.

Informó la agencia Ap: “Chávez parecía tener controlado a Wiley en los primeros dos asaltos. Sin embargo, Wiley siguió luchando. En el quinto episodio, recurrió a dos combinaciones de golpes a la cabeza para causar daño al mexicano. Cuando Chávez se dirigía a su esquina, después del asalto, miró a su equipo y movió la cabeza de un lado a otro, para indicar que no continuaría en el combate”.

Todavía arriba del ring, el sonoreense expresó: “Me voy del boxeo. No tiene caso seguir peleando para que me sigan golpeando”.

Al final, las imágenes televisivas lo mostraron llorando en el vestidor.

Sin embargo, tan sólo unos días después el dolor había pasado y anunció su regreso una vez más.

“No, definitivamente no me retiro, hay mucha gente que quiere verme pelear y sería injusto no darles gusto. Estoy avergonzado por lo que sucedió, pero él (Wiley) no es rival para mí. La verdad es que subí al ring sin fuerzas, no sé qué me pasó, no tenía nada de fuerzas, pero no me importa lo que digan, yo me quiero retirar con un triunfo. La próxima vez verán a un Chávez ganador”, prometió al anunciar otra contienda en diciembre.

Una vez más, aseguró: “Esta va a ser mi última pelea, lo afirmo desde ahora. No va a haber ninguna suma de dinero o algún rival que me haga regresar. Yo sólo quiero que la gente recuerde al Julio César Chávez ganador que vieron hace 10 años y lo voy a lograr. Voy a dejar mi vida en el ring. Me vale madre lo que piensan los amargados, lo que digan”.

José Sulaimán, quien en los últimos años se mantuvo alejado del sonoreense, lamentó: “Esa noche que vi su última pelea las lágrimas se me

salieron, sentí como si le estuvieran pegando a un hijo mío y lo peor de todo es que no ha escuchado que todos los mexicanos que lo querían están tristes y molestos por lo que le está sucediendo. Me da coraje que no entienda la diferencia entre las personas que lo quieren bien y las que lo usan para ganar un desgraciado dólar a base de su nombre... ya está arriesgando su salud y su vida...”

A Julio César nunca le gustó hablar sobre el final de su carrera, lejos ya de la gloria que le dio el boxeo.

--¿Has pensado en esos peleadores que sólo tienen amigos cuando ganan dinero y son campeones?

--Definitivamente así es.

--¿Y no tienes miedo de acabar así?

--No.

Y aunque, el *César del boxeo* se resistía a irse, esa fue su última batalla.

Había debutado el 5 de febrero de 1980.

En mayo de 2007, a 27 años y tres meses de su inicio, el actor Diego Luna se inició como director con el documental *Julio César Chávez, el último héroe mexicano*, en el que lo califica como “el mejor boxeador que ha tenido México”.

Al inicio de la película, *JC* se refiere al pugilismo: “Es una profesión muy dura, muy difícil. Recomendando a todos los niños que mejor estudien, que se dediquen a un deporte que no sea profesional, que sea amateur, para que su familia no sufra...”

Y al final, le dice al pueblo que lo idolatró en sus noches de grandeza: “Les dejo a mi hijo, él va a seguir los pasos míos”.

Fue el adiós definitivo que nunca se atrevió a declarar en público.

Al terminar este trabajo, *JC* estaba dedicado a atender a sus hijos Julio César y Omar, quienes enfrentaban el duro desafío de igualar a su padre:

“En los 300 años de este deporte, Chávez es el boxeador que ha tenido más peleas de título mundial: 37. En segundo lugar está Joe Louis, con 27, y en tercero Muhammad Alí, con 25”.

Ha sido, sin duda, el más exitoso en la historia de los ídolos con guantes.

### 6.9.1. Sembró el derecho a soñar

Los expertos Fernando Gómez Arias y Antonio Andere, además del periodista Francisco Ponce, reconocen a *JC* sus logros boxísticos, pero no lo consideran ídolo.

“El abanderado del boxeo mexicano en los últimos años, es también el campeón incrustado en la corta memoria de los aficionados de hoy. Para ellos, es *JC* el más grande. La televisión les ha metido a la cabeza, a martillazos brutales de publicidad y gritos insoportables de sus cronistas, que nadie ha habido mejor que el sonoreense. Bien, ¡que les aproveche! Sin embargo, *JC* merece un sitio entre los cinco grandes. Y un capítulo aparte, como el héroe que ha sido del pugilismo antes de entrar en oscuridad”, indicó Gómez Arias.

Sin embargo, resaltó: “Como nadie entre los púgiles, sembró entre las multitudes el derecho a soñar en triunfo y realización. La mayoría de los sociólogos han observado que los campeones representan para las masas populares una figura típica. Los campeones son instaurados por la adulación de las masas. En este marco de reconocimiento y popularidad, *JC* ha sido el campeón por antonomasia. El héroe popular más seguido y reconocido en los últimos años. Y cuando Julio transita por las calles, el grito que se oye es: ¡Adiós campeón!”.<sup>(78)</sup>

Antonio Andere observó: “Indiscutiblemente, el boxeador mexicano más trascendente de la historia ha sido Julio César Chávez. Tampoco puede decirse que haya sido un ídolo en la estricta aceptación de la palabra: el que más haya calado en el ánimo y cariño de los aficionados. Pero ha sido el boxeador con mayor imán de taquilla, habiendo congregado multitudes superiores a los 100 mil espectadores... Además, fue un propagandista excepcional de sus propias peleas, pues se las ingeniaba para hacer creer a la gente que su adversario en puerta era sumamente peligroso o bien que había hablado mal de México”.<sup>(79)</sup>

Completó Francisco Ponce. “La verdad es que, a pesar de su contundencia en los cuadriláteros, *JC* nunca provocó el atractivo demoledor del carisma de otros

boxeadores como el *Toluco* López, el *Ratón* Macías y el propio *Púas* Olivares, principalmente. Cincelar a un ídolo no es tan sencillo; en muchas ocasiones ni siquiera se logra mediante un meticuloso trabajo de mercadotecnia”.<sup>(80)</sup>

### Ganancias

#### De acuerdo con Armando Zenteno<sup>(81)</sup>:

13 peleas de título mundial superpluma.

Promedio de 60 mil dólares	420 mil dólares
Thomas da Cruz, en Francia	150
Danilo Cabrera, última en superpluma	100
Edwin Rosario, título ligero	800
José Luis Ramírez, unificación título ligero	1'000.000
Roger Mayweather, título superligero	750
Meldrick Taylor, unificación cetro superligero	2'000.000
Héctor Camacho, título superligero	5'000.000
Greg Haugen, estadio Azteca	2'500.000
Pernell Whitaker, por cetro welter	4'000.000
Andy Holligan, superligero	1'000.000
Paquete de 4 peleas para 94-95 (Randall I y II, Taylor y López)	20'000.000
Rodolfo Aguilar, superligero	700
Sammy Fuentes, superligero	700
Alberto Cortés, superligero	250
Kyung Suk Ahn, superligero	900
John Duplessis, superligero	2'000.000
Lonnie Smith, superligero	800
Angel Hernández, superligero	1'000.000
Frankie Mitchell superligero	800
Terrence Alí, superligero	1'000.000
David Kamau, superligero	2'000.000
Oscar de la Hoya, superligero	9'000.000

---

Porcentaje por circuito cerrado	6'000.000
Ingresos publicitarios, varias marcas	3'000.000
17 peleas fuera de título	3'650.000
Total de ingresos en 16 años (Hasta junio de 1996)	69'000.000

De acuerdo con informes de promotores y de medios informativos, las bolsas de *JC* en sus últimos combates fueron:

Joey Gamache	1'500.000
Miguel Angel González	1'500.000
De la Hoya II	10'000.000
Konstantin Tszyu	2'000.000
Frankie Randall III	1'000.000
9 peleas a un promedio de 200 mil dólares	2'000.000
Total	18'000.000
Total en su carrera:	87'000.000

## CITAS

- (1) **Villoro, Juan.** Los Onces de la tribu. p. 122
- (2) Reforma, 25 de febrero de 2002
- (3) Julio César Chávez, Producción Empresas Fenicia S.A. de C.V. 1993. Videovisa. José Martín Sulaimán, productor y director. Duración 80 minutos. Color.
- (4) **Ponce, Francisco.** Julio César Chávez, adiós a la gloria. p. 48
- (5) Pelea Chávez-Mario Martínez, Televisa. Color. 13 de septiembre de 1984
- (6) **Ponce, Francisco.** Op. cit. pp. 55, 56 y 57
- (7) *Ibíd.* p. 57
- (8) **Zenteno, Armando.** Grandezas y Miserias de Julio César Chávez, pp. 47 y 48.
- (9) **Blancornelas, Jesús.** El Cártel. p. 331
- (10) Pelea Chávez-Edwin Rosario. Televisa. Color. 21 de noviembre de 1987
- (11) **Zenteno, Armando.** Op. cit. pp. 105-108
- (12) **Blancornelas, Jesús.** Op. cit. pp. 142 y 143
- (13) *Ibíd.* pp. 49 y 50.
- (14) *Ibíd.* pp. 44 y 45
- (15) Pelea Chávez-Meldrick Taylor, Televisa. Color. 17 de marzo de 1990.
- (16) La Jornada, 27 de agosto de 1992
- (17) Pelea Chávez-Héctor Camacho, Televisa. 12 de septiembre de 1992
- (18) Unomásuno, 14 de septiembre de 1992
- (19) La Jornada, 16 de junio de 1995
- (20) La Afición, 15 de septiembre de 1992.
- (21) La Jornada, 18 de febrero de 1993
- (22) Esto, 19 de febrero de 1993.

- (23) **Villoro, Juan.** Op. cit. pp. 114-118, 122, 124 y 125.
- (24) **Monsiváis, Carlos.** Los rituales del Caos, pp. 24-27, 29 y 30
- (25) El Universal, 21 de febrero de 1993
- (26) **Zenteno, Armando.** Op. cit. p. 104
- (27) *Ibíd.* p. 109
- (28) *Ibíd.* pp. 109 y 110.
- (29) *Ibíd.* pp. 110 y 111
- (30) El Financiero, 3 de septiembre de 1996
- (31) **Ponce, Francisco.** Op. cit. pp. 59-63, 65, 66 y 69
- (32) **Zenteno, Armando.** Op. cit. pp. 73 y 74
- (33) La Jornada, 10 de septiembre de 1993
- (34) Unomásuno, 30 de enero de 1994
- (35) **Zenteno, Armando.** Op. cit. pp. 70 y 71
- (36) Excélsior, 3 de febrero de 1994
- (37) La Jornada, 18 de marzo de 1994
- (38) *Ibíd.*, 8 de mayo de 1994
- (39) Reforma, 16 de agosto de 1996
- (40) El Financiero, 12 de octubre de 1996
- (41) La Jornada, 12 de diciembre de 1994
- (42) **Zenteno, Armando.** Op. cit. pp. 78 y 79
- (43) *Ibíd.* pp. 80 y 81
- (44) *Ibíd.* pp. 122 y 123
- (45) *Ibíd.* pp. 91 y 92
- (46) *Ibíd.* p. 93
- (47) Esto, 5 de octubre de 1995
- (48) El Universal, 28 de octubre de 1995
- (49) Proceso 997, 11 de diciembre de 1995
- (50) Esto, 9 de febrero de 1996
- (51) **Toledo, Alejandro.** De Puño y letra, pp. 229 y 230

- (52) **Blancornelas, Jesús.** Op. cit. pp. 238-241
- (53) La Jornada, 8 de junio de 1996
- (54) *Ibíd.*, 9 de junio de 1996
- (55) La Afición, 12 de junio de 1996
- (56) El Financiero, 21 de julio de 1996
- (57) La Jornada, 8 de agosto de 1996
- (58) Unomásuno, 3 de septiembre de 1996
- (59) El Financiero, 3 de septiembre de 1996
- (60) Reforma, 3 de septiembre de 1996
- (61) Ovaciones, 6 de diciembre de 1996
- (62) La Jornada, 8 de marzo de 1998
- (63) *Ibíd.*, 9 de marzo de 1998
- (64) *Ibíd.*, 19 de septiembre de 1998
- (65) Esto, 3 de febrero de 1999
- (66) *Ibíd.*, 14 de octubre de 1999
- (67) Ovaciones, 1 de abril de 2000
- (68) Unomásuno, 30 de julio de 2000
- (69) *Ibíd.*, 31 de julio de 2000
- (70) El Sol de Sinaloa, 5 de septiembre de 2000
- (71) La Jornada, 1 de febrero de 2001
- (72) Reforma, 8 de marzo de 2001
- (73) *Ibíd.*, 20 de febrero de 2002
- (74) Esto, 1 y 2 de mayo de 2002
- (75) Revista Día Siete # 202, de El Universal.
- (76) La Jornada, 23 de mayo de 2004
- (77) Esto, 30 de noviembre de 2004
- (78) **Gómez Arias, Fernando.** El Siglo del Deporte, pp. 65 y 157
- (79) **Andere, Antonio.** Memorias, p. 119-123
- (80) **Ponce, Francisco.** Op cit. p. 94
- (81) Revista Epoca, 17 de junio de 1996



## **CAPITULO VII. OTRAS HISTORIAS DEL PUGILISMO Y LA VIDA**

### **7.1 Juan Zurita, el primer campeón mundial formado en México**

De caminar inseguro, tambaleante por el Mal de Parkinson, Juan Zurita llegó con el peso de sus 80 años a solicitar una pensión para púgiles en desgracia.

Era el mediodía del 14 de marzo de 1994.

En las oficinas de la Comisión de Box del Distrito Federal pasó casi inadvertido ese anciano triste que había dejado el orgullo en casa y solicitaba, suplicante, esos 300 pesos mensuales como último recurso para enfrentar la vida.

Pocos reconocieron entonces la magnitud de la desgracia: 50 años antes, ese viejo trastabillante había escrito una de las páginas deslumbrantes del pugilismo mexicano.

La noche del 8 de marzo de 1944 Juan Zurita se convirtió en el segundo campeón mundial del boxeo nacional. Era, sin embargo, el primero de formación genuinamente mexicana, ya que *Battling Shaw*, coronado en 1933, había realizado su trayectoria en Estados Unidos.

Lejos de sus años de gloria, casi nadie recordaba que Juan Zurita había sido uno de los tres puntos del *Triángulo Mágico* en la llamada época de oro del pugilismo en México.

Y es que sus tiempos eran ya cosa del pasado.

#### **7.1. 1. Monarca a los 16 años**

Juan Bautista Zurita Ferrer nació el 12 de mayo de 1914 en el número 80 de la calle Zamora, en el puerto de Veracruz, aunque algunos ubican su origen en Guadalajara, Campeche y otras partes.

Estudió hasta tercero de primaria y el gusto por el boxeo le surgió a los 12 años, al acompañar a su hermano Benjamín al gimnasio. El pequeño Juan

aprovechaba para pelear en las contiendas preliminares y ganar los aplausos y algunas monedas que aventaba el público.

Se inició como profesional tres años después y con apenas 16 de edad ya era campeón nacional pluma. El púgil conquistaría luego el cetro ligero del país.

Reseña Fernando Gómez Arias: “Pelear de esfuerzo, de constancia, de dedicación, Zurita se forjó a sí mismo como gran boxeador. Su voluntad y espíritu de superación lo elevaron a cumbres no alcanzadas por los otros dos miembros de aquel triunvirato famoso: Casanova y Conde. Estos tuvieron las facultades y las oportunidades, pero uno y otro naufragaron en los momentos culminantes... en 1934 Zurita ya era un púgil estrella en programas de postín. Sin ser tan espectacular como Rodolfo Casanova y sin tener la personalidad de Joe Conde, tenía más conciencia de lo que el hombre debía ser fuera del ring: disciplinado, modesto, severo consigo mismo, cuidadoso de su vida personal. Evitó la vida disipada del gran *Chango* y no imitó las actitudes estereotipadas de Conde”.<sup>(1)</sup>

En 1944 Zurita estaba en la plenitud de su carrera, mientras Conde se había retirado un año antes y el *Chango* Casanova enfrentaba a sus fantasmas, recluido en La Castañeda.

Su noche de gloria fue el martes 8 de marzo de ese año, en el estadio de la Legión de Hollywood, al que asistieron más de 15 mil espectadores.

El campeón ligero de la NBA, el estadounidense Sammy Angott, era favorito por aplastante 7-1 ante un mexicano de 30 años de edad, 12 de ellos en el ring, y más de 100 combates.

Recuerda el periodista Víctor Cota: “Con George Parnassus y Manuel Moreno en su esquina, Zurita se impuso mediante una decisión unánime y clara a un formidable campeón. El réferi fue Mushy Callahan y tanto él como los dos jueces –era lo reglamentario en aquella época— votaron por el nuestro con amplitud y fue un triunfo de enorme mérito para Juan, que vio coronada así una carrera brillante y efectiva en todos sentidos. La gente materialmente se volvió loca de gusto. Sintió una satisfacción enorme por su triunfo. Al fin un mexicano de los muchos que habían emocionado a los fanáticos de California había logrado coronarse y lo festejaron en grande. Todo lo visto en aquel estado de la Unión

Americana se multiplicó aquí y se pensó que había campeón para mucho tiempo”.<sup>(2)</sup>

La pelea fue transmitida por radio a México —en la voz de Pedro Mago Septién— y el triunfo “produjo una de las histerias colectivas más intensas en la historia del deporte nacional”, apunta Gómez Arias.

“Cuando Zurita llegó a México, todos los aficionados habían olvidado a Casanova, a Conde, a Azteca, a Ramírez, a todos los viejos ídolos —recuerda el periodista—. En la arena Coliseo se le rindió un homenaje, al que asistieron personalidades como María Elena Marqués, Lucha Reyes, Silverio Pérez, *Cantinflas*, *Armillita*, *El Soldado*, Tito Guízar, Emilio Tuero, Fernando Soler, Horacio Casarín, Isidro Lángara, *Palillo* y muchos más, de todos los ámbitos públicos del país. Y por un año, Juan disfrutó de inmensa popularidad y prestigio. Era el héroe máximo del deporte mexicano...”<sup>(3)</sup>

Pero la fama sólo le duró un año.

Cansado del boxeo, temeroso de sufrir algún golpe, pensó en retirarse pero el promotor Parnassus lo obligó a seguir.

Y entonces recurrió a una medida extrema: se disparó un balazo en la mano para ya no pelear.

Pero ni así pudo evitar el compromiso y tuvo que subir por última vez al cuadrilátero.

La noche de sus desgracias —que lo marcaría por siempre— fue el 18 de abril de 1945.

Por primera vez un púgil mexicano realizaría en el país una contienda por un título mundial.

Así que todo era fiesta en El Toreo de la colonia Condesa y se estableció un nuevo récord de asistencia y taquilla en el boxeo local, con un total de 410 mil pesos, cifra estratosférica para esos años.

El resultado, sin embargo, fue decepcionante.

El estadounidense Ike Williams sólo necesitó dos asaltos para dejar en la lona, inconsciente, al púgil veracruzano.

Muchos aseguraron entonces que Zurita se había vendido.

Entre ellos, de acuerdo con la afirmación de Ángel Fernández, el cómico Jesús *Palillo* Martínez, quien “apostó su coche a que Juan vencería a Ike Williams y corrió la versión de que Zurita se había vendido... pero luego se arrepintió porque Ike Williams demostró con victorias y defensas maravillosas de su título que era de la misma pasta del famoso *Triángulo de las Maravillas*”.<sup>(4)</sup>

“No me vendía, nunca lo hubiera hecho, fueron muchos años para llegar al campeonato mundial como para tirarlo a la basura, no había dinero alguno que me hubiera convencido de hacer algo inadecuado –siguió repitiendo Zurita durante muchos años--. Lo que sucedió es que todos deseaban que yo ganara, me creyeron un superhombre. Era la primera vez que un mexicano, en su propia tierra, iba a tener una pelea de campeonato mundial, pero nunca tomaron en cuenta la calidad de mi adversario. Ike, mi gran amigo, fue tan buen campeón que duró 7 años dueño de la corona. No llegué acomplejado, al contrario, estaba muy animado por tener la plaza llena y allí estaban políticos de primer nivel, famosos toreros y grandes artistas como *Palillo*, María Félix, Agustín Lara y otros muchos, pero sobre todo, me sentía más que obligado con todos esos aficionados que siempre me apoyaron”.

Perdió el título y jamás volvió a ponerse los guantes.

Se retiró, entre acusaciones, a los 31 años de edad.

Entonces emprendió varios negocios: gimnasio, salón de baile, empacadora de carne, una fábrica de camisas y otra de pantalones de mezclilla, dos comercios de ropa.

Pero la suerte que había tenido como peleador lo abandonó como empresario.

Sin embargo, se dio cuenta de que sus manos no sólo servían para tirar adversarios, sino también para dibujar casas y edificios y, como autodidacta, aprendió arquitectura.

“Construyó más de 10 o 20 edificios y más de 100 casas, incluso realizó algunas modificaciones a una casa de Pedro Infante”, señala su hijo César Zurita.

Pero invirtió sus ganancias en una granja porcícola y se quedó sin dinero. “Ahora sí que los puercos se comieron la fortuna y quedó totalmente en cero a sus 45 años”, añade César, quien se graduó en Economía.

Probó, entonces, en un negocio de ferretería, junto con sus hijos Jaime y Sergio, y ahí sí tuvo ganancias. En 1980 se disolvió la sociedad y recibió la parte que le correspondía, con lo que pudo diseñar y construir su casa de Satélite, en la que pasó sus últimos años.

Ahí empezaron los problemas entre los familiares del ex peleador. La situación se agravó porque Zurita empezó a padecer el Mal de Parkinson y sufrió una caída –algunos dicen que provocada por él mismo—, por lo que lo operaron de la cadera y el fémur.

Rosa Carreño, tercera esposa del púgil, ofreció su versión: “Juan y sus hijos Jaime y Sergio eran socios de la ferretería. Sin embargo las cosas comenzaron a cambiar desde mayo de 1993, cuando Sergio se suicidó. Al principio Jaime le siguió dando a Juanito su participación, pero ahora dice que ya no le va a dar ningún centavo, porque dice que el negocio sólo es suyo”.

Eso orilló al ex campeón a acudir a la Comisión de Box a solicitar su pensión, que le fue negada.

“Claro, ellos ven la casa en que vivimos, es una casa digna –señaló la señora Carreño--. ¿Pero, qué va a hacer él sin ingresos? ¡Ni modo que se coma la casa en pedazos! Por la necesidad hemos vendido muebles de la casa, coches, alhajas y hasta la ropa para poder sobrevivir”.

Refutó César: “Nosotros no lo hemos desposeído ni nada. Nuestro padre vive mejor que nosotros. El podría vivir sin problemas de la renta de su casa de Satélite y de los bungalows que tiene en Cuernavaca, pero a su esposa no le conviene rentarla porque la casa es grande y ahí puede recibir a sus hijas con sus esposos y a varios de sus familiares. El problema es que, a pesar de su edad, mi padre sigue manteniendo a la familia de su actual esposa”.

“Tengo poco, pero lo poco que tengo me lo quieren quitar”, expresó Juan Zurita a este reportero, en entrevista realizada en diciembre de 1995:

La situación de Zurita, a sus 81 años y a 50 de sus días de gloria, es la siguiente: tembloroso por el Mal de Parkinson y con el pensamiento nublado por lo que algunos llaman demencia pugilística; sin un quinto para la comida y las medicinas y sin –siquiera– Seguro Social; sobrevive en las últimas, vendiendo las pertenencias que aún tiene en la casa que construyó cuando colgó los guantes y tomó el lápiz; en medio de un laberinto de acusaciones y en una loca pelea por la herencia que forjó a base de puñetazos.

Zurita obtuvo de todo arriba y abajo del cuadrilátero: arriba, bolsas increíbles de 50 mil dólares, que se transformaron en autos, casas, edificios, terrenos, ferreterías y hasta fábricas; abajo, la amistad con figuras como Pedro Infante, Agustín Lara y Anthony Queen. Dice haber realizado más de 300 peleas, aunque la memoria no le es fiel. Fue también campeón nacional pluma y ligero.

Lejos de aquella gloria, vive ahora en Satélite con su tercera esposa, Rosa Carreño, en una casa que él mismo diseñó en papeles y dirigió en la construcción. La casa y un terreno en Cuernavaca son las únicas propiedades que le quedan de una fortuna que él forjó y otros administran.

Después de 32 años de convivir con él, la señora Carreño lo cuida “como si fuera su mamá”. Y lo tiene limpio y de traje; lo baña, lo atiende y le da tres veces al día sus medicamentos contra el Mal de Parkinson que padece desde hace unos 8 años. “Antes Juan temblaba mucho y le tenía que poner toallas en el cuello, de tanto que babeaba. También se cayó de las escaleras y tiene una cirugía reconstructiva, pero siempre ha sido muy sano”.

Zurita luce delgado y un poco encorvado, aunque al tacto sus músculos se sienten fuertes, tiene buenos reflejos y lanza golpes con rapidez.

El ex campeón mundial comprende la mayoría de las preguntas y muestra lucidez, aunque algunas de sus respuestas son repetitivas. Durante la entrevista cree encontrarse en Los Ángeles, donde radicó hace un año, buscando alejarse de esos problemas. Por lo general es una persona amable, que entiende casi todo, no recuerda bien algunas cosas, pero está más consciente de lo que muchos creen o de lo que refleja su apariencia.

“Aquí estoy, aguantando la vida, tratando de vivir bien, de comer y dormir. No me he enfermado, más que de catarro, y así voy a seguir hasta que Dios quiera... y ojalá me dé una muerte agradable”.

--¿Qué le quedó de todo lo que consiguió en el boxeo?

--Muy poco... en esta vida todo se va acabando.

--¿Y de los golpes?

--Sí, me lastimaron muy fuerte. Aquí, en la frente.

--¿Qué le dio el boxeo?

Se entusiasma. Va de largo la cansada voz: “He tenido muchas cosas. Tuve mucho dinero, mucho orgullo y en todos lados me conocieron. ¡Gané mucho y gasté mucho!”, expresa y ríe divertido.

--Y de los problemas que tiene ahora, ¿qué piensa?

Zurita baja el tono. Se acerca al reportero: “¡Qué bárbaro! Creo que no deben meterse en mi vida, porque yo no he ofendido a nadie ni me he metido con nadie...”

--Y usted, ¿cómo se siente?

Zurita se acerca más. “Muy triste”, responde, mira fijo y suplica: “¿Usted qué haría? ¡Dígame, dígame!: ¿Usted qué haría?”.

Luego se mantiene en silencio por unos momentos.

Termina: “Ojalá tenga el valor de hacer algo que me convenga”.

A la memoria de Zurita llegan ya pocos nombres y casi ninguna fecha.

Pero hay algo que tiene muy claro.

Un recuerdo se mantiene fresco: aquel día en que para retirarse del boxeo tuvo que recurrir a una medida extrema.

Y Zurita muestra cómo fue: su temblorosa mano derecha dibuja la forma de una pistola y apunta a la palma de su mano izquierda: se disparó para ya no poder pelear.

“Hubiera podido seguir boxeando, pero pensé que hubiera sido malo para mí, que me habría afectado. Me dolió mucho, pero fue necesario. Vi que habían muchas personas que vivían de mí y ya no quise seguir. Además, ya nadie quiso boxear conmigo”.

Un gran orgullo le queda a Zurita del boxeo de aquellos años: “Esas eran peleas que gustaban porque nos dábamos con todo y no se rajaba uno”.

Y solía decir hace unos años: “Si el *Chango* Casanova me dio un golpe que me hizo orinar sangre, yo lo dejé ciego... pero me gustaba pelear más con Conde, porque Casanova pegaba duro, muy duro. A Conde le gané 13 veces y él me ganó una vez... por eso me gustaba más pelear con Conde”.

Zurita visitó a Conde hace dos semanas, en el albergue donde Joe, de 84 años, pasa sus últimos días sin reconocer a nadie y la mayor parte del tiempo en una silla de ruedas.

Lo vio con ojos de ayer.

“No se parece”, comenta.

Juan Zurita estudió hasta tercero de primaria y comenzó a boxear desde niño; apenas adolescente debutó como profesional. “No, no recuerdo por qué me gustó el boxeo”, indica mientras su esposa complementa: “A mí me dijo que le gustaba tanto, que hasta se ponía trapos en las manos y esos eran como sus guantes”.

“Yo siempre respeté el boxeo, siempre me cuidé. Una copa y ahí nos vemos. Nunca quedé tirado, de borrachote. Las drogas las probé, pero sólo para saber. Yo sabía que es malo todo lo que no puedes controlar, lo que te domina. Y las drogas y el alcohol te dominan”.

--¿Recuerda alguna de sus peleas?

--Un montón.

--¿Cuáles?

--La que tuve con Ike Williams.

--¿Por qué esa?

--Porque él me ganó.

--¿Y no debería recordar mejor cuando usted ganó, cuando se convirtió en campeón mundial?

--Bueno, cuando uno gana, pues es cuando gana. Pero yo recuerdo esa que perdí.



Al estadounidense Ike Williams lo siguió frecuentando años después, en sus visitas a Los Ángeles, y lo saludó dos días antes de su muerte. El 5 de septiembre de 1994, Ike terminó desnudo y flotando en la tina de su departamento.

Surge entonces una anécdota. Cuando el *Tío Torres*, su primer mánager, falleció en Monterrey y Zurita lo colocó en el asiento trasero de su coche, quitó las puertas y así lo trasladó a la ciudad de México. “Lo veían, pero no le decían nada, sólo lo saludaban y lo dejaban pasar”, recuerda la señora Carreño.

--Sí, yo fui muy famoso --expresa Zurita.

Famoso y con dinero, ya que tuvo salarios de hasta 50 mil dólares —“de aquellos años, que valían más que ahora”— y se dio el gusto de manejar su auto favorito: un Cadillac convertible, de pasear a muchas partes y al final de su carrera dedicarse a los bienes inmuebles.

Se le pregunta su relación con el promotor estadounidense George Parnassus.

“Me trató muy bien. Era recto. No me acuerdo bien después de tantos años, pero a mí me ayudó y yo lo preferí. Pero mi primer mánager fue el *Tío Torres*”.

--¿Y recuerda a Manuel Moreno? (también fue su manejador)

--No. ¿Fue boxeador?

--¿Se acuerda del *Cuyo*?

--Sí, cómo no. Fuimos a muchas peleas.

--¿Conoce a Julio César Chávez?

--Hace tiempo murió...

Tercia su esposa: “No, acuérdate, lo vimos pelear en Las Vegas”.

En su balance general y a años de distancia, Zurita dice estar muy contento de su paso por el boxeo: “Me fue muy bien. Cuando comencé tuve mucho entusiasmo y luego me enseñé a comer bien. El boxeo es muy pesado, el cerebro se lastima y los golpes son muy duros, pero ni modo. Yo hice lo que me gustó. Yo nací para ser boxeador. A mí me fue muy bien... pero yo creo que ya no se acuerda nadie de mí”.<sup>(5)</sup>

Zurita falleció el 23 de marzo de 2000.

Sus restos fueron incinerados el sábado 25 en el Panteón Español, en un sepelio de caras serias, miradas de recelo y acusaciones entre sus hijos.

Sin embargo, sus familiares le cumplieron su último deseo: le dieron un funeral digno.

“Y es que no quería irse como su amigo el *Chango* Casanova, quien había muerto en el olvido”, dijo Rosa Carreño sobre la última voluntad del que había sido el primer campeón mundial mexicano formado en los cuadriláteros del país.

## 7.2. Joe Conde: un burgués en el deporte de los pobres

Dos años antes de su muerte, cuando Joe Conde naufragaba ya en el mar del olvido provocado tal vez por los golpes, le llegó un instante de lucidez y se encontró a sí mismo en la memoria perdida.

Se vio con los guantes puestos y con su calzoncillo con su emblema de calavera, pero antes de perderse otra vez alcanzó a exclamar con la emoción profunda de recordar uno de los mejores momentos de su vida:

--¡Ay, hijo, soy yo!

José Alejandro Petrie Conde fue un burgués metido al deporte de los pobres.

Todo en él era distinto: hablaba inglés, vestía siempre de traje con una gardenia en el ojal, con su rostro de artista y una sonrisa despectiva...

Pero ya anciano, y con la carga del síndrome demencial de atrofia cerebral, nunca se reconoció en esa figura estética que le valió ser llamado *El Dandy* y *El Caballero del Ring*.

Joe Conde se reencontró al verse listo para pelear, como tantas veces lo hizo ante el *Chango Casanova*, Juan Zurita y Henry Armstrong, en aquellas batallas épicas de las que ya sólo recordaría esa vez —dos años antes de su muerte— cuando revivió con una fotografía todo el esplendor de su pasado.

### 7.2.1. Nacido para pelear

José Alejandro Petrie Conde nació el 3 de septiembre de 1911 en Mazatlán. Su padre fue Jaime Petrie, un inmigrante escocés ingeniero de profesión, que se quedó en el país al conocer a Manuela Conde, originaria de ese puerto sinaloense.

Sin embargo, cuando el futuro boxeador tenía apenas 3 años de edad, la familia Petrie Conde salió huyendo del país luego de que un general revolucionario mató a un hermano de su madre.

Se establecieron en San Francisco, donde Joe se topó con su destino.

Cuenta Adela Palacios en *Nacido para pelear*, el libro que guarda las memorias del pugilista:

“José Alejandro Petrie acostumbraba ir a clases vestido con atildamiento, y los hermanos Joe y Tom Judge que eran muy agresivos, siempre se burlaban de él llamándole ‘fifi mexicano mantecoso’. Un día Joe Judge agredió al niño Petrie, que le respondió los golpes. Cuando Tom vio que el mexicano estaba venciendo a su hermano, se le echó encima, pero Joe logró pegarles a los dos y ambos huyeron con la cara ensangrentada. Esta fue la primera pelea de Joe Conde”.<sup>(6)</sup>

Joe se coronó campeón amateur del Park Athletic Club y debutó como profesional a los 18 años, en una contienda que perdió por puntos ante Marcial Zúñiga y por la que cobró 30 pesos.

Tres años después se presentó en la capital del país, en la ya desaparecida arena Nacional, el 24 de septiembre de 1932, y los espectadores empezaron a odiarlo.

No soportaban la blancura de su piel, su porte erguido en sus trajes perfectos, su sonrisa despectiva, la mirada altanera, su cabello bien peinado, su olor a lavanda, su gardenia y su bastón que lo hacían ver como lo que era: un dandy.

Los aficionados de dinero, esos que ocupaban los asientos más caros, los cercanos al cuadrilátero, lo adoptaron rápidamente, mientras que el populacho de galería sólo iba para verlo perder.

Joe Conde era un esteta del cuadrilátero, frío y calculador, todo lo contrario de la pasión desenfundada que representaba el ídolo popular, el *Chango* Casanova.

Pero Conde era un buen boxeador y el 11 de febrero de 1933 venció a *Chicho* Cisneros, quien durante cuatro años había sido el monarca nacional pluma. Joe subió en medio de abucheos, pero bajó como campeón.

Al elusivo Conde nadie podía derribarlo, así que se fue gestando la contienda ante Casanova, el gran noqueador.

Dice Adela Palacios: “Cuando el mazatleco apareció en el cuadrilátero lo aplaudió el público de *ring side* y la galería guardó silencio con excepción de un partidario que le gritó con voz de barítono: ‘¡Arriba Conde!’, lo que provocó una rechifla general. En cambio, cuando Casanova subió al ring se oyó una ovación estruendosa, tan enorme que la arena parecía un manicomio. El *Chango* estaba acostumbrado a estas manifestaciones. Siempre que peleaba, uno de sus admiradores hacía sonar una matraca gigantesca que caldeaba el ambiente...”

Con gran facilidad, para beneplácito de la muchedumbre, el ídolo ganó los tres primeros rounds. Incluso estuvo a punto de noquear a su rival, pero a partir del cuarto episodio la situación fue totalmente distinta.

“A la primera oportunidad –continúa Adela Palacios-- Conde le lanzó un derechazo a la quijada que lo derribó. El *Chango* se levantó sin saber lo que hacía. Joe lo remató con un nuevo derechazo a la quijada, enviándolo a dormir. El público no podía creer lo que estaba viendo. La arena parecía una casa de locos. Fanáticos de ambos púgiles se trezaron a golpes... a Conde la policía tuvo que escoltarlo hasta la puerta”.<sup>(7)</sup>

Luego se supo el motivo del derrumbe del *Chango*: Conde le hablaba en inglés y ahí empezaba a ganar. Ante Casanova, el mazatleco se convirtió en campeón nacional pluma.

Pero Conde tuvo también su infierno personal. Y se llamó Juan Zurita. Sólo una vez estuvo cerca de la victoria, el 24 de febrero de 1934, cuando lo mandó a la lona casi fuera de este mundo: “No lo entenderé jamás. Al recibir el derechazo, Juan quedó noqueado en el aire, luego cayó sentado y con el golpe se despertó. Fue uno de los boxeadores con más aguante que encontré en mi carrera, nunca le agarré el modo, nunca entendí su estilo”.

Quizá su mejor victoria fue la que consiguió el 1 de enero de 1936, en El Toreo de la colonia Condesa, frente al inmortal Henry Armstrong. Fue el sabor de la revancha, ya que el estadounidense lo había vencido por nocaut dos años antes.

Pero ya para entonces Joe Conde empezaba a perder la batalla fuera del ring: un insoportable dolor se le instaló en la cabeza y ya no le daría un instante de paz.

Todo se agravó luego de una cruenta batalla frente a Tony Mar, quien lo dejó “con el ojo derecho casi fuera de su órbita”.

Conde empezó a perder visibilidad. Lo operaron dos veces por desprendimiento de retina del ojo izquierdo, pero se aferró a seguir viviendo del boxeo.

Y el golpe definitivo fue en un pleito de cantina, cuando luego de una trifulca recibió dos balazos en el pecho y uno en la mano.

Una ambulancia lo rescató, inconsciente y desangrándose, de un callejón.

Fue el final.

La Comisión de Box le ordenó que se retirara.

Y Conde dijo adiós con una derrota, en la arena Coliseo ante el español Carmelo Fenoy, el 11 de septiembre de 1943. Hubo claveles, confeti, mariachis, cohetes y palomas.

Tenía 32 años de edad y el dinero ganado en el boxeo se había esfumado.

Ya sin los guantes enfrentó la vida como pudo. Trabajó en el gobierno: inspector en Salubridad, en el Departamento del Distrito Federal, en la Secretaría de Turismo y en el IMSS.

“Yo lo conocí en 1965, cuando ya no tenía nada de dinero. Joe no tomaba ni era vicioso. No sé qué pasó con lo que había ganado en el boxeo, creo que no lo invirtió bien. El tenía mucho tiempo viviendo aquí. Pero creo que no ganó mucho ya que en aquel tiempo se vivía de aplausos y no de dinero”, relata Elda Peña, su última esposa, entrevistada en un pequeño departamento en una vecindad de la colonia Juárez, que fue la única herencia material dejada por el *Dandy del boxeo*.

Poco antes de 1985 Joe empezó a perder contacto con el mundo.

“El temblor de ese año ya ni lo sintió –cuenta la señora Peña--. Los médicos le diagnosticaron el síndrome demencial de atrofia cerebral multinfarto. En 1987 cayó en prolongadas lagunas mentales que lo llevaron a una demencia senil en la que no reconoce a nadie ni puede hilar una conversación. Los doctores dicen que esa enfermedad se debe a otras causas, pero yo creo que quedó así de tantos golpes. A veces se salía de la casa y caminaba horas y horas. Luego decía cosas extrañas o simplemente se quedaba callado durante mucho tiempo”.

Conde fue internado entonces en el albergue del Instituto Nacional de la Senectud en la calle Yácatas de la colonia Narvarte, del que sólo salía de vez en cuando a pasear del brazo de su esposa.

Sin ahorros ni ingresos, olvidado por su único hijo José Manuel –quien “un día se fue y ya no regresó”-- Conde pasó sus últimos nueve años en ese albergue, mientras su esposa sobrevivía con una pensión “que no alcanza para nada”.

La señora Peña tocó varias puertas, pero ninguna se abrió.

“El mundo olvidó a Joe Conde –concluyó, decepcionada--. Quise publicar sus memorias, que le hicieran una película, pero no pasó nada. Cuando se muera se van a acordar de todo lo que fue y entonces van a querer adornarse con su nombre. Pero si no lo ayudan en vida, ya muerto no quiero nada”.

Conde escuchó las 12 campanadas a las 20:35 horas del 3 de abril de 1996.

Falleció acompañado solamente por su esposa, médicos y enfermeras.

Se fue sin acordarse ya de nada ni de nadie y aquejado de múltiples problemas, sobre todo del riñón, el cerebro y el corazón.

“Atrofia cerebral”, informaron los médicos.

“Yo creo que fue de tantos golpes”, dijo la señora Peña con la amargura contra un deporte que lo consagró en sus años mozos y lo olvidó por completo durante sus años tristes.

Y es que ni con la muerte lo recordaron.

La señora Peña, por su cuenta, le rindió un homenaje póstumo al que asistió un tambaleante Juan Zurita, el último integrante de la trilogía de época.

A Joe Conde –incinerado en la elegancia de sus eternos trajes con la flor en el ojal-- se le dijo adiós de la misma manera con la que se había despedido del boxeo: con claveles, mariachis, cohetes y palomas...

### **7.3 Nicolás *Chintololo* Morán: el compadre de *Cantinflas***

El miércoles 23 de junio de 1993, dos policías capitalinos encontraron el cuerpo sin vida de un vagabundo, en las calles San Francisco y Ferrocarriles Nacionales, en la colonia Tetecala de Azcapotzalco.

Para los uniformados fue un trabajo de rutina, acostumbrados a levantar cadáveres en plena vía pública. Como la mayoría, la causa de la muerte había sido una congestión alcohólica.

Y el desconocido iba a tener el mismo destino de tantos: la muerte anónima en la fosa común.

Pero entonces se presentó Raymundo Correa, un ex boxeador cuyo nombre no figuró en las grandes carteleras, y aseguró con vehemencia que ese vagabundo había sido un gran ídolo del boxeo, que fue un gran campeón, que había llenado la arena Coliseo y cuya fama lo había convertido en compadre de *Cantinflas* y amigo de Pedro Infante.

Era, dijo, Nicolás Morán, mejor conocido como el *Chintololo*.

Nada representó el nombre para los policías.

Mucho, sin embargo, para la familia del boxeo que veía irse a otro de los suyos por el mismo camino: solo, en la pobreza total y víctima del alcoholismo.

#### **7.3.1 El ídolo sobrevivía de la caridad**

Nicolás Morán nació el 10 de diciembre de 1923 en La Barca, Jalisco. En los primeros años de la década de 1940 empezó a pelear en provincia, pero decidió marcharse a Estados Unidos, donde debutó en Los Ángeles.

Se consolidó en California y en 1945 empezó a destacar, al obtener triunfos sobre púgiles como Benny Iñez, Al García, Dewey Gibbon, Isidro Chilo, Artie Dorrell y Eddie Hudson.



Uno de los mejores triunfos de su carrera fue sobre Bob Montgomery, entonces campeón mundial de peso ligero, en mayo de 1945. En la revancha el mexicano perdió, pero por estrecho margen.

Después se presentó en Nueva York, la meca del boxeo mundial, donde enfrentó a Ike Williams, el mismo que había vencido a Juan Zurita en el Toreo. Perdió por puntos ante uno de los mejores campeones de la época. Lo mismo le sucedió frente a Tippy Larkin, otro de los púgiles más destacados de aquellos años.

Así que decidió regresar a México, donde de inmediato se ubicó entre los mejores y los aficionados lo empezaron a reconocer. Fue base de las grandes temporadas en la arena Coliseo, siempre con localidades agotadas y fanáticos desesperados en busca del ansiado boleto.

En enero de 1948 disputó por primera vez el cetro welter al eterno *Kid Azteca*. Perdió. Y cayó otra vez en la revancha, en septiembre de ese mismo año.

Se coronó campeón hasta que Luis Villanueva decidió colgar los guantes. El *Chintololo* ganó el cetro welter a *Babe Zavala* el 13 de febrero de 1949 y después conquistó el título medio, al imponerse a *Chebo Hernández* el 29 de marzo de 1952.

Fueron esos sus mejores logros.

Y su boxeo ya había atraído a un gran aficionado al pugilismo: Mario Moreno.

“Nicolás Morán era un gran ídolo –recuerda José Sulaimán, presidente del Consejo Mundial de Boxeo--. Cuando yo era jovencito sólo escuchaba de sus glorias, de sus peleas contra los más destacados. Morán era compadre de *Cantinflas*, de quien fue amigo durante muchos años. Tenía dinero y prestigio y gente de muy alto nivel lo aplaudía”.

Y Sulaimán Chagnón evoca un recuerdo de cuando tenía 15 o 16 años y ya estaba ligado al pugilismo.

“Era cuando yo todavía peleaba de vez en cuando. Era secretario de la Comisión de Boxeo de Ciudad Valles (Tamaulipas). A Nicolás Morán lo conocí cuando *Cantinflas* lo llevó a pelear allá, en un rancho que tenía, llamado *Ahí Está*

*el Detalle*, en una gran comida que se le realizó. Morán participó en una función a beneficio de la Cruz Roja, ofrecida por don Mario Moreno. Yo le tuve siempre una gran simpatía porque lo relacionaba con esos primeros años de mi vida”.

Morán casó con una estadounidense, con la que procreó dos hijos, quienes se lo llevaron a vivir a Los Ángeles para alejarlo del alcoholismo que lo dominó por completo cuando dejó el boxeo.

Fue en vano.

Regresó a México y se radicó en una humilde vivienda de Azcapotzalco. Algunas veces trabajaba de eventual en Petróleos Mexicanos, como ayudante de operador de pipa, pero se perdía por semanas en los sueños del alcohol. Luego ya no pudo trabajar más y sobrevivía de la caridad y muchas veces despertó en las banquetas, hasta ese miércoles infausto en que fue encontrado por dos uniformados que lo iban a llevar a la fosa común.

La Unión Mutualista de Boxeadores y ex Boxeadores intentó pagar el sepelio. Todo quedó en buenas intenciones, ya que sus ingresos apenas alcanzan para dar una raquílica pensión a otros púgiles en desgracia.

Y fue Sulaimán el que se encargó de todo. “Hice lo que pude por darle cristiana sepultura a quien fue mi ídolo”.

“El *Chintololo* –define Sulaimán Chagnón-- es un caso de un gran hombre que lucha y tiene dotes especiales, que sale a triunfar y es un ejemplo para los jóvenes y los boxeadores. El es un caso más de los muchos que se dan en el boxeo: que ceden a las tentaciones del vicio y una vida llena de éxitos la tiran al abismo, a las penas, a las limitaciones. Lo conocí cuando era un ídolo y mucho tiempo después lo encuentro solo, pobre, en la calle, después de una vida de tristeza y alcoholismo”.

Y considera que “es casi imposible” ayudar a los púgiles que caen en este tipo de problemas:

“Hay boxeadores que quiero muchísimo, que fueron los ídolos más grandes de mi vida, pero no pueden alejarse de ese fantasma que es el alcoholismo. Es algo hereditario, como una tradición: son ídolos del pueblo y de los borrachos. No entienden de los regaños ni de los consejos, prefieren a sus amigos que los llevan

de cantina en cantina. Para ellos eso es la buena vida y es un mal que uno no puede evitar”.

El *Chintololo* fue velado en la funeraria Debáis, frente a la Escuela Normal Superior, y sepultado casi en solitario el mediodía del 26 de junio en el panteón San Isidro, de Azcapotzalco, el mismo lugar donde había sobrevivido como pudo los últimos años de su vida tan sólo con el recuerdo imborrable de haber sido, quién lo dijera, compadre del gran mimo de México.

#### 7.4. José Becerra: 23 años de una vida borrascosa

El recibimiento fue apoteósico.

Las crónicas cuentan que más de 100 mil personas fueron a vitorearlo al aeropuerto capitalino; que el entonces presidente Adolfo López Mateos no sólo lo recibió, sino que le regaló su propio reloj y ordenó que fuera internado en el Hospital Central Militar para su pronto restablecimiento después de la fragorosa batalla.

Y es que José Becerra venció —la noche del 8 de julio de 1959— al odiado francés Alphonse Halimi, quien le había quitado el título mundial al ídolo Raúl *Ratón* Macías.

El tapatío Becerra encarnó los ánimos de revancha de millones de mexicanos que padecieron la Noche Triste del boxeo mexicano y por eso los aficionados lo colocaron en un sitio especial.

Sin embargo, la gloria fue efímera.

Le duró tan sólo dos peleas más, en las que defendió con éxito su campeonato y ganó 200 mil dólares, en aquellos tiempos lejanos en los que una casa podía comprarse con 10 mil pesos.

Y se retiró, en una decisión incomprensible, como campeón mundial gallo.

El dice que le afectó la muerte de Walter Ingram, quien falleció tan sólo unas horas después de la contienda entre ambos.

Pero hubo otro motivo en esta historia: le había surgido una especie de tercer testículo que a él le provocaba severos dolores y que a los de su entorno les daba para la broma fácil: “Por eso es tan bravo para pelear, porque tiene tres”.

El periodista Ramón Márquez contó la anécdota, surgida tan sólo dos días antes de enfrentar a Alphonse Halimi:

“--¡No, imposible! ¡Pospondremos la pelea!-- graznó George Parnassus con esa su voz cascada en la que se mezclaban el español y los aires helénicos.

Acababa de descubrir la verdad...

--Por favor, señor Parnassus --imploró José Becerra mientras se subía los calzoncillos. Estamos a sólo dos días de la pelea de mi vida. No me la quite usted. La he esperado durante mucho tiempo.

Con mucho cuidado ajustó el peleador los calzoncillos y se acomodó un holgado pantalón de lino. No podía permitir ni el menor roce en la ingle derecha. El y sus dirigentes estaban alarmados porque habían descubierto el origen de los dolores del peleador y lo confiaron a Parnassus:

--Le ha salido un tercer testículo, gigantesco --le dijeron.

Efectivamente, el promontorio era descomunal. Ni ellos ni Parnassus sabían que lo que padecía José Becerra no era del surgimiento de un tercer testículo, sino de una horquitis, de una criptorquidea: crecimiento exagerado de un testículo a causa de un golpe, de una infección o de un tumor. Pero sabían, todos, de los efectos que ocasionaba: dolores insoportables y pérdida total de flexibilidad, de elasticidad.

José Becerra, aquel peleador de piernas maravillosas, se había convertido en un pequeño paquidermo que se desplazaba lenta, pesadamente sobre el ring.

--Pero, Joe, tú no puedes pelear en esas condiciones --insistió el viejo zorro de la promoción.

No se rindió Becerra:

--Por favor... acepto todos los riesgos.

Sus managers y sus asistentes asintieron. Compartirían la responsabilidad.

--Está bien --cedió por fin Parnassus--. Pero sigo creyendo que estamos haciendo algo indebido y que nos vamos a meter en un lío si en el examen médico final los doctores se dan cuenta de este peligroso asunto".<sup>(8)</sup>

Pero José Becerra, o Joe Becerra como le decían en Estados Unidos, se sobrepuso a la adversidad y consiguió el triunfo de su vida. Y por nocaut, en ochos episodios.

Tres meses después, el 24 de octubre, empezó el final de su carrera: Walter Ingram falleció a consecuencia de los golpes que le propinó en la arena Coliseo de Guadalajara.

Pensó en el retiro, pero sus facultades todavía le dieron para imponerse nuevamente a Halimi, en pelea de revancha, el 4 de febrero de 1960 en Los Ángeles. También, para vencer el 23 de mayo al japonés Kenji Yonekura, en Tokio.

Ya no había dudas: Becerra era un gran campeón.

Sin embargo, los dolores del cuerpo no le dieron reposo y subió por última vez al cuadrilátero el 30 de agosto de ese mismo año.

El desconocido Eloy Sánchez lo venció por nocaut.

Y Becerra comprendió el mensaje.

Se retiró.

Pero la vida lo estaba esperando.

Este reportero lo entrevistó 33 años después de su última contienda:

“José Becerra camina lento. Se va de lado: tiene problemas en su pierna derecha. Y, al igual que su andar, sus roncas palabras surgen lentamente. Habla pausado y quedito. Su rostro moreno delata la profesión a la que se dedicó: escasas las cejas, hinchados los pómulos, la nariz plana y chueca.

Dice: “Tengo recuerdos muy bonitos, aunque también hay malos. Pero una cosa que nadie me quitará, ni en México ni en el mundo, es que fui el primer boxeador mexicano que conquistó el campeonato mundial de peso gallo”.

Becerra se retiró siendo monarca, en pleno apogeo, a los 23 años. Tenía problemas de peso y “me hizo mella la muerte de Walter Ingram. Esa fue una de las cosas malas de mi historia. Murió a la una de la madrugada, después de nuestra pelea”.

Pero el que fue su mánager, *Pancho* Rosales, lo saca a balcón: “Sí, le afectó esa muerte, pero se retiró porque tenía tres huevos”.

José Becerra Covarrubias nació el 5 de abril de 1936 en Guadalajara, aunque de pequeño, “de brazos”, fue llevado a Tonalá. De familia modesta, estudió hasta la primaria.

La plática se realiza en un lujoso hotel de Guadalajara, donde el ex peleador fue a solicitar ayuda a José Sulaimán, ante la precaria situación económica que padece.

Becerra saca su cajetilla de Raleigh y agacha la cabeza. “No quiero que me vean fumar. Pero voy a fumar uno para inspirarme”. Al terminar la charla, ha fumado tres.

Inició su carrera en noviembre de 1953 y la terminó en agosto de 1960. En esos 7 años realizó 79 peleas, con “unos” 40 nocauts, 2 empates y 3 derrotas, “dos de las cuales vengué después”.

Entre sus mejores contiendas señala sus duelos ante Willie Parker (verdugo del *Toluco* López), Billy Peacock (el que le fracturó la mandíbula al *Ratón*), *Memo* Sánchez, Manuel Armenteros y sus tres encuentros con José *Huitlacoche* Medel, a quien venció mediante sendas decisiones.

Y su rostro se ilumina cuando habla de su título mundial, que ganó el 8 de julio de 1959 al derrotar a Alphonse Halimi, quien un año antes se había impuesto a Raúl *Ratón* Macías. Lo doblegó por nocaut en 8 episodios y volvió a vencerlo en la revancha, ahora en el noveno. Realizó otra defensa y se fue.

Dice *Pancho* Rosales: “Becerra se retiró porque empezó a tener problemas. Se le doblaban las piernas y un día se cayó cuando entrenaba en Los Ángeles. Los especialistas decían que tenía reuma o un desgarre, pero lo examinó el doctor Bolaños y se dio cuenta de todo. Y le decía que con razón era tan bravo para pelear, si tenía tres testículos. Y lo operó, pero arrastraba la pierna derecha y tuvo que retirarse. A mí nunca me dijo que tenía tres”.

Becerra se inició como boxeador en Guadalajara. Le daban 250 pesos, “una miseria”, a pesar de que era la atracción de la Plaza de Toros El Progreso. Por eso decidió irse a Torreón, donde en su primera pelea le pagaron 7 mil pesos. Empezó a ganar dinero. Cuando disputó el título ganó 10 mil dólares y le dieron 100 mil dólares por las dos defensas de su campeonato.

Recuerda: “El dinero entonces sí valía. Una casita la comprabas más o menos con 10 mil pesos. Con mil pesos te divertías bien”.

Así, compró cinco casas en Guadalajara, una de ellas para sus padres. Adquirió un restaurante, un edificio a medio terminar en el Distrito Federal, un rancho en Tonalá, cambiaba de coche cada año...

En 1960 decidió ser mánager y ahí iniciaron sus problemas.

“Me empezaron a gustar las copitas. Me invitaban a fiestas, poco a poco fui entrando en eso y al rato ¡cuidado! Me gustó ese ambiente, con las damas. Lo malo que tenía es que era muy cohibido, muy vergonzoso para hablar. Imagínese: me decían *El Callado* José Becerra. Pero las damas se las ingeniaban para hablarme”.

--¿Y cuánto tiempo anduvo en ese ambiente?

--Fue un buen rato... ¡pero si todavía le sigo!... No, no es cierto, ya no puedo. No fallaba a las fiestas. Fueron como 23 años de andar en las parrandas. Fue una cosa borrascosa, la verdad. Pero hace 12 años dejé el vicio y ahora tomo una que otra copita, pero nada más.

--¿Cómo se va tanto dinero?

--Me pedían dinero y yo se los daba --responde Becerra, con la voz más queda aún.

Añade: “Desgraciadamente es por la juventud y la inexperiencia. Todo se me hacía fácil, compraba de todo. No hubo una persona que me aconsejara. Los amigos, las amigas, se lo acabaron todo”.

Años después de aquellos triunfos y ganancias, José Becerra tiene muchos problemas económicos: sólo le queda una casa, donde vive con 7 de sus 9 hijos. El único ingreso de la familia es el suyo: mil 200 pesos al mes, por su trabajo de instructor de boxeo y profesor de educación física.

“Me las veo durísimas”, expresa Becerra y cuenta algunas de sus penurias: su hijo mayor, de 30 años, está en silla de ruedas por un accidente el caerse de un árbol; otro se golpeó la cabeza en un choque automovilístico y padece lagunas mentales; otro se casó apenas terminó sus estudios.

Además de económicos, sus dificultades también son físicas: sufre de *gota* en la pierna derecha; a veces padece punzadas en la rodilla y el tobillo; tiene sinusitis; habla quedo y ronco porque los golpes del boxeo le dejaron el tabique sumido y despedazado...

--¿Si pudiera escoger, sería boxeador otra vez?



--Sí, claro. Es muy bonito, muy hermoso. Lo que me gustó siempre del box no fue que me admiraran, sino que mucha gente me hablaba y me reconocía. Eso fue lo que más me gustó.

--¿Pero esa fama no los hace perder el control?

--Es bonita, sí, pero hay que saberla controlar. A mí nunca se me subieron los humos. Y cuando fui campeón seguí viviendo en el mismo barrio, con la misma gente, nada de irme con los millonarios. Me quedé con los mismos porque soy igual que ellos y es la gente más sincera que existe.<sup>(9)</sup>

El día de esa entrevista, Becerra tuvo éxito: consiguió que Sulaimán lo incluyera en la lista de pensionados del CMB.

Actualmente recibe unos 200 dólares mensuales.

## 7.5. Ricardo *Pajarito* Moreno y su cadillac con tapones de oro

Fue campesino y minero en su infancia.

Después tuvo un Cadillac con tapones de oro, una residencia en el Pedregal de San Ángel, una lancha y adquirió el restaurante La Flor de Acapulco, donde le gustaba quemar billetes de 100 pesos para encender sus cigarros.

Diario andaba con un traje distinto y le gustaba verse como *pachuco*: zapato blanco y camisa roja, mientras lucía con vanidad sus anillos de diamantes.

“*Tin Tan* lo enseñó a vestirse elegante. Anduvo con las mejores: Ana Bertha Leppe, Mona Bell, Christian Martell, Kitty de Hoyos, Lorena Velázquez, Tere Velázquez. Le gustaban las güeras de cabello largo”, recuerda su amigo Julio Coria.

Pero su vida de rico empezó a esfumarse cuando peleaba más en las cantinas que en los gimnasios y se dejó llevar por el alcohol y las drogas y le quitaron la licencia de boxeador.

Y la caída fue dramática.

Ricardo *Pajarito* Moreno sobrevive ahora en unos baños públicos en la ciudad de Durango, donde gente que lo conoció le da un techo y le regala la comida, en recuerdo de aquel peleador de pegada fulminante que muchos pensaron tenía madera de campeón mundial.

### 7.5.1. El *Barretero* de Chalchihuites

Ricardo Moreno Escamilla nació en Chalchihuites, Zacatecas, y cuando estuvo en la plenitud de su carrera boxística se llegó a decir que la fuerza de sus puños se había forjado “al calor de las minas” donde trabajó desde pequeño.

Laboró también en el campo, pero la aridez de la tierra lo hizo emigrar a la capital del país, donde ayudó a un tío como cobrador de un camión en la ruta México-Zacatecas.

La fuerza de su golpeo –demostrada muchas veces en peleas callejeras–, lo llevó a los Baños Jordán, donde el mánager *Lupe Sánchez* lo tomó bajo su tutela y empezó una de las trayectorias más impactantes de los años 50.

“Deslumbró en los principios de su carrera –recuerda Fernando Gómez Arias–. Fue fulgurante su ascenso: impresionante estampa, fortaleza, pegada, personalidad. Era extrovertido y alharaquiento. Se creyó mucho en él. Figura de campeón mundial”.<sup>(10)</sup>

El *Pajarito* era el clásico ponchador que ganaba con un solo golpe. Pero también cumplía con el otro requisito para entrar en el ánimo popular: llevaba una vida disipada abajo del cuadrilátero.

Su fama trascendió el boxeo.

En la plenitud de su popularidad –cuando todos lo veían ya como monarca mundial— incursionó en el cine y filmó dos películas: *Policías y Ladrones* (1956) y *La Sombra del Otro* (1957).

El 14 de noviembre de ese año, en el cine Orfeón se anunciaba el estreno: “*La Sombra del Otro*, con *El Pajarito* Moreno y sus satélites *Viruta* y *Capulina*. Con Ana Bertha Lepe y Sonia Furió”.

Algunos lo relacionaron sentimentalmente con Ana Bertha Lepe, quien ganó el cuarto lugar del concurso mundial de belleza en 1954, otros con Vianey Lárraga y hasta con la mismísima *Doña*.

Fue la cúspide de su carrera y de su vida.

*Paco Malgesto*, el comentarista televisivo del momento, lo entrevistaba frecuentemente y el peleador, en broma, le decía que pegaba muy fuerte porque comía “unas memelas muy especiales”.

También le gustaba que lo retrataran en el gimnasio cuando de un solo golpe reventaba las peras locas y le llamaron el *Barretero de Chalchihuites*.

Julio Coria, compañero de gimnasio del *Pajarito* y actual mánager en el gimnasio Nuevo Jordán, relata con entusiasmo aquellos años:

“Le llegó mucho dinero. De lo primero que hizo fue comprar una casa para su mamá Zenaida Escamilla de Moreno en el Pedregal de San Ángel. Le costó

600 mil pesos y después se la vendió al actor Manuel Capetillo en 400 mil. La malbarató, pero no le importó, porque ganó unos ocho o siete millones de pesos.

“Compró también un restaurante bar llamado La Flor de Acapulco, donde le gustaba quemar billetes de 100 pesos para prender sus cigarros...”

--¿Y por qué lo hacía?

--Nomás porque sí. Ya después, cuando no tenía dinero, ni quería que le recordaran eso.

Se dio el gusto de adquirir una lancha para sus parrandas en alta mar y perdió mucho dinero en el hipódromo, donde compró dos caballos de carreras.

--¿Todo esto es cierto?

--Yo se lo digo porque lo sé, porque lo vi, --responde Coria de inmediato.

Añade: “Yo nada más hablo de lo que fui testigo. Yo lo vi manejar su Cadillac con tapones de oro y cómo pagaba todas las cuentas de las cantinas donde llegaba. Ninguno se ha dado esa vida. El representante de Antonio Aguilar se quedaba admirado de todo lo que hacía. El *Pajarito* muchas veces me dijo que varios le quedaron a deber dinero. *Capulina* fue uno de ellos. Ya después, cuando dijeron que estaba loco, nadie se acordó de pagarle nada, pero muchos le debían, porque era muy generoso con su dinero”.

Fueron los tiempos en que el humilde joven de Chalchihuites se relacionó con las actrices más bellas y *Tin Tan* le enseñó a vestirse como todo un *pachuco*.

Más preocupado ya por sus andanzas en el cine --“ante las cámaras se lucía como un auténtico actor de Hollywood”, se reseña en *Pasión por los guantes*<sup>(11)</sup>--, el *Pajarito* descuidó el boxeo y empezó a perder.

A pesar de esas caídas, que ya presagiaban su declive en el pugilismo, el promotor George Parnassus lo llevó a una contienda eliminatoria por el cetro mundial.

A principios de abril de 1958, en Los Ángeles, una multitud de 20 mil aficionados acudió a presenciar lo que --estaban todos seguros--, sería el encumbramiento del ídolo con dinamita en los puños.

Era la pelea crucial en su carrera y su vida.

Pero la decepción fue enorme.

Hogan *Kid* Basey lo aniquiló en sólo tres rounds.

Y mientras el nigeriano llegaría a ser campeón mundial, sería recibido por la reina Isabel II de Inglaterra y tendría su estatua de cera en un museo londinense, esa caída marcó el derrumbe total para el mexicano.

Todavía en diciembre de ese año se le consiguió una batalla importante ante Davey Moore y éste le marcó el destino: lo dejó en la lona en el mismo primer round.

El estadounidense Moore soñaba entonces con la gloria boxística, sin pensar siquiera que casi cinco años después encontraría la muerte en los puños de Ultiminio Ramos.

Luego de la contienda ante Moore, los golpes para el *Pajarito* fueron abajo del ring.

Rafael Barradas, secretario de la Comisión de Box durante 20 años, tuvo palabras duras para el peleador: “La prensa deportiva informó ampliamente de los líos que en aquellos días, o noches mejor dicho, se habían metido el *Pájaro* Moreno y el *Toluco* López. El *Pajarito* bebió como náufrago en un cabaret de mala muerte donde ni siquiera su fama y condición de boxeador le salvaron de ser asaltado y robado”.

Perdió ahí su costoso anillo de diamantes, “en una trifulca por una dama”.

El mánager *Lupe* Sánchez intentó abogar por su pupilo, pero “no contaba con que la Comisión había pedido la ayuda del jefe de la policía, general Miguel Molinar Simondi, un milite a carta cabal, y que las investigaciones de sus agentes ponían en claro que Moreno era un delincuente de la peor ralea bajo el influjo de las bebidas embriagantes.

“Algunos de los informes oficiales eran que en la cantina La Peña, el *Pájaro* Moreno en perfecto estado de ebriedad había tenido varios pleitos con parroquianos. En el Casino Antillano, el boxeador había golpeado a un individuo. En un departamento elegante de las calles de Mariano Escobedo, Ricardo golpeó a la señora Carmen Delgado Valero y le quitó 500 pesos que llevaba en su bolso. En esta ocasión, el *Pájaro* tuvo que extenderle a la señora Delgado Valero el

cheque número C468737 del Banco de Comercio por los 500 pesos 'para que no hiciera escándalo'.

“Se tuvo conocimiento asimismo que Ricardo Moreno había sido acusado por el contactólogo Alejandro Murga Romero de golpes y amenazas. Cuando la Comisión tomó conocimiento de estos hechos, después de un amplio cambio de impresiones, acordó cancelarle la licencia a Ricardo Moreno, quien además de estar desprestigiando al boxeo con sus frecuentes escándalos, no había atendido las recomendaciones del doctor Quirós Quarón después de aquel histórico examen en el que se había señalado que Moreno era un sujeto altamente peligroso y eminentemente antisocial. Por no haber atendido las recomendaciones que le hizo la Comisión cuando le permitió seguir en el boxeo y por haber continuado cometiendo faltas y tenido líos con la policía, se le cancelaba la licencia”.<sup>(12)</sup>

Así, dice Barradas, el *Pajarito* “daba lástima” cuando se presentó ante la Comisión para solicitar la devolución de su licencia de boxeador:

--Déme permiso de pelear señor Spota... tengo necesidad de ganar algunos centavos para mantener a mi familia... a mi jefecita... a mi mujer... a mis hijos... Si me dan permiso, les prometo, ora sí, que me voy a portar bien, voy a caminar derecho. Ustedes me pueden vigilar... les prometo que no les fallo, pero por favor, déjenme pelear para poder vivir.

El escritor Luis Spota, entonces presidente de la comisión capitalina, fue inflexible ante el púgil que muchas veces había prometido lo mismo:

--Lo siento, Ricardo, pero esta Comisión no puede autorizarte a que pelees más.

Se le retiró la licencia, pero Barradas habló de un incidente extra boxístico por el cual Moreno no pudo pelear más.

“La Comisión había recibido instrucciones superiores para sacar del box a Ricardo Moreno. ¿Por qué? Pues porque una noche llegaba Ricardo a su departamento de Melchor Ocampo cuando escuchó gritos de una mujer que salían de un departamento vecino. Sintiendo un Errol Flynn, corrió en auxilio de la dama en peligro, golpeó la puerta furiosamente y ante su insistencia se abrió la puerta y

entró como una tromba, buscó a la muchacha que pedía auxilio y la vio entre algunos individuos medio desnudos, ella casi sin ropa, llegó hasta ellos y tomándola de un brazo, la sacó de la habitación insultando soezmente a los que la retenían. Ricardo no se quedó a observar lo que realmente estaba pasando, él había ido a lo suyo, a rescatar a la dama en apuros. Pero en aquel departamento había una fiesta romana de grandes señores, muchos de los cuales eran de muchas influencias en los medios financieros y políticos de la capital. Pensaron quizá que Ricardo los había visto, que los había reconocido y juraron desde ese momento acabar con el inoportuno boxeador”.<sup>(13)</sup>

Ya sin los guantes, el peleador no tuvo defensa ante la vida.

Su esposa Rebeca Juárez Gálvez, sobrina del actor José Gálvez, le pidió el divorcio y perdió la mitad de sus bienes.

“Ese fue el último golpe –dice, apesadumbrado aún, su amigo Julio Coria--. Lo que le quedó de su divorcio lo botó en un dos por tres. Primero le gustaba hacer obras de caridad y dar préstamos, pero luego le entró a la droga y al alcohol”.

El *Pajarito* se dejó vencer, no hizo nada por defenderse y recorrió el mismo camino del *Chango Casanova*: alcoholismo, *delirium tremens*, manicomios, la calle como hogar...

Recuerda Julio Coria: “Estuvo un año y dos meses en el Hospital Campestre, por la carretera a Puebla, porque decían que estaba loco. Anduvo un tiempo vagando por aquí, cerca del gimnasio, en Salto del Agua, y la gente lo reconocía y le daba unos pesos. Después regresó a Chalchihuites... yo lo acompañé a la Terminal de Autobuses del Norte”.

Después pocos supieron de él.

En julio de 1987, fue entrevistado por Francisco Ponce en *Proceso*.

Narra la nota fechada en Zacatecas: “Cuando al día le resta todavía un poco de tarde, el *Pajarito* camina con dificultad hacia cualquier lugar:

--... para hacer tiempo.

Han pasado ya 29 años.

Y 29 años alejado del placer pugilístico que experimenta cualquier ídolo poseedor de la gran virtud: el nocaut.

Por eso, ahora Ricardo Moreno “no tiene ganas de nada”, nos afirma su protector, el *Lechón* Jesús Acosta, ex boxeador y entrenador del Crea Zacatecano.

Es ahora el *Pajarito* un solitario.

Vive en el cuarto número 23 del hotel y baños Insurgentes, en el corazón de esta ciudad. Una habitación de paredes de color rojo y crema, desnuda, de unos 4x3 metros, cuyo mobiliario está integrado solamente por una cama matrimonial, una mesita, sobre la que está una caja con la poca ropa del ex boxeador, y una silla de madera. Nada más.

--¿Por qué no cuelga alguna foto suya como peleador?

--Para qué... eso ya pasó.

Al hotel sólo va a dormir. Se duerme a las siete u ocho y, temprano, como a las ocho o nueve de la mañana, está ya en el Mesón de la Mina, a unos pasos de la biblioteca Gotilla, donde su propietario, don Jorge Reyes Palomino, le obsequia sus alimentos todos los días.

No lee ni ve televisión. Si acaso, para hacer tiempo, se da una vueltecita por los billares El Pabellón. O recorre las calles. Y ya.

Pero no siempre le ocurrió así al torbellino oriundo de Chalchihuites, muy al norte del estado de Zacatecas.

Para quienes vivieron la época boxística nacional de fines de los 50, Ricardo *Pajarito* Moreno se metió en la entraña de los aficionados. Poseía dos virtudes: el *punch* y el carisma de barrio, la furia del osado que a base de decisión, sin importar la contramarea del rival, irrumpía con su voluntad de izquierda, sobre todo en la contundencia del nocaut.

--Les debo el desayuno, será a mi regreso.

Eso dijo a los periodistas aquel primero de marzo de 1958, cuando saboreaba un jugo de naranja, unos huevos tibios, *corn flakes* con leche y una rebanada de pan tostado, en el aeropuerto de la ciudad de México.



A las 9:45 partió a Los Ángeles, donde el primero de abril se enfrentaría por el título mundial pluma al campeón Hogan *Kid* Bassey, nigeriano de 25 años de edad. De sus 87 combates, había perdido diez y empatado dos.

Ricardo Moreno, con 21 años de edad, tenía un récord impresionante de 31 nocauts en 36 peleas, con sólo tres reverses, uno de ellos por la vía rápida.

Más tardó en arribar a Los Ángeles con su mánager *Lupe* Sánchez que en empezar a derribar a sus *sparrings* en el hotel Alejandría.

Y cuando llegó Kitty de Hoyos al gimnasio para hacer su presentación como madrina del *Pajarito*, los espectadores quedaron atrapados en un profundo éxtasis.

Era la oportunidad de su vida. No por Kitty, sino por estar en la antesala del título mundial...

Ricardo Moreno había derrotado nada menos que a Ike Chesnut en noviembre de 1957. Y un promotor de Hollywood había prometido al zacatecano 80 mil dólares —un millón de pesos entonces— por su siguiente combate si vencía al nigeriano.

No pudo ser mayor la decepción: un volado de izquierda del *Pajarito* tambaleó a Bassey en el primer round y habría cambiado el rumbo de la historia de haberlo noqueado. Porque en el tercer asalto, a los dos minutos con 50 segundos, el mexicano sufrió el segundo nocaut de su carrera.

Millones de mexicanos padecieron una de las desilusiones más grandes, al estilo de la ocurrida con el *Ratón* Macías cuando fracasó ante Alphonse Halimi...

En los últimos dos años todo había sido un lujo en la vida del *Pajarito*. Había reunido varios autos, que aún recuerda: un MG, un Mercury, un Chevrolet, un Oldsmobile, cinco Cadillacs, un Ford... Y había hecho realidad el sueño de todo boxeador: construir una casa para su madrecita.

Y doña Zenaida Escamilla, su mamá, vivía en una residencia en el Pedregal de San Ángel, entonces, como ahora, una de las zonas más lujosas al sur de la ciudad de México.

También tuvo una lancha, un cabaret en Acapulco y vivía feliz con Rebeca Juárez Gálvez, de 1958 a 1962. Con ella, nos dice el *Pajarito*, procreó dos hijos:

Ricardo (ahora abogado) y Gerardo (doctor), a quienes “ni conozco”, pues “nunca me los dejó ver”.

--¿Por qué se separaron?

--Ella me abandonó.

La voz de Ricardo en este 87 es opaca, apenas un balbuceo en ocasiones imperceptible.

--¿Por qué?

--Se acabó el dinero.

--¿Y por qué se acabó el dinero?

--Me cancelaron mi licencia para boxear. No pude trabajar.

--¿Era usted millonario?

--No. Nunca fui millonario. Nunca tuve en el banco un millón de pesos.

--¿Y el cabaret de Acapulco?

--No progresó.

--¿Por qué?

--Quién sabe.

--¿Bebía mucho en aquel entonces?

--No.

--Pero se le acabaron sus amigos, hasta sus enemigos... ¿Qué pasó?

Interviene el *Lechón*: “Perdió mucho en las parrandas, en la jugada”.

--¿Apostaba en el póker?

--No: a los gallos.

Ya en 1977 Ricardo *Pajarito* Moreno había arribado al nivel más grave: el teporochismo, según las crónicas de entonces. A fines de ese año, en la tercera delegación de policía, una patrulla lo había levantado “nomás por estar dormido”, aunque no sólo pidió al ministerio público que lo dejara libre “porque yo no debo nada, caramba, me voy a morir de una cruda aquí, un campeón va a morir”, sino que habló de su motivo para beber, llorando:

--Ahora me dedico a olvidar la muerte de mi mamá. Y por eso tomo mucho alcohol, pero no me emborracho. Nada más me gusta olvidarme de todo el pasado... a ella la mataron de un balazo en la cabeza, la mató Aarón Silva Arias...

Entre el llanto, el estado de embriaguez –según el testimonio de *La Prensa*- y algunas incoherencias, el ex ídolo estaba sumamente depredado: despeinado, sucio, con la barba crecida... en agonía.

Finalmente, no se arrepiente, después de haberlo perdido casi todo.

--No... por un lado sí y por otro lado no.

--¿Por qué sí y por qué no?

Pasan siete segundos.

--Viví la vida bien. Cuando tuve, la viví bien. No tengo... me lamento también. Aunque es igual...<sup>(14)</sup>

Hoy, el *Pajarito* Moreno sobrevive en el gimnasio El Porvenir, de la capital duranguense.

Durante el día observa a jóvenes pugilistas ilusionarse con la fama y el dinero del boxeo.

Y en la noche le dan permiso para dormir en una cama de cartones.

## 7.6. Ultiminio Ramos: “La dicha de botar el dinero”

Del ayer de Ultiminio:

Nace en una familia boxística en la que hasta su propia hermana se puso los guantes y él heredó, por tanto, la misma profesión.

Recorre su pueblo natal de Matanzas, con su cajón de bolear zapatos en una mano y en la otra sus guantes de box.

Campeón de su país a los 15 años, monarca mundial a los 21, ciudadano en la Cuba de Fulgencio Batista y fugitivo de la Cuba de Fidel Castro.

Con sus guantes quitó la vida a su compatriota José *Tigre* Blanco y al estadounidense Davey Moore y, además, dejó para el retiro a otros.

Y del hoy:

Ultiminio con su curado de apio, conviviendo “completamente feliz” con los asistentes a la pulquería La Hija de los Apaches.

*Guapachoso* con su Grupo Suavesón, “para que goces”.

Con sus hijos en Cuba, Panamá y Puerto Rico y con sus “*chorromil* nietos”.

Con los recuerdos sublimes de 18 años en el boxeo, al que califica como deporte ciencia, de un cerebro contra otro.

Ultiminio, siempre de traje y sin nudo en la corbata.

### 7.6.1. El mar en aguardiente

Apenas cruza uno la puerta de La Hija de los Apaches y se impregna un olor penetrante y pegajoso de los curados de fresa, mango, avena, apio, guayaba y jitomate, servidos en las infaltables cubetas de a dos litros. A la *pulcata* (de baños sin puertas) se le notan los 50 años de servicio.

El encargado, Epifanio Leyva, un ex boxeador mejor conocido como *Pifas* y que anda en el negocio desde hace 25 años, presume: “Aquí vinieron el poeta López Velarde y el torero Rodolfo Gaona”.

En un rincón, al lado de una imagen religiosa, está la característica del local: un pizarrón lleno de fotos de peleadores que se la pasaban del ring a la *pulcata* y de la *pulcata* al ring.

Ahora, La Hija, como se le dice de cariño, es centro obligado de reunión de muchos ex peleadores como el *Púas Olivares*, Carlos Zárate, Alfonso Zamora, Ultiminio Ramos...

Conviven, chupan y hasta bailan y cantan al compás de la rockola: “Que el mar se convirtiera en aguardiente y me ahogara pa’ morirme borracho”.

### 7.6.2. Treinta y tres hermanos y otros más

Ultiminio nació el 2 de diciembre de 1941 en Matanzas, provincia de Cuba, cuyos habitantes se dedican al cultivo de la caña de azúcar y de donde él heredó el mote boxístico de *Sugar*.

Creció “en una familia muy unida”, integrada por “cinco varones y cinco hembras”, aunque su padre, el teniente de policía Pascual Luis Lázaro Ramos, tenía otros 23, “y aún otros más” por fuera.

“Mi papá era orador, era político, hablaba mucho, hablaba muy bonito. A todas las convencía hablando”, dice al evocar al que califica sin duda como la persona más importante de su vida.

La familia Ramos era boxística: papá, tíos, hermanos, primos y hasta una hermana de Ultiminio, Aurora, quien anduvo en el pugilismo durante unas 12 peleas. “A mi santa madre también le gustaba mucho el boxeo”, recuerda.

“Toda la familia mía fueron peleadores, así es que yo no podía ser uno que no lo fuera y me dediqué a lo mismo. A mi hermana le decíamos *Gendo* y peleaba mayormente con los hombres. Ella me ayudó mucho, era como mi entrenadora y me ayudaba a echar guante...”

--¿Cuándo te pusiste por primera vez unos guantes?

Se suelta el campeón: “¡Uhh! Siempre estábamos fajando en la esquina, siempre echábamos bronca, siempre echábamos discusión... cuando chavo andaba con mi cajón de limpia botas bajo un brazo y en el otro llevaba siempre mi

bolsita de jabón, cepillo, pasta y mis guantes, para cuando surgiera alguna peleíta por fuera, broncas callejeras, que llegaba uno y te decían ‘te doy cinco centavos para que te fajes con fulano, para que te des un entre’. ¡Pues vámonos sobre de él! Tenía unos 11 o 12 años, fue cuando empecé en el boxeo”.

--¿Fue por tu gusto o el de tu familia?

--El boxeo me gustó mucho porque francamente era la vida de mi papá, era lo que más le gustaba, era su debilidad, hasta que estuvo en su gloria. A lo que llegué yo, fue lo que él más quería. El no destacó, pero sí le gustaba mucho. Yo peleaba para darle vida a mi papá. El estaba enfermo del corazón y yo le dí mucha vida. El era mi dios. A todos los lugares donde fui a pelear él iba conmigo. Aquí en México no pudo venir por la altura, le cogió miedo y ya no vino.

De amateur, de sus 12 a 15 años, realizó 105 peleas, con una sola derrota, ante Jorge Núñez, que desquitó después cuando fue profesional.

“En amateur casi no hay mucho interés por el dinero. Había peleas que el contrario no quería y yo le daba de mi sueldo, yo le daba un peso del mío. En mi familia éramos pobres, era duro, pero éramos unidos, por eso no se veía el mal que había. Pero los boxeadores recibíamos más atención por parte del papá. A ti no te daban un pedazo de carne, pero a mí me lo daban para que yo fuera el fuerte de la familia, ja, ja, ja...”

Ultimino nació y se desarrolló –física y boxísticamente— en la Cuba de Fulgencio Batista.

Aclara de inmediato que de política no le gusta hablar y que siempre prefirió el deporte por la relación que tiene con el pueblo.

“Los deportistas dependemos del pobre, del que tiene necesidad. Ellos son los que nos apoyan, los que pagan por ver nuestras peleas. Muchos deportistas somos pobres; 99 por ciento de los boxeadores salimos, como se dice, de la pobreza, de los sufrimientos, del hambre”.

### 7.6.3 ...Y sin poder salir de Cuba

Debutó en el profesionalismo el 5 de abril de 1957, con René Arce, en La Habana, justo el día en que nació su primer hijo. Y los triunfos le fueron llegando en todas las provincias de Cuba, de la mano de su papá y de sus mánagers *Kid Rapidez*, Benito Fernández y Virgilio del Pino. Después tendría en su esquina a Cuco Conde, *Pancho* Rosales y Angelo Dundee.

No era una fortuna lo que ganaba entonces, pero dice que con los 700 u 800 pesos se podían comprar muchas cosas. “La mitad para mi familia y la otra mitad para gastarlo yo. Los tiempos son tan lindos que mientras tú percibes no te das cuenta de lo que tiras. Te das cuenta de lo que botas cuando ya no tienes, cuando ya no percibes. Pero antes te entra por un lado y lo botas por el otro”.

El boxeador siguió a la alza y su isla se le hizo chiquita y salió a combatir a Venezuela y Panamá, hasta arribar a México.

“Llegué aquí cuando Fidel iba de camino pa’ Cuba. Todos sabíamos de Fidel y del *Che*. Yo salí normal para la pelea que iba a tener en México con *Juanito* Ramírez. Luego me vino el combate con el *Canelo* Urbina, que fue tan fuerte que estuve tres días orinando sangre. Entonces dije ‘no, yo me voy para Cuba, este tipo me reventó’. Y cuando llegué mi padre me regañó: ‘¿Por qué veniste? Con el tiempo Cuba va a ser un país socialista y en esos países no hay deporte profesional’. Y cuando quise salir otra vez tuve muchos problemas: tenía la salida para un día y que no, que hasta mañana, que hasta luego. ¡Coño! Yo no podía salir de Cuba y ya tenía firmada la pelea de campeonato mundial. Yo había ido a darle la noticia a mi papá de que iba a disputar el título mundial con Davey Moore”.

Regresó a México con el pretexto de que iba a dar la revancha al *Canelo* Urbina, al que había vencido en dos ocasiones. Empataron la tercera.

--¿Sabías que ya no ibas a regresar a Cuba?

--Sí, ya lo sabía cuando salí. Pero yo me hubiera estado todo el tiempo en Cuba, de todas mis peleas hubiera regresado, pero no. Y lo que yo quería era pisar México otra vez, y cuando al fin lo logré le dí un beso y así, hasta la fecha.

Decidió radicar aquí porque “me gustó mucho” y también porque “era muy grande boxísticamente”.

--¿Cómo era el boxeo en México?

--¡*Uta*, lo más lindo del mundo! Había peleas por donde quiera, había buenos peleadores en todas las categorías: Antonio Barrera, *Alacrán* Torres, Mario Díaz... si te pongo a contar vamos a comernos todos los papeles así.

Su presentación en el país no pudo haber sido mejor: “Fue en una pelea con *Juanito* Ramírez, que fue un empate. ¡Pero quemaron la arena México por la mala decisión que hubo! Y ese fue mi debut”.

La carrera de Ultiminio tuvo de todo: un título mundial, cuando en verdad valían, en 1963; un ingreso al Salón de la Fama de Los Ángeles en 1993, cuyo anillo conmemorativo lleva a todos lados, y en sus 15 años como profesional un total de 66 contiendas, con 57 triunfos, “43 o 42” nocauts, tres empates y seis derrotas.

Pero dos son los hechos que lo marcan: dos pugilistas que perdieron la vida a consecuencia de los golpes que Ultiminio les dio.

#### **7.6.4. La muerte a los 17 años**

La Habana, 8 de noviembre de 1958.

Ultiminio –quien debutó como profesional a los 15 años de edad--, tiene apenas 17 y está en su segundo año como profesional. Es fuerte, un terrible noqueador, va invicto y ya está en el número dos mundial.

“La pelea ante el *Tigre* Blanco fue un peleonazo”, exclama Ultiminio y recuerda: “Fueron ocho rounds de pura batalla, como siempre eran mis peleas, fuertes, duras, de toma y daca, como se dice. Hasta que lo superé en el siete y ya en el ocho sucedió”.

Cuenta:



“Peleando, le dí un derechazo a la quijada. Cuando sentí que penetró el golpe, sentí que entró en una bola de humo, porque no sentí sólido. Cuando tú pegas, tú sientes a dónde va el golpe. Ahí dí, pero no sentí nada, sólo que se cayó. Se levantó, le hacía fintas y no tenía contestación. Volvió a caer, no se levantó y ya inconsciente se lo llevaron para el hospital y luego se murió”.

El adolescente Ultiminio pensó en el retiro: “Ya no quería saber más del boxeo porque lo primero que te llega a la mente es ‘¡coño, soy culpable de algo que ha pasado!...’ Pero uno no es culpable, son cosas del destino y del trabajo”.

--¿Qué fue lo más difícil, soñabas, lo recordabas?

--Sí, lo soñaba, lo veía donde quiera, me parecía que siempre estaba conmigo... hasta que la mamá del *Tigre* vino y me dijo: ‘¿Cómo te vas a retirar si mi hijo quería ser campeón de Cuba?’ Entonces fue cuando yo seguí y me coroné campeón peso pluma con Orlando Castillo, el *Gallito* del ring, un íntimo amigo mío. Para mí, me coroné a la gloria del *Tigre* Blanco, queriendo decir que ese campeonato para mí lo ganó el *Tigre* Blanco para su mamá, no lo ganó Ultiminio Ramos para la suya.

--¿Si no hubiera ido su mamá te hubieras retirado?

--Era más que sí a que no. Era seguro que sí.

#### **7.6.5. Una coronación trágica**

Cinco años después, Ultiminio le vería otra vez la cara a la muerte.

Jueves 21 de marzo de 1963, en Los Ángeles. El campeón mundial pluma, Davey Moore, concede la oportunidad a Ultiminio, quien salió, como siempre, envuelto en una bandera cubana. Con cinco defensas, el estadounidense era un monarca estable desde que había conquistado el cetro en 1959 y era favorito 2-1 en las apuestas.

Sobrado de grasa, Davey Moore tuvo un duro entrenamiento y una estricta dieta para dar el peso. “Moore era lo máximo, pocos campeones como él. El que lo conoce sabe lo que fue Davey Moore. Yo decirlo no tiene caso, porque todo mundo sabe lo grande que fue. Yo me preparé para ganarle. Todas mis ideas eran

para lograr el título para mi papá. Fue una pelea durísima. Yo me coroné campeón y el que fue campeón en ese momento fue Pascual Luis Lázaro Ramos Betancourt”.

Luego de una feroz batalla, el mánager de Moore ya no dejó salir a su pupilo para el décimo round, después de haber sido derribado tres veces.

Dicen las crónicas de aquel día que Moore recibió un castigo implacable: “Fue llevado al hospital en camilla, aplicándosele oxígeno y en estado inconsciente”.

Davey murió cuatro días después, el 25 de marzo, a consecuencia, se dijo, de un golpe en la nuca en la tercera cuerda del ring.

“Sentí las dos glorias grandes en ese momento: una al coronarme campeón y la otra al darme el aviso de que murió. Contrastes duros para uno, porque cuando gané la pelea más importante de mi vida también fue el momento más triste que tuve. Fui alegre unas horas hasta que supe lo de la muerte de él”.

Ultimio, de 21 años y una muela estrellada, ahora no pensó en retirarse: “Lo que pasó es doloroso. Si uno es duro, dime tú qué será con dos. Pero cuando van pasando las cosas del destino y de la vida uno se va acostumbrando. Entonces ya estaba más maduro, más grande, con más lucidez en la mente. Pensé ‘bueno, ni hablar, ni modo, mi vida es para seguir en el boxeo hasta que me retire’...”

--¿Puede considerarse un boxeador como un homicida?

--¡No, de ninguna manera! Es una tristeza, pero no es una cosa oculta, se está haciendo delante de todo mundo, no tenemos ningún delito. Por eso yo no me siento culpable de los dos problemas míos, al contrario, me siento fuerte y me siento más brioso para alentar a los que tengan estos casos, que no lo sufran, que no se crean que se les acabó la vida.

Más en defensa del boxeo: “Es el medio de vida que tenemos. No fue cuchillo ni pistola. Fue a trompones limpios, todo parejo. Tú hiciste el mismo peso y estamos idénticos en todo. Es una cosa de la naturaleza, como se caen de los edificios, como el corredor de autos ¿no?”.

--¿Alguna vez pensaste que así como otros se habían muerto, a ti te pudo tocar también?

--¡Noo, ni por la mente! A mí nada más lo que me interesaba era, sin temor y sin miedo, sacarle la cabeza a los contrarios míos... yo sabía que tenía que destrozarlo al que estaba enfrente de mí.

Además de esos dos fallecimientos, los golpes de Ultiminio dejaron en mal estado a varios como *Canelo* Urbina, *Baby* Vázquez, José Luis Cruz y Edwin Sises, a quien se dice dejó muerto en vida.

Dice: “Francamente sí, yo le di la puntilla a muchos boxeadores, que después de haber peleado conmigo ya fueron otros. Eran muy agresivos y muy fuertes y cambiaron después de la pelea conmigo, se fueron hacia abajo”.

Después de conquistar el título, Ultiminio realizó cuatro defensas: ante el nigeriano Rafia King, el japonés Seki, el estadounidense Robinson y el mexicano Vicente Saldívar, quien le quitó el cinturón el 26 de septiembre de 1964, en el Toreo, en lo que se considera una batalla histórica.

El duelo entre Ramos y Saldívar fue emotivo y de calidad. El llamado *Zurdo de Oro* le quitó el cetro al entonces todavía cubano por nocaut en 11 asaltos.

“Fue una pelea muy buena, a pesar de lo débil que me sentía, de tanto que rebajé. Vicente se comportó bien, bonito, fue un peleador inteligente, muy vivo en ese tiempo. Muchos me dicen ‘no, que le dejaste el campeonato’. No. ¡Si eso era la vida de uno! Me lo ganó y su mérito no se le puede quitar nunca”.

Después de la contienda con Saldívar, el de Matanzas decidió dedicarse a su otro gusto: la música tropical. Formó su conjunto Ultiminio Ramos y su grupo los *Sugar Boys*, que hizo su debut en El Patio. Antes, ya había estado con *Los Rivieres*.

Pero la sangre lo llamó de nuevo y regresó al boxeo en 1966. Se mantuvo todavía hasta 1972 y se retiró definitivamente. “Me fui del box cuando iba a cumplir 28 años. ¡Hasta de chamaco lo dejé, porque había empezado chavo!”.

Afirman que Ultiminio ganó dólares a carretadas. El, simplemente, dice que consiguió “buen dinero” y que –a 34 años de su salida del boxeo--, todavía le queda algo “y es con lo que estamos viviendo”, aparte de “las chambitas” que

luego le salen con su actual grupo, también tropical, por supuesto, llamado *Suavesón*, donde él toca las tumbas y el bajo, aunque aclara que hace de todo cuando falta algún elemento.

--¿Tienes idea de cuánto ganaste?

Por primera vez en la entrevista, no responde de inmediato.

Medita y dice: “Bueno... de ahora... ¡*uta*, si hubiera ganado lo que se gana ahora! Ahora gana más cualquiera que los buenos de antes. Pero yo gané buen dinero, para qué negarlo”.

Dice que compró una casa (la que actualmente habita, por Aragón), que adquirió otra para su mamá y sus hermanas y que tuvo también un carro.

No menciona más bienes, pero completa: “De mi vida no me quejo. Como si mañana me muero, soy un hombre feliz, como si me muero ahora, tu-ru-ru, ni modo, se fue uno que tuvo y que tiene que regresar”.

--¿Dejaste dinero en alcohol, en fiestas, en amigos?

--El dinero se deja cuando se tiene. Cuando tienes la dicha de tenerlo, uno lo bota. Yo gracias a Dios tengo buena familia, soy un hombre fuerte, soy un hombre que sé buscármela, sé trabajar para hacerla. Yo no sólo fui boxeador, yo sé hacer muchas cosas. O sea eso que la gente diga...

--Que botan su dinero.

--¡Sí, los boxeadores tenemos esa dicha de botar nuestro dinero! Hay quien no lo tiene y no lo tira. ¡Yo tuve la dicha de tenerlo y botarlo y seguir viviendo y siendo un señorazo así! --dice y recuerda que le llegó de todo: amigos, amantes, fiestas, vino.

Ultiminio, quien se casó con la mexicana Bertha Tilma Oliva, se naturalizó mexicano el 26 de marzo de 1976, luego de 17 años de andar por el país.

Fue vicepresidente de la Asociación Mutualista de ex Boxeadores de la República Mexicana, un grupo que integra a púgiles con serias carencias económicas, muchos de los cuales no tienen ingresos.

Viaja enseñando sus conocimientos boxísticos a los jóvenes, los orienta para que cuiden su dinero, ingresen a la Mutualista y ahorren poco a poco.

“Nosotros estamos en mala situación. Pero si hubiéramos dado dinero, uta, ahorita yo tendría un carretón de billetes... Por eso queremos meter a los nuevos: hay que enseñarles para que ellos no tengan la desgracia de ser unos locos como nosotros, para que tengan menos sufrimientos... Pero nosotros somos como reyes, somos como dioses porque le dimos grandeza a nuestro país”.

--¿Eres feliz?

--¡Sí, señor! Demasiado, a veces de tan feliz que soy, que hasta me confundo yo mismo... y ahí tienes mi teléfono para una fiesta: Ultiminio Ramos y su Grupo *Suavesón*, jacarandoso, coño, para que goces, para que te diviertas -- dice y levanta el vaso, nos dice salud y le apura a su favorito: el curado de apio.

Ultiminio ingresó al Salón de la Fama de Los Ángeles el 30 de octubre de 1993 y en enero de 2001 al de Canastota, el de mayor reconocimiento mundial.

Y ha sobrevivido los últimos 30 años haciendo de todo.

Hasta llegó a prestar su nombre a una funeraria ubicada a una calle del Hospital La Raza, “pero mi socio me traicionó, porque yo le di el nombre, pero todas las ganancias eran para él”.

Algunas tardes, el ex campeón se metía en algún ataúd para descansar y, también, para recordar aquellos tiempos lejanos en los que el niño Ultiminio recorría Matanzas con su cajón de bolear zapatos en una mano y sus guantes de boxeo en la otra.

### **7.7. José Angel *Mantequilla* Nápoles: Las noches en el Lido de París**

En sus años de gloria llegó a tener un closet interminable: 499 trajes y decenas de zapatos que cambiaba a diario para andar en sus pasatiempos favoritos: las cantinas y las mujeres, los autos y las apuestas.

“Güeras aunque me castigue Dios”, es aún la frase favorita de José Ángel Nápoles, quien nació en Cuba el 13 de abril de 1940, pero que se hizo famoso y se convirtió en campeón mundial en México, por lo que muchos expertos lo consideran parte del pugilismo nacional.

Empezó a boxear a los 18 años, en La Habana, y, como un presagio de lo que sería su carrera, ganó en el primer asalto a Julio Rojas. Su último combate en Cuba fue el 29 de marzo de 1961, el mismo año del triunfo de la Revolución comandada por Fidel Castro, y *Mantequilla* buscó refugio en México, que adoptó como su segunda patria y ya nunca salió.

Su primer combate en el país fue el 21 de julio de 1962, en la ciudad de México. Y desde el principio mostró su calidad: noqueó a Enrique Camarena en dos rounds.

Se ganó la oportunidad de disputar un campeonato al sumar catorce triunfos consecutivos, doce de ellos por la vía rápida.

*Mantequilla* conquistó el título mundial welter el 18 de abril de 1969, al imponerse en trece reñidos episodios a Curtis Cokes, en Los Ángeles.

El 12 de octubre de ese año realizó uno de sus combates memorables, al imponerse en 15 huracanados rounds a uno de los mejores púgiles de todos los tiempos, el estadounidense Emile Griffith.

Perdió la corona en su cuarta defensa, el 3 de diciembre de 1970 en Syracuse, Nueva York, al caer ante Billy Backus por nocaut en el cuarto episodio.

Pero su calidad era tanta –“era un dechado de técnica, de poder de puños, de una velocidad que rebasaba al común”, reseña el periodista Sergio Lara Mejía--, que recuperó el cetro tan sólo seis meses después y lo defendió con éxito durante 10 ocasiones.

Le quitaron el título en su país adoptivo, el 6 de diciembre de 1975, al caer por nocaut en 6 ante el inglés John Stracey, en una contienda que llenó de tristeza a los fanáticos que asistieron a la plaza de Toros México y en la que inmediatamente después un José Ángel de 35 años anunció su retiro.

Antes, había intentado la conquista del cetro mundial de peso medio, en una pausa de las defensas de su campeonato.

Sin embargo, sufrió un dramático nocaut en el sexto round a manos del argentino Carlos Monzón.

El duelo se realizó el 9 de febrero de 1974, en París, donde el gran *Mantequilla* fue acusado de entrenar más en el famoso Lido de París que en el cuadrilátero.

La prensa mexicana afirmó que las exuberantes bailarinas lo habían noqueado.

De esa contienda, el argentino Julio Cortázar escribió el cuento *La noche de Mantequilla*.

Describió Cortázar: “Vivo, Alain Delon: una carpa de circo montada en un terreno baldío al que se llegaba después de cruzar una pasarela y seguir unos caminos improvisados de tablones. Había llovido la noche anterior y la gente no se apartaba de los tablones, ya desde la salida del metro orientándose por las enormes flechas que indicaban el buen rumbo y MONZON-NAPOLES a todo color. Vivo, Alain Delon, capaz de meter sus propias flechas en el territorio sagrado del metro aunque le costara plata. A Estévez no le gustaba el tipo, esa manera prepotente de organizar el campeonato mundial por su cuenta, armar una carpa y dale que va previo pago de qué sé yo cuánta guita, pero había que reconocer, algo daba en cambio, no hablemos de Monzón y *Mantequilla* pero también las flechas de colores en el metro, esa manera de recibir como un señor, indicándole el camino a la hinchada que se hubiera armado un lío en las salidas y los terrenos baldíos llenos de charcos.

“... Ya estaban en la segunda preliminar que también era mala, la gente se divertía sobre todo con lo que pasaba fuera del ring, la llegada de un espeso grupo de mexicanos con sombreros de charro pero vestidos como lo que debían ser,

bacanes capaces de fletar un avión para venirse a hinchar por *Mantequilla* desde México, tipos petisos y anchos, de culos salientes y caras a lo Pancho Villa, casi demasiado típicos mientras tiraban los sombreros al aire como si Nápoles ya estuviera en el ring, gritando y discutiendo antes de incrustarse en los asientos del ringside. Alain Delon debía tenerlo todo previsto porque los altoparlantes escupieron ahí nomás una especie de corrido que los mexicanos no dieron la impresión de reconocer demasiado.

“... Todo el mundo se levantaba a pesar de las protestas y los silbidos, por la izquierda un revuelo clamoroso y los sombreros de charro volando entre ovaciones, *Mantequilla* trepaba al ring que de golpe parecía iluminarse todavía más... y de pronto el clamor como única señal, bruscamente la bata blanca recortándose contra las cuerdas, Monzón de espaldas hablando con los suyos, Nápoles yendo hacia él, un apenas saludo entre flashes y el árbitro esperando que bajaran el micrófono, la gente que volvía a sentarse poco a poco, un último sombrero de charro yendo a parar muy lejos, devuelto en otra dirección por pura joda, bumerang tardío en la indiferencia porque ahora las presentaciones y los saludos, Georges Carpentier, Nino Benvenuti, un campeón francés, Jean-Claude Bouttier, fotos y aplausos y el ring vaciándose de a poco, el himno mexicano con más sombreros y al final la bandera argentina desplegándose para esperar el himno...

“... ahora que los guantes se rozaban en el saludo inicial y Monzón, de frente, armaba esa guardia que no parecía una defensa, los brazos largos y delgados, la silueta casi frágil frente a *Mantequilla* más bajo y morrudo, soltando ya dos golpes de anuncio.

“Era como si *Mantequilla* comprendiera que su única chance estaba en la pegada, boxearlo a Monzón no le serviría como siempre le había servido, su maravillosa velocidad encontraba como un hueco, un torso que viraba y se le iba mientras el campeón llegaba una, dos veces a la cara... quizá la segunda vuelta había sido de Nápoles, la gente estaba callada, cada grito nacía aislado y era como mal recibido, en la tercera vuelta *Mantequilla* salió con todo y entonces lo esperable, pensó Estévez, ahora van a ver lo que se viene, Monzón contra las



cuerdas, un sauce cimbreando, un uno-dos de látigo, el clinch fulminante para salir de las cuerdas, una agarrada mano a mano hasta el final del round, los mexicanos subidos en los asientos y los de atrás vociferando protestas o parándose a su vez para ver.

“... Cada uno por su lado se acordaría alguna vez que se habían encontrado la noche de *Mantequilla* que se estaba jugando a fondo en la quinta vuelta, ahora con un público de pie y delirante, los argentinos y los mexicanos barridos por una enorme ola francesa que veía la lucha más que los luchadores, que atisbaba las reacciones, el juego de piernas, al final Estévez se daba cuenta de que casi todos entendían la cosa a fondo, apenas uno que otro festejando idiotamente un golpe aparatoso y sin efectos mientras se perdía lo que de veras estaba sucediendo en ese ring donde Monzón entraba y salía aprovechando una velocidad que a partir de ese momento distanciaba más y más la de *Mantequilla* cansado, tocado, batiéndose con todo frente al sauce de largos brazos que otra vez se hamacaba en las sogas para volver a entrar arriba y abajo, seco y preciso.

“Era difícil hablarse en el griterío, el público sabía que el round siguiente podía ser el decisivo, los hinchas de Nápoles lo alentaban casi como despidiéndolo... ahora que Monzón buscaba la pelea y la encontraba y a lo largo de veinte interminables segundos entrando en la cara y el cuerpo mientras *Mantequilla* apuraba el clinch como quien se tira agua, cerrando los ojos... dos izquierda seguidas en la cara de Nápoles que volvía a buscar el clinch, Monzón fuera de distancia, esperando apenas para volver con un gancho exactísimo en plena cara, ahora las piernas, había que mirar sobre todo las piernas, Estévez ducho en eso veía a *Mantequilla* pesado, tirándose adelante sin ese ajuste tan suyo mientras los pies de Monzón resbalaban de lado o hacia atrás, la cadencia perfecta para que esa última derecha calzara con todo en pleno estómago, muchos no oyeron el gong en el clamoreo histérico...

“Todo mundo parado a la espera de la campana del séptimo round, un brusco silencio incrédulo y después el alarido unánime al ver la toalla en la lona, Nápoles siempre en su rincón y Monzón avanzando con los guantes en alto, más campeón que nunca, saludando antes de perderse en el torbellino de los abrazos

y los flashes. Era un final sin belleza pero indiscutible, *Mantequilla* abandonaba para no ser el punching-ball de Monzón, toda esperanza perdida ahora que se levantaba para acercarse al vencedor y alzar los guantes hacia su cara, casi una caricia mientras Monzón le ponía los suyos en los hombros y otra vez se separaban, ahora sí para siempre, pensó Estévez, ahora para ya no encontrarse nunca más en un ring.

“... el zumbido en los oídos como si todavía la muchedumbre estuviera clamando el nombre de Monzón, ese instante en que había habido como una pausa de incredulidad y la toalla cayendo en medio del ring, la noche de *Mantequilla*, pobre viejo...”<sup>(15)</sup>

A 22 años de esa contienda, José Angel fue invitado por el Consejo Mundial de Boxeo a Buenos Aires, donde se erigió un monumento en honor del llamado *Macho* argentino, quien fue acusado de asesinar a su esposa, estuvo en la cárcel y falleció lejos de la gloria del cuadrilátero.

Durante el trayecto del Distrito Federal a Buenos Aires este reportero tuvo varias charlas con el peleador.

José Ángel, receloso la mayor parte del tiempo, contó pedazos de su historia:

“Sentado cómodamente en su butaca del jumbo jet, José Ángel Nápoles, mejor conocido como *Mantequilla*, recuerda el origen del apodo que lo hizo famoso en el mundo:

“Me lo puso mi tío, porque le agarré las nalgas a Malena, Malenita, que estaba no, olvídate... Entonces, cuando la agarré, Malena se defendió y nos peleamos y después se fue a quejar con su papá, que era mi tío, quien le dijo que no, que yo era un buen muchacho, pero que era resbaloso, resbaloso como *Mantequilla*. Y se me quedó”.

Su anécdota no coincide con la explicación de la mayoría, que le atribuyen el mote a su gran facilidad técnica para quitarse los golpes. Pero el recuerdo sí lo refleja como es: dicharachero, bromista, guapachoso y hasta alburero, después de tantos años en nuestro país.

A José Ángel muchos todavía lo reconocen a pesar de que los años se le notan: surcos en el rostro moreno, amplias entradas y canas en el inconfundible mostacho. Pese a sus kilogramos de más, lejos de aquel cuerpo puro músculo, se le nota fuerte, como en sus años de grandeza sobre el ring. Como huella de su paso por el encordado, sus cejas están maltratadas por más de cinco heridas.

Su apariencia es modesta, aunque viste de traje. Y esa es una huella de aquellos años de gloria, cuando llegó a tener —“contaditos”— hasta 499 trajes de todos los colores, cientos de zapatos en el closet interminable, dinero a repartir en los bolsillos y una gran cantidad de cadenas, anillos y tantas joyas que no supo ni siquiera cuántas fueron.

Tan sólo un ejemplo, que muchos todavía recuerdan: una pulsera de un kilo y 100 gramos y con el brillo ostentoso de sus 106 diamantes. “¡Cómo brillaba chico!”.

Lejos, en la memoria de los viejos, están aquellos años.

Al campeón mundial cubano-mexicano le queda tan sólo el recuerdo. Ya no hay dinero, ya no hay joyas, ya no hay recepciones en limusina y sus trajes y zapatos son contados, pero le queda la satisfacción de que hizo lo que quiso.

“¡Ay, muchacho, yo tenía de todo: viejas, carros, ropa, dinero, joyas... y estaba bebé!”.

--¿Es cierto que perdió mucho dinero en el hipódromo?

José Ángel pasa rápidamente de la carcajada al enfado. Mira retador y exclama lentamente: “Y aunque lo haya perdido, eso no te incumbe ni a ti, ni a ninguno”.

--¿Pero en realidad perdió una fortuna en los caballos?

La molestia ha pasado.

“Puro cuento —dice amable—. Pero sí me gustaba el cotorreo y además un gusto se lo debe dar uno...”

Pero ya no hay más gusto. José Ángel viaja ahora en clase turista. Le queda la fama, pero los dólares se fueron en mujeres (“güeras, aunque me castigue Dios”), apuestas, malos negocios, amigos, joyas, vino y una vida sin freno de la que dice no se arrepiente, aunque no le gusta profundizar.

“Gané bien, no me quejo. Pero tengo que seguir trabajando porque mis 34 bebés comen”.

--¿En verdad tuvo tantos hijos?

--Un chingo, pero no pongas número porque me va a regañar mi vieja.

José Ángel a veces responde y otras no. En ocasiones prefiere ver el mapa del avión que vuela hacia Sudamérica y señala los países en los que se presentó (Panamá, Nicaragua, Colombia, Venezuela), mientras el jumbo va a una altura mayor a los 10 mil metros y a una velocidad de mil kilómetros por hora. Al pasar por Cuba, sólo dice que no regresó desde que salió cuando tenía 22 años, cuando Fidel Castro y los revolucionarios abolieron el boxeo profesional.

--¿Ya no va a regresar a La Habana?

--¡Sí, cómo no! A la cantina La Habana, que está ahí por avenida Juárez...

Su viaje fue de 24 horas, desde su actual lugar de residencia, Ciudad Juárez, a Buenos Aires, donde llegó invitado por el CMB para el homenaje y la inauguración del monumento que le harán en estos días a su victimario Carlos Monzón.

“De Monzón no tengo recuerdos. El era muy seco. Sólo sé que perdí con un gran peleador y no con flanes como los de ahora. Pero él habló muy mal de mí y por eso en el Palacio de los Deportes le tiraron *miaos* y le tiraron de todo”.

--¿Y usted no quisiera también tener su monumento?

--No, para qué... mejor que me den una lana. Yo tengo mi grupo musical (tropical) y tengo un gimnasio, pero no pido limosna... ¿O tú me vas a dar algo?

José Ángel realizó una carrera de 17 años. Como amateur, dice, hizo cuatro o cinco contiendas a la semana y como profesional “tuve más de 100 combates”. Los que lo vieron boxear lo ubican entre los mejores púgiles. “Yo no digo en qué lugar estoy, pero Parnassus decía que estaba entre los mejores cinco. Claro que yo me pondría en primero, pero mejor ahí se lo dejo a la gente que me vio pelear”.

Se retiró, dice, porque la prensa le empezó a publicar de todo: que en lugar de entrenar anduvo en el Lido de París, que golpeó a periodistas en su cantina, que... “tú sabes cómo son ustedes. Empiezan a tirar por todos lados ¡y yo pa'mis pulgas!”.

--¿Qué dijeron de usted?

--¡Qué no dijeron! Pero yo no les guardo rencor, sólo sentimiento.

--¿Y qué tanto era mentira?

José Ángel ya no responde. Fija la vista en la película de Michelle Pfeiffer y Robert Redford y no habla más.”<sup>(16)</sup>

Dice Lara Mejía: “Se calcula que por las manos de *Mantequilla* pasaron cerca de 50 millones de pesos, una verdadera fortuna que le permitió tener varias propiedades”.

El cubano-mexicano terminó con récord de 77 victorias, con 54 nocauts y 7 derrotas. En 1985 la revista *The Ring* lo incluyó en el Salón de la Fama con sede en el Madison Square Garden y en 1990 fue admitido en el Salón de la Fama de Canastota.

Aún radica en Ciudad Juárez, donde vive modestamente, pero sobrelleva la vida enseñando el pugilismo a niños y jóvenes y tocando con su grupo musical.

Sin embargo, a *Mantequilla* le quedan los recuerdos vivos de su paso por el boxeo, de los casi 500 trajes que lució en restaurantes y bares de su propiedad o en su salón de baile en Acapulco...

Y permanece, sobre todo, aquel brillo embrujador de su pulsera de un kilo y 106 diamantes que llevó en esas noches en las que gozó mucho y disfrutó de todo... en aquellas noches lejanas en las que con la lumbre de los billetes iniciaba el placer de fumar sus puros cubanos.

### 7.8. Carlos Zarate: dos años en un hotel de la Merced

Hubo en la carrera de Carlos Zárate dos momentos sublimes: en mayo de 1976, cuando conquistó el título mundial gallo y, casi un año después, al imponerse en la llamada *Batalla de los Zetas* a Alfonso Zamora.

Luego su trayectoria fue cuesta abajo: al ser vapuleado por Wilfredo Gómez, perder en polémico fallo ante Lupe Pintor y retirarse con una derrota ante Daniel Zaragoza.

Sin embargo, al bajar del ring lo esperaban los golpes más duros: cayó en el alcohol y las drogas, organizó homenajes que nunca se realizaron pero se quedó con el dinero recaudado, y durante dos años vivió en un hotel de La Merced para que nadie lo molestara, para olvidar todo lo que había vivido en sus años de dinero y fama que lo llevaron a sentirse “un superhombre”...

Carlos Zárate nació el 23 de mayo de 1951 en Tepito, pero a los dos años su familia se mudó a otro barrio bravo, la colonia Ramos Millán. Ahí, el *Flaco* se curtió en los pleitos callejeros, “en las transas con la banda”, en el alcohol y las malas compañías.

Así que el boxeo fue su mejor salida y en lugar de pelearse “a piedras y fierros” en la calle, lo hizo en el ring, con dos guantes y el apoyo del mejor manager del momento, Arturo Cuyo Hernández.

“Carlos Zárate fue otro magnífico boxeador. Gran estatura, gran boxeo. Pegaba fuerte y boxeaba con inteligencia y precisión”, lo define Fernando Gómez Arias.<sup>(17)</sup>

*El Cañas* inició su carrera en 1970 y tan sólo seis años después disputó el título mundial a Rodolfo Martínez, un púgil de técnica depurada. Pero Zárate tenía anestesia en los puños y se convirtió en campeón mundial gallo por nocaut en 9 episodios.

Realizó tres defensas de ese cetro y entonces se programó la contienda que los aficionados soñaban: ante Alfonso Zamora, *El Dado de Tlatelolco*, su

compañero de gimnasio, monarca mundial de la AMB y medallista de plata en los Juegos Olímpicos de Munich 72.

Ambos gladiadores espectaculares, con gran poder en los nudillos, el choque fue trepidante y se definió a favor de Zárate, mediante la vía rápida en sólo cuatro rounds. Luego del duelo se registró otra batalla, en el mismo ring, protagonizada por el padre de Zamora, quien le reclamó al *Cuyo* su supuesto favoritismo hacia Zárate.

Los títulos no habían estado en juego, pero Zárate conquistó la supremacía del boxeo mexicano.

En la cúspide de su carrera, el *Flaco* de la Ramos Millán realizó otras cinco defensas, todas exitosas debido a la fuerza de sus puños, y se convirtió en un campeón espectacular.

Su pegada era tan poderosa que se sintió listo para subir a la categoría superior para retar al entonces ídolo del boxeo de Puerto Rico, el hablantín Wilfredo Gómez, monarca supergallo.

El mexicano llegó con impresionante récord invicto de 47 triunfos, 46 de ellos por nocaut y sólo una decisión.

Pero Zárate tuvo todo en contra: enfrentó a un rival de mayor peso, el choque se realizó en Puerto Rico, enfermó de gripe y no quería pelear, pero el promotor amenazó con demandarlo y así tuvo que subir al encordado.

El *Cañas* conoció entonces el drama del nocaut: cayó a la lona en el quinto episodio y ya no se levantó.

Regresó a su división y realizó la novena defensa exitosa de su cinturón, ante Mensah Kpalongo, pero entonces se programó un duelo ante otro compañero de gimnasio, Guadalupe Pintor.

Por primera y única vez, el 3 de junio de 1979, Zárate llegó al límite de los 15 rounds. El *Flaco* había hecho los méritos suficientes para conservar el cetro, pero los jueces no lo vieron así y le dieron el título al *Grillo de Cuajimalpa*.

Los promotores pactaron la revancha, pero Zárate sorprendió a todos al rechazarla una y otra vez.

“Tiene miedo”, explicó el *Cuyo* Hernández. “No sé quién le metió en la cabeza la idea de que puede quedarse loco. Tiene miedo de que lo dañen, de quedar loco y no poder disfrutar de todo lo que ha ganado”, dijo el manejador, quien estaba convencido de que Zárate todavía podía reconquistar el cetro.

Pero la derrota ante Pintor fue un golpe del que el *Cañas* nunca se repuso.

Resentido, decepcionado, se retiró durante siete años.

En busca de la gloria perdida regresó en 1986 y sus ilusiones renacieron al sumar 12 victorias. Le consiguieron la contienda titular por el cetro supergallo ante el australiano Jeff Fenech, quien lo venció fácilmente en 4 asaltos.

Su pasado de esplendor le permitió disputar otra vez el campeonato, pero el joven Daniel Zaragoza le hizo comprender que su tiempo se había ido para siempre.

Zárate se fue del boxeo con una derrota, nocaut en 10 episodios, el 29 de febrero de 1988.

Cinco años después quiso ponerse los guantes otra vez para enfrentar a su odiado rival Pintor, en una función altruista, pero las autoridades del boxeo le negaron el permiso ante el peso de sus 42 años.

La crónica, de este reportero en *La Jornada*:

“Jala aire y suda en serio. ‘Ah... ah... ah’, dice en tono de quejido.

Catorce años después de su primer retiro y a cinco del segundo, Carlos Zárate entrena como chamaco.

Cuarentón, el ex campeón mundial de peso gallo luce rejuvenecido: lo mismo al fajarse a golpes en el ring con un peleador joven; igual que al pegarle a la pera loca con el virtuosismo de antaño; o al hacer el cabeceo con el costal; al darle un poco de fuerza al cuerpo al realizar unas cuantas pesas; al trabajar con guanteletas; o al sufrir con las abdominales...

Así durante una hora, como en su etapa de peleador activo. Además, por las mañanas corre unos 35 minutos en el Desierto de los Leones.

Por eso Carlos Zárate jala aire y suda en serio, para llegar en gran condición física a su posible duelo con otro ex monarca mundial mexicano, *Lupe*



Pintor. Ambos se enfrentarán en un programa anunciado a beneficio de niños de la calle.

Zárate conserva su línea esbelta que le valió el apodo de *Flaco*. Pero el tiempo ha pasado: luce una ligera pancita, la calvicie está más pronunciada y más líneas surcan su rostro, en el que sobresale la amplia nariz y su clásico e infaltable bigotito.

Conserva, también, su estilo franco, sus palabras directas:

“La primera vez que me dijeron de esta pelea dije: *pus* cómo va a ser posible que quieran una pelea de esas... ‘No, que es para niños de la calle, para que se regeneren’. Y yo dije: a toda madre ¿o no?”.

Los organizadores —“personas de (la Secretaría General de Protección y Vialidad y del Patronato de *Lolita Ayala*”— buscan recaudar fondos para ayudar a unos 200 niños de la calle que tienen sus dominios en Garibaldi.

Explica a su manera: “Es para comprarles un albergue y que ya no anden de ojetes”.

“Que se den cuenta que los quiero ayudar a que salgan de esos vicios. Uno está haciendo lo máximo: aportar parte de su vida para una causa noble. Ojalá y recapaciten... aunque también quiero pelear contra Pintor”.

Va directo: “Sí, la verdad le quiero poner unos putazos”.

Recuerda que la rivalidad entre ambos existe desde aquellos tiempos con Arturo *Cuyo* Hernández, cuando ambos entrenaban en el gimnasio Lupita.

“Nos poníamos a boxear y nos dábamos duro. Siempre fui su maestro... de veras. Incluso él decía que quería ser como yo. Yo había llegado un poquito antes que él y por eso aprendió mucho de mí”.

Además de ello, a Zárate le quedó grabada aquella noche del 1 de junio de 1979 en Las Vegas, cuando realizó su décima defensa del título mundial gallo del CMB. Perdió el campeonato en discutida decisión ante Pintor.

Ataja de inmediato: “¡No, qué discutida ni qué la chingada, eso fue un robo! Pero eso quedó para la historia: le gané y quedó irreconocible”.

Nacido en Tepito pero criado en la colonia Ramos Millán, tuvo una carrera de 13 años, en su primera etapa de 1969 a 1979 y en la segunda de 1985 a 1988.

De esos tiempos dice que conserva dinero, que no tiene problemas: ‘Como bien’, define. Además, recibe su salario como coordinador del deporte de la delegación Iztacalco.”<sup>(18)</sup>

Finalmente las autoridades no les dieron permiso a los veteranos y la revancha, 14 años después, no fue posible.

Después Zárate se perdió y en los gimnasios se dijo todo sobre él: que andaba de briago por la colonia Ramos Millán, que se quedaba tirado en la calle, que a los taxistas no les quería pagar el costo del viaje con el argumento de que había sido campeón mundial, que estaba organizando un homenaje a Ricardo López pero el propio *Finito* aclaró que eso no era cierto, que el dinero era para el bolsillo del *Flaco*.

Y hasta un reportero afirmó: “Me lo encontré en la calle y me pidió prestados cinco pesos para comprar un poco de chicharrón”.

Su hermano Jorge Zárate, mánager de boxeo, aclaró: “En los gimnasios existe egoísmo, hipocresía, enemistad. La gente es cruel y le gusta hablar mal de todos, pero esos rumores nos lastiman. Fíjate: Carlos ni siquiera toma alcohol”.

Indicó, sin embargo, que le ha preguntado directamente sobre sus problemas de drogadicción: “Yo le he dicho que ya exploró esas cosas, que era algo que quería probar y vio que no es bueno. Yo le dije: ‘ya eres abuelo, piénsalo bien, aléjate de esas cosas y si necesitas ayuda cuentas con nosotros. Hazlo por ti mismo, si lograste ser campeón del mundo, también puedes triunfar en la vida’. El me responde que ya está bien, que no me preocupe”.

De pronto los rumores fueron más precisos y ubicaron al ex campeón hospedado en un hotel de La Merced.

Este reportero publicó en *La Jornada*:

“Desde hace dos años, un personaje se ha hecho cotidiano por los populosos rumbos de La Merced: Carlos Zárate, el ex campeón mundial gallo que sobrevive hospedado en un hotel.

Reservado, escondiéndose de todo lo que le recuerde el boxeo, Zárate es un caso más de la larga lista de púgiles que tuvieron un deslumbrante paso por los cuadriláteros, ganaron fama y fortuna, y ahora no sólo enfrenta problemas

económicos, sino que a su alrededor se formó lo que podría llamarse una historia negra.

Alejado de su familia, Zárate vive desde hace un par de años en un hotel cuyo costo es de 120, 140 y 200 pesos por noche. Los empleados no lo ven por la mañana y dicen que regularmente sale por la tarde y regresa en la noche, que es tranquilo, que le gusta andar solo y no da problemas.

Receloso, el ex campeón mundial gallo evadió varias veces la entrevista, hasta que aceptó contestar, someramente, algunas preguntas.

--¿Qué tan difícil es vivir en un hotel durante tanto tiempo?

--No es difícil ni fácil. No me meto con nadie.

--¿Por qué vivir en un hotel?

--Son cosas íntimas --responde seco el una vez bromista y mal hablado *Flaco*.

--¿Cuáles fueron las mejores satisfacciones que te dejó el boxeo?

--Llegar a ser campeón mundial.

--¿Y del dinero?

--Estoy bien de lana, tengo varias propiedades. No, no me hace falta nada.

--¿Ganaste mucho?

--No se gana tanto como la gente cree; además se tiene que repartir mucho dinero.

--¿Qué fue lo mejor que te dejó el boxeo?

--Que la gente me sigue queriendo, que puedo ir al mejor restaurante o a los tacos de la esquina y la gente me sigue queriendo.

--¿Y qué sueñas, Carlos?

Cortante, seco, termina la plática: "No sueño. Tengo los pies bien puestos en la tierra".

Se le pregunta entonces de las versiones sobre sus dificultades de dinero, de que anda en problemas de drogadicción y no hay respuesta, tan sólo las rechaza y no dice nada más.

Pese a su hermetismo, afirmó que no tiene problemas de dinero, que vive de lo que obtiene en una fábrica de salas propiedad de la familia que él ayudó a

financiar en sus inicios. Además, imparte clases de boxeo en la colonia Ramos Millán “a empresarios y a hijos de empresarios”.

A sus 48 años, Carlos dijo sentirse maduro y aseguró que en unos días dejará el hotel que ha sido su casa en los últimos dos años.”<sup>(19)</sup>

Después ya no se supo nada de él.

En efecto, dejó el hotel y se perdió otra vez.

Reapareció casi cinco años después, en enero de 2006.

Y era otro.

Un Zárate de 54 años había dejado atrás las malas palabras y los excesos.

Su boca sólo hablaba de Dios.

El reportero José Luis Camarillo lo presentó: “El Carlos Zárate que encontré *Esto* ayer vestía traje gris (‘jaspeado’, dijo él), camisa azul, corbata a rayas y zapatos color café. Su físico conserva aquella figura que llevó al *Cuyo* a llamarle el *Flaco*”.

Zárate sostuvo: “Mi problema fue siempre anteponer el orgullo de sentirme el campeón, el superhombre. Eso me llevó a hacer mal uso de mis emociones, de mis instintos, esto yo lo aprendí gracias a Dios, que se manifestó en mi familia, que se preocupó por mí”.

--¿Cómo te convenciste de que necesitabas ayuda?

--Yo crecí, sí, físicamente, pero el niño que tenemos en nuestro interior lo tenía abandonado y entonces se convierte en un niño ingobernable. Me figuro ir en un barco de guerra, el cual de pronto explotó. Antes de pedir ayuda debí reconocer que yo sólo no podía, que necesitaba de alguien más fuerte que yo, que ese alguien es Dios. Entonces yo recibí el golpe donde el barco se despedazó y se hundió hasta el fondo, pero por la gracia de Dios moví un pie, pude mover el otro y ver arriba y salir a flote; pude adherirme de una tabla del barco que me llevó hacia una isla donde encontré mucha gente, muchos hermanos que padecían la misma enfermedad y me dijeron: ‘mira, aquí todos somos iguales, padecemos de lo mismo. Si tú quieres irte, ahí está el mar, pero si quieres quedarte, con tantita voluntad, cada seis meses viene una barquita con los nombres de los destinados a

partir con Dios'. Y esa fue mi voluntad: esperar, conocerme, madurar... y saber realmente que hay un Todo Poderoso que es Dios.

--¿Qué te había llevado a caer en excesos?

--Abusé de los instintos que Dios nos dio para sobrevivir y yo por ingobernable sobrepasé ese límite, y esa es la causa de mi alejamiento de mi familia, del boxeo que tanto amo, y siempre interpose ese orgullo, el egocentrismo. Lo que quiero es ayudar a mis semejantes. A Dios le pido poder ser un conducto para llevar un mensaje a mi gente, a muchos hermanos.

--¿Cómo es ese lugar de rehabilitación en el que estuviste?

--Es un lugar de recuperación, el cual es anónimo, pero ahí encontré a mi verdadero yo, al Carlos verdadero, al ser humano. Antes sabía de una fe, de la que me enseñaron que necesitaba, como ir a la iglesia. Era una fe sin obra. Yo necesitaba una fe con obra, con conciencia de mi alma, de mí mismo.

--¿Te costó mucho trabajo estar alejado del mundo?

--Fueron seis meses ahí y voy a seguir mi vida agradeciendo a Dios y aceptando su voluntad otra vez, porque esa es la verdad.

--¿Estás seguro de no volver a caer en tentaciones?

--Sólo por hoy.

Zárate trabaja actualmente para el CMB, visitando gimnasios para ayudar a los jóvenes boxeadores, pero, sobre todo, para que aprendan de su experiencia.

Termina: "Antes iba a correr o salía con la familia. Era como ir a un bosque y ver sólo un árbol que está feo; te quedas ahí criticando y cuando te das cuenta ya se te pasó el día y no disfrutaste del parque, de la demás naturaleza. Ahora veo qué hermoso es el sol, el aire, la luz y que Dios hizo todo eso... Me pasó a mí, me quedé viendo lo feo y desaproveché lo bonito".<sup>(20)</sup>

## 7.9. Salvador Sánchez: los héroes mueren jóvenes

*“Voy a cantar un corrido,  
pero con mucha expresión  
hablando de la tragedia  
que le pasó al gran campeón...”*

*Es cosa que no se piensa  
de lo que nos va a pasar  
en donde quiera que estemos  
la muerte hemos de hallar...*

*La madrecita querida  
noticias oyó al momento  
el jueves por la mañana  
Salvador estaba muerto”*

El paso fugaz de Salvador Sánchez por el boxeo dejó aires de nostalgia.

Sólo una batalla le bastó para que los aficionados lo recordaran por siempre.

La noche del 21 de agosto de 1981 dio una cátedra de pugilismo y masacró en ocho rounds al puertorriqueño Wilfredo Gómez, en ese entonces el rival más odiado del boxeo mexicano.

Los héroes mueren jóvenes, se dice.

Y *Sal* Sánchez cumplió la profecía.

Murió, ironías del destino, casi un año después de haber conseguido su máxima hazaña en el boxeo.

La madrugada del jueves 12 de agosto de 1982 a sus 24 años fue vencido por él mismo.

Falleció como había vivido: velozmente, a más de 200 kilómetros por hora, al estrellar su flamante Porsche contra un pesado camión de carga.

Y quedó la duda eterna de todo lo que pudo llegar a ser.

Sólo eso quedó.

Porque de su fortuna conseguida a base de golpes –unos 5 millones de dólares--, nadie supo nada. Su familia, su esposa, sus hijos, sólo escucharon que el gran *Sal* había ganado mucho dinero, pero ninguno de ellos lo vio.

Cada año, sus familiares le rinden un homenaje póstumo en su natal Santiago Tianguistenco.

Lo recuerdan. Visitan su tumba. Organizan peleas.

Y todos hablan del gran pugilista que fue Salvador Sánchez, pero evaden el tema prohibido: dónde quedó la fortuna conquistada por el llamado campeón trágico del pugilismo nacional.

### **7.9.1 Una aparición repentina que sorprendió a todos**

El jueves 12 de agosto de 1982, el diario *Esto* publicó una entrevista con el mánager José Luis *Coneja* López: “En el boxeo ya no hay ídolos... Salvador Sánchez no tiene ese temperamento que le gusta a la gente, porque no da emoción...”

Ahí, la foto de *Sal* Sánchez y un pie: “Si no fuera tan frío...”

Cuando los aficionados al boxeo leían la entrevista a *Coneja* López --primer mánager de Sánchez y quien falleció olvidado en su casa de Tizayuca--, la trágica noticia ya circulaba por el mundo: el campeón pluma del CMB había muerto esa madrugada en un accidente automovilístico.

Y entonces ya no se le escatimaron elogios.

Todo fueron loas para el boxeador que había iniciado su carrera en el anonimato.

Salvador Sánchez Narváez nació el 3 de febrero de 1958 en Santiago Tianguistenco, estado de México, en una familia campesina integrada por 11 hermanos.

Estudió la primaria en su pueblo natal, en la escuela Benito Juárez, y la secundaria en el Distrito Federal, en la Técnica Industrial 32. Pero los libros nunca llamaron su atención y a los 17 años se inició en el boxeo profesional.

Su carrera marchaba bien hasta que sufrió su única derrota, que algunos califican como polémica, al disputar el título nacional de peso gallo ante Antonio Becerra, en Mazatlán, el 9 de septiembre de 1977.

Así que pocos le dieron interés cuando se anunció que pelearía por el título mundial pluma del CMB, el 2 de febrero de 1980. El monarca era un púgil prestigiado y aguerrido: Danny *Coloradito* López, un sobreviviente de los pieles rojas.

Pero *Sal* sorprendió a todos cuando noqueó en forma categórica en 13 episodios al estadounidense y se convirtió en campeón mundial un día antes de cumplir 22 años.

Recuerda el periodista Fernando Gómez Arias: “Surgió de improviso, fue una aparición repentina que nos dejó pasmados a todos. No tuvo el inicio promisorio que suelen experimentar los grandes campeones. Parecía un peleador vulgar, incapaz de escapar a la cárcel de lo ordinario. En realidad, las extraordinarias facultades y aptitudes de Salvador estuvieron siempre ahí, en su cuerpo de piernas largas y delgadas, de tórax robusto, cuello macizo y rostro de mandíbula prominente —como un Popeye trepado en el ring— y ojos vivaces, a los que nada escapaba... En 1980, Salvador noqueó a Danny López, conocido como el *Coloradito* por el color de su cabello, y obtuvo el campeonato mundial pluma”.<sup>(21)</sup>

Un emocionado Antonio Andere señaló en la transmisión televisiva: “Un Salvador Sánchez espantando de valiente, de agresivo, de incisivo, sediento de llevarse el campeonato, pero con la bravura del piel roja está respondiendo Danny López. Es un duelo de colosos”.

La pelea, en efecto, era emotiva y de continuos intercambios de golpes.

Narró Andere en el séptimo round: “Prosigue la enjundia del *Coloradito* resistiendo todos los embates de un Salvador Sánchez que está crecidísimo, incontenible, arrollador. En el calzón de Salvador está la sangre brava y caliente



del *Coloradito* que está defendiendo el cetro a sangre y fuego. Tiene el rostro desfigurado, pero no el alma. ¡El corazón lo tiene puesto!”

En los últimos asaltos el dominio de *Sal* era abrumador: “Ha sido salvaje el castigo que ha aguantado el piel roja. ¡Qué salvaje pelea, qué demostración de valentía de cada uno!... Danny está noqueado sobre las piernas, con el ojo izquierdo cerrado, el ojo derecho muy lastimado, la nariz rota. Y Salvador sigue con una frialdad que asombra... ¡Y ahora acribilla materialmente a Danny López y paran la pelea! En la cumbre de la gloria está Salvador Sánchez, orgullosamente mexicano. ¡Qué hazaña, qué hombrada! Pocos lo conocían antes de la pelea. Ahora ya todo mundo lo conoce”.

Todos supieron de él, en efecto, y después realizó cinco defensas exitosas ante los mejores de su división: Rubén Castillo, la revancha con el *Coloradito* López, Patrick Ford, Juan Laporte y Roberto Castañón.

Sin embargo, la mayoría de estas peleas las ganó por la ruta larga. Se decía que *Sal* era frío, que le faltaba ese instinto para aniquilar a sus rivales y entrar de lleno en el ánimo popular.

Así marchaba su carrera, exitosa pero sin convencer, hasta que un rival apareció en su horizonte: Wilfredo Gómez.

El puertorriqueño era el verdugo de los púgiles mexicanos. Había vencido a varios, entre ellos, con un nocaut contundente a Carlos Zárate, y, envalentonado, se dedicó a ofender. “Mexicanos traga frijoles”, fue lo menos que dijo para calentar el ambiente.

Y lo consiguió.

La noche del 21 de agosto de 1981, miles de mexicanos vieron la televisión con sentimientos de venganza.

Salvador Sánchez cumplió los anhelos, al brindar lo que sería una de las batallas memorables del pugilismo nacional en toda la historia.

Desde el mismo primer episodio el mexicano impuso condiciones.

El experimentado Andere sucumbió otra vez ante la clase boxística de *Sal*: “¡Ahí entró fuerte la derecha y a la lona se va Wilfredo Gómez! Se levanta y anda flojo y viene por él el mexicano. Lo golpea con ambos puños y retrocede Wilfredo.

Lo vuelve a tocar y a punto está de mandarlo otra vez a la lona. Le está dando una andanada bárbara en este primer episodio. Lo lleva por todos los rumbos del cuadrilátero en una ofensiva verdaderamente brutal. ¡Vaya primer episodio!”

Los aficionados le pedían a Sánchez que noqueara a su rival, pero el mexicano, como lo confesó después, quería primero darle una golpiza.

Luego de siete rounds de amplio dominio, Andere inició así la narración del octavo: “Si le pusieran a Wilfredo un espejo enfrente, él mismo se asustaría de su figura: totalmente cerrados los dos ojos, los pómulos inflamados, desesperado en la esquina y ahora a las acciones. Salvador ataca con toda su fiereza a Wilfredo. Salvador ha demostrado tener la capacidad de aguante ante un hombre que ha ganado 32 peleas por nocaut. Anda desesperado, desbordado Wilfredo, sabiendo que el nocaut es su única posibilidad. Cuando Salvador suelta las manos, domina la escena y pone en lastimeras condiciones a Wilfredo Gómez... ¡Y ahí le van a tener que parar la pelea!... ¡El réferi interviene, Wilfredo se levanta, pero ya no sigue la pelea...! Fue una maravillosa pelea, una brillantísima defensa. Así se habla con los puños y así se queda callado un hombre que estuvo desbordado en sus habladerías. ¡Salvador conquistó la victoria exactamente en el round que dijo Wilfredo lo iba a noquear!”

Apuntó Gómez Arias: “Quizá la victoria que consagró a Salvador como ídolo de los aficionados mexicanos fue la que obtuvo sobre el puertorriqueño Wilfredo Gómez... La de *Sal* y Wilfredo ha sido una de las batallas más apasionantes que ha habido. Wilfredo era un pequeño Superman, imbatido, lleno de furia y violencia. Se armó de sentimientos nacionalistas y proclamó a los cuatro vientos la inminencia de su triunfo sobre Salvador, el mexicano. La contienda deportiva se convirtió en estallido de exacerbaciones étnicas y nacionalistas. Se envenenó el combate. Y se le rodeó de expectativas que iban más allá de lo deportivo. Esa noche de pasiones y tumultos, Salvador realizó una de sus mejores exhibiciones. Combatió con la calma del maestro y el entusiasmo del chiquillo... Y propinó a Gómez una paliza brutal que concluyó en el round 8, cuando el boricua estaba caído sobre las cuerdas, sangrante, los ojos perdidos en la penumbra del nocaut”.<sup>(22)</sup>

Salvador tenía por fin lo que tanto había deseado: dinero, fama, casas y, su principal debilidad, coches último modelo.

Pero el púgil de Santiago Tianguistenco se mantuvo disciplinado al gimnasio y realizó otras tres defensas exitosas, ante Pat Cowdell, *Rocky* García y Azumah Nelson. Frente a este púgil ghanés, quien con el tiempo se convertiría en uno de los mejores de la división, *Sal* participó en la reapertura del legendario Madison Square Garden.

El mexicano se impuso por decisión en 15 rounds la noche del 21 de julio de 1982.

Fue su novena y última defensa.

El martes 10 de agosto, *Sal* inició su concentración en el rancho La Palma, propiedad de su apoderado Juan José Torres Landa, ubicado en San José Iturbide, localidad a mitad de camino entre Querétaro y San Luis de la Paz, Guanajuato. Tenía programada su siguiente batalla para el 15 de septiembre en Nueva York, ante el también boricua Juan Laporte, con una bolsa calculada en 40 millones de pesos.

Dos días después, los noticiarios de radio y televisión iniciaron sus transmisiones con una información trágica: Salvador Sánchez había fallecido en un accidente automovilístico durante la madrugada, cuando conducía su Porsche.

“¡Pena mundial!”, tituló el *Esto* el viernes 13, mostrando en la portada al púgil con los brazos en alto y sus cinturones de campeón.

La nota policiaca describió: “La Policía Federal de Caminos informó que el accidente se registró al filo de las 3:30, cuando el auto deportivo placas del estado de México LWM-622 trató de rebasar al thortón H-7892 que transportaba tractores. No pudo rebasar y regresó a su carril, pero se incrustó en la parte trasera del camión de carga y quedó atravesado en la carretera. Entonces la camioneta placas 6166-AH del Distrito Federal con razón social Osmose Mexicana lo embistió por el lado izquierdo, donde Salvador Sánchez manejaba”.

“El cuerpo sin vida del que fuera famoso boxeador quedó entre los hierros retorcidos del Porsche, de costo calculado en 4 millones de pesos. Fue necesaria la intervención de los bomberos para rescatar el cuerpo. La carrocería, parabrisas

y cristales de la parte delantera quedaron completamente destrozados. Un pedazo de lámina se le incrustó en el cráneo y fue lo que le produjo la muerte. Recibió otro golpe en el ojo derecho cuando ya estaba muerto.

“Viajaba solo. Al principio sólo fue posible reconocerlo por su credencial de elector. Entre algunas de sus pertenencias estaban una esclava (con su nombre en brillantes, valuada en millón y medio de pesos) y una cadena de oro, su tarjeta American Express y en su billetera tenía 4 mil 250 pesos y 109 dólares”.<sup>(23)</sup>

El encabezado principal de *La Prensa* fue “Congelan dólares” (‘desde hoy las cuentas de moneda extranjera se pagarán sólo en pesos’, indicaba un sumario informativo), pero la portaba mostraba la foto del boxeador.

En la contraportada el titular fue “Llanto por Sa!” y abajo la foto del Porsche blanco modelo 81 destrozado en su parte delantera, el parabrisas y la ventana del lado del conductor.

Señalaba el pie de foto: “La imprudencia de Salvador Sánchez, quien conducía a más de 200 kilómetros por hora, le costó la vida al campeón cuyo auto —como se ve en la gráfica— quedó convertido en un montón de hierros retorcidos”.

*La Prensa* informó: “El profesor Carlos Hank González, regente del Distrito Federal y paisano de Salvador Sánchez (ambos de Santiago Tianguistenco), instruyó al general Arturo Durazo para que se apoyara a la familia en todo lo que necesitara para que fuera llevado el cadáver a su pueblo natal... hasta la ciudad de Querétaro llegó un helicóptero de la Dirección General de Policía y Tránsito para hacer el traslado del cuerpo”.<sup>(24)</sup>

Las últimas personas que lo vieron con vida contaron sus momentos postreros.

Su mánager Cristóbal Rosas: “Ese miércoles, después de que comimos, Salvador se dio un baño, bromeamos un rato y me dijo que iba a dar una vuelta a Querétaro. Dijo que iba con un amigo a ponerle bocinas y faros a su auto. No invitó a nadie que lo acompañara y dijo que no tardaba. Eso fue lo raro: él nunca se iba solo, siempre llevaba a alguien”.

Su novia Patricia Castruita, quien aseguró que sus relaciones con el púgil ya estaban formalizadas, fue la última que platicó con el peleador.

Apesadumbrada, sólo pudo declarar que estuvo con él en la ciudad de Querétaro antes de que emprendiera el regreso al rancho. La madre de la joven fue más explícita: “Llegó a nuestra casa (ubicada en la calle Venustiano Carranza) a las 2 de la madrugada. Bromeó y habló sobre hipnotismo. Había bebido unas copas. Nos dijo que su coche costaba 4 millones de pesos y que también tenía un Mustang convertible 82. Le gustaba la velocidad. Apenas ponía el pie en el acelerador y se perdía...”

En su columna *En esta esquina*, el veterano cronista Antonio Andere reseñó: “Salvador Sánchez, un joven de 24 años, es decir, en la plenitud de lozanía de una edad en flor, carismático, inteligente, siempre con el esbozo de una sonrisa reflejo de una plácida vida interior, pereció en un accidente automovilístico cuando las luces de un nuevo amanecer luchaban contra las sombras de una noche que el destino tenía señalada como la última de su existencia.

“Un suceso, una noticia que se vuelve en desconcierto y pena, una vida humana que se pierde así, abrupta, brutal, violentamente. Una familia que llora, unos amigos que se conduelen y un deporte, el boxeo, que se viste de negro por la pérdida de uno de sus más sólidos valores, Salvador Sánchez, quien desde las alturas luminosas del trono mundial pluma se sumerge de pronto en el oscuro misterio de la muerte.

“Todo ahora se vuelve recuerdo. Lo tenemos bien presente desde que se presentó en esta capital una fresca noche de noviembre de 1975 en la arena Coliseo. Desde el primer momento nos impresionó. ¿Por qué? Tal vez no sabríamos decir por qué, ya que no fue sólo la intuición que en él apreciamos para la práctica del boxeo, sino su personalidad en general lo que retuvo nuestra atención sobre ese chamaco nacido en el seno de una familia campesina de Santiago Tianguistenco.

“Seguimos paso a paso su carrera hasta su clímax en 1980 cuando se coronó campeón del mundo destronando a Danny *Coloradito* López, quien estaba reconocido como uno de los campeones mundiales más sólidos en esos momentos. La victoria de Salvador fue un doble impacto sorprendente. Primero

por el prestigio de su víctima y sobre todo por su acabada demostración de boxeo de 24 kilates que el joven mexicano había brindado.

“Todo lo sabe el lector: las 9 defensas de la corona con actuaciones contrastadas algunas, pero todas victoriosas y sobre todo, aquella tarde del 21 de agosto del año pasado en Las Vegas cuando Salvador vapuleó al puertorriqueño Wilfredo Gómez para dar la más elocuente y rotunda demostración de su gran capacidad profesional”.<sup>(25)</sup>

Arturo Cuyo Hernández no se dejó impresionar ante la autoridad de la muerte: “Boxísticamente fue un hombre a quien critiqué. Ha sido el boxeador mexicano que más dinero ha ganado. Tenía cosas bonitas para haber sido algo excepcional, pero le faltaba poner ese toque divino que hace a los grandes”.

En Santiago Tianguistenco, sin embargo, el pueblo le rindió tributo a su hijo predilecto.

El reportero Ernesto Castellanos describió: “Nos sacudió contemplar esa triste escena en Santiago Tianguistenco: tarde lluviosa, frío de los mil diablos, cientos de personas arremolinadas a la puerta de la casa de Salvador y dentro de ella el llanto y la tristeza de su numerosa familia y el campeón tendido en una camilla entre cuatro cirios, tapado con sábanas y hules, esperando la caja mortuoria.

“Eran las 16:35 horas cuando un helicóptero de la Dirección General de Policía y Tránsito aterrizó en un llano situado a unos 100 metros de la casa de Salvador. Casi una hora después llegó una camioneta transportando el féretro de color azul y tonos grises”.<sup>(26)</sup>

Para evitar los tumultos en la casa de la familia Sánchez Narváez, el ataúd fue conducido, en hombros de sus hermanos, al Palacio Municipal, donde la multitud pudo desfilarse a su gusto.

A las 11:45 horas del sábado 14 el féretro fue trasladado del Palacio Municipal al templo de Santa María del Buen Suceso. A las 13:12 empezó a ser conducido a su última morada, pero en el atrio fue detenido para que el entonces regente capitalino Hank González le rindiera una guardia postrera.

“Fue una despedida de auténtico ídolo”, tituló *Esto* el domingo 15, mientras *La Prensa* reseñó el “Sentido adiós a *Sal*”:

“En medio de una lluvia torrencial, entre aplausos, porras, llanto, histeria y mujeres desmayadas, una multitud calculada en 30 mil personas despidió a Salvador Sánchez, el ídolo roto, el campeón mundial solamente vencido por la muerte, quien como en las noches de gloria llegó en hombros de la muchedumbre, pero ahora no alzaba la mano victorioso: estaba muerto.

“Cincuenta coronas de flores cubren su sepultura, además de la más valiosa: la de soberano universal de los plumas que jamás le fue arrebatada en 9 defensas. Salvador —el boxeador que más dinero ganó, se calcula en 300 millones de pesos su fortuna— adquiriría la tranquilidad que sólo le dio la muerte, la paz que jamás tuvo en el ring...

“El camposanto mencionado jamás había recibido a tanta gente; había personas en las bardas, en los árboles, subidas en las cruces o en los monumentos. Resonó el *shiquitibum* sonoro como para alterar la paz de los sepulcros.

“El cine Lupita no anunciaba la película del día, sino que ocupó su cartelera con un título que jamás volverá a usar: ‘Adiós campeón’.

“Hacia las 13:30 se desató una fuerte lluvia cuando salía el féretro... continuó la lluvia, pero la gente, fiel al campeón, no se movió. Llegó el ataúd y aquello fue algo terrible: todos querían acercarse a la fosa, hubo por lo menos 50 cruces que fueron arrancadas de su lugar; los gritos de muchas mujeres se escuchaban; ocurrieron nuevos desmayos; dejó de llover, volvió a llover y a las 3 de la tarde todo había terminado. *Sal* al fin descansaba”.<sup>(27)</sup>

Con Salvador en su última morada, cada quien contaba su versión.

Gloria Moreno, su ex esposa, rechazó haber recibido 20 millones de pesos para darle el divorcio. “Eso fue mentira. El fue el amor de mi vida y nos íbamos a casar otra vez”, aseguró la jovencita, quien fue obligada a casarse con el peleador “luego de lo sucedido durante una fiesta, pero jamás vivieron juntos”, de acuerdo con el doctor particular del púgil, José Luis Valenzuela.

Teresa Guadarrama asistió acompañada de los dos hijos de *Sal*, Cristian Salvador, de un año y medio de edad, y Omar, de apenas cinco meses. “Se iba a casar conmigo porque ya tenía cinco meses de divorciado”, dijo la señora Guadarrama, quien años después para mantener a sus hijos trabajaría como maestra de español y literatura en la Secundaria Pública número 14 de Toluca.

Los vástagos de Salvador, quien murió intestado, vivieron en la única propiedad que quedó de aquella trayectoria brillante en el pugilismo: una casa ubicada cerca del estadio *La Bombonera*, que Sánchez compró un año antes de su muerte.

Pero nadie de la familia de *Sal* quiso hablar nunca en público sobre la herencia perdida.

Juan José Torres Landa, apoderado del peleador, declaró en el sepelio: “Salvador amasó una fortuna amplia, que asegura a sus descendientes, si cuidan el dinero, su porvenir”.

--¿Cuántos millones?

--No puedo manifestar si fueron uno o 100. Lo que sí puedo precisar es que hay muchas inversiones en bienes raíces, en valores, en carros...

Trece años después de la muerte de *Sal*, en 1995, el doctor Valenzuela habló con el reportero Francisco Ortiz, de *El Universal*.

“Entrevistado en el Reclusorio Preventivo Norte, donde se encuentra preso desde hace cinco años acusado de delitos contra la salud, el doctor guarda silencio antes de contestar y afirma que no sabe nada sobre la fortuna de Sánchez.

--Se dice que Juan José Torres Landa se quedó con gran parte de la fortuna de Salvador Sánchez y que cuando éste murió le dio muy poco a sus familiares. ¿Eso es cierto?

--Lo único que sé es que él era su apoderado y manejaba su dinero. Por lo demás no sé nada, ni cómo le administró su fortuna.

Pero agrega: “Salvador Sánchez ganó mucho dinero. Más de 5 millones de dólares en su carrera como campeón mundial. Aparte de lo que ganó antes de ser monarca mundial...”<sup>(28)</sup>



Los dirigentes boxísticos se dijeron consternados por el fallecimiento.

Resaltó José Sulaimán: “Salvador nunca rechazó rivales. Realizó cuatro defensas consecutivas ante los retadores ubicados en primer lugar y luego ante los rivales más calificados. Es uno de los días más tristes de mi vida en el boxeo, pues quizá fue el boxeador que más idolatré”.

Lo secundó Don King: “Ya tenía proyectada la revancha ante Wilfredo Gómez. Yo dejé de ganar muchos millones... pero perdí un gran amigo y los hispanoamericanos un gran campeón”.

Tan sólo unos días después del tumultuoso sepelio, del llanto y el dolor, dirigentes y promotores acordaron que el título que era de Salvador lo disputarían los clasificados número uno, Mario Miranda, y el tres, Juan Laporte.

Al número 2, Rubén Castillo, le dieron 10 mil dólares por esperar su turno.

Cuestión de dinero, como siempre sucede en el boxeo.

## CITAS

- (1) El Heraldo, 26 de marzo de 2000
- (2) La Afición, 17 de marzo de 1994
- (3) **Gómez Arias, Fernando**. El Siglo del Deporte, p. 184
- (4) La Afición, 4 de febrero de 2000
- (5) La Jornada, 19 y 20 de diciembre de 1995
- (6) El Universal, 9 de junio de 1995
- (7) *Ibíd.*, 10 de junio de 1995
- (8) *Ibíd.*, 7 de marzo de 1996
- (9) La Jornada, 22 de agosto de 1993
- (10) **Gómez Arias, Fernando**. Op. cit. p. 141
- (11) **Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.** Pasión por los Guantes, p. 81
- (12) **Barradas, Rafael**. El box fuera del ring, pp. 41, 73 y 74
- (13) *Ibíd.* p. 80
- (14) Revista Proceso, julio de 1987
- (15) **Cortázar, Julio**. Alguien que anda por ahí, pp. 215-230
- (16) La Jornada, 21 de octubre de 1996
- (17) **Gómez Arias, Fernando**. Op. cit. p. 147
- (18) La Jornada, 26 de agosto de 1993
- (19) *Ibíd.*, 9 de marzo de 2001
- (20) Esto, 11 de enero de 2006-12-05
- (21) **Gómez Arias, Fernando**. Op. cit. p. 194
- (22) *Ibíd.* p. 195
- (23) Esto, 13 de agosto de 1982
- (24) La Prensa, 13 de agosto de 1982
- (25) Esto, 13 de agosto de 1982
- (26) *Idem.*
- (27) La Prensa, 15 de agosto de 1982
- (28) El Universal, 16 de agosto de 1995

## CONCLUSIONES

Desde Rodolfo Casanova en 1930 hasta la aparición de Julio César Chávez 60 años después, los ídolos del boxeo han andado por un sendero de desventuras, con triunfos épicos arriba del cuadrilátero y catástrofes abajo de él.

En el reportaje presentado se corroboró, de fuentes fidedignas, las proezas y tragedias que envolvieron a estos personajes, quienes fueron seguidos por millones de aficionados que disfrutaron sus triunfos y siguen hablando sobre sus azarosas vidas.

Es el destino de la raza, define Carlos Monsiváis.

O el lógico final de boxeadores que tuvieron muchas situaciones en común (niñez con penurias, exitosa juventud y vejez de carencias) y que no estaban preparados para afrontar los golpes de la fama y el dinero, el alcohol, las drogas, los oportunistas y los malos amigos.

El tema de esta tesina surgió desde mis primeras incursiones como reportero en la fuente de boxeo. Desde entonces llamó mi atención que púgiles que tuvieron tanto dinero, al final de sus vidas se quedaran tan sólo con los recuerdos de sus brillantes carreras.

Historias increíbles se cuentan en los gimnasios. Entrenadores, mánagers, ex púgiles y viejos aficionados gustan de relatar los tiempos memorables de los grandes campeones.

Así regresan a un pasado de esplendor que no volverá: un *Chango* Casanova que ganó a los mejores pero que nunca fue campeón: un *Toluco* López que era sacado de las cantinas para ir a pelear; un *Kid Azteca* que deleitó con la magia de su gancho izquierdo; un *Ratón* Macías que fue uno de los símbolos del México a mediados del siglo XX; un personaje irrepetible como el *Púas* Olivares y un Julio César Chávez con números insuperables y ganancias increíbles.

Algunas vivencias eran ciertas. Otras, tan sólo producto de la leyenda boxística. En esta tesina se intentó ser lo más realista posible y así marcar el inicio de posteriores estudios, dado que no existe gran bibliografía al respecto.

La recopilación de información fue complicada. En varias ocasiones, los propios personajes involucrados ofrecieron una versión distinta a la realidad. Y es algo normal: ahora sin dinero, no querían ni recordar aquellos tiempos en los que, literalmente, quemaban los billetes.

Aunque se trata del deporte que más triunfos deportivos ha dado a México en los terrenos amateur y profesional (12 medallistas olímpicos, 115 campeones mundiales), casi no se cuenta con información documentada sobre la trayectoria y la vida privada de los ídolos boxísticos.

El reportaje, entonces, ayudó como el más adecuado género periodístico para la elaboración de este tema.

Ante la información escasa, aislada y a veces contradictoria, se realizaron entrevistas, se recurrió a la investigación hemerográfica, a los pocos libros que existen sobre el tema y a algunas películas que filmaron los púgiles.

La vida del *Chango* Casanova fue un drama. Así quedó consignado en la película *Campeón sin Corona*, de Alejandro Galindo, de la que el boxeador no recibió ni un peso.

Y si el actor David Silva personificó al *Chango*, Rodolfo Casanova se interpretó a sí mismo en *Guantes de Oro* y *Que Viva Tepito*, películas que encontré --mientras realizaba este reportaje-- en unos puestos ambulantes del Centro Histórico.

En esas cintas, el *Chango* llevó a la pantalla el papel que tenía en la vida real y que fue un presagio de la forma en que moriría: como un teporocho.

Con *Kid Azteca* tuve varias entrevistas. Lúcido a sus 88 años, Luis Villanueva abundaba al recordar su carrera deportiva, pero se cerraba casi por completo cuando se refería al dinero ganado en el ring, a sus malas inversiones, a su esposa, hijo y dos nietos, que siempre negó.

Debido a su precaria situación económica, nunca quiso que se le entrevistara en la vecindad de Garibaldi donde vivió sus últimos días. Solicitaba que la cita fuera en un modesto cuarto, pero éste propiedad de su amigo Carlos Montes.

El libro autobiográfico utilizado en el presente trabajo lo encontré en una librería de viejo de la calle Donceles, de donde obtuve información sobre su trayectoria. Sin embargo, los datos sobre su vida privada tuvieron que ser investigados con personas allegadas a él, como amigos y gente de boxeo, además de infinidad de notas periodísticas.

Los cronistas del pugilismo hablan con entusiasmo sobre José *Toluco* López, pero las historias son imprecisas. Del púgil no se escribieron libros y tampoco quiso actuar en alguna película, como recuerda su esposa Guadalupe Flores que se lo pidió su amigo Javier Solís.

Así que la redacción de este capítulo se basó en la investigación de diarios y revistas de la época, además de entrevistas con la señora Flores y sus hijos, que siguen viviendo en una casa de San Juan de Aragón, la única propiedad que quedó de los cerca de ocho millones de pesos que se calcula ganó el malogrado *Toluco*.

Raúl Macías sigue ligado al deporte de su vida. Asiste a las conferencias que organiza el Consejo Mundial de Boxeo, institución que siempre lo invita para realzar sus eventos. El *Ratón* no se cansa de hablar del México de 1950, cuando las abuelitas le prendían veladoras para que derribara a su rival.

El púgil de Tepito no cayó en los vicios de los ídolos previos y ahora sobrevive dignamente, como un ejemplo de la excepción de la regla en estas historias de los héroes con guantes.

El *Púas Olivares* no sólo fue el *Rey de la Bandojo*, sino el ídolo de todo un pueblo que, paradójicamente, festejaba de la misma manera sus triunfos boxísticos y sus parrandas memorables.

En su paso de la pobreza a la opulencia admitió su gusto por la marihuana, José Alfredo Jiménez le compuso su propio corrido, fue artista de cine, teatro y televisión, *Los Polivoces* hicieron una parodia de su personaje y su vida escabrosa fue llevada a libros y películas.

Antes y durante este trabajo realice una infinidad de entrevistas con el popular peleador. En cada una de ellas ofreció datos nuevos y anécdotas jocosas,

aunque a veces intentó minimizar algunas confesiones que hizo al calor de las copas o en su libro autobiográfico.

Me tocó presenciar la mayor parte de la carrera de Julio César Chávez. Asistí a múltiples conferencias de prensa, a varias de sus contiendas y lo entrevisté muchas ocasiones. La mayoría de las veces el peleador era cortante y se mantenía alejado debido al gran número de incondicionales que siempre lo rodeó.

Pocas veces quiso hablar de su relación con personajes ligados al narcotráfico y de su cercanía con los políticos, pero hubo algunas entrevistas en las que sí mostró su lado humano, más allá de esa figura deportiva-política que fue en el sexenio de Carlos Salinas.

Chávez ha sido el ídolo con más triunfos y ganancias, pero también con más conflictos y demandas.

Fue el boxeador del que más información reuní, debido a su trascendencia y actualidad. Del sonorenses se han escrito varios libros, se han hecho videos y películas y aún sigue apareciendo en los medios de comunicación, aunque ahora sobre todo relacionado con sus hijos Julio César y Omar, quienes siguen sus pasos boxísticos.

La fortuna ganada por sus puños le permite vivir con tranquilidad, con casas y propiedades en Culiacán, Tijuana, San Diego, Toluca y la ciudad de México, pero –como él mismo ha confesado-- no parece tener el ambiente adecuado para gozar de un retiro tranquilo.

Con Julio César Chávez llegó el llamado Pago por Evento y el deporte de los puños dejó de estar al alcance de las mayorías. Actualmente México cuenta con 15 monarcas del mundo, pero muchos de ellos son prácticamente desconocidos para los aficionados.

Con la televisión enfocada casi exclusivamente a promover el futbol, los pugilistas no tienen proyección, los gimnasios están cada vez más vacíos, las empresas apenas sobreviven y las arenas que antes promocionaban boxeo ahora sólo ofrecen lucha libre.

En el año 2001, Televisa dejó de transmitir la clásica función sabatina de boxeo, que fue una tradición durante 46 años. La información sobre este deporte se limitó entonces a un programa dominical llamado Round 2000.

La última vez que se había transmitido una función de boxeo en señal abierta fue el 14 de diciembre de 2002. La pelea estelar fue entre Jhonny González y Francisco Mateos, en la arena México.

Desde entonces las televisoras y los patrocinadores se alejaron de este deporte y, a consecuencia de ello, las arenas Coliseo y México cerraron sus puertas.

Así, prácticamente era imposible el surgimiento de otro ídolo boxístico.

Sin embargo, al terminar esta tesina, la televisión abierta empezó a transmitir nuevamente el pugilismo.

El 30 de julio de 2006, TV Azteca buscó impulsar nuevamente el boxeo y llevó a la pantalla la pelea entre Rudy López y Takashi Koshimoto, en la que el mexicano ganó el título pluma del CMB.

Al ver a la competencia incursionar en un deporte que había manejado exclusivamente por muchos años, Televisa decidió retomar las transmisiones el 3 de marzo de 2007, con el duelo entre los campeones mundiales mexicanos Rafael Márquez e Israel Vázquez.

Pero el mayor acierto del consorcio televisivo fue el 17 de marzo, cuando la contienda entre Marco Antonio Barrera y Juan Manuel Márquez generó un rating de 9.2 puntos a nivel nacional (12.5 en el Distrito Federal), lo que significa que fue seguida por 25 millones de personas.

Las cifras aumentaron en la siguiente transmisión de TV Azteca, que obtuvo 16.3 de rating el 14 de abril, en función estelarizada por Jorge *Travieso* Arce y Cristian Mijares y en la que también participó Julio César Chávez hijo. La audiencia, de acuerdo con cifras del Consejo Mundial de Boxeo, fue de 40 millones de personas.

El diario *Récord* aseguró que Arce y Mijares “noquearon” a un programa especial de Pedro Infante, a propósito del 50 aniversario luctuoso del ídolo, que se transmitió por Televisa y sólo registró 13.3 puntos.

Con la cobertura de las televisoras, los diarios también retomaron el interés por el pugilismo. La sección de boxeo, que había prácticamente desaparecido en la mayoría de los periódicos capitalinos, retomó su lugar en las páginas deportivas. En los años que no hubo transmisión televisiva, únicamente el *Esto* mantuvo la información boxística.

El pugilismo, al parecer, está de regreso.

Las televisoras y sus anunciantes están complacidas con la audiencia y continuarán con las transmisiones mientras haya interés del público.

Eso podría ayudar al resurgimiento del llamado deporte de los pobres y, quizá, al surgimiento de un nuevo ídolo.

Mientras, los nuevos aficionados a este deporte escuchan desde la lejanía las historias de los héroes con guantes. Para ellos es difícil comprender que algunos boxeadores paralizaron a todo un país, desde aquel lejano 1930 con el *Chango Casanova*.

Pero sí hubo esos ídolos y cada uno de ellos merece ser recordado... aunque los triunfos boxísticos al final terminen en historias de desventuras.



## BIBLIOGRAFIA

Andere Daré, Antonio

**Memorias de Antonio Andere. 60 años de boxeo en México**

Kuadrum Impresores SA de CV, Agosto de 2001

Baena, Guillermina

**Manual para elaborar trabajos de investigación documental**

Editores Mexicanos Unidos, 4ta. reimpresión

México, septiembre, 1988,

Barradas Osorio, Rafael

**El box fuera del ring**

Lo blanco y lo negro del boxeo profesional en México

Sin editorial

Blancornelas, Jesús

**El Cártel**

Primera edición en Debolsillo 2004

Impresora Igamsa SA de Cv

México DF, 369 pp.

Cortázar, Julio

**Alguien que anda por ahí y otros relatos**

Altea, Taurus, Alfaguara, 1992

México DF. 1992, 231 pp.

Gómez Arias, Fernando

**El Siglo del Deporte. Hechos y personajes**

Editado por Sociedad Cuauhtémoc y Famosa, Ave. Alfonso Reyes 2485 norte,  
Monterrey, Nuevo León. Abril 2002.

José Agustín

**Tragicomedia Mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970**

Ed. Planeta, Décima reimpresión

México DF, julio de 2003

Kid Azteca

**30 años en el ring. Autobiografía**

Impreso en editorial don Bosco SA, Registro en trámite

Miguel López B., noviembre de 1963, edición 5 mil ejemplares

---

Leñero, Vicente/Marín, Carlos

**Manual de Periodismo**

Editorial Grijalbo

Argentina poniente 11230

Miguel Hidalgo, México DF, 1996

Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.

**Pasión por los Guantes. Historia del box mexicano I (1895-1960)**

Editorial Clío

Primera edición, México, 1999

Maldonado, Marco A./ Zamora Rubén A.

**Cosecha de Campeones**

Historia del box mexicano II (1961-1999)

Editorial Clío

Primera edición, México, abril 2000

Marinis, Horacio de

**7,000 años a puñetazos**

Axioma Editorial, primera edición noviembre 1974

Buenos Aires, Argentina, 190 pp

Monsiváis, Carlos

**A ustedes les consta**

Editorial Era, decimocuarta reimpresión 2001

México DF.

Monsiváis, Carlos

**Días de Guardar**

Editorial Era, Decimoséptima reimpresión

México 2000

Monsiváis, Carlos

**Los rituales del Caos**

Ed. Era, séptima reimpresión

Enero de 2000

Olivares, Rubén

**Del infierno a la gloria**

Avelar Editores Impresores SA, 1985

México DF

Páez, Pino

**A solas en el altar. Vida de Rodolfo Casanova El Chango**

Ed. Edamex, 30 de junio de 1997

Ponce, Francisco

**Julio César Chávez, adiós a la gloria**

Ed. Grijalbo/Proceso

Primera edición, noviembre de 2000

México D.F.

Toledo, Alejandro

**De Puño y Letra**

Historias de Boxeadores

Ed. Ficticia, ediciones del Boxeador,

Febrero de 2005, México D.F.

Villoro, Juan

**Los Onces de la tribu**

Ed. Aguilar, 1995

México, D.F.

Zenteno, Armando

**Grandezas y Miserias de Julio César Chávez**

Anaya Editores. 1996

México, D.F.